



LOS
SEÑORES
DEL HUMO

CLAUDIO CERDÁN



LOS SEÑORES DEL HUMO

Claudio Cerdán



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@AdictosAlCrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Este libro es pura ficción. Algunos de los lugares, sucesos y personajes están inspirados en la realidad, con libertad de recreación. Por ello, la historia que sigue ha de considerarse la fantasía de un escritor. Si tras su lectura cree reconocer conductas, palabras, instituciones o personas que existen o han existido, por favor, acuda a un psicólogo.

PRÓLOGO

EL REINO, EL PODER Y LA GLORIA

El día que la mierda tenga algún valor, los pobres nacerán sin culo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,
El otoño del patriarca

Harrelson Levy era el rey Midas. Sabía transformar el barro en oro. Donde los demás veían un estercolero, él podía levantar casinos. Apuestas, alcohol y putas para toda la familia. Ese era su sueño húmedo y lo tenía delante de las narices.

—¿Qué le parece, señor Levy?

¿Cuánta gente había a su alrededor? Moscones con corbata, proxenetas de alcaldía, vampiros que solo querían chupar su sangre mormona. Españoles: la raza más corrupta del planeta. Fíjate cómo babean por la comisura de los labios. Si enseñaba unos pocos dólares, movían el rabo como locos. Vamos, bailad para mí.

Asintió y todos babearon más.

Mil doscientas hectáreas dedicadas a fabricar dinero. Padres de familia perdiendo la pasta en las tragaperras mientras su hija se desliza cabeza abajo en una barra de *stripper*. El gobierno subvencionando la ludopatía, los políticos cambiando las leyes a su favor, robando de Sanidad y Educación para invertir en

el ladrillazo. Que les follen a los hospitales: la gente quiere juerga. ¿Por qué no convertir aquel secarral en el mayor prostíbulo de Europa?

La comitiva continuó paseando. Les dolía la cara de tanto sonreír. Ciento ochenta mil empleos, 15.000 millones de inversión, Es-pa-ña en el mapa. Mirad al suelo: las perneras de los pantalones llenas de polvo, zapatos de piel comidos de roña. Esos tíos no habían pisado un descampado en su vida. Le acompañaban concejales, un alcalde, el ministro de No sé qué, asesores diversos, varios arquitectos relegados a traerles el café y ese gilipollas que no paraba de hablar.

—Madrid es la mejor opción para un macroproyecto de tal envergadura. En Alcorcón contamos con las infraestructuras necesarias para albergar campos de golf, casinos, hoteles, centros comerciales y recintos para conciertos. A unos kilómetros tienen el aeropuerto de Barajas, lo que servirá para atraer turistas de todas las partes del mundo.

Harrelson Levy iba a construir su propio aeródromo privado. A las cucarachas trajeadas como aquella solo les pedía una cosa: mano de obra barata y explotable, y una legislación a medida.

A su lado caminaban sus propios vampiros: personal de Sunny Las Vegas, la empresa central de su imperio. A la derecha vagueaba su hijo Larry. Cincuenta y cinco años y seguía siendo un inútil.

Avanzaron evitando cardos y piedras. Más allá había huertos de labriegos que ya estaban en proceso de expropiación. ¿Quién quiere lechugas pudiendo tener fichas de casino? Pero eso no lo iban a decir todavía. La prensa no paraba de grabarle. Eran moscas que se alimentan de los restos de otras moscas. Fotógrafos y senadores comiendo de la palma de su mano. Tenían suerte de que no la cerrase de golpe.

Rueda de prensa. Posaron para los periódicos. Tranquilos, aquí no hay información imparcial: esto es una Monarquía Bananera. Las dos grandes agencias de noticias están politizadas.

—Aún es pronto para decidir. —El que hablaba era Larry. Los porros que se fumó en Cuba durante cinco años le sirvieron para aprender español. La clínica

de desintoxicación no fue tan barata—. Ahora mismo, Alcorcón es el candidato más fuerte, pero primero debemos descartar Barcelona.

Levy ya había abominado de Cataluña. Los partidos separatistas aprovechaban la crisis mundial para lanzar sus consignas de independencia. La gente cabreada pensaba que salir de España les iba a salvar el culo. Él no quería un Eurovegas fuera de Europa. Para eso se habría ido a Sarajevo.

Los flashes de las cámaras lo cegaban. Sus objetivos podían sacarlo sonriente, pero no podían enfocar lo que tenía en mente. Allí no había barro seco, sino pasta. El dinero llamaba al dinero. Dejaos de hostias y pongámonos a trabajar.

Gritos. Alguien berreaba. Se giraron y lo vieron. Un tipo desgarrado, pelo blanco, pocos dientes, casi todos podridos. Fíjate en su forma de andar, los ojos estrábicos de pura ira, se le huele de lejos. Por Dios, que alguien quite a ese imbécil de mi vista.

—Que alguien quite a ese imbécil de mi vista —murmuró el sonrisas a su séquito de seguridad.

El muerto de hambre les lanzaba piedras, escupía maldiciones. Vamos a escuchar:

—Fuera de mis tierras. ¡Estáis en mi propiedad! Largo de aquí.

—Tranquilo, amigo. —Un guardaespaldas le puso la mano en el hombro mugriento. No quería darle de hostias delante de la prensa—. Está demasiado alterado. ¿Por qué no se va a casa?

—¡Esta es mi casa! —Babeó—. No tenéis derecho a...

—Dé media vuelta. —Un segundo matón fue a espantarlo.

—¡No podéis estar aquí! ¡Este es mi terreno!

Más quisiera él. Aquello ya era de Harrelson Levy, o lo sería en poco tiempo. Puede que convenciera a Servicios Sociales para que le buscaran un comfortable manicomio a aquel demente. Venga, colega, tómate tus medicinas y hasta otra.

Los guardaespaldas se llevaron al viejo a rastras. Tres años de formación en academias especializadas para enfrentarse a ancianos de cincuenta kilos.

Todo siguió su curso natural. Larry terminó de contestar preguntas.

Compartieron sonrisas almidonadas con políticos y demás caciques locales. ¿Ha dicho usted que es banquero? Sí, señor, pero no busque mi dinero en mi Caja, que lo tengo todo en Suiza. Ja-ja. Es usted un cachondo, amigo mío.

El bastón de Harrelson se enganchó con algo en el suelo. Lo último que quería era tropezarse delante de una cámara de vídeo. Con la moda de internet todo se propagaba a una velocidad de vértigo. Vamos, viejo, saca el puto palo de la tierra. Estaba atrapado. Un gesto sutil y uno de sus moscones le tomó el relevo. Harrelson se apoyó en Larry. Casi parecía un abrazo. El secuaz tiró un par de veces y arrancó lo que parecía el cráneo de un animal. Lo dejó a un lado y le pasó el bastón. Sonrió de nuevo. Iba a hacer un chiste. Un enfermo mental le había tirado piedras, era mejor quitarle hierro al asunto.

Pero nadie le hizo caso. Todas las miradas se centraron en los restos de aquel bicho. Las cámaras le dieron al zoom. Los móviles sacaron fotos. Murmullos. Paren las rotativas.

Porque no era el cráneo de ninguna alimaña, sino una calavera humana.

PRIMERA PARTE

SOLDADOS EN RESERVA

Puede usted pensar lo que estime oportuno y conveniente porque, además, a lo mejor acierta.

MARIANO RAJOY, presidente del Gobierno,
2 de octubre del 2012

Era el trabajo más aburrido del mundo. Se sentaba en un coche y a esperar. Ponía la radio en voz baja, pero acababa cargándole la cabeza. Música de quinceañeros, tertulias de políticos que sonaban a patio de colegio. A Paco Faura todo le parecía de niños pequeños. Se sentía viejo.

Como en aquel momento: investigaba los cuernos de un banquero que se follaba a putas a diario. Cuidado: el millonitis era el cliente. La cornuda de su mujer era la investigada. El pijo sospechaba que se la daba con algún pipiolo de cipote gordo. Sociedad machista: él se folla putas, pero ella no puede echar canas al aire. Así que allí estaba él, en un coche anodino, escuchando programas anodinos, en una tarde anodina. Ni siquiera podía bajar a estirar las piernas.

Detective sin licencia: arreglar entuertos, colocar micros, destapar engaños. El trabajo más aburrido del mundo.

¿Dónde estaba el romanticismo de los libros de misterio? En la guantera tenía alguna novela policíaca. Los investigadores de ficción tiraban de pistola, resolvían casos que de verdad merecían esclarecerse. Lo que empezaba como una historia de cuernos se convertía en un asunto de gran trascendencia. Paco Faura sabía a sus sesenta y ocho años que lo que empezaba como una historia de cuernos no dejaba de ser un asunto de cuernos.

A su edad y haciendo vigilancias. Le dolía la espalda, la ingle y la próstata. Meaba en una botella de Coca-Cola. Que se joda Lew Archer: la vida real era así.

Echó una ojeada con el teleobjetivo de su cámara Réflex. La calle desierta en La Moraleja. Urbanización de gente podrida de pasta: futbolistas, políticos, constructores. La esposa no asomaba el hocico fuera de la mansión. Había

colocado micros en las habitaciones con permiso del banquero. Incluso una cámara oculta para filmarlo todo. El tío quería pruebas concluyentes en caso de divorcio. Pasaba de que la pájara se quedara con sus billetes.

Así lo había expresado: sus billetes.

Los de seguridad privada llamaban a cada rato con el walkie para preguntarle si todo iba bien. Tenía el permiso del dueño de la casa, así que le importaba poco. Pero a los vecinos les molestaba que un Fiat Marea gris rondase por la zona. Tranquila, buena gente, que soy policía.

En realidad, lo fue. Paco Faura, inspector de la Policía Nacional. Entró en el Cuerpo con veinte años y estuvo así hasta 1995. Todo ello antes del infarto. ¿Cuánto hacía de eso? Qué importa. Casi lo mata. Lo dejó hecho una mierda en el hospital. Cicatriz enorme en el pecho, marcapasos, siete píldoras diarias y prejubilación antes de los cincuenta. Menuda putada.

Caminaba a paso canario, sin prisa. Incluso se la sacudía con parsimonia después de mear en la botella de Coca-Cola. Todo despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante. A veces le dolía el brazo izquierdo y regresaban los temores. De nuevo a las puertas de la tumba. Vas a morir, viejo. No te excites. Tienes una lápida esperando. Susana también.

El médico le ordenó que no hiciera esfuerzos. Eli, su hija, se lo recordaba a diario. Él le aseguraba que pasaba el día dando de comer a las palomas del parque. No le creía, pero tampoco se lo echaba en cara. La tragedia de Susana había sido muy dura para todos, y por eso lo sobreprotegía. Una madre en coma era una putada. Quedar huérfana de ambos progenitores sería demasiado.

Pero Faura necesitaba estar activo, sentirse vivo, aunque estar sentado en un coche mientras investigaba unos cuernos se parecía más a darle de comer a las palomas que a una película de acción. Así era su vida, recibiendo encargos de ricachones y valiéndose de sus contactos con antiguos compañeros de la policía. Ah, y mear en una botella. A su edad lo hacía a menudo.

Miró de nuevo por el retrovisor. Ignoraba cómo a alguien le podía gustar vivir en semejante mansión. Era de diseño, decían, pero a Faura le parecía un horrible

cubo de cemento sin apenas ventanas. Una vez se compró el periódico y le regalaron una revista de interiorismo. Allí aparecían chozas lujosas como aquella. La decoración le pareció pésima. Le recordaba a un hall de hotel, o una exposición de armarios de cocina. Todo prefabricado, estandarizado y caro. Frío y sin vida. Sin calor humano. Normal que la esposa cornuda se haya hartado de tanta frigidez marital y se haya echado un maromo bien dotado.

Faura se recostó. Aquello era un erial. Por los aparatos de escucha no se oía nada. Abrió un libro. Cuando se cansaba de la radio se ponía a leer. Le fascinaba la mentira. Él era el rey de las trolas. Le gustaba Bosch. Se hacía viejo en las novelas. Paco Faura se había hecho viejo en la realidad.

El sonido del despertador. No: es un timbre. No: un teléfono. El móvil que le regaló su hija Eli. Ruido inconfundible a reloj de los sesenta. Pasaba de sonidos polifónicos. Eso era de niños. Mundo de adolescentes...

Tardó casi medio minuto en atinar con el botón de descolgar. Sí, diga.

—Papá, soy yo.

—Lo sé. Eres la única que tiene este número.

—Ya. Oye...

—Ni yo mismo sé el teléfono —la interrumpió—. Algún día me querré llamar y...

—Hazte tarjetas, papá. Oye, Ángel y yo hemos quedado con unos amigos esta noche. ¿Te puedes ocupar de las niñas?

A Paco Faura solo se le caía la baba en dos ocasiones: cuando veía a sus nietas y ante el aroma de un habano. A las primeras las adoraba, mientras que lo segundo estaba prohibido por prescripción facultativa. Cosas de las anginas de pecho.

—Claro, ¿a qué hora?

—Pásate sobre las ocho.

—De acuerdo, Eli. Nos vemos a esa hora.

—Hasta luego, papá.

Lo peor del infarto fue dejar de fumar. Solo le quedó el recuerdo de los

Montecristo y el viejo zippo modificado que le regaló su esposa. Lo mejor de ser un enfermo crónico: tener más tiempo para dedicarles a las niñas. No siempre podía ocuparse de ellas, pero sí trataba de amortizar los ratos libres a su lado. Juana y Raquel, dos soles. Cuando terminase la vigilancia les compraría caramelos.

La puerta de la entrada se abrió con un chasquido. Automática y gris, puro hierro. Un Audi como una ballena de grande salió del garaje. Fíjate bien: ahí va la esposa. Habrá quedado con el maromo en algún hotel. ¿Cómo vamos de tiempo? Joder, faltan dos horas para las ocho. Espero que no se aleje mucho para echar el polvo.

Arrancó su Fiat Marea y comenzó el seguimiento. Le jodería mucho cancelar la cita con sus nietas.

Serpenteó por las calles de Madrid. La tipa conducía a cámara lenta. Aquello desesperaba a Faura, que debía ir a su ritmo varios coches por detrás. No entendía cómo se podía conducir un bicho de doscientos caballos como si fuera una bicicleta. Estaba claro que no tenía prisa.

En la radio pasaron a otro debate de actualidad. Al parecer, por fin iban a montar el macrocasino en Alcorcón. Eurovegas: un complejo de juego al estilo americano. Faura lo detestaba. Él vivía en esa zona. Los vecinos estaban divididos. Unos creían las mentiras del gobierno de que contratarían a más de doscientas cincuenta mil personas; a otros les jodían las amenazas de expropiación de sus tierras para venderlas a precio de risa al magnate Harrelson Levy. A Paco Faura le molestaba que su barrio tranquilo se llenase de furcias y ludópatas. Allí vivían sus nietas. Aquello era sagrado.

El Audi se paró en mitad de una rotonda para hacer el ceda el paso. Faura concluyó que la mujer del banquero no estaba acostumbrada a coger ese coche. Quizá tuviera chófer, o tal vez se le había estropeado el vehículo habitual. Puede que solo tuviera miedo. Al marido, a que la pillasen, a perderlo todo. Hacía bien.

Faura tenía alma de bolchevique. Su opinión de los millonarios no era positiva. No sentían amor, ni siquiera amor propio. No se relacionaban con la realidad porque la suya era distinta. Ya no eran humanos: eran superiores. Aunque una buena patada en los huevos los igualaba a todos los demás.

El coche giró en otra rotonda. Estaban a las afueras. Llegaron a un hotel de ejecutivos, de esos que se usan en convenciones y que están alejados del núcleo urbano. No sé qué Resort. Faura imaginó el complejo de Eurovegas. Quizá dejase sin trabajo a moles de hormigón como aquella.

La tipa aparcó en la puerta. Se le caló el coche justo antes de bajarse y darle las llaves al botones. Faura la observó con el teleobjetivo. Distaba mucho de las fotos que había visto, donde aparecía con permanente rubia y grandes ojos azules. En su lugar salió del Audi una desconocida envuelta en un abrigo de pieles, con un pañuelo en el pelo y grandes gafas de sol. Le hizo varias ráfagas de fotos desde lejos: clac-clac-clac.

Había algo raro: la mujer sonreía. Dientes amarillos por el café y el tabaco recibieron a un Yaris azul. Principiantes: los amantes llegaban a la misma hora en lugar de entrar de forma separada en el hotel. Se habían confiado: llevaban mucho tiempo follando.

Un encorbatado bajó del híbrido. Aquello desilusionó a Faura. Por un momento pensó que la esposa del banquero había conocido a algún desarrapado de los barrios obreros y se habían enrollado. Venganza kármica: el proletario se tira a la burguesa. Pero no: aquel era otro gilipollas de fiestas de esmoquin y mocasín. Puede que fuera un amigo del marido. Así era la amistad entre los ricachones. Podridos de pasta, podridos de verdad.

Más ráfagas. Clac-clac-clac. Mira cómo se besan en los labios. Clac-clac-clac. Dos adolescentes entrelazando los dedos. Clac-clac-clac. Un polvo que le iba a costar cinco millones de euros.

Revisó las fotos. La tecnología moderna no era para él. Apenas controlaba la mitad de los botones. Sabía disparar ráfagas y reproducir fotos y vídeos. Tardó un minuto en encontrar el zoom. Amplió una instantánea. Allí estaba la

matrícula del Toyota Yaris. No tenía pegatinas de alquiler de vehículos. Era propiedad del trajeado, a su nombre o al de su empresa. Joder, aunque fuera robado sería fácil dar con él. En la imagen quedaban grabadas la fecha y la hora. Lo tenía cogido por los huevos.

Miró el reloj. Cuarenta minutos para las ocho. Que le den por culo al trabajo, tenía material para seguir al día siguiente. Llegaría a tiempo de quedarse con sus nietas. Hasta podría mear en un váter de verdad.

Alcorcón: casi 170.000 habitantes, equipo de fútbol que a punto estuvo de pisar la Primera División, Universidad Rey Juan Carlos, Eurovegas en el horizonte.

Faura aparcó el Marea ante la puerta del edificio de su hija Eli. Aún había zonas donde poder dejar el coche sin complicaciones. Era un barrio con pisos de ladrillo visto de la época socialista, con locales a ras de acera y toldos verdes en los balcones. Tocó el timbre antes de abrir con sus propias llaves y subió al ascensor. Tres plantas le separaban de sus pequeñas.

Eli le esperaba en la puerta. Suspiró al verle.

—Parece que no hayas dormido —saludó.

—La edad, cariño. —Le dio dos besos enormes—. A los que estamos a las puertas de la muerte se nos nota en la cara.

—Si te afeitases esa barba de dos días que tienes tampoco pasaría nada.

—¿Y si me corto y me desangro?

—Las niñas van a decir que pinchas.

Entraron en el piso. La calefacción estaba puesta. Faura notó el calor en las mejillas frías. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla. Sus nietas aparecieron a toda prisa.

—¡Abuelo! —gritaron a la vez.

Se abrazaron a él mientras le contaban mil cosas. Juana, la mayor: el examen de Matemáticas un asco, tengo que hacer un trabajo para Lengua, ¿me compras la Wii? Raquel, la pequeña: tu barba pincha, abuelo. Hoy he dibujado un poni,

pero mi hermana dice que es una jirafa, ¿a que no, abuelo? También vamos a ir de excursión con el colegio. Ah, y Juana tiene novio. Yo no tengo nada, niñata. Que sí, que te vi de la mano con el Lolo. ¿A que te pego? Abuelooo...

—Vale, vale, ahora me lo explicáis con tranquilidad, ¿de acuerdo?

—Pero nos tienes que contar la historia del Montecristo —insistió Raquel.

—Claro, mi vida. —Faura sacó el pañuelo y se limpió la comisura—. Bueno, id al salón, que ahora estoy con vosotras.

Las nietas desaparecieron entre risas y reproches. Infancia feliz. Faura se volvió hacia su hija.

—¿La cena? —preguntó.

—En el microondas. La calientas un minuto y compruebas que no se quemen.

—¿De beber?

—Zumos de naranja. En el frigorífico.

—¿A qué hora las acuesto?

—Les pones una peli de dibujos hasta que se queden fritas. No más tarde de las diez y media, ¿vale?

—Claro —mintió.

El plan de Faura: aquella noche cenarían pizza, beberían Coca-Cola y aguantarían despiertos hasta un rato antes de que regresaran los padres. Los abuelos estaban para disfrutar de los nietos, y si para ello tenía que consentir y malcriar a Raquel y a Juana, mala suerte.

—¿Dónde está Ángel?

—En el despacho, como siempre. Si quieres decirle algo, date prisa, que nos vamos en cinco minutos.

A Faura no le gustó que su yerno conservase el despacho cuando nació Raquel. Vivían en un piso de tres habitaciones, por lo que una de ellas debería ser para la pequeña. En su lugar, decidió que durmieran juntas en una litera. Como abuelo, le aterraba que un día se cayese Juana y se hiciera daño. Los niños se caen de las camas, eso lo sabe cualquiera. Por eso solía insistirle para que desmontase todo aquel tinglado y le diera ese cuarto a la menor.

—Ya sabes que trabajo desde casa —contestó Ángel—. Y con todo el tema del ERE en mi empresa, no puedo perder el tiempo.

—Eres informático, hombre. Con poner el ordenador en el salón lo tienes resuelto.

—Allí está la tele. No podría concentrarme. No puedo, Paco, ya lo sabes.

Ángel era como todos los informáticos: gordo y con gafas. Jamás conoció a otro con un aspecto distinto. Eran producto de una vida sedentaria ante una pantalla. Una vez le contó que, en lenguaje binario, uno y uno son tres. Faura jamás lo entendió, al igual que no entendía casi nada de tecnología. Él aún usaba los micrófonos de los noventa para sus escuchas. Su yerno le echaba un cable en todo lo demás.

—¿En qué trabajas ahora? —preguntó Faura.

—¿Esto? —Señaló la pantalla—. Trato de patentar un nombre.

—¿Por qué no patentas el oxígeno? La gente necesita respirar.

—Me parto de risa.

—No es broma. Antes o después alguien dirá que el aire es suyo y habrá que pagar por él. Y si no, al tiempo.

—Esto es otra cosa. Con lo de Eurovegas a la vuelta de la esquina, trato de encontrar un nombre con gancho que a nadie se le haya ocurrido con anterioridad. El problema es que están todos pillados.

—¿Para qué quieres hacer eso?

—Ha pasado miles de veces. Un tipo tenía una web que era Michael Jordan punto com. Vendía zapatos. A todo esto, otro Michael Jordan se convirtió en el mejor jugador de basket de la historia. ¿Resultado? Le compró el nombre de la web por millones.

Para Faura, aquello no eran más que sueños húmedos de su yerno. Pajas mentales de informáticos, lo que había que aguantar.

—Échame un cable, Paco. Contesta rápido, lo primero que se te pase por la cabeza: ¿qué te sugiere la palabra «Eurovegas»?

—Vertedero.

Ángel se quedó pensativo. Después tecleó algo y pulsó «Enter». Sus ojos se achinaron mirando más allá de la pantalla.

—Vertedero Eurovegas... —murmuró—. No está registrado todavía. Mmm... no sé, no sé...

Así era como veía Faura el futuro: una ciudad de putas y jugadores al lado de su bonito barrio residencial. Una ciudad dormitorio convertida en una ciudad letrina. Los casinos desplumarían a los jugadores, que irían a las tiendas de empeño que sin duda surgirían alrededor de estos, donde dejarían como paga y señal el reloj del abuelo y regresarían a la mesa de blackjack a seguir perdiendo. Los ludópatas eran los peores yonquis que se había encontrado en su época de policía. Solo pensaban en obtener dinero rápido para gastarlo más rápido aún en las apuestas. Vertedero Eurovegas, esa era su visión.

—Necesito que me grabes estas fotos en un disco —dijo mostrándole la cámara—. También quiero que saques las escuchas que puse el otro día.

—¿Has traído el disco duro portátil que te dejé?

—Aquí lo tienes.

Ángel era el único que sabía a qué se dedicaba Faura. Se lo tuvo que contar, no le quedó más remedio. Podía engañar a su hija, pero no a un experto en informática. Por suerte, su yerno era de esa raza blanda a la que no le gusta discutir con nadie, así que para no crearle un problema a su mujer, guardó el secreto. Faura confiaba en que ese carácter simple cediese algún día y convirtiera el despacho en una habitación para Raquel.

—¿Nos vamos? —Eli se asomó al quicio de la puerta.

—Enseguida, cariño. Le voy a grabar una cosa a tu padre.

—¿Más fotos de palomas? —Eli señaló la cámara Réflex—. Papá, debes buscarte otras aficiones.

—Estoy pensando en criar pájaros para competir, ¿sabes?

—Oh, déjalo ya.

Eli se marchó. Ángel continuó apretando teclas.

—Te lo paso antes de que nos marchemos. Será solo un minuto.

Faura palmeó el hombro de su yerno y se fue al salón. Las niñas estaban cada una con su teléfono móvil sin hacerles ningún caso a los dibujos de la televisión. Se sentó a su lado y las observó ensimismado.

Mundo de adolescentes: le llevaban generación y media de ventaja.

—¿Has ido a ver a mamá? —preguntó Eli.

Faura prefería no pensar en Susana. Su mujer en coma, en el hospital privado, rodeada de fisios y máquinas. Las probabilidades de despertar eran casi nulas. Los médicos hablaban de daños cerebrales permanentes. Pero Faura aguantaba. No la desconectaría. En su lugar, trabajaría de detective sin licencia para darle los mejores cuidados.

Susana era católica. Se compadecía de los suicidas. Creía en los milagros.

—Quizá me pase mañana —mintió.

Porque él no era católico. Faura leía noticias sobre la eutanasia. Nunca había visto ningún milagro.

Y tampoco era capaz de mirar la carcasa de su mujer sin odiarse a sí mismo.

Así fue la noche: cena, refrescos, videojuegos en la tablet, chistes de primaria, *WALL-E* en el plasma, chucherías de mil colores que había comprado en un quiosco. A una hora del todo intempestiva para niños e incluso para borrachos, llegó el momento de irse a la cama.

—Una pantalla más, abuelo —dijo Raquel.

Mataba gorrinos verdes con un enorme tirachinas que lanzaba pájaros. Faura lo contemplaba hipnotizado y con dolor de cabeza. En sus tiempos se jugaba a las chapas. O a lanzarse piedras si no había chapas. Ahora los críos jugaban solos, sin nadie alrededor. ¿Contacto humano? Abuelo, que me queda una pantalla.

—Va, a dormir. Mañana vengo a veros otra vez, ¿vale?

—Jo, abuelo, no tenemos sueño —intervino Juana.

Faura no tenía ganas de discutir con ellas. La última vez, entre que sí y que

no, la noche se alargó otra media hora. Por eso optó por la técnica que mejor le había funcionado en los últimos años: el chantaje emocional.

—Aaah... —gruñó mientras se llevaba la mano al corazón.

Al momento, las niñas le prestaron toda su atención.

—¿Estás bien, abuelo? —preguntó la pequeña.

—Sí... —Arrastró las palabras—. No es nada...

—¿Qué te pasa, abuelo? —dijo Juana—. ¿Llamo a una ambulancia?

—No es nada, es que...

—¿Qué? —dijeron a coro de nuevo, como si tuvieran telepatía.

—El abuelo está cansado, eso es todo...

Se limpió un sudor que no tenía en la frente, se quejó de un pinchazo que no sintió en el brazo. Las niñas estaban aterradas.

—Lo mejor será que nos vayamos a acostar, ¿vale? —propuso Faura.

La pantalla se quedó a medias. *WALL-E* aún no le había dado el beso eléctrico a EVA. Mientras Faura se levantaba con dificultad fingida, las niñas lo recogieron todo. Le ayudaron a caminar, pero él las rechazó con un ademán. Vamos, que no es para tanto. El abuelito es fuerte. ¿Os cuento una historia de policías y atracadores?

—Mejor la de Montecristo, abuelo —rectificó Raquel.

Se cepillaron los dientes. El pijama ya lo llevaban puesto. Las metió en la cama y les apretó las sábanas hasta que casi no pudieron moverse. Camisas de fuerza con amor.

—El Montecristo, abuelo —insistió la menor.

—Esa historia nos la ha contado mil veces, Ra.

—Que no, que la quiero oír.

Por alguna razón, despertaba su curiosidad. Los Montecristo, los mejores puros habanos que existían, los que tanto echaba de menos Faura. Los fabricaban en Cuba, donde los exportaban a medio mundo. A principios del siglo xx no había televisión, ni radio. Por no tener, aquella fábrica no tenía ni nombre comercial. Sin embargo, contaban con algo curioso: un empleado que les leía un

libro por el altavoz. Durante varias horas, ese tipo modulaba su voz y las historias de las novelas eran lo único que tenían para entretenerse. El capataz de la fábrica se dio cuenta de que los trabajadores le pedían incesantemente la historia de *El conde de Montecristo*. Cuando la escuchaban, se hacían más puros y mejor prensados. Fue tal el éxito, que al final la gente llamó a esos puros Montecristo. Yo los fumaba antes del infarto. Eran los mejores. ¿Os cuento ahora una de polis y cacos? Buenas noches, abuelo.

Dejó a las niñas en sus camas. Se sentó en el sofá. Cuentos para dormir a sus nietas. Un tipo con un megáfono chapurreando historias. Su propia novela de misterio aún sin final.

Sacó la libreta que siempre llevaba en la chaqueta. Hacía varios días que no la abría. Se sintió culpable por ello. Perdona por olvidarte, amor mío. No quiero volverme loco. En la portada, su nombre: Susana.

Páginas amarillentas. Tachones, recortes, roturas, mapas a mano alzada, fechas, líneas temporales: conjeturas.

Los hechos: Susana López, madre de una hija llamada Eli, casada con Francisco Faura, en coma por un accidente de tráfico. Cruce de Cáceres con Comusa. Siempre bajaba él la basura, pero aquel día lo hizo ella. Ni siquiera recuerda por qué lo decidieron así. Simplemente, sucedió. Él se encontraba alisando la funda del sofá. Escuchó un chirrido de frenos y después un golpe. Supo que había pasado algo terrible. Lo sintió. Se asomó a la ventana: un coche había atropellado a su mujer. Ella se encontraba a varios metros, entre bolsas de basura desparramadas.

Bajó las escaleras. Perdió una pantufla. Llegó a la calle. Vio al vehículo girar en una esquina. Se lanzó a por su mujer. Estaba casi viva: las dos piernas rotas con los huesos astillados saliendo por el muslo, una brecha brutal en el cráneo que le bajaba hasta la mitad de la frente, el pecho hundido por el impacto.

No tenía móvil. Nunca pensó que fuese algo útil.

Gritó. Nadie vino en su auxilio. Los vecinos se asomaron a las ventanas. Mirones de una muerte lenta y agónica. Una moto pasó cerca, pero no se detuvo.

Una furgoneta apareció por la bocacalle. Se paró ante la escena. Paco sostenía la cabeza de Susana, que luchaba por respirar. Llegó una chica. Soy enfermera, dijo. Intentó mantener sus constantes, pero su esposa no estaba por la labor. Susana abrió los ojos, lo miró de frente.

Y se marchó.

La ambulancia no tardó más de dos minutos en llegar. Consiguieron reanimar su cuerpo, pero Susana ya no estaba allí.

Faura se puso como loco. Gritó al cielo, organizó a la gente para que se alejara. Era la escena de un crimen. El coche se había dado a la fuga. Había que esperar a la científica. Nadie podía tocar nada. Le metieron un tranquilizante. Se despertó cuatro horas después.

Eli pasó los días siguientes más pendiente de él y de su marcapasos que de la evolución de su madre. Tranquilo, papá. Tú tranquilo. Seguro que se recuperará. Faura solo quería encontrar y matar al asesino de su mujer. Aparecieron cientos de compañeros de sus años en el Cuerpo. Todos dijeron lo mismo: lo encontraremos, no se escapará, va a ser fácil, te dejaremos estar en un cuarto a solas con él, ese cabrón tiene los minutos contados, vamos a atraparlo.

Nunca apareció. Falta de pruebas, de tiempo y de efectivos. La investigación se fue tornando en nada. Punto muerto, crimen sin resolver, caso archivado.

Pero no para Faura. Él siguió con su vida. Los médicos le dijeron que estaba complicado que Susana saliera del coma. Hablaron de daños permanentes. Le contaron que harían todo lo posible. Falso. A las pocas semanas trasladó el cuerpo entubado de Susana a una clínica especializada. Costaba dos mil euros al mes. Los médicos la monitorizaban las veinticuatro horas del día, probaban terapias nuevas, mantenían a un grupo de fisioterapeutas para que no perdiera tono muscular. Faura pidió favores. Consiguió dinero rápido. Decidió trabajar como detective sin licencia. Le daba pasta para pagar los cuidados de Susana y también una excusa para evitar ir a verla.

Sin embargo, entre caso y caso, entre una visita esporádica y otra, Faura se dedicaba a investigar lo sucedido.

Él fue el único testigo, pero no muy consistente. El coche le pareció verde. Con la luz amarilla de las farolas podía ser azul. Realizó pruebas con coches de amigos. Ninguna resultó concluyente. Azul, verde, puede que de un color champán de esos que se llevaban entonces. A saber. Tenía los mismos problemas con el modelo. Desde el punto de vista cenital, lo vio claramente. El problema: tras cotejar con los modelos del mercado, llegó a la conclusión de que podía ser un Opel Agila o un Suzuki Splash. La buena noticia: no eran modelos muy comunes. La mala: los putos coches eran como dos gotas de agua. ¿Quién coño fabricaba dos vehículos iguales en empresas diferentes?

El informe de la científica: sin matrícula. Paco Faura no la pudo ver desde arriba. Había una grabación en blanco y negro de una cámara de seguridad que poco aportaba. Se veía el OpelSuzuki desteñido con un bollo en el morro y el parabrisas reventado. Ese mismo destrozo en el cristal, con forma de tela de araña, lo había creado su mujer al reventarse la cabeza contra él, e impedía ver al conductor o conductora. En las imágenes no se apreciaban los números de la matrícula.

Pruebas físicas: encontraron restos del intermitente derecho. No concluyente. En la marca del frenazo había trozos de caucho. Sin importancia. Calcularon que el coche iba a más de 120 por hora en el momento de la colisión. En el asfalto hallaron restos de tres vehículos distintos. Gran trabajo de los barrenderos de Alcorcón, que dejaban micropruebas de otros siniestros pasados. La concejalía lo llamó «punto negro». Después de aquello pintaron un paso de peatones.

Nada más.

Las pruebas acababan ahí. El coche se dio a la fuga por carreteras secundarias, por lo que no había grabaciones nuevas, ni testigos. Nada. La policía le dijo algo que ya sabía: el conductor era de la zona y se conocía los caminos. O que iba demasiado borracho y tiró por donde primero le vino en gana. Nunca había que subestimar la estupidez humana. El coche nunca apareció en ningún taller. Tres teorías: sigue oculto en un garaje, lo desguazaron de forma clandestina, el cabrón era mecánico y lo arregló en secreto.

Los compañeros pronto dejaron de buscar. Solo Jonás y Floro le siguieron ayudando. Acudía a ellos a menudo para sus trabajos de maridos cornudos. Ellos mantenían una vigilancia permanente. Si alguien llevaba un coche roto a un taller, les sonaba la alarma. Si vendían un modelo parecido, le echaban un ojo. Si le quitaban el carnet a un temerario por acumulación de imprudencias, le hacían un seguimiento. Cada poco tiempo le proporcionaban a Faura dos listados de los coches matriculados: uno de Alcorcón y cercanías, y otro de toda la provincia de Madrid. Miles de Suzuki Splash y Opel Agila azules, verdes y de cualquier color.

Podían haberlo pintado de nuevo. Podían haberlo vendido por piezas. Podían haberlo escondido. Podían haberlo hecho desaparecer.

Susana López. Nunca bajaba la basura. Él debería haber muerto en su lugar.

Se abrió la puerta. Aparecieron Eli y Ángel. Reían en voz baja. Se sobresaltaron al ver a Faura en el salón alumbrado con una pequeña lamparita.

—Papá, ¿qué haces sentado en esa esquina? Joder, pareces un fantasma.

—¿Estás bien, Paco? —preguntó su yerno.

Faura guardó la libreta en el bolsillo. Se levantó y agarró la chaqueta de la silla donde la había dejado.

—Estaba esperando a que llegarais, pero me marchó ya.

Les dio dos besos a cada uno y desapareció escaleras abajo.

Manzanilla. Antes la aderezaba con anís. Después, ante los primeros síntomas de angina de pecho, la endulzaba con azúcar. Tras el infarto, a veces dudaba si mojar la bolsita en agua caliente.

Bar Ariwara. Bar de barrio. Bar de siempre. Lo llevó durante años Julián, el Juli, un guineano albino con acento de Valladolid. Después se le hincharon los cojones de echar a borrachos a las tantas de la madrugada o de limpiar vómitos sobre la barra. El suelo, según Faura, nunca lo fregó. Le gustaba esa esterilla de palillos, servilletas sucias y colillas.

Después prohibieron fumar, llegó la crisis y al Juli se le inflaron aún más los huevos. Lo traspasó sin mucha dificultad. Lo compraron los chinos. No modificaron nada, ni mobiliario ni clientes. Lo que era ruinoso para el Juli, para ellos era perfecto. Cada poco cambiaba el encargado. Los más borrachos ni se daban cuenta: todos los amarillos les parecían iguales.

Blanqueo de dinero, pensaba Faura acodado en la barra. Oportunidad de negocio, decían ellos. Vienen a quitarnos el trabajo, aseguraban los tertulianos por la radio.

A Faura la manzanilla le sabía igual preparada por unos que por otros.

El sitio estaba lleno de maderos. Era uno de los locales frecuentados por los habituales de la Comisaría Centro. Faura miró el reloj de imitación de la pared. No faltaba mucho para que llegasen Floro y Jonás, sus antiguos compañeros, los únicos contactos que le quedaban.

Floro comenzó varios años después que él. Faura lo tuvo de aprendiz, un primavera que se espabiló rápido. Procedente de Segovia, patrullaron durante muchas noches a principios de los setenta. Junto a él vivió momentos tensos, pero también de amistad. Aquel camello con navaja casi les da un susto. Floro echaba de menos los viejos tiempos, cuando le dejaban partir bocas sin hacer preguntas. Con la jubilación en el horizonte, lo mantenían entretenido con trabajos de poca solera. De aquel bravucón que regalaba hostias solo quedaba el acero de su mirada.

Jonás era varios años más joven y aún le quedaba mucha mili. Fue aprendiz de Floro igual que este lo fue de Faura. Cadena de aprendizaje que iba de la dictadura a la democracia sin perder los principios básicos: porrazos reglamentarios que partían napias, mi palabra es la ley, estarían mejor muertos. Los veteranos esperaban que el muchacho, que ya rondaba casi los cuarenta, perpetuase los conocimientos aprendidos.

Aparecieron juntos, como cada jueves. Los maderos son tipos de costumbres. Eso de mirar debajo del coche por si tienes una bomba lapa o cambiar de ruta

para llevar a los niños al colegio no iba con ellos. Que se joda el terrorismo: mi fusca es más grande que la suya.

—Paco, cabrón —saludó Floro—. Ya pensaba yo que estarías en el Caribe con una buena mulata chupando esa polla muerta.

—Llamé a tu mujer, pero no estaba en casa. Me tuve que tirar a tu hija.

—Folla mejor que el perro, te lo digo yo.

Se dieron un abrazo palmeándose la espalda. Cómo me alegro de verte, maricón.

—¿Para mí no hay besos de tornillo? —se quejó Jonás.

—No quiero que me contagies ladillas —contestó Faura mientras le estrechaba la mano.

—Cuánto tiempo, macho —prosiguió Floro—. ¿Cómo te va el negocio, detective privado?

—Entre eso y la pensión, voy tirando.

—Si es que se ahorra una pasta dejando de fumar y de beber, que te lo digo yo. —Floro levantó la mano—. Eh, chinorris, ponme un cubalibre.

—Una cerveza para mí —añadió Jonás.

—Joder, Paco, tienes que comprarte un teléfono móvil de una puta vez. No hay manera de dar contigo. ¿Dónde se ha visto un detective que nunca está en casa para coger el fijo?

Faura acarició el móvil que tenía en el bolsillo. Salvo Eli, nadie iba a tener el número. Ni Dios ni el Diablo. Por estas.

—Soy viejo para esas basuras tecnológicas.

—Pues te estaba buscando Ruano —prosiguió Floro—. Me llamó el otro día. Dijo que no había huevos a localizarte. Casi me hace pedirle al juez una orden de detención.

—¿Y qué quería?

—¿Ruano? Como que me lo iba a decir. Sigue siendo el mismo hijo de puta de siempre.

—Está bien, lo llamaré esta semana.

—Eh, ¿habéis visto lo de Eurovegas? —Jonás cambió de tercio—. Dicen que van a dejar fumar, que le van a apretar las clavijas al gobierno para que cambie las leyes y todo. Joder, anda que no echo de menos un buen Fortuna con el café.

—No hables de tabaco delante de Paco, cojones. Que pareces tonto.

—Coño, Faura, perdona.

—No es nada, Jonás. Tras el infarto uno se acostumbra a dejar los Montecristo —mintió.

—¿Y qué haces por aquí, pájaro? —preguntó Floro.

—Quería ver si me podíais echar un cable.

Se lo dijo sin tapujos, delante del chino que servía las bebidas y ante los oídos indiscretos pero indiferentes de varios uniformados. Caso de cuernos, matrícula de un Toyota Yaris, pringado con corbata. Nombre, apellidos, antecedentes... Todo.

—Yo me ocupo —se ofreció Jonás, respetando los galones de sus amigos. Apuró la cerveza y cuando hacía el amago de pagar, Faura lo detuvo con un gesto. Lo agradeció asintiendo con la cabeza y se marchó a pedir los datos por radio.

—Ahora en serio, ¿cómo te va? —preguntó Floro en cuanto se quedaron a solas.

—Va bien, no es broma. Todo va bien.

—Tengo esto para ti. —Sacó un par de folios doblados de un bolsillo interior de la chaqueta—. Los guardaba para cuando nos hicieras otra visita espectral.

—A veces no puedo avisar con tiempo, Floro, ya lo sabes.

—Y, como lo sé, lo llevo encima.

Faura desplegó los papeles. Vio un patrón conocido. Eran los coches que se ajustaban a la descripción del agresor de Susana. Cambios de empadronamiento de otras comunidades, matriculados antes del atropello, posible quiniela ganadora. Información de la Guardia Civil con acceso de la Policía Nacional. La relación entre ambos cuerpos mejoraba con la edad.

—Gracias, socio. Te debo una más.

—No me toques los cojones. Lo que tienes que hacer es llamar de vez en cuando, coño, que se echa de menos hablar contigo sin prisa.

—En cuanto tenga un hueco, te lo prometo.

—También prometiste que heredaría todos tus bienes si palmabas de un infarto y he visto el testamento.

—Te he dejado las deudas, que no son pocas.

Jonás regresó en ese momento a la cafetería. La comprobación había sido rápida.

—Feijó Luna y Cabildo de la Serna, Adonai. —Le pasó a Faura un papel manuscrito donde había apuntado los datos.

—Joder, vaya nombrecito. ¿Quién coño llama Adonai a su hijo?

Aquellos que tienen tanta pasta como para comprarse una isla, pensó Faura.

Con la crisis se hablaba del Banco Malo como fuente de todas las soluciones. El Banco Peor y el Banco Nefasto ya existían, pero la palma se la llevaba el Banco Cabrón.

En la puerta de la sucursal ponía otro nombre, pero a Faura no le engañaban. Sabía que se metía en la boca del lobo. Allí solo había estafa y miseria. Lo que años atrás fue la principal caja de ahorros de Madrid, ahora era un buque ruinoso a la deriva. Directivos con sueldos millonarios y clientes comidos a comisiones dejaron paso a ejecutivos con indemnizaciones obscenas y clientes sin ahorros. Vendieron a jubilados y a analfabetos productos fraudulentos concebidos para fracasar. Los llamaron Participaciones Preferentes. Perdieron su valor a los dos días. Tras el escándalo, acordaron: el dinero no lo vamos a devolver, pero le podemos cambiar el 60 % por acciones del banco. Somos la hostia, ya lo sabe. Se revalorizarán a los diez minutos, amigo.

Perdieron su valor a los dos días.

El despacho era amplio. Oficinas céntricas, a la sombra de las torres KIO: dos

edificios que tenían pinta de estar a punto de desplomarse. A Faura le parecía una bonita metáfora.

Tras la mesa de caoba falsa, el cliente metió el CD en el ordenador. Faura se acomodó en el sillón de piel falsa, contemplando el falso Picasso que colgaba de la pared. El tipo miró las fotos sin pestañear, pero ahí estaba: falsas lágrimas de cocodrilo. Llanto de niño consentido que ve cómo le quitan los juguetes que antes le había quitado a otro niño más consentido aún. Falsos sentimientos de culpa, falsa autoestima rota, falsa tristeza.

—Se llama Adonai Feijó... —Faura tenía hasta la fecha de nacimiento del cabrón, pero no pudo completar la frase.

—Puede marcharse —dijo el encorbatado sin mirarle siquiera—. Mi secretaria le pagará lo acordado.

Faura se quedó un rato más en la falsa butaca. Después se levantó y arrastró los pies por la alfombra persa falsa hasta salir de aquella copia barata del paraíso.

El banquero conocía al pijo que se follaba a su esposa. Era su compañero de cacería, de palco en el Open de Tennis de la Caja Mágica, quizá hasta se encontraban en actos benéficos que derivaban en reuniones mercantiles. Ahora la merca era su futura exmujer, pero Faura temía que el millonitis se olvidase de tomar las pastillas y contratase a unos matones, que le partieran las piernas a su amiguete de pádel, que la venganza le salpicase a él.

Por eso dejó los micros puestos un par de días más. Quería tener algo que alegar si lo echaban a los perros. Si el pollo llamaba a los gorilas desde casa, podía tenerlo pillado. El dinero lo compraba todo, pero a los ricos les gustaba hacerse la ilusión de que se podían valer por méritos propios.

La vigilancia era más aburrida que el día anterior. Faura leyó capítulos sueltos de una novela sueca. Era un tocho y se saltaba largos fragmentos. De vez en cuando jugaba con su viejo zippo, el que le regaló Susana y que nunca había

vuelto a usar. Lo giraba entre los dedos, le quitaba la capucha y lo cerraba sin encenderlo. Se preguntaba si funcionaría el mecanismo, o si se habría roto con el paso del tiempo. No importaba: era una reliquia. Igual que él.

La mujer estaba en casa. Canturreaba una canción que Faura desconocía. Sin música, todo a capela. Tenía buena voz, no desentonaba. Le sentaba bien echar canas al aire.

Un Passat tamaño portaviones se paró ante la puerta. Aquel coche suplía la falta de vigorosidad de quince impotentes. El conductor bajó la ventanilla para meter la llave de seguridad. Faura pudo ver al banquero. Llegaba casi hora y media antes a casa. Los jefes podían escaquearse del curro siempre que quisieran. La puerta mecánica se abrió con un chasquido y se cerró con un golpe. Faura perdió de vista el Volkswagen. Subió el volumen de los cascos.

La mujer ya no cantaba. Se escuchó un portazo. Unos pasos retumbaron por el pasillo. Algo cayó al suelo. Ni un saludo. Solo un «puta» repetido hasta el infinito. A cada insulto se escuchaba un golpe seguido de un grito. Luego solo insultos y golpes. Después, nada.

Faura permaneció un rato más escuchando el silencio antes de arrancar el coche y marcharse de allí.

Las Vegas.

La copia china.

Harrelson Levy, el único mortal que había llevado una imitación al país de las imitaciones. Estaba todo: allí el Venetian, al lado el Four Seasons, más allá el Galaxy Hotel. Espectáculo de luces por la noche, *strippers* con legañas por el día. Juego, vicio y actividades para los niños. Dejad a vuestros hijos en las piscinas de bolas mientras os desplumamos a la ruleta. Nuestras canguros les darán el amor que sus padres ludópatas les niegan. Se deslizan por la barra vertical como diosas.

Veinticuatro casinos, 2.700 mesas de juego, casi 6.500 máquinas tragaperras en apenas 28 kilómetros cuadrados. Los chinos llegaban en manadas a probar su buena estrella. Rezaban plegarias antes de tirar los dados.

CJ encendió las luces de su Qoros 3. Atardecía. Los turistas despertaban de un letargo diurno para fundirse con la farra. Aquí hemos venido a follar, no a perder el tiempo. Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas, aunque estemos en Macao. Algunos ni se asomaban por la ventana: del aeropuerto al hotel, perdían pasta en el casino, y de vuelta al avión.

Los chinos conocían a CJ. Para ellos, todos los blanquitos eran iguales, por lo que un negro de metro noventa destacaba como la clamidia en un convento. Algunos lo habían visto de cerca. Otros lo habían fotografiado justo antes de que les reventara la cámara contra la acera. Mierda, se supone que soy el adjunto de seguridad. Mi careto no puede aparecer en Twitter.

Seguridad. Le gustaba esa palabra. Lo que hacía en realidad era repartir hostias. Un matón a sueldo del Mormón. Y ni siquiera lo conocía. Viva el país de

las incongruencias: el tipo que debe velar por tus huevos es un completo extraño del que no sabes ni el nombre.

Lo contrataron por Robbie. Les habló de aquel compañero en los Marines que le salvó el culo varias veces en Afganistán. Eh, echémosle una mano al muchacho. Lo capturaron los talibanes. Las pasó putas. Es buen tío.

Sospechaba que Harrelson Levy había leído su historial. CJ: Carl Jimenes. Nacido en North Las Vegas. Padres emigrantes de Santo Domingo en los setenta. Él: crupier de casino. Ella: limpiadora sin contrato. Una hermana: Mónica Jimenes. Los adultos nunca estaban en casa. Niño problemático, acabó en una escuela militar con dieciocho años. Era eso o la cárcel. Allí se formó como soldado de la USAF, acuartelado en la Fuerza Aérea de Nellis, Nevada. Obtuvo el rango de teniente. Participó en la operación Libertad Duradera en Afganistán. Los moracos lo pillaron en el 2007 y le jodieron bien. Se recuperó. Le dieron una medalla que se apostaba al póquer. Aún llevaba las placas identificativas del ejército al cuello. Robbie fue su comandante en el desierto. Se enrolló: le vendió el 5 % de las acciones de su empresa. Se convirtieron en socios. CJ estaba implicado en la misión.

Ahora: sin petróleo ardiendo, sin árabes locos armados con viejos fusiles soviéticos, sin dunas ni arena, pero en guerra contra los camellos. La época de Afganistán es mejor olvidarla, *brother. This is the fucking present*. Los enemigos son los traficantes de droga. *Let's rock, darling*. Nadie puede vender mierda en los casinos.

Secuelas de la guerra para aburrir. Si quería dormir necesitaba pastillas. De lo contrario, venían las pesadillas. Recuerdos horribles, falsos, reales, desproporcionados. Estaba en el culo del mundo y aun así lo perseguían. Hizo terapia, pero lo mejor era partirles las piernas a los desgraciados que pasaban nieve por su territorio. Como aquel amarillo que vagueaba en la esquina.

CJ detuvo el vehículo. Se acercó de espaldas. Iba solo. Buen chico, quédate quieto. Pronto tendrás una bonita silla de ruedas.

—Hola, capullo. —CJ, en perfecto cantonés. Era bueno para los idiomas.

El chino trató de volverse, pero ya tenía una enorme zarpa dominicana en el hombro. Se agitó y salió corriendo. CJ se quedó con la chaqueta del chino en la mano. Dentro: varias papelas de heroína. Tenemos un ganador.

El paramilitar salió tras él. Le sacaba varios metros de ventaja. *Fuck you, man.* CJ entrenaba varias horas todos los días. Dejó que se cansara. No aceleró más de lo necesario para no perderlo. Era su *target*. Tenía una diana en la espalda.

El capullo siguió hasta unas calles alejadas del casino. Pulsó el botón de un mando a distancia y los intermitentes de un coche parpadearon. Entonces CJ se hartó. De un par de zancadas agarró al payaso. Un barrido y *get off*. La segunda patada la esquivó. Se alzó y mostró un machete de matar pandas. *What are you doing, dude?* El pavo jadeaba. CJ sudaba a mares, pero apenas estaba fatigado. Buena transpiración, colega. Deberías hacer más deporte.

El cabrón no se iba a rendir. Hizo un par de filigranas con el cuchillo. Fantasmadas de aficionado. CJ: experto en artes marciales. Entrenamiento en las Fuerzas Especiales. Infantería pura, colega. Carne de cañón en primera línea. Podía desarmar a aquel mamón de siete formas diferentes.

Eligió la más dolorosa.

En cuanto estiró el brazo, CJ ya lo tenía inmovilizado sobre su hombro. Lo alzó del suelo: el *charlie* medía metro y medio. Le dislocó el hombro, soltó el machete. Después le partió la articulación. El codo hizo crac, pero los gritos del infeliz lo amortiguaron. Adiós a tu carrera de tenista, amigo.

Yellow Hawk Down. El brazo del revés. Ni siquiera sangraba. Era una máquina.

—Te he saludado y has huido —prosiguió CJ con su chino de cantina—. Es de mala educación.

Abrió el maletero. Dentro: herramientas, porno en BlueRay, un saco, dos machetes más, una bolsa de viaje. Dentro: ropa sucia, muda limpia, una maquinilla de afeitar, una cartera con símbolos pinyin. Dentro: muchas papelas de heroína.

—Vamos a dar una vuelta —dijo.

El chino siguió gritando.

Sala de interrogatorios del Venetian. Tenazas, grilletes y una batería de coche para la diversión general. Los chicos habían construido una réplica de la silla eléctrica. Robbie decía que así se sentía como en Dallas. Estaba anclada al suelo, tenía correas y una corona de hierro. Todo legal: en la ciudad-estado de Macao no existían los derechos humanos. Aquella tortura no era comparable a la que le habría aplicado la policía. *Smile*, estás entre amigos.

—Dinos dónde fabricáis la droga y te daremos un chute para el dolor. No me digas que no te apetece un poco de caballo.

Robbie hablaba, CJ traducía. La cámara de vídeo del techo retransmitía en directo.

—No puedo —balbuceó el amarillo en un dialecto minoritario que solo hablaban ochenta millones de chinos—. Me matarán...

CJ entendió la última parte. Agarró el brazo lisiado y lo apretó con dulzura. El rehén se agitó pese a estar inmovilizado con cadenas.

—No tenemos todo el día. Primero has dicho que la droga no era tuya. Después has reconocido que eres un camello. Al final me dirás lo que quiero oír. Pero, como te he dicho, tenemos prisa.

—Me matarán.

CJ lanzó un directo contra el brazo maltrecho.

—Nosotros también.

El chino lloró. Se meó en los pantalones por cuarta vez. Robbie preparó la batería.

—Normalmente, te daríamos descargas pequeñas —tradujo CJ mientras le colocaban las pinzas en las orejas—. Pero tenemos prisa, en serio.

Activaron el interruptor. El gilipollas se puso tenso. Sus mandíbulas se cerraron con fuerza, las venas se le marcaron por todo el cuello, su cuerpo se arqueó.

—¿Sabes que Harrelson Levy está aquí? —Robbie le pasó un chicle a CJ.

—Algo había oído. —Se guardaron mucho de no decir «el Mormón».

—Viene de vez en cuando para ver que todo marcha bien. —Traducción de CJ: para que no le roben la pasta.

—Con suerte, arreglaremos esto antes de que se largue.

—Ojalá. Por cierto, mañana por la noche hemos quedado para jugar al póquer con los chicos.

—¿En una mesa o en privado?

—En una mesa reservada de un privado. ¿Te apuntas?

—Claro, por qué no.

Olía a quemado. Apagaron la batería. El chino tenía los ojos fuera de las órbitas. Robbie se los metió con los dedos.

—Vale, como te decía, no tenemos todo el día. ¿Dónde fabricáis la droga?

—Se ha desmayado. —CJ le tomó el pulso.

—Joder. Ya no hacen a los chinos como antes.

—Bruce Lee nos engañó a todos.

—Ni media hostia aguantan.

Un médico entró en la sala. Le pinchó un gotero. Y a esperar.

CJ y Robbie salieron. En la sala contigua estaban los mirones. El jefe de Policía de Macao hablaba con un representante del gobierno. Robbie se sirvió una taza de café.

—Odio cuando se desmayan, CJ.

—Le hemos frito los sesos.

—¿Cuánto tiempo crees que estará así? ¿Un día? ¿Dos?

—El médico lo despertará.

—Para tener prisa, es una putada.

Robbie fue su compañero en el batallón de CJ en Afganistán. Organizaba partidas clandestinas de póquer entre soldados y oficiales. Montó un ring de boxeo en mitad de las montañas. Encontraba prostitutas hasta en las aldeas más remotas y totalitarias. Los chicos lo adoraban. *I love you, sir*. Cabeza alta,

peinado tipo cenicero, racista texano. Adoraba a CJ. Era su negro, explicaba. Todo hombre necesita un negro, decía. Acojonan a los moracos, aseguraba. Tienen la polla como los cachalotes. Los afganos nunca han visto uno. Se cagan de miedo.

Chico, tienes que ponerte dientes de oro. Amigo, sin aspecto rapero no vas a ninguna parte. El Klan comulga con tu cabeza rapada, hijo. CJ no le hacía caso. Le salvó el culo dos veces en Afganistán. La primera vez, derribando a puñetazos a La Mula Popov. Aquel maricón se pasó con la hierba y a punto estuvo de encolar a Robbie. CJ se reventó los nudillos tratando de derribar al polaco. La Mula también iba puesto de anfetás. Después evitó que Robbie le descerrajara dos tiros en la cabeza. Aquello le libró de un consejo militar. La segunda vez le cubrió mientras salvaba a un compañero herido en mitad de un tiroteo. CJ derribó ocho turbantes mientras Robbie salía con el moribundo cargado a los hombros. Se le hizo eterno, parecía que andaba a cámara lenta. Tras aquello ascendieron a Robbie. CJ pasó de rollos. Años más tarde, Robbie le devolvió el favor al llevárselo a Macao de segurata. Cinco años en el País de los Amarillos.

Todo hombre necesita un negro, decía.

—Ya ha recobrado el conocimiento —dijo el médico.

CJ y Robbie dejaron las batallitas para otro momento. Entraron de nuevo en la pequeña sala oscura. El chino tenía un tic nuevo. Agitaba la cabeza, temblaba. ¿A qué huele? El tío se ha meado por quinta vez.

—¿Dónde fabricáis la droga?

—Yunfu —escupió.

—Es el tercer camello que nos dice lo mismo en menos de una semana —dijo Robbie—. Hay que actuar rápido.

El jefe de Policía estaba inquieto. El delegado del Gobierno se removía en su

butaca. Robbie colocó un mapa sobre la mesa. Tecnología Google. Los chinos odiaban ese satélite.

—Yunfu es una pequeña población de mierda. Está al oeste de aquí, apenas a unos kilómetros. Allí tienen el almacén y preparan las dosis. Después las distribuyen por la zona. El Complejo Levy es su principal fuente de ingresos. Nuestros cálculos dicen que el ochenta y tres por ciento de su beneficio lo obtienen de aquí.

—Son los fumaderos de opio del siglo XXI —añadió CJ.

—Podemos detener a mil camellos más, que los repondrán. Suelen ser pobres gilipollas de las colinas, agricultores comidos por las deudas, yonquis que se meten más de lo que venden. Ya tenemos la información que queríamos. El cretino que acabamos de interrogar nos ha dado la dirección exacta y ha confirmado lo que ya sabíamos. ¿A qué coño estamos esperando?

El jefe de Policía se rascó la cabeza. El delegado del Gobierno se humedeció los labios. Ellos eran la autoridad, pero allí quien mandaba era Robbie. Ser jefe de seguridad del Complejo Levy era como ser el emperador.

—Es un clan fuerte —explicó el poli en un inglés chapucero—. Si atacamos a las tríadas, podemos acabar mal.

—Nos joderán vivos si no lo hacemos. Aquí hay más droga que en Hollywood.

—La información coincide. Un almacén. Cerca de ocho tipos armados dentro. La mierda la cortan esclavos. No hacen turnos: viven allí.

El representante del gobierno ya no sabía dónde esconderse.

—Es arriesgado. Las consecuencias...

—A la mierda: o nos ayudáis o lanzamos un misil y quemamos todo el puto pueblo.

Qué calor hace aquí, ¿no? Robbie iba a salirse con la suya.

—Quiero completa autonomía. La policía debe acordonar la zona y cortar los accesos.

—Les mandaré apoyo —añadió el delegado.

—Nada de ejército —cortó Robbie—. Llevaré a mis propios hombres.

Los chinos asintieron. Realizaron una pequeña reverencia. Obedecerían ante la llamada del Capital. Así había sido siempre.

The party starts now.

Operación encubierta en territorio no soberano. Robbie, CJ y cinco más. Todos mercenarios experimentados curtidos en varios conflictos. Tatuajes talegueros, adictos a la adrenalina, armas de repetición: rutina habitual. Atacar a civiles con consentimiento gubernamental. No iban a dejar vivos ni a los niños.

—No vamos a dejar vivos ni a los niños —decía un ex-SAS con acento de Westminster.

—Entrar y salir —repetía otro, un francotirador ex-Mossad—. Así lo hacemos en Israel: entrar y salir.

Robbie daba órdenes. Todos sabían qué hacer y cómo hacerlo.

El camión estaba camuflado como transporte de arroz. Se detuvo en la entrada a Yunfu. La noche los amparaba. Mira ahí, es la fábrica de caballo. Esos cabrones son los que invaden nuestro territorio. Esto es Las Vegas. A por ellos.

Bajaron en silencio equipados con gafas de visión nocturna, chaleco antibalas, casco con linterna, botas gruesas, fusiles de asalto *made in* Tío Sam. Al cinto: cuchillo de caza, armas arrojadizas, explosivo para volar las cerraduras. *Let's play.*

Órdenes telepáticas de Robbie: los tiradores a las esquinas, cubrid la salida trasera, cuidado con las ventanas. El resto: formación en abanico.

Despliegue táctico. Robbie en cabeza. Alcanzó la puerta principal. Sin vigilancia exterior. Se asomó por una ventana. Un par de chinos jugando a los dados. Hizo varias señas. Un disparo voló la ventana. Llovieron cristales sobre Robbie. Lanzó una granada de fragmentación al interior. Explotó a los dos segundos. Mecha corta: él mismo las había modificado.

Los chicos fueron tras él. Masilla en la cerradura: voladura en tres, dos...

Vamos dentro. Humo, carne picada, un juego de dados. Siguiendo puerta: abierta. Vamos dentro. Zona de almacén. Los esclavos levantaron las manos. Un guardia les apuntó con una Uzi. Dispararon a discreción. Todos muertos. Comprobación: hay que asegurar la zona. Siguiendo puerta: abierta. Vamos dentro.

Laboratorio. Máscaras puestas, muchachos. Los gases os pueden dejar KO. Había caos, gente corriendo. Abrieron fuego. Cinco subfusiles haciendo su trabajo. Papilla de amarillo por las paredes. Jaco silbando en el aire. Separaos. Quiero la zona limpia. Avanzaron en formación. Diferentes pasillos entre las mesas de corte. Uno aún respiraba. Robbie lo remató con el cuchillo.

Last stop: sótano. Puerta de hierro con candado abierto. Estaban en las habitaciones de los esclavos. Apestaba a humanidad. Eran más de cincuenta. Había mujeres y menores. Robbie decepcionado: se supone que trabajaban hasta de noche. CJ se puso a su lado.

—¡Todos fuera! —gritó Robbie en un mandarín malísimo.

Los pusieron en fila. Ascendieron las escaleras uno a uno. Todos a la puta calle.

Subieron arriba. Los chicos recogían el material de la oficina. Folios, archivadores, discos duros... Cualquier cosa que les sirviera para seguir matando.

—Treinta segundos, muchachos —dijo por el comunicador.

Todos se apresuraron a terminar con sus obligaciones. CJ se quedó atrasado. Encontró metanol y lo desparramó por el suelo. Después lo prendió con una cerilla. El fuego se expandió con velocidad gracias a los productos químicos.

Salieron al exterior apuntando en todas direcciones. Los esclavos del sótano lloraban en corro a un lado. Algunos chinos se asomaban por las ventanas. Los francotiradores tardaron veinte segundos en regresar. Montaron en el camión y se alejaron de allí.

Las llamas devoraban con frenesí la fábrica de heroína e iluminaban la noche en Yunfu.

Papeles acartonados. Símbolos cantoneses con faltas ortográficas. Imposible traducir toda aquella mierda.

Robbie se lo dijo al jefe de Policía. No quiso saber nada del asunto. Ya no dependía de él. Yunfu estaba lejos de su jurisdicción. Robbie estuvo tentado de partirle la cara, pero aceptó sus mentiras.

Después enganchó de la nuca al delegado del Gobierno. Ese cabrón iba a bailar al son que él decidiera. Por sus cojones.

—Es imposible. Nos llevará años. Están cifrados. No tenemos tecnología.

La retahíla de excusas se fue alargando. Robbie se cansó y soltó al chino. Golpeó la pared. Se peló los nudillos.

CJ observaba todo entre distraído y atento. Comía un bol de *chow mein*. Un fideo de trigo le resbaló por la barbilla. Se había adaptado a la perfección a la vida en Macao, pero seguía sin controlar los palillos.

—Se puede hacer —dijo con la boca llena.

Robbie lo miró. El enviado del gobierno se frotó las sienes.

—Es un trabajo largo y pesado —continuó el chino—. No es fácil. Debemos baremar datos, cruzar referencias. Quizá en unos meses...

—Tenéis medio día. —CJ se limpió con la servilleta y se levantó de la mesa.

—No puede ser.

—En mi país hay un dicho, o una adivinanza, no sé cómo explicarlo. Dice que si pones a mil millones de monos a golpear una máquina de escribir, antes o después escribirán *Hamlet*.

El pringado se aflojó la corbata.

—Repito que es imposible.

—Ese es vuestro problema: tenéis capacidad ilimitada para hacer todo lo que os dé la puta gana, pero no os atrevéis. Sois una sociedad conformista, unos cobardes. Si yo fuera Xi Jinping ya habría invadido medio mundo.

El delegado del Gobierno miró a los lados. No era aconsejable pronunciar el nombre del presidente. La pena de muerte llegaba incluso a una región administrativa como Macao.

—Pero... —balbuceó.

—Capacidad ilimitada —repitió CJ—. Tenéis medio día para reunir a todos los capullos que puedan descifrar esa mierda. Desde bachilleres que sepan leer hasta oficinistas que escaneen los archivos.

Al delegado le costaba respirar. Robbie le puso una mano en el hombro. *My friend*:

—Quiero a mil millones de monos revolviendo entre esos papeles —ordenó—. O de chinos. Me importa una mierda. Pero date prisa.

CJ lo clavó: la República Popular China tenía capacidad ilimitada. En apenas una hora habían evacuado un complejo de oficinas de veinte plantas y lo habían adaptado a la tarea que tenían entre manos. Secuestraron por imperativo legal a cualquiera que pudiera echar un cable: profesores de idiomas, expertos en semiótica, informáticos para descryptar los discos duros, mecanógrafas para las transcripciones, niños que jugaban con las palabras como si fuera un puzzle, técnicos que controlaban que el aire acondicionado no se estropease, un radiólogo que pasó por rayos X los folios sin mayor éxito y nueve cocineros que prepararon arroz con salsa para todos los presentes.

No eran mil millones de monos, pero los resultados fueron óptimos. Golpeaban teclas al azar, se expurgaban con las uñas y se masturbaban en los aseos. La nicotina y el café los mantenían atentos y despiertos. Cientos de cabezas procesando datos sin parar, obligados por su gobierno, esclavizados y sin salario, trabajando para una empresa privada de una potencia extranjera. Y, después de treinta y seis horas seguidas, consiguieron escribir *Hamlet*.

Una variable que se repetía. Aparecía en el libro de contabilidad, se mencionaba de pasada en una nota de entrega, enlazaba con el fichero de proveedores y destacaba entre la fauna y la flora de aquel galimatías infumable.

Xin Xio-Pak.

Una zona montañosa al oeste de allí. De acceso complicado por tierra, apenas

cinco aldeas alrededor. Robbie lo tuvo claro: allí era donde se cultivaba la merca. Jaco chino: quizá lo único que no era una copia en aquel país.

CJ estuvo ausente de toda aquella locura. Al principio se encerró en un despacho. Después se marchó al gimnasio. Perdió dinero a las cartas con los compañeros. Tras varias cervezas, al SAS se le ocurrió ir a partir piernas. Dos tetraplégicos más tarde, seguían sin respuestas. Los camellos habían captado el mensaje de Yunfu: iros a la mierda. Les costó encontrar a esos dos imbéciles, demasiado drogados para pensar por sí mismos. El Mossad se aplicó con ellos. Nada. CJ se hartó: yo también me voy a la mierda.

Pero ya lo tenía. Xin Xio-Pak. Un agujero dentro de un agujero. A Robbie le encantaba la idea de tirarles un petardo. El delegado del Gobierno no lo veía así.

—Ya basta de violencia. Nos ha costado mucho silenciar el asunto de Yunfu.

—¿Silenciar? —Robbie flipaba—. ¿A quién? Los medios extranjeros tienen capada la información. Lo que dice el Estado es la verdad. A quien no esté de acuerdo, se le despeña por un risco. Joder, que estamos en el paraíso, ¿aún no te has dado cuenta? Somos la enorme polla de Mao Zedong meando sobre el pueblo. Nadie podría ser más feliz.

—No, muchos problemas. Demasiados. Ya basta. No sabemos lo que hay en Xin Xio-Pak. Quizá no sea nada.

—Allí cultivan heroína —lo interrumpió CJ—. Lo que desmantelamos el otro día era el almacén donde la cortaban, por eso solo había empaquetadores. El premio gordo se esconde en las montañas.

—No, imposible. Me juego el puesto si lo hago.

Robbie y CJ se miraron. Ambos sabían lo que significaba aquello: estaban jodidos. Debían actuar con velocidad.

—Quiero un helicóptero preparado en la azotea en diez minutos —ordenó Robbie—. Mis chicos irán a inspeccionar el terreno.

Frialdad en las pupilas. Acero en el aire. Ambientador de metralla.

—Dejen que haga unas llamadas.

El delegado se encerró en un despacho. Robbie y CJ esperaron. Al cabo de

dos minutos regresó el chino. Mala señal: *smile*.

—Nos han dado permiso —dijo—. En media hora tendrán su transporte.

Se comportaron como buenos militares. No era el momento de mostrar las cartas. Asintieron y se marcharon. Ya en el ascensor, maldijeron su puta mala suerte.

—Nos acaba de joder —explicó Robbie.

—Desde el primer momento que lo lleva haciendo.

—Yo paso de ir a esa mierda. Te dejo solo, ¿vale, CJ?

—Ir allí será perder el tiempo.

Robbie golpeó la pared con el puño. El elevador se tambaleó. Las luces parpadearon.

—Estábamos tan cerca. Joder, tan cerca...

—Tuvimos suerte de quemar el almacén.

—Sabes lo que vamos a encontrar allí, ¿verdad?

—Ópera china.

El helicóptero de CJ aterrizó en mitad de la selva. No le acompañaba nadie. Solo iba armado con una pistola de corto alcance. Dieciséis balas que no iba a disparar.

Al aterrizar vio lo que se temía: las instalaciones de cultivo de heroína totalmente desmanteladas. No había rastro ni de los granjeros. Un montón de campos rasurados al cero. Había metido la lengua en ingles con más broza. Varias hectáreas de siembra calvas y sin vida.

Una construcción se alzaba en el centro. Más de lo mismo en el interior: cajas vacías, papeles quemados, cristales rotos. Se habían marchado de allí con prisa, pero sin precipitación.

—El golpe en Yunfu los debió de asustar —dijo el policía que lo acompañaba—. Se han ido ya. Aquí no vamos a encontrar nada.

CJ quiso matarlo allí mismo. Puto país corrupto. El gobierno hacía tiempo que

había avisado a los narcos. Trabajaban juntos. Fue un milagro encontrar Yunfu. Cuando vieron que el delegado salía sonriente y esplendoroso ya sabían que habían limpiado aquel sitio. De cara a ellos trabajaban a toda prisa. A sus espaldas los apuñalaban. Mientras los monos escribían *Hamlet*, allí desmantelaban la fábrica. La idea de CJ era buena, pero los chinos lo convirtieron en un espejismo: se dedicaron a perseguir la zanahoria y olvidaron quién sujetaba el palo.

—Quiero una puta gasolinera para quemar este sitio.

El policía se removió incómodo.

—Esas no son mis órdenes.

—¿Y cuáles son?

—Confidenciales.

CJ se dio la vuelta hacia él y se quitó las gafas de sol.

—Me estás cabreando.

—No, señor.

—Vamos a quemar esta mierda de agujero para que no puedan volver a usarlo jamás.

—No es lo que se me ha ordenado.

—Y como no me lo puedes decir, lo tengo que adivinar yo. —Lo enganchó de la camisa y lo estampó contra una pared—. A ver si acierto: te han ordenado tocarme los cojones. A dos manos y con guantes de cuchillas. ¿Es eso?

Alrededor se arremolinaron varios policías más. Acariciaban las culatas de sus pistolas como en las malas películas de vaqueros. CJ calculó que podía reventarles la cabeza a cuatro antes de que se dieran cuenta. El problema sería regresar al Complejo Levy.

Soltó al gilipollas. El chino se repeinó antes de ponerse la gorra de nuevo. Uniformados de tómbola, pensó CJ. País de robots. El dinero del Mormón les daba carta blanca, pero los amarillos pasaban de sus caras.

CJ se negó a revisar el resto de las instalaciones. *Fuck you*. No voy a perder más tiempo. Regresaron al helicóptero. Las aspas levantaron polvo y basura. El

ruido del rotor era insoportable. CJ no se puso los cascos. Pasaba de hablar con aquellos malnacidos. Se ajustó las Ray-Ban. Cuando se alejaron un poco sacó los prismáticos. A lo lejos, casi como hormigas, los granjeros regresaban a las tierras baldías.

La fábrica de caballo debía estar operativa de nuevo en el menor tiempo posible.

Relajarse a puñetazos. Era su medicina. El Lorazepam se lo podían quedar los deprimidos. En las Fuerzas Especiales tenían otro estilo.

Gimnasio del Four Seasons, copia china. Máquinas de musculación, cintas para correr, electrodos para ejercicio pasivo: hasta los gordos podían ponerse en forma sin mover una pestaña.

Gimnasio Four Seasons, innovación china. Un tatami para artes marciales, salas de yoga, sacos de arena para boxeadores.

Allí estaba CJ. A hostia limpia con el puto saco. Visualizaba la cara del delegado del Gobierno y le metía un gancho. Imaginaba la sonrisa del policía y soltaba un rodillazo. Estilo de lucha propio, variante del ejército: solo los golpes más eficaces y dolorosos. Patadas de full contact, puñetazos de púgil, bloqueos de kárate. Su preferida: romper huesos con hapkido. Luxaciones, fracturas, contusiones: cuando te destrozan el cúbito dejas de pelear.

Robbie apareció por la puerta. Llevaba su sombrero texano. *Yippie-yi-yo-ki-yay*.

—¿Cómo estás, muchacho?

—¿Puedo cometer un genocidio?

—Creo que no.

—Entonces seguiré cabreado.

CJ continuó vapuleando el Van Allen de imitación china. Robbie se encendió un Marlboro de imitación china.

—Aún estoy esperando el informe de la operación Xin XioPak, teniente.

—Según lo esperado, señor.

—Resuma.

—Todo se fue a la mierda.

—¿Algo más?

—Nos dieron por culo sin condón.

—Lo esperado, entonces.

—Lo esperado, señor.

Robbie le sujetó el saco. CJ descargó una ráfaga de golpes secos y rápidos. Terminó con dos patadas y se aguantó las ganas de darle un cabezazo. Hacerse daño no era aconsejable.

—Harrelson Levy quiere verte.

—Pues que baje.

—No me jodas, CJ. —Robbie lo empujó a un lado—. Es el Mormón. Nos paga las facturas.

—¿Y qué quiere?

—¿No me escuchas cuando hablo, chico? Es el Mormón. Ni su propia polla sabe lo que le pasa por la cabeza.

CJ agarró una toalla. Parecía que tuviera goteras. Se secó la frente. Se la pasó por el cuello. Varios maricones chinos lo observaban a lo lejos. Se relamían los labios. Mira qué brazos, fíjate en su culo. Como entre en la sauna me lo pido.

—Hoy ya es tarde —dijo Robbie—. Le he dicho que subirás a su despacho del Galaxy al mediodía. —Se alejó hacia la puerta—. Ah, y ponte elegante. Hazte a la idea de que es el mariscal de campo.

CJ se quedó a solas con el saco. Harrelson Levy quería verle. El tipo que no le conocía. Una de las fortunas más grandes del mundo. El Mormón exigía su presencia. ¿Qué coño querría ese viejo chocho?

Me importa una mierda, pensó CJ, y siguió reventando a palos el Van Allen.

3

El coche olía a mascota. Era insufrible tener las ventanillas cerradas. Un BMW de 50.000 euros y apeataba a meadas de gato.

Aldo estaba harto.

Se lo había dicho mil veces a Dmitri: no subas a ese puto bicho a mi coche. El ruso se había reído en su cara. El BMW era de Dmitri. Todo lo que había en él era del ruso. Cuando Aldo ponía los huevos en el asiento del conductor, esos huevos pertenecían a Dmitri. ¿A que sí, Anastasia? Así se llamaba esa alimaña que se meaba en el BMW. Aldo la odiaba. En realidad, Aldo lo odiaba todo.

Odiaba su rostro en el espejo cada mañana. Imposible mirar fijamente a ese hijo de puta que le devolvía el cristal. Melena descuidada, barba descuidada, vida descuidada. Odiaba las gafas de sol que siempre llevaba puestas, esas mismas lentes oscuras que le protegían del glaucoma día y noche. Ya no podía quitárselas sin ver destellos cegadores. A veces hasta se le olvidaba dejarlas en la mesita de noche para dormir. Como si con las anfetas y el insomnio las necesitase. Odiaba el insomnio. Odiaba las anfetas.

Aldo odiaba a Aldo. Era un gilipollas.

También odiaba su trabajo, o eso decía. Era un odio latente, de estar quemado de la rutina. Por lo demás, era lo mejor a lo que un expresidiario mexicano podía aspirar. En un país latino donde se desprecia a los latinos lo lógico habría sido acabar recogiendo lechugas en un invernadero, deslomándose en alguna fábrica de muebles, de barrendero o incluso de repartidor de comida china.

Ser proxeneta no estaba tan mal. Siempre iba del brazo de alguna zorra. Los honrados padres de familia giraban sus cuellos al verlos por las calles, un puto sudaca con dos escotadas rusas que le sacaban media cabeza. También conducía

un pedazo de carro que, aunque apestaba a gato, le daba un estatus mayor del que tenía.

Porque eso era España: aparentar.

Aparentar ser alguien honrado y robar al vecino, aparentar que quieres a tu mujer mientras te follas a una de mis putas, aparentar ser un buen cristiano pero perseguir a los inmigrantes. Tener una casa grande, un abrigo grande, una polla grande. Todo grande. Aunque luego no tengas donde caerte muerto y nadie te llore, sin un chavo, ruina de sociedad consumista y viciosa. Aparenten, cabrones: ya vi de qué pie cojean, putos.

Aldo aparentaba ser feliz, pero le salía fatal. En realidad, quería estrellar el coche contra un tren, dar vueltas de campana, terminar enterrado debajo de toneladas de hierros retorcidos. Aldo deseaba matar a las putas, a los clientes, a los que se masturbaban asomados a los balcones.

Si por él fuera, pondría una bomba y lo mandaría todo a tomar por culo.

Galya tardaba mucho. No debía entretenerse más de media hora con cada cliente. El gordo piojoso que se la había subido al hotel no tenía pinta de aguantar más que eso. Un pichacorta que se mataba a pajas con porno en *streaming*. No, ni siquiera eso, este es de la vieja escuela: un par de revistas porno acartonadas, quizá un VHS de gasolinera.

Galya, la puta nueva. La trajo Dmitri de Cataluña. Intercambio de cromos con La Junquera. Tenía cara avinagrada, de mala hostia constante, fría como el hielo de Siberia. Su mirada destilaba rencor. A Aldo le ponía el odio.

Bostezó. Trabajar de noche, sentado en el BMW, lo anquilosaba. Se sentía oxidado. Rutina de insomnio, biorritmos cambiados. Busquemos en el bolsillo secreto. ¿Qué es esto? Boris le había vendido una bolsa de speed. Mejor que las anfetamidas, tío. Te vuelven majara. Dormir es para débiles, la vida es demasiado corta.

Miró de nuevo el reloj de pulsera. Casi tres cuartos de hora follando. Se asomó por los retrovisores. Yulia y Zina hablaban entre ellas. Si no producían, se podían llevar una bronca. Y un par de hostias. Ese era su trabajo.

Se asomó por la ventanilla. Las putas dejaron su conversación sobre chupar pollas y se fueron cada una por su lado. Mejor así. Aldo miró de nuevo el reloj de pulsera: el gordo piojoso era el nuevo Rocco Siffredi.

La ropa le olía a gato.

Se metió una raya. Encontró una pastilla azul con el logo de Apple. Se la tragó y bajó del BMW.

El conserje ni le prestó atención. Subió por las escaleras. Ya tenía las pulsaciones alteradas. Una vez se tomó la tensión en la máquina de una farmacia. Aún conservaba el récord. El boticario le dijo que se sentara y se relajara, y diez minutos después se la volvieron a tomar. Le había subido.

Alcanzó la habitación 202. Galya tenía órdenes de no usar otra. Se escuchaba el ruido del somier de muelles. El gordo la estaba cabalgando, o puede que fuera ella. Cabrón de mierda, a la salida lo iba a arrinconar en una esquina. Le iba a pedir un suplemento por hacerle subir las escaleras. Galya tendría que haber avisado. Puta novata: conocía las reglas.

El romanticismo se jodió. Un grito ahogado. Un puñetazo. El gordo bramaba, escupía maldiciones.

A Aldo le temblaban las manos. Eso era bueno: la adrenalina fluía por su cuerpo. Sus dedos tiritaban por la droga. Eso era malo: tenía que acertar con su copia de la llave.

Hizo ruido. Tardó un siglo. Los gritos continuaron. Al final lo logró. Se asomó por el quicio.

Allí estaba el gordo. Mira eso: tenía a Galya atada a la cama. El gordo la obligó a practicarle una felación salvaje. La agarró de una oreja, le apretó la nariz para que abriera la boca. Di: aaaaah.

Galya tenía la cara como una hamburguesa.

Algunas cosas no se piensan. Aldo entró con todo. El salvador de la dama, el príncipe a lomos de un colocón homenaje a Steve Jobs.

Nada más verlo, el gordo se acojonó vivo. Intentó decir: «Perdón, no es culpa mía, no sabía lo que podía pasar». Al hacerlo se comió un puñetazo que lo descabalgó de la chica.

Aldo se hizo daño. No era musculoso, pero tenía nervio. ¿Qué chingados? Oh, mierda, no me quité los anillos. Mientras lo hacía, confusión en el cuarto:

—No lo hagas, tío. —El gordo—. ¡No me pegues!

Le dolía la cabeza. Olía a gato. El gordo olía a gato. Le soltó un par de patadas en la barriga mientras se desatrancaba el sello con forma de calavera del dedo.

—Mata a este cabrón, Aldo. —Galya—. Me ha... me ha...

El gordo se arrastró. Escupió una prótesis. Agarró algo de la mesita. Aldo saltó sobre él. Le inmovilizó la mano. Era una cartera.

—Tengo... tengo dinero —balbuceó.

Aldo se lamió los labios. Se le salía el corazón del pecho. La puta gritaba en ruso.

—Mírala, huevón. —Enganchó al payaso de la cabeza y le retorció el pescuezo—. Tiene la cara como un Big Mac. ¿Quién se la va a chingar ahora? Ni un perro se la tiraría así.

—¡Te pagaré! ¡Lo juro!

—Varias semanas sin trabajar. Es mucha lana, güey.

Galya no podía creerse lo que estaba escuchando.

—¡Mátalo! —chillaba—. Mátalo, joder.

—Calla, zorra. —Aldo se puso el índice ante la sonrisa—. Papi está haciendo negocios.

—Pagaré, oh, mierda...

—¡Mátalo!

—Una mala noche, esta chicuela saca trescientos pavos. Va a estar unas dos semanas en el hospital.

—Te pago, tengo pasta. Mira, cógela.

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

—Dame tres mil y no te rompo más dientes, ¿entendiste? Por la chica y por

mis molestias, maricón.

—¿Tres mil?

—Estará mucho tiempo sin trabajar por tu culpa. Tenemos que cuidar de ella.

—¡Joder, Aldo, mata a ese cabrón!

—Tres mil.

—Vale.

El gordo tuvo suerte, llevaba varias tarjetas de crédito. Sacó la pasta de diferentes cajeros y lo completó con lo que llevaba en la cartera. Aldo se arrepintió de haberle pedido tan poco. Aún podría haber sangrado más a ese cabrón.

Pero se lo tomó con filosofía. Había sido una noche estupenda. Era un buen pellizco. No se iba a arriesgar a una denuncia. A los tíos mierdas como ese había que apretarles las clavijas sin ahogarlos demasiado. Le había partido la cara a su chica y había pagado el precio. Todos contentos, güey. Final feliz.

Galya lo esperaba en el BMW. Estaba tapada con un abrigo largo. Debajo solo llevaba un bikini blanco. Aldo no había arrancado el motor cuando empezó a hablar.

—Eres un cobarde, Aldo Vargas —le dijo—. No has podido ni pelear por mí. ¿Así nos proteges?

—Te lo buscaste tú solita, mi reina. Ya sabes las reglas, novata. Deberías haber sabido controlar a ese pinche pendejo.

—¿Culpa mía que me golpeen? —Un par de blasfemias en ruso—. *Niet*, no es culpa mía.

—Caaalma, niña. Respira por la nariz.

Galya tenía las fosas nasales cubiertas de costras de sangre. El gordo le había dado una buena tunda.

—Te sabías las reglas. Media horita nomás. Tenías que avisarme si pasaba algo. ¿Cómo quieres que sepa que se te ponen violentos si no me avisas?

—¡Me golpeó! Puñetazos, patadas...

Se estremeció. Tembló bajo el abrigo. No era de frío.

—Te dejaste atar.

—Me ha dado una paliza. —Lágrimas—. Debo ir a hospital.

Aldo la enganchó del cuello. Ella se trató de resistir. Él se lo impidió. Después le acarició el pelo. Estaba pegajoso y sucio. El gordo no era el Rocco Siffredi de Vallecas, después de todo.

—No es nada, mi reina. —Le atusó la melena rubia, le limpió el carmín que se mezclaba con la sangre de su labio partido, le acarició el cardenal de la mejilla, intentó abrirle el ojo morado—. Estás buenona, como siempre.

—Llévame a un hospital, Aldo... —Más lágrimas, más temblores.

Aldo miró de nuevo el reloj del coche.

—Aún quedan varias horas hasta que volvamos a casa. Allí hablaremos y te pondré un par de tiritas. Te lo prometo, mi reina.

—No... —El llanto escapaba con facilidad.

—Yulia y Zina están ahí, macheteando como valientes. Aún queda noche.

—¡Me han pegado una paliza! ¡Necesito ir a un hospital!

—¿Cuánto has ganado hoy? —La voz de Aldo se oscureció. Apretó a Galya del hombro—. ¿Doscientos? ¿Quizá ciento cincuenta? ¿Qué crees que hará Dmitri cuando se lo cuente?

—Aldo...

—Sal ahí fuera y trae tu jornal, pinche taconera.

La empujó contra el asiento. Le pasó un pañuelo de papel. Galya no levantaba la cabeza.

—Nadie... nadie querrá follar conmigo. Mira mi cara.

Aldo le abrió el abrigo de un par de empellones. Ella no se resistió. De un tirón le arrancó la parte de arriba del bikini. Los pechos de Galya bambolearon con marcas recientes de mordiscos.

—Quítate también el tanga —ordenó.

Galya obedeció sin rechistar.

—Estoy seguro de que puedes ganar lana, mi reina. No soy un monstruo. Soy un hombre razonable. Así que ahorita vamos a bajar los precios a la mitad. Tendrás que trabajar el doble, pero verás como consigues clientes. —Le acarició la mejilla amoratada de nuevo—. No hagamos enojar a Dmitri, ¿eh?

Galya deslizó su mano hacia su entrepierna. Aldo sintió un escalofrío. Dejó hacer a la chica, que amasaba su pene bajo el pantalón. Sintió un amago de erección. La chica destilaba rencor. A Aldo le ponía el odio.

Apartó a Galya. Ella volvió la cara hacia un lado, última pataleta de niña pequeña. Aldo hizo un gesto y ella bajó. Se alejó tapándose con el abrigo. Sus zapatos de tacón estaban manchados de sangre.

La observó alejarse por el retrovisor. Supo entonces que la deseaba. No le gustaba, ni siquiera le atraía. Algo había cambiado desde que le habían dado la paliza.

Estaba empalmado. Olía a gato. Pinche pendejo, fíjate: un mexicanito de los meros barrios de Culiacán rodeado de rusos esteparios. En esto te has convertido, güey. Ya ni siquiera hablas con acento de Sinaloa. Al final vas a odiar a los latinos, como un gachupín de mierda más.

Pero es lo que me mantiene con vida.

Extrarradio de Fuenlabrada. Polígono Cobo Calleja. Los chinos habían comprado la mayor parte. Ahora casi todo era de ellos. Entraron en una nave. La llamaban el Arca, por lo de Noé y los últimos supervivientes. En realidad era donde mantenían bajo cerrojo a las chicas cuando no trabajaban. Antes había sido un almacén de carne. No estaba mal como analogía. Incluso conservaba las cámaras frigoríficas. Dmitri y los rusos solían meterse dentro cuando apretaba el calor seco de Madrid. Aldo suponía que les recordaba a Siberia.

Aparcó dentro. No era conveniente enseñarles a los amarillos el BMW. Puede que también lo copiasen. Las mujeres bajaron. Yulia y Zina ayudaron a Galya. Estaba mareada, decía. Quería ir a un hospital, decía. Solo pudo hacer dos pajas más esa noche, decía. Los 3.000 euros del gordo no compensaban.

El complejo estaba dividido en dos partes. En la entrada, los chicos vagueaban

y se ponían hasta arriba de vodka en una especie de sala de estar con varias mesas, sillas, sofás y barra de bar. En el interior, una zona con baño, camas y cocina para las chavalas.

Boris saludó con la cabeza desde la puerta enrejada. Le hizo un gesto a Aldo que enseguida comprendió. Sí, el speed está cojonudo. Boris le pasaba la droga y custodiaba la entrada a la leonera. Acero forjado, remaches en las juntas, barrotes fríos y gruesos. Estáis aquí para trabajar, zorras: si quieren mamar verga con condón, lárguense a Eurodisney.

Los tíos miraron a Galya durante dos segundos. No le prestaron mayor atención. Una puta maltratada no es noticia. Solo Aldo continuó atento al vaivén de sus caderas. Hipnosis, pensó. ¿Desde cuándo me gusta esa zorra? Deben de ser los polvos mágicos de Boris: lo último que quería era enamorarse de la rusa.

El amor no entraba en sus planes de suicidio.

Las mujeres pasaron al otro lado de la nave. Aldo no había estado allí nunca. Solo sabía lo que le habían contado y que olía a gato. Boris cerró con el candado.

—La semana que viene me pasarán la Michael Jackson —dijo.

—Con el speed voy bien, güey.

—Esto es Demerol. Es para relajarte. Es lo que se cargó al Rey del Pop.

A Aldo no le gustaba dormir. Las pesadillas lo perseguían.

—Ya hablaremos, Boris.

—Ten, esto es regalo de la casa.

Le pasó una papela con un polvo blanco.

—Debes pasarte a la cocaína, Aldo. Es más sana y digestiva que el speed. Te gustará: la cortan con anfetás.

—¡Eh, Aldo! —lo llamaron desde el fondo—. Ven aquí.

Conocía aquella voz: Dmitri. En otra vida y en otro planeta fue culturista. Ahora era un tipo fondón que aún conservaba el perímetro de bíceps. Mirada de oso, colmillos de panda, envergadura de grizzly. Tenía pelo hasta detrás de las orejas. Le encantaba gastar bromas, aunque todos pensaban que estaba loco. Una

vez mató a un cerdo a cabezazos. Ni siquiera lo hizo por una apuesta. Solo porque quiso. Ese era Dmitri.

Aldo atravesó la estancia. Tuvo que esquivar ceniceros llenos, botellas vacías y cartones rajados. Los rusos vivían entre la inmundicia para alejar a los aseados chinos.

—¿Cómo ha ido la noche, *tovarish*?

Nadie aguantaba que Dmitri dijera *tovarish*, pero lo hacía a todas horas. Puto pesado.

—Galya se encontró con un sadomasoquista. Le partió la cara.

—Entonces sería un sádico, no un masoquista.

—¿Qué más dará?

—No es lo mismo. —Dmitri dejó de acariciar a Anastasia y se puso en pie—. A un masoquista le gusta que le humillen y que le den patadas. A los sádicos les pone provocar dolor.

El séquito de rusos se carcajeó. Unos jugaban a las cartas, otros miraban porno en sus móviles, un par estaban tan drogados que no podían ni mear. Pero todos se rieron. Nadie quería que Dmitri los matara a cabezazos. Había que seguirle el rollo. Ese ruso era una mala bestia.

—¿Pagó?

—Le devolví las hostias.

—Ya, pero ¿pagó?

—Tres mil.

—Joder. Por esa pasta se la podía haber cargado si quería. ¿Me oyes, Galya? —Se giró hacia el pasillo que daba a las habitaciones-jaula—. Me sales más rentable muerta que viva, mala zorra.

Repitió lo mismo en ruso. Anastasia se restregó contra la pernera del pantalón de Aldo. Esa gata de mierda era Dios. Nadie salvo ella podía sentarse sobre las piernas de Dmitri. Ni siquiera las putas. A ellas las ponía a cuatro patas y se las follaba sin compasión. No le gustaba mirar a la cara a las chicas, decía que le recordaban a su difunta madre. Incluso la africana aquella que trabajó un par de

meses. No le hacían una mamada desde 1997. Solo Anastasia, la apestosa gata, podía chuparle los dedos con su lengua áspera.

—Las chicas no aprenden, Aldo —prosiguió—. Son descuidadas. No hacen más que causar problemas. Unas hostias de vez en cuando no les vienen mal. Es un aviso para que las otras estén despiertas.

—Galya quiere que la vea un médico.

—*Da, da*. Mañana me traen píldoras abortivas. Le diré al tipo que le eche un ojo a Galya.

Dmitri llevaba un negocio serio. Traía chicas de Rusia o países limítrofes. El viejo truco de «eh, nena, tengo un contrato de camarera cojonudo en España» seguía funcionando con las campesinas de la antigua Unión Soviética. Era el rey de las putas poligoneras. Se sentía como un pastor con su rebaño, como se decía en la Biblia. La diferencia es que él las ablandaba con palizas según llegaban y las hacía adictas al caballo para que no se marcharan.

Aldo era su perro: mordía a las ovejas descarriadas.

—¿Te he dicho cómo me convertí en el tipo que soy ahora?

Dmitri contaba varias veces la misma historia coincidiendo con grandes borracheras. Cuando Aldo y él se conocieron en Soto del Real no hablaba de otra cosa. Todos estaban hartos de esa cantinela, pero nadie replicaba al César.

—Yo nací en Chechenia. El pequeño de siete hermanos, todos hombres. Me enseñaron a puñetazos hasta que murieron por culpa de las armas químicas que usaron en Grozni. Solo sobreviví yo, Aldo, solo yo. Aún me quedan secuelas y por eso cago verde. Son mis heridas de guerra. Después me llevaron a un orfanato y crecí fuerte en Moscú. A los dieciséis años me echaron a la calle, pero yo ya controlaba a varias chicas. Me hice rico en Rusia, pero los enemigos son muy malos, Aldo. Muy muy malvados. Tuve que huir a Madrid, la peor ciudad de este asco de país. Pero me repuse. Formé mi organización, me fue bien.

Aldo hacía rato que había desconectado. El ruso continuó hablando. Dios, qué pesado. Si siempre acababa igual. Fue a la cárcel en Madrid por darle un navajazo a un rival. Allí conoció a un mexicano que eludía al resto de los

sudacas. Aquello le llamó la atención. Aldo el Paria, Aldo el Desterrado. Lo acogió en su seno. Lo convirtió en su perro. Cuando salió, supo que no podía darle navajazos a nadie más. Para eso ya tenía a Aldo. Dmitri debía convertirse en un hombre de negocios respetable. Invirtió su dinero de mierda. Se hizo con propiedades, empresas fantasma y un asiento en el palco de honor del Vicente Calderón. Dmitri se creía listo.

—... y me pillé un abono rojiblanco. ¿Qué te parece, Aldo? Un hombre que no tuvo nada y lo consiguió todo.

A Aldo le importaba tres pares de pollas todo aquello. La historia de Dmitri era para motivar, para que los demás entendieran que podían llegar alto, pero que para eso debían contar con su fiel amigo ruso. Al mexicano le daba igual. Solo quería volver a casa y asomarse al abismo. Nada más. ¿El futuro? Que se lo folle otro. ¿El pasado? Mejor olvidarlo.

—Dmitri, me gustaría irme a descansar —mintió.

—*Da*, Aldo. Pero puedes quedarte si quieres. Tengo vodka casero. El alambique de mi abuelo sigue produciendo los mejores caldos de toda Siberia.

—Estoy cansado. —Aldo mentiroso: las anfetis le impedían hasta parpadear. Dmitri lo miró como a un cerdo al que fuera a matar a cabezazos.

—¿No te tomas la última, *tovarish*?

Anastasia se restregó contra su pantalón. Aldo recordó que la ducha de su casa llevaba varios días rota. La bañera de Dmitri estaba llena de vodka. Debería apuntarse a un gimnasio si quería quitarse el olor a gato.

—La última.

—Ese es mi pinche güey. —Le pasó uno de sus voluminosos brazos por el cuello. La cabeza de Aldo quedó a la altura de su axila. Apeataba a gato—. ¿Se dice así? ¿Pinche güey?

—Un par de chupitos y me largo.

Unos quince chupitos de vodka casero después, Aldo se sujetaba la cabeza en el

vagón de metro que lo llevaba a casa. Aquel disolvente amenazaba con matarlo. Puto ruso. Alambique de su abuelo... mis cojones. Aquello destilaba lejía.

Era el tren escoba. Todos los desechos de Madrid se juntaban a la misma hora en la Línea 10: adolescentes borrachos que volvían de fiesta, capullos acabados que iban a su trabajo de mierda solo para que no los despidieran, ludópatas que habían perdido más de lo que habían ganado, niñatos de papá con polvo en la nariz y pupilas dilatadas, un mexicano autodestructivo que pensaba en tirarse a las vías. De momento se conformaba con dejarse morir por el veneno de Dmitri.

¿Cuánto hacía que estaba así? ¿Llegó a España con... diecinueve años? ¿O ya tenía veinte? Joder, qué lejos queda todo. Recordaba una furgoneta llena de gallinas que lo dejó en México D.F., un vuelo chárter con un pasaporte que no era el suyo. ¿Adónde quiere volar, señor? Lo más lejos posible: llévame al culo del mundo.

España.

Hablaban el mismo idioma. Por la parabólica todo parecía de ensueño. Construían edificios por todas partes, las mujeres enseñaban las tetas de silicona en las playas, bebían yogures con bífidus, el chulo del bigote ponía los pies sobre la mesa de Bush. Ni siquiera se quitaba los zapatos. Comparado con Culiacán, aquí ataban a los perros con salchichas y se limpiaban el culo con billetes.

Pronto comprendió que era un despreciable sudaca. Los despreciables españolitos lo evitaban y él evitaba a los otros despreciables mexicanos. No quería saber nada de ellos. Ellos no debían saber nada de él. Pobre chiquillo asustado: el paraíso es un nido de racistas.

Se quedó sin pasta. Nadie lo contrataba. Durmió en la calle. Un gato se meó en su casa de cartón. Apeataba a gato. Robó un par de bolsos. Esnifó pegamento. Lo volvió lento y lo pillaron. Aquel era un puto país de risa, ya que lo soltaron al día siguiente. En el calabozo no se estaba mal: sin meados de gato, sin pegamento, con comida, pero rodeado de otros latinos. ¿De dónde eres, güey? Mi primo es de México. ¿Quieres ser de los Latin Kings? Putos Ñetas. A mí me han trincado por vender pastillas. ¿Quieres una? La primera es gratis.

Una Mitsubishi. Era como volar. Trincaba bolsos y salía a toda hostia. Era el puto Coyote jodiendo al Correcaminos, el ratón aquel con sombrero mexicano que tanto odiaban los mexicanos, el superhéroe yanqui que corría más que Superman.

Las drogas hacían que no pensara, que no tuviera tiempo para recordar.

Robaba bolsos. Se fundía la pasta. Robaba bolsos. Era el puto amo. Dormía en un albergue, vacilaba a las chicas, odiaba a los gatos, evitaba a los latinos, evitaba a los neonazis. Hasta las pesadillas parecían evaporarse. Coño, era feliz. Qué cosas...

Lo trincaron vendiendo una pulsera de oro en una tienda de empeños. Lo acusaron por decimocuarta vez. En esa ocasión fue diferente. Dijeron que casi había matado a una vieja, que al darle el tirón le había dislocado el hombro y que al caer se le había roto la cadera. La anciana seguía en la UVI. Intento de homicidio, gilipollas. Vas a pasar una temporada a la sombra.

Traslado, departamento de ingresos, Soto del Real. Techo, comida caliente, posibilidad de ganar el pecunio currando de cualquier mierda. Nada que ver con el bote en México: aquello era un hotel de mil estrellas.

Dos años por capullo: evitaba a los latinos, evitaba a los neonazis. Un ruso se le acercó. Eh, *tovarish*, soy Dmitri. Me caes bien. Ladra, perrito. ¿Por qué llevas siempre gafas de sol?

Estaban en el mismo módulo, el de los criminales primerizos. Tenían los mismos problemas: a los dos los podían deportar tras cumplir condena. El ruso era musulmán y no se acercaba a los otros rusos ortodoxos. La cabeza del mexicano tenía precio y no se acercaba a los otros mexicanos. Una diferencia: Dmitri estaba podrido de pasta.

Este es el trato, chaval. Al salir de aquí me buscas en esta dirección. Es un polígono. Allí tengo un club. Las chicas trabajan bien. Te daré un trabajo. Quiero manejarme también por las calles. Las chicas son mi rebaño. ¿Te he contado alguna vez cómo me convertí en el tipo que soy ahora? Yo nací en Chechenia...

Supervivencia carcelaria. Varias anécdotas de ataques. Cabrones de otros

módulos, kíes chungos que vivían de extorsionar a los yogurines de Primarios, nada grave. Aldo se escondía en las sombras. Ni siquiera parecía estar allí. Cerraba mucho el culo en las duchas. No era necesario: Dmitri le consiguió un par de zorras para el vis a vis. Tras las rejas se podía obtener caballo, farlopa y rulas. Aquello era un Colegio Mayor.

Dmitri salió antes. Aldo, unos meses después. No tuvo mucho donde elegir: el ruso le esperaba en la puerta con un BMW de cristales tintados. ¿Qué te parece, *tovarish*? Así podrás quitarte esas Ray-Ban de imitación.

Trabajo de chulo. Las putas intentaban jugársela todos los días. Al principio quiso conocerlas, luego pasó de ellas. Estaban mal de la chota, enganchadas a la heroína, algunas estaban melladas por fumarla. Un día se tiró a Zina. Después de aquello se pensó que eran novios, o que Aldo la iba a sacar de la pocilga donde vivía. Zina solo causaba problemas. Pasó del club de Dmitri y se buscó su propia choza. Se compró ropa nueva, comenzó una colección de gafas de sol, pilló un ordenador robado.

Ahí regresaron las pesadillas.

Ya no se marcharon.

Aldo se despertó de golpe. No se había dormido. La cabeza se le había ido a otra dimensión. Eso no era dormir. Miró la hora. Apenas había pasado un minuto. Una rubia esquelética dormía en el suelo. Un grupo de quinceañeros se hacían fotos con el móvil mientras le tocaban el pecho plano.

Decidió bajarse un par de paradas antes de lo que le tocaba. Quería ver a Habib. Hacía unos kebabs cojonudos.

—¿Cuándo me vas a dar una bomba, Habib?

El moro ni lo miraba. Paso de tu cara, tío.

—Quiero una de esas que se llevan bajo la piel. ¿Sabes cuál te digo, güey? Nada de un coche que explota. Quiero sentir la dinamita en la cintura. Ha de ser de verdad.

El antro de Habib era el único que frecuentaba Aldo. Estaba al lado de su casa. Minúsculo, de apenas tres taburetes y la barra. La gente con estómago de hierro iba allí a comer kebab. Dos estufas de butano calentaban los enormes rulos de carne apelmazada. La primera vez que lo vio, Aldo no pensaba que eso se pudiera comer. Luego se hizo adicto. Como siempre.

—No soy terrorista, Aldo Vargas. —Habib siempre le llamaba por el nombre y el apellido—. Si dices más tonterías, un día vendrá la policía a buscarme.

La pasma ya había ido. Habib estuvo en el juicio del 11-M. Decían que era un colaborador necesario. Su nombre salía en varias escuchas y documentos. Era vecino de un amigo de un colaborador de un conocido del Egipto. El ministro del Interior dijo textualmente: «Detenedme a todos los moros de mierda». Habib era de Chauen. Le jodieron durante días. Perdió la mitad de la visión del ojo izquierdo. Aún cojeaba. No se pudo demostrar nada y lo soltaron a los tres años y pico. Tuvo que afeitarse la barba y dejar las chilabas a un lado. Ahora tenía un bigote turco y vestía camisas de bazar turco fabricadas en China.

—Algún día me voy a matar, Habib —le decía Aldo, que lo había investigado a fondo por internet—. Quiero llevarme a todos los infieles que pueda por el camino.

—Tú eres un infiel.

—Por eso.

—No, tú eres un infiel. No puedes ir al paraíso de los mártires.

—Me cambiaré de acera.

—Cállate. No se trata de eso.

—De sexo, Habib. Me cambiaré de sexo.

—Que no.

—Tú dame una bomba. Una grande. Que se note la explosión en México. Hazme ese favor, amigo mío.

—No somos amigos, Aldo Vargas.

—Sí lo somos. Cuando pasé por tu puerta hace años, dijiste: «Eh, amigo, amigo, un kebab, amigo».

—No somos amigos.

—Una bomba, Habib. Una muuuy gorda.

—No sé de qué me hablas.

—Ya. Y tampoco somos amigos.

El kebab era grasiento. Habib lo cortaba con una afeitadora, o eso le parecía a Aldo. Ignoraba cómo aquel cilindro de veinte kilos podía ser pollo. El moro lo soportaba a ratos. Era un cliente de a diario. Comer aquella mierda como único sustento era otra forma de suicidarse para Aldo. Dame una puta bomba y acabo con todo, amigo mío. No somos amigos. Me mataré por Alá. Eres un infiel. Dame la bomba, carajo.

Lo importante era tardar todo lo posible en volver a casa. Lo deseaba y odiaba con todas sus fuerzas. Siempre despierto, siempre con la cabeza ocupada. El hogar era una mierda.

Comenzó compartiendo habitación con una familia de ecuatorianos. Ellos usaban el catre por la noche y él se encerraba por el día. Aquello no funcionó. Le desaparecían cosas. El crío de ocho años le robaba cuando él no estaba. Aldo le dio una paliza al padre. El padre le dio una paliza al hijo. El ambiente se enrareció. Dmitri le ofreció un cuarto en el Arca. Pasó del ruso. Le pagaba bien, así que se buscó otra choza en el barrio de La Latina. El casero era un hijo de puta que nunca arreglaba nada. Se le había jodido la ducha. La peste de gato lo acompañaba.

Aldo se descalzó. El sitio era triangular. Imaginaba que en otra vida se trataba de una despensa en una casa más grande. El arrendador le puso un lavabo, un fuego eléctrico y a tomar por culo. Esto es lo que hay: lo tomas o lo dejas. Quinientos al mes. Ni contrato ni pollas. Genial, yo tampoco te quería dar mis datos.

Nunca subía las persianas. Sus putos ojos no aguantaban la luz. Se quitó las gafas de sol por primera vez en veinticuatro horas. Se le clavaban en la base de

la nariz. Le habían dejado dos marcas redondas. Vaya mierda de imitación china. Se colocó ante la minúscula mesa donde tenía un ordenador de sobremesa Tian. Tardaba casi diez minutos en arrancar. Vaya birria de imitación china. Se metió un par de rayas mientras se encendía. La mierda de Boris era de calidad. Cuando se activó la pantalla, se volvió a colocar las gafas.

Le robaba el wifi al vecino, o a un bar. La verdad es que no tenía ni idea. Solo sabía que se podía enchufar a la red. No usaba Facebook, ni correo electrónico. De vez en cuando leía las noticias o buscaba su nombre en Google. Así fue como dio con «el vídeo».

Así lo llamaba él: el vídeo.

Era una página web de periodismo sin escrúpulos. La verdad por encima de la ética. Si no te gusta, no mires.

Pero Aldo no podía apartar la vista. Era un adicto. El vídeo era su droga más destructiva. La primera vez no pudo siquiera pasar de los cinco segundos. Después se obligó a verlo entero. Vomitó en el suelo, casi se desmayó. Pero después se convirtió en su vicio.

Lo ponía repetidas veces hasta que le escocían los ojos. Se lo sabía de memoria, pero aun así lo volvía a ver una y otra vez. Subía el volumen en la parte de los gritos. De vez en cuando daba al «Pause» y acercaba la cabeza, como intentando mirar a través de la pantalla.

Aldo odiaba aquella cinta, pero se torturaba con ella.

Era el vídeo de su ejecución en México.

Costumbres de viejo en un mundo de adolescentes: llegar pronto a todas partes. Paco Faura se había levantado antes del alba aquella mañana. Los últimos borrachos de la Facultad de Económicas se mezclaban con los barrenderos que limpiaban su mierda. Agua a presión contra pota reciente. Buena mezcla.

Los barrenderos evitaban el bar de siempre pese a sus magníficos precios. Las servilletas sucias alfombraban el suelo desde antes del diluvio. En algunas había jeroglíficos egipcios y pinturas rupestres. El local no tenía cartel en la puerta. Una marca de cervezas regaló uno tiempo atrás. Lo robaron al día siguiente.

El dueño era un ser simiesco recubierto de pelo. Labio leporino operado, calvicie, vello por brazos, espalda y pecho, padrastrós largos. Faura lo imaginaba escalando el Empire State o fumando con el pie. Se llamaba Esteban, pero todos le decían Chimpancé. ¿Quieres un plátano, bonito? Prefiero los cacahuètes, gilipollas.

Los parroquianos tomaban carajillos con legañas. El Chimpancé les servía churros del día. Recién hechos, receta casera. El aceite era el mismo en el que freía las sardinas y las orejas de cerdo. La cocina de aquel antro era una sinfonía de sabores.

Las conversaciones de siempre: los políticos se podrían ir a tomar por culo, yo me follaba a la vicepresidenta, los empresarios me van a comer la polla, un día les prendo fuego a todos. Eh, ¿te has enterado de lo de Eurovegas? Al final se queda en Alcorcón. Dicen que dejarán fumar otra vez. Qué buenos son los políticos. Más de 250.000 puestos de trabajo: qué de puta madre este patrón. Como me quiten el curro los moros, los rocío de gasolina. ¿Habéis oído lo de las

Participaciones Preferentes? Los bancos les han quitado el dinero a los jubilados. Que se jodan, no es mi problema.

Así iba España.

Manuel Ruano entró por la puerta. Aquello era como el advenimiento de san Miguel reencarnado: traje de Gucci, zapatos de Armani, peinado italiano, un Gianfranco Ferré a la muñeca, corbata Versace. Ruano siempre abominaba de los espagueti de mierda. Les ganamos el Mundial. Que te follen, Italia.

—El mismo agujero de siempre, Paco.

Saludó a Faura y le extendió la mano derecha. Los habituales observaron el enorme sello de oro que atenazaba su anular. Algunos babearon ante los gemelos de esmeraldas. Manuel Ruano olía a triunfo.

—Apesta a cabronazo —dijo Faura, invitándole a la mesa del rincón.

—Eso es la envidia, viejo amigo. Todos quieren lo que yo he conseguido. Por eso funciona el sistema.

—¿Por avaricia?

—Exacto. Eso de repartir la riqueza está muy bien, pero no se hace. ¿Y sabes por qué? Porque aquí todos quieren ser ricos y llevar su propia empresa. Vivimos en un país donde cada vecino es entrenador de fútbol, alcalde y tertuliano.

Manuel Ruano era lo que se conoce como un vividor con enchufes. Con veinte años entendió a la perfección el sistema de la puerta giratoria: empezó de delegado en la empresa de un tío suyo, después se hizo con una silla en el consejo sectorial, de ahí llegó a senador y lo eligieron como concejal de Urbanismo de Alcorcón. Se llevaba de puta madre con el comisario, jefe de Faura, y así se conocieron. Vamos, hazme este favor. Oye, investigame a este tío. Eres un colega, Paco. Ruano espabiló cuando le salieron las canas. Vio que la pasta era más importante que la visibilidad. Se dejó los cargos públicos y se lo montó por libre. Ahora era un asesor, consultor o algún eufemismo similar: se dedicaba a follarse al sistema. Cuando Faura tuvo el infarto y se propuso hacerse detective sin licencia, Ruano fue el único que le tendió la mano. Desde entonces,

cuando necesitaba un trabajo con el que no se le pudiera relacionar, quedaban en aquel bar asqueroso. ¿A que sí, Paco?

—¿Cómo vas de salud? —preguntó Ruano.

—Mearé sobre tu tumba, Manolo, ya lo sabes.

—Que no me entere yo de que te da una angina de pecho, ¿me oyes?

—Todos los días me tomo mi Actimel y un chorrito de coñac.

—Que la salud es algo muy serio, Paco. Necesito a alguien que rebusque en la mierda por mí, y eres el mejor en tu trabajo.

Paco Faura: experto en oler braguetas, mear en botellas, escarbar en contenedores. La mierda era su maná. Las miserias de los demás lo mantenían activo. Manuel Ruano siempre le proporcionaba heces de gran calidad.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Faura.

—¿Has oído algo de Eurovegas? Joder, claro que sí. Hasta un cabrón sin móvil como tú tiene tele. O radio, al menos.

—No se habla de otra cosa en Alcorcón. Unos dicen que nos va a hacer de oro. Yo solo pienso en las bonitas vistas a casas de putas que tendré desde mi balcón.

—El dinero atrae al dinero, Paco, te lo digo yo. Harrelson Levy nos va a hacer millonarios.

—En otras palabras: nos vamos a aprovechar del viejo.

—Como siempre, Paco. Como siempre.

El Chimpancé les gritó desde la barra. Faura se levantó a por los cafés. Quemaban como su puta madre. Los dejó sobre la mesa. Ruano los miró con cara de asco.

—La última vez que probé esta cosa estuve tres días enfermo.

—Te limpia las cañerías, Manolo. Es mejor que cualquier laxante.

—Por cierto, gran trabajo con lo de la mujer de mi amigo. Me llamó el otro día para darme las gracias por recomendarte.

—De nada. —Faura aún recordaba los gritos que escuchó a través del transistor. Se le revolvieron las tripas.

—El asunto es el siguiente. Harrelson Levy está forrado de pasta y nosotros la queremos.

—¿Nosotros?

—Tú y yo directamente no, hombre. Me refiero a la gente para la que trabajo.

—¿Cuál es el plan?

—Hay que negociar los precios más competitivos del cemento, los ladrillos y la mano de obra para que no nos quiten las contratas de construcción. La prioridad es darle todas las facilidades posibles a ese americano. Queremos que sea el niño más feliz de Kansas.

Faura vio el plan real en los ojos de Ruano. Vamos a exprimirle hasta el último céntimo. Cuando firmemos la contrata, le inflaremos el presupuesto. Le diremos que hay problemas de última hora para que afloje la guita. Si la obra está a medias y quiere cumplir el plazo, pasará por el aro. Lo que iba a valer uno, costará diez. Entonces facturaremos el dinero a las empresas de mis asociados, pero le venderemos materiales más baratos.

Aquello era el llamado «Estilo Calatrava».

Durante la burbuja inmobiliaria se llegaron a construir casas usando hormigón con arena de playa. Era habitual ver grietas en edificios nuevos. No se podía hacer dinero jugando limpio. Que se joda la clase media: lo importante es echarle gasoil al yate.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

—Tú eres la pieza clave, Paco. Tu deber es que nada se tuerza. Estamos en la primera fase. Hay que chuparle la polla a ese viejo mormón hasta dejarla lustrosa. Nada debe fallar, Paco. Quiero verle hacer palmas con las orejas de lo contento que está.

Le pasó un sobre enorme. Contenía carpetas de archivos. Faura no tenía las gafas de leer de cerca y lo guardó en su regazo.

—Ahí tienes toda la información sobre los gilipollas a los que vamos a expropiar. Tienen fincas particulares que se niegan a soltar. Ya se han organizado en plataformas ciudadanas. Son unos hijos de puta. La idea es que los

investigues y me enseñes los trapos sucios que guardan. Busca facturas falsas, disputas de herencias, divorcios, denuncias, multas de tráfico, hijos problemáticos, asuntos de drogas, impago de impuestos, dinero negro... Cualquier cosa por donde podamos apretarles. Después enviaré a alguien para que les haga una visita de cortesía.

Querían el precio mínimo. La expropiación se lo facilitaba, pero les daba miedo que un juez independiente les parase el sueño húmedo de Las Vegas en Alcorcón. Una demanda válida en tiempo y forma y todo se paralizaría. Necesitaban información sensible de los propietarios de los terrenos para amenazarlos. Vende o todos sabrán que te tiras al perro del vecino. Abandona la idea de pleitear o aireo que escondes una planta de marihuana en el jardín. Ahí entraba Faura: investigador eficiente sin relación con los clientes de Ruano.

—Creo que entiendes la importancia de todo esto, Paco. Nos jugamos mucha pasta. Estamos en crisis y nos hemos encontrado con un caramelo.

—¿Cuánto?

—Más de lo habitual, Paco. Mucho más.

Sacó una estilográfica Bugatti. A Ruano le gustaban las películas de mafiosos. Miró alrededor, pero no encontró ningún servilletero.

—Joder, ¿están todas sucias?

—Este es un local honorable, Manolo.

Resopló. Extrajo la tarjeta de una de sus múltiples empresas fantasma y escribió por detrás. Luego se la pasó a Faura. No se sorprendió al ver cinco ceros.

—Aparte, tienes carta blanca. Los gastos corren de nuestra cuenta. No pidas facturas ni nada que se pueda rastrear. Tú me dices lo que necesitas y yo te lo abono.

—Aún no he aceptado, Manolo.

—En el sobre tienes diez mil, para empezar. Contrata ayudantes de confianza si te hacen falta. Verás que hay varias listas. La marcada en amarillo es de la

Fase Uno, la prioritaria. El resto es secundario, ya le meteremos mano más adelante.

Se miró el peluco. Tenía que irse. Era un tipo ocupado y su traje italianoapestaba a fritanga.

—Quiero un resumen semanal de los avances. El resto de los informes se los pasas a mi secretaria.

Dejó un billete de cien sobre la mesa. Los parroquianos babearon ante su dios. Uno de ellos comenzó a redactar su vida laboral sobre un periódico del mes pasado. ¿Cómo se escribe «currículum»? Ni idea: yo digo «cunnilingus».

—Está bien, Manolo. Así quedamos.

—Perfecto.

—¿Quieres que empiece por alguien en particular?

—Me da igual, haz lo que quieras. —Ruano recordó algo. Sus ojos se agrandaron. Golpeó la mesa con los nudillos—. Coño, se me olvidaba. Han encontrado un muerto.

—¿Dónde?

—En un terreno de la Fase Dos. No es importante, pero échale un ojo por si las moscas. Hay quien dice que es un resto romano, que debajo de ese descampado hay un acueducto y unas termas. Si encuentran ruinas, la hemos cagado, macho.

—¿Cómo es que no ha salido en las noticias?

Ruano pareció sorprendido.

—Harrelson Levy está podrido de pasta: compra los escándalos antes de que se produzcan.

CJ estaba nervioso. Aquello no era el desierto afgano, ni la selva china, ni las calles de North Las Vegas. Era un despacho enorme que servía de antesala a un despacho aún mayor. Allí, tras la puerta flanqueada por la secretaria flaca y varicosa, aguardaba el Mormón.

Solo lo conocía por fotos. Protegía a un fantasma con aspecto de momia. Acataba las órdenes de Robbie y vivía tranquilo. *Yes, sir. No, sir. Fuck you, Robbie.* Y en aquel momento iba a conocerlo en persona. Cita a ciegas: ponte el uniforme de gala, chaval. Aféitate bien. No le pinches cuando le beses los pies.

Última planta del Venetian amarillo. Allí todo era original. El sofá de piel parecía un tobogán. Sobre él había cuadros de arte abstracto que no comprendía. A CJ le mareaban. El Mormón había tenido la idea de poner debajo el nombre del autor. Mira eso: Picasso se metía la brocha en el culo y la gente pensaba que hacía obras maestras. ¿Qué coño se fumaba Sigmar Polke? Un niño manco dibuja mejor que Paul Klee.

La secretaria bulímica levantó el interfono. ¿Ha llegado ya ese negro? Aquí lo tiene, señor Levy. Las puertas de caoba se abrieron con un chasquido eléctrico. Todo mecanizado, todo eficiente.

CJ se sorprendió: el segundo despacho era más pequeño. En su imaginación desatada visualizó un inacabable pasillo que desembocaba en una mesa de juntas en la que habría un solo hombre sentado. ¿Qué clase de persona tiene un despacho más pequeño que el de su secretaria? Olía a ambientador de pino, la moqueta era blanda, en las paredes había fotos enormes del Mormón con mandatarios. Ahora lo iba a recibir a él. Levy y el dominicano de West Gowan.

—Hola, Carl. —Se levantó con dificultad y le tendió una mano de dedos

morcillones. CJ se la estrechó. Le dio miedo partirle las falanges al abuelo y apenas apretó—. Puede sentarse.

Dudó por unos instantes. Después abandonó su porte militar y se colocó ante él. Descanse, soldado. Los separaba una mesa de escritorio de madera. Tras Harrelson Levy había una enorme cristalera por la que se contemplaba medio Macao. Casi todo lo que se veía era suyo. El resto lo sería pronto.

—Tenía ganas de conocerle, joven. Debo confesarle que tuve su expediente sobre mi mesa largo tiempo, pero que no lo leí. Confiaba en el buen hacer de Robbie, y creo que no me equivoco con usted.

CJ no tenía putas ganas de conocerlo. De cerca le pareció un tipo insignificante. Comparado con su metro noventa, Levy era un anciano enano y gordo. CJ abominó de sus manchas en la piel, de su pelo teñido, de ese cúmulo de saliva en su labio inferior que amenazaba con salir disparado en cualquier momento. Así que, recordando su entrenamiento, simplemente contestó:

—Señor.

—Pero todo eso ha cambiado. —Extrajo unos folios sujetos con un clip—. Tengo su vida resumida en este dossier.

—¿Señor?

Levy usó el charco de babas de su labio inferior para mojar el dedo. Luego pasó una página. Después otra.

—Tiene unas cuantas cosas que me gustan, Carl. Nacido en North Las Vegas, pero de familia hispana.

—República Dominicana, señor.

El Mormón levantó la cabeza. No estaba acostumbrado a que le interrumpieran.

—Veo que estuvo bajo las órdenes de Robbie en Afganistán. —Hizo una pausa: CJ sabía lo que le iba a preguntar—. ¿De verdad lo capturaron los talibanes?

Keep calm. Le ponía más nervioso estar bajo examen que recordar aquel

calvario. El psicólogo hizo bien su trabajo. Rehabilitó a CJ, le procuró barreras mentales para no caer en la histeria. Los moros se la pelaban.

—Así es, señor. Me mantuvieron retenido durante ochocientas cincuenta y tres horas, más de un mes. Tuve suerte. Cuando me rescataron, encontraron a compañeros que llevaban allí varios años.

Harrelson Levy no se sorprendió demasiado. El ejército de mercenarios que contrataba como seguridad privada eran todos tipos duros. Comían tornillos y cagaban cristales. CJ entraba en esa categoría.

—Tengo un informe muy favorable de Robbie sobre usted. Asegura que fue idea suya organizar todo el operativo para descabezar a la banda de sucios amarillos que mete heroína en mis casinos. —Pasó otra página—. Desde detener e interrogar a los traficantes hasta actuar a toda velocidad para que el gobierno no nos boicoteara.

El Mormón lo sabía todo. Miraba esos cuatro folios, pero había memorizado todo su expediente. A esas alturas, CJ sospechaba que era absurdo maquillar la realidad: Levy conocía cuántos empastes tenía la animadora que le hizo su primer *blowjob*.

—Solo se llevó a cabo la mitad de la operación —explicó CJ—. El delegado movió los hilos para desmontar el laboratorio clandestino. Destruimos el almacén, pero solo es cuestión de tiempo que se reorganicen.

—En cualquier caso, buen trabajo.

Harrelson Levy le sonrió. CJ esperaba que le diera una galletita o algo así. Buen perro, *you are a good doggy*.

—Verá, joven. —El anciano giró su silla y miró hacia la ventana—. Vine a Macao porque era una zona que tenía dos grandes ventajas. La primera, el dinero lo podía comprar todo, desde la policía hasta las personas. La segunda, sus leyes me garantizaban a nivel internacional que mi inversión seguiría siendo mía. En una ocasión puse dinero en Guinea Ecuatorial y se esfumó un tiempo después. Eso no sucede aquí, pero no hay que olvidar que son igual de corruptos.

El Mormón levantó el culo de la butaca. Se tambaleó hacia un lado. CJ pensó

que se iba a caer de boca. Consiguió mantener el equilibrio y se agarró a un bastón.

—Ahora quiero expandir mis dominios —prosiguió—. Mis asesores barajan una serie de zonas interesantes donde edificar nuevos casinos. Ya poseo Las Vegas, Singapur y Macao. Ahora toca Europa. Busco un país donde pueda cambiar las leyes sin movilizaciones ciudadanas, donde los jueces coman de la mano de los políticos y donde los políticos solo obedezcan al dinero. Ese lugar es España.

Extrajo un folio doblado en varias partes y lo extendió sobre la mesa de roble. Era un mapa de Europa. Sobre Alcorcón había un círculo rojo.

—En 2016 quiero tener casinos en España. Presionaré para que las Olimpiadas vayan a Madrid. Los primeros contactos ya están cerrados. Solo queda que recorten un par de flecos en los impuestos sobre el juego y nos pondremos manos a la obra. También diremos que queremos que se pueda fumar en los hoteles. Eso distraerá al público de otras leyes más complejas. El ayuntamiento cede los terrenos y nos subvencionan parte con dinero público. La Fase Uno ya está en marcha.

CJ no entendía una mierda de todo aquello. ¿Fumar en los casinos? ¿Una cortina de humo para ocultar las verdaderas intenciones? ¿Leyes creadas a medida? Él solo sabía romper brazos. Ignoraba el propósito de esa charla.

—Necesito hombres de confianza, gente que haya demostrado su fidelidad durante largo tiempo. Mi hijo Larry se trasladará allí y quiero que su seguridad esté garantizada. —Caminó despacio, arrastrando los pies, hasta sentarse en el pico de la mesa—. Usted es la persona indicada, Carl.

Tragó saliva. Seguía sin entender nada.

—¿Por qué yo?

—Sus padres eran dominicanos. Usted habla castellano nativo. Necesito a alguien que comprenda a esos hijos de puta españoles.

6

El antro de Dmitri apestaba a hierba. La maría formaba una niebla espesa. Los que jugaban a las cartas no dudaban en hacer trampas amparados por la oscuridad. En los sillones: Aldo, Dmitri, otros cinco rusos y un porro de proporciones cósmicas. El canuto de Zeus, dijo un siberiano con rastas. Vamos a echarle un poco de farlopa encima. Mojemos la boquilla en ácido. El subidón os la va a poner dura.

A Aldo le parecía bien. Todo lo que fuera meterse mierda en el cuerpo le gustaba. Además, el aire enrarecido ocultaba el olor de gato. Anastasia dormía el sueño de los yonquis sobre las rodillas de Dmitri.

La noche había sido aburrida. Galya no trabajaba. Estaba demasiado jodida para follar. Solo tenía a Yulia y a Zina. Ese día llovió en Madrid. Una puta con paraguas tenía su morbo, pero a los pervertidos les daba pereza salir de casa. Ya follaré mañana. Hoy toca webcam. Aldo tuvo poco curro. Les dijo que enseñaran más carne. Las zorras mostraron muslamen. ¿Eso es todo? Más, joder. Las chicas enseñaron el escote hasta el ombligo. ¿Para eso os compramos tangas? Quiero ver piel. Yulia y Zina se resfriaron.

De vuelta a la madriguera de Dmitri. Las rusas lo pusieron a parir en el coche. Ya no lo respetaban. Casi matan a Galya. Eres un mierda. No tienes huevos. Me moquea la nariz. Las otras chicas ya saben que eres un maricón. Jódete, sudaca.

Ahora. La televisión emitía luces y sombras. Los ojos de Aldo no se centraban. Sus pupilas iban de un lado a otro. Un checheno hacía zapping cada seis segundos. Agotó las pilas del mando. Se quedó un programa de accidentes de coche: gente ahostiando bólidos de carreras y atropellos de camiones. A los rusos les encantó. Se partían la caja. Uno vomitó de risa. ¿Por qué censuran la

sangre? Los españoles son gilipollas. Se limpian el culo con toallitas perfumadas.

La conversación derivó en chochos. A unos les gustaban poblados. Una selva amazónica que deforestar a lengüetazos. Otros los preferían estilo huevo cocido, lisos y tersos. Hablaron de peinados: triángulo, ingles brasileñas, canosos, tintados, con mostacho. A Dmitri le ponía el bigote de Hitler entre las piernas de sus putas. Un cuadradito de pelo negro en homenaje al Führer. Los rusos le rieron la gracia. Era el jefe, había que seguirle las coñas.

Después las risas se trasladaron a Aldo. Hablaban en su idioma infernal. Ruso estepario de Tomsk. El mexicano entendió algunas palabras sueltas: puta, coño, gato, marica, sudaca. Después se rieron todavía más. Dmitri los mandó callar. Los pavos se pasaron el porro. Continuaron susurrando a sus espaldas. Se tapaban las sonrisas con el canuto.

Aldo necesitaba algo más fuerte. Pasaba de compartir su mierda con aquellos gilipollas. Se marchó al aseo a meterse un par de anfetás.

El baño consistía en una puerta desvencijada que daba paso a un cubículo estrecho. Apestaba a meados de gato y a heces de ruso. El menaje: un lavabo renegrido, un espejo agrietado, un agujero en el suelo que daba directamente a la alcantarilla. De vez en cuando salían ratas del tamaño de coyotes. A Dmitri le encantaba. Las cazaba con un arco que tenían colgado en una pared. Después arrojaba el cadáver a la cloaca y a esperar de nuevo. Anastasia los miraba con desprecio.

La cena de hoy: una rula cuadrada sin marca y otra amarilla con el logo de la PlayStation. Las tragó con vodka. Arrojó el vaso de plástico por el agujero. Que se emborrachen las alimañas.

Pasó junto a Boris, su camello de los Urales, Cerbero ante la puerta enrejada de las chicas.

—*Koll*, tienes que probar el cristal mezclado con colirio —le dijo—. Es la polla. Te pones una gota en cada ojo y ves las estrellas.

—Ya tengo las retinas bastante jodidas, gracias —contestó Aldo, golpeando

con el dedo la montura de sus omnipresentes gafas de sol.

—Con más razón. Si ya los tienes enfermos, ¿qué más te puede pasar?

—No funciona así, güey.

—Es como si un... no sé, un tío sin dientes no quiere comer pasteles por miedo a las caries. Oye, ¿qué tal la farlopa?

—Bien. ¿Tienes más?

—Ah, sabía que te gustaría. Material de primera, *koll*. —Boris le pasó un chivato de Marlboro lleno hasta arriba—. Lo descuento de tu sueldo, *da*?

Aldo observó a través de la cortina de humo. El porro de Zeus no se consumía. Era una especie de jabalina de papel inacabable. Lo encendían con una antorcha una y otra vez. Escuchó las risas de nuevo. De nuevo palabras sueltas: mexicano, capullo, yonqui.

—¿De qué hablan, Boris?

El ruso se encogió de hombros. Aldo lo entendió: no te metas, tío.

—Está bien. —Le extendió un billete de cien—. Dame ese cristal líquido.

Boris estiró la mano. Aldo soltó el billete y le enganchó de los dedos. Los retorció en sentido contrario a las articulaciones. El siberiano se dobló hacia delante. Siempre resultaba: rómpete un dedo a un tipo más grande que tú, que se quedará llorando como una niñaata.

—Sé que están rajando de mí, Boris. ¿De qué hablan?

—Vamos, Aldo, somos amigos.

—Lo sé. Por eso no te parto los huesos aún. ¿De qué hablan?

—Vale, *koll*. Suelta ya.

Aldo aflojó su presa. El ruso lo miró preocupado. Anastasia se rozó contra sus piernas. La apartó de una patada. El gato no maulló siquiera.

—No te va a gustar.

—Ya lo sé.

—Dicen que eres maricón, que te gustan las pollas. Le preguntan a Dmitri si te la metió por el culo en la cárcel.

—¿Y él qué dice?

—Los manda a la mierda. No le gusta que se burlen de ti.

—¿Por qué piensan que soy gay?

Boris pareció sorprendido.

—¿Por qué va a ser? No te has tirado a ninguna zorra en meses.

Aldo comprendió. Mundo de hombres, de testosterona, rodeado de esclavas sexuales rubias y con los ojos azules, anoréxicas por decreto del zar Dmitri. Las chicas les hacían trabajos a los rusos. Mamadas, pajas, polvos para desfogarse. A Aldo le repugnaba. Estaba demasiado concentrado en autodestruirse como para follar. Conocía más formas de suicidarse que posturas sexuales. Aquello no iba con él. Esa gente no seguía su rollo. Pasaba de ellos, pero ellos no pasaban de él. Sabía lo que significaba perder el respeto en la banda. Yulia y Zina chuleaban a su chulo. No tenía que demostrarle nada a nadie, pero debía hacerlo. Callar bocas. Dos opciones: o se liaba a hostias o se montaba una orgía. La primera opción le podía crear enemigos. La segunda lo ponía nervioso.

—Abre la puerta —ordenó a Boris—. Voy a entrar.

El espectáculo más grande de toda la nación. Pasen, niños y niñas, damas y caballeros. El marica mexicano va a follar delante de una manada de rusos. El acontecimiento del siglo. No se lo pierdan.

Aldo nunca había estado en las dependencias de las chicas. Una vez se la chuparon en el sofá, junto al resto. Nada más. Lo de dentro era distinto. La puerta enrejada le parecía la entrada a otro mundo. Una casa-prisión donde amontonar putas, eso le parecía.

No se equivocaba. Era exactamente eso. Pero:

Las chicas lo mantenían todo aseado. Se hacían turnos de limpieza y de cocina, barrían y fregaban dos veces al día, la lejía era el nuevo Chanel n.º 5.

Avanzó hacia la oscuridad. Tras él iba un séquito de rusos borrachos y drogados. Compañeros de proxenetismo a los que demostrar su valía. Hoy el sudaca nos va a enseñar la polla. Preparad vuestros teléfonos móviles. Dmitri

permanecía en último lugar sin decir nada. Aquello era cosa del grupo, no iba a abrir la boca. Que lo resuelvan entre ellos, pero yo no me lo pierdo, *tovarish*.

Dentro: un pasillo con varias puertas, plantas de interior, pósters de cantantes en las paredes. Se escuchaba una televisión al fondo. Se asomó a una habitación. Yulia estaba desnuda. Se aplicaba crema a la entrepierna. La tenía comida de herpes. No mostró sorpresa al ver al grupo de hombres. Se levantó con tranquilidad y cerró la puerta. Todo muy digno. Orgullo de puta. En la vida, Aldo, dijo desde dentro.

Caminaron entre murmullos. Las demás puertas contenían otras zorras. Las habitaciones eran frías, con decoración de cabaña rural. Algunas tenían fotos de niños en los espejos. Las puertas se siguieron cerrando. Un barbudo de Tiumén se rio de Aldo. Él ya le habría dado cinco hostias a cada una. No podían rechazar a sus amos y señores. Vaya marica de mierda estás hecho, mexicano.

Llegaron a una puerta pintada de verde. Estaba cerrada. Del interior salía humo de incienso. Aldo lo respiró. Recordó ese aroma. Entró en el dormitorio.

Galya tenía un ojo morado. Las hinchazones de su rostro habían desaparecido, pero aún le quedaban marcas de la paliza. Mira esos cardenales, fíjate en el labio partido, atento a esa brecha en la ceja. Aldo aspiró el incienso. Galya se puso en pie. Vestía una bata larga de terciopelo de imitación chino. Dio un par de pasos hacia el séquito. Fue a cerrar la puerta, pero Aldo lo evitó. Ella lo miró a la cara. Muy despacio, le quitó las gafas de sol. El brillo de la lamparita de noche lo cegó durante unos momentos. Escuchó risas a su espalda. Cuando enfocó de nuevo la vista, Galya había dejado caer la bata. Estaba desnuda.

—Hace días que no me toca ningún hombre —dijo.

Atrajo a Aldo hacia sí y cerró la puerta. Los rusos se quedaron en el pasillo, escuchando lo que ocurría. Galya lo tumbó en la cama y se sentó sobre él. Destilaba rencor. A Aldo le ponía el odio.

—Sé cómo eres, Aldo. Buscas morir y por eso rechazas el placer. Pobre, pobre Aldo. Alejas a amigos, sin contacto con otras personas, solo bebiendo y muriendo un poco cada día.

Le llevó la palma de las manos a los pechos. Aldo no se resistió. Le temblaba el pulso. Son las rulas, güey. O eso le gustaba pensar.

—¿Por qué te empeñas en sufrir? ¿Qué te hace odiarte tanto a ti mismo?

No contestó. La respuesta moría en su garganta cada vez que quería pronunciarla. Me asesinaron en Sinaloa. Soy un muerto. Lo grabaron en vídeo. Cada noche lo pongo para recordar que me arrancaron la vida. No siento, no padezco; solo trato de terminar lo que ellos empezaron.

—Solo vives, comes y cagas, Aldo. Ni siquiera follas. El amor te duele y te quema. —Le arañó el pecho y Aldo se convulsionó—. Huyes del placer porque te recuerda que eres humano, no el disfraz de malnacido que llevas siempre puesto.

Se besaron. Saliva, tabaco, anfetamidas y algo más. Aldo sentía la sangre bullendo por sus venas. Las drogas lo volvían frenético. Ella le bajó los pantalones. Agarró su polla con la mano. La amasó. Hizo el amago de bajar a chupársela, pero él la detuvo. Se besaron otra vez. Saliva, tabaco, anfetamidas y algo agrio.

—Te odio, Aldo. Sé cómo hacerte daño. Te voy a devolver todo el dolor que provocas. Voy a llegar a tu corazón. —Le metió un dedo en la boca. Aldo lo saboreó. Almíbar ruso—. Y te lo voy a enseñar.

Ella lo introdujo entre sus piernas. Aldo no quería sentir placer. Solo quería morir. Dejar que el dolor lo destrozase. Sus ojos en los de ella, la mirada fría de Galya, las lágrimas aflorando en el mexicano.

Apenas duró. Un minuto, dos, quizá menos. No importaba. Aldo temblaba bajo el cuerpo de Galya. Ella lo besó de nuevo. Él observó de cerca sus cicatrices.

Quiso joder a Aldo. Lo consiguió. Sin armadura, solo era un hombre asustado más. Le acarició el pelo un rato. Lo abrazó.

Calor de puta: el sentimiento más puro que existe.

Tan bajo has caído, colega.

Ruano se lo había dado mascado. Sus listas contenían información exhaustiva sobre los propietarios de las parcelas donde se construiría Eurovegas. Para empezar: DNI, afiliación a la Seguridad Social, fecha de nacimiento, cónyuge, hijos, dirección actual, número de vehículos, estudios, ocupación, trabajos anteriores, negocios propios. Datos bancarios: saldo de los últimos tres años, ingreso de nóminas, pago de recibos, número de tarjetas de crédito y últimos cien pagos realizados con ellas. Esta parte era la que más le interesaba a Faura.

Podía hacer un seguimiento pormenorizado de los 278 individuos a investigar en las diferentes fases de la operación. Con esos datos conocía sus hábitos, sus viajes habituales, gustos personales basados en compras continuas del mismo producto o en el mismo establecimiento.

Fase Uno. Ordenado por referencia catastral.

N.º 1. Casas, Carlos Augusto. Cincuenta y ocho años, casado desde 1982, tres hijos. Ha trabajado en varios talleres desde 1979. Compras alrededor de Alcorcón y centro de Madrid. Cada quince días exactos paga dos peajes de autovía dirección Fuenlabrada. Ida a las 23.00, vuelta a las 01.00. Posible putero. A la mujer le debe de decir que va a ver el fútbol con los amigos. Habrá que investigarlo.

N.º 2. Vera Valencia, Sergio. Nacido en 1986, natural de Cuenca. Dos terrenos de una herencia. Múltiples gastos en una tienda online llamada Cannabis and More. El resto son libros. Habrá que viajar a Castilla-La Mancha para apretarle con lo de la hierba.

N.º 3. Reedwood, Steve. Guiri en las últimas, casi un siglo de edad. En prisión

desde el 2011 por quemar varias iglesias. A este ya lo tengo cogido por los huevos.

N.º 4. Ramos Hernández, Antonio. Mierda, este es policía. No todo iba a ser tan fácil, Faura. Aquí no hay mucho que hacer.

—Abuelo, ¿qué son todos esos papeles?

Faura levantó la vista. La pequeña Raquel había entrado en la cocina. Sorprendido con las manos en la masa.

—¿Ocurre algo, cielo? —preguntó.

—Juana me ha ganado a la videoconsola otra vez. Estoy aburrida de siempre lo mismo. ¿Qué haces?

—¿Esto? —Faura apoyó la palma en el enorme listado. Casi parecía estar jurando ante una voluminosa Biblia—. Son los deberes del abuelo. ¿A ti no te mandan trabajo para casa?

—Ya lo he hecho —contestó algo sorprendida—. ¿Y qué es?

—Son cosas muy aburridas de mayores.

—¿Sí?

La subió sobre sus rodillas.

—Mira, ¿ves esto? Es gente con la que el abuelo tiene que hablar.

—Hay muchos.

—Sí, mi niña.

—Y van grapados.

—Así es.

Raquel se puso a contar las páginas con los dedos. Casi sin querer, sacó el n.º 43 de la Fase Dos.

—¿Y este? Es solo una página.

Faura miró el documento. No había señal de clip o grapa en su parte superior. Era un documento concreto: Cobos Solaz, Agustín. Setenta y ocho años. Sin trabajos conocidos. Sin cuenta del banco ni tarjetas asociadas, sin rastro de sus compras o viajes. Información del catastro: Dos hectáreas dedicadas al cultivo de

nada, una choza para guardar aparejos agrícolas que sin duda usaba como vivienda. Una nota manuscrita al margen: «Aquí se encontró un cráneo».

—Agu... Agus... —leyó Raquel—. Agustín.

—Vale, cariño. ¿Por qué no vuelves con tu hermana?

—Es que siempre me gana.

—Vamos, seguro que esta vez pierde, ya verás.

—¡No!

Se abrazó al abuelo. Faura supo que no podía ni quería salir de ese abrazo.

De vuelta al oscuro cuchitril. Casa de fantasmas donde ya no estaba Susana. Aunque aún perdurase su aroma. Aunque su recuerdo le acariciase en las noches frías.

Apenas había podido hacer una primera toma de contacto con las notas de Ruano. Trabajar con niños cerca era misión imposible. Solo un pequeño vistazo por encima y el premio gordo para Raquel. Agustín Cobos, dueño de un terreno, sin pasado ni futuro. Otro fantasma con un cuerpo enterrado bajo sus pies.

Ángel y Eli llegaron al cabo de unas horas. Las niñas seguían despiertas. Eli las acostó. Mientras tanto, Faura se llevó a su yerno al despacho. Búscame información sobre un cadáver aparecido en Alcorcón. ¿Un qué? Un cráneo humano.

Google lo sabe todo. Google sabe si te la agarras para mear con la derecha o con la izquierda. Google dio una respuesta.

Página de periodismo antropológico. *Homo sapiens* hablando de neandertales. Ahí: filtración de la Guardia Civil, cabeza de mujer hallada en Alcorcón. Ni una palabra de Eurovegas. La noticia era breve: posibles restos íberos se encuentran en dependencias del Instituto Anatómico Forense para su estudio. Se realizó una excavación posterior, pero sin resultados. Los primeros indicios aseguran que encontraron muescas de arma de filo en dos vértebras. Posible decapitación

ritual de los trogloditas a sus dioses ancestrales. Pendiente de la prueba del carbono-14 para su datación exacta.

Faura se sirvió una cerveza sin alcohol. El médico le dejaba probarla. Con moderación, claro, no vayas a emborracharte psicológicamente y te dé otro patatús, Paco.

Un cráneo de mujer. Decapitada. Enterrada a tres kilómetros de su casa. Las alarmas sonaron en el cerebro de Faura. Había pasado muchos años de madero. Su instinto de policía lo mantenía alerta. Allí fallaba algo, pero aún no sabía qué. Habría que esperar al forense.

Dejó los papeles de Ruano sobre una silla y sacó el expediente de Susana. Extrajo el último listado de coches azules y verdes que, quizá, habían atropellado a su mujer.

Despedida de un hermano de armas. *Beers and blackjack*. Los tíos duros no muestran sus sentimientos. Buen viaje a España, CJ. Nos tiraremos a tus novias chinas cuando te largues. Ten cuidado de que no te peguen la gonorrea, Robbie.

—Es la gonorrea la que debería tenerme miedo a mí, chaval. Subo.

El ex-Mossad lo vio. El ex-MI6 lo vio. Un hindú que no se sabía de qué era ex lo vio. CJ se rajó.

—Hoy no es mi día.

—Vamos, tío, si te ha tocado la lotería.

Robbie enseñó las cartas. Los chicos maldijeron cuando vieron aquel trío de dieces.

—En esta vida hay que progresar, CJ. ¿Qué coño vas a hacer en Macao año tras año? Aquí todos tenemos planes de futuro, en serio.

—Esto no estaba tan mal. Ya había aprendido a hablar cantonés.

—Nos tiraremos a tus novias chinas, ya te lo hemos dicho —añadió el inglés.

—Pero España...

—En unos años será una copia de esto, tío. —El israelí le palmeó la espalda—. Vas a tener hasta las mismas calles. Pero en lugar de arroz y tallarines, comerás jalapeños y fajitas.

—Eso es en México, inculto de mierda. —dijo Robbie—. En España se come paella de toro. ¿A que sí, CJ?

Pero CJ no estaba para preguntas. No le olía bien todo aquello. Se imaginaba el percal: mucho tiempo libre, seguimiento de un pijo malcriado, guardaespaldas de un niño farlopero y medio retrasado. La paga se la podían meter por el culo. Él prefería quedarse en Macao a tener que empezar de cero.

—Eh, cowboy, ¿en qué piensas?

—Vamos, Robbie, esas preguntas solo las hacen las mujeres —dijo el ex-MI6 riendo.

—Jódete, Perry. ¿Estás bien, CJ?

—Sí, es solo que...

—Va a ser la leche, te lo digo yo. ¿Sabes que me he dejado los huevos para que te dieran este puesto? El Mormón pensaba contratar a alguien de fuera, un capullo de Blackriver o algo así. Mierda. Le dije: «Amigo, tienes a tu hombre justo delante de tus narices». Así que tranquilo, porque lo vas a hacer bien. Eres propietario del cinco por ciento de mi empresa de mercenarios, así que nos la jugamos. Si esto sale bien, tocará expandirse.

—¿Y aumentará mi participación?

—Joder, hasta te daré tu propia delegación.

Robbie le tendió la mano como si fuera a echar un pulso. CJ suspiró y la chocó. Los demás brindaron al cielo. Es tu despedida, negrata. Ya nos contarás qué tal saben los chochitos latinos.

—Vas a petar mil culos, chaval —concluyó Robbie—. Te lo digo yo.

Jet privado. Viaje de veinte horas acompañado del Mormón. Ni siquiera iban a parar a repostar: el muy cabrón había ordenado que otro avión le pusiera queroseno en el aire.

CJ estaba nervioso. Pensó que Harrelson Levy le cosería a preguntas. No fue así. Quedó claro cuál era su posición. El Mormón se pasó el vuelo ordenando papeles, llamando por teléfono y trabajando con el ordenador. Cuando se le hincharon las pelotas, se tomó Zolpidem con ginebra y cayó. *Sweet dreams, darling*. Despertó a las catorce horas y se tomó cinco o seis píldoras más de medicación habitual y volvió a roncar.

A CJ le habría gustado dormir, pero no pudo. El jet lag iba a ser de espanto.

Dedicó un rato a hojear los archivos de Levy sobre España. Muchos llevaban

el membrete de la CIA y el FBI. En resumen: España pasó de una república a una dictadura y luego se convirtió en monarquía. La gente que echaba de menos al tirano juró amor eterno a un rey que apenas conocían. Era pura magia. Aparte: paro, terrorismo, desigualdad, nacionalismos y un movimiento ciudadano que había desbancado a los sindicatos.

España iba a reventar en cualquier momento.

Aterrizaron a la hora prevista. La lluvia ocultaba el amanecer. CJ fue el primero en pisar la pista de asfalto. La explanada del aeropuerto le dio una sensación de vacío. El aire olía a ozono y combustible quemado. Se sintió en territorio hostil. Acarició las chapas identificativas que colgaban de su cuello.

Un Mercedes negro los esperaba junto al avión. Una treintañera sostenía un paraguas y una carpeta. Tenía los ojos de un azul eléctrico, el rostro lleno de pecas, el pelo rubio recogido en un moño. Vestía un traje de ejecutiva negro. Se movía con seguridad. CJ pensó que podría haber sido buena sargento.

—Bienvenido a España —saludó en perfecto español—. Me llamo Cristina Olsen. Soy la *personal assistant* del señor Levy. Espero que hayan tenido un feliz vuelo.

—De lujo —mintió.

CJ pasó de la secretaria y entró en el vehículo. Dentro aguardaba Larry Levy, el hijo de Harrelson. Tenía aspecto de llevar toda la noche despierto y borracho. Probablemente era así.

—¿Tú eres mi nuevo perro guardián? —balbuceó.

CJ miró por la ventanilla. Solo encontró lluvia gris.

—España... —susurró—. Puto país de mierda.

No se lo merecía. Sentir cariño, amor, amistad. Eso no iba con Aldo. Drogas, no dormir, torturarse con el pasado. Así funcionaba su cuerpo.

Galya le dijo que buscaba morir. Poco a poco. Tenía razón, salvo por un detalle: él ya había muerto antes. Autodestrucción con cuentagotas. Sellar todas las salidas, naufragar en el alcohol, volverse loco sin salir de la oscuridad de su cuarto.

Allí: el ordenador. Ventana al mundo, decían. Aldo lo usaba para ver el vídeo. Nada más. Solo el vídeo. Una y otra vez. Ese vídeo donde lo ejecutaban en directo.

Recuerdos de Culiacán. Un quinceañero mexicano tontea con el Cártel de Sinaloa. Será divertido, dijo su amigo Miguel. Luego nos iremos a tocar la guitarra. ¿Es peligroso? No sea pendejo, güey. Nomás hay que hacerles recados y nos darán buena lana.

Aldo no se llamaba Aldo. Nació con otro nombre. Aldo apareció después, tras la muerte y la huida. Una identidad falsa para pasar desapercibido. En España era un sudaca de mierda. Eso le gustaba. Algún día los mataría. Habib le daría esa bomba. Él ya había muerto.

Pequeños encargos: lleven este paquete a Domínguez, vigilen en la esquina de Santa Ana que no aparezca la chota, vaya al changarro y compren esta lista. Tonterías sencillas. Plata en los bolsillos.

Un día el jefe dijo: tienen que matar a este pendejo.

Una foto, un revólver y seis cartuchos. Casi se mea encima. Le dijo a Miguel que no iba a hacerlo. Es matar, güey. Yo no soy un asesino.

Miguel se lo dijo al patrón. El patrón le pegó una tunda de hostias a Aldo. La

paliza casi lo manda a la tumba. Le partieron las dos manos. Ya no volvió a tocar la guitarra.

Su madre lloró durante semanas. Su hermano le echó la bronca. ¿Por qué no eres como yo? Estudie, carnal. Sea un hombre de provecho.

Aldo era su hermano. No, Aldo era él. Ahora él era Aldo. Aldo estudiaba. Aldo era listo. El nuevo Aldo solo quería morir. Aldo murió. Aldo le echó la bronca.

Miguel se hizo sicario. Mataba por dinero. Le daba a la cocaína y al pegamento. Miguel fue a buscarlo. El patrón te perdona. Ven conmigo. Tiene un negocio que ofrecerle. ¿Acaso no quiere llevarle lana a su mamá?

Se convirtió en una mula. Si no quiere matar, cuate, hará de envío. Tragó bolas de coca. Las llevaba en su estómago de un lado a otro. Le pagaban como a un perro. Su cargamento de heces valía millones.

Y la cagó.

Le detuvo la policía. Alguien se chivó. Le quitaron la droga y lo dejaron marchar. El plan les salió bien a esos cabrones. No podía denunciar a los agentes, no podía decir que trabajaba de mula, no podía ir a pedirle clemencia al patrón.

Ni siquiera se despidió de su madre y de su hermano. Agarró la documentación de Aldo. Ahora él era Aldo. Pasó controles. Pilló un avión. Aterrizó en España. Era Aldo. Nadie le buscaría allí.

Vivir en la calle, pasar por el calabozo, conocer a Dmitri, comprar un ordenador. Buscó información en internet. Encontró su antiguo nombre en una web de periodismo extremo. Había un vídeo. Pulsó el «Play».

Desde entonces le daba al «Play» cada noche. No dormía por verlo. El vídeo sustituía sus sueños.

«Play.»

El vídeo. Una pared de ladrillo visto. Un exterior, puede que un corral sin techo.

Plano medio. Un tipo sin camisa miraba al frente. Ojo morado, nariz rota, sangre seca en los labios.

Era Aldo.

Tu nombre, ordenó una voz tras la cámara. Aldo respiró hondo. Mintió. Dijo que no era Aldo. Dijo que era su hermano gemelo. El gilipollas al que rompieron los dedos y no volvió a tocar la guitarra, al que Miguel embaucó para hacer de mula. Pero se veía a sí mismo. Se reconocía en esos ojos. Sabía que era él. Se miraba en el espejo.

Contemplaba su ejecución.

Era una advertencia para los que vienen. No pierdas mi droga. Si lo haces, esto es lo que obtienes. El verdadero Aldo habló a la cámara: no jodas al Chapo. Con esta gente no se juega. Hay que tener muy claro dónde te metes. Los jóvenes tienen que estudiar. Aldo, sermoneándolo tras la pantalla.

«Pause.»

Miró su rostro. Hermanos gemelos. Idénticos. Uña y carne desde siempre. Una copia de sí mismo. Tenían una conexión brutal. El verdadero Aldo estudió. El falso Aldo se tiró a la calle con su amigo Miguel. Ahora se veía a sí mismo allí, al otro lado del cristal, a punto de ser ajusticiado por perder medio kilo de esa cocaína que ahora consumía con ansia. Aquel chaval era él. Tenía su rostro, su voz, sus gestos. Era Aldo. Los dos eran Aldo.

«Play.»

Plano general. La pared era amplia. Se observaba el cielo azul tras el muro. Aldo tenía las manos atadas a la espalda. Permanecía arrodillado en el suelo de tierra. Entonces se oyó un motor. Un tipo vestido de militar entró en escena. Reconoció a Miguel por la forma de caminar. Cubría su rostro con un pasamontañas. En las manos llevaba una motosierra.

Aldo miraba al frente. Aldo miraba la pantalla. Dos puntos distantes en el tiempo encontrándose al chocar las pupilas.

Sin gestos de dolor. Sin miedo. Su identificación la había robado el falso Aldo. Encontraron al verdadero Aldo con la documentación de su hermano. Lo

iban a matar de todas formas y ya lo había asimilado. Resignación ante la muerte: así de triste y de real.

Llegó la pesadilla. El motor se aceleró y las cuchillas atravesaron la carne hasta llegar al hueso. Duró unos segundos, una eternidad. La cabeza cayó a un lado. El cuerpo cayó al otro. El cuello tenía un corte recto.

La pantalla se volvió negra, reflejando al actual Aldo que vivía en Madrid.

Aguantó unos segundos en silencio. Después lo volvió a poner desde el principio. Luego otra vez. Y otra. Y otra más. Hasta que perdió la cuenta.

En ocasiones veía a su hermano gemelo. Otras se veía a sí mismo muriendo. Así habría sido mi funeral. Así me habrían ejecutado. Así.

Me llamo Aldo. Ya estoy muerto.

SEGUNDA PARTE

MARCA ESPAÑA

P: La justicia está estudiando si, con sus prácticas, cometió o no un delito contra la salud pública. Pero a estas alturas no negará que había dopaje, ¿no?

R: ¿Dopaje? Estamos hablando de hechos que ocurrieron antes de que saliera la ley antidopaje. Dopaje deportivo es posible que hubiera, pero yo lo llamaría dopaje terapéutico.

Entrevista al doctor Eufemiano Fuentes,
diario *Marca*, 5 de abril del 2013

CJ odiaba Madrid. Contaminación, suciedad y restos de un pasado militar cementado con muertos.

Cada tarde salía a correr y aprovechaba para hacer turismo. Auriculares en las orejas, gafas de sol, unas Addiddass que le compró baratísimas a un mantero. Vamos a ver qué se cuece en este estercolero.

Metro Noviciado, pleno centro. Bajando a Gran Vía y torciendo hacia Callao. Mucha gente sin nada que hacer. CJ evitó a varios mendigos que mostraban sus muñones a los viandantes. Musicales en cartelera, cines, las mismas tiendas comerciales en las mismas calles comerciales, tres negocios de compraventa de oro.

Puerta del Sol: tirados, vagabundos, yonquis disfrazados con trajes de dibujos animados. Mira a Mickey Mouse con ojos asesinos, atento a ese Bob Esponja que huele a meados, cuidado con tu cartera cuando pases ante Bugs «Costuras Rotas» Bunny. Alguien gritaba por un megáfono. Una familia de desahuciados llevaba un cartel colgado al cuello y lloraban sus desgracias. GOBIERNO CABRÓN. DEVUÉLVENOS LA DIGNIDAD. Lo tenéis jodido, colegas.

Vamos hacia pastos más verdes. Calle Mayor adelante: peristas arruinados, tiendas de timo al guiri, restaurantes de fritanga, siete tiendas de Compro Oro. Alrededor de la plaza Mayor encontró garitos de numismática y filatelia. Monedas comidas por la mierda, sellos sin chupar, medallas de la Virgen de los Desamparados.

La calle le escupió ante el Palacio Real, donde vivía el rey de España. La monarquía le parecía una gilipollez. Por lo que se rumoreaba, aquel Borbón se dedicaba a romperse huesos en cacerías de elefantes y a tirarse a aristócratas

alemanas. Hasta su yerno estaba con la mierda al cuello. Al parecer, había robado dinero de una ONG que presidía. Una tonadillera pidió al juez que enchironara también a la infanta. *You're fool, bitch!*

Lo pararon en la plaza de Oriente. Lo mismo de siempre: una pareja de maderos sin nada que hacer.

—Identificación —dijo uno.

CJ les mostró su documento.

—Los papeles —requirió el otro.

La primera vez que oyó eso de «los papeles» no sabía a qué se referían. Acabó en comisaría y le tomaron las huellas. Le multaron con trescientos euros por atentado a la autoridad y resistencia en el arresto. CJ pensó que si se hubiera resistido de verdad, esos dos capullos recién salidos de la academia estarían llorando en el suelo. Aprendida la lección, llevaba una copia compulsada de «los papeles» en la cartera.

—¿Por qué me pararon?

Siempre preguntaba lo mismo. Las respuestas variaban: cálese/circule/tenemos un listillo/no es asunto suyo/¿quieres que te dé una hostia? Las más sinceras: por gilipollas/por imbécil. CJ sabía la correcta: eres negro.

Misma rutina de siempre. Comprobación de los datos en el coche patrulla y devolución de «los papeles». Se despedían con una amenaza: que no te vuelva a ver/no te metas en líos/esta vez te has librado.

CJ no recordaba un día en que no le hubieran parado en la calle. Preguntó por ahí. La poli tenía orden de detener a cualquier «sin papeles». Ganaban más pasta cuantas más detenciones hicieran. Llevar a comisaría a un inmigrante ilegal y soltarlo al rato contaba en la estadística. Después, el ministro del Interior se enorgullecía de que las Fuerzas de Orden Público cada vez realizaran más arrestos. La ciudadanía podía dormir tranquila: los criminales estaban acojonados.

CJ era un «con papeles». Contrato de trabajo otorgado por una filial europea

de Sunny Las Vegas, permiso de residencia en el Grand Biedma Hotel, el puto sello de Obama en su pasaporte. Estaba tranquilo, pero le jodían aquellos racistas. Ni en Mississippi pasaban aquellas cosas. Los del Klan vestían uniformes de policía.

Le habían cortado el ritmo. Pensó en comprarse un pulsómetro para controlar mejor el esfuerzo. Había visto casi tantas tiendas de artículos de segunda mano como de compraventa de oro. Así iba la crisis.

Trotó siguiendo Bailén hasta plaza España. Correteó entre los árboles. Vio pasar un helicóptero sobre su cabeza. Ya sabía lo que eso significaba.

Giró en Princesa y los vio. Un grupo de personas se agolpaban al final de la calle. Alrededor los cercaban varios antidisturbios. CJ se acercó a curiosear. Calculó que había un millar de personas reunidas allí. Al día siguiente esa cifra oscilaría: veinte mil según los organizadores, apenas doscientas según la Delegación del Gobierno. CJ había escuchado que querían reformar la educación. En matemáticas iban de culo, eso estaba claro.

Manifestación de mongolos. CJ observó a tullidos de todo tipo. Una flota de sillas de ruedas le cortó el paso. Gritaban consignas arcaicas. Querían que no se cortaran las ayudas a la Ley de Dependencia.

—¿Eso qué es? —preguntó a un anciano que empujaba un carrito ocupado por un adulto.

—El anterior presidente dio ayudas a los minusválidos y el actual las quiere recortar.

—Lo recortan todo.

—Que se recorte la barba y se la meta por el culo.

La parada de los monstruos: discapacitados que se movían entre espasmos, babas por litros, miradas perdidas cargadas de rencor, gritos que querían ser palabras, pañales para adultos llenándose de meadas y mierda, posturas retorcidas, manos engarfiadas y familiares que habían aprendido el significado de la paciencia por las malas.

Algo raro: lisiados con esteroides. Maderos de incógnito, policías infiltrados

para reventar la manifestación desde dentro. CJ pensó que le volverían a identificar.

Un secreta le soltó una hostia a un cámara de televisión. Diez antidisturbios se unieron a la gresca. Rompieron cabezas de periodistas, las cámaras de los fotógrafos se partieron contra el asfalto. Algunos subnormales se alteraron ante la violencia. Cuatro maderos empujaron a los manifestantes con los escudos de plástico. La gente gritó. Llovieron pelotas de goma. Un paralítico levantó la muleta sobre la cabeza y lo cosieron a palos. Los autistas se alteraron al ver la violencia. Por la derecha apareció un grupo de radicales de izquierda. Llovieron más pelotas de goma. Entre seis maderos esposaron a un reportero inconsciente y lo metieron en una lechera. Dos polis infiltrados volcaron un contenedor y le prendieron fuego. Un viejo en silla de ruedas motorizada se lanzó contra la pasma. CJ pensó que era un suicida, pero no explotó ninguna bomba. Varios uniformados lo redujeron con alegres golpes de porra. Llovieron más pelotas de goma y un par de botes de humo. Los polis de incógnito incitaban a los disturbios. Los retrasados se alteraron por la visión de la violencia y perdieron el control. A CJ le mordió un Down en la mano. Hizo presa como un perro. Se lo quitó de encima a hostias.

La poli arrambló desde todas las direcciones. Los disminuidos y sus familiares se quedaron atrapados. Las consignas se convirtieron en gritos de auxilio.

CJ consiguió escabullirse por un callejón. Vio dos tiendas de Compro Oro. Le dolía la mano.

El Chimpancé había inventado un plato nuevo: mejillones fritos. La receta la improvisó cuando se le abrió una bolsa sobre el aceite hirviendo. El bar adoptó un nuevo tufo. A Paco Faura le chiflaba. En aquel caldo antediluviano había cocinado sardinas, churros y algunos ratones que se suicidaban. Los platos tenían aromas imposibles de encontrar en ningún otro lugar de Madrid. Aquel garito debería tener tres estrellas Michelin.

Faura no tomó el plato del día. Los fritos estaban prohibidos en su dieta. El médico era un cabrón. Le apetecían esos mejillones. Mataría por un habano.

Ruano entró por la puerta. Arrodillaos ante vuestro salvador. Cada vez estaba más incómodo en aquel sitio. Sus zapatos italianos crujían al despegarse del suelo. Llegó a la mesa de Paco, la del rincón más mugriento, la de siempre.

—Conozco restaurantes donde te puedes tirar a una puta sobre la mesa y nadie te diría nada, Paco —saludó.

—Aquí estamos más seguros, Manolo. La grasa de las paredes actúa como aislante acústico y vuelve locos a los micros. Además, eres tú el que no quiere que te vean conmigo.

—Eres mi as en la manga, viejo.

Traducción: si mis jefes se enteran de que soy un intermediario, acudirían a ti pasándome por encima. Perra vida la del autónomo.

—Lo primero es felicitarte, Paco. La Fase Uno ha sido un éxito. Gracias a los informes que nos ibas remitiendo, esos muertos de hambre van entrando en razón.

Traducción: de los 91 propietarios que componían la Fase Uno, 57 resultaron tener mierda escondida bajo la alfombra. Puteros, deudas, autónomos con

facturas falsas, matrimonios con hijos drogadictos, herederos dispuestos a falsificar testamentos ológrafos... La lista era larga y exhaustiva. A unos los podían apretar con temas legales, a otros acojonarlos con mandarles matones, y a algunos afortunados les concederían ayudas sociales y becas para estudios a cambio de colaboración. Las plataformas ciudadanas contrarias al macrocomplejo perderían simpatizantes y al final aceptarían la expropiación sin pleitear. Comprar a un magistrado era mucho más caro, aunque tuvieran al ministro de Justicia presionando a los fiscales. Paco Faura les había salvado el culo.

—No hay de qué —dijo.

—Que no, Paco. Buen trabajo, de verdad. Dime, ¿te ha costado mucho? ¿Te queda dinero del que te pasé? Si andas corto de efectivo, me lo dices, ¿eh? Que somos amigos.

Traducción: me has salvado el culo, colega.

El Chimpancé vino a tomar nota. Ruano negó con la cabeza: la última vez que estuvo allí la diarrea le duró varios días.

—Hoy tenemos plato especial —dijo el camarero, lanzando perdigones de saliva.

—Mejillones, Manolo. Yo no me lo pensaba.

—Es que no sé yo...

—Vamos, hombre, que te invito a una cerveza.

—Una de especial y caña de grifo —contestó el Chimpancé antes de regresar tras la barra.

—Este sitio me da escalofríos, Paco. No sé por qué te gusta.

—Soy abuelo, Manolo. Y los viejos tenemos costumbres fijas. Deberías venir por aquí más veces. Los parroquianos son buena gente.

Los parroquianos eran seres oscuros que lanzaban miradas furtivas a la cartera de Ruano. Se relamían al pensar en el botín de Ali Babá que guardaba aquella funda de cuero. Con lo que lleva ese pavo en el bolsillo me iba al casino. Yo me

montaba un trío con cinco negras. Si son cinco ya no es un trío, animal. ¿Qué me has llamado?

—No sé, Paco. —Ruano apartó la vista de la discusión.

—Sé que corre menos prisa, pero ya he empezado a investigar a los de la Fase Dos.

—Ah, genial. Muy buen trabajo.

—Tengo aquí las notas de Agustín Cobos Solaz, de setenta y ocho años.

—¿Donde encontraron la cabeza? —le interrumpió Ruano.

—En su parcela, sí.

—Ese es un caso perdido, Paco. Mejor pasa a los siguientes.

—¿Por qué lo dices?

—Nos tiró piedras cuando fuimos por allí. Casi le abre la cabeza al propio Harrelson Levy. Es un pirado. Ya tenemos abogados trabajando para que le den la incapacitación total.

La pelea de los parroquianos acabó cuando el Chimpancé se cagó en lo más sagrado. La discusión de tríos con negras acabó derivando en la Santísima Trinidad y de ahí al trivote defensivo del Real Madrid. Les gustaba el número tres.

—¿Y el cráneo? —preguntó Faura—. No he encontrado más noticias en la prensa.

—Ya te lo dije: el propio Levy se preocupa personalmente de que no haya demasiada mierda a su alrededor. ¿Te imaginas el escándalo? «Gilipollas hallado fiambre en el lugar donde van a levantar un casino.» Sería el fin, Paco. La gente hablaría de mafias, de asesinatos. Cundiría la desconfianza. Hay muchos intereses en juego.

El Chimpancé le puso un plato de mejillones fritos a Ruano, quien arrugó el hocico al verlos. El camarero permaneció en pie para que le diera su opinión culinaria. Manuel Ruano sintió las miradas inquisidoras de todos los presentes: los parroquianos, el dueño simiesco del bar, la del propio Paco Faura. Los imaginó apretando los dientes, en plena reyerta carcelaria, matando a un tipo

solo porque no le gustaba su corbata. Hasta Faura permanecía serio. Optó por poner su cara de político y se llevó uno a la boca. Asintió sin dejar de sonreír. Aquello bastó para sus espectadores.

—¿Están buenos? —preguntó Faura cuando se marchó el Chimpancé.

Ruano escupió en el plato.

—Están fríos. ¿Por qué ha tardado tanto en servirlos si los tenía en el frigorífico?

—Así es la cocina-fusión, Manolo. Los genios culinarios no siempre son entendidos.

—¿Quieres un poco de esta basura?

—Mi corazón, Manolo. Acuérdate.

—Ah, sí, joder. —Ruano mitigó el mal sabor con un trago de cerveza sucia—. ¿Y cómo estás, por cierto?

—Se extinguirán los delfines antes de que palme, te lo aseguro. Pero, oye, ¿qué pasó con el cráneo?

—Ah, aquello. Primero se pensó que podía ser neandertal, o incluso más antiguo, de los romanos o los griegos. —Faura quiso corregirlo, pero decidió callar—. Luego se vio que no, que era más o menos reciente. Y, claro, tuvimos que llamar a expertos en la Guerra Civil. Dijeron que en aquella zona se fusiló a muchos rojos. Un sobrino mío sale por las noches por esa zona con un detector de metales. Ya sabes, le gusta el rollo del expolio. Me dijo que solo abundaban las balas y la mierda de jabalí, así que ya ves.

—No me cuadra, Manolo. ¿Por qué solo apareció la cabeza? ¿Y el resto del cuerpo? Si hubiera sido un fusilamiento, habrían encontrado una fosa común.

—Espera, que hay más. Si era de la Guerra Civil, nos podían joder las asociaciones de víctimas del franquismo. Este mundo está lleno de gilipollas asociados, Paco. Es insufrible. Total, que al final el forense no sé cómo coño dató la muerte veinte o treinta años atrás. Y sin untarle bajo manga.

—Qué detalle.

—En serio, Paco, no te preocupes por nada. Eso fue un loco que se cargó a su

mujer y tiró los trozos por el monte. El resto del cuerpo se lo comerían las alimañas.

—¿Y ya está?

—Bueno, dimos parte a la Guardia Civil y archivaron el caso al día siguiente. El señor Levy no quería publicidad.

—¿No buscaron en listas de desaparecidos?

—¿No me escuchas, Paco? Te digo que ya le han dado carpetazo. Un amigo mío coronel se ocupó en persona. ¿De verdad crees que la Benemérita no tiene nada mejor que hacer que investigar a un chalado de hace treinta años? Por favor, hombre, que tú has sido policía.

—¿Nadie más lo sabe?

—Solo el forense, el círculo cercano de Harrelson Levy, mi amigo que se ocupó de archivarlo y nosotros. Hay que ser eficiente.

Imaginó la jugada en su conjunto. Levy comprando a los medios para que no diesen la noticia, los periodistas entretenidos con cualquiera de los otros escándalos que salpicaban al país, la Guardia Civil tirando a la papelera el informe del forense. Ruano tenía razón: aquello no le importaba a nadie.

—Joder, ya sé lo que pasa, Paco. Creías que este iba a ser un caso de verdad, como los de las películas. Un asesino en serie que decapita personas.

—Siguen sin cuadrarme muchas cosas. Nada más.

—Los asesinos en serie solo existen en Estados Unidos. Aquí le soltamos un ladrillazo al vecino porque es lo que tenemos a mano. No te obsesiones con esa tontería, que no merece la pena.

—¿Y Agustín Cobos Solaz?

—¿El viejo loco? ¿Es que no me escuchas? Le faltan tres tornillos. Apenas sale de su choza, y cuando lo hace es para cazar culebras para la cena. Ni los asistentes sociales se acercan ya por allí.

—Quizá él mató a esa mujer.

—¿Y la enterró en su casa? No creo, Paco. Ni siquiera es capaz de sonarse los mocos, menos aún de hacer desaparecer un cuerpo. Pero, vamos, que si quieres

ir a verlo, adelante. Te aconsejo que lleves un casco de obrero, porque la cosa se puede poner fea.

Galya. La puta nueva. La que destilaba rencor. La que lo odiaba. La que lo besaba.

Aldo se comió su coño. No le importó que se la hubieran metido miles de tíos.

Estaba atado de pies y manos. Ella estaba sentada sobre su cabeza. Aldo pasó la lengua por los pliegues de su sexo, succionó hasta extraer miel, lamió su culo, introdujo la lengua.

—No tan rápido, Aldo Vargas. No tan rápido.

Aldo besó sus labios. No le importó que se hubiera comido kilómetros de pollas.

Había una vela encendida sobre la mesita. Galya la agarró. Derramó cera hirviendo por el pecho de Aldo. El mexicano se estremeció. La cera goteó hasta su barriga. Aldo se retorció de placer. Roció su pene con el resto de la cera. Aldo aulló.

No le dio tiempo a sentir dolor porque ella ya le estaba practicando una felación. Comenzó suave, mano y lengua, pero siguió con los dientes. Le clavó las uñas, le hizo sangre. Aldo se corrió en su boca.

Éxtasis total. Orgasmo y dolor. Aquello era la felicidad.

Galya se incorporó. Le devolvió el esperma a Aldo en forma de escupitajo. La mezcla de semen y sangre resbaló por su rostro.

—Te odio —dijo ella.

—Te quiero —contestó él antes de besarla de nuevo.

Domingo por la noche. No había demasiado trabajo. Los puteros preferían los

sábados. Salían, se emborrachaban, follaban, seguían emborrachándose. El día del Señor era para la resaca. Apenas un par de camioneros que seguían en ruta. Prostitución de asfalto. Hasta los moteles de mierda cerraban. El domingo se hacía eterno.

Las zorras aprovechaban para ver algo de luz solar. Algunas se subían a la uralita del tejado para tomar el sol en pelotas cuando hacía calor. Los chinos de enfrente se la cascaban escondidos tras los cristales. Las tías lo sabían y se echaban crema unas a otras. Quizá un día se atreverían a pagar por una mamada. Era complicado: los chinos trabajaban incluso los domingos.

En el interior, los hombres alargaban las partidas de naipes. Aldo salió de la habitación de Galya. Boris le abrió la puerta. Le preguntó si quería más pastis. Aldo siempre quería. Joder, dame una que me mate de una vez. Una bolsa con cinco de color amarillo con un símbolo que no supo distinguir.

—Son las pikachu. Un clásico. Te dan un colocón rápido que te aguanta varias horas.

Los billetes cambiaron de mano. Anastasia se rozó contra las piernas de Aldo. Gata repugnante. Ni el humo de los cigarrillos podía rebajar la peste.

—Eh, Aldo, amigo —le llamó Dmitri desde el sofá mugroso—. Ven aquí.

El mexicano se recogió la melena en una cola de caballo. Según se acercaba, el séquito de rusos que acompañaba a Dmitri se levantó y los dejó a solas. Aquello no le gustó.

—¿Qué tal todo, Aldo?

—Bien.

—¿Seguro?

Aldo asintió. Dmitri se rascó la barba. Observó su reflejo en los cristales oscuros de las gafas.

—Me preocupo por ti, amigo —dijo Dmitri.

—¿A qué te refieres?

—Los chicos hablan. Somos una pequeña familia, Aldo. Aquí todos nos conocemos desde hace tiempo.

Aldo miró a su alrededor. Apenas había entablado algo de relación con Boris. El resto: un montón de rusos cabrones. Lo despreciaban por sus raíces latinas. No sabía nada de ellos, ni quería saberlo. El sentimiento era mutuo.

—Verás —prosiguió Dmitri—. Está bien que folles con chicas. En Rusia no hay maricones. Bien lo sabe el presidente Putin. Por eso no nos gustan los comepollas, *da*?

Dmitri colocó su enorme zarpa de oso sobre el hombro de Aldo.

—Sé mucho de mujeres, Aldo. Todas son unas mentirosas. Hay que hacerles entender quién es el jefe. Ya sabes, una buena hostia a tiempo. Si no, si ellas creen que mandan, al final te quitan todo lo que tienes. Te joden hasta dejarte sin nada.

Aldo quería que lo jodieran. Le gustaba eso: sexo, dolor, odio, orgasmo. Que Galya me joda todo lo que quiera. Que me lo quite todo. Cada segundo junto a ella me consume un poco más. Ella es mi suicidio. La cuchilla que corta mis venas, la soga que me deja sin aliento, mi veneno, mi infierno compartido. ¿Qué podía saber Dmitri de todo aquello?

—Lo que te quiero decir es que no sigas follando con Galya. No puedes tener una favorita. Eso da problemas, Aldo, amigo mío.

—No la quiero. Nomás folla bien.

El ruso sacó una bolsita de cocaína que desparramó por la mesa. Comenzó a dividirla en rayas gruesas y generosas.

—Una vez conocí a un tipo. ¿Cómo se llamaba? Da igual, el caso es que lo conocí. Trabajaba en una empresa parecida a esta, ya sabes, con chicas y demás. Un tipo honrado, te podías fiar de él. Pero, eh, como en todas las historias, algo pasó. Resulta que este tío se enamoró de una de las zorras. Y pensó: «El mundo está lleno de putas y esta no es ni de las más guapas», así que fue a hablar con su patrón. Le dijo que si quería, se la vendía. Poca cosa, unos cuantos miles. No quería perder pasta.

Dmitri terminó de amasar la farlopa. Enrolló un billete de cincuenta hasta formar un canutillo y se lo pasó a Aldo, que lo sujetó con dificultad. Las anfet

le jodían el pulso. Parecía el actor de *Regreso al futuro*. Parkinson a los treinta, hay que joderse. Con esfuerzo, se metió una loncha. Luego otra. Y otra más. Tres seguidas: notaba el nudo de coca en el entrecejo. Sabor amargo resbalando por la garganta. ¿Con qué cortan esta maravilla?

—Este sería el final feliz, Aldo. —Dmitri continuó con su historia tras esnifar las suyas—. Pero la vida no es así, tú lo sabes. A los dos meses la zorra desapareció. Le robó todo lo que pudo y se largó por ahí. Cuentan que la vieron ejercer por su cuenta en un piso de Tverskaya. ¿Entiendes lo que te quiero decir, Aldo? —Otra raya al buche—. Dime que lo entiendes.

Dmitri sirvió un par de chupitos de pesticida cosaco.

—Aquel tipo compró a la puta y le salió mal —contestó Aldo.

—Eso es. —Dmitri bebió la mezcla de sulfumán y vodka—. Joder, ¿cómo se llamaba? Lo tengo en la punta de la lengua...

—De acuerdo, Dmitri. Entiendo lo que quieres decir.

—Así me gusta, *koll*.

Aldo levantó su vaso para brindar. Dmitri rellenó el suyo.

—¿Por cuánto me vendes a Galya? —preguntó.

Dmitri parpadeó. El líquido sobrepasó el chupito y cayó a la mesa. A Aldo le pareció ver burbujas sobre el pulimento. Disolvente ruso: limpia el estómago y provoca abortos espontáneos. Fabricación casera.

—¿Qué has dicho?

—Aquel tipo compró a la puta. ¿Cuánto cuesta Galya?

El ruso se carcajeó. Palmeó la espalda de Aldo y casi lo parte en dos. Los otros rusos rieron también, aunque no sabían de qué. Solo le seguían el rollo al capo. Dmitri bebió su chupito de un trago y observó la botella con cariño.

—¿Alguna vez te he contado cómo me convertí en el tipo que soy ahora?

Dmitri siempre soltaba la misma historia cuando estaba borracho.

Antes de que Aldo pudiera responder, Dmitri saltó sobre él y le reventó la botella en la frente. Las gafas de sol volaron por los aires y se quedó ciego. Luego lo agarró del cuello y empezó a apretar. Aldo no podía respirar. Quiso

atacar al ruso, pero este le inmovilizó la mano. Le bastaba una sola garra para asfixiar al mexicano. En mitad del caos se percató de que Dmitri hablaba a gritos:

—¡No me trates de gilipollas! ¡Si te acercas otra vez a Galya, os mato a los dos! ¿Me oyes? Te arranco la cabeza, Aldo Vargas. ¡Te arranco la cabeza!

El resto de las amenazas salieron disparadas en ruso. Aldo ya no escuchaba. Se había quedado helado: te arrancaré la cabeza. La farlopa, las rulas, la adrenalina: todo le llevó de vuelta al vídeo. Vio su cabeza cortada. Vio a Miguel con la motosierra. Vio a Dmitri agarrándolo del pelo. Vio brillos sin las gafas.

—No soy un monstruo, Aldo —escuchó como al final de un túnel—. Soy un buen jefe, de verdad. Pero esta es tu última oportunidad. Si la cagas, se acabó. ¿Lo entiendes?

La sangre de la herida hervía al contacto con el alcohol. Palpó alrededor buscando las gafas de sol. Alguien se las tiró al pecho. Estaban rotas. Se las colocó como pudo. A su lado vio a Dmitri, más grande que nunca. El enorme oso de Siberia, panzudo, recubierto de pelo, con babas cayendo de sus fauces.

—Dime que lo entiendes.

Te arrancaré la cabeza.

—Está bien —murmuró Aldo desorientado—. Está bien.

CJ iba una vez por semana a la asociación de veteranos de guerra. Era de carácter internacional y se podía hablar con militares de todo el mundo. Allí se sentía bien. Respetado. En el resto de los lugares era un negro de mierda. No te voy a comprar nada, negro. Largo de aquí, mandingo. No mires a mi novia, moreno. Incluso los africanos lo miraban mal. No me quites el trabajo, negro. Yo vendo cedés para mantener a mis nueve hijos. No me gustan los de tu tribu. Regresa a Zamunda.

El garito estaba enclavado a las afueras, en la carretera entre Colmenar Viejo y Tres Cantos. Por fuera era un club de tiro donde practicar puntería contra dianas y sacos de tierra. Por dentro, un lugar de encuentro entre paramilitares de todas las nacionalidades.

Disponía de un amplio suministro de pistolas y rifles, siempre para uso recreativo. El resto de merca: cartuchos, trajes de camuflaje, arcos, armamento no letal, chalecos antibalas, visores nocturnos. El dueño suspiraba por que lo atracasen y poder estrenar el M16 que guardaba bajo el mostrador. Le llamaban Ray, pero era un guardia civil retirado. Había americanizado su nombre, Raimundo. Llevaba gafas de culo de vaso. Los chicos le llamaban hípster. Ray lo odiaba.

—Toda mi puta vida corriendo detrás de los hippies, y ahora me llamáis perroflauta.

La parte trasera era la galería de tiro. Al aire libre, con terraplenes de arena y zonas de resguardo. Los paramilitares entrenaban allí mientras esperaban recibir por mail una propuesta de trabajo. Tenemos un gran currículum: nuestro

fundador mató serbios en Macedonia, el vocal es experto en torturas, el portavoz guarda metralleta en el cráneo. Pagamos el IRPF como ONG. Firma el acta.

En una esquina de aquel corral habían habilitado la sección recreativa para la asociación de veteranos. Cordita y cerveza: la mejor mezcla. Apestaba a marihuana. La fumaban dos de cada tres. Decían que era médica, por heridas de guerra. Todo mentira. Nos toca encendernos los petas a cielo abierto. Cuando dejen fumar en Eurovegas podremos volver dentro. A CJ le gustaba el sitio porque le recordaba al cuartel: mesas de plástico amarillento, sillas de plástico ennegrecido, luz de neón, una nevera repleta de alcohol. El que quiera cenar que se vaya a su puta casa.

No tardó en hacer amigos. Jugaba a las cartas con un inglés, un ruso y un ex-SEAL de Florida. Se sentía como en casa. Robbie no le había escrito ni llamado en todo aquel tiempo. Él tampoco pensaba hacerlo. Se mandaban memorándums semanales por mail y ya.

—Tormenta del Desierto —contaba el ex-SEAL—. La primera, la de verdad. Bueno, el tema es que allí no pasaba una mierda. Ya sabéis cómo van esas cosas: tiramos cuatro bombas, los árabes se acojonaron vivos, tomamos el control del territorio y poco a poco nos fueron dando por culo con la estrategia de guerrillas. Pregunta a cualquiera de por aquí y te dirán que vieron morir a varios de sus compañeros en ataques a traición. Eso habría estado bien, pero a mí me destinaron a una zona donde no pasaba nada.

Jugaron los naipes. Ganó el trío del inglés. CJ pensó que estaban haciendo trampas.

—Pasábamos los días borrachos. ¿Os acordáis de las fotos esas que salieron en la tele? Sí, hombre, aquellas donde aparecían moracos torturados y humillados. Pues era de nuestra base. —Se rio mientras barajaba—. Joder, qué tiempos. Nos lo pasábamos de puta madre machacando a esos follacabras.

—¿Y no os denunciaron? —preguntó CJ—. Después de que aparecieran las imágenes, quiero decir.

—No fue al momento. Pasó casi un año y medio desde que nos las hicimos

hasta que las emitieron en la CNN. Las tengo por aquí, por si queréis verlas.

Sacó un *smartphone* del tamaño de un portaaviones. Buscó algo en la pantalla táctil y se la fue pasando al resto.

—Mirad. —Señaló la foto—. ¿Veis esa polla que está meando sobre el turbante de ese tío? Es la mía.

El inglés le chocó la mano. El ruso alabó la perfecta circuncisión. CJ no le hizo demasiado caso.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó.

Cambiaron cartas. El ex-SEAL repartió.

—El aburrimiento hace que surja la creatividad, amigos. En mi estancia en el cuartel aprendí dos cosas: a pintar a la témpera y a desesperarme por estar parado. Así que no tuvimos más remedio que provocar a esos cabrones cabeza de toalla.

Ahí comenzó la verdadera historia. El ex-SEAL contó con todo lujo de detalles cómo atacaron un par de aldeas y masacraron a todos los que all  encontraron, ovejas y niños incluidos. Explic  cómo les arrancó las cabelleras y se las guardó de trofeo en la base, como si se tratase de un siux o algo así. Se partió de risa cuando describió el juego del *Burning-man*, consistente en emparar de gasolina a un rehén y lanzarlo ardiendo hacia un aljibe. Apostaban a ver quién conseguir  llegar vivo. En veintisiete intentos, solo tres lograron apagar las llamas. Ninguno sobrevivió más de dos horas después de aquello.

—En el fondo éramos unos blandos. Les metíamos un tiro por caridad humanitaria. Joder, que no somos monstruos.

Ganó una doble pareja del ruso. El ex-SEAL siguió contando el olor a barbacoa que producía todo aquello. CJ se evadió.

—Eh, chaval,  d nde est s?

Era el inglés.  Todo va bien?

—S . Estaba pensando que tuve suerte cuando me secuestraron en Pakistán.

La mesa de póquer se quedó en silencio.

— En serio? —preguntó el ruso.

—¿Por qué suerte? —quiso saber el ex-SEAL.

—Por varios motivos. El primero, por estar allí relativamente poco tiempo. El segundo, por salir vivo. Y el tercero, porque no me secuestrasteis vosotros, panda de pirados.

Todos se rieron al unísono. CJ sonrió un poco. *It's very serious, men.* Poca broma con los secuestros.

—Estás loco, CJ —dijo uno.

—Los moracos le servían un Whopper para desayunar.

—Con baños árabes, y un harén con cien prostitutas.

—Se llama «concubinas», animal.

—Putá, concubina... ¿qué más da? CJ seguro que salió bien follado.

CJ barajó las cartas. Los otros siguieron riéndose de él. No iba a contar lo jodido que estuvo en su cautiverio. Era mejor que pensarán que todo era risa y fiesta. Cada cual en aquella asociación tenía su propia historia.

—Al menos no me echaron fuego —dijo, por continuar con el tono de broma.

—Eh, una cosa te puedo asegurar —contestó el ex-SEAL—: ningún moro de mierda pasó frío.

Todos volvieron a reír.

—Son muy buenas anécdotas, amigos —interrumpió el ruso—. Ahora le toca a Dmitri contar cómo salió vivo de Chechenia, cuando pertenecía a la URSS. Ah, mucho ha pasado desde entonces. Ahora tengo palco en el Calderón para ver al Atlético. Sí, mucho tiempo..

Dmitri siempre contaba la misma historia cuando estaba borracho.

CJ se dejó perder a las cartas. Era lo bastante listo como para saber que si siempre ganaba nadie querría jugar con él. Cuando Dmitri contó por enésima vez aquella estúpida historia de reformatorios, cárceles y putas, CJ apostó el resto y se retiró con honor. Nadie sabía de qué guerra era veterano, y el ruso tampoco lo contaba. A decir verdad, les importaba bien poco.

Recogió su abrigo y se despidió de Ray, que estaba absorto mirando la televisión. Una presentadora con amplia sonrisa hablaba de la candidatura olímpica de Madrid 2020. Ya les habían dado la patada en el 2012 y en el 2016, pero los madrileños no se rendían. Incluso habían construido la mayor parte de las instalaciones. A eso se le llama optimismo.

—Y si nos dan las Olimpiadas, las ganamos de calle. Aquí tenemos los mejores productos dopantes, CJ, te lo digo yo. Conocí a un ciclista que tenía la sangre como barro. Menudos tiempos hacía el cabrón.

Salió a la calle. *Madrid by at night*. Ni una farola en toda la calzada. La asociación no tenía rótulo luminoso. Apenas se distinguía que era un club de tiro por un par de fotocopias pegadas a la puerta de cristal.

Apestaba a marihuana, así que poca gente entraba por despiste.

Un mendigo se acercó a pedirle pasta. CJ ni siquiera lo miró.

—Amigo, ¿me da...? —Acento sudamericano, figura desgarbada.

—Lo siento.

—Necesito cincuenta céntimos para pillar el autobús.

—Tengo prisa.

—Por favor...

—No.

Dio dos pasos en dirección al aparcamiento. El vagabundo se quedó tras él. Dijo:

—¿Carl?

Se volvió y esta vez le miró a los ojos. Tenía barba larga, las encías negras, pómulos que resaltaban su delgadez extrema. Medía un metro ochenta y le temblaba el labio. Dudó dos eternos segundos antes de reconocer a Percy de la Cruz. Esos dos segundos habrían supuesto su fin en el campo de batalla.

—¿Percy?

—*Well*. —Se encogió de hombros—. Lo que queda de él.

CJ estuvo 853 horas secuestrado por los talibanes. Cuando lo rescataron, Percy llevaba más de un año de cautiverio. Normal que estuviera hecho mierda.

Las morgues eran el Polo Norte. Faura nunca entendía por qué. Vale, los cuerpos fríos se conservan mejor, pero para eso ya los guardan en frigoríficos. Apenas los dejan fuera un par de horas mientras los miden, tasan y catalogan. No comprendía esa manía de los forenses de que se les helaran los huevos.

Floro fue mostrando la placa y el carnet identificativo en los distintos controles que fueron pasando. Aquello tenía más seguridad que un banco. Todo muy absurdo, pensó Faura.

—Oye, ¿y Jonás? —preguntó.

—Coño, Paco, que te estamos haciendo un favor. Uno de los dos tiene que hacer como que trabaja por si pregunta el comisario.

Faura entendió: coño, Paco, que nos sueltas poca guita para los dos. Por eso no le he dicho nada, para quedarme yo toda la pasta.

Floro le hacía todos los favores que pudiera pagar.

Los hospitales olían mejor. Allí se acumulaba una peste a desinfectantes, carne en descomposición y formol. Ideal para aderezar una ensalada de canónigos. Pasaron ante un par de salas cerradas. Un chaval vestido de enfermero empujaba una camilla con un cuerpo encima. Ni siquiera lo había tapado. La imagen de una gorda peluda y recosida le removió el desayuno. Floro se encendió un cigarrillo para mitigar el tufo. Faura echó de menos sus habanos.

Luis Dólera los recibió en su despacho. Faura no esperaba verlo allí.

—Coño, Luis, ¡cuánto tiempo! —Ni siquiera hicieron el ademán de estrecharse las manos: a saber qué habría tocado—. Pensaba que estabas en el Levante.

Al forense se le congeló la sonrisa en el rostro. Era un tipo afable, el retrato

robot de Papá Noel, pero su gesto se turbó hasta convertirse en el enano gruñón de *El hobbit*.

—Pedí el traslado aquí —murmuró—. Ya sabes, mi antiguo puesto. Como en casa, ningún sitio.

Las antenas de expolicía de Faura captaron la mentira. Creyó que era mejor dejar pasar los verdaderos motivos de su vuelta a Madrid.

—Bueno, vamos a ver. —Hizo como que rebuscaba entre unos papeles, aunque Faura sabía que disimulaba estar muy ocupado—. Floro me ha dicho que querías ver el asunto del cráneo encontrado en Alcorcón. —Se chupó el dedo y siguió pasando carpetas de cartón—. Un caso complicado. La muestra no era idónea para el análisis.

La frialdad de la medicina moderna. Un cuerpo no es más que eso: carne y huesos. A nadie le importaba que en un momento dado fuera una persona con alma, que sufriera, se enamorase, frustrase, tuviera ilusiones, esperanzas, miedo, mascotas. En su época de madero tampoco se involucraba demasiado en los casos, pero al menos miraba la foto del archivo.

—Vale, vamos a ver.

Se colocó tras la mesa del despacho y los invitó a sentarse. Floro buscó un cenicero, pero no lo encontró.

Dólera continuó con su teatrillo, realizando una rápida lectura del informe que él mismo había redactado hacía no tanto tiempo. Vamos, Luis, que sabías que veníamos. Una vez nos contaste que tenías memoria fotográfica. Déjate de rollos.

—Nos trajeron una calavera en bastante mal estado. Había restos de tierra. Sin tejidos. Pudimos determinar por los surcos del cráneo que se trata de una mujer blanca de entre treinta y cuarenta y cinco años, de metro sesenta y cinco a metro setenta y cinco de alto. Cerca estaban las primeras cinco vértebras cervicales. Una de ellas presentaba abrasiones por objeto afilado.

—Que le cortaron la cabeza de un tajo a la pobre puta, ¿no?

El comentario profesional de Floro pilló de improviso a Dólera.

—Suele ser algo habitual cuando se despedaza un cuerpo —continuó el forense—. No creo que haya un esqueleto decapitado por ahí, sino muchos trozos desperdigados. La cabeza en esa parcela, un brazo en el fondo de un pantano, el torso en un pozo abandonado... En fin, qué os voy a contar.

—¿Algo más? —preguntó Faura.

—Bueno, encontramos un implante. No tiene marca ni nada por el estilo, pero nos sirvió para cerrar la horquilla temporal.

—Creo que no te sigo, Luis.

—Odontología forense, Paco. Hoy por hoy, los postizos se pueden rastrear con mayor o menor fortuna, pero cuando son casos tan antiguos solo podemos datarlos por el material. El tipo de implantes que lleva se usó entre 1978 y 1983. Luego cambiaron las técnicas. Por eso el sesgo de la desaparición iría de treinta a treinta y cinco años atrás.

Expuso el informe ante ellos. Faura observó las fotografías. Encontró mediciones, planos con luces distópicas, ultravioletas e infrarrojas. Resultado: nada. Planos de detalle de la vértebra: abrasión por objeto afilado. Le costó serrar el hueso. Trabajo de aficionado. Múltiples muescas en el hueso. Dos implantes en la dentadura: muela de oro y el famoso canino. A Faura todo aquello le sonaba a chino.

—¿Sabemos si fue una muerte violenta, Luis?

—En el cráneo no se aprecian más fracturas. Puede que primero la apuñalaran, pero no te puedo conjeturar que la atacaran en la cabeza y... Eh, ¿qué haces?

Floro apagó la colilla en el suelo y se encendió otro.

—Aquí apesta —dijo ante el reproche del forense.

—Está prohibido fumar, ¿lo sabes?

—No molesto a nadie. Aquí están todos muertos.

—Yo no —contestó Faura.

—A ti te quedan dos telediarios, Paco. Con ese corazón de cristal, palmas en cualquier momento.

—El otro día me asustó una mariposa y casi me cago encima.

—De todas formas, en cuanto Harrelson Levy monte los casinos, la Ley Antitabaco se irá al carajo. ¿No lo veis? Soy un visionario, un adelantado a mi tiempo.

—Bueno, pues cuando permitan fumar en los casinos te vas para allá —dijo Dólera—. Mientras tanto, apaga eso.

—¿O qué? ¿Llamarás a la poli? Vamos, coño, que no tenemos todo el día.

—Yo ya he terminado. A grandes rasgos, eso es todo. Como te decía, no se podía hacer mucho con la cabeza.

Era poco. Faura lo sabía. Pero quizá bastaba. No necesitaba saber el color de pelo de la chica, pues con esa edad era habitual que se lo tiñera. Sabía el lapso de tiempo en el que desapareció. Solo era cuestión de cotejar los cientos de casos que ocurrieron en esos tiempos. Y en eso era bueno.

—Muchas gracias, Luis. —Se incorporó y le tendió un par de billetes de doscientos.

—No, hombre, no hacía falta —contestó el forense mientras se los guardaba en el bolsillo con una sonrisa.

Se despidieron y salieron al exterior. La contaminación de Madrid ocultaba las estrellas. Montaron en el coche y arrancaron. Faura sacó cerca de dos mil euros. Floro se quedó asombrado. El veterano policía lo contó todo y rasgó una parte con la punta de los dedos para comprobar que eran verdaderos.

—Necesitaré que me hagas otro favor, Floro —dijo Faura.

—¿Cómo de grande?

—Del tamaño de todas las desapariciones no resueltas de 1978 a 1983.

—No me jodas, Paco. Eso es mucha tela.

Le tendió otros dos mil más. Floro tragó saliva: Faura iba en serio.

—Con eso tendrás suficiente. Habla con tus contactos en la Guardia Civil. Quiero esa información cuanto antes.

—Dios, Paco, ¿para qué quieres desenterrar toda esta mierda?

No tenía una respuesta clara. Ruano le había dicho que se olvidara del tema,

pero había algo magnético en aquel asunto. Faura tuvo una corazonada desde el principio. Algo no le cuadraba. Pensaba que podría llegar hasta el final.

Aún no había resuelto el caso de Susana, su mujer. Quizá podría hacer algo en este asunto.

Se lo debía.

Degradación. Le habían quitado sus galones. A Aldo solo le quedaba el BMW que apestaba a gato. Hasta tuvo que comprarse unas gafas de sol nuevas.

Dmitri dijo que le arrancaría la cabeza si volvía a ver a Galya. Lo puso al cargo de otras chicas y lo mandó a una zona diferente. Empezar de nuevo. Proxeneta de tres rusas que ni hablaban español. Por lo que pudiera suceder.

Se enteró de que Galya estaba ahora con Boris. El carcelero quería marcha. Pasaba de estar todo el día vigilando la jaula y repartiendo tampones. En su lugar pusieron a un sordomudo. Dmitri se aseguraba de que no volviera a ocurrir lo de Aldo. Si quieres una novia, búscala en otra parte. Esto es un negocio respetable.

Colonia Marconi, Villaverde. Zona de mierda. Zorras peladas de frío mostrando carne. Se apelmazaban por nacionalidades ante hogueras improvisadas. La madera la sacaban de un camionero que les vendía palés rotos por cinco euros. Supermercado de sexo abierto veinticuatro horas en turnos de mañana y noche. Cuando el polígono cerraba, los vehículos seguían pasando. Clientes avariciosos que ansiaban un polvo rápido antes de ir a cenar con sus mujeres. Un ir y venir de taxistas, ejecutivos, transportistas y comerciales: clientela fija. Fíjate en ese coche: tiene una sillita de bebé en la parte trasera. Papá se tira a una subsahariana en los asientos reclinables. Mira allí: el suelo está asfaltado de condones usados y toallitas húmedas. Observa cómo se limpian en el descampado. Mira aquella chica apoyada tras un contenedor. Vaya asco de sitio me diste, Dmitri.

Había que dejar aparcamientos libres para que los clientes follaran a su aire. Aldo circulaba en segunda, aburrido, nervioso, psicótico. El éxtasis le producía ideas delirantes. Se cruzaba con patrullas de la Policía Municipal y miraba para

otro lado. Nunca lo paraban, nunca preguntaban. Pero no se sentía seguro. No allí. Zona nueva: los mismos perros.

Galya.

La tenía incrustada en la cabeza. Lloraba por ella, aullaba de ira y de soledad. Quería tenerla cerca, sentir sus mordiscos, sus arañazos, lamer sus cicatrices. Echaba de menos su dolor, su odio, el desprecio que tanto le excitaba. Eso era el amor: necesitar tanto a una persona hasta que duele. Síndrome de abstinencia de una prostituta sádica: eso lo convertía en un masoquista abandonado.

La paranoia lo desquiciaba: voces que le instigaban a matar a Dmitri, gritos sobre decapitados retumbando en su cráneo, el Aldo real con la garganta abierta. Se cruzó de nuevo con los munipas. Se convenció de que lo seguían. Encadenó un cigarrillo con la colilla del último. Se volvió loco. Alguien le había puesto micros en el coche. Tenía un GPS bajo la piel. Sus nuevas rusas cuchicheaban entre ellas cuando pasaba con el BMW. Esa peste a Anastasia. Mataría a Dmitri. Compraría a Galya. Le querían arrancar la cabeza. Como a Aldo. Aldo ya está muerto, capullo.

Se remangó la chupa y se mordió el antebrazo. Sintió la sangre en la lengua. Sabor metalizado. Caliente y húmeda. Respira. Cálmate.

Piensa.

Actúa.

Dio un volantazo y se marchó de allí. Las rusas lo observaron con indiferencia. Un tipo paró a pedir sus servicios. Tenía pinta de extranjero con billetes. Compró a las tres a la vez.

Su vieja zona. La seguridad. La tranquilidad. Aldo tardó casi media hora en llegar. Se controló para no matarse con el BMW. Frenó en las zonas de radar. Evitó a la Guardia Civil. Miraba por el retrovisor cada poco rato. Que nadie me siga, joder.

Circuló lento. Imaginó que los caracoles se subían por los neumáticos. Creyó

que el coche iba en realidad marcha atrás. Más despacio, pinche güey. Que no vean llegar la hostia.

Mira al fondo: Boris instruyendo a Yulia y a Zina. Las chicas tienen cara de aburrimiento. Son profesionales, Boris. Deja que hagan su trabajo. Están en la calle para trabajar, no para hablar contigo. Mamón. Boris, pedazo de mierda. ¿Dónde está Galya?

Más lento. Circula despacio. Aparca bajo esa farola fundida. Que se joda el vado de la cochera. Vigila. Las zorras se ponen en su esquina. Los clientes pasan a su lado. Comprueba los retrovisores. Puede ser una trampa. Quizá te estén observando. GPS entre los tendones, incrustado en el tuétano. Algo va a ocurrir.

Nada.

Galya no está. Espera, no te pongas nervioso. Aldo se rascó las costras recientes del brazo. La sangre manchó sus uñas. La paranoia creció. Son las gafas nuevas. No puedo ver con esta mierda hípster. Putos modernos con sus gafas modernas. Volcó su bilis en Boris. Son las pastillas que me vendió. Las pikachu, dijo. No me dejan pensar con claridad. Me embotan la cabeza. Golpeó el volante con ambas manos. ¿Dónde está Galya?

Había perdido la paciencia para esperar. Miró el reloj. Galya no aparecía. Puta novata, conoces las reglas. Termina las pajas y vuelve aquí. Aldo pensó en asaltar el motel de mierda. Demasiado peligroso. Sé prudente. Espera a que salga. Consultó su reloj. Galya se iba a comer una buena bronca por tardar tanto. Pensó que quizá había vuelto el payaso aquel que le dejó la cara hecha mierda. Le pegó una paliza brutal. Aquello lo enfermó: solo él podía pegarle. Sus puñetazos eran con amor.

Miró de nuevo el reloj: Galya apareció por la puerta. Mira qué belleza: botas altas, abrigo de piel, escote, pelo suelto. Creyó que se le aparecía la Virgen María.

Boris fue a su encuentro. Le pedía los billetes en medio de la calle. Chulo principiante: quédate en el coche. Espantas a los clientes. Nunca te pueden ver. Eres el hombre invisible.

Aldo aceleró. Salió de su estacionamiento y llegó al final de la calle. Apenas cien metros eternos. Frenó ante ellos. Bajó de un salto. Boris dudó dos segundos. Cuando quiso sacar la navaja, ya era tarde. Aldo le reventó la cara de un puñetazo. Pateó sus rodillas hasta que perdió el equilibrio. La faca salió por los aires. Galya gritaba. Aldo golpeó las costillas de Boris. El ruso vomitó algo pastoso. Aldo siguió con las hostias. Galya le agarró de un brazo y tiró. Se zafó de un empujón. Boris boqueaba. Aldo se agachó a su lado. Pilló la pasta y una bolsa de farlopa. Galya lloraba. Le dio una bofetada. Luego otra. La metió en el BMW. Ella se resistió. Le propinó un puñetazo en la barriga. Galya se quedó sin aliento. Aldo cerró la puerta y se marchó de allí quemando rueda.

—Te he salvado —decía—. Te he salvado.

Galya seguía llorando en el asiento del copiloto.

CJ y Percy nunca fueron amigos. No compartieron regimiento, ni cuartel, ni transporte. Solo les unía el infierno de un calabozo afgano.

—Qué suerte verte, Carl. No sabía que estabas en España.

—Yo tampoco sabía nada de ti, Percy.

Closer and cold. Percy le sonrió con la sonrisa llena de mellas. Se alegraba de haberlo encontrado. Luego le pidió dinero otra vez. Tenía hambre, decía. CJ supuso que era cierto, aunque no disimulaba los temblores del mono. Fueron a un turco. Percy salivó al oler el interior. CJ sintió arcadas.

—Antes me dejaban entrar en la asociación, Carl. —Masticaba el kebab con la boca abierta, ensuciando la barba más aún—. Yo soy más veterano que todos esos de ahí dentro, ¿sabes? Ahora no me dejan pasar. El encargado dice que robo botellas y las saco a escondidas. Pero aún me paso, claro que sí, Percy se pasa. Soy veterano. Tengo mis derechos. Algunos me sueltan una moneda, pero no el encargado. Ese no es veterano ni es nada. Dice que le robo botellas. Que las saco a escondidas, Carl. A escondidas.

Percy de la Cruz. La cara más conocida de los periódicos durante mayo del 2007. Ficha del *Post*: cuarenta años, origen venezolano, héroe nacional. Lo capturaron los talibanes en la operación Libertad Duradera. Un año y once días de cautiverio. De torturas. De morir día a día. Le concedieron la *Medal of Honor*. El mismo George W. Bush se la colocó en la solapa en un acto de mierda que organizaron en el sanatorio donde se recuperaba Percy. Le entrevistaron varias veces por televisión, pero quedó clara una cosa: aquel supermán americano estaba mal de la chaveta. Que te jodan los moradores de las arenas tiene un precio. Y Percy acabó grillado.

—¿Qué haces en España?

—Bueno, Carl, bueno... —Comía, pensaba, se le iba la mirada a la calle, volvía a masticar—. Ya sabes, la vida...

—No lo sé, compañero. ¿Qué tal si me lo cuentas?

La vida de Percy de la Cruz tras escapar de Al Qaeda: flashes, periodistas, silencio. La fama duró poco. La realidad corría a toda velocidad y su año y once días de infierno se difuminaron en apenas dos semanas. Recordaba estar drogado en el sanatorio. La guerra le jodió la mente. Las pesadillas volvían una y otra vez. Las drogas las apaciguaban. El gobierno fue muy generoso: al cabo de cinco meses recibió una carta en la que le agradecían los servicios prestados. Le quedó una paga por secuelas físicas y psíquicas. Vendió la Medalla de Honor y sacó una buena tajada. Pensó que había vivido demasiado tiempo metido en un puto agujero y decidió viajar. Recorrió toda Latinoamérica y media Europa. En España conoció a una mujer. Le enseñó que la heroína apaciguaba las pesadillas. Al final ella se largó y lo dejó con un mono que te cagas. Su vida en Madrid: recoger su paga mensual del ejército, gastarla en jaco y mendigar el resto de los días para conseguir un chute más.

—Pero sé controlarme, Carl. En serio, es solo un poco por las noches, para las pesadillas, ¿sabes? Los malos sueños.

Ghosts and demons. CJ sabía de qué hablaba. Él necesitó terapia para olvidar aquellas 853 horas: el ataque a su convoy, la paliza para reducirlo, la mordaza y la capucha, los grilletes, el suelo frío de la mazmorra, las siguientes palizas y humillaciones, pero sobre todo la sensación de no salir vivo de allí. CJ conocía las pesadillas de primera mano.

—Tú sabes lo que fue aquello, Carl. Estuviste con Percy. ¿Recuerdas lo que me obligaban a hacer? ¿Recuerdas eso? Yo no puedo olvidarlo.

Cuando llegó al hoyo, solo estaba Percy. Le tranquilizó, fue su apoyo. Siempre le llamaba Carl. No estaba muy bien de la chota, pero en esos momentos CJ no se daba cuenta. Parecía que controlaba. Le contó cosas horribles que luego calló ante los medios. A los periódicos les dijo que estuvo

presente en las ejecuciones de otros compañeros, que vio cómo les cortaban las cabezas con unos machetes inmensos. Así eliminaban a los enemigos de la Guerra Santa: decapitándolos. Pero Percy se guardó un detalle: él era el verdugo. Los talibanes le ponían el acero en la mano y contemplaban el espectáculo. Disfrutaban con aquella forma de tortura mental: mata a tus amigos, mata a tus hermanos, mata a tus hijos. Mata, Percy: defeuquemos en su cráneo hueco.

—A ti no te hice nada, Carl. Tú y yo somos amigos. No me habría atrevido. Percy es buen tipo.

Un batallón siguió sus huellas a través de camellos y rocas. Tardaron casi un mes en rescatarlos. Durante ese tiempo vio cómo Percy ejecutaba a siete prisioneros. Pero, por alguna razón, a él lo protegió. Lo dejó para el final. Se ganó varias palizas por interceder en su favor. CJ no sabía de dónde venía esa simpatía. Tal vez por ser latinos, puede que por pura casualidad.

Lo único claro era que le debía la vida a ese yonqui que ahora tenía delante.

—Lo entiendo, compañero.

—En serio, no te habría hecho nada. Eso es cosa del pasado. Ya sabes, el pasado...

Su mirada no mostraba horror, sino melancolía. CJ se sintió intranquilo: aquel soldado estaba chalado.

—Ha sido un placer, Percy. —CJ se dispuso a marcharse—. Ha sido extraño volver a verte.

—Vamos, Carl. Podemos quedar más veces. Ahora los dos vivimos en Madrid. ¿Qué me dices? ¿Vamos a cenar otro día?

No tenía putas ganas. Juntarse con yonquis acababa mal. Si le hubiera contado que se dedicaba a descuartizar a otros soldados, lo habrían arrestado de por vida. Sacó la cartera y puso un par de billetes sobre la mesa.

—Para las pesadillas, Percy.

—Gracias, Carl. —Se apresuró a guardarlos rápidamente en el bolsillo—. Estos los gastaré en comida, te lo prometo.

—No me mientas, ¿vale?

Percy agachó la cabeza.

—Entonces ¿ya no te vuelvo a ver?

CJ dudó. Odiaba ser inseguro.

—¿Dónde vives, Percy?

—*Well...* Cuando hay suerte, me refugio en un cajero del centro, pero con tanto desahucio cada vez hay más gente sin techo. En este país se han vuelto todos locos, ¿sabes? Deberías leer los periódicos. Yo los leo. Paso el día haciéndolo. ¿Dónde vives tú?

Escribió en un papel su dirección en el Grand Biedma Hotel y se lo pasó. Observó que Percy aún llevaba al cuello las chapas de identificación del US Army. Quizá no fueran tan distintos.

—Puedes encontrarme aquí —dijo.

—No importa, compañero —contestó—. Nos veremos cuando vaya a la asociación.

CJ dio media vuelta para salir. Escuchó la voz de Percy a su espalda:

—¿Tú también lo echas de menos?

CJ se dio la vuelta. Vio a aquel hombre acabado desde la distancia: barba sucia, dentadura mellada, peste a miseria.

—¿El qué, Percy?

Temblor de manos, uñas largas, un tizne oscuro cubriendo su piel.

—La guerra.

Mirada perdida. Ojos de asesino. Melancolía. Locura.

—Buenas noches, compañero.

Percy abrió la boca, pero no dijo nada. CJ pagó el kebab a Habib y se marchó de allí sin mirar hacia sus pesadillas.

Listado resumido de desapariciones sin resolver en Madrid y alrededores entre 1978 y 1983. Apellidos, nombre, fecha de nacimiento, breve descripción. Jamás había visto un Excel más simple. Floro le había dado a imprimir y se había embolsado la pasta.

Setenta y ocho casos sin esclarecer. Los resueltos aumentaban a más de mil. Las denuncias archivadas por menores que se escapaban de casa ni siquiera contaban para las estadísticas. El ministerio tenía un alto índice de efectividad. ¿Problemas? No en mi jurisdicción, vaquero.

Faura se sirvió un té verde sin azúcar. Algún día le daría otro infarto solo por ver un chuletón. Encontró una taza sucia en la pila. La enjuagó y la llenó de agua.

Se sentó de nuevo a la mesa. Puso la televisión para que le hiciera compañía. En la pantalla aparecían paletos americanos pescando cocodrilos con escopeta. A Faura le encantaba ese programa.

Estrechar el círculo: tachó con rotulador todos los hombres. La lista bajó a la mitad. Sesgar por franja de edad: 13 resultados. Había que rebajar ese dato. Desechó a los extranjeros, ya que muchos volvían a su país y no avisaban a nadie. Cinco posibles.

Era un comienzo.

Descolgó el fijo y marcó el número de Floro. En la pantalla le reventaban los sesos a un caimán con un cuchillo. Al tercer tono descolgó.

—Soy Paco —dijo.

—Estaba cenando, joder.

—Un divorciado como tú podrá recalentarse luego el trozo de pizza y atender

a un viejo amigo.

—La madre que te parió. A ver, dime.

—Te paso unos números de archivo. Quiero copias de todos ellos.

—¿Aún sigues con eso?

—No te dejes nada, Floro. Quiero fotos, domicilios, detalles de las desapariciones y la descripción física completa: altura, ojos, tatuajes, marcas de nacimiento...

—¿Sabes lo que decía mi abuela cuando veía a una maltratada? «Algo habrá hecho.»

—Pasaré mañana a primera hora por el bar Ariwara y me lo das, ¿de acuerdo?

—Seguro que se merecía que la mataran, Paco.

—Hasta luego, Floro.

—Eres un romántico.

Aún quedaban lugares obsoletos en aquel mundo de jóvenes. El parque era uno de ellos. Le gustaba ver a sus nietas corretear de un lado a otro. Juana, la mayor, miraba cada poco su móvil, pero al menos hablaba en persona con sus amigas mientras comía pipas. Raquel se lanzaba por los columpios, jugaba con otras niñas y alguna que otra vez entraba en una discusión acalorada sobre algún tema baldío.

Faura repasaba uno a uno los informes de Floro. De cuando en cuando levantaba la cabeza y comprobaba que sus nietas estaban bien. No quería que ningún coche las atropellase, como a Susana.

Debería ir a visitarla. Seguía siendo su mujer y estaba viva. Allí estaría, conectada a mil cables, en un impersonal hospital privado, puro pellejo y huesos. Era su obligación, pero no soportaba verla así.

Regresó a los papeles. De las cinco posibles víctimas finales, dos no coincidían en altura. El cráneo era de una mujer de 1,65 a 1,75 metros. De las

tres restantes, una era prostituta y la otra yonqui. Faura decidió dejarlas aparte y se concentró en la final.

Botella Soler, Maribel. Natural de Águilas, Murcia. Fecha de nacimiento: 27 de agosto de 1943. Vivió durante un tiempo en Valencia antes de trasladarse a Madrid. Probó suerte en el teatro y publicó un libro de poesía. Curritos de cajera de supermercado, limpiadora nocturna y dependienta de videoclub. Se presentó dos veces a la bolsa de trabajo de Sanidad como auxiliar administrativa, pero nunca pasó el corte. Desapareció el 4 de abril de 1981 en Tres Cantos, Madrid. Familiares: padres fallecidos. Un hermano en Francia. Divorciada: el exmarido no quiso saber nada de todo el asunto. En el momento de la desaparición vivía en Lanzarote.

—¡Mira, abuelo, mira!

Raquel se balanceaba colgada solo de las piernas. Faura observó con incredulidad el charco embarrado que había bajo el columpio con forma de arco. Pensó que si se caía, al menos aterrizaría en terreno blando.

—Muy bien, cariño —contestó él.

—También sé hacerlo con una pierna.

Se colgó esta vez solo de una rodilla. Faura tragó saliva.

—¿Por qué no vas a jugar con los otros niños? ¿No te gusta el escondite? ¿O la comba?

—Mira, abuelo, mira.

—Baja de ahí, nena.

Juana se acercó por detrás. Raquel intuyó el peligro y se descolgó de una voltereta. Esquivó el charco de milagro. Luego huyó en dirección a la jauría de menores. Así mejor.

Maribel. Observó la foto con detenimiento. Cara redonda, pelo largo moreno, gafas de pasta. Sonreía.

Lo último que se supo de ella fue que salió del trabajo en el videoclub. No llegó a su coche, aparcado a cinco manzanas. Se investigó a los compañeros,

pero todos tenían coartada fiable. A Faura le sonaba todo aquello. ¿Acaso salió en las noticias?

Un pósito de Floro: «Cágate». Faura lo examinó por las dos caras. No había escrito nada más. En la siguiente página, resaltado con fluorescente: Francisco José Faura. Y su firma.

Un momento.

Lo volvió a mirar. Era su número de identificación personal. Su nombre completo. Ahí estaba: él llevó aquella investigación hacía casi treinta años.

Un momento. Se sintió mareado.

Trató de recordar, pero no hubo manera. En aquella época llevaba cinco o seis casos a la vez. Imposible acordarse de todos. A aquel en concreto le dieron carpetazo pronto. Se realizaron batidas y poco más. Los allegados colocaron carteles. Nada que no hubiera visto antes. Se quedó como caso abierto. Sin pistas. Luego le cayeron otros trabajos nuevos, y luego todavía más.

Era su caso. Maribel podía ser la decapitada. Su cráneo podía haber estado enterrado durante años en aquel bancal. No pudo dar respuestas en el momento de la desaparición. Tampoco le importó. El tiempo lo había cambiado. Ahora pensaba de forma diferente. Ya no era poli. Había una cabeza roma en el depósito forense.

¿Era ella?

4 de abril de 1981. ¿Dónde estaba Faura? Hizo memoria. Eli nació en 1973. Luego vino la Transición, la democracia. 1981: el año del fallido golpe de Estado. Faura recordaba seguir todas esas noticias en la radio de comisaría, llamando cada poco a casa. Dos meses después aún seguía el revuelo. Poli con diez años de servicio. Fumaba puros, comía carne roja.

Un caso de desaparición.

—Mira, abuelo, mira.

Maribel. No la recordaba.

Vida parental. Matrimonio sin boda. Galya y Aldo: la pareja perfecta.

Ella odiaba su casa. Era oscura, fría, sucia. Estaban en el minúsculo salón. Las persianas siempre bajadas para proteger a Aldo del glaucoma, periódicos en los cristales: la mansión de Drácula. Un sofá pegajoso que encontró en un contenedor, dos sillas cojas en la cocina y una mesa de camping componían todo el mobiliario. Menuda leonera, Aldo Vargas. Si no te gusta, la limpias, le contestaba él. Ahora es tu hogar. Aquí viviremos. Hazme sufrir, por favor.

—¡Estás loco! —gritaba ella.

—Por ti, nena.

Quiso besarla. Ansiaba que ella le mordiera el labio. No lo consiguió. Galya lo apartó de un empujón.

—¿Por qué lo has hecho, tarado? ¡Dmitri nos matará cuando se entere!

—Yo ya estoy muerto.

—¿Qué?

—Digo que yo ya estoy...

—¡Joder! Me importa una mierda. ¡Yo quiero vivir!

—Aquí estás segura. Nadie sabe dónde vivo. Tampoco encontrarán el BMW. Ya has visto que lo guardo en un parking con otros tres mil vehículos. Lo sé, me informé cuando le alquilé la plaza de garaje a Habib.

—¿Quién?

—Un terrorista que hace kebabs.

—¿Y ahora qué, Romeo? ¿Follamos hasta reventar?

—Sí.

Maldiciones en ruso.

—¡Tú estás loco! Esto es una estupidez. ¿De qué vamos a vivir?

—Tengo ahorrado. Mira. —Le enseñó un fajo de billetes—. Y también esto. —Le enseñó el fajo de billetes de Boris—. No te va a faltar de nada.

—¿Y cuando se termine el dinero? Dios, Aldo. ¿No has pensado en nada? ¿Para qué me has traído aquí? ¿Para arruinarme la vida?

—Yo te quiero, Galya. Ya lo sabes. El otro día robé un cirio así de gordo de la iglesia. ¿Quieres que te lo enseñe?

Galya se rio a carcajadas. Se encendió un cigarrillo mientras hablaba entre dientes.

—No te oigo, chula.

—Digo que eres un gilipollas, Aldo. Que me quieres... ¡Lo que hay que oír!

—Es cierto. Te lo dije el otro día. No miento.

—Eso es lo que me preocupa, cariño. —Le acarició la cara—. Que hablas en serio. Pequeño idiota.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie ama a una puta, Aldo. Ni las putas aman a nadie. Follamos, joder, nada más. ¿Sabes cuántos servicios hago cada día? Claro que lo sabes: has sido mi niñera. ¿Quince, veinte polvos en diez horas? ¿Qué crees que significa para mí echar uno o dos más contigo?

Le acarició de nuevo la cara. Aquello sacó de sus casillas a Aldo. No quería calor maternal, ni una riña suave. Le tomaba por tonto. Niño pequeño que actúa sin pensar. No le rompió el corazón porque no había nada que romper. Fue una simple decepción. Podían seguir follando sin amor. El problema era que no valoraba lo que había hecho por ella.

—Debemos llamar a Dmitri —dijo Galya.

—¿Qué has dicho?

—Joder, Aldo. ¿Es que no me escuchas? ¡Nos va a matar!

Aldo pateó la mesa. Galya dio un respingo. Aldo la agarró del cuello y la inmovilizó contra el sofá. El cigarrillo de ella acabó sobre la tapicería, formando una nueva cicatriz.

—No vamos a llamar a nadie.

—¿Y qué vamos a hacer, eh? ¿Esperar a que nos quedemos sin dinero? —
Galya se escabulló de su presa y se puso en pie—. ¿Este es un plan maravilloso,
Aldo? ¿Raptarme y ya?

—Nos las apañaremos. Juntos...

—Esto no va a funcionar. ¿No lo ves?

—Buscaré trabajo. Podemos mudarnos a otra parte.

—Necesito tomar el aire.

Galya caminó hacia la puerta. Aldo salió hacia ella. La agarró del brazo cuando giraba el cerrojo. La llevó a rastras a la habitación. Galya pateaba y chillaba. Le mordió en la mano y la soltó. Luego le lanzó un par de puñetazos a la cabeza.

Aldo sintió punzadas de dolor. Aldo se excitó.

La lanzó contra la cama. Ella le arañó la cara. Aldo le dio un puñetazo en los riñones. Galya se rindió. Lloró.

—¡Dmitri nos va a matar! —gritó.

—Tranquila, nena. Ya lo resolveremos.

—Nos vamos a quedar sin dinero, Aldo.

—Yo me ocupo.

—¿Y qué vas a hacer?

Aldo pensó durante unos instantes sus posibilidades.

—Vamos a tomarnos unos días para nosotros solos. Hasta que se tranquilicen las cosas.

—¿Y luego?

Aldo solo sabía trabajar de una cosa, así que dijo:

—Harás la calle de nuevo.

—¿Qué?

—Nada va a cambiar, Galya. Todo va a seguir igual. Buscaremos nuevas zonas. Iremos a fiestas de pijos. Nos lo montaremos por libre. Tú y yo, nena. ¿Qué me dices?

Galya parpadeó perpleja un par de veces.

—¿Y Dmitri?

—Que se joda. No nos encontrará.

Galya se lamió los labios. Aldo se excitó aún más.

—¿Es lo único que podemos hacer? —preguntó ella.

—¿Se te ocurre otra cosa?

—No, está bien.

—Tú y yo, chula. Nuestra propia empresa.

—Autónomos.

—Eso. Autónomos. Los dos solos. Sin Dmitri ni los otros.

—¿Iremos a la piscina, Aldo? Siempre quise ir a la piscina.

Los cambios daban miedo. Mejor seguir igual. Al menos por hoy. Mañana ya veremos.

Larry Levy era gilipollas.

El trabajo de CJ. Sobre el papel: director de seguridad de Sunny Las Vegas Europa. En la práctica: perro guardián. A veces: animal de compañía. Casi a diario: chucho invisible.

Ahora: perro lazarillo.

Larry Levy era de puertas afuera un gran directivo de empresa, digno sucesor de su padre. Cincuenta y cinco años, pelo canoso engominado hacia atrás, manos vírgenes de callos. La gente no conocía su *background*. Alcohólico, adicto, mujeriego. La peña se sorprendía de su gran dominio del español. El Larry este es un crack, pensaban. Seguro que lo aprendió en Yale, suponían. La realidad es que se marchó a Cuba a fumar hierba, meterse rayas, beber ron y follarse a mulatas.

He cambiado, papá. Mira, ya me he desintoxicado otra vez. Ahora va en serio. Puedes confiar en mí. Harrelson Levy se tragaba toda aquella mierda.

La verdad era que el niño mimado que nunca tuvo que pelear por nada seguía siendo un imbécil borracho, drogadicto y mujeriego. Y CJ era el perro que tenía que beber sus vómitos.

Aparcó el coche en la dirección señalada. Una discoteca en pleno centro. Acceso VIP en la planta baja. Habló con un portero, luego con otro, y llegó al tercer acceso.

—No puedo dejarte pasar. Zona reservada.

—He quedado con Larry Levy.

—Márchate.

CJ reconoció el modo de actuar de aquel tipo. Su forma de andar, de

sostenerle la mirada, de arrastrar las palabras: era un policía ganándose un sobresueldo. *Illegal*, pensó CJ. La pasma no puede currar de otra cosa que no sea de pasma. Recordó las veces que lo habían identificado en la calle. Supuso que aquel gilipollas estaba fuera de servicio.

La primera hostia fue directa al cuello. El pasma metido a portero se quedó sin respiración. Un par de borrachos aplaudieron. CJ inmovilizó al segurata retorciéndole el codo. Le estampó la cabeza contra la pared. Los borrachos lo vitorearon. Una zancadilla y el pavo cayó al suelo. Le puso la rodilla en el cuello. Ojos saliéndose de las órbitas, boqueando como un atún fuera del mar. Un borracho le lanzó una moneda, otro grabó un vídeo con su móvil. Llave secreta de marine: dejó inconsciente al portero apretándole varias venas del cuello. Una chica le tiró su tanga. La cola le aclamó como su héroe.

Abrió la puerta de la zona VIP. Oscuridad, sudor, suelo pegajoso, coca en las mesas. CJ cruzó la habitación. Le acompañaba una tribu de seguidores. Era un profeta negro venerado por sus apóstoles. Zona de reservados: botellas de champán, humo de puro, parejas montándose entre biombos. Al fondo, Larry Levy. Le sangraba la nariz. Inconsciente de tanta farla. La bragueta desabrochada. Una pelirroja dormía con su polla flácida en la boca. Siesta durante la mamada... Esta gente está fatal.

CJ lo agarró de los sobacos y lo puso en pie. El gilipollas seguía frito. Larry llevaba un pedo de campeonato. Le subió los pantalones. *I hate my job*.

Su séquito se quedó en la sala apurando los culos de los vasos y las puntas de las rayas. Un par de tipos le sobaron las tetas a la chica desmayada. El del móvil lo grabó todo.

—¡Eh! —CJ descargó una patada contra uno de ellos y lo dejó sin respiración—. Ni se os ocurra sobrepasaros con ella.

Los capullos retrocedieron. CJ sacó a Larry de allí.

Resurrección camino a casa. Un par de bofetadas en la cara. CJ las propinó con

gusto. Larry tosió y volvió en sí. ¿Dónde coño estoy? ¿Y Jenna?

—Que sea la última vez —dijo CJ.

—¿De qué hablas?

Larry se despezó en el asiento de atrás. CJ le puso el cinturón. Rodeó el Mercedes y montó tras el volante. Se rascó la cabeza.

—No me han contratado para venir a buscarte a una discoteca a las seis de la madrugada. Eso lo entiendes, ¿no?

CJ arrancó. Dio un volantazo para cambiar de sentido. Se saltó un par de semáforos.

—¿Y cuál es tu trabajo?

—Jefe de seguridad. Mi misión es que no os pase nada a los Levy.

—CJ, ¿no? ¿Ese era tu nombre? —La farlopa soltaba la lengua de Larry—. Si no recuerdo mal, eres un soldado. Y los soldados obedecen órdenes.

—Así es.

—Pues te ordeno que nos vayamos de fiesta. Tú y yo, colega.

—No lo creo.

—Eh, es una orden. —Puso voz de estreñido—. «Soldado, ahí fuera hay gacelas que necesitan un poco de Levy. Le ordeno que sea divertido.»

CJ le lanzó una mirada asesina por el retrovisor. Larry solo sabía de la vida militar lo que había visto en el cine.

—No me pagan para eso.

—Descanse, soldado.

—Ya no estoy en el ejército.

—Entonces ¿por qué llevas esas chapas al cuello?

—Eso es asunto mío.

—Entiendo lo que quieres decir, pero yo también quiero que entiendas algo: estás bajo nómina. Así que, si te digo que vengas a recogerme, vienes. Y si te digo que mates a alguien, lo matas. ¿Pillas el concepto?

CJ tenía ganas de partirle la cara.

—En realidad, me paga tu padre.

—El gran Harrelson Levy. Vaya timador de mierda. Va de crack de los negocios, pero no tiene ni puta idea. Ya lo conocerás.

Larry sacó una petaca del interior de su americana. Bebió un lingotazo a morro.

—De todas formas, si tanto te preocupa eso, deberías pensar que mi padre es un anciano que puede morir de un momento a otro. Y yo heredaré todo su imperio.

CJ tenía muuuchas ganas de matar a ese malnacido.

—¿Adónde me llevas, CJ? —preguntó.

—Al hotel.

—Ni hablar. La noche es joven. —Larry se deslizó al asiento del copiloto—. ¿Por qué no vamos al Magenta? Está por aquí. —Miró alrededor—. O quizá no. Da igual. Te presentaré a un par de chicas que te hacen lo que les pidas. ¿Qué te parece?

—Voy a dejarte en el Grand Biedma, Larry. Ahí ya dejas de ser mi problema, ¿de acuerdo?

—¿No te gustan las mujeres?

—No se trata de eso.

—¿Entonces? ¿Cómo te diviertes? ¿Disparas a latas o algo así?

—Hago deporte. Tomo cervezas. Juego a las cartas.

—Te falta ir a misa los domingos. Oh, por favor. Estamos en Europa. Vamos al Magenta.

—No me interesa.

—Dios. Pero ¿tú no eras soldado? ¿Qué hacías en el desierto?

CJ quiso responder: sobrevivir a un secuestro de talibanes. Pero dijo:

—Hacer deporte, beber cerveza, jugar a las cartas.

—Y matar, ¿no?

—Has preguntado por cosas divertidas.

—Por eso lo digo. ¿A cuánta gente te cargaste en la guerra?

¿Qué sabía aquel pijo lo que era morir, matar, la guerra o la paz? Solo había

conocido los clubes de golf, siempre comía en restaurantes de cinco tenedores, contrataba a estrellas del rock para sus fiestas. La única vez que arriesgaba su vida era al montar a caballo o al subir a un velero. *Fuck'u asshole*. No sabes lo que es arrastrarte por trincheras, aguardar bajo el sol a que aparezca algún turbante, tener que disparar a niños que se te acercan a pedir comida porque no sabes si llevan una bomba bajo la ropa.

—No te importa.

—Vamos, cuéntamelo. Somos amigos.

—Acabas de dejar claro que solo soy un empleado más en el que te puedes limpiar la mierda de los zapatos.

—Oh, vamos. No te lo tomes en serio. También te he invitado a seguir de fiesta, ¿no? Además, la diferencia entre tú y el resto de los sirvientes es que sabes repartir leña.

Le mostró un vídeo que acababa de recibir en el móvil. Se le veía a él ahostiando al portero entre gritos de admiradores.

—¿En serio noqueaste a Darío? El tío es poli, ¿lo sabías? —CJ no contestó—. Controla las artes marciales. Dice que el otro día le abrió la cabeza a un guarro en una mani. ¿Sabes lo que es un guarro? ¿Y una mani? —CJ no contestó—. Me tienes que enseñar a dar hostias así, CJ, *brother*.

—Ni hablar.

El coche se detuvo en un semáforo. Había una larga cola de vehículos detenidos en el asfalto. Un mendigo dormitaba en un cajero del Banco Cabrón.

—Enséñame a matar, tío.

—No.

—Entonces, mata a alguien.

—No.

—¿Qué tal a ese piojoso? —Señaló al vagabundo—. Joder, mira qué asco de persona.

—No.

—Le estaríamos haciendo un favor.

—No voy a matar a nadie.

—Te pagaré. —Sacó un fajo de billetes violeta—. Mira, tío. Euros de los buenos. ¿Has visto esas cosas que brillan? Toda esta pasta es tuya si pateas a ese malnacido.

—He dicho que no.

Larry endureció la mirada. Le clavó las pupilas. CJ aguantó el envite.

—Estás bajo nómina —repitió—. Si te digo que mates a alguien, lo haces.

El tráfico se movió. CJ aceleró y se alejó de allí.

—No estoy en venta.

—¿Cuánto quieres? —Sacó otro fajo igual.

CJ no contestó. Larry mostró un tercer rollo de billetes. CJ encendió la radio y puso música clásica.

Larry Levy se rindió. No estaba acostumbrado a perder. CJ disfrutó de la victoria.

Faura se sentía idiota. Se había disfrazado de dominguero: pantalones de cuadros, gorra de publicidad, cazadora marrón y calcetines sobre las sandalias.

Objetivo: la parcela del viejo loco.

Ruano le advirtió: te va a recibir a pedradas. Pero Faura tenía una corazonada y quería comprobarla.

Por si acaso, a modo de protección, le pidió prestado el perro a Jonás. Mi Rocky es un machote. Tiene los huevos como melocotones. Faura descubrió demasiado tarde que todo era un ardid para quitárselo de encima. Se trataba de un chucho enano con el pelo rizado y blanco. Faura siempre creyó que esos perros eran hembras. Nunca se paró a pensar que también se necesitaba un macho de salón de belleza para perpetuar la especie.

Collar rosa, cadena rosa. El puto perro tenía caglera constante. La primera vez que tuvo que agacharse para recoger una mierda se sintió humillado. Jonás le había dado incluso pañuelos de papel para que le limpiara el culo. La segunda vez que cagó Rocky, a Faura le dio un tirón en la espalda. La tercera vez que puso el culo en pompa tiró de la correa.

Faura vivía en Alcorcón, pero calculó mal la distancia. Un paseo y me planto en los terrenos, se dijo. Al llegar al límite de la ciudad ya necesitaba un descanso. Se sintió desmayar. Cuando le dio el infarto no estaba tan jodido. Y el chucho quería fiesta.

Lo soltó en medio del campo. El perro salió escopetado para la ciudad.

—La madre que lo parió.

Se ajustó la gorra y continuó la marcha. No pudo evitar pensar en las avenidas y hoteles que construirían en aquel terruño. Allí una casa de putas, allí un casino,

allí un local de *strip-tease* con tragaperras. Fuentes, iluminación desmedida, altos rascacielos. Iban a transformar su precioso pueblo en una cloaca americana. Viva Las Vegas.

Avanzó campo a través. Algunos matojos se le quedaban prendidos de los calcetines. Pensó que su disfraz era una mierda. No parecía un paseante casual. En realidad, esas chanclas le impedirían salir corriendo en caso de necesidad. Como si pudiera correr, pensó. Acarició el mechero que le regaló Susana hacía años. Es para protegerte. Es tu talismán. Nunca lo pierdas, Paco, por tu vida. Vale, cariño. Así lo haré.

Tuvo que pararse cada poco rato para tomar aliento. En el mundo de las malas ideas, aquella había sido la peor. Y encima al perro de Jonás ya lo habría atropellado un camión. Oh, joder, que no llueva.

Lugar de destino: el descampado donde encontraron el cráneo. Señores pasajeros, esperamos que el vuelo haya sido de su gusto.

Faura avanzó entre charcos y piedras. Aquel sitio era un erial. Había cruzado un par de fincas agrícolas, pero allí no había nada. Eurovegas había encontrado un desierto de verdad.

No tardó en aparecer. Era como si estuviera haciendo guardia. Al fondo, de una chabola fabricada con chatarra surgió un tipo desdentado y raquítico. Faura pensó que al menos podría tumbarlo de una hostia. No le partía la cara a nadie desde 1986.

—¡Fuera de aquí! —gritaba el viejo.

Hora de ganar el Oscar a la Mejor Actuación Masculina.

—¿Hola? —Se hizo el sordo—. ¿Me dice a mí?

—Estas son mis tierras. —El abuelo le lanzó una piedra—. ¡Marchaos!

—Oiga, pero ¿qué hace?

El tipo le lanzó otra piedra. Luego se agachó y arrojó un bloque de tierra. Encontró heces de jabalí y también se las tiró.

—Fuera, fuera.

—Pare...

—¡Fuera!

Estaba muy cerca. Unos metros más y las piedras le podrían alcanzar. Faura decidió arriesgarse y continuó con su papel.

—Pero, hombre, ¿de verdad me va a abrir la cabeza por esta tierra sucia y llena de moscas?

El anciano esquelético se detuvo en seco. Pestañeó un par de veces. Luego miró alrededor. Después plantó sus pupilas sobre Faura y contestó:

—Es lo único que tengo.

Lo dijo con sorpresa, casi con incredulidad. ¿Tan raro es que defienda lo mío? Puede ser un pozo de mierda, pero es mi pozo de mierda. Faura entendió que por menos se habían iniciado guerras.

—Usted tranquilo, que solo estaba buscando a mi perro —respondió Faura, mostrando la correa rosa.

Dio unos pasos hacia él. Agustín Cobos Solaz. Setenta y ocho años que más bien parecían ciento veinte. Una momia envuelta en harapos, barba sucia, ojos idos, uñas largas, dientes raídos, encías en recesión. Aún lo amenazaba con una gran roca.

—¿Lo ha visto usted? Se llama Rocky y es blanco y...

—Fuera de aquí.

—¿De aquí?

—Esto es... es propiedad privada. Es mi tierra. Largo.

—Vale, hombre, que no le quiero dar un disgusto.

—Fuera, fuera.

—Oiga, ¿es cierto que aquí van a poner putas?

—¡No! —gritó—. Es mi tierra. Mía. No me voy a ir. No me van a echar.

Faura calculó sus opciones. Agustín era más voluble de lo que suponía. Ruano tenía razón: estaba como una chota. Optó por ponerse en su lugar.

—Lo que es de un hombre, es de un hombre, diga que sí. Nadie puede quitarle sus tierras.

—¡Son mías!

—¿Sabe lo que pienso yo de los políticos? Que son todos unos ladrones.

—Me quieren robar —murmuró entre los pocos dientes que le quedaban.

Faura supuso que Agustín no tenía televisión ni sabía leer. Echó un farol.

—Resulta que los ministros trabajan para los bancos. Entran y salen. Así nos va, que ahora quieren construir casas de putas.

Agustín Cobos gruñó. Fue un ruido realizado con la boca cerrada. Le salía de dentro. Como un perro atragantado por un hueso de pollo. Faura pensó que quizá la realidad no fuera muy distinta.

—¿Sabe lo que dice mi yerno? —preguntó—. Que deberían poner una guillotina en la plaza para cortarles la cabeza a todos.

Esperó una reacción. Había puesto énfasis en la palabra «cabeza». Pero Agustín apenas arrugó el hocico.

—¿Qué le parece, amigo? —prosiguió Faura—. Rebanarles el pescuezo a todos esos sinvergüenzas. Dicen que actúan por el bien común, pero tienen yates privados. ¡Con nuestro dinero! Ahora, cortarles la cabeza... Así cualquiera aprende la lección.

—Una lección...

—Cortarles la cabeza y ponerlas en una pica.

Agustín lo miró. Sus ojos estrábicos tenían un tono distinto. Faura pensó que se lo había ganado. De ahí a irse de copas juntos había un paso.

—Me quieren quitar mis terrenos. ¡Mi propiedad!

—Son todos unos malnacidos, se lo digo yo.

—Aquí... aquí está toda mi vida. Yo... estoy unido a mi tierra.

Faura miró alrededor. Allí solo había malas hierbas.

—En cuanto le cortemos la cabeza a uno, los demás sabrán que vamos en serio.

Agustín asintió. No reaccionaba a las provocaciones de Faura, así que probó a subir las apuestas:

—Dicen que por aquí encontraron un cráneo. Lo mismo era de un político.

—Lo mismo...

—¿Eso cree?

Agustín parecía más mayor y cansado. La furia del loco de la colina había dado paso a la realidad: un anciano acabado sin fuerzas para luchar.

—Me quieren... me quieren robar mis tierras.

Faura temió que se le echase a llorar. No le gustaban las situaciones incómodas. Era de una generación más preocupada por ocultar sus emociones que por sentirlas. Aquello no iba con él.

—Maribel —dijo Faura.

Agustín lo miró. Le temblaba la mandíbula. Dios, que no me pida que lo abrace.

—Maribel Botella Soler —repitió—. ¿La conocía?

—Solo quiero vivir en paz.

—¿Me oye, amigo? Maribel. —Sin reacción—. Creo que puede ser la víctima. —Sin reacción—. La dueña de la calavera. La decapitada.

Aquello era como hablar con un muro. Se dijo que todo era una pérdida de tiempo. Aquel hombre estaba ido. Hacía tiempo que su razón se marchó a otro lugar y lo abandonó en aquel agujero. Con suerte, Harrelson Levy le echaría cemento por encima y lo enterraría en aquel lugar que tanto amaba.

—Bueno, me voy a marchar ya. Parece que va a llover.

Agustín Cobos levantó la mirada.

—No es lluvia. Viene tormenta.

Faura se planteó si algo de lo que le había dicho tenía sentido. Le dio pena el pobre cabrón. Hablaría con Ruano para que le pagaran un manicomio con jardín.

Le palmeó la espalda a modo de despedida, pero la cabeza de Agustín hacía tiempo que no estaba allí. Tomó el camino a Alcorcón pensando en cómo le explicaría a Jonás que había perdido a su perro. Quizá hasta se alegrara.

Noche de estreno. Aldo y Galya habían pasado varios días encerrados en casa. Tenemos que esperar que las aguas se calmen. Que Dmitri guarde a sus perros. Saldremos cuando nadie nos vea, nena. Eres gilipollas, Aldo.

Recuerdos familiares: casi se matan. Las discusiones eran continuas: este sitio es un agujero, quiero salir de compras, llévame a la playa, me das asco. Gritos, peleas y polvos agresivos. Aldo sabía que el matrimonio era eso. Galya se encerró en el aseo y él reventó la puerta a patadas. En un ataque de ira destrozó el mobiliario de la cocina. Luego hacían las paces con la farlopa que les quedaba. Cuando empezó la sequía supieron que era el momento de cambiar. Hay que hacer la calle, nena. Ella solo asintió.

Escapada romántica: relax en un spa urbano. Sesión de masaje, manicura, potingues exfoliantes por el cuerpo, depilación de ingles, baño de burbujas en el jacuzzi. Aldo supo que el matrimonio también era eso. La gente del spa murmuraba: quién es ese mexicano que no se quita las gafas de sol, le hace falta un baño, su novia está buenísima.

Día de trabajo: Galya ya estaba lista para currar. Aldo le prometió algo nuevo y la llevó al hotel Montgomery. Los conocían en las mejores zonas de Madrid. Si la veían, Dmitri iría para allá para ajustarles las cuentas. A Aldo lo encontrarían flotando en el Manzanares. A Galya le comprarían una prótesis dental tras reventarla a hostias. Había que evitar a la conexión rusa.

—Que se chingue Dmitri —repetía Aldo como un mantra.

Pero en su interior tenía miedo. Galya lo odiaba. Follaban por inercia, con rabia. En cualquier momento podía telefonar al ruso. Lo siento, Dmitri. Aldo

me raptó. Ven a rescatarme, por favor. Todo terminaría con él a la deriva en el río y ella con esquirlas de hueso en las encías. Debía evitarlo.

Solución: ahora eres una *escort*. Pocos polvos, pero bien remunerados. Hijos de ricachones adictos a la coca, futbolistas de segunda que van de estrellas, panolis de la prensa rosa, retrasados mentales con ascendencia nobiliaria, cantantes que hacían *playbacks* en los conciertos.

Casi una semana sin ver el vídeo. Galya aún no merecía conocer su secreto. No te fíes de ella, quiere llamar a Dmitri. Desayuno de anfetaminas para equilibrar el sistema inmunitario. Revienta una pared a puñetazos. Siente el subidón. No pongas el vídeo. En su lugar estudió el mercado. *Google power*: dime dónde están los billetes. Querido Aldo: hay una fiesta en el hotel Montgomery. Algo sobre la Marca España. Patrocinio de empresas textiles que trabajan con niños esclavos. Pinta bien.

Galya: vestido azul de lentejuelas, bufanda de piel de mandril, bolso charolado, zapatos de aguja. A Aldo solo le interesaba el amplio escote y que enseñara las piernas. Casi mata a Galya cuando se gastó sus últimos 2.000 euros en ropa y maquillaje. Es una inversión, querido. Espero que lo ganes en una noche, joder.

—Que se chingue Dmitri —repitió Aldo como un mantra.

No les costó entrar en la fiesta. La seguridad era de risa. Galya se los ganó con una sonrisa. Ni siquiera les pidieron la identificación: ella parecía una estrella de cine y él un productor. Las gafas de moderno le daban un aire *cool*.

Aldo la instruyó: aquel es el hijo de una tonadillera y se folla hasta las esquinas, el que está a su lado vive en una clínica de desintoxicación, el actor ese tan guapo es marica. Todo cotilleos de la red. Por cojones debían ser ciertos.

Se separaron. Aldo pidió un cubata en la barra y se fue a las zonas más oscuras. No quería mirar al techo, pero fijo que había cámaras de seguridad. Además, había fotógrafos de la prensa seria por todas partes y reporteros micro en mano. Observó a varios carroñeros grabando sin compasión. La gente iba tan

pasada que ni se daban cuenta. Miró alrededor y localizó a otros tres proxenetas. La mitad de las tías de allí eran putas.

—Que se chingue Dmitri.

Vigilaba a Galya desde la distancia. Las luces lo desconcentraban. La vio acercarse a un torero retirado, luego a un guiri con esmoquin, después se puso a bailar ella sola. Aldo contó hasta cuatro moscones que no le quitaban ojo. Tres de ellos iban acompañados. El otro se rascó los huevos por dentro del bolsillo. Galya cambió de zona. Táctica elemental: acódate en la barra y espera. Un pavo se acercó a ella. Entablaron conversación. Galya le acariciaba el brazo, él le tocó el mentón, ella se relamió. Aldo escuchó la campana: primer cliente a la vista.

—Que se chingue Dmitri —repitió una vez más—. Que se joda mucho.

Un tipo apareció estrechando manos. El camarero le explicó que era un capo de la CEOE, la asociación de empresarios. Mandan más que el Papa. Incluso envían cartas al Parlamento para sugerir la intención de voto a los diputados. El camarero añadió que era el presidente de la asociación. Su antecesor estaba en chirona por chorizo y por cabrón.

Le colocaron un micro en los morros. El tipo carraspeó y su voz se escuchó por encima de la gente. La música paró un momento. Habló de la Marca España, de lo importante que era remar todos en la misma dirección. Usó consignas como: gran nación, fin de la crisis, pronta recuperación, competitividad global, senda del crecimiento, reformas estructurales. Luego le aplaudieron. Un periodista tomó el turno. ¿Cómo esperan potenciar la creación de empleo abaratando el despido? Lo siento, no voy a contestar a más preguntas.

Galya seguía con el gañán de corbata. Aldo esperaba que le entraran ganas de desfogarse rápido. Con suerte la subiría a una habitación hasta el día siguiente. Vamos, date prisa, nena. La música aumentó cuando aparecieron los heraldos de la Marca España. Allí estaban: deportistas que trabajaban en el extranjero y cotizaban en Andorra. Exportemos el éxito de estos tíos, pero no les hagáis controles antidopaje. Mira al tenista con un brazo más gordo que el otro. El de los Lakers es la hostia de alto. Atento a los bostezos del seleccionador de fútbol.

Galya se reía estrepitosamente. ¿Quieres ser actriz en mi nueva película? Lo siento, tío, soy una profesional. Un ministro calvo, feo y viejo tomó el turno de palabra. Sonreía como Nosferatu. Sujetaba en las manos un ejemplar del *Quijote*. Aldo pensó que aquello era surrealista.

El pavo y Galya ya entrelazaban los dedos. Estaban a punto de pasar al tercer *round*. Aldo se terminó el cubata. Sintió mono de meterse una raya. Fue a los aseos. Un par de tíos esnifaban mierda sin compasión. Tiene buena pinta, colegas. ¿Quieres un poco? Así de fácil era que lo invitaran a una loncha. Amigos para siempre: *means you'll always be my friend*. Déjame chupar el billete. Aquí tienes.

—Jódete, Dmitri —se dijo—. Que te folle un rinoceronte, ruso de mierda.

Al salir no vio a Galya. Bien hecho, nena. Exprime a ese lerdo. Chaval, otro tequila. No me pongas vodka que te mato a hostias. Como diga usted, señor.

Aldo se animó. Paseó entre la gente. Les tocó el culo a varias actrices. Le sorprendió que no se sorprendieran. Hollywood es el picadero definitivo. Quizá hagan una peli de lo mío. Mi historia es buena, merece ser contada, no como la de todos estos mamones. Preguntó a un par de tíos con gafas y le indicaron dónde estaba el único escritor de la sala. Aldo fue a comerle la cabeza. La farlopa le hacía hablar. El tipo aguantó la cháchara con una sonrisa. Pero vamos al 50 por ciento ¿eh? Te cuento mi vida y tú la escribes. Será un exitazo de libro. Lo lamento, pero ahora estoy con otros asuntos, no voy a poder. ¿En serio has escrito una saga sobre una pareja de picoletos? Lo siento, tengo que irme. Eh, pero espera que te cuente el resto. Buenas noches.

Aldo se fue de nuevo a la barra. Galya tardaba en aparecer. Puta novata, espero que te pague bien el servicio. No se te ocurra llamar a Dmitri o te mato. Mierda, confío en ti. Pidió otro tequila. Luego otro más. Lo tragó con su penúltimo pikachu. Que se jodan los escritores: mi historia es cojonuda. Nunca he leído un libro, pero el de mi vida al menos lo compraría. ¿No se trata de eso? Vender libros. Que se los lean los empollones.

Decidió pasearse de nuevo por la sala. Cada vez había menos gente. Los

deportistas, políticos y gente de la prensa ya se habían marchado. Apenas aguantaban una hora. Montaban un acto de la hostia para hacerse la foto y luego salían corriendo. Marca España: una chapuza de fiesta.

—Dmitri, mamón. —Aldo se fue calentando—. Hijo de la chingada. Te voy a meter un tiro por el culo. Y otro a tu pinche gato.

Galya seguía sin aparecer. Entró en los aseos. Se metió un par de rayas más. Quería fumar. Salió a la calle. Mierda de Ley Antitabaco. Se encendió un Fortuna. Hacía frío.

La fiesta estaba casi vacía. No quedaban ni los proxenetas. Los camareros se pusieron a limpiar la basura. Aldo se paseó por la avenida. Estaban a las afueras. Ni un coche. No quería pensar en Galya. Cuando aparezca, la mato. No quería pensar en una posible traición. Mataré a Dmitri. No quería pensar.

Escuchó un grito. Una mujer apareció corriendo de un descampado cercano. Se tropezó, se rasgó las medias al caer y continuó huyendo. Un tipo apareció hablando por un teléfono móvil. Estaba blanco. Se llevaba las manos a la cabeza. Los otros fumadores se acercaron a ver qué ocurría. Aldo los siguió. Entraron en el solar. Las luces del hotel lo iluminaban a duras penas. El barro se le pegaba en la suela. Llegó hasta un corrillo de gente. Fotografiaban algo con los móviles. Aldo se asomó.

Reconoció el vestido azul de lentejuelas rasgado, la bufanda de piel de mandril ensangrentada, los tacones de aguja rotos.

Supo que aquel cuerpo decapitado era el de Galya.

CJ no podía quitarse de la cabeza a Percy.

Golpeaba el saco con saña. Era la forma más contundente de desfogarse. Tenía que quemar energías. Necesitaba marcha. Y el gimnasio, al menos, lo cansaba.

Prácticas de artes marciales. El cuerpo como arma. Quería acción.

Y por ahí rondaba Percy de la Cruz. Compañero de secuestro, hermano militar, metido de cabeza en las drogas. Él podría haber terminado igual de no ser porque los rescataron. Tuvo suerte. De lo contrario, ahora estaría rebuscando comida caducada por los contenedores.

Holy shit, Percy.

¿Echas de menos la guerra? No, joder. Mejor dicho, no del todo.

No echaba de menos a los mandos hijos de puta, ni despertar cada mañana pensando que te podían matar. En Afganistán colocaban a los negros y a los hispanos en primera línea de batalla. Peones, soldados, carne de cañón. Si os matan, pondremos a otro negro. Nadie os echará de menos cuando os extingáis.

Los hijos de papá se encerraban a jugar al ping-pong. No salían del cuartel. Pasaban las horas tocándose los huevos. Gente como Larry Levy o el príncipe Henry. Eran los que llegaban arriba en el escalafón militar. Aprendían a volar con cazas y a la vuelta les esperaba un cómodo trabajo en una torre de control.

Lanzó una patada al saco. Le habría partido la columna a un tipo de setenta kilos. Le propinó un codazo. Eso destrozaría la nuez de cualquiera. Practicaba la forma de matar.

Matar: en la guerra se cargó unos cuantos gilipollas con turbante. No tenía las cuentas claras. Lo único que le importaba era que él volvió vivo.

Matar: Percy estaba loco. Durante el cautiverio vio cómo pasaba a cuchillo a

los prisioneros que le traían. Era el verdugo yanqui de los talibanes. Les rebanaba el cuello, les separaba la cabeza del cuerpo. Se apiadó de CJ y lo mantuvo con vida.

Matar: Percy le preguntó si echaba de menos la guerra. No me jodas, Percy. No hagas ninguna gilipollez, socio.

Varias series de ganchos. El saco siempre se levantaba. Necesitaba apuntarse a kárate. Golpear a alguien de verdad. Romper un par de huesos. Se aburría en España.

¿Añoraba la guerra? *Maybe*: echaba de menos la adrenalina.

—Pobrecito. ¿Qué te ha hecho para que le des esa paliza, tipo duro?

CJ detuvo el saco y levantó la cabeza. Allí estaba la *personal assistant* Cristina Olsen. Sentada en un banco de abdominales. Las piernas muy cruzadas. La falda muy corta.

—Discutíamos cuál de los dos te invitaría a cenar. Ha ganado el saco.

—Más bien tú te has dejado perder. —Se puso en pie y caminó en círculos ante CJ, como hace una leona con una gacela—. ¿Y cómo se llama?

—No habla nunca. Es un saco de arena.

—Me gustan los hombres que escuchan.

—Tengo un amigo con las orejas gigantes. Parece Dumbo. Haríais buena pareja.

—Me interesa más que me enseñes a pelear. Nunca se sabe quién te puede invitar a cenar.

—Con tus ojos ya pones firme a cualquiera.

—¿Eso va con doble sentido?

—No lo sé. Déjame comprobarlo.

CJ la rodeó con los brazos. Estaba empapado de sudor. Ella se puso rígida ante la llave. Sentía su aliento en la cara.

—Plata —dijo él.

Cristina se escabulló de su abrazo. Le pasó la toalla. CJ la atrapó al vuelo. La olió mientras se secaba la cara. No supo qué perfume llevaba.

—Azules —contestó—. Heredados de mi abuelo.

—Dile a tu abuelo que me encantan sus ojos.

—¿Añado que también pone firmes a los hombres?

—Creo que no son los ojos, sino tu mirada.

—¿Tratas de ligar conmigo, jefe de seguridad?

—En realidad dejo que tú flirtees conmigo.

—Arrogancia militar. Qué tópico.

—Crees que me conoces, secretaria.

—*Personal assistant*. Tengo dos carreras y tres másteres. No es lo mismo.

—Secretaria —repitió—. Piensas que soy un montón de músculos sin cerebro, un negro de polla gorda que quiere bajarte las bragas. Ese es tu problema.

—¿Y no es así?

Le lanzó una mirada y puso firme a CJ. ¿Qué colonia usaba aquella mujer?

—Piensas que todos los tíos son iguales, y es verdad. Hay muchas cosas que tenemos en común. Pero vosotras también tenéis muchos rasgos parecidos.

—¿Buscamos pollas gordas?

—Al príncipe azul. Y tú ya lo has encontrado.

—Te tienes en alta estima, jefe de seguridad.

—Me refería a que estás casada con el trabajo. —Sonrió—. Pero me gusta que no niegues tus sueños infantiles.

—Tú también trabajas las veinticuatro horas del día.

—¿Ves cuántas cosas tenemos en común? Somos almas gemelas.

—Dices que creo conocerte, pero eres tú quien saca conclusiones sobre mí cuando apenas hemos hablado.

—Sé que pasas la vida detrás de los Levy, que hay días que ni siquiera sales de la oficina, que tienes que traducir sus escritos de mierda, hacer sus llamadas y organizar sus agendas. Les has vendido tu vida y, cuando termines, no sabrás qué hacer con toda la pasta que has ganado porque te aterra el tiempo libre.

Cristina Olsen paseó por el gimnasio. Sus tacones repiquetearon sobre el parquet.

—¿Y qué harías tú?

—Un baño de espuma. Un buen champán francés. Bajar las persianas y dejar que pase el tiempo.

—Un militar chulo y romántico. ¿Esto te funcionaba con las putas de Macao?

—Ellas no tenían la tristeza de tus ojos.

El taconeo cesó. Estaban a muy poca distancia de nuevo.

—Primero tienes que ducharte —dijo—. El señor Levy tiene una reunión importante y quiere que lo acompañes.

Chanel. Ese era su aroma.

—Espero que esta vez sea importante.

El chófer, era el puto chófer de esos ricachones.

Queremos un negro que sepa repartir hostias. Uno de confianza. Que además sepa conducir. Os presento a Carl Jimenes.

La pesadilla continuaba. No tardó en ver la realidad: ven, perrito, recoge mi traje de la tintorería, ponte detrás de mí en la sala de juntas para acojonar, busca a Larry en el agujero donde se haya metido, no le hagas ni caso al senil de mi padre. Secretario, conductor, chico de los recados: jefe de seguridad sobre el papel.

Ni siquiera le gustaba aquel modelo de automóvil. Tecnología alemana: para echarse a reír.

Iban camino de Moncloa. Harrelson Levy y Cristina Olsen en el asiento trasero. Segunda reunión con el presidente del Gobierno en un mes. Levy tenía loores de jefe de Estado. Arrodillaos ante el Mormón. Su fortuna era equivalente al PIB de Mozambique. Él mismo era una nación. Eres el primer negro que va a pisar el palacio de la Moncloa, CJ. Ni Obama ha tenido los cojones de venir por aquí. No quiere que le peguen la fiebre amarilla.

—Fascinante, señor —contestó CJ.

—Mira esto. —Harrelson leía un montón de recortes de prensa en el asiento

trasero—. «Todo es mentira, salvo alguna cosa.» Eso fue lo que contestó cuando le preguntaron por un tema de corrupción dentro de su partido político. ¿Te lo puedes creer? Lo soltó delante de la canciller alemana.

—Impresionante, mister Levy. —Cristina no disimulaba su aburrimiento.

—No me fío de la alemana. Seguro que tuvo algo que ver con los nazis. Todos los germanos esconden trapos sucios.

—Muy sucios.

—Pero miraos los españoles. El barco se hunde y aquí la gente no hace nada, miss Olsen.

—Hay manifestaciones, mister Levy.

—He visto a críos de primaria gritar con más fuerza. ¿Sabes de qué acusan al gobierno? —Mostró un fajo de papeles—. De todo, Cristina. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde termine antes.

CJ buscó una emisora donde pusieran música mientras escuchaba a Levy.

—Por ejemplo. El tesorero de esta gente resulta que tiene cuentas en Suiza y pagaba a los dirigentes del partido con dinero negro. Muy democrático, ¿no te parece? Eh, CJ, te estoy hablando a ti.

—No tengo una opinión concreta sobre los chorizos de mierda, señor.

—O esto otro: los bancos roban todos los ahorros de los jubilados y el gobierno no investiga. Es fascinante. Me recuerda a las películas de James Bond. Mira, CJ, mira: lo llamaban «Participaciones Preferentes», pero eran bonos de altísimo riesgo para recapitalizar las cajas.

—Increíble, mister Levy —contestó Cristina.

—Cuánto cabrón hay suelto por España. Y la gente aborregada, me gusta eso. Que se queden quietecitos en casa, mirando la televisión. Joder, y yo que pensaba que China era un país corrupto.

Se carcajeó hasta casi ahogarse con su propia saliva. Aquello le parecía tronchante.

—Otra más. Esto es el no parar. Escuchad: inauguran en Castellón un

aeropuerto que no tiene líneas aéreas. Y mirad a todos esos concejales haciéndose la foto. Parece un chiste, CJ. ¿No lo ves?

—Muy gracioso, señor.

—«Este es un aeropuerto para las personas.» Eso dijo el presidente de Valencia.

—De Castellón, mister Levy —rectificó Cristina a su lado, perdiendo el tiempo con el móvil.

—Da igual de donde sea. En este país tenéis más políticos que ratas, miss Olsen. Para las personas, dice el sinvergüenza. Yo me parto.

CJ no le veía la gracia por ningún lado. Le jodía su situación. Pensó que era buena idea aprovechar que el viejo se había tomado su medicación para hacerle una propuesta:

—Señor, quería decirle algo.

—Dime, CJ, hijo.

—Verá, creo que necesitaremos más personal para la seguridad. Ahora mismo estoy yo solo y no estaría de más contar con apoyo.

—¿Qué problema hay? —Harrelson Levy se volvió a transformar en el hombre de negocios hijo puta de siempre—. Te contraté para que tuvieras los ojos abiertos y para que Larry no la cagase. No creo que sea tan difícil. Además, cuentas con varios hombres a tu cargo. ¿Qué más quieres?

—Son de la seguridad del edificio, señor. Usted se mueve mucho, y también Larry.

—¿Crees que estamos en peligro?

—La situación parece calmada, lo sé, pero me preocupa que las manifestaciones acaben en disturbios, o que alguien sepa dónde está y pase los controles de seguridad con la intención de robarle. Ese reloj que lleva ya vale más que un bloque entero de apartamentos.

—No te preocupes por eso, CJ. —El Mormón volvió a sonreír—. Estamos en un país donde el gobierno ha capado a sus ciudadanos. ¿A que sí, miss Olsen? —Cristina asintió con la cabeza—. Nadie intentará nada. ¿Disturbios? Deberías ver

cómo la policía abre cabezas. Tengo un par de recortes tronchantes. Mira, CJ: una mujer pierde un ojo por un disparo con pelotas de goma y aquí nadie sabe nada. ¡Este país está podrido!

Harrelson Levy continuó desgranando la actualidad española. Cristina lanzó un par de miradas a CJ por el retrovisor. Lo puso firme.

—¿Puedes subir el volumen? —dijo ella.

CJ pulsó un botón en el volante. Avance informativo. La reportera hablaba sin pasión:

«... encontrada esta madrugada. La mujer, todavía sin identificar, apareció decapitada frente al hotel Montgomery, a las afueras de Madrid. Fuentes cercanas a la investigación aseguran que puede tratarse de una prostituta. La búsqueda de la cabeza se reanudará mañana con perros especializados.»

El coche se detuvo en un semáforo. CJ tenía las manos crispadas, la mirada perdida en el infinito.

—Vaya desastre —dijo Harrelson Levy—. Debemos silenciar a los medios, miss Olsen. No quiero que mi inversión pierda valor por un lunático. Esta publicidad no nos favorece.

—Tomo nota.

El disco se puso verde. CJ no reaccionó.

—Puede que tengas razón, CJ. A partir del lunes miramos esos refuerzos en seguridad, ¿vale?

Pero CJ no escuchaba. No pisaba el acelerador. Solo podía pensar en aquel viejo amigo que actuaba de verdugo para los talibanes.

Mierda, Percy, ¿qué has hecho?

«Poco ha transcendido de la extraña muerte ocurrida esta madrugada a las afueras de Madrid. Efectivos de la Policía Científica se desplazaron al lugar por orden del juez encargado del caso para realizar diferentes pruebas que puedan arrojar alguna pista sobre lo sucedido. De momento se sabe que se trata de una mujer de unos veinte a cuarenta años, piel blanca y que ha muerto decapitada.»

—Mira el dibujo que he hecho, abuelo.

—Ahora no, Raquel.

—Deja de molestar al abuelo, cariño, que está viendo las noticias.

Faura no salía de su asombro. Mujer decapitada en Madrid. Maribel decapitada hacía treinta años. Algo en su interior se removía.

—Si es que ya no vamos a poder ir tranquilos por la calle. —Eli, su hija, trataba de vestir a Raquel y a Juana para salir a pasear.

—¿Te acuerdas de los «Tigres de Arkan», Paco? —preguntó su yerno Ángel—. Sí, hombre, aquellos paramilitares serbios que se comieron a uno de los suyos. Eso sí que fue horrible. Canibalismo. Y mira, ahora le rebanan el cuello a una pobre chavala.

Hablaban con el piloto automático puesto. Eran noticias de consumo masivo que buscaban el morbo fácil. Dentro de unas semanas nadie se acordaría de aquella chica. Igual que nadie se acordaba de Maribel. A Ángel y a Eli les impactaba la noticia, pero no les preocupaba igual que a Faura.

Él tenía una corazonada. Una muy grande.

—Lo siento, familia. —Agarró la chaqueta dispuesto a irse—. He olvidado que tenía un asunto entre manos. Nos vemos luego, ¿vale?

—¿Ya te vas, papá?

—Abuelo, quédate.

—¿Quieres que te acerquemos, Paco?

—Os llamo cuando acabe.

Se marchó sin despedirse. La situación fue rara. Hasta las niñas se extrañaron.

Faura estaba delante de los informes.

Sospechaba que Maribel era la propietaria del cráneo, pero había pasado algo por alto.

Su corazonada era fuerte.

De todos los casos, apostó por Maribel, pero había otros cuatro candidatos. Dos no coincidían por altura, pero no se preocupó de los otros: una puta y una yonqui.

Abrió los expedientes. Encontró parecidos en las fotos: pelo largo y moreno, cara redonda, chata. Desaparecieron en un lapso de varios meses de diferencia respecto a Maribel. ¿Por qué no se preocupó por esto en su momento? Ahora lo veía de otra manera. Su intuición le llevaba en una dirección que le preocupaba.

Recordó las palabras de Ruano diciendo que los asesinos en serie solo existían en Estados Unidos. Ahora tenía un asesinato reciente con un *modus operandi* similar a uno ocurrido hacía treinta años.

A Faura le temblaron las piernas. ¿Estaba en lo cierto o solo veía lo que quería ver?

Recapituló. Un psicópata corta la cabeza de Maribel, puede que de más chicas. Nunca lo encuentran. Él era el investigador del caso y no vio la conexión. Años después encuentran la cabeza. Y al poco tiempo aparece una víctima nueva.

Faura necesitaba un habano. Odiaba aquella corazonada. No quería que los casos estuvieran relacionados. Pero su teoría era clara: treinta años más tarde, aquel loco había vuelto a la acción.

TERCERA PARTE

PERDER LA CABEZA

Con un déficit alrededor del 9 % del PIB el pasado año, una tasa de desempleo que supera el 25 % y un movimiento de protesta que está mostrando destellos de violencia, algunos temen que España esté siendo arrastrada hacia una espiral de muerte.

The Economist, 6 de octubre del 2012

Desquiciado.

Aldo golpeó la puerta del armario. Hizo un boquete. Aldo gritó. No le dolía: era por gritar.

Su estado anímico pasaba de un extremo al otro al mismo ritmo que consumía cocaína y pastillas.

Galya, te dejaste matar, estúpida zorra. Ni las mamadas sabías hacer. Siempre perdiendo el tiempo con los clientes. Ya te pasó con aquel gordo de mierda que te partió la cara. Eras un imán para los subnormales. Al final acabaste conmigo, con eso te lo digo todo. Casi que te lo tienes merecido.

Aldo pateó la cama. Llevaba días encerrado en aquel agujero. Sabía que allí no lo podía encontrar Dmitri. Nadie conocía su dirección. De haberla sabido, ya habrían tirado la puerta abajo, pensaba. Aquella sensación de seguridad era muy frágil. Por eso destripó el colchón: por desesperación.

Es culpa mía, yo estaba allí para protegerla. Soy su chulo, el tío que les parte la cara a los maromos que se atreven a ponerles la mano encima a mis chicas. Soy mexicano, del Cártel de Sinaloa, he estado en la cárcel: no me toques los cojones o te reviento. Y al final no ha servido para nada. Proxeneta, dicen. Te han jodido pero bien. Te matan a tu chavala la primera noche. Inútil, inútil, inútil.

Aldo gritó de nuevo. Un vecino golpeó la pared pidiendo silencio. Lo mandó a la mierda. Luego pensó en la policía y se acojonó. Si llamaban a la pasma estaba jodido. Pidió perdón varias veces en voz baja. Luego se metió un par de lonchas por la nariz.

No se fiaba de Galya. No estaba allí como protector. Solo quería controlarla

para que no fuera corriendo a llamar a Dmitri. El ruso, el respetado por todos. Galya lo temía. La mató Dmitri. Fue un aviso. Me quiere asustado. Así se caza a los conejos: se atosiga su madriguera hasta que salen desesperados.

Reventó de un cabezazo el espejo del baño. Se hizo una brecha en la frente. El dolor le recordó a ella. Agarró un trozo de cristal y se rajó el brazo. En la cárcel lo llamaban «chinarse». Pequeños cortes para dejar fluir el miedo. Chupó de una herida. Sintió el sabor metálico de la sangre al resbalar por su garganta. Se mezcló con la coca. Le recordó a Galya. Le transmitió paz.

Galya, amor mío, te quería tanto... Daría lo que fuera por pasar otra noche a tu lado. Nadie me odiará jamás como tú, ni me hará tanto daño. Tu última jugada me ha dejado roto del todo. Ya no sé qué hacer. Sin ti vuelvo a ser un fantasma. Añoro tus arañazos, tus mordiscos, tus gritos. ¿Por qué, Galya? Si hasta te pagué la peluquería y toda esa ropa que ahora estará en la bolsa de un forense.

Revisó el vídeo. Allí estaba Aldo. Ahí estaba Miguel con la motosierra. Detuvo la reproducción cuando la cuchilla giratoria aún no había tocado su garganta. Se reflejó en sus ojos. Aldo, su hermano gemelo, él mismo, Galya decapitada.

Que se joda, era una puta de mierda, ella se lo buscó. Robé la identidad de Aldo y él adoptó la mía. Los narcos del Chapo se lo cargaron. Miguel, que era casi de la familia, le rebanó el cuello. Tú también te lo buscaste. No es mi problema.

Lloró un rato. Amortiguó los gemidos mordiendo un trapo de cocina. Llevaba sin comer casi dos días. Alimentado solo con drogas. La farlopa era su bálsamo. Las pirulas le daban proteínas. Dieta rica en éxtasis y depresivos. Esnifó otra raya. Le dio valor.

Mataré a quien te cortó la testa, cariño. Buscaré venganza. Le sacaré las tripas a patadas, adiestraré a un perro para que se lo folle por el culo. Y luego lo mataré. Despacio, con tranquilidad. No hay prisa. El cuchillo sabrá ir a la velocidad adecuada. Y entonces me contará por qué lo hizo.

No pensaba mucho en los motivos. Temía la respuesta: iban a por ti, pero te

dieron un aviso. Puede que fuera Dmitri, pero nunca habría esperado algo tan cafre. El ruso iba de empresario con su palco en el Vicente Calderón. Cortarle la cabeza a una de sus putas era equivalente a colocarse un foco encima. No le interesaba. Dmitri no pudo ser. No podía ser. Si eso era verdad, solo quedaba un culpable: el Cártel de Sinaloa.

Un mensaje claro. Te quisimos serrar la garganta y te escapaste. Ahora te tenemos localizado. Sabemos dónde encontrarte. Temporada de patos. Le cortaron la cabeza a Galya: nomás podían ser ellos.

Un aviso. Una advertencia. Una amenaza.

Golpeó de nuevo todo lo que pilló. Tropezó con los trastos que había desparramados por el suelo. Gritó hasta que el vecino se volvió a quejar. Jódete, cabrón. Llama a la pasma si tienes huevos. Era un inmigrante africano. Seguro que no lo haría.

Fue a esnifar una vez más. Apenas le quedaba coca de Boris. Se la había metido casi toda. No lo sabía con exactitud, pero calculó que se había fundido treinta pollos. Puede que más. Galya también le metió cuando estaba viva.

Mi niña, mi preciosa jinetera, mi clavo ardiendo.

Decidió serenarse. No pensar durante varios segundos. Lo recomendó un gurú en la radio. Era difícil. Razona, Aldo. No cometas ninguna estupidez.

Entonces lo vio. Estaba claro. Supo lo que tenía que hacer.

Pero primero se marchó a comprar coca. Apenas le quedaba y necesitaba otro chute.

El club apestaba a hierba. Un antiguo Mossad se metía un tres papeles. El tamaño del porro recordaba a un obús.

CJ estaba inquieto. Se dejaba perder a las cartas de forma sistemática. Miraba con el rabillo del ojo a la puerta. De vez en cuando se asomaba al exterior.

Ni rastro de Percy de la Cruz.

Fue a por una cerveza. Ray, el dueño del campo de tiro, se partía el culo con las noticias.

—Mira el Harrelson ese, qué cabrón. En mis tiempos en la Benemérita nos dábamos de hostias con los que robaban en yacimientos arqueológicos, y mira, ahora van a cambiar la Ley de Patrimonio Histórico para poner encima casinos y mesas de póquer.

—Oye, Ray.

—Dicen que encontraron un cráneo de la época visigoda. Allí, en un terraplén de mierda.

—¿Conoces a un mendigo que se pasea por aquí? Se llama Percy de la Cruz.

Ray el Hípster lo miró arrugando el hocico.

—Es un yonqui de mierda. Al principio se coló diciendo que era marine, pero me robó el ventilador.

—¿Sabes dónde vive?

—Ni idea, CJ. Por mí, ojalá lo atropelle un camión o se meta una sobredosis. No me gusta que vaguee en la puerta de mi local. Si siguiera en vigor la Ley de Vagos y Maleantes, les metíamos una buena ensalada de hostias y aquí paz y después gloria.

—¿Sabes si tiene amigos? ¿O qué otros lugares frecuenta?

—¿Es que te ha robado la cartera o algo así?

—No es eso.

—Como lo vea, le meto un tiro en la rodilla, drogadicto de los...

—Escucha. —Le colocó una manaza sobre el hombro—. Solo quiero saber dónde está. Tenemos un amigo en común, eso es todo.

—Joder, CJ, y yo qué sé. A ese solo le interesa meterse caballo.

CJ ya contaba con la posibilidad de que Percy se hubiera esfumado. Si realmente se le había ido la olla y había decapitado a aquella puta, ahora mismo estaría escondido en un agujero bien profundo. Preparándose para repetir la jugada. Para seguir matando. Rememorar la guerra que tanto añoraba.

CJ tenía que detenerlo. Se lo debía. Le salvó la vida.

—¿Dónde crees que compraba la droga?

—Hay mil sitios, CJ. Esto es Madrid. Das una patada a una piedra y te salen veinte camellos.

—Ya, pero si tuvieras que comprar, ¿cuál sería el sitio más común?

Ray lo pensó durante un par de segundos. Sus días como guardia civil le proporcionaban un mapa bastante exacto de la distribución y compra de heroína.

—¿Conoces la Cañada Real Galiana? Es el mayor poblado chabolista de Europa. Ahí pueden comprar toda la merca que te imagines.

—Gracias, Ray.

—Pero no te recomiendo que vayas. Allí solo sobreviven los tirados.

—Lo tendré en mente. ¿Cómo llego allí?

—Está a las afueras. Necesitas ir en coche.

—¿Los yonquis tienen vehículos?

—No me seas capullo. Van en cundas, unos taxis ilegales solo para drogatas.

—Cuéntame más.

Dmitri no aparecía. El ex-SEAL era el único de los conocidos de CJ que se había dejado caer por la asociación. Disparaba ráfagas a dianas situadas a 500 metros.

M16 clásica. Las balas levantaban polvareda al impactar contra el terraplén. Con el segundo cargador decapitó el blanco. CJ se removió en su asiento.

—Buena puntería.

—Hay que practicar para no oxidarse. Deberías probar. Nunca te hemos visto empuñar un hierro.

CJ prefería el cuerpo a cuerpo, pero le siguió el rollo.

—El problema es que no tengo pistola —dijo.

—Ray te venderá las que quieras.

—Esas no me sirven.

El ex-SEAL se puso serio. Se sentó en una silla de playa al lado de CJ. Comprobó que nadie les oía. Era absurdo: estaban solos en el campo de tiro.

—No es por temas de permisos y licencias, ¿verdad?

—Tengo un asunto entre manos —contestó CJ—. Necesito un arma limpia.

Las moscas se arremolinaban sobre las quemaduras de cigarrillo de la mesa de PVC. Hacía calor.

—Te puedo pasar algunas con el número de serie raspado.

—Eso es una chapuza.

—¿Entonces?

—No quiero una pipa que se haya usado para otro marrón. No quiero que me pillen con nada que se pueda rastrear. Necesito ser invisible.

El ex-SEAL entendió, pero era reacio a acceder a lo que pedía CJ. Bebió de su cerveza. Estaba caliente. ¿Por qué hacía tanto calor en marzo?

—¿Cuánto? —preguntó CJ.

—No está en venta. Es una rareza. De colección.

—Dame un precio.

—No te la puedo vender. Le tengo mucho aprecio.

CJ resopló.

—Esa pistola está fabricada con una impresora 3D. Puedes hacer cientos, si quieres. ¿Cuál es el problema?

—La conseguí a través de un colega. La impresora 3D de la que hablas está en

un laboratorio de la universidad. No creo que pueda hacer otra. Si te la vendo, la pierdo.

Aquella respuesta no le servía. Si se iba a encontrar con Percy, necesitaría estar preparado. Tampoco pensaba entrar en la Cañada Real armado solo con sus puños. Quería esa arma. Piezas de plástico elaboradas por ordenador que no dejaban una marca clásica de pistola. Si tenía que tirar de gatillo, prefería bordear la ley y complicar todo lo posible la investigación. Una fusca 3D era ideal.

—Dime precio.

El ex-SEAL negó con la cabeza. CJ sacó su móvil y marcó varios números. Después se lo pasó. En la pantalla había una cifra.

—Con eso te puedes comprar una impresora propia —le dijo—. Yo necesito la pistola ya.

El ex-SEAL afirmó con la cabeza.

—Causa de la muerte: ahogamiento.

—No me jodas, Luis.

Faura observaba el cadáver decapitado. Lo habían lavado hasta dejar el cuerpo limpio. Apenas presentaba algunas magulladuras, sin contar el enorme tajo a la altura del cuello. Floro contempló las tetas de la chica.

—Ya no se puede ni bromear en el trabajo.

—¿Y esas marcas?

El forense se encogió de hombros.

—Son antiguas. Quemaduras leves, moratones...

Faura se dejó ir. Imaginó a Galya huyendo de la estepa rusa, familia de granjeros, sueños de camarera en el paraíso de sol y playa. La visualizó ejerciendo en plena calle, moteles mugrientos de veinte euros la noche, pesadillas de adultos que una niña no se podría imaginar. La imaginó curtida a hostias, dejándose golpear por un poco más de dinero, sin palabras ante el horror de la muerte inminente.

—La mataron a machetazos —explicó Luis Dólera—. Ni siquiera se entretuvieron en hacerlo bien. En las cervicales hay marcas de al menos siete impactos.

—¿Intentó defenderse?

—No he encontrado ninguna prueba al respecto. Bajo las uñas hay arena.

El forense extrajo un dossier de una carpeta de plástico.

—A ver, cosas interesantes. El contenido del estómago no nos dice mucho. Vodka, refrescos, frutos secos y cosas así. Está claro que comió y bebió en la

fiesta, al igual que los demás. En la vagina encontramos restos de semen. Ya estamos analizando el ADN.

—¿La violaron?

—No. Al menos, no esa noche. No hay desgarros vaginales ni signos de violencia reciente, salvo el de...

—La decapitación, lo sé —le interrumpió Faura.

—Le hemos hecho una resonancia, pero no tiene lesiones internas. Y poco más, Paco. La chica no tiene un solo pelo en todo su cuerpo. Si me encuentras la cabeza quizá pueda ir más rápido. Si no, habrá que esperar a las biopsias y a las pruebas de laboratorio.

Dólera continuó con una perorata de tecnicismos, pero Faura no le escuchaba. Recreaba en su mente los últimos instantes de Galya. Floro le había mostrado los vídeos de las cámaras de seguridad del hotel. Se la veía rezongar con unos y con otros. Eh, chaval, invítame a una copa. Hay barra libre, señorita. Vamos, nene, que luego habrá final feliz. Guapa, ¿no ves mi anillo de matrimonio? No te pongas tan gallito, que los casados son mi especialidad.

De flor en flor. Abandonada a su suerte entre el gentío. En un momento dado se la observaba hablar con un millonitis del montón. ¿Te vienes conmigo a la habitación? Claro, guapa. La cinta mostraba cómo salían al exterior camino de la recepción. Nunca llegaron. El trajeado regresaba cuarenta segundos después, bastante azorado. Caminaba a paso ligero. Galya lo había asustado al confesarle que era puta. Lo siento, estoy casado, me vuelvo a la fiesta. Pero ¿qué dices, capullo? Adiós, señorita. Ni *pa'* follar, vales, pollatriste. Ni *pa'* follar.

Luego: nada.

Vacío absoluto. No volvió a entrar. Horas más tarde encontraron su cuerpo en el descampado cercano.

La teoría de Floro: el *pringao* se largó a toda prisa y la dejó colgada. Alguien apareció en ese momento y le propuso pagar su cuota. Vamos al descampado y me la chupas.

Y allí la mató. O la mataron entre varios. Machetazo por la espalda. Susto

terrible. Sangre por todas partes. Más tajos con el cuchillo. Ejecución medieval.

La cabeza de trofeo.

El asesino o asesinos se marcharon de allí con un coche. Puede que una furgoneta. Eso explicaría que nadie viera nada. La mataron en la parte de atrás de un furgón. Ya podía gritar o chorrear sangre, que daba igual. Aquí solo estamos nosotros, nena.

La teoría de Faura era más compleja: el asesino de Maribel Botella había regresado.

Su cronología de los hechos. Mató a Maribel hace treinta años. Se escondió. O viajó. O mató y no le descubrieron. El caso es que su rastro se pierde durante tres décadas.

Hasta que apareció un cráneo en el terreno de Agustín Cobos.

Eso reavivó recuerdos. Eso despertó a la bestia. Eso activó al asesino.

Lo hizo una vez. Lo haría una segunda. Y una tercera si nadie lo paraba. Mismo *modus operandi*: decapitación, ocultación del cráneo. Pero esta vez había aparecido el cuerpo. Faura pensó que, tras treinta años, el asesino debía de haber envejecido igual que él. Quizá no pudo llevárselo. Tal vez le fallaba la fuerza. Es posible que la salud le estuviera jodiendo pero bien.

La teoría de Jonás: buscar a su chulo. El compañero de Floro apostaba por el proxeneta. Todos lo vieron: un tipo de acento raro, flaco, con barba y melena, cubierto por gafas de sol. A Jonás le parecía un disfraz. Fijaos en eso, abuelos: lleva peluca y bigotes postizos. Atentos al detalle, vieja guardia: nadie sale de noche con gafas de sol tipo aviador. Revisaos el alzhéimer, momias: las respuestas las tiene ese cabrón.

A Faura le jodía reconocer que el primavera tenía razón.

—¿Nos vamos ya, Paco? —preguntó Floro.

—Vamos.

Recorrieron los pasillos en silencio. Faura repasaba mentalmente las declaraciones de los testigos. Sí, era una chica muy guapa, pero tenía un acento raro. ¿Ruso, tal vez? No, no recuerdo de qué hablamos. Estaba pendiente de las

palabras del señor ministro. ¿Un tipo con gafas de sol? En esas fiestas van un montón de frikis de la tele. Pregunten por las revistas del corazón. Quizá se tire a alguna folclórica.

Alcanzaron el coche de Floro. Faura se masajeó el puente de la nariz.

—¿Dónde te dejo, Paco?

En el salpicadero, la ficha de Galya Kutnezsova: 24 años, 1,83 de altura. Prostituta. No fichada. La información era de Médicos del Mundo, ONG que les daba asistencia sanitaria en unidades móviles. Adjuntado con un clip: informe de los interrogatorios al resto de las putas callejeras rusas. Ninguna dijo nada. Pero tenían miedo. Un pósit: el rey de las zorras soviéticas es Dmitri Vorobiov, un exconvicto checheno.

—Llévame a casa —contestó.

Sin embargo, lo que más desasosegaba a Faura era la foto de la ficha. El rostro de Galya: melena rubia, ojos de hielo, piel nívea.

Una cara que no había visto en el forense porque alguien le había arrancado la cabeza.

Totó, ya no estamos en Kansas.

El camino de baldosas amarillas lo formaba la inmundicia. Las jeringuillas en el suelo marcaban el rumbo. Aldo las seguía como un sabueso de caza. Allí el jaco, en la otra dirección el costo: línea recta para la coca.

Cañada Real Galiana: el autoproclamado «supermercado de la droga más grande de Europa». Una barriada chabolista ilegal: construcciones de chatarra con cimientos de vertedero. Quince kilómetros desde Coslada hasta Getafe, 8.500 almas malviviendo sin papeles, agua, electricidad o ley.

Bueno, sí hay una ley: la del más fuerte.

Aldo pensaba que el sitio era enorme. Joder, si debería tener ayuntamiento, zona deportiva, biblioteca y hospital propio. Había visto aldeas con menos habitantes. Se cabreó al pensar que se perdería en ese lugar. Sé un hombre, Aldo Vargas: consigue esa farlopa que te pide el cuerpo.

Aparcó el BMW de Dmitri sobre un charco. Un par de críos descalzos corrieron a recibirle. Los espantó a patadas. Sabía que eran rateros, que, si les dejaba, le quitarían hasta el cenicero del coche. Niños flacos y sucios, de piel morena, que hablaban varios dialectos y ninguno bien. El cabecilla del grupo debía de tener unos doce años y ya le faltaban dientes que no podría reponer. Le miraba con superioridad. Sus ojos decían: «Me gustan tus bambas». Aldo se ajustó las gafas de sol y mostró el fajo de billetes. Cincuenta euracos, hijos de puta, así que cuidado bien de mi carro. Los chavales se agitaron. Uno esnifó pegamento que llevaba en una bolsa del Carrefour. Otro comenzó a liarse un peta. El líder mostró de nuevo su sonrisa mellada y pilló el billete. Sus pupilas decían: «Cuando regreses, no te van a quedar ni las ruedas, pardillo». Aldo se

desperezó. Estiró mucho los brazos. La camiseta se le levantó y dejó a la vista un enorme machete para cazar jabalís. Los muchachos dieron un paso atrás. El porro cambió de manos. El cacique desdentado ya no sonreía. Sus iris decían: «Lo capto, tío: sacaremos brillo a los cristales».

La conversación telepática llegó a su final. Aldo avanzó siguiendo el camino de agujas usadas, torció por la avenida de los condones usados y giró hacia la plaza de las papelas usadas. Allí todo estaba usado. Hasta el aire olía a podrido.

La Cañada daba asco. Aldo no sabía si el betún del suelo era barro o mierda líquida. Vio animales sueltos, niños sueltos, yonquis sueltos. La romería del siglo XXI: drogas que van en peregrinación hacia su santuario particular a rendir cuentas al Cristo del Brazo Agujereado. Aldo se maravilló ante la cantidad de fieles que reúne la Iglesia de la Virgen del Colocón: universitarias, niños pijos, yupis con traje, sidosos en las últimas. Todos congregados ese soleado día para recibir el sagrado sacramento del caballo. Aquí se reza a la santísima trinidad del jaco, la hierba y la nieve. Las pirulas quedan para el purgatorio de las discotecas. Dios los bendiga.

Una rata tamaño ewok se cruzó ante Aldo. Un par de críos la perseguían con un palo. Era su modo de divertirse, la Xbox de la Cañada Real. Que le jodan a *Super Mario Bros*: yo quiero cazar mi propia comida.

Aldo se detuvo para encenderse un pitillo. Le temblaban las manos. El ansia lo corroía por dentro. Dame algo, joder. Necesito meterme una puntita.

Había llegado a su destino: la casa de la Paca. Se distinguía de las demás por el Porsche y el Audi aparcados ante la puerta. Los coches tenían las ventanillas bajadas y las llaves puestas en el contacto. Nadie los iba a robar a menos que intentara suicidarse.

A Aldo le excitaba la idea de morir.

La chabola era más grande de lo normal. Tenía puerta blindada, los cristales intactos y dos gitanos grandes como montañas vagueando en la entrada.

Aldo trató de hacer memoria, pero su lóbulo frontal se resistió. Bastante mérito había sido llegar hasta ahí sin que le acompañase Boris. Intentó recordar

cómo se llamaban esos dos gigantones que hacían de porteros. Sabía que eran los nietos de la Paca, la narco que llevaba esa zona. Boris se los presentó las dos veces que fueron allí a pillar merca. ¿O fueron tres? Daba igual: Aldo había encontrado el camino y ya estaba más cerca del maná.

—Mira, primo —dijo uno de los gitanacos—. Si es el sudaca del Boris.

—¿Qué haces por aquí tan sola, Caperucita? —preguntó el otro.

—Menos pendejadas, que vine por negocios.

Mostró de nuevo el fajo de billetes. Los gorilas no se sorprendieron como los niños de la calle. Ellos tenían mil veces esa cantidad enterrada en el patio de la chabola. Nada más que el oro que llevaban al cuello ya valía cien veces eso.

—Esa es mucha guita, colega.

—Tenías que haber pedido cita previa, panchito.

Pinche güey, estos van de madre.

—¿Hay trato o no? —replicó Aldo.

Los tipos se rieron en su puta cara. Uno le cedió el canuto al otro. Era el deporte nacional de la Cañada Real: pasarse el porro de mano en mano. Ah, y cazar ratas tamaño Alf. Eso siempre.

—Vamos adentro.

El más alto se levantó y llamó a la puerta blindada. Al otro lado había un tercer tipo que les abrió. Estaba flaco y consumido. Los culturistas estaban en la calle para acojonar, para enseñar las pulseras de oro, el pecho peludo surcado de cadenas, los sellos en cada dedo. Eran el escaparate, la imagen que se quiere dar al exterior. Los del interior eran otro rollo. Ahí ponían al cuñado idiota que no vale para otra cosa que no sea abrir el candado o vender a minoristas.

Y Aldo iba a comprar al por mayor.

La puerta daba a un pequeño cuarto, y detrás de una segunda lámina blindada alcanzaron el corral. Había gallinas y pollos picoteando fruta podrida. Apestaba a mierda, a vómitos de cirroso, a concejal de Hacienda. Y, en mitad de la cuadra, como un monolito imaginado por Kubrick, se alzaba una enorme televisión de plasma de 70 pulgadas.

Aldo alucinaaba.

—¿Por qué tenéis la tele en el gallinero?

El gitano se sorprendió. Era como si no se hubiera dado cuenta de eso.

—A las gallinas les gusta.

En la pantalla: una tienda de empeño americana que trataba a los clientes a patadas. España no tardaría en convertirse en algo parecido. Aldo había visto proliferar las franquicias de Compro Oro como el herpes en una sauna.

—Pinche güey, las gallinas no ven la tele.

—¿Cómo que no? Mira este, lo que dice.

—Es una pendejada.

—Las gallinas ponen más huevos si ven la tele. Más huevos y más grandes.

Aldo alucinaaba más todavía.

—¿Huevos?

—Las gallinas ponen huevos, payoponi. Para eso las tenemos.

—¿Y por qué no compráis los huevos en la tienda?

—¿Qué?

—Os habéis pillado una tele gigante que vale lo mismo que mil docenas de huevos.

—Hombre, visto así...

—Tenéis un Porsche en la puerta. Y mira todo el oro que os cubre. Joder, ¿y montáis todo este circo para que pongan huevos?

—Oye, mira, es cosa de mi madre, a mí qué me dices.

Pero el gitano gigante estaba hasta los cojones. A él le gustaban los huevos frescos. Que vaya el sudaca de mierda a la tienda, si quiere: él prefería los de sus gallinas.

—Vamos a ver a la Paca.

La Paca.

Que no te engañe su aspecto de anciana decrepita, Aldo. Te puede arrancar los

cojones de un mordisco. Y eso que no tiene dientes.

En el barrio chabolista de la Cañada Real se rumoreaba que la Paca vio a Moisés separar las aguas del mar Rojo, aunque todos sospechaban que aún era más vieja. Ojos de Gorgona, uñas como cortezas de árbol afiladas, dos tetas exiguas que solo dieron mala leche. Una momia de piel arrugada surcada de venas azules, puro hueso y pellejo, mechones de pelo blanco que translucían la superficie de su cráneo. Mató a disgustos a su marido, el Guitarra, y continuó sus negocios de venta de droga a los yonquis mientras criaba gallinas para consumo propio.

Y solo vestía un bikini.

En el poblado hacía mucho calor. El aire acondicionado le daba alergia a la Paca. Así que se quedaba medio en pelotas, luciendo palmito y costillar.

Aldo no pensaba ni de lejos en darle dos besos, ni siquiera la mano. Tenía una pelusa asquerosa que recubría toda su piel. Fíjate en esa silla de ruedas destrozada, en el respirador que la une a una bombona de oxígeno, en las piernas con pelo transparente sin depilar.

—¿A qué huele?

¿Has dicho eso en voz alta, Aldo? Juega bien tus cartas, colega: a la Paca no le gusta que le recuerden que lleva pañal. Si no te portas como un nene bueno, te van a castigar de cara a la pared y con una navaja en las lumbares.

—Amigo Aldo —saludó la Paca, extendiendo los brazos como esperando un abrazo—. Cuánto tiempo. ¿Qué tal está Boris?

El gitano gigante cerró el último portón blindado y se apoyó en él. A Aldo le sorprendió que la Paca recordara su nombre. Ignoraba que los hubieran presentado siquiera formalmente. Debía hacer algo con su lóbulo frontal.

—Todo bien. —Aldo extrajo el enorme fajo de billetes—. Traigo lana. Quiero comprar farla.

La Paca le enseñó las encías negras.

—¿Qué prisa hay, amigo mío? Vamos, toma asiento y deja que te invite a un par de tiros. No me puedes decir que no.

Tomar asiento: un sofá roído, parcheado y vuelto a roer. Una funda maloliente lo cubría. Aldo imaginó a la vieja sudando acostada cuando se cansaba de la silla de ruedas.

Pero la llamada de la selva era mayor a su asco. Quería esos tiros. Necesitaba meterse algo, calmar a la bestia, burlar al mono. Ansia: así se resumía su universo. Ya no le importaba quién había matado a Galya. Solo necesitaba el amargo beso de caucho resbalando por su nariz y anestesiándole el paladar.

Se sentó. Le daba igual. En México chingué en sitios más sucios, pensó. Vamos a ver esas lonchas.

—Vamos a ver esas lonchas.

La Paca chasqueó los dedos. El nieto guardaespaldas dejó el teléfono móvil. Abrió un cajón y extrajo un gramo dentro de un paquete fabricado con restos de una bolsa de supermercado. Aldo se afanó en quitarle el alambre plastificado que lo sellaba.

—Entonces, eres de México, ¿no, Aldo? —preguntó la Paca.

Aldo aplastó la piedra con el mechero. Evitó sacar el machete o su documentación. A nadie le importaba quién era o quién dejaba de ser. A su lado, sobre una caja, había una pila de DNI robados. Agarró uno y comenzó a hacerse rayas.

—Yo nunca he ido a México: me da miedo África —continuó la Paca, haciendo pausas para respirar por la mascarilla—. Pero una vez comimos en un restaurante mexicano. ¿Te acuerdas, Juan?

El gorila asintió. Tenía un ojo puesto en el teléfono móvil. La tecnología estaba acabando con la vida real, pensó Aldo. Al final la gente preferiría un mal porno en HD que uno con una puta de verdad. Malos tiempos para el negocio.

—Es verdad, abuela —contestó al final el matón.

—¿Y qué comimos? ¿Lo recuerdas, Juan? Era una carne rara... ¿Cómo la llamaban?

—Burrito.

—Eso, carne de burro. ¿Os coméis a los asnos en África, Aldo?

Aldo pasaba de ellos. No iba a rectificarles sobre la ubicación de su país. Ni tampoco pensaba explicarles lo que era un burrito. Que se jodan. Nomás quiero meterme un par de tiros. Calmar al animal.

—A mí a veces me da penita México, Aldo. —La vieja no se callaba ni aunque le metieran tres pollas en la boca—. Con ese calor, ese desierto, las pirámides... ¿Y sigue Pancho Villa de presidente?

—Ahora han vuelto los faraones —contestó Aldo mientras se metía la primera clencha.

—¿En serio?

—Claro. —La segunda loncha—. Por lo de las pirámides y el desierto. Desde que dimitió Speedy González, no hemos vuelto a tener un buen político en México.

La tercera. La cuarta. Los gitanos reaccionaron. Se rieron por lo bajo. Estaban ante un tipo culto que además se preocupaba del devenir de su país.

—Eso está bien, Aldo, claro que sí. Oye, Juan. —El grandullón apartó la vista del móvil durante un instante—. Dale un poco más de material a nuestro invitado. Me cae simpático.

—Tengo que irme pronto.

—Pero si acabas de llegar, Aldo. Anda, cuéntame más cosas sobre tu país y te haré un descuento, ¿qué te parece?

Juan, el nieto enorme, dejó caer sobre la mesa un par de gramos. Aldo se sentía como en Navidad. Luego pensó que los Reyes Magos no existen. Y después, que no recordaba la última vez que un camello le había invitado a rayas.

La farlopa activó su cerebro: obtuvo el don ascético de la claridad de ideas. Observó a su alrededor y lo vio todo como era: una vieja esquelética, un guardaespaldas que no se apartaba de la puerta, siempre con el teléfono en la mano. ¿Qué coño hacía ese tío todo el rato con el móvil?

Entonces regresó la segunda bestia, la que se alimentaba de coca, la que le mantenía vivo: la paranoia.

Y la paranoia dijo: Aldo, gilipollas, están avisando a Dmitri, la Paca está haciendo tiempo para que vengan los rusos, sal de aquí, vamos, vete-de-una-vez.

¿Cómo es que sabían tu nombre, Aldo? Apenas te han visto dos o tres veces en varios meses. No eres un cliente habitual, no te gusta presentarte a gente nueva. Ni siquiera te llamas Aldo. Sabían que eras mexicano, pero tu acento es raro tras tanto tiempo en España. ¿No lo ves? Eres un tirado con barba, melena y gafas de sol. Hay miles así. Pero te conocen: te estaban esperando.

Trabajan para los rusos. Están compinchados con Dmitri.

¿Por qué te han metido al interior en lugar de venderte la farla en la entrada? Te tienen encerrado. Puertas de seguridad, enormes planchas de hierro, dos gitanacos de gimnasio y la Paca dándote palique.

Estás jodido, Aldo.

—...

Estatua de sal. Apenas se atrevió a respirar. Muy despacio, se fue incorporando mascullando palabras entre dientes.

—...

—No entiendo lo que dices, Aldo —contestó la Paca.

El gigantón abandonó unos instantes el móvil. Están avisando a Dmitri. Aldo se incorporó del todo. Los rusos van a llegar en cualquier momento. Ni siquiera me han sacado la merca. Pinche güey: te van a matar. Reacciona o palma, Aldo. Es tu decisión.

—Decía que se desangrará si se saca el cuchillo —repitió Aldo.

—¿Qué cuchillo? —preguntó el culturista.

Pero la alarma sonó demasiado tarde. Aldo se giró sobre la Paca y desfundó el machete de cazar jabalís. Sin pestañear, se lo clavó en el costado y le atravesó el bazo.

—¡Te mato, payo! —gritaba el gigantón, apuntando a Aldo con un revólver.

Pero Aldo estaba detrás de la Paca, sujetando la empuñadura del machete,

parapetado tras la vieja, amenazando en voz muy baja y pausada:

—Si me matas, la mato.

—¡Aaah! —gritaba la Paca—. ¡Aaah!

—Suelta a mi batipurí.

—Si saco el cuchillo, se desangra.

—¡Aaah!

—¡Hijo de puta!

Golpes en la puerta blindada. El culturista fue a abrir sin dejar de apuntar. Aldo retorció ligeramente el machete. El filo se hundió un poco más.

—Si abres, la abuela muere.

El gitano se giró de nuevo. Sujetaba el revólver con las dos manos. Parecía de juguete entre sus enormes dedos.

—El Tequila.

—¿Ahora quieres beber? ¡Este payo está loco, batipurí!

—¡Aaah!

—El Tequila era un amigo mío, allá en Culiacán. Le soltaron un machetazo acá, justito mismo donde yo se lo he metido a tu abuela. Pero el Tequila era bravo y se lo arrancó. Entonces empezó a perder mucha sangre, mucha sangre, hasta que se desmayó y más tarde murió.

—¡Aaah!

—¡Deja a mi batipurí, *cagon'* tus muertos!

—Los médicos dijeron que le habían apuñalado el bazo. Que si no se hubiera sacado el pincho, se habría salvado. Se habrían llevado al Tequila al hospital y allí lo habrían curado.

—¡Aaah!

—Estudié eso del bazo, ¿sabes? Es lo único que me he esforzado por aprender en toda mi pendeja vida. Memorice dónde estaba, dónde pincharlo y cómo acertar. Así que créeme, pinche güey, que si no llevas a tu abuelita al doctor, se te muere.

—¡Cabronazo! ¡Hijo de puta!

—No chingues, pendejo, y lánzame el revólver.

—¡Aaah!

El gitano dio un paso a un lado, y luego otro más, pero Aldo giraba la silla de ruedas. Era el hombre de hielo: la coca le producía un efecto relajante. Podía estar sin pestañear dos siglos si se lo proponía.

—¡Aaah!

—La fusca o la momia palma.

—¡Te mataré, payoponi!

—¡Aaah! —Los lamentos de la Paca eran cada vez más agoniosos—. Llévame al hospital, Juan...

—Obedece a la bruja, Juanito.

—¡Te buscaré y te mataré, cabrón!

Frustración. Ciento treinta kilos de gitano y oro que no pueden contra un proxeneta drogata. Juan gritó algo en caló, luego escupió al suelo y lanzó un terrible puñetazo contra la pared de adobe. Las lágrimas escapaban de su rostro cuando dejó el revólver en el suelo y lo pateó hasta la posición de Aldo.

—¡Vamos, cabrón! —El gitano se arrancó la camisa a tirones—. Tú y yo solos, machote. Venga, échale huevos, cabrón.

Aldo agarró el revólver y disparó contra el estómago de Juan.

—No seas pendejo.

El gitano tardó cuatro segundos en saber qué había pasado, y otros cinco en derrumbarse en el suelo.

—¡Aaah! —La Paca gritaba ahora de desesperación—. ¡Aaah!

—Dime, puta: ¿qué te ofrecía Dmitri?

—¡Has matado a Juan!

—Si os dais prisa, vivís los dos. —Amartilló el arma—. Contesta a la pregunta que te he hecho.

—Nos avisaron... nos avisaron de que podías aparecer, que eres un yonqui de mierda, que si seguías en Madrid, vendrías aquí como un perro.

—¿Cuánto te ofrecieron?

—Boris vino y nos enseñó una foto. Te querían vivo, nada más. El precio lo discutiríamos luego.

—Mal negocio, ¿no?

La Paca no contestó. Aldo registró el salón a patadas. Encontró varios fajos de billetes y un buen puñado de dosis de farlopa en pequeñas bolitas de plástico.

Toda la merca que vendían en un día le duraría a Aldo una semana. Le valía. Se lo guardó todo en los bolsillos. Se sintió poderoso.

Aldo le soltó una hostia a Juan, que se agarraba la barriga con las dos manos. El gitano se agitó. Vamos, chaval, más cojones.

—Abre la puerta —ordenó de nuevo oculto tras la Paca—. Y diles a esos hijos de puta que se larguen o no respondo. Ya sabes que hablo en serio.

Juan permaneció a gatas. El olor a sangre era el predominante en la habitación.

—Vamos a salir... —balbuceó—. Dejad que salga...

Revuelo. Ruido de pisadas, gritos, golpes.

—¡Largaos de ahí! —gritó la vieja—. ¡Dejad que se largue! ¡Tenemos que ir al hospital!

—Joder, Paca, vaya pulmones —se burló Aldo—. ¿Para qué necesitas un respirador?

Aldo la alzó a pulso. La matriarca no pesaría ni cuarenta kilos. Le pasó el antebrazo alrededor del cuello, como si fuera una llave de artes marciales. La Paca sujetaba el machete para que no se moviese. Aldo le colocó la pistola en el pecho, justo sobre el corazón. Mierda, qué asco me da tocarla: tiene el cuerpo recubierto de moho. Parece una fresa podrida.

La puerta se abrió.

Había cinco hombres tras ella. Aldo reconoció al *pringao* que custodiaba los candados y al otro matón musculoso de la entrada. Gritaban como locos. Juan los paró antes de que se lanzasen contra Aldo.

—¡No me importa morir, pendejos! —bramó—. Si disparo, los mato a los dos.

—Amartilló el arma de nuevo, solo para que escuchasen el sonido del tambor al girar.

—Dejad que se vaya... —gorjeó la Paca, medio asfixiada.

Los hombres miraron la escena sin entender nada. Vieron el pecho desnudo de Juan empaparse de sangre, el puñal en el costado de su jefa, al mexicano loco que se escondía tras las lentes oscuras.

—A tomar por culo —ordenó Aldo—. Órale, güeyes.

Más gritos, golpes, gruñidos. La desesperación estaba reflejada en sus rostros: sois más, vais armados, pero me tenéis que obedecer. Jodeos, hostia ya.

—Si se me cae la vieja, se le clavará el machete —amenazó.

Aldo avanzó decidido. No se detuvo a mirar atrás. Si querían disparar, que lo hicieran. Le importaba una mierda. Jodeos otra vez, pendejos.

Atravesó el gallinero y casi se tropieza con la tele de plasma, luego caminó por el pasillo y, por fin, salió de la chabola.

La calle estaba llena de curiosos: ojos de heroinómanos, pupilas de porreros, iris de encocados. Una cuadrilla de críos se maravilló al ver aparecer a Aldo cargando con la Paca. Le hicieron un corro hasta alcanzar el Porsche de la puerta. Tenía la ventanilla bajada y las llaves puestas en el contacto; nadie lo iba a robar a menos que intentara suicidarse.

A Aldo le excitaba la idea de morir.

Aldo montó. Tenía encima a la Paca como si fuera una marioneta de ventrílocuo. La vieja respiraba sin fuerzas. Aldo arrancó el coche y salió derrapando. Atravesó una calle llena de baches y atajó a través de una chabola de cartones.

Por el espejo vio que le seguía el otro coche aparcado ante la puerta de la Paca. Era un Audi y levantaba una gran polvareda a su paso. Aldo abrió la puerta del piloto y lanzó el cuerpo de la matriarca en plena marcha.

Con las dos manos libres aceleró más deprisa. Por el retrovisor vio cómo el Audi se detenía para atender a la vieja. Aldo aceleró aún más y se metió en la circunvalación. En la M50 se puso a toda hostia. El coche corría que te cagas.

Cuando se supo a salvo, se deslizó por una salida al azar y se detuvo bajo un puente. Se hizo un par de rayas y se las metió seguidas.

Se sentía de puta madre.

Misión: infiltrarse en territorio hostil.

CJ tardó en decidirse. Primero vigiló la plaza donde paraban las cundas. Pero había un problema: Madrid era muy grande. Había cientos de taxistas ilegales que llevaban a los yonquis a las afueras para comprar droga. Además, su tiempo era reducido. Harrelson Levy iba y venía de Las Vegas a Macao y hacía escala en Madrid. Su hijo Larry pasaba de todo. La única preocupación del heredero era beber y follar. Sin embargo, cada rato llamaba a CJ para tocarle los cojones.

Por eso se decidió a actuar. La vigilancia quedaba para los viejos. Él era un hombre de acción.

Primera parte del plan: el camuflaje. Compró ropa de mierda en un mercadillo. En su habitación de hotel la puso a punto. Se vistió con su disfraz de indigente y durante tres horas aproximadamente saltó a la comba hasta que estuvo empapado en sudor. Una vez húmeda y apestosa, la colgó del aseo, donde colocó varios incensarios llenos de tabaco. El cagadero se convirtió en una sauna de humo con nicotina. La ropa olería a pocilga.

Segunda parte del plan: llegar al campamento. Decidió acercarse a una furgoneta que normalmente iba medio vacía. El dueño del vehículo lo miró con desconfianza cuando se acercó. Un negro de casi dos metros imponía aunque llevara ropa de vertedero. Le dejó subir cuando le enseñó la pasta. CJ montó en la parte trasera de la cunda y arrancaron. Había otros tres yonquis que buscaban su dosis. Lo observaban acojonados. Entre los tres pesaban lo mismo que el exmarine, pero apestaban la mitad. CJ quiso acariciar sus chapas de identificación, pero no las llevaba.

Tercera parte del plan: encontrar a Percy en la Cañada Real.

Y ahí entraba una variable en la que no confiaba: la suerte.

Un reguero de aguas fecales escapaba de un tubo de alcantarilla roto. Las chabolas de chatarrería se mezclaban con construcciones de ladrillo. Mira aquella casa de chapa, fíjate en los tejados salpicados de piedras para que el viento no robe la uralita, atento al plástico para filtrar humedades, observa las parabólicas que miran a La Meca, ojo con ese montón de carricoches o sillas de ruedas o lo que cojones sea. CJ pasó cerca de una furgoneta sin cristales ni faros, pero tapada con una alfombra para protegerla de las inclemencias del tiempo. Se cruzó con una adolescente sin dientes, pero por cuyos ojos azules suspiraban muchos otros yonquis. Dos perros le miraron sin pasión ni curiosidad, solo con crueldad.

CJ flipaba: había vuelto a Kabul.

Una vieja lo vigilaba desde una caseta sin puertas.

—Hola, señora, ¿qué tal está?

La vieja sacó una escopeta de debajo del sillón.

—Quería preguntarle si ha visto a...

La vieja sacó dos cartuchos del bolsillo y cargó el arma.

CJ se retiró. No había sobrevivido a un secuestro talibán para morir en aquel pozo de heces.

Caminó por la zona exterior y pasó ante un rebaño de críos piojosos que jodían un BMW. Tres de ellos estaban sobre el capó y meaban en la luna delantera. Un cuarto incrustaba una piedra en el tubo de escape. Joder con la Educación Pública, pensó CJ. Estos chavales están más zumbados que los niños soldados de Sierra Leona.

En ese momento un Porsche salió derrapando de ninguna parte. Lo perseguía un Audi. CJ vio el brillo de pistolas y navajas en el interior. El Porsche viró en un recodo del camino y lanzó algo con el coche en marcha.

Era una persona.

El Audi frenó de lado y casi arrambla con la Paca. Varios gitanos se bajaron entre gritos de ira y desesperación. Dos de ellos se rompieron las camisas.

Agarraron lo que quedaba de la Paca y se esfumaron. Los médicos te salvarán, batipurí. Ya nos cargaremos al sudaca de mierda que te ha hecho esto. Por mis muertos, lo juro. Por estas.

CJ preguntó a varias personas más. El color de su piel y su acento evitaban que lo tomaran por un madero, pero aun así arrugaban el hocico antes de contestar. Compró una papela de jaco para disimular. El tipo que se la vendió le dijo que viniera cuando quisiera, que allí no había horario ni límites. Abrimos las veinticuatro horas. Es nuestra política. Si vienes mañana, te presento a un par de líderes sindicales que acuden cada día por su dosis.

CJ supo entonces que aquello era más de lo que podría abarcar. Aquel sitio era inmenso y contaba con un trasiego ininterrumpido de yonquis y camellos. Allí nadie había visto nada, nadie conocía a nadie, nadie diría una puta mierda. Tardaría media vida en encontrar a Percy y tenía otras obligaciones que atender.

Mientras se dirigía al aparcamiento de las cundas, pensó que el siguiente paso en su búsqueda tampoco sería agradable.

Vigilar era para los jóvenes. Faura se había chupado cientos de luminarias como aquella, pero ya no era un chaval. Sesenta y ocho años, Paco. Hay quien se prejubilaba con cincuenta. Mírate: eres un viejo decrepito. Antes podías pasarte el día meando en una botella sin perder de vista a tu objetivo. ¿Y ahora? Ya llevas tres. Y la cuarta está en proceso. Meaba cada diez minutos, le dolía la espalda, sentía el culo aplanado, se le dormían las piernas. Y, sin embargo, allí estaba. Como un imbécil.

A la mierda la jubilación. Ya descansaré bajo el mármol.

Leía, cambiaba el coche de sitio, escuchaba la radio. Todo ello sin perder de vista la nave industrial de Fuenlabrada donde, según los informes de Floro, se escondía Dmitri Vorobiov. El capo. El que surtía de putas soviéticas la zona centro de España.

La policía lo interrogó. El ruso se presentó voluntariamente en comisaría con todo su séquito de proxenetas. Los flanqueaba un ejército de abogados. La declaración fue surrealista: ellos no sabían nada, las chicas hacían lo que querían, a esa tal Galya hacía tiempo que la perdieron de vista. Incluso las rusas defendieron a sus captores y juraron que no tenían nada que ver con su muerte. La realidad: se les dejó ir porque su coartada era sólida. La propia policía los había estado observando en las calles donde ejercían. Los pinchazos telefónicos revelaron que estaban nerviosos por lo ocurrido. Se encerraron en el Arca y ya no salieron. Tras eso, hubo un cambio de criterio de la fiscalía y el tema pasó a manos de otro juez. Faura sospechaba que Harrelson Levy había silenciado el tema con montañas de billetes.

Faura lo apuntaba todo en una libreta: entradas y salidas de vehículos,

matrículas, número de ocupantes de cada coche... Incluso anotó los datos del repartidor de pizza que les llevó la cena la noche pasada. Hizo el baremo tirando por lo alto: siete pizzas medianas equivalía a ocho hombres en el interior. Comprobó en la radio que no hubiera partido. Le sorprendió escuchar al presidente del Gobierno anunciando la subida de la edad de jubilación a los sesenta y siete años.

Faura se carcajeó.

Hizo una ronda de reconocimiento por los alrededores. En el polígono de Cobo Calleja apenas quedaban carteles en castellano. Vio a chinos descargando cajas repletas de objetos inútiles: gatitos de plástico que te saludaban con la mano, revistas de sudokus de saldo, sartenes con teflón despegable, auténticos bolsos Loewe de imitación, DVD de clásicos Disney adaptados en Taiwan, pantalones vaqueros que se habían puesto de moda en invernaderos de El Ejido. Avanzó por las calles del polígono y aparcó de espaldas a la nave de los rusos. Incluyó el sillón y se recostó un poco. Ajustó el retrovisor para poder ver la puerta y descansó la vista unos instantes.

Se arrepentía de no cogerle el teléfono a Eli. La pobre se preocupaba. Sus nietas preguntaban por el abuelo. Prefería no decirles nada, que pensasen que continuaba con sus rarezas. Sabía que su hija no llamaría a la policía. Al menos no hasta que desapareciese durante un par de días. Esa era la consigna, el trato al que habían llegado. Y ella no decía nada. Prefería no saber.

Sonó la alarma del reloj. Era el momento de las pastillas para el infarto. A ver, ahora toca la verde. Bebió un sorbo de agua. Luego meó en la botella. Repasó el listado de coches que coincidían con la descripción del que atropelló a Susana. Subrayó, descartó, comparó con el de meses anteriores, miró por el retrovisor.

Nada se movía. La espera se antojaba larga.

Susana. ¿Cuánto hacía que no iba a visitarla? Odiaba el hospital, odiaba la carcasa muerta de su esposa, los pitidos de las máquinas, la sonrisa de los fisioterapeutas. Era contemplar un monumento a la culpa. Reconócelo, Paco: la

dejaste allí para no tener que verla cada día, para que tu vida no fuera un continuo recordatorio de lo que fuisteis, de lo que os arrebataron.

Vives en la calle como excusa para no pensar en ella.

Dio una nueva vuelta con el coche alrededor de la nave. Nada había cambiado. Hasta las cajas que descargaban los chinos eran las mismas. Giró en una rotonda y aparcó de frente esta vez.

Se fijó en el Porsche que había al fondo. Ya lo había visto antes, pero no le había prestado demasiada atención. Estaba centrado en otras cosas y lo había pasado por alto. Sin embargo, su instinto de madero viejo le susurró al oído. Nadie es tan imbécil, pensó. Pero no hay que subestimar nunca a los gilipollas. Más de uno había llegado a la Casa Blanca.

Arrancó de nuevo y condujo a baja velocidad. Cuando pasó a su altura, el conductor se agachó. Continuó la marcha y aparcó tras un camión. Dejó el Fiat Marea algo salido para poder mirar por el retrovisor lateral del copiloto.

Faura, pese a la distancia, reconoció al tipo que ocupaba el Porsche. Era el proxeneta que aparecía en los vídeos de seguridad acompañando a Galya a la fiesta donde la asesinaron.

Lo que vio por el retrovisor fue a Aldo tirándose de los pelos, a Aldo vigilando la nave de Dmitri, a Aldo agachándose para meterse rayas, a Aldo tirándose de los pelos otra vez.

—Pero ¿qué hostias...? —murmuró para sí mismo.

Le iba a pegar dos tiros a Dmitri. Uno en cada rodilla. Después, cuando lo tuviera a su merced, le obligaría a follarse a Anastasia.

Aldo odiaba a esa gata. También odiaba a Dmitri. Sospechaba que el checheno era el asesino de Galya.

Se metió un par de rayas. Ese había sido su alimento durante tres días.

Tres días de insomnio absoluto, de mente obtusa, de recuerdos febriles.

Aldo se acordaba de las manos de Galya, de su culo, de sus ojos. Pero había olvidado sus labios. Siempre miraba hacia arriba cuando se la chupaba. Joder, si hasta cerraba los ojos cuando se besaban. Trataba de recordar su forma, pero le venían los de Yulia. Cuando eso ocurría, esnifaba un par de rayas y a otra cosa. A la mierda el lóbulo frontal: lo importante es pegarle dos tiros a Dmitri.

En el asiento del copiloto tenía el revólver. Sabía que funcionaba. Le había descerrajado un balazo a aquel gitano enorme. Poco le importaba: un segundo ombligo nunca viene mal.

Ahora se arrepentía de haberlo hecho. Podía haber fallado el tiro. El pollo tenía el cuerpo recubierto de oro. Eso es mejor que un chaleco de kevlar. La bala podía haber rebotado y...

Aldo se golpeó la cabeza. Céntrate, pinche güey. Deja de pensar en pendejadas.

Pegarle dos tiros a Dmitri. Ese era el objetivo.

Aldo se metió otra clencha.

Echaba de menos las rulas de Boris. La zorra de la Paca solo tenía farla. Le mantenía despierto, pero lo emparanoiaba. Hija de la chingada. Al menos estaba

bien cortada. No era mierda de la que vendían en la puerta. Aquella remesa la guardaban para consumo propio.

Pero lo mejor era el coche. El Porsche no apestaba a gato como el BMW. Aldo también fantaseaba con meterle un tiro a Anastasia. Odiaba a ese bicho casi más que a Dmitri.

Dmitri.

Un tiro en cada rodilla. Bang, bang. Jódete, pendejo.

Céntrate, Aldo. Se te va la cabeza. Una rayita más me despejará.

Dmitri había asesinado a Galya. Jugaba con él. Lo mareaba. No lo mataba directamente. Era el cuento del gato y el ratón. Anastasia era un gato. Mataría a Anastasia. Le pegaría dos tiros de Dmitri. Uno por rodilla. Pero el hijo de su pinche madre no asomaba la cabeza. Allí aguardaba, cambiando el coche de sitio, vigilando desde lejos. A veces se largaba a casa a por más droga y luego regresaba al polígono. Estaba lleno de comercios chinos. Cada rato aparecía un camión y le jodía la ruta de escape. Aldo confiaba en el motor del Porsche para huir a toda hostia. Los rusos no lo podrían alcanzar. Había puesto el coche a trescientos por la M50. Casi se mata. Un cabrón de mierda circulaba a setenta. Deberían prohibir conducir tan despacio. Los chicos de Dmitri salían a llevar a las putas al trabajo. Hacían turnos. Sabía que dentro siempre había cinco o seis. La guardia del zar. Porque debía de estar ahí dentro. Aunque no lo viera. Dmitri no podía haber ido a ninguna parte. Se escondía como una alimaña. En su agujero. Sin sospechar que iba a recibir un tiro en cada pierna. Bang, bang. Uno por rodilla.

Se volvió a estirar de los pelos. La paranoia le acechaba. Estaba ahí, haciéndole repetir los mismos pensamientos una y otra vez. De forma cíclica.

Y Dmitri no salía.

Se metió una puntita.

A la mierda, me largo. Ya volveré luego, puto ruso de los cojones. Te meteré un par de tiros, cabrón. No tengo prisa, aún me queda mucha coca.

Arrancó el motor y se largó de allí.

El Fiat Marea de Faura lo siguió desde una distancia prudencial.

Aldo atravesó las arterias que circunvalaban la ciudad. De vez en cuando levantaba el pie del acelerador. No quería tener un accidente ni que le parase la Guardia Civil. Vamos, güey, tienes que llegar vivo a casa. Tenemos que vengarnos de Dmitri.

La paranoia lo empujaba a pillar velocidad. Se metió en un túnel. La paranoia se convertía en claustrofobia. Salió hacia el barrio de La Latina y aparcó en la plaza de parking que le alquilaba Habib.

Entró en el restaurante turco y se pidió diez kebabs.

—Un día me tienes que vender una bomba, Habib —le repetía sin parar—. Mataré a un montón de infieles por ti, te lo juro.

—Tú eres infiel.

—Infieles rusos, Habib. Esos son peores.

—Yo no tengo bombas.

—Una pequeñita, vamos. Se la meteré por el culo, bien prieta, para que le reviente por dentro.

—Meter cosas por el ano es de infieles.

—Vamos, Habib. Un petardo al menos. Uno que le vuele los cojones al ruso.

—No.

—Venga.

—No.

—Entonces ponme una ensalada.

—¿La quieres con salsa de yogur?

Un viejo entró por la puerta del garito. No parecía asquearle el suelo pegajoso ni el calor insalubre. Era como si tomase el café en sitios peores.

—Hola —saludó Faura—. Quería uno de esos rollos.

Señaló al cilindro de carne prensada que se tostaba ante los fogones.

—¿Menú? ¿Dürüm? ¿Falafel? —preguntó Habib.

—No, no: yo quiero un rollo.

—¿Pollo? ¿Ternera?

Faura se encogió de hombros.

—Del normal.

Habib resopló. Murmuró un «infieles» en árabe y siguió a lo suyo.

—¿Son para una fiesta? —preguntó Faura al ver los diez kebabs de Aldo.

El mexicano asintió en silencio. No le apetecía hablar. Agarró su compra, pagó y se marchó sin mirar atrás. Después subió a casa. Se quitó las gafas de sol y no encendió las luces. Luego se metió una raya. Masticó la comida de mierda mientras se torturaba mirando el vídeo en el ordenador.

Mataría a Dmitri. Dos balas. Y luego se pegaría un tiro en la sien.

Porque vivir hacía tiempo que no tenía sentido.

En la calle, Paco Faura observó que solo uno de los apartamentos tenía las luces apagadas. Después se fijó mejor: en realidad, tenía las persianas bajadas.

Regresó al Fiat Marea y marcó el número de Eli.

—Hola, hija, ¿qué tal?

—Pero ¿se puede saber dónde te habías metido? Te he llamado como un millón de...

—¿Habéis cenado ya? —la cortó él.

Un silencio. Un suspiro.

—Las niñas acaban de volver de ballet. Aún estás a tiempo de llegar.

—Pues ahora mismo voy.

—Vale, te esperamos.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Está Ángel contigo?

—Sí. ¿Quieres que te lo pase?

No le dio tiempo a contestar.

—Hola, Paco.

—Escucha. Necesito que prepares el material. Tengo que colocar micros en un coche y en un piso. ¿Puedes hacerlo?

—Sin problema, ya lo sabes. ¿De qué se trata esta vez?

—No estoy seguro.

La nueva pista de CJ llegó por los informes internos de Harrelson Levy. El Mormón no quería crímenes cerca de sus inversiones. Pagó a los medios para que no hablaran de la chica decapitada y apretó a los políticos para que los jueces dieran carpetazo. Luego le pasaron un resumen del asunto. CJ lo leyó. Según los testigos y la investigación preliminar, la víctima era una prostituta de origen ruso.

Un hilo del que tirar.

CJ se disfrazó de turista sexual. Buscó chicas. Rubias. No, mejor que no hablen español.

Zona centro: calle Montera, alrededores de Gran Vía, Ballesta, Jacinto Benavente, Cines Luna. Zorras españolas, amas de casa que se sacaban un sobresueldo para ayudar a sus maridos, universitarias que se pagaban la carrera de Ética a base de poner el culo. Zona norte: plaza Cuzco, en pleno paseo de la Castellana, esquina Juan Gris. Una selección de albanesas solo aptas para gente de pasta. Zona este: Vicálvaro y Vallecas. Barrio industrial, putas de polígono tiradas sobre cartones, chulos vigilantes desde el coche. Zona oeste: Casa de Campo. Partido de vóley femenino entre Camerún y Nigeria.

Zona sur: Marconi y Villaverde.

CJ circulaba despacio con su vehículo. Lo que vio: negras agrupadas ante la parada del cercanías de Villaverde Alto, rumanas atrincheradas en la avenida Real de Pinto. La desesperación las hacía caminar desnudas. A la mierda el frío, esto es un negocio. Las africanas lanzaban miradas despectivas a CJ. Contigo no, negrata. Me espantas a los blanquitos. Lárgate a vender cedés a la Puerta del Sol. Vamos, date el piro.

Las chicas se exponían en las aceras. Escaparates de carne en mal estado, usada, barata. Bajaban de coches, camiones, furgonetas y se montaban de nuevo en otros vehículos. CJ pasó ante una gasolinera con seguridad privada que evitaba que las putas follaran en los aseos. Iros a las vías del tren, zorras. Y así lo hacían. Ante la mirada de transeúntes, mirones y hasta de la Policía Local.

CJ paró el coche. Le preguntó a un ciego que pedía limosna delante de un supermercado alemán.

—Rusas —dijo—. Chicas muy rusas.

Mostró un billete de cien euros. El mendigo se bajó las gafas oscuras para verlo mejor. Estaba bizco. Al menos no era un completo timo.

—Aquí puede encontrar lo que quiera.

—Rusas —repitió—. Como a la chica que decapitaron.

—Ese asunto es muy feo, compadre.

Lenguaje no verbal: mirada esquiva, nerviosismo evidente, temblor en el labio. Bingo.

—Soy reportero del *Wall Street Journal*, de New York City. —CJ pronunció cada palabra con su mejor acento de Nevada—. Warren Beatty quiere una entrevista a lo Hunter S. Thompson para el Special Issue de Christmas. —Extrajo un segundo billete y le lanzó la mejor de sus sonrisas—. *Be asshole, my friend*.

El ciego flipaba. Agarró el segundo billete y se lo guardó a toda prisa.

—Es usted periodista.

—Eso he dicho.

—Ya.

—¿Qué me puedes decir de esa rusa a la que encontraron muerta?

—Nada, compadre. Yo no he visto nada.

—Ya sé que eres ciego, *brother*. Pero estoy seguro de que conoces a alguien que me pueda echar un cable.

Lo de «brother» lo entendió. Se sintió halagado.

—Esa chavala se ponía en la zona de las soviéticas. —Señaló una de las calles

adyacentes—. Solía ir con Yulia y Zina, ¿sabe, compadre? Son las más altas de todas. Zina la chupa de puta madre.

—Solo me interesa mi artículo para el periódico.

—Ah, claro. Cuando apareció la otra sin cabeza, dejaron de venir durante un par de días, pero esta semana ya las he visto. De todas formas, vaya con cuidado, compadre, que la cosa está enrarecida, ¿sabe *usté*? Con eso de la cabeza y tal, los chulos están paranoicos y las muchachas, asustadas. Hablar de esto es peligroso.

—Muchas gracias, *motherfucker*.

—¿Y no... no me va a sacar en portada?

—Es mejor que nadie sepa que hemos hablado. El secretismo de las fuentes. El ciego no sabía a qué fuente se refería.

—Bueno... Si quiere pasar por aquí, le puedo contar muchas historias, y mejores que la de esa pobre desgraciada. Verá...

CJ arrancó el motor cuando el mendigo comenzaba a narrar su vida. Nació en Huelva, pero me vine a Valdemoro de pequeño.

Avanzó despacio por la calle que le había indicado. La sordidez se volvía más abundante. El viento removía papeles y condones usados. Dio una primera vuelta de reconocimiento. Encontró a tres rubias, una de ellas bastante alta. Quizá fuera Yulia, o Zina. La otra estaría con un cliente. No tardó en localizar al proxeneta, un tipo de aspecto nervioso que miraba sin disimulo por la ventanilla.

CJ giró en una rotonda y rehízo el camino. Al pasar junto a la rusa alta, paró el coche y bajó la ventanilla.

—Hola, nena. ¿Cómo te llamas?

La chica se acercó. Hizo un mohín al ver a CJ.

—Zina.

Jackpot.

—¿Te subes?

La rusa baremó sus posibilidades. No parecía mala persona, pero ninguno lo parece al principio. Habría preferido a un yupi de fin de semana, o a un grupo de niños para una paja colectiva. Zina adivinó la musculatura de CJ bajo su

camisa. Luego pensó que conducía un Mercedes y que le podría sacar más guita de la cuenta. La crisis llegaba hasta Moscú, *koll*.

Zina se montó en el asiento del copiloto. La calefacción la calmó. Echó el respaldo hacia atrás y se cruzó de piernas. CJ se sintió tentado.

—¿Adónde podemos ir? —preguntó.

—Aparca en aquel descampado.

Condujo apenas cincuenta metros. Un solar lleno de charcos de orines les dio la bienvenida. Una enorme vaharada a excrementos los saludó efusivamente. Había esperma en el ambiente.

—Treinta francés, cincuenta completo. Si quieres griego, te saldrá más caro.

—¿Por qué no hablamos un rato antes?

Zina suspiró.

—Eso también te saldrá caro.

CJ puso tres billetes de cien sobre el salpicadero. Uno tras otro.

—Ningún problema, *baby*.

El acento yanqui de CJ no impresionó a Zina. En realidad, le pareció que aquel negro hablaba como los malos de los dibujos animados soviéticos.

—Eso es mucho dinero —dijo.

—Solo quiero hablar un poco.

—¿Eres poli?

—¿Cuántos polis negros has visto en este país?

—¿Entonces?

A Zina le habían saltado todas las alarmas. Tanta pasta no era normal. Ese tío tan grande no era normal. Seguramente quería hacerle cosas poco normales.

Se bajó del coche con tranquilidad. Parecía una gran señora escapando de un palacio. Normalidad. Pilla la indirecta: paso de raritos.

CJ también descendió. Dejó la puerta abierta y el motor en marcha. Alcanzó a Zina en tres zancadas. Los zapatos de tacón de aguja no eran los mejores para escapar de un descampado lleno de escombros.

—Quiero hablar de tu amiga. —CJ la agarró de la muñeca—. La que

decapitaron.

Inmovilizó a Zina antes de que reaccionase. Le tapó la boca con la mano libre y la apresó contra su cuerpo con un gran abrazo.

—Estoy investigando lo que le ocurrió. Busco a su asesino. Necesito encontrarlo antes que la pasma. Sé que la conocías. No te voy a hacer daño, de verdad. Solo quiero respuestas. —Miró al lago azul de sus ojos—. ¿Hablarás conmigo? —Ninguna reacción—. Solo hablar, de verdad. No te haré daño. —Aflojó la presión—. No grites, por favor.

CJ retiró la mano que la amordazaba.

—Yo no sé nada.

—Crees que no sabes nada, pero seguro que puedes echarme un cable.

—Galya era mi amiga y la mató en un descampado como este un loco como tú.

—Piensa un poco antes de hablar. Si hubiera querido matarte, no habría paseado con mi coche y a cara descubierta ante tantos testigos. Habría sido discreto, habría aguardado mi oportunidad. Vamos, ayúdame a encontrar a quien le hizo eso a Galya.

Su tono era sincero, se podía confiar en él. Abandonó su abrazo y dejó espacio entre ellos. Zina sintió frío al despegarse de su cuerpo. CJ retrocedió un par de pasos. No le había hecho daño. No se la había llevado a ninguna parte, sino que había aparcado donde ella le había indicado. Y allí estaban ahora. De pie, frente a frente.

—Galya... ella...

CJ vio la duda en la mirada marina de Zina y extrajo un nuevo fajo de billetes.

En ese momento escuchó pasos a su espalda. Se dio la vuelta justo a tiempo de esquivar un puñetazo de Boris. El proxeneta llevaba una porra extensible. CJ paró el segundo golpe con una llave, giró sobre sí mismo e inmovilizó al ruso. Colocó la mano en el cuello y en menos de cuatro segundos Boris se desmayó.

Zina estaba boquiabierta.

—Tranquila —la calmó—. Cuando despierte, tendrá un enorme dolor de

cabeza y no recordará casi nada. —CJ se lo echó al hombro como si fuera un fardo—. Vamos a dejarlo en su coche. Creerá que lo ha soñado, que se ha quedado dormido.

—¿Cómo... cómo has hecho...?

—Esa llave la enseñan los Delta Force. Bloqueas el riego sanguíneo y desconectas al tío.

—Pero...

—Luego te enseñaré a hacerla.

Zina nunca imaginó que su príncipe azul fuera tan negro. De hecho, había perdido la expectativa de encontrar a ningún tío decente. Pero al ver a Boris derrotado en apenas un pestañeo, sintió algo que creía haber olvidado: esperanza.

—Galya se marchó con Aldo —dijo—. Era su protector, y el mío también.

—¿Su chulo?

—Se escaparon juntos. Una tarde me llamó y me confesó dónde estaban. Te puedo dar la dirección.

—¿Por qué me cuentas esto?

Señaló el cuerpo inerte de Boris.

—Los chicos creen que ha sido Aldo. Si les hubiera dicho dónde estaba, habrían ido a por él y lo habrían matado. Pero yo creo que Aldo no ha hecho nada.

—¿Por qué estás tan segura?

Se encogió de hombros.

—Estaba enamorado de Galya, o eso decía él. Además, es un medio hombre. No se habría atrevido.

—¿Esto lo sabe la poli?

—Si hablo con la pasma, llegarían a... —Hizo una pausa para evitar nombrar a Dmitri—. Quiero decir que mi jefe me castigaría, y entonces sí que tendría problemas. Pero tú has dicho que no eres de la policía, *da*?

CJ la miró como lo que realmente era: una chiquilla asustada, con una edad

mental de doce años, que pensaba que madurar como persona consistía en follar con tíos. Pobre chica tonta, mercancía en manos de cabrones que sabían acojonarla.

Le tendió el fajo de billetes. Zina lo miró sorprendida.

—Escóndelo donde no puedan encontrarlo. Es tuyo, que no te lo quiten. Y ahora vamos a dejar a este gilipollas dormidito tras el volante.

Zina lo observó caminar. Luego contó el dinero. No tenía ni idea de dónde se iba a meter toda esa pasta.

Cerradura antigua, cerrajero anticuado.

Faura lo hacía todo al estilo de la vieja escuela. Odiaba el país para niños en el que vivía. Le molestaba que su cámara Réflex fuera digital, con todos esos botoncitos y opciones que jamás utilizaría. Abominaba de los coches modernos, con navegador, climatizador, ABS y demás basura de Fórmula 1. A Faura le gustaban las cosas simples y eficientes: un Montecristo entre los dientes, micros de la Guerra Fría, su inseparable encendedor zippo. Por eso seguía usando sus viejas ganzúas artesanales fabricadas con varillas de paraguas y radios de bicicletas.

Que se joda el progreso: los vejestorios aún podemos plantar batalla.

Ángel estaba a su lado. Le atraía la vida salvaje de espías, pero no estaba hecho para ella. Sus nervios eran evidentes. Pese a ir disfrazado de revisor del gas, parecía un testigo de Jehová. No paraba de murmurar lemas para Eurovegas. Pensaba que se podría hacer rico con ellos.

—¿Procesados Eurovegas?

—No lo veo, yerno.

—¿Cómo que no? Procesados es tan... ambiguo. Significa todo y a la vez nada.

—Por eso.

—Vale, ¿y qué tal Eurovegas Ciudad de Vacaciones?

—Creo que ya existe.

—Entonces Eurovegas Holiday City.

—No entiendo el alemán.

—Pero si no...

La cerradura se abrió con un clac sordo. Lo recibió una vaharada de aire acre. Faura encendió una linterna. Apestaba a cerrado y a más cosas: vómitos de perro, heces maceradas, sudor pastoso.

—Vale, tenemos media hora. —Miró su reloj de pulsera semioculto tras el guante de látex—. El tío se ha ido en coche y no creo que vuelva, pero por si acaso bajaré a vigilar.

—Sin problema, Paco.

—Un micro en cada habitación. Y si tiene ordenador, me haces una copia de la memoria.

—Voy a ello.

Se separaron. Faura ignoraba qué se podía encontrar en ese apartamento minúsculo. Hizo un plano mental de cada habitación. Se sorprendió al encontrarse algo tan pequeño. La puerta daba al comedor. Una puerta a la derecha enlazaba con el aseo. Comprobó que el váter estaba atascado. El olor a mierda era penetrante. La ducha tampoco funcionaba. Regresó al salón. Estaba unido a la cocina. Vio montañas de cajas de pizza acumuladas en una pared.

—La torre de Pizza —bromeó para sí.

Entonces se detuvo delante del frigorífico, que emitía una vibración constante. El ruido del motor era lo bastante alto como para perturbar el sueño a cualquiera. Se tapó la boca con un pañuelo. Se imaginó a sí mismo abriendo la nevera y encontrándose cara a cara con Galya. Con su cabeza. Con sus ojos de hielo.

Decidió arriesgarse.

Casi se sintió decepcionado. Dentro había medio limón, una botella de Fanta llena de agua y varias cebollas marchitas en el cajón de abajo. El interior apestaba a humedad y a corrupción. Un líquido negruzco se condensaba en la parte de abajo. ¿Sangre, quizá?

Miró a su alrededor. A veces era aconsejable ver el cuadro en su conjunto y no centrarse tanto en los detalles.

Allí solo había desesperación. Basura. Restos de un tipo que había renunciado a vivir. Suciedad, polvo, pelusas, manchas de humedad en el techo. No se lo

podía considerar un hogar. Más bien se asemejaba a un calabozo. No encontró ningún recuerdo personal, ni una foto, ni un libro, nada que hiciera suponer que estaba habitado y no que fuera un estercolero. Aquello le retrotrajo recuerdos olvidados, de la época de Franco, cuando su misión como policía del Régimen consistía en tirar puertas abajo y asustar a la chiquillería. En una ocasión se encontraron a un anciano que llevaba días muerto. Los gusanos le comían los ojos. La casa de aquel cadáver no era tan distinta a aquella. Una persona solitaria, olvidada, sin amigos ni familia. La soledad más absoluta, más angustiosa.

La nada.

Se preguntó si Aldo tenía también lombrices en los ojos. No lo sabía. No se quitaba esas gafas de sol.

Ángel lo llamó desde el dormitorio:

—Paco, ven a ver esto.

Avanzó evitando los escombros del suelo y llegó antes de que un nuevo grito indiscreto los delatase. Su yerno no valía para espía.

Lo encontró ante el ordenador.

—¿Qué ocurre?

—Este tío es muy raro. Al revisar su historial de navegación, he visto que entra de forma obsesiva a la misma web una y otra vez.

—¿Qué web?

—Por eso quería que vinieras, Paco. Para que lo vieras tú mismo.

Aquella fue la primera y última vez que Faura vio el vídeo.

En la calle esperando a que terminara Ángel. Vigilando. Apoyado en la puerta de la finca de enfrente.

Pensando.

No podía quitarse esa imagen de la cabeza. En su época de policía aprendió a reconocer a los fugitivos por determinados rasgos faciales. Podían ponerse

pelucas, barbas postizas, tapar su rostro con gafas de sol... pero él los seguiría reconociendo. La forma de la nariz, la de los labios o la frente podían servir para identificar a cualquiera.

Y Faura lo tenía claro: el tipo al que decapitaban en el vídeo era Aldo.

Sin gafas, sin barba, con el pelo corto, pero era él. Y, al mismo tiempo, no podía serlo.

Lo había visto hasta el final. Al pobre desgraciado le arrancaban la cabeza. Se la cortaban de cuajo. La mostraban a la cámara.

No era un truco. No lo parecía, al menos. En una época donde ibas al cine a ver invasiones de marcianos, parques jurásicos o basura en 3D, todo era posible.

Pero ahí estaba de nuevo su instinto. Olfato de madero viejo y astillado: el vídeo era real. Unos narcos decapitaban a su sospechoso. Afeitado con motosierra.

Era real.

Su intuición le decía que era un familiar. Quizá su hermano. Puede que su padre. No daban fechas.

Su pecho amenazaba con sufrir una arritmia. Fue poli, y de los buenos. Ahí pasaba algo.

Un proxeneta fascinado con una decapitación. A su chica le cortan la cabeza.

Móvil: fanatismo, psicopatía, abuso de estupefacientes, ira, venganza, una señal a la mafia rival. Sospechoso de la muerte: Aldo.

Faura caminó inquieto por la calle. Daba vueltas sobre sí mismo. Su cerebro iba a mil por hora y no tenía pastillas de freno.

Aldo era un culpable cojonudo. Posible cabeza de turco. Tal vez alguien lo trataba de enmierdar. Lo del vídeo podía ser casualidad. La vida está llena de ellas. El azar existe. La suerte quizá también. Puede que Aldo no fuera más que un gilipollas.

No. Esa teoría no se sostenía. Todo era falso. El viejo se engañaba a sí mismo.

Porque si Aldo había matado a Galya, su teoría del asesino en serie se

derrumbaba. El caso de Maribel Botella no tendría relación alguna con el de la prostituta rusa. Habría sido otra puta casualidad, joder.

Los micros. Faura confiaba en la ciencia. Bendito mundo de niñatos. Alabadas sean las nuevas tecnologías, viva la Era de la Información, celebremos la venida de tablets y móviles más inteligentes que el usuario. Cómo los odiaba, pero le podían dar las respuestas que le faltaban.

Algo saltó en su interior. Un resorte interno se activó. Allí: un negro enorme parado ante la puerta.

Faura lo observó: ropa deportiva, cabeza afeitada, grandes hombros, prominentes bíceps. No parecía un mantero. Tampoco un curioso. Joder, Paco, ¿quién coño es ese tío?

No encontró respuesta, pero el negro lo miró a él.

—Perdone, amigo —dijo CJ—. ¿Sabe quién vive en el tercero?

El cerebro de Faura recopiló información: acento extranjero, dejes latinos, trasfondo yanqui. Por su mente pasaron cien posibilidades. Su cráneo albergaba un motor de mil caballos.

—La gente va y viene en estos apartamentos —contestó, encorvándose para representar su papel de abuelo—. ¿Busca a alguien?

CJ se humedeció los labios.

—¿Sabe si vive un tipo llamado Aldo? Pelo largo, barba...

La cabeza de Faura echaba humo. ¿Quién es este tío? No camina como un poli, pero transmite seguridad en sí mismo.

—Oh, sí, ya sé quién dice —repuso—. Pero ese chico se mudó hace un par de días. Lo vi salir a toda prisa con un montón de maletas.

CJ se quedó pensativo. Miró de nuevo a la fachada del edificio. Las persianas estaban bajadas.

—Ya sabe —prosiguió Faura—. Los viejos nos entretenemos mirando por las ventanas, vigilando quién va y quién viene. Pero, si quiere, me puede dejar el recado. Lo vi unas cuantas veces con una chica rubia muy guapa. Parecía rusa.

La mente de Faura buscó alguna reacción en CJ. No la encontró.

—Está bien —respondió—. Gracias.

Y continuó su trote tranquilo calle abajo.

Faura se quedó de piedra dos segundos. Después corrió al interfono y marcó la secuencia de timbrazos acordada con Ángel: dos largos, dos cortos. Contestó al momento. Parecía alterado.

—Termina ya —dijo Faura—. Yo me tengo que ir ahora mismo.

—¿Que te vas? ¿Adónde? Aún tengo que hacer el volcado en el disco duro externo.

Faura apenas le prestó atención. Solo tenía ojos para aquel mulato que se alejaba haciendo footing.

—Me voy —repitió—. Luego nos vemos.

Después montó en el Fiat Marea y persiguió a CJ desde la distancia.

CJ corría despacio, le ayudaba a pensar. Enganchó el camino de vuelta al Grand Biedma Hotel sin prisa. Se colocó los cascos para escuchar música. Tenía una decisión importante que tomar.

Al llegar al vestíbulo se encontró con Cristina Olsen en recepción.

—Vaya, la escudera de los Levy... ¿Larry requiere de su chófer para que lo lleve a alguna fiesta de borrachas?

CJ se quitó los cascos. Estaba empapado en sudor. Cristina le mostró lo que tenía en la mano derecha. Era una botella de champán.

—Hoy es mi día libre —dijo—. Hasta las hijas de puta agresivas sin escrúpulos descansamos de vez en cuando.

—No me malinterpretes, nunca dije que fueras una hija de puta.

Cristina agitó la mano izquierda. Dos copas de cristal tintinearón al chocar.

—¿Necesitas órdenes del coronel para aceptar mi oferta, soldado?

—Señorita Olsen, me ofende: soy un mercenario.

—Entonces ¿tendré que pagarte?

—Me alquilo, pero no me vendo.

—Compruebo que nuestros trabajos no son tan distintos, mister Jimenes.

Sonrieron a la vez. El tira y afloja terminaba en empate. Ella contoneó su culo hacia el hall y él la siguió hipnotizado.

Desde el otro lado de la calle, Faura lo observaba todo con el teleobjetivo de su cámara Réflex. Cada vez entendía menos.

—¿Quién coño eres? —se repetía—. ¿Y qué pintas en todo esto?

Olor a queroseno. El Black Hawk era una mierda. Ni siquiera le habían lanzado un misil antiaéreo. Alguien la había cagado en la revisión y se jodió el rotor. A tomar por culo. Los pilotos trataron de aterrizar cuando vieron las primeras señales de que algo no iba bien. Lo lograron a malas penas. La hostia fue considerable.

CJ no debía estar en ese helicóptero.

Enorme pifia. Cayeron a escasos metros de un asentamiento rebelde. Los cabezaturbante los apresaron. Eran ocho tripulantes, contando a CJ. Los rescataron a culatazos, los desnudaron y luego les dieron alguna hostia más de propina. El piloto tenía una hemorragia interna y no llegó a la sucia cuadra donde los arrojaron.

En la porqueriza conoció a Percy de la Cruz.

Llevaba tanto tiempo allí que casi no hablaba inglés. Solo se comunicaba en árabe. CJ le tiró de la lengua. Consiguió que se soltara con el español. Percy estaba muy jodido.

Las primeras doce horas se resumían en tortura: palizas, amenazas de muerte, luxaciones, asfixias. Un puñado de granjeros fanáticos de su fe armados con fusiles soviéticos de los setenta. Le clavaron algo en el brazo, un jeringazo que le hizo rechinar los dientes. CJ iba a acabar tan jodido como Percy.

Eso si salía vivo, claro.

Las demandas y amenazas: quién eres, qué quieres, entrérganos las armas, libera mi país, mataré a tu rey, volved a Texas, yo soy tu amo, llámame señor, maté a Elvis, maté a Kennedy, te mataré a ti. La respuesta de CJ para todas ellas:

sois unos hijos de puta. Le apretaron las tuercas todavía más. Él solo quería desmayarse y que acabara todo.

Se había rendido antes de empezar. Le habían jodido el aguante. Esperaba su ejecución.

Pasaron los días. Todos al patio trasero. Niños, vamos a jugar. Ahí estaba Donner, reventado a palos. Un moraco llevaba un sable enoorme. Era la puta *Excalibur* de los cuchillos. Se taparon la cara. Apalearon a Donner hasta que se arrodilló. Sostenían esas metralletas de desguace. Puesta en escena: una bandera afgana tras la corrala, los talibanes a los lados del prisionero, un cámara grabando en MiniDV, Percy con la cabeza envuelta en una toalla.

Hablaron en su dialecto. CJ entendió: Alá es grande, el Profeta, la voluntad de Dios, Coca-Cola, infieles.

Luego le pasaron el cuchillo. Percy enarboló *Andúril*. Le rebanó la cabeza a Donner. Se tomó su tiempo. Fíjate cómo le corta la tráquea, atento al sonido de las vértebras, observa cómo separa la testa del cuello.

—Mira, CJ —dijo—. Mira.

Y CJ miraba. En shock. Mira. CJ. Mira.

Yo te mantendré vivo mientras mato a los demás

Se despertó sudado. Hacía tiempo que no tenía pesadillas. El loquero hizo un buen lavado de cerebro. Había conseguido olvidar casi toda aquella mierda. O, al menos, eso pensaba. Pasar página. Ese era el mantra que repetía en cada sesión. Para terminar un libro hay que pasar páginas, CJ. No te puedes quedar anclado en el prólogo una y otra vez. Qué coño sabría ese tío de la vida, sentado en aquel despacho aséptico, estudiando en Harvard, follando solo por joder. Quiero medicinas, cabrón. Quiero volver a soñar.

Se levantó de un salto. Miró por la ventana. Allí, en alguna parte de aquella sucia ciudad, estaba Percy. Desquiciado. Decapitando.

Cristina Olsen se removió entre las sábanas.

—¿Todo bien, soldado?

—Yes, sir. Todo bien.

Pero sus palabras no eran creíbles. No transmitían seguridad ni confianza. Olsen lo sabía. Era muy buena captando las mentiras. Su trabajo consistía en eso. Una *personal assistant* velaba por su cliente y sabía detectar a los cabrones y chupópteros de toda índole. Y CJ no decía la verdad.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En nada.

Mentía de nuevo. Se entristeció al comprobar que no confiaba en él. Todo quedaba reducido a tres polvos en aquella habitación de hotel. Qué poco romántico: ella le había traído champán.

—Voy a salir a correr —dijo CJ—. Puedes quedarte en la cama todo el tiempo que quieras.

—¿Desayunamos juntos?

CJ miró el cuerpo desnudo que retozaba sobre el colchón. Necesitaba despejarse, olvidarse de la guerra, quemar calorías y pesadillas. Pero a la vuelta le gustaría abrazarse a Cristina. Y no soltarla nunca más.

—Okey. Volveré en una hora o así. ¿Te va bien?

Ella se tumbó de lado y cerró los ojos. Ya tendría tiempo de hurgar en los pensamientos y preocupaciones de CJ.

—Despiértame al llegar.

Correr.

Zapatillas fabricadas en China, chándal de Taiwan, iPod americano con subcontratas tercermundistas.

Madrid respiraba. Coches, asfalto, edificios históricos ocupados por McDonald's. USA iba a ganar la Guerra Santa de las marcas.

Correr.

Las noticias de la mañana. Ultiman la modificación de la Ley de Patrimonio

Histórico. El tertuliano avisa: el gobierno autonómico permitirá la destrucción de yacimientos fenicios. CJ sonrió. Otra ley a medida para Eurovegas. La arqueología preventiva brilla por su ausencia. Harrelson se carga restos romanos, visigodos o íberos. A la mierda los antiguos imperios: solo son piedras.

CJ había escuchado a Larry hablar de unos restos encontrados en el terreno donde van a construir. Un cráneo del Paleolítico o algo así. Recordaba a Harrelson Levy cagándose en su dios mormón, llamando por teléfono a las autoridades, recibiendo besamanos y pleitesía. La calavera de un cazador neandertal no iba a parar la maquinaria de hacer pasta.

Casinos, picaderos, campos de golf, hoteles: las necrópolis eran cosa del pasado.

La tertulia radiofónica se ponía cachonda. Uno acusaba a la alcaldesa de tener contactos, otro que la culpa era de la Comunidad de Madrid, mientras que un tercero recordaba el proyecto para crear un aeropuerto para jets privados en Navalcarnero.

Y todos esos políticos decían actuar por el bien común del país.

CJ pensaba que los españoles eran gilipollas.

Correr.

Avanzó entre el tráfico, usurpó un carril bici y llegó a la Casa de Campo. Trataba de poner en orden sus pensamientos.

Había visitado la cueva del proxeneta. La dirección que le dio Zina era correcta. Sin embargo, un vecino le dijo que allí ya no vivía nadie. El viejo fue contundente: lo vi salir a toda prisa con un montón de maletas. Otro callejón sin salida. Otra puerta que se cierra. Zina, la prostituta rusa, pensaba que ese chulo no tenía nada que ver. CJ sospechaba de Percy. Ignoraba si había relación.

Estaba como al principio. Tendría que untar a los mendigos para que le avisaran en caso de verlo. Confiar en camellos y yonquis. Un plan realmente *ridiculous*, CJ.

Giró en un recodo del camino. Regresó sobre sus pasos. Alcanzó de nuevo la gran avenida. Vio banderas sobre una exposición de Dalí en el museo Reina

Sofía. Un coche tocó el claxon. Lo adelantó. Dos tipos bajaron de él. Le mostraron la placa. Eran polis.

—Buenos días —saludó CJ.

—Los papeles —ordenó Floro.

CJ sacó la cartera. Jonás se la arrebató de las manos.

—Contra la pared —dijo Jonás.

—¿De qué va esto?

Floro empujó a CJ. Estuvo tentado de devolverle la hostia y salir corriendo. Era muy rápido y tenía resistencia. Sí, podía despistar a esos dos mamones. Pero decidió ser dócil. Se dejó hacer. Siempre le identificaban solo por ser negro.

—¿Te crees muy listo, moreno? —Floro lo cacheaba de arriba abajo.

CJ no contestó. Observó a Jonás, el otro poli que le había quitado la cartera. Se metía en el interior del coche. Imaginó que iba a comprobar sus datos por la emisora.

—¿Cómo te llamas?

—Carl Jimenes.

—¿Carl Jimenes qué más?

—Soy ciudadano americano. Solo usamos un apellido.

Floro le oprimió la espalda con el antebrazo. Le habría gustado hacerlo en la nuca, pero CJ era demasiado alto.

—¿Eres un listillo? ¿Es eso? ¿Qué coño haces en España?

CJ se hartó. No pensaba contarles su vida a esos tíos.

—Estoy de turismo.

Floro apretó más el antebrazo contra la espalda de CJ. Quería que se comiese la pared, pero no había forma. El mulato se mantenía firme.

—Mentira. ¿Quién eres?

—Carl Jimenes.

—¿Qué haces en España?

—Turismo.

Floro bufó. Sacó las esposas y se las enseñó.

—¿Quieres que terminemos esta conversación en comisaría?

CJ no entendía nada. Normalmente le pedían la identificación los agentes de uniforme. Pero estos vestían de calle. Eran inspectores, o de la secreta. Su forma de actuar también era muy agresiva. Tuvo una corazonada. Volvió la cabeza y miró el coche. En el interior estaba Jonás. Su documentación descansaba en el salpicadero, pero el poli no la estaba comprobando por la emisora.

Estaba fotografiando la identificación de CJ con un iPhone.

—¡Eh! ¿Qué coño haces, *motherfucker*?

—Habla solo cuando te pregunte —ordenó Floro.

—Le has hecho una foto a mi pasaporte.

—Cállate.

CJ se puso aún más tenso. La presión que ejercía Floro no era suficiente. Si quería soltarse lo haría en breve. CJ apretó los dientes. ¿Cuántas veces lo habían identificado desde que estaba en ese país racista? ¿Diez? ¿Doce? Sabía el procedimiento, sabía cómo actuaba la poli, y sabía que allí estaba pasando algo raro.

—¿Cómo vas, compañero? —preguntó Floro.

—Ya he terminado.

Floro aflojó la presión y dio un paso atrás. CJ se giró. Jonás le lanzó el pasaporte a la cara.

—Esta vez te has librado, negro de mierda —contestó Jonás.

—La próxima te empapelo, cabrón —añadió Floro.

—Que no te volvamos a ver.

CJ recogió su identificación del suelo. Floro y Jonás montaron de nuevo en el coche y se largaron de allí.

—*What the fuck...?* —murmuró CJ al verlos alejarse.

Jonás iba al volante. Floro resoplaba en el asiento del copiloto. El coche se deslizaba por el paseo de Extremadura. Había bastante tráfico aquella mañana. Se saltaron dos semáforos en ámbar. El tercero les tocó rojo.

—Ese cabronazo era grande —dijo Jonás, con sorna.

—Calla, coño. La próxima vez lo inmovilizas tú. No me gusta tocar negros.

—Alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

—Pues eso: tú.

Continuaron la marcha. Pasaron el Manzanares. El puente estaba lleno de turistas holandeses. Avanzaron hasta el desvío de Ronda de Segovia. Le pitaron a un coche con la «L» por no saltarse el disco rojo.

—Sabes que te vio, ¿no? —preguntó Floro.

—Que se joda.

—Más cuidado, macho. Nos jugamos un expediente.

—¿Y qué va a hacer? ¿Venir a comisaría a buscarnos?

La radio chasqueó. Una manifestación contra los desahucios terminaba en tangana de los antisistema. Pasaron de todo. Siguieron sin detenerse más. Línea recta hasta casi el final de la avenida a 60 por hora.

Paco Faura los esperaba en un bar de mierda de esos que tanto le gustaban. Se cubría bajo una terraza acristalada donde los fumadores podían darle al vicio. Lo encontraron terminando su descafeinado con sacarina. Fíjate: aspira el humo del cigarrillo de la mesa de al lado. Parece un mendigo de nicotina. Está senil, el viejo. Jonás paró en doble fila y tocó el claxon. Floro bajó la ventanilla y esperó.

Faura se levantó con parsimonia. Puso un par de monedas sobre la mesa y se acercó al vehículo.

—¿Está hecho?

—Más que eso —contestó Floro.

Extrajo el teléfono móvil. Faura se colocó las gafas. El iPhone se bloqueó. Dibujó el patrón de seguridad. Floro amplió la imagen. Faura arrugó el hocico.

—¿Es su pasaporte?

—Hemos pasado de hostias, Paco —le explicó Floro—. He enganchado a ese negro de mierda en mitad de la calle y le he pedido la documentación.

—Os habéis expuesto demasiado. Con indagar en el hotel era suficiente.

—Lo hemos hecho —le interrumpió Jonás—. Todo el edificio lo ha alquilado Harrelson Levy. Los de seguridad nos han pedido varias veces las placas. Al final hemos dicho que era un error y nos hemos largado.

—Ese sitio es un búnker —continuó Floro—. Habría sido demasiado sospechoso seguir insistiendo. Por eso le hemos dado el palo en mitad de la calle.

Faura apretó los dientes. Los chicos habían hecho un trabajo de mierda, pero lo habían hecho. Volvió a mirar la foto del pasaporte. United States of America. Jimenes, Carl. North Las Vegas.

—¿Es correcto?

La cabeza de Faura bullía. Americano, origen latino, trabajando para Sunny Las Vegas. Encontraron un cráneo en la parcela de Eurovegas. El mismísimo Harrelson Levy tropezó con él. Faura sospechaba que pertenecía a Maribel Botella. Luego aparece muerta Galya. CJ husmea por la casa del proxeneta. CJ respondía ante los Levy.

Eurovegas, el crimen de hace treinta años, la decapitación de unos días atrás. Había una relación, pero no sabía cuál.

—¿Todo bien, Paco? —preguntó de nuevo Floro.

—Sí, perfecto. Sois unos capullos, pero al menos habéis cumplido.

—En ese caso, vamos a seguir con lo nuestro. ¿Quieres que te acerquemos a alguna parte?

—No será necesario.

En ese momento Faura levantó la cabeza y miró al otro lado de la calle. Y vio algo que no esperaba, que no era posible. Pestañeó un par de veces más y centró la vista. Entonces supo que sí, que lo que veía era real. Muy real.

Sintió cómo le subía la tensión. Tragó saliva, apretó los dientes. La pesadilla de una nueva angina de pecho se hizo presente.

—Lo he pensado mejor —murmuró—. Llevadme a casa.

Aquella era la primera vez que el abismo le devolvía la mirada.

En la acera de enfrente estaba CJ.

Jadeaba.

No recordaba cuándo había realizado un esfuerzo semejante. Siguiendo su instinto, se había pegado la carrera de su vida persiguiendo a aquel vehículo por las calles de Madrid. Cada vez que pensaba que lo perdía de vista, un semáforo cambiaba de color y le daba un leve respiro. Desaparecieron por la Ronda de Segovia, pero no se rindió. Siguió a toda prisa, esquivando el tráfico, con los músculos al límite, los pulmones a punto de estallarle. Y cuando apenas le quedaba resuello, cuando se había dado por vencido, los encontró. No habían girado por ninguna calle, no habían zigzagueado. Habían seguido en línea recta y se habían detenido delante de una terraza.

Y allí, apoyado en una farola, al borde del calambre, sus pupilas se cruzaron con las del cabrón de Paco Faura.

—Te tengo —susurró sin aliento—. Te tengo...

Mantuvieron el duelo de miradas. Después, Faura montó en el asiento de atrás y el coche se perdió en las tripas de Madrid.

Día de partido. Policía montada del siglo XXI, vendedores de pipas, chinos que regatean con cerveza caliente. Los ultras del Frente Atlético con bufandas de aguilucho. Gritemos al cielo: alé, forza Atleti, alé, forza Atleti, alé. Asustemos a los aficionados del otro equipo. Putos granadinos. Mirad, un padre con su hijo. Eh, niñoato, te voy a rajar el cuello.

Aldo no quería problemas. Los evitó. Llevaba la mano derecha escayolada. Le picaba. Levantó la cabeza en busca de su objetivo. Un maromo sacaba pecho en mitad de la calle. Masticaba chicle aburrido. Aldo se acercó.

—Una entrada —pidió.

El reventa se cambió la goma de carrillo. Tienes pinta rara, tío. No me fío: eres un secreta. Aldo se dio cuenta.

—No mames, güey, ¿qué chingados pasa? Tengo lana.

Acento de Culiacán. El reventa se rascó la barbilla. ¿Quieres que me disfrace de mariachi? Dame la puta entrada.

—Quiero palco —dijo.

—Solo me quedan de lateral.

—Pero yo quiero palco.

—¿Eres nuevo en esto? —Escupió el chicle a un lado—. Es un Atleti-Granada. Nadie pide palco para un partido así. Solo tengo de tribuna. Cien y entras.

Aldo asintió. No era a él a quien había venido a matar. Cambiaron pasta por cartulina y se marchó.

En la cola de entrada se cruzó de nuevo con los del Frente. Venían borrachos de alguna parte. Un par de chavalas latinas pasaron por la otra acera. Los pavos

afinaron un nuevo himno: el Retiro es español, no es un parque de Ecuador, es español...

Aldo se alejó. Pasó por una puerta lateral. Había un arco voltaico. El detector de metales pitó. Un gorila lo cacheó con desgana. Aldo le mostró la mano derecha escayolada.

—Me han metido cuatro clavos en la muñeca.

Acento de Valladolid. Aldo había practicado. Le enseñó el cabestrillo. El segurata gruñó y le dejó pasar. Aún le quedaban otros diez mil tíos a los que registrar.

Aldo fue al aseo. Se encerró en un habitáculo. Reventó la escayola a hostias. Quitó los trozos con cuidado. Encontró la bolsa de plástico donde había introducido la navaja. Retiró más restos de yeso. Estiró los dedos para desentumecerlos. Comprobó que la faca funcionaba. Luego se metió un par de rayas.

Mientras se limpiaba en los lavabos se rio de la seguridad de dibujos animados de los estadios españoles. Algún día os colarán un lanzagranadas, pendejos.

Pasó de buscar su asiento. Fue a la parte más alta del estadio. No era simétrico. Había una grada con parasol a la que le faltaban dos fondos laterales. Eso le serviría para encontrar la ubicación exacta del palco.

Porque Dmitri les enseñaba fotos a los chicos. Aquí me tienes, *tovarish*. Ese de la corbata azul es el presidente. Mira, *koll*: barra libre de marisco. Fíjate en las camareras: demasiado gordas para trabajar de putas, *da*?

Aldo acarició de nuevo la mariposa de su bolsillo. Iba a rajar la garganta de Dmitri. Una nueva sonrisa de oreja a oreja. Escucharía sus súplicas y aun así lo mataría.

Por Galya, hijo de la chingada. Por el amor de mi vida.

Caminó en línea recta hacia los palcos. Los del Frente Atlético ya ocupaban sus localidades. Gritaban la alineación, jaleaban al Cholo, agitaban las banderas en alto: olelé, olalá, si no quieren violencia, que aprendan a pitar.

Saltó el Atlético. La gente tronó en aplausos. Saltó el Granada. Los pitidos se asemejaban a un avión despegando. Sorteo amañado, elección de campo, pitido inicial.

Ahora Aldo era invisible. La peña atenta al partido. Podía moverse por donde quisiera porque nadie le prestaba atención.

Al fondo, el palco de Dmitri. Tribuna superior alta. Una sala de juntas disimulada en un estadio. Los negocios se rubricaban en servilletas.

Aldo se colocó tras un soporte. Desde allí podía espiarlo sin peligro. Solo tenía que esperar.

Y esperó.

Dmitri no aparecía. Ese pendejo seguía escondido. Oculto en su madriguera. La navaja le quemaba en el bolsillo. ¿Dónde estás, güey?

Tu vieja amiga la paranoia: Dmitri te está jodiendo. Te vigila. Sabe dónde estás ahora mismo. Observa tus movimientos con una lente telescópica.

Aldo miró a su alrededor: veía *soviets* por todas partes. Gente aburrida del partido que perdía el tiempo con el teléfono móvil, domingueros que se sacaban fotos en dirección al césped, un continuo ir y venir a la barra para comprar refrescos y bocadillos. Y, de repente, entre la locura y el terror, Aldo comprendió que toda aquella gente trabajaba para Dmitri.

Cerró los ojos. El ajetreo del público persistía. Se tapó los oídos. Aún escuchaba el rugir de la sierra eléctrica. Las sombras se transformaron en Miguel, su viejo amigo, su verdugo en Culiacán.

Respiró por la nariz. Vamos, Aldo, es la paranoia. Demasiada farlopa tiene estos riesgos. Tómame un chute para calmarte. Y espera a que Dmitri aparezca.

Que se chingue: ataque frontal. Aldo se dirigió al acceso a los palcos. El estadio estaba abarrotado de gente: era el paraíso de las carteristas. Falcao metió el segundo. El Calderón rugió.

Alcanzó las escaleras de acceso a la zona noble. Se sorprendió al no encontrar

seguridad. Una chica uniformada como azafata le sonrió.

—¿Puedo ayudarle?

Aldo pasó de ella. Abrió la puerta y entró.

Unos cuantos capullos brindaban con champán. Corbatas negras, chaquetas negras. Aldo sospechaba que le gustaban las putas negras. Los güeyes ni siquiera miraban el partido. Esto es una reunión de junta, espalda mojada. Largo de mi vista.

Aldo se acercó. Había una maqueta en el centro: casinos, hoteles, luces. Larry Levy lo miró por encima del hombro.

—¿Nos conocemos?

Acento gringo, actitud de superioridad, neblina de coca en la mirada. La azafata lo alcanzó.

—¿Dónde está Dmitri? —preguntó Aldo.

—Tiene que salir —dijo la chica.

—¡Eh! —gritó Larry—. ¿Hay algún Dmitri en la sala?

Aldo se puso tenso. La azafata tiraba de su brazo para que saliera. Pensó que aparecería Dmitri del cagadero privado, o de aquella otra puerta cerrada. Pero no pasó nada. Allí no estaba.

—Vamos, tiene que marcharse —repetía la muchacha.

—Lo siento. —Larry se encogió de hombros—. Tu novio no está aquí.

Aldo pensó que sería buena idea degollar a ese gilipollas también. Estaba tenso y nervioso a la vez. Solo se había metido una raya en la última media hora. La paranoia le decía que matara a ese cabrón. Decidió sacar la cuchilla y dejar las cosas claras.

No le dio tiempo.

Los tirones de la chica cambiaron. Sin saber cómo, se encontró con el brazo retorcido y la cabeza contra la pared. Miró hacia atrás como pudo y vio a un negro enorme que lo mantenía inmovilizado.

Olía a *aftershave* del caro.

—Baja la basura, CJ —ordenó Larry—. Y vigila mejor la puerta, joder. Aquí no puede entrar cualquiera.

—No volverá a ocurrir, señor Levy.

Recrudesció su presa y se llevó a Aldo casi a rastras. Una vez en el pasillo, lo lanzó contra el suelo. CJ observó cómo sus gafas de sol volaban por los aires. Tardó un rato en encontrarlas, como si le costase ver. Luego se levantó y se marchó escaleras abajo. Ni siquiera miró atrás, ni insultó, ni se encaró. Otro borracho que había aprendido la lección. Luego lo perdió de vista.

Montó guardia ante la puerta. Había ascendido de chófer a portero de estadio. Vaya mierda de curro. Además, Larry le había dado uniforme: chaqueta negra, camisa negra, corbata negra. Eres el negro más negro del mundo, CJ. Incluso tenía un pinganillo en la oreja que no funcionaba. A los Levy les gustaba fardar.

Sus pensamientos regresaron al abuelo. Así es como lo había bautizado. El abuelo cabrón, el que encontró en la dirección que le dio Zina, el que le dijo que allí no vivía nadie, el que le mandó a aquellos dos matones con chapa. No sabía quién era, pero no importaba: era peligroso. Lo tenía fichado. Esos dos maderos fotografiaron su pasaporte. *Holy shit!*

The fucking abuelo: demasiado viejo para ser un poli, ropa muy barata para un alto directivo. Estaba metido en el lío de la chica decapitada. Quizá encubría a Percy de la Cruz. Sabía que era un agente de campo, ya que lo encontró en plena calle las dos veces. Era un tipo que se ensuciaba los zapatos y, si era necesario, también las manos. Lo que no le encajaba era que dirigiera una brigada de polis. ¿Quién eres, *cowboy*?

Le sonó el teléfono móvil. Pensó que podía tratarse de Cristina Olsen. Incluso

del cabrón de Larry, que prefería llamarlo que salir a buscarlo aunque los separasen solo unos metros. Error: se trataba de Robbie.

—Negro, el Mormón dice que necesitas ayudantes.

—Yo también me alegro de hablar contigo, comandante.

—*Fuck’u, asshole.* ¿Cuántos mamones se necesitan para proteger al hijo de un viejo millonario?

—¿Pregunta retórica?

—Tu madre es retórica. CJ, no me jodas, es un trabajo fácil. Por eso te propuse para el puesto. Hasta te di el cinco por ciento de las acciones de mi organización.

—Estoy solo las veinticuatro horas del día.

—Es España, hostias. España. Allí nunca pasa nada. ¿De qué te quejas? Solo tienes que acompañar al Mormón y a esa rata de Larry en sus salidas. El resto del tiempo tienen la seguridad del Grand Biedma Hotel y la de la propia policía. ¿Tan difícil es eso?

CJ pensó en contarle las salidas nocturnas del joven Levy, de sus llamadas para que mamá lo recogiera del *after* a las cinco de la madrugada, de la falta de protocolo, vigilancia y anticipación en caso de problemas. En su lugar, contestó:

—No, señor.

—Vale, CJ.

—¿Pero?

—Que la has cagado.

—Suena serio.

—Lo es: el viejo ha contactado con Blackriver.

CJ aguantó la respiración. Cuando le pidió personal a Harrelson Levy nunca esperó ese tipo de jugada. No le gustaba aquello. Acarició sus chapas de identificación del ejército.

—¿Me oyes, CJ? Joder, qué ruido. ¿Dónde coño estás?

—Acaban de marcar gol —contestó.

—Sí, nos lo han metido por el culo directo al cerebro.

—Yo me ocupo, Robbie. Es cosa mía.

—Claro que es cosa tuya, joder.

—Por lo demás, ¿qué tal estás?

—La sífilis está evolucionando a gonorrea con clamidia, así que bien.

—Me alegro de hablar contigo, amigo.

Robbie suspiró al otro lado del aparato.

—Resuelve lo de Blackriver, CJ.

—Besos con lengua, señor.

—*Fuck'u.*

Y colgó.

Blackriver: un auténtico ejército privado, principales asesinos de turbantes en Irak y Afganistán bajo la bandera de Estados Unidos. En 2003 tenían firmado un contrato con el Pentágono por valor de casi 30 millones de dólares. Al año siguiente ingresó más de 300. Hoy en día la facturación no bajaba de los 1.000. Los mercenarios no justificaban sus gastos. Había juicios pendientes. Se rumoreaba con un cambio de nombre comercial, incluso con una fusión empresarial.

CJ los había visto en acción. Eran hijos de puta sin escrúpulos, criminales de guerra que evitaban pleitos firmando una inmunidad legal. Somos los buenos, trabajamos para el Tío Sam. La CIA estaba de su lado. Se trataba de gente como la que se reunía en la asociación de veteranos, agentes durmientes practicando puntería y tácticas esperando la hora de la llamada a filas. Tíos curtidos como el ex-SEAL, como el inglés o como el ruso con los que se dejaba perder a las cartas.

Comprendía el alcance de las palabras de Robbie. Esos tíos llegarían con sus propios escalafones, con sus propias directrices y normas internas. Antes o después lo desplazarían y perdería su puesto de trabajo. Quizá lo relegarían a chófer definitivamente, o incluso le pegarían un tiro y lo dejarían abandonado en una cuneta.

Una gota de lluvia cayó sobre el techo. Luego otra. El público se cubrió con la

bolsa donde llevaban el bocata. Tecnología española, pensó CJ. Esta gente está más preparada de lo que creía.

La lluvia arreció. Pensó que si aterrizaban los de Blackriver, su tiempo allí llegaría a su fin. Supo que tenía que encontrar a Percy a toda costa.

Y la primera parada era aquella madriguera en el barrio de La Latina.

El partido estaba acabando. Faura lo veía sin voz. 5-0 al Granada: demasiada renta para un partido tan malo. Juana y Raquel se peleaban por su atención. Abuelo, mira qué dibujo he hecho. Al yayo no le gustan tus dibujos, idiota. Eso es mentira. Déjalo en paz, eres una enana llorica. Mamááá.

Eli no daba abasto. Había tenido que subir de una carrera a la terraza para recoger la ropa tendida. Aun así, la lluvia la barnizó. Luego la colocó sobre radiadores y puertas con la esperanza de que acabara de secarse mientras terminaba de cocinar y de fregar.

Su marido, Ángel, se tocaba los huevos delante del televisor.

—Concupiscencia Eurovegas —dijo.

Faura negó con la cabeza.

—Nadie sabe lo que es eso de la concuspi... conzupi...

—Concupiscencia —le cortó—. Pero da igual. En serio, qué poca mente empresarial tienes. Solo con que lleve la palabra «Eurovegas» ya será todo un éxito.

—Yo seguiría pensando, yerno.

Eli entró por la puerta.

—Cenamos en cinco minutos.

—Vale, cariño —contestó su esposo.

—Vamos, chicas —llamó a sus hijas—. ¿Ayudáis a mamá a poner la mesa?

—Yo paso —dijo Juana.

Eli la cogió de la mano y se la llevó a regañadientes.

—Aunque pareciera una petición, no lo era.

—Joder, mamá...

—Y nada de joder, que te lavo la boca con lejía.

Las niñas salieron detrás de su madre. Paco se recostó. El partido estaba sentenciado desde la primera parte. Y la Liga era igual de aburrida, con monopolio de Barça y Madrid. Había pasado mucho tiempo desde que el Atlético había ganado el campeonato. Faura suspiró: esos tiempos jamás volverían.

—¿Qué tal el día, Paco? —preguntó Ángel.

Faura miró a los lados. Su yerno había esperado a que estuvieran solos.

—He seguido en metro a ese mexicano hasta el Calderón. Luego ha comprado una entrada a un reventa y ha pasado los controles.

—¿Por qué haría algo así? Lo está buscando la policía.

—Quizá no lo sabe. ¿Qué has descubierto tú?

—Las grabaciones no dan pistas, Paco. De momento, solo gritos, llantos y golpes, sobre todo cuando ve el vídeo ese de la decapitación.

El árbitro dio cuatro minutos de descuento. El realizador enfocó al público. Faura prestó atención. No encontró a Aldo. Era como buscar una aguja en una fábrica de condones.

—¿Qué piensas? —Ángel bebió el último trago de su cerveza—. Ese tío es muy raro.

Faura no lo tenía claro. Aldo no se comportaba como... el chulo de una rusa muerta. Incluso a veces mostraba síntomas del dolor immortalizado por los poetas clásicos: rabia, desesperación, frustración, ganas de meterse un rayote. Eso, al menos, es lo que Faura creía que hacían Homero y Platón.

Recopiló lo que sabía. Un cráneo en Eurovegas, un asesinato calcado al anterior, un tipo llorando en su cuarto y abriendo boquetes en los tabiques a puñetazos. Vivía como las alimañas, rodeado de basura, comiendo mierda, evitando dormir o soñar. No hablaba con nadie, no recibía visitas, ni siquiera tenía teléfono. La plaza de garaje estaba a nombre de un tal Abdul Habib. El piso subarrendado por Pascal Bhaako, un congoleño. No había rastro en los registros de multas. De no ser por los antecedentes penales, Faura habría pensado que el

tal Aldo Vargas no existía. Gracias a ellos pudo relacionarlo con Dmitri Vorobiov y con el polígono de Fuenlabrada.

Aldo era el chulo de Galya. Lo que le daba una nueva dimensión al caso.

Y luego estaba el vídeo del ordenador. Esa página web de periodismo gonzo. Una decapitación. ¿Su padre? ¿Su hermano? El tipo había huido de México para salvar su vida. ¿Había acabado tan trastornado como para matar a su fuente de ingresos de una forma tan salvaje?

Faura no sabía qué pensar. Estaba harto de teorías: desde un asesino que despierta tras treinta años inactivo hasta un chaval desquiciado. No le quedaba más remedio que ser paciente y esperar su oportunidad. Los seguimientos al polígono y los micros le darían respuestas.

Antes o después.

De casa al Arca y del Arca a casa. Aldo estaba hasta los huevos.

Llevaba días vigilando la nave de Fuenlabrada donde vivía Dmitri. Veía entrar coches con rusos dentro que luego salían llenos de putas, a repartidores de sushi a domicilio y hasta una pareja de comerciales que tuvo que salir por patas.

Mucha calma. Poco movimiento. Ni rastro del ruso.

Aldo se desesperaba. Cambiaba el coche de sitio, se colocaba lejos, observaba por el retrovisor: nada. La farlopa menguaba. Iba a un ritmo de gramo por hora. Ni en Wall Street se esnifaba tanto.

Pero aquel día era distinto. El cielo meaba sobre los almacenes de los chinos. La lluvia tamborileaba en los techos ondulados de uralita. Era la banda sonora del asesinato. Hoy mataré a Dmitri. Mataré a todos los pendejos que encuentre dentro. Me importa una mierda que sea una trampa: yo ya estoy muerto.

Acarició el revólver que robó a los gitanos. Le dio fuerza. Se metió un tiro de coca. Le dio valor. Contó los cartuchos: cuatro. Se acojonó vivo.

Instrucciones para preparar un Bloody Mary: agua sucia del cielo madrileño, contaminación, lodo y sangre de rusos.

El mejor período era entre las seis y las doce. A esa hora se iban las últimas remesas de zorras camino del trabajo. A esa hora empezaba Dmitri a pegarle duro al vodka. A esa hora Boris tiraba la basura en el contenedor de la parte de atrás. A esa hora bajó Aldo del coche con la fusca en la mano.

Rodeó el Arca hasta la puerta trasera y esperó. El aguacero lo empapó. Se le pasó el colocón. Le entró la paranoia: siguen jugando conmigo, Boris no va a aparecer, hay cámaras ocultas que me están grabando, Dmitri no está dentro.

Hasta que escuchó el crac de la puerta al abrirse.

No era Boris. Se trataba de un chaval joven al que no conocía. Aldo pensó que se había equivocado. El chico lo miró medio segundo y salió corriendo. Aldo reaccionó. Le golpeó en la nuca con la culata. El adolescente cayó de bruces. Le regaló tres hostias más. Lo cargó como un fardo y lo lanzó al contenedor. Luego bajó la tapa. No hay que llamar la atención.

La paranoia se mezcló con la adrenalina: voy a matar a Dmitri.

El interior apestaba a gato. Anastasia se cagaba en todas partes menos en su cajón de tierra. Avanzó por el almacén hasta alcanzar la parte que habían habilitado como vivienda. Allí estaban los rusos, al otro lado la celda de las chicas y más adelante terminaban una timba. En total, contó nueve personas.

Y ante el televisor estaba el premio gordo, la cabeza del león que decoraría su sala de estar, el trofeo de caza del rey: Dmitri.

Masticaba algo, sushi de mierda o algo así. Bebía vodka. En la tele echaban una peli de Pixar. Avanzó muuuy despaaacio. Aldo era un puto ninja. Cortaba el aire sin rasgarlo. Un fantasma en la boca del lobo. Los mamones siberianos estaban demasiado entretenidos con sus historias. No lo vieron llegar hasta que se puso delante de la pantalla.

Inmóvil. Escena detenida. El reloj corría, pero nadie respiraba. Aldo con la mano extendida, empapado. El revólver, brillante y mojado, al final del brazo. A unos pasos de distancia estaba Dmitri, con la boca abierta, los ojos desorbitados, las manos crispadas. Una Polaroid de Picasso. Una acuarela de Cervantes. Un verso de Mozart. Algo así.

—¿Por qué mataste a Galya? —preguntó Aldo.

Los rusos se giraron. Tardaron en reaccionar. Dieron un paso atrás y desenfundaron los hierros. Dmitri gritó blasfemias en ruso. La Revolución rusa prosiguió. Retrocedieron todavía más. Alguien sacó una escopeta. Otro tenía una Uzi. Aldo amartilló el arma. Dmitri aulló más fuerte. Se puso rojo. No dejó de bramar. Las pollas de los rusos encogieron. Dmitri gruñó más alto aún. El traductor simultáneo de Aldo: me está apuntando a mí, no os mováis, dejad que hable yo.

—¿Qué haces aquí, Aldo? —dijo, fingiendo calma.

No esperaban un ataque frontal. Estaba escondido hasta que todo se calmase. Ni siquiera pensaban que Aldo siguiera en el país. Rusos vagos y confiados.

—¿Por qué mataste a Galya?

Dmitri le mostró las palmas de las manos. Eran zarpas de oso. Aldo se acojonó.

—Vale, Aldo. Hablemos, *da?* Bien, dime: ¿por qué crees que la he matado yo?

—Tenías motivos.

—¿Cuáles? ¿Qué te fugaras con ella? No te voy a negar que si llegamos a encontraros, os habríamos dado una buena tunda, pero no fue así. Ni siquiera te buscamos.

Aldo sonrió. Era la primera vez que los rusos le veían algún atisbo de sus emociones.

—¿Por eso distribuiste mi foto entre los gitanos?

Dmitri frunció el ceño. Su entrecejo era una línea oscura y recta.

—Contesta. ¿Por qué...?

—Yo no maté a Galya —le interrumpió el ruso—. Fuiste tú.

La paranoia golpeó a Aldo. Casi lo dobla como una bisagra. El gorila que habitaba en su cerebro comenzó a dar hostias. Quería salir abriendo una brecha en su occipital. Los rusos lo vieron. Olían la duda como los polis huelen el miedo.

—Yo no...

—Tú te la llevaste —le cortó de nuevo Dmitri—. Estaba bajo tu responsabilidad. Me importa una mierda si le cortaste tú mismo el cuello o fue otra persona, *da?* Lo que sé es que está muerta, yo tengo un huevo de problemas y tú eres el culpable.

Aldo apretó con más fuerza el hierro. Estimados telespectadores, a continuación les ofreceremos un western de John Ford con subtítulos en cirílico. Dmitri tragó saliva.

—Tú la mataste —repitió—. Al sacarla de aquí.

—Ella me amaba...

Los recuerdos sacudieron a Aldo. La cera de las velas, los mordiscos, las broncas. Añoraba esos momentos. Y ahora tenía al culpable, al mentiroso de Dmitri, ante el ojo ciego de su revólver.

Y el pendejo decía que era inocente.

Que Aldo la había matado.

Las lágrimas afloraron a los ojos del mexi. Las gafas de sol taparon su vergüenza. Se escuchó una risa. Anastasia apareció maullando y se restregó contra la pierna de Aldo.

—No sabes lo que se siente al perder a quien más amas —le dijo.

Bajó el revólver y le descerrajó un tiro a bocajarro a Anastasia. La gata pegó un salto y aterrizó muerta. Un nuevo maullido se quedó a medio nacer.

Los rusos dieron un par de pasos atrás. Uno casi se caga de miedo. Dmitri se levantó como un resorte. Aldo apuntó de nuevo al frente.

—Ahora ya lo sabes.

—Malnacido... —Las venas de su cuello se hincharon, los ojos se inyectaron en sangre—. Después de todo lo que hice por ti en la cárcel. ¡Estás vivo gracias a mí, pedazo de cabrón! Vives porque yo lo permito.

—¿Por qué mataste a Galya?

—Yo no... Joder, estás enfermo, *tovarish*. Yo no la maté, pero tú sí has matado a Anastasia.

—Contesta, Dmitri.

—Te di un oficio, un coche, un salario. Te ofrecí mi amistad... Y tú vienes a mi casa, al lugar donde como, cago y duermo... y disparas a mi gata.

Aldo apretó la mandíbula. La culpabilidad dio más fuerza a King Kong. El dolor de su cabeza se trasladó al parietal. Le temblaba el pulso. Aldo había jodido a su familia en Culiacán. Ahora también a Galya. Es tu culpa, Aldo. Tú la mataste. Los putos rusos están tan acojonados como tú.

—¿Por-qué-la-mataste?

Dmitri dio un paso adelante.

—Yo no lo hice.

Aldo también avanzó. Le metió el cañón del revólver en la boca con violencia. Le rompió varios dientes. Dmitri babeaba sangre.

—¿Crees que no te voy a matar? —preguntó Aldo—. ¿Y por qué crees eso? Me lie a tiros con los gitanos que me retuvieron. Ya no tengo nada que perder. Galya me traía cacheteando las banquetas, y ahora está muerta. Y sé que fuiste tú, pendejo. Estoy convencido.

Los ojos de Dmitri reflejaban terror. Había sobrevivido a una guerra, a la trena, a la vida. Se había convertido en un próspero empresario. Negociaba con chochos de distintas nacionalidades y era feliz. Y se lo iba a cargar Aldo, a quien consideraba su hermano pequeño, por una triste ramera que ni siquiera era rentable.

Dmitri extendió las manos. Retrocedió muuuy despaaacio. Se sacó el cañón de la boca. Escupió esquirlas de dientes, babeó más sangre, el sabor a cordita permaneció. Aldo contempló su sonrisa sin paletas.

—Vale, Aldo. ¿Qué quieres?

—La verdad.

—Ya la sabes. Y ahora, ¿qué más quieres? ¿Matarnos a todos con seis balas? ¿Matarme a mí, que te traté como a un hijo?

—Como a Anastasia, más bien.

Dmitri contempló el cuerpo muerto de la gata como Nerón vio derrumbarse un imperio.

—¿Los católicos tenéis la lectura del hijo pródigo en vuestra Biblia? —preguntó el ruso—. Los ortodoxos sí. Habla de un chico descarriado que regresa a casa y su padre le da cobijo como si nada hubiera pasado.

Hizo un gesto con la mano. Los hombres bajaron las armas de nuevo. Se miraron entre sí desconcertados.

—Vamos, Aldo. Guarda el revólver y empecemos de cero, ¿te parece?

La paranoia dio paso a la conspiranoia. Ahora veía agentes del KGB que lo iban a extraditar a México, a entregar al Chapo, a que lo ejecutara Miguel en

nombre de los narcos. Una oferta de paz en la madriguera del dragón: mama verga, Dmitri.

—Los dos buscamos lo mismo —prosiguió el ruso—. Yo no maté a Galya, pero estoy buscando a quien lo hizo. Y ahora sé que tú tampoco la decapitaste. ¿Por qué no trabajar juntos, *tovarish*? Tenemos un objetivo común.

Nueva sonrisa desdentada. Le faltaba incluso un trozo de encía. Aldo no se fiaba de unas palabras que burbujearan sangre.

—¿Cómo era el refrán? El enemigo de mi enemigo también es mi amigo. Vamos, Aldo. Sentémonos y olvidemos todo esto con vodka. Como en los viejos tiempos, *da*?

Aldo bajó el arma. Los tipos del fondo se agitaron.

—En los viejos tiempos estaba Galya —dijo antes de dispararle a Dmitri en el muslo derecho.

El oso ni se inmutó. Permaneció en pie mientras una flor oscura se formaba en sus vaqueros. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Aldo ya estaba detrás de Dmitri apoyando el cañón aún caliente en la sien del capo.

—Hijo de puta... —masculló con la boca mellada.

—Las armas al suelo —ordenó Aldo—. Y desnudaos. Que os vea el culo, güeyes.

Dmitri cerró los ojos con fuerza y asintió con la cabeza. Aldo estaba zumbado.

Era un peligro público. No respetaba leyes ni códigos. No le importaba morir.

—Hacedle caso —contestó en perfecto español, para que Aldo lo entendiera—. Pero si se pasa de listo, lo acribilláis: no tiene balas para todos.

—¿Qué madre haces, pendejo?

—Son las reglas del juego —dijo—. Si quieres bailar, aprende los pasos.

Aldo le clavó la pistola en las costillas. El cabrón de Dmitri ni se quejó. Comenzaba a empequeñecerse a su lado. Volvía a ser el de unas semanas atrás, a la sombra del gran oso, al que nadie se atrevía a replicar ni a llevar la contraria. No le gustaba esa parte de su pasado.

—Que obedezcan. Sin pendejadas.

Los tipos dejaron las pipas cerca de su posición. Se fueron despelotando despacio, con miradas patibularias y sonrisas de superioridad. Le regalaron a Aldo un muestrario de pollas peludas y sucias.

—Ahora de espaldas. ¡Vamos!

Todos obedecieron.

—Y al suelo. No me miréis, pendejos. He dicho al suelo.

Todos obedecieron.

—Las manos en los huevos. Debajo del cuerpo. Agarraos la minga, güeyes.

Todos obedecieron. Parecía un juego infantil: un, dos, tres, pollito inglés a la pared.

Aldo de pie con Dmitri. La sangre ya le chorreaba por la pernera. Bajo su bota se formaba un charco escarlata. Le obligó a cojear hasta la salida. Aldo no se separaba de él. Era su liendre, su garrapata, su sanguijuela pegada a la espalda. Órale, cabrón.

Llegaron a la parte trasera. Un habitáculo los separaba de la puerta al exterior. Aldo pateó a Dmitri y lo alejó de su lado. El ruso se volvió.

—Eres un gilipollas, Aldo —dijo—. Yo no maté a Galya.

Aldo apretó el gatillo. Una bala impactó en el muslo izquierdo de Dmitri. El ruso tardó tres segundos en caer de culo sobre un charco. Nadie se rio: Aldo le apuntaba al estómago.

—Te creo —contestó.

Salió al exterior y cerró la puerta. El mamón del contenedor seguía durmiendo la mona. Pisoteó charcos en su carrera hacia el Porsche. Los chinos seguían a su aire. Arrancó el coche y se marchó. Por el retrovisor observó a una piara de rusos desnudos que lo buscaban entre la lluvia.

Aldo respiró hondo. Su mente bullía: si era cierto que Dmitri no había matado a Galya, entonces ¿quién había sido?

No le quedaba farlopa en el carro. Decidió marcharse a casa. Unos tiritos le ayudarían a pensar. Luego abandonaría Madrid para siempre.

Sus ojos, al igual que los días anteriores, no se fijaron en el Fiat Marea que le

besaba el culo.

Faura aparcó el coche en un estacionamiento para minusválidos y sacó su credencial falsa de parapléjico. Había seguido a Aldo de nuevo hasta el picadero de La Latina.

Estaba perdido.

Dmitri Vorobiov: jefe de la banda de trata de blancas. Galya trabajaba para él. Aldo era uno de sus pelotas. El mexicano vigilaba a Dmitri en Fuenlabrada. Faura escuchó disparos. Un amasijo de pollas invadió la calle. No sabía si los nudistas eran mafiosos o chaperos.

¿De qué va todo esto?

Su intuición de sabueso desdentado: Aldo era una pérdida de tiempo. Amante herido o currito cabreado con el jefe, poco importaba. Estaba mal de la cabeza. En su apartamento encontró droga como para montar una farmacia. Sospechaba que buscaba vengar a Galya. Floro le dijo que pasaban del caso. Madrid buscaba los Juegos Olímpicos y una rusa muerta daba mala imagen. El caso estaba enterrado en una montaña de burocracia. Pero Faura no iba a dejarlo. Su apuesta: el mismo asesino de Maribel Botella había vuelto tras treinta años de rascarse los huevos.

Una idea loca: hablar con Aldo. Los micros eran basura. El zumbado se pasaba el día gritando y mirando ese vídeo de narcos. Así no obtendría información. Debía provocar un acercamiento, un nuevo encuentro, hacer que confiara en él. Quizá Aldo tenía una pista delante de su destrozado tabique nasal y era incapaz de verla. Él tenía formación de poli franquista. Podía resolver el caso y regresar a su rutina: trabajos para Ruano, perseguir coches azules y verdes, encontrar basura de los propietarios de las parcelas de Eurovegas. Sí,

hablaría con ese peligro público de Aldo. Pero primero tenía que tomar precauciones: era alérgico a los disparos.

Aldo era un cabrón peligroso.

Ya que estaba allí, se colocó los cascos. Quizá un mal viaje de droga le haría hablar en voz alta. Tal vez descubriría de qué iba el tiroteo. Puede que Dmitri estuviera involucrado. Suponía que no era más que un ajuste de cuentas.

Al principio no escuchó nada. Le extrañó tanto silencio. Comprobó el volumen. Todo estaba correcto. Céntrate, Paco: una puerta al cerrarse, unos pasos, silencio, más silencio, un golpe, gritos.

Una voz.

Una voz que conocía.

Su cerebro procesó a toda velocidad. Supo que, si no intervenía, su única pista hasta el momento se iba a esfumar. También sabía que si se encontraban sus micros debería dar muchas explicaciones.

Salió del coche. La noche era fría, pero ya no llovía. Dudó qué hacer. Regresó dentro. Se puso de nuevo los cascos. Dudó de nuevo. Volvió a salir del Fiat y se dirigió a la carrera hacia el piso de Aldo.

Una idea le cruzó la cabeza: te van a matar a ti también, viejo inútil.

—Si no me da otro infarto antes —se contestó a sí mismo.

Viaje en el tiempo. Retrocedamos cinco minutos.

Aldo aparcó sobre la acera. Iba a meterse unos tiros de farla y a largarse de aquel puto agujero. Pero primero debía volver a casa. Pillaría los gramos y la pasta que le quedaba y le prendería fuego a su madriguera. Iba a borrar sus huellas y a escaparse bien lejos, a todo lo que le diera el Porsche. Que se chingue Dmitri si no había matado a Galya. Se merecía un disparo en la cabeza. Ahora se arrepentía de no haberlo matado. Lo achacó a momentos de confusión por el cuelgue con la coca.

Que se chingue Dmitri. Si quiere venganza, no me va a encontrar. Aunque bastante tiene ahora con elegir el modelo de silla de ruedas.

Aldo solo tenía en mente la droga. Subió los escalones con desgana. Susurraba «que se chingue Dmitri», pero no le consolaba. El asesino de Galya seguía por ahí y él no le iba a clavar la navaja en el bazo. Ahora primaba la subsistencia. Correr lejos de los problemas. Como siempre hacía. Como siempre haría.

Recordó a Galya llamándole «cobarde». Pero ¿qué más podía hacer? No era un detective, su investigación no le había llevado a ninguna parte. Necesitaba ayuda, un nuevo Dmitri que guiara sus pasos. No podía acudir a la policía porque acabaría en la cárcel. Hola, señor agente. Era el proxeneta que chuleaba a la zorra asesinada. Dmitri no la mató. Lo sé porque le metí dos tiros.

Solo, perdido, desesperado: huiría hasta quemar los neumáticos.

El estercolero al que llamaba hogar estaba distinto. Algo no andaba bien. No sabía qué era. Se quedó plantado en la entrada, con las llaves en la mano. La paranoia se descolgó hasta los pulmones y lo dejó sin respiración. Mira: hay marcas en el marco de la puerta. Fíjate: hay ralladuras en el tambor.

Habían entrado en la casa. Y no era para robar. Nadie en su sano juicio iría a esos bloques destrozados, a esos pisos de inmigrantes, al cubil de un mexicano desarrapado.

Van a por ti, Aldo.

Primer impulso: salir corriendo. ¿No era ese el plan? Verter líquido de zippo, disolvente, aceite de cocina y prender los cartones que taponan las ventanas. Reducir toda esa cochambre a cenizas.

Las sensaciones de Aldo: el asesino de Galya está dentro. Con un machete. Quizá es Miguel con la motosierra. Aún puedo ser el héroe de una puta sin cabeza. Debo entrar y matar a ese pendejo. Me llamo Aldo: yo ya estoy muerto.

La realidad: tenía la farlopa dentro. Sabía que no podría comprar en Madrid después del lío con los gitanos. La necesitaba.

Abrió la puerta. La cerró tratando de no hacer ruido. No lo consiguió. Dentro solo había oscuridad. No sabía si le habían estado revolviendo el piso porque siempre estaba revuelto.

Tuvo una idea. Se quitó las gafas de sol. Quien estuviera dentro no sabía que Aldo era un superhéroe: la tara física que le impedía disfrutar de la luz solar también le proporcionaba una visión cojonuda en la penumbra. Las luces de las farolas se intuían tras los agujeros de las persianas y de los periódicos pegados al cristal. Era suficiente.

Supervisión. Revólver en mano. Sus zapatos marcaron su posición. Era incapaz de dar un paso sin patear algo. El suelo estaba cubierto por desperdicios. Se cagó en la pinche Virgen: tanta pelusa acumulada y nomás pisoteaba latas vacías.

Comprobó el comedor. Nadie escondido tras el sofá. Se asomó al váter. Las cucarachas corrían por las paredes. Solo quedaba el dormitorio.

Se detuvo. Creyó escuchar una respiración. Había un monstruo bajo la cama, como cuando el verdadero Aldo y él eran críos. Agudizó los sentidos. Recordó que la droga estaba al lado del PC. Fue restregando la chupa por la pared, como en las películas. Avanzó hasta el umbral y permaneció atento.

La adrenalina en el Arca se había disparado, y luego se había largado. Ahora le quedaba una mezcla de sueño y tensión. Se mordió el labio. Se asomó. La puerta estaba abierta, dejando el interior al descubierto.

No veía a nadie. Pensó que el monstruo bajo la cama era una idea absurda: allí solo guardaba más porquería. Rollo de paranoia. Todo estaba igual.

Entró en plan Bruce Willis. Apuntó en todas direcciones. Iba a meterle un tiro a lo que se moviera o respirase, fuera real o no.

No sucedió nada.

Aldo tenía la mirada fija en la farlopa. Se acercó hasta la mesa y la agarró mirando por encima del hombro que nadie entrara en el dormitorio. Desde su posición vio que la puerta seguía abierta. El cabrón que había entrado le había jodido la cerradura pero bien.

Colocó de nuevo la espalda contra la pared. Se agachó y pilló la pasta que ocultaba bajo el colchón sin dejar de vigilar la entrada. Guardó los billetes en el bolsillo interior. Se puso en pie.

Allí no había nadie.

Bajó el arma.

En ese instante la figura vestida de negro que estaba encaramada al quicio de la puerta saltó desde las alturas y le propinó una patada voladora en la cara.

Aldo cayó en redondo. Perdió el revólver. Trató de atraparlo. Quiso estirar el brazo, pero ya lo tenía inmovilizado a la espalda. El intruso le ablandó las costillas. Aldo se retorció. Aulló de dolor. Una rodilla le aplastó el cuello. Sintió un cañón de plástico en la mejilla. La luz de una linterna en la cara lo dejó ciego.

Olía a *aftershave* del caro.

Viaje en el tiempo. Retrocedamos una hora.

CJ vigiló la casa de Aldo. No apareció nadie. No había rastro del abuelo. Tocó al timbre a cara descubierta. Nada.

Plan B. Comprobó que no hubiera fisgones en la escalera y extrajo sus útiles de forzar cerraduras. Aquel tambor había visto pasear a Primo de Rivera por las calles. Al poco se escuchó un ruido. Algo había saltado en el interior. *Shit*, me he cargado el cerrojo. Empujó para abrir. Las jambas se rallaron. Trabajo de novato, recluta. Diez días de calabozo.

Trató de cerrar, pero la puerta se abrió un par de veces. Al fin consiguió que se mantuviera en su lugar. Tenía ganas de matar a alguien: la operación comenzaba con una cagada. Ya no podría esperarlo tras la puerta porque no había sido capaz de ocultar su rastro. Hizo crujir los nudillos dentro de los guantes. Las lamentaciones no servían de nada. La misión seguía en curso.

Encendió la linterna. El sitio era un cuchitril. Observó bultos que se movían. Ignoraba si eran cucarachas o ratones. Hedía a descomposición, trastos inservibles se mezclaban con basura. Comprobó rápidamente las habitaciones. Estaba solo.

Rebuscó en la cocina-salón. Roña y mierda. Vio un montón de ropa arrinconado en una esquina. Comprobó los pantalones: nada. El cuarto de aseo era una pocilga. De un vistazo supo que aquello era una pérdida de tiempo.

El dormitorio. Un ordenador. Lo encendió. Comprobó el historial de navegación. Vio el vídeo. Le trajo recuerdos de Afganistán. Por un momento olvidó a Percy. Aquello lo cambiaba todo. Eso era lo que el abuelo no quería que viera: al asesino de la motosierra. No hablaba, pero estaba claro que también era

mexicano. Temas de narcos. Un antiguo sicario del cártel. El verdugo especializado en cortar cabezas. Miró a Miguel y pensó que era Aldo.

Eres tú, *motherfucker*. El chulo de la puta, el carnicero del Chapo. Viniste a España y volviste a las andadas. Decapitaste a la chica. Joder, te tengo.

Miró en los archivos guardados. No había nada. Incluso mantenía la foto de escritorio que trae por defecto. Parecía sacado de la tienda salvo por la mierda que acumulaba y el historial de internet.

Apagó. Vio droga en la mesa. No la tocó. Supo que allí era donde ese cabrón hacía vida. Donde se sentía seguro. Debía emboscarlo. Pillarlo por sorpresa. Sacarle una confesión a hostias antes de matarlo.

El salón no era operativo. Demasiado expuesto desde la entrada. Ningún sitio para ocultarse. El baño quedaba descartado. El dormitorio era el mejor lugar. Alumbró debajo de la cama y vio bolsas, cajas, mierda y más cucarachas. Miró alrededor: aquel apartamento era minúsculo. Miró al suelo: basura del Siglo de Oro. Miró al techo: era muy alto. Construcción antigua, paredes de casi cuatro metros.

Tuvo una idea. Comprobó la puerta. Era contrachapado que parecía de cartón, pero las bisagras estaban bien. Mordió la linterna, apoyó el pie en el pomo y se encaramó a la parte superior.

La madera crujió y osciló hacia un lado. Tuvo que hacer equilibrio. Consiguió ponerse en pie. Con cuidado, se giró y apoyó la espalda contra la pared. Estiró los brazos y balanceó la hoja hasta tenerla totalmente abierta. Observó que sus pies sobresalían mucho. Se puso de puntillas. Apagó la linterna. Se ajustó el pasamontañas. Acarició la pistola de plástico que le había comprado al ex-SEAL. Fabricada con impresora 3D, pero disparaba de cojones. Respiró hondo. Confiaba en que Aldo no entrase en el cuarto mirando hacia arriba, sino al suelo.

Y esperó.

Flashforward: regresemos al presente. Volvía a llover.

—¿Cómo te llamas? —preguntó CJ.

Aldo trató de darse la vuelta. No veía nada, solo puntos blancos que se movían en todas direcciones. La linterna lo había dejado ciego. Visión de superhéroe: sin gafas de sol era un inútil.

—Mátame ya, pendejo.

CJ le lanzó un par de directos en el costado. Aldo se retorció. Gritó de dolor. Recordó a Galya. Necesitaba la farlopa. CJ aumentó la presión en el brazo. Si se seguía resistiendo se lo iba a partir.

—¿Conoces a Percy de la Cruz?

Aldo estaba en otra dimensión. Tenía un cañón en la cara, pero sentía un machete imaginario serrando su nuca. Ese cabrón era el asesino de Galya. Trabajaba para Dmitri, para los narcos de Culiacán, para la CIA. Poco importaba: lo iba a matar igual.

—Mátame, gringo —repitió el mexicano.

Hincó más la rodilla en el cuello de Aldo. La punzada de dolor lo trajo de nuevo a la realidad. Por fin, tras varios días de soledad, volvía a sentir ese dolor que lo destruía y que creía merecer. Mataron a mi hermano. Han matado a Galya. Hazme pedazos, por favor.

—Última oportunidad para hablar, ¿me oyes? —Un nuevo impacto en las costillas de Aldo, un nuevo chillido de perro apaleado—. Dime lo que quiero oír, sin trucos, y quizá salgas de esta.

—Chíngate, güey.

CJ le quitó el seguro al arma junto a la oreja de Aldo. El mexicano lo

entendió.

—Es una pregunta muy sencilla: ¿por qué decapitaste a esa chica?

Aldo sintió el fuego dentro del cuerpo. La tensión se le disparó todavía más, sentía las pulsaciones en la sien, apretó tanto los dientes que le crujieron.

—¿Crees que soy tan pendejo, güey?! —bramó—. ¡Yo quería a Galya! Fueron ustedes.

Aldo se agitó de nuevo. Sintió una mano de hierro sujetándolo con firmeza.

—Yo no la maté —dijo CJ—. Fuiste tú.

—No mames, cabrón.

CJ reforzó su presa y lo mantuvo inmovilizado de nuevo.

—¿Conoces a Percy de la Cruz? —preguntó.

—¡Mátame! Porque si me sueltas, te mataré yo.

Aldo estaba eufórico. El dolor ya no era mágico. Solo podía pensar en las cosas que le quedaban por hacer. Huir ya no era una opción. Ahora quería matar. A ese gringo, al asesino de Galya, a su ejecutor. Sus pensamientos se interrumpieron por un culatazo en la sien.

—Percy de la Cruz. ¿Sabes quién es?

Aldo creyó ver una figura femenina entre las partículas que centelleaban en su cristalino.

—Galya... mi amor... pequeña...

CJ le colocó una almohada. Aldo supo que nadie lo echaría de menos. Era solo un yonqui muerto en su estercolero. Las ratas lo devorarían antes de que llegase el forense.

Entonces sucedió algo que no esperaba: llamaron a la puerta.

Toc-toc.

—Voy a entrar —dijo Faura desde la escalera—. No voy armado. Solo quiero hablar.

CJ no se movió. Aldo no podía moverse. Faura se asomó al quicio. Por los

microscopios, sabía que se encontraban en el dormitorio. Vio una pistola de aspecto extraño apuntándole en la distancia. Vio a un tipo enorme vestido de negro aprisionando a Aldo.

—Eres Carl Jimenes, ¿verdad? —preguntó—. ¿Carl Jimenes, de North Las Vegas?

CJ tardó un segundo en reaccionar; un segundo de duda podía significar la muerte en el campo de batalla. Cambió la llave que aplicaba a Aldo. Le aprisionó el brazo y el cuello con la pierna. Sin dejar de encañonar a la entrada, estiró el brazo y agarró el revólver para apuntar al mexicano.

—Vale, Carl Jimenes. —Faura se apartó de la puerta—. Voy a entrar. Ya sabes quién soy. Solo quiero hablar. Te repito que no voy armado.

Faura primero introdujo las dos manos. CJ no se movió. Aldo no podía moverse. El silencio era espeso. Faura cerró los ojos y tragó saliva. El corazón le iba a explotar. El médico le dijo que nada de esfuerzos, que evitara las situaciones de gran estrés, y él iba a ponerse ante la trayectoria de las balas. Fotograma a fotograma, se metió en el apartamento en penumbra. Llevaba las manos en alto. Sonreía. Trataba de que su rostro fuera amable. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Hola, Carl. ¿Podrías bajar la pistola?

CJ no le hizo caso. En su lugar, movió la mano que sujetaba el revólver. Aldo trató de zafarse de la presa sin conseguirlo. CJ encendió la linterna y la dejó en el suelo alumbrando a Faura. Luego volvió a su posición inicial, con un arma apuntando a cada cabeza.

Faura se sintió vulnerable. El foco le cegaba y le impedía ver con claridad lo que tenía ante sus narices. CJ se había convertido en una mancha aún más negra tras el haz de luz.

—De acuerdo, está bien —prosiguió el viejo—. Como te decía, solo quiero hablar contigo.

—No es buen momento —contestó.

—Pienso lo mismo. Oye, ¿por qué no nos comportamos como adultos y nos

vamos al bar a resolver este asunto con unas cervezas delante? ¿Qué me dices? Venga, yo invito. Conozco un sitio aquí cerca que ponen unos...

—No —le interrumpió.

Faura lo tuvo claro: CJ no pensaba moverse de allí. Controlaba el terreno, tenía las armas, la cara tapada. Faura tragó saliva: si seguía vivo era porque CJ no sabía si estaba solo. Debía jugar sus cartas rápido.

—Como quieras, Carl Jimenes de North Las Vegas. En ese caso, quiero que me hagas un favor.

—No.

—Mira el escritorio. Ese donde está el ordenador. ¿Lo ves? Siento no poder señalártelo, pero tu linterna me ciega. ¿Por qué no la apartas?

—Está bien así.

—Vale, vale. Tú eres quien manda, Carl Jimenes. Solo te pido que, por favor, deslices tus dedos por la parte inferior del tablón. ¿Sabes lo que te digo? En el lugar donde pegabas los chicles en la escuela. Justo debajo de la mesa.

Faura afinó la vista, pero continuaba deslumbrado. CJ no se movió. Era una estatua de bronce, pulso firme. Solo Aldo se agitaba débilmente, medio asfixiado por la rodilla del soldado.

—Mira debajo de la mesa, Carl. Cuando lo hayas hecho te contaré todo lo que quieres saber, pero antes debes mirar. Solo tienes que estirar la mano. Puedes seguir apuntándome mientras tanto.

Los ojos de Faura vieron un movimiento tras la luz. Le pareció que CJ estiraba la mano con el revólver y la pasaba por el dorso de la mesa. Aldo se agitó de nuevo.

—¿Lo has encontrado ya, Carl Jimenes?

CJ lanzó algo ante la linterna. Era un objeto similar a un botón enganchado con esparadrapo. Faura respiró aliviado.

—Es un micrófono inalámbrico —explicó Faura—. Hay varios por toda la casa. Todo lo que se ha dicho aquí ya está registrado en tres discos duros en

diferentes partes de la ciudad. ¿Entiendes lo que eso significa, Carl Jimenes de North Las Vegas?

Faura le dejó unos segundos para que lo asimilara. CJ debía comprender que estaba vendido. Esos micros primitivos, colocados con descaro, habían grabado su voz, la de Aldo y lo más importante: la voz de Faura llamándolo por su nombre una y otra vez. No tienes nada que hacer, soldadito.

—Solo quiero hablar, Carl. Estás cometiendo un error. Ese hombre no ha matado a Galya Kutnezsova, pero está tratando de averiguar quién lo ha hecho. Igual que tú, ¿verdad? He oído cómo lo interrogabas.

Aldo se carcajeó. Gritó, aulló. Estaba fuera de sí. CJ apretó la llave. Después le propinó un nuevo culatazo. Necesitaba silencio para pensar.

—¿Quién eres? —le preguntó a Faura.

—Ya te lo he dicho: soy un amigo.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De lo que tú quieras.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

Faura trató de sonreír. Quizá debió de ejercer de negociador en atracos con rehenes. Maldijo su corazón, que lo había apartado de la policía. Joder, cómo le apetecía fumarse un Montecristo.

—Tú tienes las armas, Carl. Yo solo tengo micrófonos ocultos. Si no te gusta la conversación, siempre puedes pegarme un tiro y largarte de aquí.

Aldo se agitó una vez más.

—¿Y qué hacemos con este? —preguntó CJ.

—Los tres buscamos lo mismo. Ese hombre puede que sepa cosas que nos lleven al asesino. ¿Me escuchas, Aldo?

—No me llamo Aldo —contestó.

—Me da igual. Solo quiero hacerte una pregunta: ¿quieres encontrar al cabrón que decapitó a Galya?

El mexicano dejó de resistirse. Por un momento parecía que estaba muerto. Incluso CJ apartó la linterna y lo enfocó. En ese instante apartó la cara de la luz

y miró a Faura. El expolicía vio algo en los ojos de aquel tipo. No supo qué era. Quizá sorpresa.

—Sí. —contestó.

—Entonces todos estamos en el mismo equipo.

De nuevo, el silencio. Denso, amargo y pegajoso. Ni siquiera se oía la ciudad. Faura fue el primero en romper el hielo:

—¿Qué me dices, Carl, muchacho? ¿Resolvemos esto como personas civilizadas?

CJ rechinó los dientes.

—Tienes diez minutos —concedió—. Después decidiré si os mato o no.

Aldo perdió el conocimiento. A Faura le iba a dar un puto infarto.

Le despertaron con un cubo de agua. En la mano tenía la farlopa. Iba en una bolsa de plástico. No se había mojado.

¿Cuánto hacía que no se alimentaba en condiciones? Debería estar muerto. Aldo se tocó la sien. Le dolían las hostias de CJ. Miró al negro con los ojos entornados. Recordó.

El viejo le había salvado la vida. Decía que el negro no era el asesino de Galya. Tenía una imagen difusa de CJ preguntándole por qué él, Aldo Vargas, la había matado.

El estado de ánimo de Aldo había oscilado del terror a la ilusión por encontrar al asesino de Galya: la droga lo había vuelto bipolar. Cuando se encontraba en un callejón sin salida, aparecen dos tipos que buscan lo mismo que él. Que le dicen de formar equipo. A él, a un lobo solitario, a un cobarde que ni siquiera pudo proteger a su chica. Recordaba que, subiendo las escaleras, casi rezó a Dios para que le mandara una señal. No se atrevía a ir a la poli. Y en vez de eso, Satanás le trajo a dos demonios: el pendejo que casi le mete un tiro en la cabeza y el hijo de la chingada que lo salvó por algún motivo extraño.

—¿Habéis visto *El bueno, el feo y el malo*? —preguntó Faura—. No es de vuestra época. Es un western de esos que se rodaban en Almería, con los indios hablando en italiano y cosas así. El tema es que la escena final es maravillosa. Se trata de un duelo, como siempre, pero con tres pistoleros en lugar de dos, que venía siendo lo normal. En fin, quizá no la hayáis visto, pero por alguna razón me ha venido a la cabeza.

—Te quedan nueve minutos —contestó CJ.

Tres depredadores enfrentados. Sin equipos, sin alianzas: a muerte. Estaban

sentados en las destartaladas sillas de la cocina, con la mesa en medio. Aldo y Faura se apoyaban en ella. CJ se mantuvo a unos metros, apuntando a cada uno con un arma.

Aldo ignoraba quiénes eran esos tíos. Solo sabía que tenía micros por toda la casa y que el negro le había puesto un cañón en la nuca. No tenía prisa ni miedo: había conseguido pillar la farlopa y ya estaba machacando una piedra. Faura y CJ le miraban con una mezcla de pena y asco. A su vez, Aldo los miraba a ellos. El negro se había quitado el pasamontañas. Aunque aún tenía la vista quemada, le pareció ver un rostro duro, curtido, con algunas cicatrices finas surcando la cara y una mirada de hielo. El del viejo era arrugado, nariz afilada, ojillos de hurón, pequeños e inteligentes. Aldo supo que estaba en mitad de una timba de póquer donde se jugaban la propia vida. CJ tenía las armas, pero Faura parecía controlar la situación.

—Sé que trabajas para Sunny Las Vegas, CJ. Estás metido en el tema de Eurovegas. Por tu forma de andar, se nota que eres militar. Eso significa que sigues órdenes. Es lo que mejor sabéis hacer los soldados.

—Ocho minutos, abuelo.

—¿Quién es tu jefe? ¿Harrelson Levy te dijo que mataras a este desgraciado?

—Señaló a Aldo con la cabeza. El mexicano no se dio por aludido.

—No sigo órdenes —dijo CJ.

Aldo lo vivía todo desde la distancia. Esas palabras eran interesantes. El tipo se movía como un soldado, pero iba por libre. ¿Quiénes son esos pinches pendejos? Habéis dicho que buscáis al asesino de Galya. Pongámonos manos a la obra.

—Eso quiere decir que actúas sin permiso. ¿Qué crees que hará papá cuando se entere de que has salido a jugar por tu cuenta?

Aldo disfrutaba viendo el nerviosismo gélido del negro. En su maltrecho lóbulo frontal se formaba una idea: el viejo es bueno, el yanqui es malo.

—¿Y quién va a chivarse al señor Levy de que he estado aquí? —contestó CJ —. Tú no, porque no vas a salir vivo. ¿Tus compinches polis? Que lo intenten.

Los políticos comen de la mano de Harrelson, con su dinero está modificando las leyes. En serio, *man*, ¿qué va a pasarme?

Faura se encogió de hombros.

—Yo conozco esa peli —dijo Aldo—. Al final muere uno, otro acaba ahorcado y Clint Eastwood se aleja con la lana.

Faura se volvió. Aldo sintió su mirada taladrándole: el duelo es entre CJ y yo. No te metas en esto, chaval. Ahora estás jugando en el patio de los mayores. Aldo agachó la cabeza. Se sintió pendejo. Había ido dando golpes de ciego, mandando a gente al hospital, liándose a tiros solo por ver qué pasaba. De momento, no tenía mucho que aportar a la conversación.

—De acuerdo —continuó Faura—. Te contaré lo que sé hasta ahora.

Un acercamiento. CJ presionó:

—Tienes seis minutos.

Faura arrugó el hocico.

—Tardaré más.

—Seis minutos.

—En ese caso, te perderás lo mejor de la historia.

Con movimientos lentos, extrajo unos cuantos folios que llevaba en el bolsillo. CJ le apuntó fijamente. Aldo se metió una nueva raya desplegada sobre la sucia mesa.

—Hace un tiempo apareció un cráneo humano en un terreno de Eurovegas. — Faura mostró la primera hoja: una foto con una calavera—. No saltó a los medios porque tu jefe, Harrelson Levy, acalló el asunto a golpe de chequera.

—Eran restos arqueológicos —le interrumpió CJ—. El señor Levy ya está modificando esas leyes para poder construir hasta en el puto Coliseo romano si hace falta.

Faura sonrió: parecía sorprendido por esa respuesta.

—Eso no es del todo cierto. Verás, se filtró que habían encontrado huesos prehistóricos, pero era falso. Esa calavera pertenecía a una mujer que murió

treinta años atrás. —Mostró el segundo folio: el informe de Maribel Botella—. Pienso que se trata de ella. Desaparecida en Tres Cantos el 4 de abril de 1981.

Le acercó las páginas a CJ, pero este no hizo amago de cogerlas.

—Como quieras, Carl.

—Deja de pronunciar mi nombre.

—Como quieras —repitió—. Para resumir, un asesino decapita a una mujer hace treinta años. Y hace poco aparece el cráneo y la prensa dice que son restos arqueológicos. El tipo, que sigue vivo, quiere reconocimiento. ¿Y qué hace? Busca una nueva víctima, alguien que no lo considere peligroso, que sea confiada. Piensa que, si mató hace tanto tiempo, hoy en día debe de ser un anciano.

—Como tú.

Faura sonrió con amargura.

—Como yo, sí.

A Aldo no le gustó esa explicación. El regreso de un asesino de los ochenta. Si eso era cierto, ¿por qué le había tocado a Galya? La desgracia salpicaba todo aquello a lo que se acercaba.

—¿Quién coño eres? —preguntó el dominicano—. Eso son archivos policiales. ¿Para quién trabajas?

Faura se recostó en la silla. Extrajo un encendedor y jugueteó con él entre los dedos. Se le veía seguro.

—¿Has visto esas películas de la CIA que tanto os gustan a los americanos?

—Estoy harto de tus películas. Contesta.

—Ya lo he hecho.

Un espía español era igual que un presidente venezolano: inútil, corrupto y ridículo.

—Miguel... —balbuceó Aldo—. Él... no, mejor os lo enseño.

—¿De qué hablas, *asshole*? —preguntó CJ.

—Tenéis que verlo. Es un vídeo. Está en mi computadora.

CJ y Faura se miraron.

—Ya lo he visto.

—Y yo.

Aldo se quedó pasmado. Sintió ira: iba a mostrarles lo más oculto y personal que tenía, y esos pendejos ya lo conocían. Algo así debían de ser las violaciones, pensó. Regresó la paranoia. Fantaseó con matarlos, con matarse. Luego respiró profundamente. Una, dos, tres veces. Voy a calmarme. Quiero colaborar con estos pinches güeyes. Un espía y un soldado buscando al asesino de Galya: podía usarlos para sus propósitos.

—El güey de la cinta es mi hermano. Lo ejecutaron por mi culpa. Me querían a mí, pero ya me había largado a esta pinche ciudad. El otro, el de la motosierra... —Se le cortó la voz durante unos segundos—. Se llama Miguel.

—¿Y crees que ha sido él? —preguntó Faura sin emoción—. ¿Una venganza de capos? ¿Han enviado a ese tal Miguel a decapitar a tu chica?

—Pensé que había sido Dmitri. Era mi jefe, ¿saben? Me llevé a Galya, se la robé. Por eso creí que él era el asesino. Pero hace un rato he hablado con él y ahora no pienso eso.

CJ abrió el tambor del revólver con soltura. Dejó que las balas cayesen sobre su regazo. Contó cinco casquillos vacíos.

—¿Qué entiendes por «hablar con él»?

Aldo lo observó con distancia.

—Cuando me fui, el cabrón aún se movía.

Faura lo observó con lástima. Aldo volvió a sentirse como un niño al que pillan en un renuncio. Órale, güey, me has espiado con tus micros. Sabes que digo la verdad.

—Creed lo que os dé la chingada gana, a mí me va de madre. —Se metió otra raya y se recostó en el respaldo de la silla—. Ha sido Miguel. Las casualidades no existen, güeyes. Han venido a por mí, ¿no lo ven?

—La vida está llena de casualidades —dijo CJ.

No sonó creíble. La serendipia era un concepto abstracto sin significado.

CJ se incorporó. Las balas y los casquillos cayeron al suelo. Rodeó la mesa

hasta colocarse cerca de Faura. Paco dejó de jugar con su mechero. Aldo no le prestó atención. El mercenario agarró los informes sin dejar de apuntar.

—¿Cómo sé que estos documentos son reales?

—Compruébalos. Tienes los recursos de Harrelson Levy a tu alcance. No debería ser complicado.

Nuevo desafío, nueva competición de poder. Aldo tradujo para sí mismo: no eres nadie sin los Levy, Carl Jimenes. Ni siquiera puedes distinguir entre un informe policial y un formulario de Hacienda. CJ guardó los papeles.

—No creo que seas un espía, *daddy*. Debes de tener como cien años. Y en Inteligencia, o te jubilan o te mandan a un despacho, pero no haces trabajo de campo con dentadura postiza.

—En esa lámpara hay otro micro —contestó Faura.

—Me da igual. Dime quién eres. En voz alta y bien clara. Luego puedes borrarte de las cintas, si tanto te gusta ser un fantasma. Y antes de mentirme, recuerda una cosa: ya te encontré una vez. Puedo volver a hacerlo.

A Aldo todo aquello le recordó a una bravata de bar, chulería adolescente, prepotencia yanqui.

—La crisis —dijo Faura—. Han aumentado la edad de jubilación a los sesenta y siete. ¿No ves las noticias? Este país está así de jodido, hijo.

CJ le pasó un brazo por la axila y luego por la nuca de Faura. En un instante quedó inmovilizado. Aldo lo observaba todo entre divertido y desconcertado. Faura agarró con fuerza el encendedor. CJ lo cacheó de arriba abajo, registrando los bolsillos de su americana mojada. Soltó a Faura de un empujón al no encontrar la cartera.

—Soy el hombre de las escuchas, Carl Jimenes. Es todo lo que necesitas saber. Busco al asesino de Maribel Botella, y creo que es el mismo que mató a Galya Kutnezsova. Necesito a este chaval para seguir con mi investigación. Solo te pido que te largues y me dejes hacer mi trabajo.

Nuevas órdenes dirigidas a un soldado. Aldo se divirtió con el nerviosismo del mercenario. Órale, gringo, largo de mi choza.

—¿Quién es Percy de la Cruz? —preguntó Faura.

—¿Qué? —CJ palideció.

—Te oí por los micros. Le preguntaste al muchacho si sabía quién era.

Aldo despertó de su letargo. Una bombillita se encendió en lo más profundo de su cerebro. Era cierto, recordaba aquel nombre.

—Es cierto —dijo—. Recuerdo ese pinche nombre.

CJ se cambió la pistola de mano. Cada vez respiraba con más fuerza.

—Somos iguales, Carl —prosiguió Faura—. Los tres perseguimos al mismo asesino. Te he entregado los informes de Maribel Botella. Incluso aquí, el muchacho te ha contado lo de su vídeo. Y, créeme, eso es algo muy personal. Así que dinos quién es ese Percy de la Cruz.

—*Fuck off*. No os importa.

—Nos lo debes.

—No os debo nada. Además, ya han pasado los diez minutos.

Faura se aferró a su encendedor.

—Según lo veo yo, Carl —dijo—, tienes dos opciones. La primera es matarnos aquí y ahora y pasar el resto de tu vida en una cárcel española. Y te aseguro que un culito yanqui como el tuyo será muy apreciado en ese nido de ratas.

Aldo no dijo nada. Para él, las prisiones de Madrid eran como un balneario vacacional. Nadie violaba a nadie en las duchas. Si había sexo homosexual, era consentido o pagado. Entendió que Faura se estaba tirando un farol.

—Al otro lado de estos micros está uno de mis socios. Tiene la directriz de entregar una copia a los cuerpos de seguridad europeos en caso de que no escuche mi voz durante cinco minutos. Y, contestando a tu pregunta antes de que la hagas, no te diré dónde está. Porque tampoco ganarías nada matándolo a él, ya que estas grabaciones, como te he dicho, llegan vía SIM a tres discos duros ocultos en lugares distantes entre sí.

Aldo le vio los colmillos al viejo. Sabía que le había tendido una trampa al

soldadito. Sabía que no podía ser un espía, y también que no trabajaba solo. El farol era potente.

—La segunda opción que tienes es colaborar conmigo. Ayúdame a llegar hasta el asesino de Galya. Una vez lo tengamos, la ley se hará cargo de él. ¿Qué te parece? Vamos a salir de este antro y a compartir información. Sin sangre, Carl. Ya basta de muertes. La decisión es tuya.

Y se calló. Mantuvo su boca cerrada. El silencio regresó, reptante y sucio. Aldo supo que Faura no iba a hablar más. Había dicho que al otro lado le escuchaba alguien, que las grabaciones llegaban a un ordenador por redes móviles.

—Opción tres —dijo CJ—. Me largo y no os digo una mierda.

A Aldo le parecía perfecta. Sintió el beso amargo de la cocaína deslizarse por su paladar. Era el momento de la balacera o la huida. Vamos, largo de aquí. Si no quieres colaborar en la venganza de Galya, sobras. Faura se encogió de hombros y continuó sin emitir ningún sonido. La cuenta atrás del silencio continuaba.

CJ caminó sin perderlos de vista.

—Tumbaos en el suelo.

Aldo se metió una última raya antes de obedecer. Estaba algo desorientado. Observó cómo Faura se recostaba sobre la mugre con esfuerzo y cerró los ojos por si acaso le venía un disparo. Aún veía chiribitas en sus retinas quemadas.

CJ resopló por la nariz. Demasiada tensión en poco tiempo.

—Si sale alguien del edificio en los próximos minutos, le pego un tiro. Y seguro que en mitad de la calle no tienes cámaras.

Faura no dijo nada. CJ los dejó allí. Antes de desaparecer por la puerta, dijo:

—Por lo que a mí respecta, no he estado aquí. Pero si os vuelvo a ver, me lo tomaré como una amenaza directa. Quedáis advertidos.

Lanzó el revólver al interior de la vivienda y se largó escaleras abajo, apuntando a sombras inexistentes que lo amenazaban desde la oscuridad.

Cuando el sonido de sus pasos se alejó, Aldo se incorporó y esnifó una nueva loncha.

—Rompemadres... —murmuró.

CUARTA PARTE

INESTABLE

Solo se puede salir de la crisis trabajando más y ganando menos.

GERARDO DÍAZ FERRÁN,
presidente de la patronal de empresarios CEOE en el 2010,
dos años antes de entrar en prisión
acusado de alzamiento de bienes y blanqueo de dinero

Le iba a dar un infarto.

Faura se sentó de nuevo en la silla. Miró su reloj de pulsera. Con el dedo índice se tomó las pulsaciones. Sintió la mirada de Aldo clavada en él.

—Ve a recoger tus cosas, muchacho —dijo sin volverse—. Nos largamos de aquí.

Con el rabillo del ojo observó cómo Aldo agarraba la bolsita de cocaína y la guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Se quedó así, sin moverse, como si ese fuera todo su equipaje. Al rato fue arrastrando los pies hacia el dormitorio. Faura calculó que el corazón le iba a 180 por minuto.

Se agachó de nuevo. El suelo estaba lleno de inmundicia, pero más limpio que el bar donde tomaba sus cervezas sin alcohol. Si no le había dado un tétanos allí, es que era inmune a cualquier enfermedad. Salvo a las paradas cardíacas, claro.

A tuestas, encontró los casquillos vacíos. La bala restante había rodado bajo la encimera. No se veía nada. En la mano llevaba todavía el zippo que le regaló Susana, su amuleto de protección. No hizo ni el amago de encenderlo. Metió los dedos desnudos debajo del mueble. Encontró el cartucho.

Se incorporó con dificultad. Le costaba respirar. Sentía una presión en el pecho. Ansiedad. Se había jugado el cuello por ese yonqui de mierda. Demasiado entero estaba.

Baremo los acontecimientos: CJ se había guardado el informe de Maribel Botella en el que se indicaba que un tal don Francisco Faura era el encargado del caso. No tardaría en tirar del hilo y unir las piezas. Su estrafalaria fachada de espía se caía por su excesiva edad. Asco de mundo regido por los jóvenes... No le había metido dos tiros por la solidez de su farol. Los micros lo habían puesto

nervioso. Había conseguido crearle duda. Vio cómo crecía en su interior hasta dominarlo.

Pensó en ucronías, futuros alternativos, fantasías de geriátrico. Bang, bang: vuestros sesos decoran la pared. Ángel tardaría al menos doce horas en escuchar las cintas. Para entonces CJ ya se habría largado a la otra punta del mundo a luchar en cualquier guerra donde le pagasen en petrodólares. Quizá, si se confiaba, lo podían pillar en la frontera. En cualquier caso, no consolaba a Faura: si eso llegaba a ocurrir, significaba que él estaría muerto.

Atravesó la pared invisible que separaba el salón de la cocina. Vio a Aldo rebuscando algo en el dormitorio. Hizo memoria: el ruido vino de aquel lado, cerca del aseo. Buscó en las inmediaciones. Lo encontró al instante. Resaltaba tanto como un dildo en un altar. Agarró el revólver con un pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

Su olfato presintió algo. Miró alrededor. Una humareda salía del cuarto contiguo. Se asomó y vio a Aldo recortado por las llamas. El PC se consumía entre el fuego. El mexicano portaba una bolsa de supermercado con algunas prendas de vestir. Las gafas aparecían torcidas y dobladas sobre su nariz.

—Pero ¿qué has hecho, animal? —preguntó Faura.

—Borrar huellas.

Faura sintió ira. Ese mexicano era peligroso. No le servía de nada con un colocón de drogas constante. Sufría brotes psicóticos que lo transformaban en una fiera. Y ahora el incendio se propagaba por toda la porquería y arrasaba con el papel de las paredes. Niñato...

—Nos vamos.

—¿Adónde, güey?

—Sígueme.

—Pero ¿y si ese Carl Jimenes está esperando en la entrada?

—Haberlo pensado antes de incendiar este antro.

Aldo se giró hacia las llamas. Parecía extrañado, como si eso no fuera con él.

Bajaron los peldaños. Faura iba delante. Salió a la calle con Aldo respirándole

en la nuca. Faura sintió el aliento de un depredador. Confiaba demasiado en que no le apuñalaría por la espalda. Alcanzó su coche. No había ni rastro de CJ. Subieron dentro y arrancaron.

No hablaron durante el trayecto. Aldo parecía un sonámbulo, como si su cuerpo estuviera allí pero su mente se hubiera largado a otra parte. Con la luz de las farolas se apreciaba más la paliza que le había dado CJ. Tenía una brecha en la frente, un ojo morado y un hematoma en el pómulo derecho que amenazaba con aumentar de tamaño. La ropa estaba llena de sangre coagulada. Joder, como para invitarlo a una cenita romántica.

Faura rodeó un par de calles hasta llegar a una de las pocas cabinas telefónicas que aún quedaban en La Latina. Se bajó con el coche en marcha. Marcó el número de Emergencias y dio aviso del incendio. No colgó. Regresó al Fiat Marea y se esfumó por una vía rápida hacia el extrarradio de Madrid.

Los llamaban «Love Hotels», un eufemismo almibarado para hablar de picaderos. Ejecutivos que buscan un trío, aventuras de fin de semana, amantes de todo a cien: todos caben en una de sus suites. Contaban con jacuzzi en la habitación, juguetes eróticos, servicio de mariscada. Pétalos de rosa sobre la colcha, bombones en la almohada, condones en el baño. Si jodes allí con la parienta te dirá que sí, que le des el puto anillo y mañana nos vemos en el altar. En realidad se habían creado para follar a escondidas. Secretismo absoluto. Ni siquiera los propios clientes se cruzaban por los pasillos. Venga a poner los cuernos a su mujer y le regalamos una botella de champán. Tarificación por horas. Descuento para el fin de semana completo.

A Faura no le interesaban esas pijotadas. A él le gustaba ese hotel por su discreción. Ofrecía absoluta confidencialidad, nadie preguntaba e incluso te podías inscribir con un apodo y llegar al dormitorio nupcial sin bajarte del coche. Hombres y mujeres con nombres falsos y VISA oro. Un agujero como cualquier otro donde ocultar por unas horas al demente de Aldo.

—No soy maricón, pendejo —repitió por novena vez.

—Ya te he dicho que es lo mejor. Te busca la poli, los rusos y quizá el asesino.

—Faura avivaba su paranoia—. Aquí estarás a salvo durante un tiempo.

—Nada de mariconadas, cabrón.

Guardó el Marea en el garaje destinado a los clientes. Subieron juntos al ascensor privado que los dejaba directamente en la habitación. Faura entró a registrarla mientras Aldo curioseaba los consoladores. Ventanas con cristales de espejo, aislamiento acústico, decoración de temática japonesa. Le servía.

—Escúchame, Aldo. —Le obligó a que le mirara—. Escucha, coño. Te voy a dejar aquí. Has visto que la única forma de entrar es por la cochera. Nadie te va a encontrar, ¿lo entiendes? Estás a salvo. Lo que no debes hacer bajo ningún concepto es llamar al servicio de habitaciones. ¿Sabes por qué?

—Para que no te cobren más lana.

Faura empezaba a pensar que todo aquello era una pérdida de tiempo. Quizá fuera más sencillo hacerle hablar allí y abandonarlo a su suerte.

—No, joder. No puedes llamar porque vendrían. Eso significa que te verían la cara. Un testigo. ¿Entiendes lo que digo?

Aldo asintió sin demasiada convicción.

—Tienes esa mierda que te metes y en el minibar hay algo de comida y bebida. Volveré en un rato, no sé cuánto exactamente.

—¿Qué vas a hacer? Yo también quiero encontrar al asesino de...

—Este lugar no es definitivo —le cortó—. Voy a buscar una base estable donde podamos hablar tranquilamente.

Faura se acercó al escritorio y cogió un bolígrafo. En su punta tenía un pompón rosa. Suspiró: aquel mundo no era para él. Encontró varios folios en un cajón. Se lo pasó todo a Aldo.

—Mientras esté fuera, quiero que hagas memoria. Escribe aquí todo lo que recuerdes del asesinato de Galya. Y cuando digo todo quiero decir todo. Si viste algo raro, con qué clientes se marchó, quiénes estaban en aquella fiesta. Todo lo que recuerdes.

—¿Y de Miguel?

Faura sospechaba que Aldo tenía el cerebro tan atrofiado que apenas recordaba cómo limpiarse el culo.

—También —concedió—. Todo lo que creas que nos pueda servir, aquello que se pueda convertir en una pista. Aunque creas que no vale para nada, tú escríbelo.

Aldo miró los papeles. Por un segundo Faura pensó que le iba a confesar que no sabía escribir. Sin embargo, dijo:

—¿Eres un espía?

Faura no tenía paciencia para contarle un cuento de buenas noches. Le puso las manos sobre los hombros y se despidió.

—Encontraremos al asesino de Galya, hijo. Confía en mí.

Después regresó sobre sus pasos y se metió en el ascensor. Mientras las puertas se cerraban se preguntó cuánto tiempo iba a pasar hasta que empezara a meterse farlopa por la nariz. Supuso que no más de un minuto.

Debería haber matado al abuelo.

CJ golpeaba el saco mientras visualizaba el cuerpo de Faura. Cada puñetazo podía desnucar a un jabalí. Le había vacilado, jodido la misión, chantajeado, ninguneado y hasta amenazado.

—*Motherfucker...*

Repasaba una y otra vez la secuencia de los hechos. Y en cada ocasión encontraba una respuesta más inteligente y corrosiva, una pregunta capaz de desmontar toda la chulería del abuelo. *Shit*: los micros eran decimonónicos, el tipo era demasiado viejo para ser agente de campo. Había jugado con su mente.

Pero ya era demasiado tarde. Se decía que en ese momento no podía hacer nada. Le había tendido una trampa. Su nombre estaba registrado en alguna parte. Quizá se lo podía haber sacado a palos. Una bala en la rodilla ablandaba a cualquiera. *Fuck!* Qué fácil lo veía todo en el gimnasio. Pero en ese cuarto hediondo olía a monstruos acechando en la oscuridad, a los dos polis que le identificaron esperándolo en la calle. El abuelo tenía socios. No podía arriesgarse.

Objetivo prioritario: encontrar a Percy. Estaba en alguna parte. Tocaba seguir su instinto: curro de oficina. Era un mendigo zumbado. Debería ser más sencillo de lo que era.

Sonó el busca. El Mormón había vuelto a la ciudad. A las ocho en el despacho. Sospechaba lo que le iba a decir.

Lanzó un par de directos más al estómago de un Faura inexistente y se marchó a la ducha.

Harrelson Levy estaba más gordo y más viejo. Cada vez soportaba peor la tensión.

Larry Levy estaba más flaco y más borracho. Las mujeres y la fiesta eran su gasolina.

Junto a ellos estaba un tipo en camiseta de manga corta ceñida. Marcaba músculo tras la tela oscura. CJ observó la pistolera vacía enganchada al cinturón, los tejanos por dentro de las botas, la pose marcial con la que le daba la espalda.

El vaticinio de Robbie se había cumplido: los de Blackriver estaban allí.

Larry bostezó. El Mormón ni se levantó de su silla.

—Este es CJ —dijo al verlo entrar por la puerta—. Nuestro actual *security manager*.

Remarcó la palabra «actual». Le seguían tratando como al chófer. Casi era un alivio que hubiera traído sangre nueva. Casi.

El tipo se dio la vuelta. Iba con gafas de sol tipo aviador. Estaba claro que no sabía vestir para una reunión de trabajo. CJ tuvo un flash: este tío viene preparado para la guerra. Ahora mismo podría correr detrás de un tanque y derribarlo a cabezazos. Hizo una foto mental: tatuaje en el brazo izquierdo, pendiente en la oreja derecha, un diente de oro. Escarbó en su memoria y llegó a la conclusión de que no se conocían.

CJ supo que el Blackriver estaba haciendo lo mismo con él.

—Encantado de conocerle, mister... —CJ estiró la mano, pero dejó las palabras en el aire.

—Cliff Saunders. —Apretó con fuerza, pero CJ mantuvo el pulso.

Se olieron el aliento. Aflojaron la presa y se soltaron. De cerca pudo ver un par de cicatrices en su rostro. Le calculó unos cuarenta y cinco años. Era alto, pero no tanto como él, quizá rondara el metro ochenta. En la camiseta llevaba dibujado el cráneo de Punisher. CJ pensó que era gilipollas.

—El señor Saunders se ocupará a partir de ahora de montar los operativos de salidas cuando esté en esta cloaca de país —explicó el viejo Levy—. CJ,

continuarás como mi guardaespaldas personal y de Larry. Te quiero mirando mal a los políticos en las reuniones de negocios y listo para actuar si se te requiere.

Traducción: seguía de chófer, pero ahora Cliff Saunders era su nuevo jefe.

—¿En qué batallón serviste, Saunders? —preguntó CJ.

—75.º Regimiento Ranger. Desde Panamá hasta Mogadiscio. Viví en mis carnes la batalla del mar Negro junto a los Delta Force.

—Y menos mal que estabais en Somalia de misión de paz.

—Eso son cosas de la ONU. Yo solo sé que tenía un M16 y venían un montón de negros a matarme. No se ofenda, soldado.

—No lo hago.

—Luego dejé los Chalk para luchar por el verdadero amo del mundo: el capitalismo. Al igual que tú, por lo que veo.

Se rio. El diente de oro centelleó. A CJ le daban arcadas.

—Eres de Blackriver.

—Una gran empresa de una gran nación.

—Pensaba que solo aceptaban a los Navy SEAL.

—Somos un ejército para aquel que lo puede pagar, pero nuestra bandera es la de las barras y estrellas.

—Que se lo digan a las víctimas del atentado de Boston.

15 de abril de 2013, apenas unos meses atrás. Alrededor de las 14.50, hora local, explotaron dos artefactos de fabricación casera ante la meta del maratón de Boston, cerca de Copley Square. Resultado: 3 fallecidos, uno de ellos un niño, y más de 280 heridos cuyas heridas iban desde amputaciones severas hasta dolor de oído. Se suspendieron partidos, el FBI inició una investigación a gran escala, se ordenó la ley marcial y alguien pronunció la palabra tabú: «terrorismo».

Se difundieron las imágenes de los culpables. Eran dos chavales jóvenes de origen checheno que transportaron las bombas en mochilas negras. A uno lo acribillaron. El otro, el más joven, mareó a los operativos hasta que se entregó cinco días después.

De lo que nadie habló, pese a las imágenes, era de los varios tipos con el logo

de Blackriver que se veían en las cámaras de seguridad. Vestían el mismo uniforme táctico: chaquetas negras, pantalones crema, gorras, calzado al gusto. Dos de ellos portaban mochilas idénticas a las que explotaron. Las redes sociales vomitaron teorías de la conspiración.

El FBI reconoció la presencia de mercenarios, pero no dio ninguna explicación.

—Creo que se equivoca —contestó Cliff al rato—. Esos fueron los de Craft International, no mi gente.

—¿Qué diferencia hay? —dijo CJ—. Sois la misma mierda, capaces de matar a ciudadanos americanos en su propio país. No se ofenda, soldado.

Cliff Saunders apretó los dientes. CJ supuso que tenía la capacidad de aguantar la presión tocada tras trabajar en una empresa privada tanto tiempo.

—Tú también eres un mercenario.

—Pero algunas líneas no las cruzo ni por dinero. Si quieres, te recuerdo el asunto de...

—Va, niñas, no os peleéis. —Larry Levy volvió a la vida como Lázaro tras una noche de *afters*—. Ahora sois amiguitas.

CJ sentía palpitaciones en los dedos. La tensión se podía rascar con una cuchara de helado, formar bolas sobre un cucurucho y metérselo a Cliff por el culo, o eso pensaba. El Mormón parecía divertirse. Era un crío pequeño observando el patio de los mayores.

Alguien llamó a la puerta. Cristina Olsen se asomó.

—Señor, disculpe que le moleste. El interfono no daba señal.

—Adelante, miss Olsen. —Harrelson Levy disfrutaba con los modales exquisitos de su secretaria.

—En el hall hay veinte hombres. Vienen cargados con mochilas militares. ¿Qué hago con ellos?

—Son mis soldados —dijo Cliff Saunders.

—Ubíquelos en las distintas habitaciones del hotel —ordenó el Mormón—. Y

prepare una sala de juntas para su uso como central de operaciones para estos chicos.

—Así lo haré, señor Levy.

—La acompañaré. —Cliff se cuadró ante sus nuevos jefes—. Si me permiten...

—Adelante. —Larry lo despidió sacudiendo la mano como si espantara a una mosca—. Tú también te puedes ir, CJ.

Salieron del despacho. Cristina Olsen se adelantó. Vio a hombres de Blackriver vagueando por el pasillo. Saunders frenó a CJ poniéndole una mano sobre el hombro.

—Cuidado con lo que vas diciendo por ahí, soldado —dijo.

—¿Por qué?

Cliff mostró el diente de oro.

—Tengo un ejército.

—Y yo un Hulk, no te jode...

El Quiñón, Seseña, provincia de Toledo, a 36 kilómetros de Madrid. Una ciudad fantasma al más puro estilo Far West.

Otro sueño húmedo, otra visión profética de un iluminado: construyamos una ciudad de la nada. Trece mil quinientas viviendas en un secarral con problemas de abastecimiento de agua. Parques, zonas deportivas, piscinas y hasta capilla. Podremos crear nuestros propios festejos tradicionales, nuestro escudo, nuestra historia: inventaremos una identidad propia. Seremos inmortales.

El resultado: cinco mil viviendas acabadas y quiebra del promotor al reventar la burbuja inmobiliaria. La urbanización del Pocero, como se la conocía, era el paradigma del pelotazo y sobreexplotación irracional del territorio. Hasta la BBC le hizo un reportaje. Fíjate: hay plantas rodadoras por las calles.

Faura observó los pisos desde el coche. Los de la primera fase estaban acabados e incluso tenían inquilinos. No le interesaban. Prosiguió hasta una carretera cortada con pilones de obra. Todos los edificios eran iguales: ladrillo naranja visto, sin paredes traveseras, frente a descampados donde jamás se construiría lo proyectado y con las grúas abandonadas como única sombra en el verano.

Encontró un bloque que le llamó la atención. Estaba más aislado que el resto, en el esquinazo de la ciudad. La parte baja, habilitada para los comercios, estaba tapiada. La gran mayoría de las persianas estaban bajadas. Varios anuncios de particulares y uno enorme de una inmobiliaria. Contó la altura: nueve plantas. En la octava estaba lo interesante: un minúsculo cartel amarillo.

Sacó la Réflex. Apuntó con el zoom y disparó en ráfaga. Comprobó la foto: se vende o se alquila junto a un número de teléfono. Marcó con su móvil y llamó.

—Hola, he visto su cartel en el residencial de Seseña. Me gustaría concertar una cita.

Cañada Real Galiana, el mayor supermercado de la droga de Europa. Puede comprar lo que quiera. Sí, ha oído bien: lo que quiera. Y si no lo tenemos, se lo robamos sin coste adicional.

Los heroinómanos estaban de buen humor. Hablaban entre ellos, se sonreían sin dientes, bromeaban. La mierda o era buena o era barata, estaba claro.

Faura fue en línea recta. Hacía años que no iba por allí, pero le seguían sonando caras, contactos de su época de madero, chivatos de los tiempos postinfarto. Mira: Juan Torca, otro investigador sin licencia. Ese de allí: Bellón, del Menta y Canela. Aquel otro: el Botas, un clásico de Canillejas en los ochenta. ¿Cómo te va? Pensaba que habías muerto.

Siguió por la línea de puntos. Pisó ascuas de la noche anterior, observó a los aguadores susurrar entre sí, se tapó la nariz al pasar junto a una chabola donde desollaban la cena. Se desubicó por un momento. El terreno había cambiado al añadirse nuevas construcciones. Pasear por allí era como perderse por un zoco.

Al fin, la casa de la Paca.

Se sorprendió al encontrarse con decenas de coches en la puerta. Le costó avanzar. Dos gitanos enormes le salieron al paso. Cada vez los alimentaban mejor.

—Largo de aquí. —Empujaron a Faura con rudeza—. Hoy no se vende.

—Te rajo, ¿me oyes? Te rajo.

—Quiero hablar con la Paca —dijo Faura.

—Fuera, abuelo. —Acompañó sus palabras con otro empujón.

—Así te voy a rajar. De arriba abajo. ¿Lo ves? Así, mira, así. De arriba abajo.

—Quiero hablar con la Paca —repitió.

—Dejadle pasar —dijo una voz al fondo.

Faura vio al Perrolobo. Era de su quinta, una fiera de dientes flojos al que

había detenido mil veces en los setenta. En una ocasión, un brigada le metió dos tiros en el pecho y perdió el pulmón izquierdo. Desde entonces caminaba con paso pausado y pocas veces elevaba el tono. Parecía un inventor chiflado, calvo por arriba y con el pelo largo por los lados. Su mirada decía que, de inventar algo, sería para matar.

—Cuánto tiempo, Perrolobo.

—Vamos dentro, inspector. Los jóvenes de hoy no respetan nada.

El Perrolobo había llegado a viejo en un negocio de cabrones. Eso tenía mucho mérito. Pasaron al interior. Atravesaron un gallinero. Las aves parecían tristes, como si les faltase algo.

—¿Y tu hermana, Perrolobo? ¿Se ha retirado del negocio?

Había mucho revuelo en el interior de la vivienda. Vio a mujeres llorando, a hombres hablando por teléfono, a niños con cara de aburridos. Faura no sabía a qué venía todo ese alboroto. Ni siquiera estaban pasando mierda a los yonquis.

—Tuvimos problemas —explicó el gitano—. Un panchito se lio a tiros hace varios días. La Paca está en coma, y mi Juan se está recuperando de una operación. Nos han echado del hospital, ¿te imaginas? La familia está preocupada por si vuelve a aparecer, por eso te han parado al entrar.

Faura prefirió no preguntar. El dolor de los gitanos es distinto al del resto del mundo, más hondo y sentido. Se notaba fuera de lugar.

—¿A qué has venido, inspector?

—Quería pedirnos unas cuantas cosas, pero si es mal momento, me voy a otro sitio.

—Va, dime lo que sea.

—En serio, Perrolobo, si es molestia no...

—La Paca tardará en volver y yo me tengo que ocupar de todo. Este es un momento tan bueno como cualquier otro para darle vida al negocio. Venga, ¿qué?

Faura sacó una lista. Recordó que el Perrolobo firmaba las fichas de detención con la huella dactilar, así que la leyó en voz alta.

—¿Eso es todo? —El Perrolobo tosió con su único pulmón—. Mandaré a los chicos a buscarlo. Los DNI los tengo por aquí, pero tendrás que seleccionarlos tú. Te los dejo a cincuenta euros cada uno.

El Perrolobo se acercó a una mesa, rebuscó por el suelo y regresó con una caja de zapatos. Luego acompañó a Faura al corral y le señaló una silla llena de mierda de gallina.

—Siéntate ahí. Te traerán el resto en media hora. Mientras, ve mirando en la caja. ¿Buscas alguna nacionalidad en concreto?

—Española.

—Esos son la mayoría. —Regresó sobre sus pasos—. Luego nos vemos, inspector.

Faura abrió la caja de cartón. En su interior, sin orden aparente, había cientos de documentos de identidad junto a algunas tarjetas de inmigrantes. Los gitanos se los compraban a los yonquis o a los carteristas. Luego hacían negocios con ellos. Con esos plásticos podían robar la identidad de cualquiera, suscribirse a revistas de la CNT o comprar un coche.

Solo necesitaba a alguien que se pareciera a Aldo.

No sería difícil. Con esa barba y esa melena, Aldo podía ser cualquiera. De todas formas, procuró ser meticuloso. Fue seleccionando y descartando según la edad y la calidad de la foto. Algunos retratos daban pena. La desidia de algunos funcionarios en la comisaría hacía que diesen por buenas fotos borrosas, oscuras o pixeladas. Faura escogió uno de ellos, guiado por los rasgos de Aldo: pómulos, nariz, boca y ojos. Serviría.

Rebuscó un poco más. Encontró uno de una treintañera simpática. Era morena, de pelo rizado y sonriente. Parecía una abogada de la que te podías fiar. Comprobó que no fuera de Madrid ni de Toledo.

Alguien salió de la casa rasgándose la camisa en mitad de gritos de dolor.

—Y este es el piso —dijo la casera—. ¿Qué le parece?

Faura observó a su alrededor. Era amplio, con dos dormitorios, dos aseos, cocina y comedor, sin amueblar. Se asomó a una ventana. Daba a un descampado. Comprobó el aislamiento acústico.

—Creo que le gustará a mi hija —contestó—. Y disculpe las prisas, pero ya le digo que tiene que empezar a trabajar mañana y no ha podido venir en persona.

La mujer sonrió. Tenía muuuchas ganas por agradar. Los ojos le chispeaban.

—No se preocupe, hombre. Seguro que estará muy a gusto. Es un barrio muy tranquilo.

—Y deshabitado, ¿verdad?

Aquello la pilló de improviso.

—Hombre, es una zona nueva, ahora están empezando a llegar parejas jóvenes.

—No me diga. ¿Y hay más vecinos en este bloque? Me ha parecido muy solitario.

—Oh, ya lo creo. En el segundo... no, en el primero B viven unos recién casados. Y en el tercero A hay otra pareja con niños. Luego, creo que en el quinto... sí, en uno de los quintos hay un piso vendido, pero todavía no viven allí.

Faura sonrió. Sin vecinos a la vista. Sin mirones. En una zona que no patrullaba ni Protección Civil.

—Creo que será perfecto para mi hija. Si quiere, podemos hacer el contrato ya.

—Ah, claro. Pero no se preocupe. Cuando venga ella, que me llame y yo le doy las llaves y el contrato.

Aquello no le gustó a Faura.

—No es posible. Ella es médico, ¿sabe? Pediatra, en realidad. Hace guardias de veinticuatro horas en el hospital un día y descansa otro. Por eso necesito que me dé las llaves ya, para que pueda amueblar el piso antes de que llegue.

—Es una chica muy ocupada —dijo la mujer—. Pero yo creo que es mejor que firme ella porque...

—¿Habíamos hablado de ochocientos al mes? —Faura extrajo un fajo de billetes y los fue contando—. Creo que le pagaré tres meses por adelantado.

La mujer babeó. Faura se dio cuenta. Apostaría a que había comprado ese piso a modo de inversión. La vivienda nunca bajará de precio, decían. Los pisos se venden solos, decían. Lo compra en plano y en unos años dobla la inversión, decían. Sí, estaba seguro de que eso era lo que había pasado. Y ahora llegaba él, con prisas, con dinero en metálico, con una hija médico, para alquilar ese piso de mierda que nadie en su sano juicio querría. Le había lanzado el anzuelo, ahora solo había que esperar a que picara.

—Sí, ochocientos... —murmuró, aunque en realidad le había dicho seiscientos—. Todo incluido, ¿eh? Agua, luz y comunidad.

Faura terminó de pasar billetes y se lo tendió a la mujer. Se puso roja.

—Oh, yo... Verá, mi asesor me dijo que mejor me lo ingresen en el banco.

—Yo prefiero que lo coja —dijo con una sonrisa—. No me gustaría que alguien se me adelantara. Los siguientes meses le pasaremos el dinero por transferencia.

La mujer dudó. Era mucha pasta en un momento de crisis mundial.

—Considérelo una fianza —continuó Faura—. Ya sabe, una señal por si hay algún desperfecto.

La casera cedió a sus encantos de Adonis con arrugas. Faura carraspeó. Le dio el dinero y una fotocopia del DNI que había comprado a los gitanos.

—Su hija es muy guapa —dijo al cotejarlo con el original—. Mercedes Moragón.

—¿Le importa que firme el contrato por ella? Así ya tiene todos los papeles para presentar en el registro.

Cobarde.

Yonqui.

Aldo.

Mírate, eres un despojo. ¿Cuántos kilos has perdido desde que mataron a Galya? Mejor no saberlo. El asesino sigue suelto y tú te ibas a largar. Correr como una rata, como lo que eres, lo que siempre has sido. Qué mal pedo, güey.

Esnifó otra raya. La coca se evaporaba ante sus narices. El negro puto casi le rompe la nariz. Habría tenido que fumarla.

Puso la tele. La pantalla estaba rajada. Vaya mierda de hotel. En las noticias hablaban de leyes antitabaco, escándalos de acciones preferentes del Banco Cabrón, la Pulga le debe pasta al fisco, una vivienda arde en el centro de Madrid. Atento, si se parece a mi calle.

Nada de Galya. Ni de Dmitri.

Aldo gritó al cielo. Se arrojó sobre la cama. Intentó masturbarse pensando en Galya, pero no pudo. La droga le mataba hasta la libido.

Eres escoria. Un tarado bipolar capaz de matar y de llorar a la vez. Cuando estás con alguien te comportas de forma sumisa. Lo hiciste con Dmitri, luego con Galya, ahorita con el abuelo que te ha dejado encerrado. Pero cuando estás solo explotas. Atento a tu rostro en el espejo: un perro rabioso, un hijo de la chingada sanguinario.

Reconócelo: no amabas a Galya. Te hacía sufrir, te la ponía dura, pero no la querías. Nunca sentiste amor por nada, salvo por la droga. Hazte más daño. Métete otra raya. Termina de matarte.

No, eso es falso. Mentiras, voces en mi cabeza. Alguien mató a Galya. Ahora

tengo un objetivo. Vengaré su muerte. El pinche viejo me ayudará.

—Joder... —escuchó una voz.

Se giró. Era el abuelo. Estaba en la puerta del ascensor privado. Había llegado por sorpresa. No había hecho ruido. Quería matarle. Todo era una trampa. La paranoia regresó. Se acercó a su lado. Iba a sacarle la verdad a mordiscos. ¿Qué has hecho con Galya? ¿Qué haces aquí?

El viejo sostenía un mechero. Apretó un botón oculto en un lateral. Un resorte hizo salir un filo de navaja. El zippo se había convertido en un cuchillo. Aldo se detuvo en seco cuando lo tuvo en la frente.

—¿Qué coño has hecho, retrasado de los cojones? —preguntó Faura.

Aldo bizqueó. El cabrón del viejo tenía una faca oculta en el mechero. Desde el principio iba armado. Respiró hondo. Le invadió la calma. Miró a su alrededor. El picadero estaba destrozado. Había un cráter en el colchón. Aldo tenía el lejano recuerdo de haberlo hecho rascando. Se miró las manos. Estaban ensangrentadas. Le faltaban varias uñas. Entonces se fijó en que iba desnudo. Algo le resbaló por la cabeza. Lo tocó: eran heces. Sus ojos impactaron contra un espejo y vio a una criatura de pesadilla.

—Date una ducha. —Faura lo abofeteó—. ¿Me oyes? Date una ducha. Yo voy a pagar todo este desastre.

—Pero... —A Aldo le temblaba la mandíbula, su lengua era de cuero, apenas podía hablar—. ¿Y mi...?, ¿y mi...?

—Te la has metido toda. Joder, me cuesta hasta creer que sigas vivo.

—No... yo... ropa... mi ropa está...

Faura pateó algo. Aldo vio su ropa humeante en el suelo. Le había prendido fuego con una vela. Sí, tenía un recuerdo parecido.

—Te subiré un albornoz —dijo Faura—. Pero dúchate, joder.

El viejo se largó por la puerta principal. Aldo se arrastró hacia el aseo. El urinario estaba arrancado. La taza del váter descansaba en el jacuzzi. La sacó como pudo y se metió de cabeza.

Fue un viaje onírico. El viejo lo sacó a rastras del agua, lo vistió con una especie de bata y lo bajó por el ascensor hasta el aparcamiento y lo metió en el coche. Luego no recordaba nada. No se durmió, pero era incapaz de acordarse de qué había pasado el minuto anterior. Faura le pedía cada diez segundos que se callara, pero Aldo no tenía la sensación de estar hablando. Al final, sin saber muy bien cómo, se encontró en un edificio vacío que olía a recién pintado.

—Túmbate ahí.

Aldo obedeció. En el suelo había una colchoneta hinchable. Miró alrededor. Era un comedor. No había muebles, pero sí algunos utensilios. Aldo vio un gotero, esposas, un cubo, varias garrafas de agua, una radio anticuada, un taburete, cadenas.

—¿Te gusta la droga? —preguntó Faura.

Aldo asintió. Faura extrajo un pequeño paquetito. Estaba envuelto en papel de aluminio. Faura lo abrió y lo dejó sobre el taburete. Era un polvo blanquecino. Aldo babeó.

—No es farlopa —dijo.

—Tienes razón. Debes mezclarlo con alcohol. Te dará un subidón que te cagas.

—Pero...

—Aquí estás a salvo. Puedes gritar y armar todo el escándalo que quieras. No hay nadie en los pisos de abajo, ni en los de enfrente. En realidad, apenas vive gente en esta ciudad. No te encontrará la poli, ni tus amigos rusos, ni el asesino. ¿Entiendes lo que te digo?

Aldo asintió con la cabeza. Un hilo de baba espesa osciló en su barbilla.

—Vale, entonces tómate la droga. Es Rohypnol, ¿la conoces? Da mucho colocón, ya verás. Te va a encantar.

Aldo estaba conforme. Había sustituido las anfetis por la coca, y ahora se iba a pasar a la nueva droga del viejo. Joder, claro que sí, güey. Mi vida es chutarme.

Faura sacó varios botellines de whisky. A Aldo le pareció estar de vuelta ante

el minibar. Los volcó en un vaso de plástico y luego añadió el polvo blanco. Aldo lo tragó de un sorbo.

Casi inmediatamente se sintió distinto. Era como si pudiera ver desde fuera de sí mismo. Su cuerpo era lívido y los párpados, pesados. No tenía ganas de pensar, ni de actuar. Su monólogo interior se silenció.

A partir de ese instante, él ya no era Aldo. Su cuerpo no le pertenecía. No tenía voluntad propia. Era una marioneta en manos del viejo.

Faura le quitó las gafas de sol rotas y le puso unas Ray-Ban de plástico que había comprado en el mismo chino donde había conseguido la colchoneta.

—Vamos a acostarte.

Aldo obedeció. Sus movimientos se volvieron incluso más precisos. Faura estaba sorprendido. El Rohypnol, o escopolamina, era la droga de los violadores. Anulaba a la persona y al día siguiente no recordaba nada. Algunas putas lo usaban para robar a sus clientes. Aldo ahora era un pelele bajo sus órdenes. Tras una visita al hotel donde casi lo agrede y un viaje en coche infernal, al fin estaba tranquilo. Joder, hasta tuvo que usar el mechero que le regaló Susana, el de la navaja oculta. Aldo le iba a costar más de un disgusto. Lo recostó en la colchoneta y colocó sus brazos en cruz. Ató una esposa a cada lado y las unió a una cadena. Le dejó un poco de margen para que pudiera maniobrar y tocarse los huevos si quería. Luego pasó el otro extremo de la cadena a un radiador, le dio varias vueltas y lo fijó con unas bridas. Una vez inmovilizado, preparó el gotero y le clavó una vía en el brazo derecho. Dejó sobre el taburete una jeringuilla con Midazolam, un potente relajante que lo mantendría dormido.

Porque Faura había decidido que Aldo pasase el mono. Por las buenas o por las malas. Dejaría de ser un problema para él mismo, tendría la mente más clara, podría colaborar. Y si tenía que dormirlo durante un mes para conseguirlo, lo haría.

Pero, primero, esperaría a que el Rohypnol hiciera efecto.

—¿Qué tal estás, muchacho?

—No sé... —balbuceó.

—Vale, chaval. Te acabas de tomar una buena dosis de burundanga. Si te sientes raro, me lo dices. Lamento tener que actuar así, pero eres demasiado peligroso y yo, demasiado viejo. Y ya que vamos a bailar juntos y hay algo de prisa, no me has dejado más opción. Además, el pentatol sódico cuesta más de encontrar. ¿Sabes lo que es?

—No...

—Es el suero de la verdad. Pero, bueno, el efecto de la burundanga es similar. Da un buen colocón, ¿a que sí?

—Sí...

—Me alegra ver que nos entendemos.

Faura extrajo del bolsillo una cinta magnética, la introdujo en la pletina de la radio y le dio a grabar. Luego se acomodó en el taburete con su bloc de notas.

—Vamos a hablar un rato, ¿vale, campeón?

—Vale...

—¿Mataste a Galya?

—No.

Faura suspiró. No iba a ser tan sencillo.

—¿Cómo te llamas de verdad y quién es ese tal Miguel?

La confesión de Aldo duró casi toda la noche. Gastaron muchas cintas. Después de aquello, Faura se sintió un poco más viejo.

CJ perdió toda la mañana llamando a hospitales. Preguntaba por un familiar. Sí, se llama Percy de la Cruz. Estamos muy preocupados por él. Quizá esté en la UCI. Claro que se lo puedo describir: uno ochenta, flaco, desarrapado, acento extraño, café con leche. ¿Está seguro? ¿Ha mirado en el depósito? Está bien, gracias.

Necesitaba salir. No estaba acostumbrado al trabajo administrativo. Apenas había pisado la calle desde el encontronazo con el yonqui y el abuelo en La Latina. Un par de escapadas de Larry y poco más. Los cabrones de Blackriver se paseaban por el hotel en rondas. Se tomaban en serio la vigilancia. A CJ le estresaba. Sentía que lo controlaban.

Se metió en las zapatillas de correr. El calor de Madrid era insoportable. Pantalón corto, camiseta de tirantes. Vamos a hacer trabajo de campo.

Marcó los puntos a visitar en su iPhone y activó el GPS. Una carrera de mierda trabada de curvas y quiebros. No sospechaba que había tantas ONG y centros de beneficencia en la capital. Buscó el nombre de Percy en internet. Varios resultados: «Soldado americano prisionero de los talibanes», «La milicia rescata a los rehenes secuestrados en Afganistán», «Percy de la Cruz recibe una medalla en el Congreso». Había dos fotos: una reventado tras el rescate y otra de uniforme, afeitado y limpio en Washington. Las guardó en la memoria del teléfono.

Bajó las escaleras del Grand Biedma Hotel al trote. Se detuvo en la entrada. Oteó el horizonte. Sabía que iba a correr mirando por encima del hombro. No pasaría por calles donde el abuelo pudiera emboscarlo. Haría zigzag para comprobar si le seguían.

Correría con miedo. Y eso era lo que más le cabreaba.

Visitó dos albergues para los sin techo: nada. Acudió a un centro de Cáritas: sin rastro. Llegó a un banco de alimentos: cero.

Percy se había esfumado. Nadie lo había visto. Enseñó las fotos, sin resultado. Lo describió hasta el último detalle: su forma de andar, de expresarse, su adicción a las drogas. Solo recibió negativas.

Perseguía a un fantasma.

La suerte le sonrió en un comedor social.

—Venía por aquí de vez en cuando —dijo la encargada—. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé, varias semanas. No te lo puedo decir con exactitud. ¿Sois amigos?

Algo así, sí.

—¿Podría mirar en el interior?

La responsable se quedó atónita un segundo. A CJ le parecía una santurrona sin hábito. Luego asintió con la cabeza y se fue en otra dirección.

CJ nunca había estado en uno de esos sitios. Se sorprendió al ver cocinas enormes con ollas mastodónticas. Las cocineras preparaban un cocido madrileño. Había mesas con manteles de hule a cuadros. Las voluntarias eran cincuentonas, viudas o jubiladas. Colocaban vasos, cubiertos, paneras y jarras de agua. Mujeres ociosas de corazón grande.

Era casi mediodía. Decidió esperar.

La gente comenzó a llegar. Primero apareció una familia completa, con abuelo y tres niños incluidos. Se sentaron en un reservado. El yayo trataba de animar a los críos, que no parecían enterarse de dónde estaban. Los padres tenían aspecto triste. Ellos sí sabían de qué iba aquello.

Continuó apareciendo gente. Eran de todo tipo: veinteañeros con aspecto de estudiantes, hombres de mediana edad que miraban al suelo, varios sin papeles

con ojos angustiados. Tenían el perfil de refugiado de guerra. Esperaban que sucediera algo, que el presidente arreglara una situación que el propio gobierno había provocado.

Decidió preguntarles por Percy. No lo habían visto. Pronto la conversación desembocó en la crisis, en los despidos, el divorcio, el hambre. Yo no vivía por encima de mis posibilidades, pero mi jefe sí, así que cuando tuvo que elegir entre bajar su nivel de vida o despedir a algunos trabajadores, no lo dudó mucho. Tenía pagados nueve años de hipoteca, pero me retrasé dos meses y el banco me desahució. Mi marido murió en el accidente de Spanair y ahora cobro una pequeña paga que apenas me da para el alquiler mientras espero a que se resuelvan las indemnizaciones.

Era gente muy desesperada.

Le hicieron un sitio y le invitaron a sentarse. Lo rechazó con vehemencia. No estaba allí para quitarle la comida de la boca a gente necesitada. A los niños les llamaban la atención las chapas que colgaban de su cuello. Decidió marcharse. Antes de salir, la responsable principal lo paró de nuevo.

—Esta es la realidad. Antes ayudábamos a mendigos, borrachos y drogadictos, pero estos días alimentamos a gente de clase media que lo ha perdido todo. Son muchos, demasiados, y apenas damos abasto. No me importa si la culpa la tiene el partido rojo o el azul. Solo sé que es inhumano tratar así a un pueblo.

A CJ le pareció estar en una película de terror.

Faura disfrutaba de sus nietas. Juana ya era mayor, decía, para salir con sus amigas. Raquel quería ir con ella. Eli no la dejaba y su hermana la despreciaba. Niña altiva contra niña terca. Faura casi se sentía avergonzado de haber parado a comprar chucherías en el chino de abajo. Las chicas crecían rápido y él solo se hacía más y más viejo.

—Mira, abuelo —lo llamó Raquel.

—He cambiado de táctica, Paco —dijo Ángel—. ¿Qué tal Eurovegas All Right?

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, es inglés. He pensado que, aunque esté en Alcorcón, Eurovegas es a nivel... no sé, europeo. Por eso, para atraer a gente internacional, lo ideal es el idioma de Shakespeare.

Dijo lo último con un toque rimbombante. Se sentía superior. Raquel lo miraba con gesto entre raro y admirado. Era su padre, qué menos.

—¿Cuándo volverás, Juana? —preguntó Eli.

—No sé, en un rato. Voy a la plaza con las amigas.

—Es que las mejores marcas ya están pilladas, Paco: Eurovegas Sex, Eurovegas Consulting, incluso Lo que pasa en Eurovegas se queda en Eurovegas. Dios, ¿cómo no se me ocurrió antes ese eslogan?

—Debes seguir pensando, yerno. Seguro que das con algo.

Eli acompañó a Juana a la calle. Raquel la siguió. Los hombres se quedaron a solas.

—¿Investigaste lo que te pedí?

—Me he pasado toda la tarde mirando en Google. —Ángel le señaló una

carpeta que había sobre una mesa—. El tal Miguel Herrera Saucedo no da nada concreto, pero Percy de la Cruz concuerda con un héroe de guerra americano.

Faura ojeó los papeles. Impresiones de páginas web. Varios Miguel Herrera Saucedo con perfiles en LinkedIn. La chicha: noticias en inglés sobre Percy de la Cruz. Faura se centró en las fotos: un tipo demacrado y con barba, el mismo fulano con traje de militar, Condoleezza Rice junto al muchacho condecorado. Entendió palabras sueltas: «Hero», «Afghanistan», «Hospital».

Aquello le dio que pensar. Carl Jimenes era soldado. Preguntó a Aldo por Percy de la Cruz. Percy era un militar laureado. Había una conexión clara. Debería investigarlo.

—¿Tienes las grabaciones, Ángel?

Faura se guardó la carpeta. Su yerno sacó un DVD de un cajón.

—Te lo he preparado esta misma tarde.

—¿Lo has escuchado?

—Claro que no. Me dijiste que...

—Perfecto, entonces —le interrumpió Faura.

—Mira, Paco. Sé que ha pasado algo. La casa de ese tipo se ha incendiado.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo he visto en las noticias. Ya sabes cómo son los periodistas. Hay un triple homicidio en Teruel y no mandan a nadie, pero se estrella un coche en Cuatro Caminos y es portada de los informativos nacionales. Todo porque les pilla más cerca.

—Yo vi *Barbie y las zapatillas mágicas* —dijo Raquel, peinando a una muñeca desnuda—. En la tele, abuelo.

Faura le acarició la cabeza a la niña.

—¿Hay más copias de esto? —preguntó.

—En el ordenador.

—Vale. Encríptalas, o como se diga. No quiero que se filtre. Y no lo escuches. Por lo que más quieras, hazme caso.

—De acuerdo, Paco. Ya sabes que yo te ayudo en tus asuntos, pero duermo

mejor por las noches si no sé qué haces.

Faura se levantó y fue hasta el perchero. Del bolsillo interior de la chaqueta sacó su bloc de notas. Estaba lleno de apuntes con la confesión de Aldo. Arrancó una hoja en blanco, cogió el bolígrafo y regresó a su asiento. Garabateó varios nombres en mayúsculas: quería que se entendieran sin error. Luego le pasó la hoja a Ángel.

—Si me pasa algo —susurró para evitar que Raquel los escuchase—, quiero que le pases una copia a estas personas.

—Floro y Jonás.

—Son policías. Te he apuntado también el número de la centralita y la dirección de su comisaría.

—Déjalo en mis manos, Paco. Pero... ¿cómo que si te pasa algo?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, pero...

Eli regresó de la calle y cerró la puerta. Raquel fue a recibirla.

—¿Y vosotros qué? —les preguntó a los hombres—. Aquí, sin hacer nada, ¿no? El día que me echéis un cable...

—Pero, cariño... —se atrevió a decir Ángel.

—¿Ahora me vienes con esas? Que yo también trabajo. ¿Sabéis qué? Hoy hacéis la cena vosotros, que yo me voy a abrir una Coca-Cola.

—¡Bieeen! —Raquel saltó e hizo palmas a la vez.

—Para ti no hay, preciosa. Que luego no duermes.

—Pero yo quiero...

—He dicho que no.

—Venga, yo me ocupo —dijo Ángel—. ¿Quién me ayuda?

—¡Yo! —gritó la niña.

Echaron una carrera hasta la cocina. Faura ignoraba quién había ganado. Se quedó mirando la televisión. Eli estaba meditabunda. Faura sospechaba lo que le pasaba por la cabeza.

—Oye, papá, ¿sabes qué día es la semana que viene?

Claro que lo sabía. Nunca podría olvidarlo.

—Es el cumpleaños de tu madre.

Eli se acercó a su lado y le tomó del brazo.

—¿Cuánto hace que no la visitas?

—Mucho tiempo. Sabes... sabes que me duele verla así.

—Yo voy todos los meses. Las niñas piensan que está en una residencia de ancianos jugando al parchís y cosas así, aunque Juana sospecha algo. Pero necesita de su familia. Aunque no pueda oírnos. Creo que es importante.

Faura evitaba tener esos pensamientos. Se mantenía activo con los encargos de Ruano y de gente similar. Todo por no volver una y otra vez a su vida real, la del viudo cuya mujer no ha muerto.

—Pásate por allí, papá. Te vendrá bien. Es... raro que no la visites. Si quieres, puedes venir con nosotros. Así estaremos toda la familia reunida.

Faura se avergonzaba de su propia incompetencia emocional, de no poder mirar siquiera dos minutos a su esposa sin sentir ese dolor tan primigenio, esa pena tan universal y absorbente. Era física y mentalmente incapaz de enfrentarse a su realidad.

—Claro que sí —mintió—. Iremos juntos.

La casa de Faura carecía de vida. Mientras que Eli y Ángel vivían en un verdadero hogar, con las niñas correteando de un lado a otro, él solo tenía de compañía un cactus enano que empezaba a marchitarse por la falta de riego.

Abrió las ventanas. No había aire acondicionado y esa noche el calor apretaba. La brisa madrileña llegaba cargada de humo y nitratos. Faura aspiró la contaminación: prefería un Montecristo, pero aquello le traía recuerdos del pasado.

Se sentó en el comedor. Observó varias pilas de papeles que había dejado de lado. Tenía ganas de retomar la investigación de Susana, pero el tema de las decapitaciones absorbía todo su tiempo. Aparte, estaba el asunto de las parcelas

de Eurovegas. Repasó sus notas y las pasó a limpio en su vieja Olivetti. No tardó mucho: apenas tenía material nuevo. Vigilar a Aldo había resultado una tarea ardua. Ruano le iba a dar un toque de atención por aquello. Le había entregado tres informes en un mes, todos bastante escuetos. Ruano no era tonto: sospecharía que le estaba engañando con otra.

Quiso repasar los datos una vez más, pero le dolía la cabeza. Se tomó una aspirina junto a las pastillas para el corazón. Hojeó su cuadernillo. Allí tenía toda la vida de aquel desgraciado. Era la típica historia de quien juega con fuego y acaba quemándose. Le dijo que tocaba la guitarra. Quizá le llevaría una en su siguiente visita. Extrajo el DNI que les compró a los gitanos. Podría pasar por Aldo sin problema. Lo montaría en un avión con destino a Oslo, y que se busque la vida allí. Pero antes tenía que comprobar toda esa locura de los narcos. Para empezar, tenía un nombre: Miguel Herrera Saucedo.

Ring-ring: el teléfono fijo. Era medianoche. Descolgó.

—Soy Faura.

—A ver cuándo te compras un móvil —dijo Floro al otro lado de la línea—. Te llevo llamando desde las nueve.

—Estaba cenando con mi hija. ¿Qué ocurre?

—Ha aparecido un mendigo muerto. Creo que te puede interesar.

Faura afiló los sentidos.

—¿Decapitado?

—No del todo. Alguien le metió un tajo en el cuello, pero el vagabundo salió corriendo antes de que el otro pudiera rematar la faena. El tipo se desangró, Paco. Ha dejado un reguero desde el lugar en que le atacaron hasta donde cayó muerto del todo. Dicen que se hizo los cien metros lisos más rápido que Usain Bolt.

—¿Qué?

—Los testigos dicen que lo vieron correr en todas direcciones. Como un pollo sin cabeza, Paco. ¿Alguna vez has visto un pollo sin cabeza? Ponlo en YouTube, te va a encantar.

Faura miró de nuevo el reloj. Las doce y trece. Las redacciones de los periódicos ya estarían vacías a esas horas. Con suerte, no saldría en los ejemplares matutinos. La radio e internet eran otra historia.

—¿Dónde ha sucedido eso?

—En Leganés, cerca del Parque de las Moreras. El cabrón tenía su madriguera en un cajero de La Caixa. Quizá tengamos potra y se vea algo en las cámaras de seguridad. Ahora mismo están esperando a que envíen a alguien del juzgado para trasladar el cuerpo al Anatómico Forense.

El dolor de cabeza empeoraba. Faura caviló a toda prisa. El asesino había vuelto. La víctima era un hombre esta vez. Debía darse prisa antes de que lo archivasen como una riña entre vagabundos borrachos o un asunto de skins.

—Llama al doctor Dólera. Nos vemos a las siete en la morgue.

—Me va a mandar a la mierda, Paco. Su jornada empieza a las ocho.

—Me da igual. He dicho a las siete.

—Yo se lo digo y que haga lo que quiera. No voy a ir a buscarlo a su casa.

—Otra cosa más, Floro. Tengo un nombre. Quiero saber si está en España.

—Espera que busque un papel. —Una pausa de tres segundos—. Dime.

—Miguel Herrera Saucedo. Mexicano. De veinticinco a treinta años. Cruza datos con la Guardia Civil. Si ha pisado una frontera, quiero saberlo.

Sueños. Pesadillas níveas. Dioses primigenios del México más antiguo.

Aldo no estaba acostumbrado a dormir.

Vio una serpiente emplumada follándose a un colibrí zurdo. Quetzacóatl sodomizando a Huitzilopochtli. Tláloc lanzó un rayo y cortó la cópula. Cada polla a su olivo y Tezcatlipoca en la de todos.

Vio a Galya en una secuencia repetitiva. Lo miraba, se reía, le escupía. Lo miraba, se reía, le escupía. Deja de hacerme esto, amor mío. Lo miraba, se reía, le escupía. Yo te quiero.

Lo miraba.

Abrió los ojos. Penumbra, persianas bajadas, ruido de voces. Las legañas hacían de pegamento con sus párpados. Aldo sentía piedras en el lagrimal. Fue a rascarse y le costó llegar. Tiró de nuevo. Algo pasaba. Centró la vista. Vio las cadenas. Se agitó. Apenas tenía movilidad.

Recordó que acababa de soñar con Galya, había olvidado el sueño.

Intentó incorporarse. Sentía una resaca brutal. La cabeza le iba a explotar. ¿Cuánto tiempo llevaba grogui? El pinche viejo lo había jodido. Tiró de las cadenas. Estaba esposado a ellas. Daban la vuelta por un radiador anclado a la pared. Se mareó. Todo le daba vueltas. Seguía oyendo voces.

Despertó de nuevo. No tenía conciencia de haberse dormido. Quizá solo habían pasado unos segundos. Vio un cubo a su lado. Se sintió pegajoso. Iba con un albornoz de hotel. Estaba sobre una colchoneta de playa hinchable. Pateó. Estaba sobre un charco. Joder, se había meado y cagado encima.

Necesitaba una raya. No era un impulso físico, sino mental. Solo una.

Las voces se pusieron a cantar. Aldo gritó. Llevaba puestas unas gafas de sol.

No recordaba nada. La música cesó. Se escucharon pitidos. Aldo aguzó la vista. Sobre un taburete había una radio encendida. El cráneo le iba a implosionar. Apretó los puños, centró su atención.

Las voces dijeron: las cinco en Canarias, algo sobre el expresidente del Banco Cabrón, no sé qué sobre el rescate del FMI a Grecia, un lío entre Ron Brugal y una operación policial. Última hora: hallado cadáver de mendigo a medio decapitar. En Leganés, junto al cajero donde dormía. Hay un vídeo donde se le ve caminar con la cabeza colgando a un lado. Los testigos: gritaba «¡Vino, dadme vino!». Que no, que decía «¡Auxilio!». Qué sabrás tú.

Algo se activó en su cabeza. Otro asesinato. Y él encerrado en aquel salón. Vio otro cubo. Tenía agua. Bebió. Algo le molestaba en el brazo. Era un tubo. Estaba enganchado a un puto gotero. Se lo arrancó con los dientes. La vía le jodió la vena y empezó a sangrar como un gilipollas. Mierda, mierda.

Las voces hablaron. Escuchó un portazo. Luces encendidas. Las gafas de sol amortiguaron lo peor.

—Pero ¿qué te has hecho, animal?

Faura trató de sujetarlo. Aldo pateó en todas direcciones. Sintió una aguja en el cuello. Luego, calma.

Mientras el sueño le invadía, vio el rostro del viejo. Parecía decepcionado.

—Asesino... —consiguió decir, mientras luchaba contra el letargo.

—Yo me ocupo, hijo —contestó Faura—. Yo me ocupo.

La pista llegó de los muertos de hambre. Un chivatazo en forma de confidencia, un susurro asustado pero sereno en el comedor social: los nazis saben algo.

CJ preguntó de nuevo. Los rumanos estaban asustados, los sudamericanos estaban acojonados, los africanos se cagaban encima. Un viejo con pierna ortopédica le contó el rollo completo. Nazis en Madrid disfrazados de ONG para desamparados. Percy se hacía pasar por sordomudo y le daban comida que revendía para conseguir droga. Le dio una dirección.

Casa Social Madrid, en el centro de la ciudad. El cartel de la puerta: comida solo para españoles. Medían el hambre de una persona por el color de su piel y por su lugar de origen. Aspecto de casa okupa, pintadas neonazis en la pared, un imbécil con un «88» tatuado en el cuello haciendo guardia en la entrada. CJ era puro betún, lo tenía jodido para acceder al interior.

Pero debía hacerlo. Y tenía ganas de patear bocas.

Dos y media de la madrugada. La última luz del edificio se había apagado quince minutos antes. Alguien había echado un polvo disimulando los gritos. Los basureros rondaban la zona.

La puerta estaba sujeta con un candado. Era de cartón piedra. CJ la derribó de una patada. Llevaba la pipa de plástico en la espalda. Pasaba de pasamontañas. Los nazis sufrían de ceguera selectiva: todos los negratos eran iguales.

Una luz se encendió. El pavo del 88 en el cuello le salió al pasillo. No pudo llegar a él. CJ le partió el brazo antes de poder decir «Negro de mierda». Joder,

qué bien se sentía. Necesitaba un enemigo al que reventarle la cabeza, y ahora tenía una casa entera para él.

El 88 gritó. Y gritó. Y gritó. CJ le apretó el cuello hasta dejarlo inconsciente. Oyó ruido en el piso de arriba. Subió de una carrera. Una mujer le insultaba desde la distancia. Flaca, sucia, con restos de maquillaje por la cara. Un maromo saltó a su espalda. Llevaba una escopeta de dos cañones.

Bless' u for forcing me to shoot, brother.

CJ abrió fuego y le reventó el hombro. La mujer siguió chillando. CJ desmontó el arma y los cartuchos cayeron al suelo. La mujer sacó un cuchillo. La estampó contra la pared. Ya no se movió.

Ruido en el tercer piso. Gritos de «¡Un negro, un negro!». CJ subió los escalones a zancadas. Un tipo se abalanzó sobre él. Descamisado, enorme, todo pelo: un grizzly tatuado. CJ lo evitó y el gilipollas se despeñó por la escalera.

Le salió otro al paso. Reconoció su mirada: meta. Los que se metían meta estaban locos. Se creían Dios, no sentían las hostias, imposible razonar con ellos. CJ apretó el gatillo y la rodilla derecha del tipo se hizo mierda. El cabrón siguió cojeando hasta llegar a él. Se lanzó con los dientes por delante a lo T-Rex. CJ lo detuvo al vuelo. La meta lo convertía en Hulk. Tenía fuerza y nervio. Tuvo que aplicarse a fondo, le jodió varios huesos, le luxó articulaciones. El yonqui cayó al suelo aún con ganas de pelea.

No supo si fue antes o después de noquear al de la meta. Tres tíos salieron de la penumbra, armados con patas de silla y barras de metal. Le atacaron a la vez. CJ reculó y disparó al techo. El efecto disuasorio funcionó. Dos retrocedieron. Al tercero lo lanzó por la barandilla. Los dos tipos huyeron. CJ le disparó a uno por la espalda. Le reventó el tendón de Aquiles. Persiguió al tercero. Lo acorraló contra una puerta. Trataba de cerrarla, pero CJ puso el pie. El capullo intentó sacarlo, pero CJ apoyó el hombro y entró. El nazi estaba perdido.

—No, joder, no... —suplicó.

CJ no sabía si tenía miedo de la pipa o de su bronceado natural. Le pateó los

huevos. Le habría encantado reventarle los dientes, pero necesitaba a uno que hablase.

—Percy —dijo—. ¿Sabes de quién hablo?

Mostró la foto. El nazi se meó en los pantalones. Llevaba un pantalón de pijama violeta y una camiseta de Metallica.

—Es sordomudo resultó ser un drogata lo mandamos a la mierda déjame en paz joder no me mates.

—¿Adónde fue?

—No lo sé mierda era un yonqui joder.

Escuchó una sirena. La poli estaba en la puerta. No sabía si simpatizarían con los nazis, pero decidió no arriesgarse. Abrió una de las ventanas. Un tubo servía para canalizar el agua desde la terraza. Lo escaló y de ahí saltó al edificio de al lado, y de ese al siguiente. Cuando encontró una puerta abierta, descendió por las escaleras hasta la calle.

Se había quedado con las ganas de meterle una bala en la cabeza a cada uno de esos hijos de puta. Pero España no era China, aunque lo pareciera. Media docena de muertos habría sido un escándalo, incluso para una sociedad tan podrida como aquella.

Y Percy seguía siendo un fantasma.

—Voy a tener que darte las llaves, Paco —dijo el doctor Dólera.

—Abróchate la camisa bien, anda, que te has saltado un botón.

Floro se rio de la ocurrencia. Dólera se ajustó el cuello. Pasaron al Anatómico Forense. Faura odiaba ese lugar. Lo había pisado demasiadas veces en los últimos tiempos. Sospechaba que podía acabar allí antes o después, con Luis Dólera pesando sus huevos con una cuchara o con cualquier otro método de gran precisión.

El médico les pidió que aguardaran en la entrada mientras él se cambiaba. Floro se encendió un cigarrillo. Faura le pasó un sobre con dinero.

—No quieres perder el tiempo, ¿eh, Paco?

—Ya se ha filtrado a los medios. Lo he escuchado en la radio cuando venía de camino. Hablan incluso de un vídeo.

—Un hijoputa lo grabó con el móvil. Está en internet. Se ve al mendigo en el suelo, con el cuello abierto. Ya hay hasta un montaje con los dispensadores de caramelos Pez. ¿Los conoces? Son esos que tienen cabezas de dibujos animados. Hay hasta coleccionistas que pagan una pasta gansa por...

—¿Sabemos cómo se llamaba? —Faura cortó en seco la digresión de Floro.

—¿El guarro? —Floro extrajo un folio doblado del bolsillo interior de su chaqueta—. Pablo Muñoz Mora. Cincuenta y cinco años, antiguo buzo y capitán de barco.

—¿Qué hacía un buzo en Madrid? No se me ocurre un lugar más alejado del mar.

—A saber. Tenía un largo historial de problemas mentales. Creía vivir en un mundo de fantasía, tipo *Señor de los Anillos*, pero sin elfas guarras. Le decía a la

gente que le llamaran «Gorak Morka». Por el día recogía cartones y chatarra, y por la noche se emborrachaba en un cajero de La Caixa.

—Caballeros. —Dólera apareció tras la puerta vestido con una bata blanca y guantes de goma—. Síganme.

Ya se conocían el camino. Pasaron por varios pasillos pulcramente desinfectados: nadie quería que un cadáver los denunciase por pillar la gonorrea. Faura sospechaba que esa enfermedad se transmitía por contacto directo con los médicos.

La sala de aperitivos contaba con veintiuna neveras cromadas dispuestas en formación de 7×3 . Dólera extrajo una carpeta de un casillero y la devolvió de nuevo a su sitio. Repitió la operación cinco veces. Al final encontró lo que buscaba.

—Aquí está. Herida de arma blanca en región cervical. Se lo han dado a Pomares.

—Vamos a verlo —ordenó Faura.

Dólera dejó la carpeta sobre una mesa. Se acercaron a la puerta marcada con un «16» y la abrió. Sacó la bandeja con el cuerpo y retiró la sábana.

Aún estaba vestido. La ropa hedía a suciedad y estaba empapada en sangre. Pablo Muñoz Mora: rubio, de pelo rizado con rastas, barba marrón, pendientes, pañuelo pirata en la frente, palestina. El cuello tenía un tajo atroz en el lado izquierdo. La cabeza osciló y se abrió todavía más. Dejó a la vista vértebras y una carótida cortada.

—Joder, vaya desastre.

Todos estuvieron de acuerdo con el comentario profesional del doctor.

—¿Qué nos puedes decir, Luis?

—Veamos... Es un corte profundo. Se usó un arma de grandes dimensiones, está claro. Habrá que estudiar la trayectoria para determinar si es zurdo o diestro, o si lo atacó de frente, de espalda o por el lateral. Fijaos en esta marca. —Señaló una vértebra—. La ha provocado el filo del machete o hacha. Es un milagro que este hombre pudiera salir corriendo con semejante herida.

—No llegó muy lejos —dijo Floro.

La cabeza de Faura se puso a procesar a toda leche. Las pruebas concordaban con su asesino. Mismo *modus operandi*, zona cercana a las otras dos víctimas. De momento: una prostituta, un mendigo, una chica desaparecida hace treinta años. Buscaba a personas solitarias, abandonadas, presas fáciles. Su teoría del psicópata de geriátrico: mató a Maribel Botella en los ochenta, ahora es un abuelo capaz de cargarse a una puta drogada en un descampado, pero que se le escapa un mendigo con el baile de San Vito. Encajaba. Con la chica en la oscuridad pudo tomarse su tiempo. El vagabundo salió echando hostias cuando recibió el primer machetazo. No pudo seguirlo. No esperaba esa reacción. Puede que la sangre le salpicara el rostro, o que la palestina que llevaba al cuello amortiguase la mayor parte del impacto. Tal vez el asesino es tan viejo que lleva hasta andador.

—Gracias, Luis —dijo al fin.

—Hasta que Pomares no haga la autopsia completa no te podré decir nada más.

—Pásame copia del informe cuando lo tengas.

Le tendió un sobre bajo manga. Dólera lo agarró con esa mezcla de ofensa y resignación que tan bien se le daba. No quiero tu dinero, Paco, pero lo voy a aceptar por hacerte un favor. Gracias, Luis: la doble moral levantó este país.

Se despidieron. Floro y Faura salieron al aparcamiento. Tenían los coches cerca. Floro sacó unos papeles doblados de la guantera.

—Antes de que se me olvide —dijo—. Aquí tienes lo otro que me pediste.

Faura lo agarró y le hizo un gesto a modo de despedida. Le echó un ojo en el asiento del conductor. Un listado: 31 personas en España que se llamaban Miguel Herrera Saucedo. Diecisiete eran mexicanas. Seis coincidían con el rango de edad. Dos vivían en Madrid. Una llevaba en España nueve años. La otra llegó hace cinco y pasó por la cárcel.

—No me jodas...

Baño de espuma para dos. Jacuzzi con sales naturales. Velitas aromáticas y pétalos de rosa en el suelo. Cristina Olsen desnuda acariciándolo: CJ debería de estar relajado.

—Es un juego como cualquier otro, cariño.

—No me apetece —dijo CJ—. Eso es todo.

—Es muy sencillo. Mira, empiezo yo. A ver... mmm... Color favorito.

Rojo sangre, de cabeza decapitada, de cuello cortado.

—El azul de tus ojos —mintió.

—El mío es el blanco. Como esta espuma, o la nieve.

En Afganistán las montañas eran nevadas. No se trataba de un desierto como el de Las Vegas. Allí hacía frío, pero estaba prohibido esquiar o ser americano.

—En teoría no es un color —continuó Cristina—. Se supone que se consigue mezclando todos los tonos. Una vez, de niña, me compraron una peonza. La coloreé con lápices y rotuladores, esperando que al girar se volviera blanca.

—Ajá... —CJ seguía ausente.

—Pero me dio de resultado el color mierda. —Hizo una pausa, pero CJ no respondió—. Por eso me la metí en el coño y le di vueltas hasta correrme.

—Perdona, ¿has dicho algo?

—Un disparate para ver si regresabas a la Tierra.

—Lo siento, es que... tengo la cabeza en otro lugar.

Cristina se arrodilló ante él. Sus pechos se balancearon llenos de espuma. Le acarició la cara. Tenía la piel de las manos arrugada.

—Algún día tendrás que confiar en mí y contarme lo que te pasa por la mente.

—Créeme, prefieres no saberlo.

—Oh, vaya, perdone usted, señor tipo duro. La pobre princesita Olsen no puede soportar las historias de los mayores.

—No es eso, *honey*. Son las cosas que he vivido. Una en concreto, que pensaba que tenía superada y ahora la revivo casi todos los días.

—Sé más de ti de lo que me has contado, Carl.

—Estoy seguro.

—Cariño, ¿quién crees que pasa al ordenador los informes del señor Levy? — Le puso un poco de espuma en la cabeza afeitada a modo de tupé—. Sé lo que ocurrió en la guerra, cuando te capturaron los terroristas, el tiempo que estuviste cautivo... Es normal que estés asustado. Es una experiencia traumática. No por aceptar tus miedos eres menos hombre.

—¿Y por qué quieres que te hable de ellos?

Ella se encogió de hombros.

—Soy tu chica, Carl. Es lo que hacemos.

Él la agarró de los hombros y la sumergió en el agua con cuidado. Emergieron al otro lado del enorme jacuzzi. Él estaba sobre ella.

—¿Eso es un «no»? —preguntó Cristina.

—Es un «todavía no», más bien.

—Como quieras. Esperaré a que estés preparado.

—Ahora mismo estoy preparado para otra cosa.

Se incorporó. Estaba empalmado. Su miembro hacía un ángulo de 90° perfecto con su pecho.

—¿Esa es tu manera de cambiar de tema? —dijo ella.

—¿No te parece bien?

—Al contrario. —Cristina sacó la lengua. Las gotas de agua resbalaban desde el pene de CJ. Ella las capturó en su boca—. Creo que es una idea magnífica, cariño. Magnífica.

Se despidieron tras el polvo. Lo bueno de follar en la bañera era que no tenías

que darte una ducha después. Lo malo: el suelo parecía un estanque.

CJ salió evitando resbalar. Que se encargue el servicio de habitaciones. Harrelson Levy había pagado mucha pasta para tener el Grand Biedma Hotel en exclusiva y apenas había huéspedes salvo ellos.

Y los de Blackriver.

CJ no los aguantaba. Su entrenamiento dejaba mucho que desear. Les iba el postureo puro y duro. Eh, mirad: somos la hostia. No, no sabemos pensar por nosotros mismos. Ese es nuestro punto fuerte. Decid dónde tenemos que morder y no lo dudaremos.

Su 5 % de las participaciones en la organización de Robbie también influía. Era su puente a la jubilación. Quería volver a su antigua vida en China, pero los Blackriver se quedarían con todo el pastel si él se retiraba. Cuando pidió ayuda a Levy pensó que le mandarían a algún chico de Macao. No podía dejar que Cliff Saunders le echase de allí.

El gilipollas de Larry había tenido algo que ver, estaba seguro. No terminaba de tragar que CJ tuviera voluntad propia. Ahora podría jugar a sus asuntos de pervertido con los de Blackriver. Salta por el aro, perrito.

Encendió la televisión mientras se cambiaba de ropa. Pensaba mejor cuando corría. Además, tenía que seguir visitando locales de beneficencia por si aparecía Percy. También llamaría a los que ya había estado para preguntar si lo habían visto esos días. La presentadora del magazine matutino hablaba de la violencia racista en España. Al parecer, había un cadáver. Lo escuchó de fondo. Le habían dado un tajo en la garganta. CJ abandonó los cordones de sus zapatillas y prestó atención.

Pusieron un vídeo. Aparecía un cabrón con barba y palestina. Se apreciaba un corte profundo en un lateral del cuello. Los vecinos hablaban de inseguridad. Una vieja dijo que todo era culpa de los rumanos, que bebían cervezas en los bancos del parque, que la juventud estaba loca, que a ella una vez le devolvieron mal el cambio en la panadería.

Pasó del periodismo sensacionalista y buscó un informativo serio. Allí

hablaban del crimen. Lo achacaban a movimientos de extrema derecha. Recordaban que, no hacía mucho tiempo, unos pijos quemaron viva a una indigente con queroseno. Los angelitos acabaron absueltos. Otro hablaba de guerra racial. Al parecer, habían atacado el albergue de nazis del centro.

Apagó el televisor. Se colocó los cascos y buscó una emisora menos parcial. La información seguía siendo la misma: asesinato por un tremendo corte en el cuello. El tipo pudo escapar y acabó en una zona cercana donde se hacía un botellón. Los chicos lo grabaron con el móvil. Apuntó las señas: Leganés, cajero de La Caixa, cerca del Parque de las Moreras.

Aprovechó para hacer la ronda por el hotel antes de marcharse. Como siempre, todo estaba bien. Un momento. Escuchó ruidos. Planta 4: aquí no debería haber nadie. Habitación 421. Al acercarse se abrió la puerta. Larry Levy salió del interior. Ambos se sorprendieron de encontrarse. Larry cerró con cuidado.

—Joder, CJ, me has asustado.

—¿Has cambiado de habitación? —preguntó.

Larry sonrió. Alzó el brazo y lo pasó como pudo sobre los hombros de CJ.

—Mi padre no acepta mi estilo de vida, ya lo sabes. Y ahora le ha dado por vigilar mis movimientos. Por eso traigo a las chicas a diferentes cuartos, para despistar al viejo chocho.

—Deberías informarme. Se supone que esta planta está desierta.

—CJ, por favor. Yo soy el jefe. Y si te lo contase, ya no sería un secreto. Eso sí, espero que esto quede entre nosotros.

—¿Es una orden?

Larry parecía perplejo.

—Acabo de decir que soy tu jefe.

CJ bufó.

—Quizá te dé un toque en un rato para que acompañes a la chica de vuelta.

Larry le palmeó la espalda. CJ se marchó a toda prisa. No pensaba hacer de chófer para sus zorras. Que pidieran un taxi.

Aparcó a una distancia prudencial. El lugar estaba lleno de curiosos. Había unidades móviles por todas partes. La noticia les encantaba a aquellos buitres con micrófono. Lo tenía todo: una muerte violenta, una víctima de la que se podía decir cualquier disparate, un asesino que se había dado a la fuga, el misterio del móvil. Además, había sucedido en la periferia de Madrid: las cadenas de televisión podían enviar a sus reporteros estrella a cubrir la tragedia.

CJ se colocó la capucha de la sudadera. Disimuló corriendo a poca velocidad. Vio cámaras, cables, vecinos morbosos, patrullas de la Policía Local. Desde la distancia se apreciaba el charco de sangre. Daos prisa en limpiarlo: el COI está a punto de pronunciarse sobre las Olimpiadas del 2020 y esto da mala imagen.

Una marea verde apareció por la avenida. Habían convocado una manifestación en contra de los recortes en educación. Aprovecharon la presencia de los medios para hacerse oír. Salvan a los bancos y despiden profesores, privatizan los colegios y se cargan las oposiciones. Políticos, cabrones: aprended inglés si sois tan listos.

CJ se apartó del follón. Se quedó junto al parque, observando desde una posición alejada. Pensaba en Percy, en Afganistán, en la pistola de plástico que ocultaba en su habitación. Tenía la mente en mil sitios a la vez. Quizá por eso no se dio cuenta de que Faura estaba tras él, sentado en un banco, hasta que oyó el entrechocar de vidrio.

Se dio la vuelta y vio al abuelo. Sostenía dos botellines de cerveza con la mano izquierda y un trozo de pan en la derecha. Los pájaros lo rodeaban. Levantó la cabeza y miró a CJ a los ojos.

—¿Te apetece ahora que hablemos como personas adultas, Carl?

Mira a tu alrededor, muchacho; a esto lo llaman «circo mediático». Hay cadenas de radio, televisión, periódicos digitales y hasta adiestradores de palomas mensajeras. Los curiosos se aglomeraban alrededor de la piscina de sangre. No esperaban que un borracho pudiera tener tanto líquido en su interior. Algunas marujas les alquilan los balcones a los cámaras para pillar los mejores ángulos. Atento: los niños salen del colegio ahora y van directos a la escena del crimen. Mira cómo disfrutan los chavales. ¿Has visto eso? Uno le ha birlado el bolso a aquella tía y ni se ha enterado. ¿Sabes por qué? Porque todos están atentos al circo.

Y nosotros estamos justo ahí, Carl. En mitad del circo, rodeados de gente, aunque nadie nos hace caso. Ven, siéntate a mi lado.

Faura reconoció la duda en los ojos de CJ. Podía imaginarlo planeando cómo darle de hostias desde su último encuentro. Sus pupilas lo atravesaban de lado a lado. Faura sonrió. Le daba igual lo que pensase de él. Iban a hablar como dos viejos conocidos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó CJ.

—Esperarte, claro. Estuve pensando, ¿sabes? Dijiste que perseguías al asesino de Galya. Supuse que, si era cierto, vendrías a ver esto con tus propios ojos.

—Eres muy listo. Y muy imprudente.

—Vamos, ten, toma una cerveza. No vas a liarte a tiros en mitad de la calle, con todas esas personas alrededor. Hay niños, Carl.

—También cámaras de televisión y policías. Veo que de nuevo lo tienes todo bien atado, *motherfucker*.

Faura dejó los botellines en un lado del banco. Luego lanzó migas de pan al

suelo. Los gorriones se pelearon por ellas.

—El que estés aquí me indica dos cosas. La primera, que fuiste sincero cuando dijiste que perseguías al asesino. Si hubieras mentido, si tus planes fueran otros, te habrías quedado de brazos cruzados. Por cierto, ¿leíste el informe que te di?

—Esos papeles no sirven para nada. Una mujer desaparecida hace siglos. No llevan a ninguna parte.

Faura asintió, fanfarrón.

—Eso ratifica la segunda de mis hipótesis: si has venido hasta aquí, significa que estás bastante perdido en tu investigación.

CJ apretó los dientes. Faura decidió enseñar sus cartas. Sacó el zipo de Susana. Apretó el resorte oculto y el filo de una navaja emergió de la base. CJ se quedó paralizado. Faura lo estudió. Le había visto jugar con ese mechero en la madriguera de Aldo. Ahora veía que era un arma. Recuerda, muchacho: me cacheaste sin miramientos. Solo veías en mí a un viejo desarmado. Te podía haber degollado en ese momento y no lo hice. Joder, confía en mí.

—¿Te apetece una cerveza o me tomo yo las dos? —Le quitó la chapa al botellín ayudado de la navaja—. Vamos, no van a venir a multarnos.

Le tendió la Budweiser. Se la vendieron en el supermercado cuando preguntó por marcas que consumiesen los americanos. La cajera le dijo que aquella era la mejor. Al fin, CJ estiró la mano y la cogió.

—Está caliente —dijo.

—Llevo esperándote casi cuatro horas. Pensé que llegarías antes. He meado dos veces detrás de ese árbol. Al final me aburrí y compré esta barra de pan para entretenerme. En cualquier caso, es cerveza.

Faura abrió el segundo botellín y guardó el mechero. Arrastró el culo hacia un lado y dejó sitio a CJ. El soldado dio un rodeo y se sentó en el respaldo. Faura pensó que se sentía más seguro desde una posición elevada. El chaval llevaba el ejército en las venas.

—¿Dónde está el drogadicto?

—Pasando el mono.

—¿Dónde?

—Eso no te lo puedo decir.

—No vas a llevarme a la cama con tanto secreto, abuelo. Ni siquiera sé quién coño eres.

Faura se rascó el bolsillo. CJ aguantó la respiración. Despacio, el viejo sacó su cartera y extrajo una tarjeta de visita. Se las había hecho esa misma mañana.

—Me llamo Paco Faura. Fui policía, ahora trabajo como detective. Si revisas el dossier de Maribel Botella, verás que yo fui el encargado de llevar el caso. ¿Quieres ver mi DNI para comprobar si digo la verdad?

La última frase la soltó con ironía, como si le hablara a un niño pequeño que es incapaz de apreciar lo obvio. CJ guardó la tarjeta en su bolsillo.

—Te creo, abuelo. ¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque, como te he dicho, el que estés aquí significa que también dices la verdad, lo que indica que estamos en el mismo barco. Y porque quiero algo de ti.

Dejó la frase en el aire. CJ no dijo nada. Durante unos segundos, ambos se dedicaron a mirar al frente. Allí estaban: un negro enorme con un chándal con capucha, y un viejo que daba pan a los pajaritos. Por separado podían ser dos personas cualquiera en un banco cualquiera, pero el conjunto era extraño.

—Tengo una mala noticia para ti, Carl. Aquí no vas a sacar nada en claro. Te lo digo yo. Nuestro asesino se comporta como un fantasma. Mata y desaparece. No regresará para que lo identifiquen. De hecho, no ha dejado ninguna huella, salvo quizá el vídeo del cajero automático.

—¿Y para qué has venido?

—Ya te lo he dicho: para hablar contigo. No creo que te hiciera gracia que te llamara al Grand Biedma, o que me presentase a cara descubierta.

—Entonces ¿qué quieres?

—Colaboración.

Le pasó el informe de Miguel Herrera Saucedo. CJ miró alrededor antes de abrirlo.

—Creo que es el tipo que aparece en el vídeo de Aldo.

—¿El de la motosierra?

—El mismo. Y no solo eso: ha estado en España. Condenado por un delito contra la salud pública. Al parecer, lo pillaron con varias bolas de coca en el estómago. Cumplió cuatro años en Aranjuez. Después, nada.

—¿No decías que el asesino era el mismo que mató hace treinta años?

—No hay que descartar nada, Carl. Si Aldo tiene razón, si ese Miguel va tras él, habrá que comprobarlo. No me gustan las casualidades, y esta es bastante grande.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Necesito que llames a tus contactos en América. Hay que confirmar si volvió a México o sigue en España. Yo miraré sus cuentas bancarias, sus últimos movimientos, posibles direcciones y demás. Pero quiero hacerlo bien. No voy a perder el tiempo de nuevo persiguiendo sombras para que ese cabrón vuelva a matar.

CJ guardó los papeles en la sudadera y miró al frente.

—Lo que dices es lógico, abuelo. Pero ahora eres tú el que se equivoca: yo no tengo esos contactos en USA.

—Pero tu jefe sí.

Un perro pasó por su lado. No tenía collar.

—¿Y cómo quieres que...?

Faura no le dejó terminar:

—Cuéntale a Harrelson Levy cualquier cosa. Eres el jefe de seguridad. Dile que lo has visto rondando por el exterior de vuestro hotel, que necesitas más información. Me da igual cómo lo hagas, pero esto es importante. Yo solo puedo llegar lejos, pero no tanto. Si este es el mismo Miguel que ejercía de verdugo para los narcos de Culiacán y está suelto por Madrid, puede que sea nuestro hombre.

—¿Acaso crees que la CIA tiene bajo vigilancia a todos los espaldas mojadas?

—Eso es lo que vendéis, al menos. Mira, este tío trabajaba para el Chapo.

Seguro que en Langley saben quién es. Necesito saber sus movimientos, si regresó en avión, si ahora se hace llamar de otra manera, si está enchironado en Minnesota o en Cancún. Si es tan listo como creo, habrá tapado su rastro.

Alguien había soltado a varias cotorras y estas habían procreado. Una bandada de esos loros apareció de la nada y se posó sobre una palmera. Los gruñidos de los bichos eran ensordecedores. Miraban el pan de Faura con apetito.

—¿Qué sacas tú con todo esto? —preguntó CJ.

Faura se lamió los labios. Pensó que no tenía nada que perder. Además, le apetecía desfogarse.

—Estamos delante de una cerveza, supongo que puedo contártelo. Todo este asunto de las decapitaciones me preocupa. Un asesino en serie no es nada común en España, ¿sabes? Como dice un conocido mío, esto es más típico de los americanos.

—Nosotros inventamos a esos locos, ¿no?

—No lo sé, pero es extraño. El tema es que descubro que Maribel fue responsabilidad mía hace treinta años, y no es que me sienta en deuda con ella. En realidad, me siento en deuda conmigo mismo. Creo que es mi responsabilidad, que debo hacerlo. Es lo correcto. A mi edad no hay mucho margen para tener segundas oportunidades.

—¿Sabes? En mi país les ponen nombres: El asesino de las colegialas, Los asesinos de los corazones solitarios, El asesino de los torsos en Cleveland...

—¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso?

—Da igual. Creo que tendríamos que bautizarlo antes de que lo haga la prensa.

—¿Y qué sugieres? ¿Pilatos? ¿El Artista?

—El Artista suena bien.

—Oye, mira, soy demasiado viejo para estas cosas. Ese tío es el criminal que busco. Nada más. Puedes llamarlo «asesino» o «el hijoputa ese». Cualquier otra cosa sería entrar en su juego.

CJ se encogió de hombros.

—Creo que ya lo hemos hecho —dijo.

—Lo que él no sabe es que también ha entrado en el nuestro.

—Estás anticuado, abuelo. ¿La poli no va a hacer nada?

—No creo. Tu jefe tapó con billetes el asunto del cráneo. Lo de la rusa muerta ocurrió en una fiesta con demasiadas autoridades para que le den publicidad. Y lo de este desgraciado se saldará como un ajuste de cuentas entre mendigos. Verás como antes de que acabe el día pillan a otro sin techo con problemas mentales como cabeza de turco.

—Entonces estamos solos.

Un tubo de escape petardeó. Las cotorras se asustaron y se largaron de allí. CJ reaccionó como si se tratara de un disparo de Kalashnikov.

—¿Quién es Percy de la Cruz? —preguntó Faura.

—Supongo que ya lo sabes.

—Lo busqué en Google, sí.

—Me lo encontré hace unas semanas. Estaba desquiciado. Era como si su mente aún siguiera en aquel agujero de Afganistán.

—¿Y crees que puede ser el asesino?

—Por eso me he metido en esto. Pensé que debía encontrarlo antes que la pasma, aunque ahora veo que nadie lo está buscando.

—¿Por qué crees que es el culpable?

—Decapitaba a gente para los talibanes. Cuando nos vimos, me di cuenta de que estaba medio loco.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres?

CJ levantó la cabeza. Su mirada parecía traspasar épocas.

—Supongo que le pegaré un tiro.

A Faura le pareció correcto. Era lo que se hacía con los perros rabiosos. Si Percy era un animal herido, había que ahorrarle sufrimiento. Los soldados caían, normalmente en las guerras, pero la muerte era algo habitual desde que se ponían el uniforme. Faura sacó el móvil del bolsillo y se lo pasó a CJ.

—Apúntame tu teléfono —dijo—. Yo aún no he aprendido a usar estos

cacharros.

—Vaya antigualla. ¿Todavía funciona?

—Regístralo en ese botón, el de agenda de contactos. Así te podré llamar cuando tenga algo. Siempre es mejor que estar esperándote en un banco del parque, ¿no crees?

CJ marcó su número y llamó. Luego colgó y añadió el número a la memoria del Nokia. Se puso de nombre «Shirley» y se lo devolvió a Faura.

—Te ayudaré a encontrar a tu amigo Percy —dijo—. Cuenta con ello.

Le tendió la mano. CJ se la apretó. Se marcharon cada uno en una dirección sin volverse. Ninguno de los dos había bebido una gota de sus cervezas.

Aldo vivía en un estado de vigilia, sueño y colocón de Midazolam. La droga lo atontaba. De vez en cuando gritaba cosas que no entendía ni él. Luego se desmayaba de nuevo.

En una ocasión le pareció que tocaban a la puerta. Hola, le traemos la palabra del Señor en estos bonitos fascículos. Alabaré, alabaré, alabaré. ¿Han pedido una pizza? Hoy has perdido, chico, pero no tiene por qué gustarte.

Aldo deliraba en Technicolor.

No llegaba a estar despierto mucho tiempo. Faura había calculado el tiempo que tenía que transcurrir entre cada dosis. Aparecía, le limpiaba el culo con el cubo de agua y una fregona, y le metía un nuevo chute. Aldo volvía a ver las estrellas. El viejo solo decía:

—Tranquilo, hijo. Yo me ocupo.

Faura conducía el Marea. Pensaba en Aldo. Tenía una mezcla de sentimientos hacia el mexicano: asco, pena, simpatía. Prefería mantenerlo drogado que aguantarlo sereno. Aún dudaba qué hacer con él. Era pronto para moverlo. La policía puede que no lo buscase, pero si lo trincaban, acabaría por cantar. Llamaba mucho la atención, era un desastre de persona, aún murmuraba rezos sobre Galya.

Condujo hasta la sede de Ruano. Poseía una oficina en la zona denominada Cuatro Torres Business Area. Tenía unas vistas cojonudas de la estación de Chamartín. Los cuatro pepinos impresionaban a Faura. No le gustaba doblar

tanto el cuello. Eran como cuatro dedos intentando rascar el cielo. Faltaba el pulgar: se lo habrían cortado por hacer trampa a la Bolsa.

El de seguridad lo saludó por su nombre y le dejó entrar sin problemas. El ascensor era supersónico: pulsó la planta 19 y en apenas seis segundos había llegado. A Faura no le gustaban los parques de atracciones.

La puerta de Ruano no tenía ningún cartel que indicase su actividad empresarial, pese a que era la dirección fiscal de hasta 58 empresas tapadera. Entró sin llamar a la oficina. La secretaria de Ruano le saludó. Estaba hablando por teléfono con unos auriculares. Era una cuarentona obesa y simpática por petición expresa de la esposa de Ruano.

—Ya estoy contigo, Paco —dijo al colgar—. ¿Qué haces por aquí? Manolo no está hoy.

—Vaya, no lo sabía —mintió Faura—. Venía a traerte un par de cosas, Fabiola. Lo primero, un bombón para otro bombón.

Le dio una caja de Ferrero Rocher medio derretida y caducada que había comprado en una gasolinera. Fabiola aceptó gustosa el presente. Las técnicas de cortejo de Faura eran dignas de un caballero medieval, pero a ella le parecían exquisitas.

—No tienes por qué traerme un regalo cada vez que vienes, Paco, ya lo sabes.

Faura le sonrió con sus perfectos dientes postizos. Esa era otra de sus leyes de sabueso retirado: ten contento al servicio, porque son ellos los que te pueden abrir las puertas.

—También te dejo estos informes sobre el tema de Eurovegas. —Le pasó el dossier.

—Cada vez son más finos, Paco. Si no me traes más cosas, me van a despedir por falta de trabajo.

—Vaya, ahora que lo mencionas, tengo algo en lo que me puedes ayudar.

Extrajo la cartera y dejó a la vista las fotos de sus nietas. De ahí sacó un papel cuadriculado y se lo pasó a Fabiola. Contenía el nombre de Miguel Herrera Saucedo junto con su número de pasaporte.

Faura se humedeció los labios. Empieza la función, niños y niñas.

—Me he encontrado con un terreno a su nombre cuando investigaba a los propietarios, pero no aparece en la lista que me diste.

—Déjame comprobarlo.

Fabiola se colocó las gafas de ver de cerca. Sacó un enorme archivador de la estantería y lo abrió por la mitad. De ahí extrajo un listado desplegable. Buscó el nombre de Herrera ayudada con una regla.

—Qué raro... Debería estar aquí...

—Quizá no han actualizado los padrones. Ya sabes cómo son estas cosas. Los funcionarios se pasan el día tocándose los huevos y luego se les traspapela hasta el pase de aparcamiento.

—No sé qué decirte, Paco.

—No te preocupes. Si puedes, sácame lo que tengas de él en un momento y arreglado.

—Claro, no es problema. Pásate mañana, si quieres.

—Esperaré aquí. —Se sentó en un sillón ante la ventana—. Las próximas semanas van a ser muy movidas y prefiero llevármelo ya, si no te importa.

Fabiola asintió con una sonrisa. Desde su despacho tenía acceso online a diferentes bases de datos, principalmente de bancos. Si alguien se hacía una tarjeta de crédito, Ruano lo sabía. Si alguien la usaba, Ruano podía hacer una lista de los productos que había comprado, e incluso un mapa de las tiendas que había visitado. El cabrón se creía J. Edgar Hoover. También podía consultar el padrón de habitantes, el de vehículos y el de mascotas, así como tierras y bienes inmuebles.

La mujer tecleó a toda velocidad. Clicaba con el ratón, escribía algo y analizaba el resultado. Así una y otra vez. En un momento dado, levantó una ceja.

—No hay mucho, Paco.

Faura se sorprendió.

—¿Eso significa que hay algo?

—Estuvo autorizado en una cuenta conjunta con una tal Marina Álvarez.

Le imprimió la información. Faura le quitó las gafas a Fabiola para poder leer aquella letra minúscula.

—¿Puedes sacar algo más de esa tal Marina?

—Estoy en ello, Paco.

La espera fue mucho más corta. En la base de datos del Banco Cabrón encontró casi toda la información que necesitaba. Marina Álvarez Salmerón, treinta y nueve años, hipoteca para una vivienda en la calle El Nevero de Alcobendas, domiciliación de recibos de ADSL, gas, electricidad, agua, teléfono, guardería y letra de un Peugeot 308. Dos cuentas de ahorro: una con 1.307,81 euros, posiblemente para los gastos diarios, y una segunda con un montante de 8.654,27. Plan de pensiones, seguro de vida, seguro de hogar: todo con el Banco Cabrón. La tía hasta tuvo que picar cuando vendieron acciones.

Faura comparó los números. Miguel Herrera Saucedo estuvo autorizado en la cuenta solo cinco meses. Después aparece el nombre de Julio Serrano Ortega. Comprobó los gastos de los últimos años: pequeños bocados aquí y allá. Mira eso: una retirada en efectivo de ocho mil euros que nunca se repuso. Lo cotejó con la hipoteca y los datos del coche, pero no se correspondía con ningún pago. Esa pasta se había esfumado.

Faura tuvo una corazonada: Miguel y Julio eran la misma persona. Documentación falsa al casarse con una española para borrar sus huellas. Ella lo debía de saber y aceptó.

Ocho mil euros evaporados. Podían comprar una identidad nueva sin demasiado esfuerzo. Faura pensó en los falsificadores que conocía. Iría a visitarlos uno a uno hasta dar con alguien que hubiera visto a Miguel Herrera Saucedo.

—¿Puedes comprobar ahora...?

—Cuando tú vas, yo vuelvo, Paco. No veo nada a nombre de Julio Serrano Ortega. Ni siquiera aparece el número de DNI que presentó en el banco.

Eso era bueno. Cambio de identidad, pero no de hábitos. Seguía siendo un

fantasma que...

Joder.

Presión en el pecho. Mareo. El dolor se expandió a la garganta y al brazo izquierdo. Fatiga. Trató de caminar. Le dolió más todavía. Le costaba respirar.

—Fabiola... —dijo en un murmullo—. Llama a Urgencias.

—¿Estás bien, Paco?

Le estaba dando un infarto.

Harrelson Levy estalló:

—Fuera de mi despacho, hijos de puta. —Inglés de Boston, acento de Nevada—. Os sacaré las tripas a patadas si os vuelvo a ver.

La comitiva de chupapollas encorbatados se miró estupefacta. Su inglés era una mierda. Uno entendió *motherfucker*. Todos comprendieron el tono. Cristina Olsen se humedeció los labios sin saber cómo traducir. No hizo falta.

—¡A tomar por culo! —gritó el viejo mientras se levantaba de su trono—. ¡A tomar por culo!

Después alzó el bastón y casi le abre la cabeza al más feo. El idiota lo esquivó como pudo. El grupo reculó espantado. Se atropellaron unos a otros mientras salían del despacho. Cristina fue tras ellos y cerró la puerta al salir.

CJ permanecía de pie. Jefe de seguridad. Hablaba español al igual que Larry, el hijo de Harrelson. Ellos eran los únicos que se habían enterado de toda la película.

—Bien hecho, padre —aplaudió Larry—. ¿Sabes a quién acabas de mandar a la mierda?

—A un retrasado mental.

—Ese retrasado era el presidente de la Comunidad de Madrid.

—Un gilipollas con enchufes. Que se joda.

—Es nuestro mejor contacto con el gobierno central.

—No quiero hablar otra vez con el presidente de España. Tengo unos informes de la CIA de lo más inquietantes.

—Pues si no quieres tratar con él, no insultes al mensajero. Era el presidente

de la Comunidad de Madrid, por el amor de Dios. ¿Qué dicen tus archivos secretos de espías sobre él?

—Que se puede comprar. Y nos saldría barato. Con regalarle un ático en la costa ya lo tendríamos en el bote.

—Pues entonces no lo eches como si fuera un perro.

Harrelson Levy refunfuñó. Se recostó de nuevo en el sofá. Respiraba con dificultad. Levantarse de un salto del sillón era demasiado para su edad.

—Es un perro. Me ha insultado. A mí, en mi despacho. En mi casa.

El día anterior había comprado cinco plantas de la Torre Sacyr a precio de oro. Lo había hecho para demostrar que podía. El edificio más alto de Madrid hasta que él construyera sus macrocasinos.

—Nadie es un perro, padre. —Larry se desesperaba—. Nadie te ha insultado.

—¿Y por qué me ha jodido? Quiero soluciones, no más problemas.

—Creo que aquí ha habido un fallo de traducción, padre. En realidad, te han dicho que sí a todo.

Las exigencias de Harrelson Levy: ventajas crediticias, fiscalidad a medida con tributación al 1 %, restricción de entrada de otros operadores extranjeros, blindaje jurídico ante cualquier clase de pleito, endurecimiento de los contratos laborales, derogación de leyes antimonopolio, garantía por escrito de devolución con dinero público del 110 % de la inversión ante posibles pérdidas y subvenciones regionales destinadas a la ludopatía. Eso, para empezar. Y entre las paredes de aquel despacho impersonal le habían dado luz verde. Un sí claro y rotundo. Tendremos que hacer gestiones, pero cuente con ello, mister Levy. Es un compromiso en firme, mister Levy. Brindemos por nuestro futuro.

—Eso es mentira —prosiguió el Mormón—. ¿Qué hay del tabaco?

—No dejarán fumar en los casinos.

—¿Ves? A eso me refiero. Una vez me contaron que había un grupo de rock, no sé cuál, que exigía un bol lleno de M & M de varios colores. ¿Sabes lo que son? Esos caramelos de chocolate que...

—Aunque no estuviste presente, tuve una infancia, padre. Sé lo que son.

—Deja de interrumpirme. Esa gente quería M & M, pero entre ellos no podían encontrar uno amarillo. Cuando eso sucedía, cuando había uno amarillo, destrozaban la habitación de hotel.

CJ tenía ganas de derruir el Grand Biedma. Estaba más que harto de vivir allí. ¿Cuánto hacía que había llegado a España? ¿Cuatro meses? ¿Quizá cinco?

—¿Y sabes por qué pedían esa chorrada, hijo? —Levy se secó la frente con un pañuelo: la adrenalina lo agotaba y amenazaba con mearse encima—. Para asegurarse de que hubieran leído sus condiciones. Todas. Si en eso fallaban, ya sabían que en el resto se la podían jugar.

—No es el caso, padre. Este tipo ha explicado que...

—Ya lo he oído.

—... que aprobaron hace no mucho dos leyes antitabaco y que son aceptadas por la sociedad. Asegura que no pueden derogarlas de un día para otro, que hará lo que pueda, y que mientras se debate eso aprobarán el resto de tus condiciones.

La doctrina del *shock*. Por ejemplo, queremos subir la edad de jubilación hasta los sesenta y siete años. ¿Cómo hacerlo? Muy fácil: decimos que la gente tendrá que trabajar hasta los setenta y cinco. Habrá manifestaciones, los sindicatos echarán espuma por la boca, no se hablará de otra cosa en las tertulias. Entonces el gobierno recapacitará y dirá que vale, que nos hemos pasado: solo la subiremos hasta los sesenta y siete. La gente respirará tranquila, los sindicatos se colgarán la medalla de la negociación, el objetivo estará cumplido.

—En realidad te da igual que se fume o no en los hoteles, padre. Deja que los políticos hablen de tabaco en la tele mientras legislan para darte todo lo demás.

Harrelson Levy negó con la cabeza. Tajante. Era un niño enfadado.

—Ni hablar. Es mi M & M amarillo. Me están jodiendo.

Larry miró a CJ. Este se encogió de hombros. Lo suyo era la seguridad. Estar allí plantado le ponía de los nervios. Dadme una cabeza que aplastar. Necesito quemar grasas.

—Eres insufrible, padre. —Larry se incorporó y se abrochó la americana—. Nos vas a buscar la ruina a todos.

Larry se marchó del despacho. CJ lo siguió. Dejaron al Mormón macerando ira y rencor. En la puerta encontró a Cristina Olsen. Se abanicaba con un informe de cuentas.

—Disculpe la escena, miss Olsen —dijo Larry—. Ya sabe cómo es el genio de mi padre.

—No se preocupe, mister Levy.

El vástago se marchó. CJ lo siguió con la mirada. Se quedó junto a Cristina.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella hacía ejercicios de respiración.

—Luego soy yo la que tiene que hablar por teléfono con esa gente, ¿sabes?

—Tranquila. Comen de su mano.

—Qué gran consuelo.

—Volverán. Son rémoras. Sus intereses pasan por lo personal, por enriquecerse ellos mismos y que le jodan al resto. En el descansillo hablaban de hacer prospecciones petrolíferas en las islas Canarias. Parece ser que es un paraíso de sol y playa que vive del turismo y la pesca. Pero a ellos solo les interesa el cheque, la comisión, la foto.

—Todos nos jugamos mucho, CJ. Trata de ser más comprensivo.

—Esos tíos no se juegan nada.

—Eso no es cierto. ¿Sabías que Harrelson Levy ha sobornado a la mitad del COI para que le den a Madrid los Juegos Olímpicos del 2020? Piensa en ello. Por un lado, los políticos se atribuirán el mérito, y, por otro, el señor Levy tendrá clientela asegurada para los casinos y los hoteles. Todos están poniendo de su parte para llegar a la misma meta.

—A veces no lo parece.

—Ya.

—Oye, te quería pedir un favor. —CJ cambió a un tono confidencial—. ¿Podrías buscarme los antecedentes de un mexicano?

—¿Cómo esperas que lo haga?

—Vamos, no seas humilde. Harrelson Levy acaba de decir que tiene informes

de la CIA sobre el presidente del Gobierno. Seguro que te los pide a ti. Eres su *personal assistant*.

CJ le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Le escribió el nombre y el número de pasaporte en un pósit.

—Te lo miraré cuando tenga un minuto libre.

—Sin problema.

—¿Para qué lo necesitas?

—Me han dado un chivatazo. Puede que sea un sicario enviado a atentar contra los Levy.

—¿Ahora tienes una red de confidentes, Carl? Me sorprendes.

—Nací con un as en la manga.

Le sonó el móvil. Pensó que Larry le estaría buscando. No hacía ni dos minutos que lo había perdido de vista y ya le estaba dando por culo. Miró la pantalla: Mike Ehrmantraut.

El nombre en clave que le había dado a Faura.

Faura se preguntaba cuánta gente habría muerto sobre ese colchón. Odiaba los hospitales. Sí, le salvaron la vida en uno cuando le dio el infarto, pero eso no significaba que les gustase. Ni siquiera los respetaba. Hizo un cálculo aleatorio: supongamos que muere una persona al día en esta clínica, aunque probablemente sean más. Si hay unas ochocientas camas, quiere decir que...

Una máquina pitó. Su compañero de cuarto gimió. Debía de pesar dos toneladas y media. Las molas le resbalaban por todas partes. Ni siquiera se tapaba las vergüenzas con una sábana. Necesitaron hasta siete celadores para moverlo de la camilla. Joder, entiendo que a este trozo de tocino le falle el corazón, pero a mí no me debería pasar esto. Y menos ahora.

Miró a Eli. Hojeaba una revista de psicología familiar: aprenda a cuidar de sus hijos con métodos probados con monos, joda la infancia de sus vástagos convirtiéndolos en los nuevos Einstein, no les deje jugar en la calle cuando puede apuntarlos a un sinfín de actividades extraescolares. Eli le devolvió la mirada: ya hablaremos tú y yo. Ángel evitaba mirar a ninguno de los dos.

Una médica apareció por la puerta. Si llegaba a los treinta años era de milagro. Ojeras de hacer guardias, mechas violetas en un pelo cortísimo. Pijama blanco con un distintivo amarillo en el bolsillo. Ni siquiera usaban batas: el mundo de los jóvenes era cada vez más extraño para él.

—Buenos días, Francisco. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Estoy bien, ya se lo dije. Solo quiero irme a casa. No fue más que un mareo. La muchacha miró sus notas.

—Usted sufrió un angor. —Faura la miró sin entender nada—. Síndrome

coronario agudo. —Faura la continuó mirando como si hablara en hebreo—. Amago de infarto.

—Pero... a mí ya me dio un infarto. Y no fue como este.

—Usted tuvo una parada cardíaca. Es distinto. El infarto consiste en una falta de oxígeno en el corazón, lo que hace que se necrosen los tejidos y... —Faura la miraba como se miran los cuadros abstractos—. Se le pudre parte del corazón. Pero no es lo mismo que una parada.

—Yo pensaba que sí.

—Está muy extendido el uso de infarto para cualquier dolencia cardíaca. Es un error muy común.

—¿Sabe por qué le ocurrió, doctora? —preguntó Eli.

—Su padre tiene azúcar, colesterol alto, veo que fue fumador... Eso son muchos factores de riesgo. ¿Ha sufrido alguna situación de estrés en los últimos días?

Faura no sabía si explicar que le apuntaron con una pistola o que perseguía a un asesino experto en rajar gargantas.

—Oh, no. Ni siquiera bebo, señorita. ¿Me puedo marchar a casa?

—Le tendremos unos días bajo observación. Puede que no sea nada, pero le quiero realizar más pruebas, dados sus antecedentes coronarios.

Faura ignoraba que tuviera antecedentes de ningún tipo, y menos coronarios. Aquello le sonaba a realeza: coronas, duques y burgueses que levantaban el meñique al beber.

—Le he preparado una prueba de esfuerzo para esta mañana. Cuando tenga los resultados, le ajustaré el tratamiento.

—Tomo unas diez pastillas diarias, incluyendo las pastillas que evitan que las otras pastillas me provoquen una úlcera.

—¿Quiere el alta voluntaria?

—No, no la quiere —dijo Eli, tajante—. ¿A que no, papá?

—Hija, yo...

—¿Ve?, no se va a ir a ninguna parte.

—Sí, es lo mejor. Bueno, Francisco, nos vemos hacia el mediodía para las pruebas.

La doctora se marchó. Faura suspiró. El mórbido de la camilla de al lado estornudó y su panza flácida ondeó. Pensó en trasladarse al hospital privado donde tenían a Susana enchufada a mil cables. Al menos tendría cuarto propio. Eli se sentó de nuevo en la silla. Ángel jugaba con su móvil.

—Eli, cariño... —dijo Faura.

—¿Crees que no sé lo que haces? ¿De verdad crees que soy tan tonta?

Ángel se encogió sobre sí mismo. Faura miró al techo de la habitación.

—Todas esas ausencias durante días, las llamadas que no contestas, el aspecto que traes después, sin ducharte ni afeitarte... No soy estúpida, papá. De verdad que no. Y ahora esto. Un infarto. Y le dices a la doctora que llevas una vida de relax absoluto, sin estrés. Dios, no puedes ser más mentiroso.

Faura miró a su hija con el rabillo del ojo. Detrás vio a Ángel. Si Eli sabía lo que estaba haciendo, era porque su marido se lo había contado. A Faura no le cuadraba. Se lanzó de lleno:

—¿Y qué se supone que estoy haciendo, Eli?

—No te hagas el inocente conmigo, papá. Lo sabes muy bien.

—Hija, solo soy un anciano que espera a la parca sentado en un banco del parque.

Eli se aproximó. Sus rostros se pusieron muy cerca.

—Tienes que dejarlo, papá. Hace años que ocurrió lo de mamá. Todos lo hemos pasado mal, sé que fue una injusticia, pero no podemos hacer nada. No me quiero quedar huérfana del todo.

—¿Qué?

—Sé que llevas años buscando el coche que se dio a la fuga. —Se recostó de nuevo sobre su silla—. Yo... puedo llegar a entenderlo, papá. Y de verdad que me habría encantado que le hubieras puesto las esposas. Esa es la razón por la que no te he dicho nada durante este tiempo. Pero ahora... Dios, papá: ya no eres

policía. Si sigues con esta investigación, acabarás muerto, ¿no lo ves? Te estás consumiendo, seguro que olvidas dormir y comer durante días.

—Ya tienes una edad, Paco —la apoyó Ángel—. Quizá sea hora de que te jubiles de verdad.

—¿Ahora estáis todos en mi contra?

—Nadie está en tu contra, papá. Dios, ¿tú te escuchas cuando hablas? Es solo... es solo que te estás suicidando poco a poco. Esto ha sido otro aviso. ¿Cuántos más vas a tener antes de que sea demasiado tarde? Tienes una familia, tus nietas te adoran, hasta Ángel te admira.

—Oye, no nos pasemos —contestó su esposo.

—¿Lo ves? Todos vamos en el mismo barco, en la misma dirección, pero a ti te gusta correr por libre.

Hacía tiempo que Faura no tenía una conversación sentida con Eli. Le atenazó la culpabilidad. Pensó que era un egoísta, que ella tenía razón, que no podía seguir con sus tejemanejes oscuros.

—Yo antes era deportista —dijo el gordo de la cama de al lado—. Participé en el Europeo de Praga, allá en el 78. Y si me permite un consejo, amigo: aléjese de la comida basura.

Después se puso a respirar con dificultad durante un buen rato. Faura observó cómo oscilaba su papada. Se declaró completamente incapaz de imaginar a aquel mojón de grasa corriendo o siquiera caminando despacio.

—Ahora estoy cansado, hija. Hablaremos más tarde.

En ese momento sonó un móvil. Faura tardó los diez segundos de rigor en reconocer que era su melodía. Estaba muy poco acostumbrado a ese cacharro infernal. Eli contestó.

—Diga. —Dos segundos después lo dejó de nuevo en la mesita metálica al lado del cabezal—. Han colgado.

—¿Quién era? —preguntó Faura.

Eli miró el menú.

—¿Quién es Shirley?

CJ observó la sala de Urgencias. Le flipaba que la Sanidad fuera pública en España, pese a los esfuerzos del actual gobierno por privatizarlo todo. Escuchó un par de charlas sobre derivación a hospitales externos. Mismo servicio, más burocracia, mayor coste para las arcas públicas. Mientras tanto, despedamos médicos y quitemos camas. Dios, qué fácil es ser ministro.

La fauna autóctona: gente gris que esperaba su turno. Algunos ya estarían curados para cuando los atendieran. Una cincuentona se ocupaba de dar los turnos: oiga, que yo estaba antes, no se cuele. Un chaval joven tenía pinta de llevar siglos de pie, pero se resistía a sentarse. En su rostro se adivinaba la vergüenza. Vio a varios jubilados que estaban allí para pasar el rato. Una adolescente con ojos desorbitados miraba sin pestañear hacia su posición. Un poco más allá, un borracho dormía la mona en una silla de ruedas. Un carterista lo acechaba.

Un tipo con pinta de pardillo salió por una de las puertas de doble hoja. Llevaba gafas, aspecto de empollón, camiseta de Darth Maul. Oteó el aire hasta que reparó en su presencia.

—Hola —lo saludó Ángel—. ¿Eres...?

—¿Esto es para mí? —CJ le quitó un sobre que llevaba en la mano.

—Eh... Paco ha dicho...

—Ahora es cosa mía —dijo CJ, y se marchó hacia la salida.

Aldo se fue despertando poco a poco. Sus ojos eran incapaces de centrarse en nada. Veía imágenes caleidoscópicas. Lo onírico bailaba con Morfeo mientras un cuarteto de espejismos ponía la música. Tuvo visiones premonitorias: el cuarto misterio de Fátima era una lejía futurista, Buda era un vendedor de peluquines a domicilio, Habib era el profeta de los kebabs. Las ilusiones regresaron vestidas de mariachis en plaza Garibaldi.

Se desmayó un par de veces más. Al final consiguió mantenerse en vigilia casi cinco minutos seguidos. Entonces se atrevió a mirar alrededor.

Los fantasmas se evaporaron. Aldo escapaba del letargo. Se fue espabilando. La otra vez no le costó tanto. Tenía recuerdos fragmentados. Miró el gotero vacío. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Miró la goma que terminaba en su vena. Tuvo una idea terrorífica: estoy limpio. El puto viejo ha licuado mi sangre, centrifugado y añadido blanqueador. Necesito mis vitaminas: anfetás, coca cortada con estimulantes.

Se mareó de nuevo. Era incapaz de levantar la cabeza. Le dolía todo. Estaba desnudo y atado. Cadenas gruesas que pasaban alrededor de un radiador. El colchón estaba casi deshinchado. Observó sus bajos: se había cagado y meado encima mil veces.

Un cubo a su lado lleno de agua. Bebió con cuidado. Su estómago rugió. Logró sentarse. La cabeza se le iba en todas direcciones. Pensó que estaba en un barco. La radio estaba encendida. Llamó al viejo. Luego se arrepintió: tenía que escapar de ese cabrón. Lo había secuestrado y lo tenía encadenado. Qué hijo de puta. Lo mataría poco a poco.

Bebió más agua. Se arrancó la vía del brazo. Se sentía muy débil. Vamos,

pendejo. Has recuperado el sueño perdido. Ahora toca salir corriendo.

Se arrastró hasta el radiador. Se apoyó en él y consiguió arrodillarse. Tiró varias veces de la cadena. Vio unas tuberías ancladas a la pared. No consiguió moverlas.

Intentó razonar. La nebulosa de su mente se iba difuminando. Vamos, güey, aclara tus ideas. Estás sin comida, solo tienes un puto cubo con agua sucia. El viejo aparecerá y volverá a dormirte. Puedes hacerte el muerto y pillarlo por sorpresa. Debes quitarle las llaves y soltar las esposas.

Las llaves.

Miró en todas direcciones. La penumbra se lo impedía. Se dio cuenta de que llevaba unas gafas de sol de plástico. Se las quitó. Le molestó la luz. Sus ojos se adaptaron. Usó su supervisión. Debes abrir el candado, Aldo. Liberar al Kraken.

Estaba limitado a unos pocos metros cuadrados. La pinche cadena lo tenía anclado. Apagó la radio. Removió todo lo que pudo y no vio las llaves. Las debe de tener ese peñejo. Maceraba odio contra Faura. Lo mataría a dentelladas.

Agarró el taburete donde descansaba la radio. Trató de hacer palanca con él. Luego lo usó para golpear el radiador. Astilló la madera. No sirvió de nada. Se fatigó a la novena hostia.

Se sentó con la espalda contra la pared. Le temblaban las manos. Los grilletes le hacían sangre en las muñecas. El corazón le palpitaba de forma errática. Sintió náuseas. Vomitó hacia un lado. Se desvaneció de nuevo.

Se despertó pensando que se ahogaba. Regresó a la vida y miró asustado a su alrededor. La luz era intensa. Encontró sus gafas oscuras. Vio una figura. Sostenía el cubo de agua vacío. Tardó casi medio minuto en reconocer a CJ.

Se lanzó contra él. No llegó ni a rozarle. Cayó de bruces al suelo. Se llenó de porquería. El terror lo invadió. Retrocedió hasta el rincón. Era una alimaña herida y atrapada.

—Das asco, *man*.

Aldo no entendió ni una palabra. CJ le lanzó una bolsa. Aldo se estremeció. Entonces reconoció un olor. Miró el contenido: dos kebabs todavía calientes.

—El abuelo ha dicho que te gustan.

Aldo entendió las palabras, pero no significaron nada para él.

—Date prisa, *brother* —dijo CJ—. Te vienes conmigo.

—No me voy contigo a ninguna parte, pendejo —contestó Aldo.

A CJ se la pelaba lo que quisiera ese espalda mojada. *Fuckin' Jones'en for food.*

—Aquí apesta a cuadra. —Se acercó a una ventana—. Voy a abrir. Si gritas, te rompo el cuello.

El aire caliente de la calle inundó la habitación. CJ se sentó en una silla plegable delante de Aldo. El mexicano comía con gula.

—¿Me vas a matar?

—Ya lo habría hecho.

—¿Entonces?

—Te estoy salvando la vida. El abuelo no va a venir.

—Mejor.

—Está medio muerto. Le ha dado un infarto.

—Que se joda.

—*Same opinion.*

CJ lo observó comer. Apenas masticaba. Le dio asco. Se levantó y comprobó la casa. Fue hasta el mueble del aseo. El abuelo le había dicho que mirase en el cajón. Tachán: el revólver de Aldo. Lo comprobó. Dos balas en el tambor, ni rastro de los otros cuatro casquillos. Lo guardó en la chaqueta. Luego puso el tapón en la bañera y abrió el grifo. Regresó de nuevo al salón. Aldo engullía el segundo kebab como si fuera un pato.

—Me vas a matar —dijo.

—Ya te he dicho que no.

—¿Y ese hierro, pendejo?

—¿No te suena? Es tuyo.

Aldo terminó de comer. Se incorporó con dificultad. Tenía dos esposas, una en cada mano. La cadena lo rodeaba hasta un radiador.

—Vale, dispara, pendejo. Estoy preparado.

—¿Tanta prisa tienes en morir?

—No me voy contigo a ninguna parte.

CJ suspiró. El viejo le había jurado que Aldo sería razonable. A él le seguía pareciendo el mismo yonqui que había conocido unos días atrás. Pero con una diferencia: la puesta en escena. Antes de lanzarle el cubo de agua, CJ había estudiado la estancia: gotero, jeringuillas vacías en la mesa, frascos de Midazolam líquido inyectable. El gilipollas llevaba una semana y pico durmiendo. Se le apreciaban úlceras por no cambiar de posición. Tenía las muñecas en carne viva.

—¿Tienes coca?

—Tengo poca paciencia.

—Entonces, mátame ya.

—No te rindes nunca, *don't you?*

Acercó la silla hacia la posición de Aldo. Tomó distancia de él, no por miedo a un ataque, sino por asco si lo rozaba siquiera. Ni en su encierro con los talibanes vio unas condiciones tan penosas.

—Miguel Herrera Saucedo —dijo.

Consiguió lo que buscaba: Aldo le prestó atención.

—¿Qué?

—Ya sabes de quién hablo.

—¿Cómo...?

—Mientras tú dormías, los demás hemos seguido trabajando para encontrar al *killer* de tu chica.

—Yo... —Aldo se tambaleó—. Recuerdo... recuerdo que... —Sus ojos se centraron en la radio—. Ha habido un nuevo asesinato, ¿verdad?

CJ asintió con la cabeza.

—¿Ha sido Miguel? —preguntó casi llorando.

CJ le mostró el informe de Faura. El mexicano se ajustó sus gafas de sol antes de leerlo. CJ le señaló varios párrafos. Aldo temblaba.

—¿Ha sido Miguel? —repitió.

—El abuelo cree que es posible. Por eso tienes que venir conmigo.

—¿Irnos?

—Eres el único que conoce su cara. Las fichas del viejo están incompletas y solo figura la descripción.

CJ le lanzó unas llaves pequeñas. Aldo las observó, pero no hizo nada.

—Me vas a acompañar hasta su casa. Vas a confirmar o a desmentir si es tu amigo.

—No es mi amigo.

—Eso lo veremos luego. Me dirás: sí, es el verdugo que mató a mi hermano.

O: *no, I don't know who is the bastard.*

Aldo permaneció en silencio. CJ ratificó sus hipótesis: es un gilipollas.

—Miguel está en Madrid... —murmuró.

—En Alcobendas, pero sí, aquí cerca.

—Pinche pendejo.

—¿Piensas quitarte las esposas?

Aldo estudió a CJ durante un rato. Luego agarró las llavecitas y abrió el cerrojo. Estiró y cerró la mano varias veces.

—Estoy listo —dijo con determinación—. Vamos a por ese puto.

CJ se carcajeó.

—Tú no subes a mi coche así, *jerk*. Vamos, date un baño. Yo te espero aquí. Quiero ver esas barbas bien limpias.

CJ vigilaba a Aldo con el rabillo del ojo mientras conducía. Movía el volante con la mano izquierda y cambiaba de marchas con la diestra. En realidad, la derecha la tenía libre por si al mongolo se le ocurría hacer alguna tontería.

—No me gusta esta ropa, güey —dijo.

—*Fuck you.*

El nuevo modelito de Aldo: gorra del Parque Warner, camiseta con el logo de Madrid 2020, pantalones anchos de rapero, sandalias de mercadillo. Todo *made in China*. A CJ le pareció que tenía aspecto de guiri de mierda.

—Parezco un hombre anuncio.

—Tranquilo: de noche y con gafas de sol... lo que pareces es un imbécil.

—Estoy enfermo, pendejo.

—Ya.

—¿Y qué es este símbolo? Estos pinches publicistas han puesto un cero de más en el logo. Aquí dice «Madrid 20020».

CJ le echó una mirada fugaz. Aldo tenía razón.

—En este país no saben hacer nada bien —dijo CJ.

—Eso es cierto.

—Vaya, estamos de acuerdo en algo por primera vez.

—No mames, güey. Nomás digo que los españoles son unos inútiles. Ni coger saben. ¿Te has tirado a alguna española?

—Oh, ya lo creo.

—¿Y qué tal?

—No tengo queja.

—Yo controlé dos para Dmitri. —Puso cara de asco al decir el nombre—. No se las entendía al hablar, güey. Tenían todos los dientes torcidos. Follaban con un rosario al cuello y los clientes se quejaron.

CJ pensó que la sonrisa de Cristina Olsen era perfecta.

Alcanzaron la calle El Nevero en Alcobendas. Era otro de esos paraísos de la burbuja inmobiliaria rodeados de descampados y obras a medio terminar. Tuvo que aparcar a cierta distancia de la puerta, ya que apenas había tres coches estacionados en las inmediaciones. Anochecía. Apagó el motor y las luces. Aldo continuaba con su cháchara absurda:

—Una vez tuve a otra, creo que de Libia, que era superpeluda. Aquí, en

España, cuando una mujer tiene broza en el coño, dicen que es un gato acostado. Pues esta tía tenía un oso negro, güey. Pelo que le bajaba por la zona interior de los muslos y le subía por el ombligo. Los clientes se la rifaban, deberías haberlo visto.

A CJ no le interesaban nada las conversaciones de Aldo. O hablaba de coca o de putas. Estaba midiendo su paciencia. Casi que prefería al drogata silencioso. Decidió ponerlo al día. Le contó los pormenores del mendigo degollado: un hachazo en el lateral del cuello, el tío llevaba un pañuelo que lo amortiguó, se largó a toda hostia con la cabeza oscilando hacia un lado. Iba borracho, quizá ni le dolió. Aldo se quedó pensativo. CJ apreció la tranquilidad.

—Esperaremos a que aparezca. —Dio un par de golpecitos al reloj del Mercedes—. A esta hora debería volver del trabajo. Quizá se entretenga en algún bar, pero antes o después tendrá que venir a cenar.

Aldo comenzó a hablar de nuevo. Los españoles son los únicos que cenan a estas horas, güey. Me gusta tu carro. Yo antes tenía un BMW, pero lo cambié por un Porsche. Seguro que es de tu jefe. Deberías quitarle el localizador por GPS, porque si no sabrán que estás aquí. ¿Alguna vez te has follado a una china?

CJ se colocó los cascos. Aldo seguía hablando sin control. Sería una noche larga.

La calle era un páramo. Por allí no pasó ni la Policía Local de ronda. En tres horas apenas vieron a dos vecinos por la acera. CJ se aburrió y contó los aviones que despegaban desde el cercano aeropuerto de Barajas.

El sol se ocultó. En el edificio había varias luces encendidas. CJ repasó los papeles del abuelo. Miguel Herrera Saucedo tenía una cuenta conjunta con Marina Álvarez Salmerón. Ella tenía hipotecada una única vivienda, sita en la calle El Nevero de Alcobendas. Ahora Marina compartía tarjeta de crédito con un tal Julio Serrano Ortega. El abuelo apostaba a que Miguel y él eran la misma persona.

Paco Faura. Resultó no ser más que un poli jubilado. Tenía huevos, eso no lo dudaba, y capacidad de análisis. Pero no era un espía, aunque tuviera un mechero-navaja. Era un simple abuelo con ganas de hacer justicia por una mujer. Dios, se había aliado con una panda de aficionados medio locos.

Y allí estaba. Esperando junto al chalado de Aldo. Incluso duchado le parecía que apestaba a algo raro. El mexicano miraba por el retrovisor. La oscuridad le había traído de nuevo el silencio. Parecía preocupado por si los asaltaban por sorpresa. CJ estaba tranquilo: el Mercedes tenía cristales blindados.

El asesino era peligroso, pero no tanto como CJ.

A Aldo le temblaba la pierna. Este cabrón va a meterse de todo en cuanto me dé la vuelta, pensó CJ. El viejo la ha cagado: la adicción de Aldo es mental, no física.

Se encendió la luz de la escalera. Al cabo de varios segundos apareció un tipo. Tenía aspecto desgarbado. CJ sintió cómo Aldo dejaba de respirar. El individuo caminó en su dirección. Llevaba una bolsa de basura en la mano. CJ miró por el retrovisor: los contenedores estaban en la esquina. Pasaría junto a ellos. Los vería seguro.

El tiempo se ralentizó. El tipo caminó a paso lento. Cruzó cerca de su posición. No se fijó en ellos o no quiso prestarles atención.

El tiempo se cristalizó. Ahí estaba, junto a la ventanilla de Aldo, de perfil. Polaroid mental: metro ochenta, manos rudas, piel morena, pelo ensortijado, cejas pobladas, un tatuaje casi indetectable en el cuello.

El tiempo se reanudó. Aldo tenía los ojos desorbitados. Intentó abrir la puerta, pero los seguros estaban echados. Golpeó el cristal. CJ lo inmovilizó con el brazo derecho. Arrancó el coche con la izquierda. Metió la marcha.

—¿Qué haces, pendejo? —bramó Aldo—. ¡Déjame, puto! Voy a matar a ese pinche traidor.

No hizo falta que le preguntase si se trataba de Miguel.

—Solo necesitaba la confirmación visual —explicó CJ—. El ataque se hará una vez estudiado el terreno.

—¡Cabrón! Suéltame, güey.

—No vamos a improvisar ahora que lo tenemos tan cerca. Primero planificación, después ejecución.

Aldo pasó por las etapas de Kübler-Ross a toda hostia: ahora estaba en la negociación.

—Déjame que me baje, puto. Voy, lo mato y vuelvo.

—No vamos allí.

—¿Qué dices, güey?

—Ya no eres necesario. Solo eras el testigo. Deja esto en manos de un profesional.

—No mames, cabrón. ¿Adónde me llevas?

Soltó a Aldo. El mexicano lo miró con odio. CJ lo controló con el rabillo del ojo mientras tomaba la salida hacia la radial.

—Eres el chulo de Galya. La poli te busca, los rusos te buscan, y por eso debes desaparecer.

Aldo se rio a mandíbula batiente.

—¿Ahora me vas a matar?

—Le has caído en gracia al abuelo. Piensa que eres un pobre diablo. Por eso te va a dar una segunda oportunidad. Lejos de aquí, claro.

Aldo calló cuando el Mercedes se desvió dirección al aeropuerto.

Aldo viajaba en clase *business*. Las azafatas eran de saldo. Ninguna le pareció mínimamente atractiva. Joder, si hasta había dos tíos. Una cosa buena: le servían churrasco al microondas y botellines de alcohol. Se puso tibio.

Apretó los dientes. Ese negro puto se la había jugado. Había pasado de estar encerrado en un hotel a estarlo en un avión. Quizá la culpa fuera suya: no paró de decir gilipolleces desde que despertó. Tenía las habilidades sociales oxidadas. Sus charlas con Dmitri, Habib o Boris iban del mismo palo. Que se chingue CJ: estaba claro que el marine iba mal follado.

CJ le había llevado a Barajas. Aviones despegando, mochileros durmiendo en el suelo, letreros de delay por todas partes. Seré bueno contigo, *man*. Puedes elegir destino. No mames, güey. Vale, entonces elijo yo: París. Cuenta con aeropuerto internacional. Desde allí podrás irte a tomar por culo. Elige un país con sol, conoce a una linda señorita, o haz dinero y compra una por media docena de camellos. Tú decides, *asshole*.

Le dio un DNI. El pavo de la foto ni se parecía a él. La gente cambia, le explicó CJ. Tu barba y tu melena de mierda los despistarán. Ahora te llamas Antonio Reina. Pon cara de Antonio. Así, muy bien, Aldo.

Compró dos billetes a París. Eran de *last minute*, pero le costaron un pastizal. Antes de pasar por los controles fueron de tiendas. Pillaron dos maletas pequeñas y ropa de un Desigual. CJ pagó en efectivo. En el aseo llenaron el equipaje con las camisas y los pantalones. No las doblaron ni les quitaron las etiquetas. CJ le pasó casi 2.000 euros en billetes de cincuenta. Vamos, *man*. Veamos qué tal es Francia.

No la lées. No te pongas farruco. Recuerda que la pasma te está buscando.

Primer control. Aldo todavía se sentía demasiado cansado como para resistirse siquiera. Mostró el DNI. El seguridad debía de estar cansado de ver caras raras. Los dejó pasar. A CJ le lanzaron un par de miradas xenófobas. Las chapas de su cuello pitaron en el arco voltaico. Lo cachearon de forma racista.

Aguardaron a que todo el mundo entrase por la puerta de embarque. Aldo mostró su DNI y el billete. Cruzó a la pasarela. Se dio la vuelta. CJ se quedó en tierra, despidiéndose de él con media sonrisa. Aldo entendió el mensaje: sube al avión, no montes gresca, los monos te buscan. Buen viaje, Antonio.

Aldo sintió frustración. No dejaba de ser una marioneta en manos de los demás: Dmitri, Galya, el viejo, y ahora el soldadito Carl. Se repitió un mantra: vete de aquí, huye lejos, no mires atrás. Era lo que querías, Aldo.

Ahora tenía una nueva identidad. Se llamaba Antonio, no Aldo. Tenía pasta. Podía pasar varios días en París, visitar las catacumbas, dormirse en el Louvre, escupir desde lo alto de la torre Eiffel. Olvida a Miguel. Pasa del asesinato de Galya. El negrata se ocupará de él. Le dará de hostias. Le partirá la cara. Le meterá dos tiros en la sesera. Miguel iba a morir de una forma atroz.

Pidió otro chuletón y más alcohol. Las azafatas le sonrieron con falsedad.

El viaje fue la hostia de corto. Llegó al aeropuerto de París-Orly en apenas dos horas. Tenía la barriga a reventar y gasolina en las venas.

Le dieron preferencia para salir. Arrastró su maletita de mierda hasta el exterior. Evitó la cola de equipajes facturados. La zona de llegadas era caótica. Llovía en la calle. Miró los diferentes vuelos que saldrían en las próximas horas. Se acercó a un mostrador. Una chica muy simpática le atendió en español.

—Quiero un vuelo de vuelta a Madrid.

Necesitaba matar a Miguel por su propia mano.

CJ estaba solo. El abuelo no iba a salir del hospital en los próximos días. Debería actuar por su cuenta. Pillar a Miguel/Julio y comprobar que fuera el asesino.

No sería fácil.

Lo siguió al día siguiente. Por las mañanas salía del edificio directamente desde el garaje, montado en un Talbot gris. Iba a trabajar a una obra cercana a su casa. Los papeles de Faura no decían nada de aquello. Supuso que no tenía contrato. Comía con el resto de los compañeros allí mismo, y al terminar a las ocho se iba directo al bar. Estaba en una calle poco transitada y aparcaba casi en la puerta. CJ sopesó intervenir ahí mismo, pero era demasiado arriesgado: la zona era tranquila, pero la terraza del bar rebosaba de universitarios. Tras unas cien cervezas volvía con el Talbot al garaje y ya no salía más. Esa noche no bajó la basura. Quizá la coleccionara.

Los de Blackriver le facilitaron la vigilancia el primer día. El segundo, Larry le llamó la atención. Eres mi esclavo, no te puedes pedir días libres, conduce hasta la fiesta del Hipódromo.

CJ tragó. Su mente fue de un lado a otro. Hizo conjeturas. Miguel/Julio no parecía que tuviera prisa por volver a matar. Su rutina parecía fija: trabajo, bar, cama. Sospechaba que era así a diario. Quizá matara cuando su mujer se marchaba de la ciudad.

Opción uno: esperar más. En algún momento volvería a las andadas. Atacaría a alguien, puede que a un desecho social. Quería revivir sus tiempos de verdugo del cártel. Asesinatos a machetazos, con motosierra, decapitaciones para sembrar el terror en bandas rivales. Un problema: sus obligaciones con los Levy. Larry le podía requerir en cualquier momento y joder la vigilancia.

Opción dos: intervenir inmediatamente. La hipótesis de la rutina férrea le facilitaba el trabajo. Lo ideal era esperarlo en el garaje. Un lugar poco transitado, oscuro, donde bajaría la guardia al sentirse seguro. Calculó que no necesitaría más de tres minutos para hacerle confesar.

Se decantó por esta última. Actuaría esa misma noche.

Larry Levy tenía telepatía.

—CJ, acompaña a estas preciosas señoritas a sus casas —dijo con una *escort* en cada brazo—. En la limusina, por favor.

Solo para joderlo. CJ estaba convencido. Sabía que esa noche iba a intervenir contra Miguel/Julio y le mandaba esa mierda de tarea.

—Cliff y sus chicos os escoltarán en motos. —Los Blackriver miraron al techo, contrariados—. Oh, y pasad por la Cibeles. A Kagney le apetece mucho verla.

Por alguna razón quería impresionar a esas furcias. Y, de paso, fastidiar a CJ. Besó en los labios a la más siliconada y pellizcó el culo de la otra. Se despidieron entre risitas idiotas. CJ consultó el reloj: si sus hoteles no estaban demasiado lejos, quizá llegaría a tiempo a Alcobendas.

Se metieron por el centro de Madrid. Cliff y los suyos iban haciendo caballitos con las motos. Las chicas se encendieron un cigarrillo tras otro. Ya no sonreían. CJ les mostró la estatua de la Cibeles. Un guiri borracho trataba de ponerle una bufanda del Bayern de Múnich a un león. Las chicas bostezaron. CJ les preguntó dónde querían que las dejara. Confesaron que eran actrices porno profesionales. Larry se las había estado follando dos días seguidos. Las había traído en un jet privado y debían subirse de nuevo en él. Kagney tenía sus exámenes finales de doctorado en la Universidad de Stanford. Jayden desayunaría *bukkake* en San Diego en una esperada escena con La Polla Jackson.

CJ se alegró de que fueran al aeropuerto. Estaba cerca de la calle El Nevero. Su estado de ánimo cambió. Incluso preguntó qué tal follaba Larry. Kagney y

Jayden coincidieron: de puta pena. Le cuesta empalmarse. Necesita Viagra *or be drunk*. Disfrutaba humillándolas.

Las chicas se rieron. CJ se carcajeó. Kagney le dio su número personal por si alguna vez iba por Los Ángeles. CJ pensó que la noche iba genial.

Los dejaron entrar con el coche hasta la misma pista. El cabrón de Larry había movido sus hilos. Aparcaron justo al lado de un reactor privado. No era el mismo que trajo a CJ desde Macao. O tenían varios o se los reemplazaban cada poco tiempo.

Acompañó a las chicas hasta la escalerilla. Volvieron a representar su papel de actrices tontas. Se despidieron. Cuando el avión iba a despegar, lanzaron fuegos artificiales desde la pista. Varios Boeing abortaron sus maniobras de acercamiento cuando los vieron. Kagney estampó un beso en el ojo de buey. Los motores rugieron y se alejaron de su posición.

CJ se volvió y vio a Cliff Saunders sin casco.

—¿A qué ha venido eso?

—Me aman. —Se encogió de hombros.

—Los chicos y yo vamos a tomarnos unas copas en la cafetería del hotel. Creo que es una buena ocasión para que acerquemos posturas.

—Lo siento, pero no puedo.

—No me vengas con gilipolleces. Vamos a trabajar juntos. No puedo confiar en que me cubrirás la espalda cuando la cosa se ponga fea.

—No estamos en guerra, Cliff. Nada se va a poner feo por aquí.

—Morgan y Ramires dicen de montar una partida de cartas. He oído que eres bueno al póquer. No puedes negarte.

—Quizá en otra ocasión.

Montó en la limusina y se marchó.

CJ condujo de la T2 a la T4 para controlar que los Blackriver no le seguían. Comprobó para su disgusto que la limusina llamaba mucho la atención. En cada

parada había alguien fotografiándolo con un móvil. Aquello era contraproducente. Miró el reloj. No tenía tiempo de recoger el Mercedes y regresar. Debería hacer algo para lo que no le entrenaron en los marines: improvisar.

Aparcó el mastodonte en Barajas y alquiló un coche discreto. Regresó a la limusina para recoger la mochila del maletero. Dentro: pasamontañas, mono, zapatillas deportivas, la pipa de plástico. Si llegaba a tiempo, Miguel/Julio se podía dar por jodido.

La calle El Nevero era un cementerio sin tumbas. Habría más vida en Chernóbil, seguro. Comprobó el reloj de su Nissan Micra. Llegaba con el tiempo justo. Si Miguel/Julio se había tomado una copa de más, genial. Si ese día había vuelto pronto a casa, putada. Miró las ventanas iluminadas. Aquello podía no significar nada. Miguel/Julio convivía con una tal Marina.

Bajó del coche. Buscó las sombras para ocultarse. Caminó sin llamar la atención. Paró junto a la rampa de la cochera. Empujó la puerta: cerrada. Decidió no arriesgarse a que lo sorprendiera allí. Regresó al vehículo y aguardó. En cuanto viera el Talbot se prepararía para entrar tras él. Era un inconveniente, pero no le quedaba otra.

Fucking Larry Levy. Algún día le partiría la nariz.

Pasaron los minutos. Según avanzaba el segundero sabía que tenía más posibilidades de cagarla. Ese Talbot debía aparecer cuanto antes. Lo contrario significaba que el pájaro estaba en el nido y había que abortar la misión.

CJ flipó un rato. Pensó: el cabrón de Miguel/Julio se ha largado a matar peña, ahora mismo está degollando a un yonqui debajo de un puente, quizá supo que le seguían y me está esperando en la oscuridad. Pregunta: ¿qué hizo con la cabeza de Galya? Respuesta: la tendrá empalada en una pica en su cuarto de estar. Quizá también se ha cargado a su mujer. El *asshole* se masturba sobre una pila de cráneos trepanados.

Tuvo una regresión. Afganistán. Olor a napalm. Los cabezaturbante lo fabricaban en ollas. Usaban pastillas de jabón de aluminio y gasolina. Percy cortó varios cuellos delante de él. Sabía que algún día sería su turno. Te protejo, Carl. Serás el último, te lo prometo. Tú y yo somos amigos.

Apretó la pistola contra el muslo. Miró por los retrovisores. El coche de alquiler no tenía cristales blindados. Estaba muy expuesto.

Luz en la escalera. CJ tensó los brazos. Increíble: Miguel/ Julio salía a tirar la basura. Esta vez, el vehículo estaba aparcado lejos de su trazada. Lo hizo para controlar mejor la puerta del garaje. Vaya potra, tío. Estaba en casa y se dirigía al contenedor. Bajó del Nissan. Decidió esperar a que volviera. Reconoció su forma de caminar: era él.

Lo observó desde lejos. Fue hacia la esquina. Arrojó los escombros. Un momento: había una furgoneta aparcada. Las puertas traseras se abrieron. Una figura surgió recortada contra la luz. Miguel/Julio inmóvil. Hablaron. El otro sostenía un hacha con dos manos.

Holly shit.

Salió corriendo en su dirección. Llegó tarde. Vio cómo la parte metálica impactaba contra la cabeza de Miguel/Julio. Se desplomó. Solo quedó uno en pie.

CJ llegó a su lado. Apuntó con la pistola. El tipo se apoyó en el hacha.

Fuckin' hell: Aldo le sonreía.

Rebobinemos. Solo un poco, tampoco nos pasemos.

Aldo se sentía poderoso con su nueva identidad. Le gustaba ser Antonio Reina Reina. Voló de París a Madrid ese mismo día. Apenas pasó diez horas fuera. Comió un crep de carne de caballo en el aeropuerto de París-Orly. Pidió de postre lo que pensó que era una tarta de manzana. Resultó ser un quiche de jamón. Odió a todos los franceses por ello. Llegó el primero para el vuelo de vuelta. Le sentaron en el pasillo. Esta vez su billete era de turista.

Barajas estaba igual. Compró dos cartones de tabaco en el Duty Free. Luchó contra la paranoia: nadie te vigila, pendejo. El negro cabrón no te está esperando. Eres un fantasma con muy mala hostia. Y vas a matar a Miguel.

Le sobraba dinero del que le dio CJ. Alquiló una furgoneta con su nombre falso. Le atendió un gordo piojoso. Llevaba una camiseta de *Juego de Tronos* debajo del chaleco de la compañía.

Se marchó de allí. Durmió en la furgo. Desde que el viejo le sedó, había recuperado el sueño. Su plan de mierda: esperar a que Miguel bajase la basura. Entonces sería suyo.

Tenía tiempo. Fue a varias ferreterías. En cada una compró una cosa distinta: un rollo de plástico enorme, un bidón de polímero, dos sacos de sosa cáustica, guantes, mascarilla, bridas, un hacha. Paró en una tienda de telefonía y se agenció un móvil de tarjeta. Llevó la mercancía al piso franco de Seseña. Le costó encontrarlo. Apenas recordaba dónde estaba. Subió el material en varios viajes. Abrió la puerta con el DNI. El sitio apestaba. Le pareció acogedor.

Pilló una docena de kebabs y una garrafa de agua antes de ir a Alcobendas.

Aparcó la furgó cerca de los contenedores. Solo se había llevado el hacha y las bridas. Lo dejó todo debajo del asiento del copiloto.

Y esperó.

Aldo vio a CJ husmear por la puerta del garaje. Llegó de noche y aparcó en la dirección opuesta. Llevaba un coche diminuto.

No le jodería la venganza. Podía hacerle todo el kung-fu que quisiera, que él tenía un objetivo. Aquello era personal. Poco importaba que se hubiera cargado a Galya. Su misión era sagrada. Matar a Miguel: no podía haber nada mejor en el mundo.

Ni siquiera había pillado farlopa. Nomás tenía una palabra en mente: Miguel, Miguel, Miguel.

Lo vio salir por la puerta. El pendejo tranquilo, como una persona normal. Se acercó al contenedor. Miraba la pantalla de un móvil.

Aldo agarró el hacha. Salió por la parte trasera de la furgoneta. Al abrir la puerta, se iluminó el interior. Tuvo a Miguel cara a cara.

—Hola, Miguel —dijo.

Miguel parpadeó. Tragó saliva. Su boca se movió sola.

—Güero... —murmuró.

Güero: a Aldo nunca le gustó ese apodo. Enarboló el hacha y le golpeó en la cabeza con la parte plana. Le hizo una brecha en la sien. El mierda de CJ apareció corriendo con una pistola en la mano.

—Ayúdame a subirlo al coche —le ordenó Aldo.

CJ estaba atónito.

—¿No lo has matado?

—He esperado mucho tiempo este momento —contestó—. Puedo esperar un poco más.

La nueva *sitcom* del momento: Faura y su compañero de hospital.

El gordo mórbido se llamaba Amador. Nunca lo habría adivinado. Su aspecto era el de un ogro que zampa niños. Su esposa era una ucraniana que también fue olímpica, pero en ballet. Era pellejo y hueso.

—Se deja siempre la comida en el plato —decía Amador—. Yo le insisto en que coma, que si no nunca se pondrá fuerte. Pero ya ves, Paco. Es un gorrioncito que sobrevive con alpiste.

—¿La llamas «gorrioncito»?

—Oh, no. Su apodo cariñoso es Paloscova. Ya sabes, porque es tan flaca como el palo de una escoba.

El gordo se rio. Sus mallas oscilaron. Al momento pasó de la carcajada a la tos. Trató de beber agua, pero fue peor. Una enfermera apareció por la puerta y le colocó la mascarilla de oxígeno. Amador volvió a roncar con normalidad.

Paloscova corrió la cortina que separaba ambos camastros. Faura respiró aliviado. Volvió la cabeza y miró a Eli. Estiró el brazo y le acarició la mano. Ella se despertó con pausa.

—¿Papá...?

—Creo que tienes razón, hija. Me tomaré un descanso.

Había pensado en sus palabras. Era demasiado viejo para seguir trabajando. Le quedaban pocos años de vida, quizá la mitad de ellos con graves problemas de salud. Debía aprovecharlos. Había reunido una buena cantidad de dinero para que a sus nietas no les faltase de nada. Era el momento de dejar de pelear. Su activo más valioso era el tiempo.

—¿Un descanso? —repitió Eli, aún adormilada.

—Indefinido.

Eli sonrió y le besó en la frente.

—Gracias, papá. Haces lo correcto.

La espantosa tos de Amador reverberó de nuevo en la habitación. Faura pensó en estrangularlo con sus propias manos. Luego cayó en la cuenta de que no podría abarcar la monstruosa papada del Zampaniños.

—Quiero el alta voluntaria, hija. No aguanto más este sitio.

—Nada de eso. —Eli abrió su revista de padres gafapastas—. Al menos hasta que los médicos no te den los resultados.

Su nueva vida se abría ante él. Pasaría más tiempo con su familia, aprendería a disfrutar del silencio, de la tranquilidad. Visitaría a Susana más a menudo. Hablaría con ella. Recordarían los viejos tiempos, cuando eran invencibles. Sí, ya era hora de actuar como un marido decente.

Faura suspiró.

Echaría de menos las vigilancias, mear en botellas cada poco rato, leer novelas viejas en su Fiat Marea, reunirse con Ruano, mangonear a Dólera, tomarse el café con Floro y Jonás, perseguir a un asesino adicto a decapitar gente, discutir con un mercenario mientras este le apunta a la cabeza con una pistola...

Visto con objetividad, no era tan buen trabajo, después de todo.

CJ reconoció la puesta en escena: plásticos recubriendo paredes y suelo, un bidón, un saco de 25 kilos de hidróxido de sodio, el hacha apoyada a un lado. Pura parafernalia de narco: Aldo iba a matar a aquel desgraciado.

Los últimos minutos, como una pesadilla. Aldo regresando del exilio como por arte de magia, Aldo colocándole bridas a Miguel/Julio, Aldo marchándose de allí en una furgoneta sin distintivos. CJ pilló su mierda de Micra y le siguió. A mitad de camino supo hacia dónde se dirigía. Estuvo tentado de adelantarlo. Aldo había actuado por su cuenta, poniendo en peligro la operación, superponiendo una venganza personal al caso de las decapitaciones.

CJ tuvo que tragar.

El piso franco de Seseña, la calle desierta, apenas tres ventanas iluminadas en una torre de nueve plantas. Sacaron al desgraciado en volandas. Subieron en ascensor. Aldo lo ató con las esposas al radiador. Improvisó un atril para el móvil: iba a grabar la ejecución.

A CJ le pareció enfermizo. Aldo estaba fuera de control. Sentía que debía actuar, tomar las riendas del asunto. Por otro lado, también creía que aquello era algo personal entre ellos y que ni siquiera debería estar presente.

Llevó a Aldo al dormitorio.

—¿Qué vas a hacer?

Aldo pareció sorprenderse.

—Voy a platicar con mi amigo de juventud —dijo.

—¿Hablar?

—Gringo, tú quieres saber si es el asesino. Yo se lo sacaré. Pero de morir no lo libra ni Nuestra Señora de Guadalupe.

Le jodía estar de acuerdo con ese demente.

—Tenemos que esperar a que despierte. —Le pasó un cigarrillo a CJ. Cuando se lo rechazó, se lo puso entre los dientes—. Pensé que estaría más nervioso, ¿sabes? Es mucho tiempo soñando con encontrarme cara a cara con este pendejo. Al principio me daba miedo, me costaba dormir. Pero ya no. Ahora es... Siento tranquilidad. Deberías probarlo.

Encendió el pitillo con el fuego de la cocina. CJ echó un ojo al comedor. No vio una batería de coche, ni herramientas de tortura. Solo el hacha. Suponía que los métodos de interrogatorio de Aldo eran más primitivos que los suyos. Se imaginó a sí mismo en una realidad alternativa, el momento utópico de pillar a Miguel/Julio en el garaje. Su plan: luxarle el brazo, romperle la muñeca, volarle varios dedos con la pistola. Aprovecharse del miedo, de la inmediatez. Ahora todo se iba a hacer al estilo mexicano. Dos narcos hablando en un escenario de narcos. CJ era el *yankee* que miraba y consentía.

—Mató a mi carnal —dijo Aldo—. Y a Galya, estoy seguro. Tengo motivos para lo que voy a hacer, pero no sé qué pintáis en esto el viejo y tú.

CJ dudó qué responder. Aldo le parecía una fiera rabiosa, un tipo fuera de control. Si le pillaba la poli, cantarían que el abuelo y un tal Carl Jimenes le ayudaron en todo. Sabía demasiado como para hundirle en la mierda. Cuando todo acabase, no le quedaría otra que borrar pruebas. Del viejo se fiaba más, pero Aldo era otra historia. Había tenido la oportunidad de largarse y empezar de nuevo, pero la había rechazado. Aldo era una mala bestia. Y como a los animales salvajes que están heridos, lo mejor era pegarle un tiro. No se sentiría culpable. Mantenía una distancia prudencial con Aldo en caso de que le atacase. La pistola en sus riñones le daba tranquilidad. Miró a Aldo como se miran los mojonos y le concedió el deseo.

—Percy de la Cruz —dijo.

—Es la segunda vez que repites ese nombre. ¿Quién es el puto?

—Lo estoy buscando. Sirvió en la Armada de Estados Unidos en Afganistán. Tenemos una historia conjunta. Me lo crucé en Madrid hace unos meses, justo

antes de los asesinatos. Creía que se le había ido la cabeza, que él era el asesino. Por eso me metí en todo este lío.

Aldo asintió.

—¿Y lo has encontrado?

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra. No frecuenta los sitios habituales, nadie lo ha visto en mucho tiempo, no ha dejado huellas para encontrarlo. — Miró hacia el salón: Miguel/Julio seguía inmóvil—. De todas formas, ahora da igual. Hemos pillado a nuestro hombre, así que poco importa Percy.

Aldo realizó volutas de humo. Uno de los aros le salió casi cuadrado.

—¿Y el viejo?

—Es un expoli. Ya le oíste la otra noche: cree que el asesino ha vuelto después de treinta años. Se siente culpable porque llevó el caso hace tiempo y no lo pudo resolver.

—Qué pinche güey. —Aldo se rio—. ¿Se ha metido en todo este lío por eso? Hay que ser pendejo.

—Está más jodido de lo que aparenta. Un coche atropelló a su mujer y se dio a la fuga.

CJ extrajo un papel doblado. Cuando Faura le confesó su verdadero nombre, CJ lo buscó en internet. Encontró una referencia en un periódico local de Alcorcón. La noticia: «Susana López atropellada ante su domicilio en el cruce de Cáceres con Comusa». Aldo lo leyó con atención.

En ese momento se escuchó un sollozo.

—Miguel ha vuelto con nosotros —dijo Aldo, guardándose el recorte en el bolsillo—. Luego terminamos de platicar. Ahora tengo algo más urgente que hacer.

Aldo enseñó un colmillo. No parecía una sonrisa. CJ supo que aquello se le había ido por completo de las manos.

—Hola de nuevo, Miguel.

Aldo le tendió un vaso de agua. Por alguna razón, sentía paz desde el momento en que regresó a Madrid. No tenía ansia revanchista: enfriar a Miguel era algo que se debía hacer. Sin rencor, sin maldad. Solo matarlo.

Miguel/Julio tenía el torso apoyado en la pared. Miraba al frente con dificultad. Se le notaba mareado. Al fin, estiró el brazo y agarró el vaso.

Posó la mirada sobre CJ. Estaba colocando el móvil para grabar. Miguel/Julio suspiró y bebió.

—Cuando quiera, comandante —dijo Aldo.

CJ asintió... Colocó el teléfono en su lugar y apretó el «Rec».

—Eres tú, ¿verdad, Güero? No estoy soñando.

—Soy yo, Miguel. ¿Cuánto hace que no nos veíamos?

Se encogió de hombros.

—Nunca esperé volver a verte.

—Yo nunca quise volver a verte.

—Lo entiendo. —Señaló a CJ—. ¿Quién es él?

Aldo ni siquiera se volvió.

—No es nadie, no te preocupes, mi cuate. Pero cuéntame, ¿qué fue de tu vida?

—Bueno, Güero, ya tú ves. Al final el Chapo me buscó para matarme. Tuve suerte y pensaron que morí en un incendio. Así que me vine a Europa, en vuelo directo a Madrid. Igual que tú, supongo. ¿No, Güero?

—Todos los que nos expatriamos con prisa cogemos el mismo avión, güey.

—En Madrid no supe qué hacer y acabé en la cárcel. Allí conocí a Dios, Güero. —Se desabrochó la camisa: en el pecho tenía un tatuaje tan cutre que recordaba al Ecce Homo de Borja—. La Iglesia, compadrito. Allí me liberé. Supe de mis pecados y me convertí en un siervo de nuestro Señor. A la salida, el padre Fulgencio me acogió en un piso para expresidarios. Allí aprendí más de la Palabra, participé en misas y contribuí a la Iglesia. Mi vida se salvó por la fe, Güero.

A Aldo le importaba una mierda todo aquello.

—Te puedes meter tu fe por el agujero de la minga, güey.

—Antes era como tú, Güero.

—Deja de llamarme así. Odio ese apodo.

—Deberías acercarte a Dios, Güero. Fue mi salvador y puede serlo para ti también.

Aldo no creía en la redención. Tampoco la buscaba. Solo quería autodestruirse con el dolor.

—Luego conocí a una mujer que es una bendición. —Extrajo la cartera del pantalón y enseñó varias fotos familiares—. Se llama Marina. Tenemos una niña pequeña, Guadalupe, apenas un bebito. Fue por ellas que me cambié de nombre, para evitar que el pasado viniera a buscarme. Y ahorita aquí estás, Güero.

—Aquí estamos, Miguel.

—Pero dime, ¿qué fue de tu vida? Ya te he contado la mía.

—Ya lo sabes: me mataste con una motosierra.

Miguel suspiró. Le pasó la cartera abierta a Aldo, quien observó las instantáneas: una familia feliz en un parque, una familia feliz en un frío estudio de fotógrafo, varias caritas a tamaño carnet. No le removi6 la conciencia. Todo lo contrario: en esas fotos estaba el futuro con Galya que Miguel le arrebat6.

—Ya sabes que no fui un santo —prosigui6 Miguel—. Cometí muchas atrocidades en Culiacán. El Chapo era implacable, y los que trabajábamos para él también debíamos serlo. No me siento orgulloso, Güerito.

—Eso da igual.

—Nomás quiero decirte una cosa, Güero. Sé que me lo merezco. He hecho muchas barbaridades en mi vida y merezco pagar. La cárcel no sirve de nada si la procesión va por dentro. Y yo sé que merezco morir desde hace tiempo. Así que me alegra que seas tú, Güero. Siempre supe que este momento llegaría, pero no sabía quién iba a ser mi ejecutor. En serio, Güerito: mejor tú que otro.

CJ carraspeó. Aldo le devolvió la cartera. Miguel besó las fotos.

—¿Cuánto tiempo debe pagar una persona por un error? —preguntó Miguel—. Eso me preguntaba día tras día en la cárcel. Y supe la respuesta: toda la vida. El castigo llegaría cualquier día y por eso viví libre y con energía. Cada segundo

que pasé con mi mujer y mi hija, o tomando cervezas con los amigos en el bar, cada segundo, Güero, fue un regalo que me hizo Dios. Debería haber muerto hace mucho.

Aldo sintió que perdía la calma. La paz se esfumaba por cada poro de su piel. Miguel debería mearse encima, suplicar, llorar. En vez de eso, aceptaba su destino. Pinche pendejo, me estás jodiendo el momento.

—Nomás te puedo dar un consejo, Güerito: ama. Ama como si no hubiera mañana, como Dios te ama a ti.

Aldo se levantó y pateó la cabeza de Miguel. Lanzó puntapiés directos contra su frente, pisoteó su boca, aplastó su nariz. Todo lo hizo gritando de impotencia. Pinche Miguel, pendejo. Se volvió y vio a CJ negando lentamente. Agarró el móvil y dejó de grabar. Buscó el archivo en la memoria y lo borró. Luego lo colocó de nuevo en su sitio y empezó de nuevo.

—Empecemos de nuevo, Miguel. ¿Por qué mataste a Galya?

Miguel escupió varios empastes. Su rostro se fue hinchando por momentos. Aldo cogió el hacha y lo agarró del pelo. Lo obligó a arrodillarse delante del móvil. Le colocó el filo en el cuello.

—¿Por qué mataste a Galya?

—¿Qué? —balbuceó Miguel.

—La chica del descampado. ¿Por qué la mataste, güey? ¿Por qué no viniste a por mí?

—No sé de qué me hablas.

Aldo lanzó un hachazo contra el suelo. Le amputó tres dedos de la mano. Miguel no gritó: estaba más sorprendido que dolorido.

—¿Por qué la mataste? —repitió Aldo—. ¿Por qué atacaste al mendigo de Leganés?

Miguel se llevó la mano cercenada a la axila. Levantó la cabeza. Le temblaba la mandíbula. Miró a Aldo directamente a las gafas oscuras.

—Si la hubiera matado, te lo diría, Güero.

Aldo soltó un improperio. CJ se llevó las manos a la cabeza. Aldo pateó de

nuevo a Miguel. CJ se dio la vuelta y miró por la ventana. Aldo regresó y le puso el hacha bajo el cuello de nuevo.

—Dime la verdad, puto.

—Es la verdad.

—¡Y una verga!

—Te puedo hablar de todas las personas que maté, Güero. Veo sus ojos cada noche, antes de dormir. Conozco sus nombres y sus rostros. Pero te juro que no he matado a nadie en España.

—Pinche pendejo...

—Oí lo del vagabundo en las noticias. Lo comentamos en el bar. Creemos que fue la ETA.

Aldo le dio con la base del palo en la nuca. Miguel se dobló.

—Déjalo —dijo CJ.

—¿Qué?

—Dice la verdad. ¿No lo ves? Él no es quien buscamos.

—No mames, güey.

CJ se volvió. Aldo se sintió empequeñecer. Supo que el gringo tenía razón. Miguel se sentó en el suelo. No había matado a Galya. Era inocente de eso, el muy pendejo. Aldo soltó el hacha. Lo rodeó y se arrodilló junto a él. Sostuvo su cabeza con las manos y juntó su frente con la suya.

—Miguel, pinche...

—Tienes que dejar de sufrir, Güero.

Miguel le besó en la mejilla. Aldo se lo devolvió.

—¿Recuerdas cuando de chavos fuimos a la charca a recoger renacuajos? —dijo Miguel.

—Claro que me acuerdo.

Aldo se incorporó y recogió el hacha.

—Aquel fue un buen día, Güero.

—Sí, lo fue.

Aldo descargó la hoja contra su cuello y la cabeza salió despedida.

CJ había apartado la mirada cuando supo lo que iba a ocurrir. Aun así, escuchó el impacto del filo contra las vértebras, el sonido de la testa rebotando por la habitación, el borboteo de la sangre. Fue consciente de que no volvería a dormir en mucho tiempo, que la terapia se había ido a la mierda, que el shock postraumático había regresado para quedarse.

Poco a poco, fue levantando la mirada. Vio el cuerpo decapitado, un muñeco roto e incompleto. Vio el hacha inmóvil pero con aspecto de asesina. Vio a Aldo sosteniendo la cabeza como si fuera un bebé recién nacido.

—*What the fuck...?*

—Todo lo que gane se lo daré a tu mujer, Miguel —le susurraba Aldo al oído—. Tu hija será feliz y crecerá sana. Yo me ocuparé de ellas, mi cuate.

Continuó así un par de minutos. CJ sintió el terror bajo la piel. Para algunas situaciones nunca se está preparado.

Luego Aldo depositó la cabeza decapitada en una bolsa de basura llena de papel de periódico y la cerró. Observó a CJ. Enarcó las cejas.

—Dicen que aún pueden ver y oír durante un tiempo después de morir —explicó Aldo—. Que les queda sangre suficiente y el cerebro sigue funcionando.

Aldo el demente, hablando con trozos amputados de personas. Pasó junto a CJ y guardó el móvil en su bolsillo. Aldo el psicópata, cantándole una nana a su amigo de la infancia. Se quitó la camiseta y se marchó al baño. Aldo el verdugo, convertido en el mismo asesino que acababa de matar.

CJ lo siguió hasta el aseo.

—¿Por qué lo has decapitado?

—Era lo que debía hacerse, güey —dijo mientras se lavaba.

—¿Hacerse? Le podía haber pegado un tiro. —Sacó la pistola—. Sabías que iba armado, *dawn*.

Aldo lo miró a través del espejo.

—Debía hacerse —repitió.

CJ palpó el arma. Le pesaba al final del brazo. Los ojos de Aldo aparecían difuminados tras las gafas oscuras. Aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para llenarlo de plomo.

—Esto no es una investigación —dijo el mexicano—. Ni tú ni yo somos detectives.

—¿De qué coño hablas?

—Somos cazadores de hombres. Estamos buscando a un monstruo que se esconde en la ciudad, un fantasma que no deja pistas. Sabemos su nombre, tú conoces su rostro, pero solo surge para matar y matar.

Aldo se secó con la toalla. Extrajo una muda limpia del equipaje de mano que descansaba a sus pies.

—¿Qué estamos haciendo? Esperamos a que mate y luego salimos corriendo tras él. ¿No lo ves, güey? Vamos siempre un paso por detrás y debemos adelantarnos a sus movimientos.

Aldo se puso una sudadera rosa de Hello Kitty.

—Somos cazadores, güey. Y los cazadores ponemos trampas a nuestras presas.

CJ apretó la pistola contra la pierna. Lo mataría cuando se diese la vuelta. Cara a cara. No quería disparar a ese enfermo por la espalda.

—Me llevaré la cabeza y la abandonaré por ahí —dijo Aldo—. La poli pensará que fue el mismo asesino. Nuestra presa se pondrá nerviosa. Se asustará y cometerá errores. Es nuestra trampa, güey. Por eso he decapitado a Miguel.

Algo hizo clic en la cabeza de CJ. Estrategia militar básica: escoge el campo de batalla más favorable. No dejes que el enemigo tome la iniciativa. Adelántate a sus ataques.

—Saldrá de su madriguera —continuó Aldo—. Haremos que venga a nosotros

y le estaremos esperando. La pregunta es: ¿quién de los dos irá con la cabeza de Miguel por medio Madrid?

Aldo se volvió. CJ ocultó el arma detrás de él.

—Eso pensaba. —Aldo se dirigió de nuevo al salón y recogió la bolsa de basura con la testa dentro—. La dejaré cerca de donde apareció Galya para que entienda el mensaje. Luego volveré y nos desharemos del cuerpo. Lo tengo todo controlado.

CJ observó cómo Aldo se marchaba por la puerta. Pensó en estrategia militar básica: el mexicano era quien había escogido el campo de batalla, quien tenía un plan preestablecido. Por primera vez en mucho tiempo, CJ se sintió utilizado.

Aldo condujo su furgoneta sin prisa. Evitó las zonas más comunes donde había controles policiales y se dirigió al norte. No tenía la menor intención de abandonar su carga en el lugar donde apareció Galya asesinada. Paró en un descampado y lavó la cabeza con una garrafa de agua que llevaba en la furgoneta. Cubrió las matrículas con barro y prosiguió la marcha.

Llegó a Getafe casi a las dos de la madrugada. El sitio estaba desierto. La peña se largaba a la sierra o a la playa. Circuló por vías secundarias y paró en una rotonda. Estaba decorada con olivos y enormes vasijas de barro. Se colocó la capucha de la sudadera y bajó del vehículo mirando al suelo. Sacó la cabeza de Miguel y la dejó en equilibrio sobre una de las ánforas. Luego arrancó y se marchó sin un rumbo definido.

Encendió un cigarrillo. Decidió no regresar al piso franco con CJ. Que se chingue: ocúpate tú del cuerpo, soldadito de mierda.

Dios, qué bien se sentía.

QUINTA PARTE

MADRID 2020

50 de los 98 miembros del COI han prometido votar a Madrid.

Portada de *El Mundo*, 4 de septiembre de 2013

Tres semanas, pensó CJ.

Tres semanas donde las pesadillas regresaron. Tres semanas donde tuvo que recurrir a drogas para no soñar. *Three fuckin' weeks* desde que se quedó solo en aquella casa de los horrores.

Ahora cerraba los ojos y revivía. Cada parpadeo le traía imágenes de Afganistán, olor a carne quemada con napalm, a Percy de la Cruz sosteniendo el machete, sonriendo sin emoción, haciendo amistad con su verdugo. Otro pestañeo y la alucinación se mezcló con Aldo, Miguel/Julio sin cabeza, plásticos ensangrentados, un hacha y un bidón con sosa cáustica.

Un cadáver.

Un hacha.

Un modo de disolverlo.

Abrió los ojos: la locura seguía allí.

Tuvo que hacerlo. Primero entró en pánico al comprobar que Aldo no regresaba. Se marchó. Se fue bien lejos. Luego supo que estaba obligado a actuar. Compró una botella de whisky en un chino. La bebió a galleta. Se deshizo del revólver en una papelera. Regresó al infierno.

Cierra/abre/cierra los ojos: ahí estás. Con el hacha en la mano. El cuerpo ante ti. ¿Cómo funciona esto? CJ vomitó en el váter. Se enjuagó con agua y regresó. Buscó en su móvil cómo usar la sosa. Más de mil páginas web sobre cómo deshacer fiambres. *Ok, dude: let's go.*

Un parpadeo. Otro. Cien más. Llevó la cuba al dormitorio. Veinticinco kilos de sosa cáustica mezclados con 200 litros de agua. Midió la mezcla usando una olla. Tres vasos de 330 mililitros eran un litro. La cacerola a rebosar contenía 30

vasos. Necesitaría 20 cazuelas para llenar el bidón. Luego: mascarilla, gafas de seguridad, sosa a tope. Los gases lo marearon. Abrió la ventana y luego la cerró. No podía dejar que nadie lo detectase desde el exterior.

Tres semanas desde aquello. Desnudó el cuerpo. Se ayudó con un cuchillo. Rasgó las vestiduras y las dejó a un lado. Miguel/Julio tenía tatuajes cristianos. Agarró el hacha. Amputó los miembros. Un flashazo: Percy decapitando a machetazos. Vomitó de nuevo en el váter. Se recuperó con un lingotazo de Jack Daniels.

Toda la terapia de estos años se fue a la mierda en una noche. CJ el Desmembrador. *CJ the Butcher*. CJ el Gilipollas.

Debía hacerse. No le quedaba otra.

Tres largas semanas desde aquello y era incapaz de borrarlo. Echó los miembros al bidón. Pensó que primero debería haber mutilado el cadáver y luego haber hecho la mezcla. La sala apestaba a gases tóxicos. Entraba en el dormitorio, arrojaba un trozo de carne y salía de nuevo hacia el salón. Escapaba vaho cáustico por debajo de la puerta. Aplastó varios plásticos contra ella.

No pestañees. Mantén los ojos abiertos o volverán las pesadillas.

CJ dejó el torso para el final. En las webs hablaban de quitar los dientes antes de disolver a un muerto. Él no tenía ese problema, pero debía revisar los restos en busca de placas metálicas, tornillos de platino, fragmentos de metralla. Arrojó lo que quedaba de Miguel/Julio a la sopa primordial y salió de allí.

Todo él apestaba.

Tres semanas. Exactamente, tres semanas.

Se duchó cien veces en su habitación del Grand Biedma. No pudo arrancarse el olor. Se había quedado impregnado en su piel, en el Nissan Micra que conducía, en sus huesos. Metió la ropa en una bolsa. Trató de dormir. Tragó somníferos a pares. Despertó al día siguiente. No tuvo la sensación de haber descansado.

Condujo de vuelta. Las noticias escupían información: «Una cabeza humana

aparece en Getafe. La policía investiga lo sucedido». CJ deseó matar a Aldo. Tendría que haberlo hecho cuando pudo.

Paró en una tienda de libros antiguos queapestaba a rancio. Compró novelitas de Jim Thompson, Raymond Chandler, un tratado de jardinería en inglés, dos biblias y un Corán en lengua árabe. Pagó en metálico. El viejo que le atendió tenía cataratas. Arrojó todos los libros frente a una escuela y se quedó con el Corán.

Regresó al piso. Llevaba una mascarilla mejor y gafas de bucear. En la mano sostenía una garrafa de cinco litros de gasolina. Se asomó al cuarto infernal. La sosa había disuelto el cuerpo. Fue arrojando el líquido por el desagüe a caceroladas. El metal burbujeara, el plástico se corroía, el ácido jodería toda la instalación de tuberías del edificio.

Pestañeó. Las pesadillas aumentaron. No había nada en el fondo. El cuerpo era una masa marrón de aspecto gelatinoso. La arrojó por el váter sin complicaciones. Encontró la cartera de Miguel/Julio; llevaba fotos de su hija y su mujer. La quemó. Comprobó que el DNI quedaba inutilizado. Arrancó páginas del Corán y las distribuyó por toda la casa. Abrió las ventanas y arrojó unas cuantas más. Luego apiló los plásticos del suelo y los metió en el bidón. Abrió las llaves del gas, bañó el piso entero con gasolina y prendió una cerilla. Salió de allí por las escaleras. Vio extrañas manchas de humedad en las paredes. Una cañería goteaba un líquido humeante. Salió a la calle y miró al cielo. Las llamaradas escapaban por las ventanas del octavo. Un tipo sostenía una bici en una mano y el teléfono en la otra. Hablaba sin dejar de mirar el incendio.

CJ arrancó y se marchó. Juró olvidar todo aquello.

Habían pasado tres semanas.

Harrelson Levy estaba exultante desde el escenario. Había montado un circo en la sala de conferencias del hotel.

—Miss Olsen, llame al presidente del Gobierno. Dígale que he sobornado al

sesenta y tres por ciento de los miembros del COI. Las Olimpiadas del 2020 vendrán a Madrid.

CJ captó el subtexto: os han echado para atrás las dos candidaturas anteriores. Yo soy quien tiene el poder de concederlas o no. Dadme todo lo que quiero para mi proyecto: legislación financiera beneficiosa, límites a la competencia, mano blanda con la prostitución y, joder, dejad que fumen en mis putos casinos.

—Así lo haré, señor Levy.

Los asesores revoloteaban por la sala. Eran tábanos ansiosos de chupar mierda. Aplaudieron la ocurrencia de Harrelson y brindaron con champán. El Mormón los saludó como César. A un lado estaba Cliff Saunders. CJ lo observaba desde la otra punta. Harrelson Levy bajó del escenario y se reunió con los demás.

—Hay un tema con el que no has contado, padre —dijo Larry.

—Siempre tan positivo, hijo.

Los lameculos se rieron. Larry los miró con desdén. Era un hombre de cincuenta y cinco años al que seguían tratando como a un crío. CJ pensó que heredaría la empresa de su padre cuando tuviera edad para prejubilarse.

—Estamos hablando de Madrid, la capital de España —prosiguió—. Aquí se vanaglorian de tener a grandes deportistas, es cierto. Pero no olvidemos que esta gente es tramposa por naturaleza. Si los de arriba son corruptos, los de abajo también. He recopilado los casos más vergonzosos de *doping* deportivo de los últimos años. —Le pasó una carpeta a su padre—. Hay de todo: escándalos en fútbol, tenis, ciclismo, baloncesto, natación, atletismo...

Harrelson Levy ojeó el dossier sin ganas. Contenía: dopaje por nandrolona, clenbuterol, eritropoyetina, autotransfusiones, CERA, EPO e incluso cocaína.

—Bueno, pero eso es solo mala prensa —dijo el Mormón—. Mira aquí: operación Galgo. Acusaron a esta pobre chica de dopaje y al final se saldó como un «no culpable».

—Léelo bien, padre. Encontraron medicamentos, anabolizantes prohibidos y bolsas con sangre en el frigorífico de su domicilio. La Guardia Civil grabó

conversaciones telefónicas inculpatorias. Pero ya sabes que en este país los juicios son de risa. La muchacha es senadora por Palencia y al final consiguió que se anulasen tanto las escuchas como el registro policial. Es decir, con todas las pruebas en la mano, la dejaron marcharse.

—En cualquier caso, oficialmente es inocente. Y esto está lleno de casos similares de absolución tras el escándalo. No sé dónde ves el problema.

—Tú mismo lo has dicho, padre: la palabra que buscas es «escándalo». ¿De verdad crees que el COI no lo tendrá en cuenta?

—Joder. —Harrelson Levy golpeó el suelo con su bastón, aunque un niño de seis años habría hecho más ruido—. Han pillado el dinero, ¿no es así?

—Yo mismo me he ocupado de ello, padre. Pero les preocupa que...

—Pues si han cobrado, ahora trabajan para mí. Quiero las Olimpiadas en Madrid. Y quiero mis casinos llenos de turistas y atletas. Los dos proyectos van de la mano. Así que, si alguien quiere rebelarse, que sepa que...

Un ataque de tos detuvo su pataleta. El Mormón cada vez estaba peor de salud y se ahogaba con su propia saliva. Se puso rojo y morado. Rechazó toda ayuda. CJ lo vio esputar y sintió asco. Duró casi dos minutos.

—La... —consiguió decir—. La expedición española saldrá en unos días para Buenos Aires. Allí se elegirá a la ciudad anfitriona para las Olimpiadas del 2020. Hablarán deportistas y personalidades para defender su candidatura. Nosotros tendremos butaca de honor.

Con un poco de suerte se llevarán a los Blackriver y me dejarán a mi rollo, pensó CJ. Se había obsesionado con Percy. Necesitaba encontrarlo a toda costa. Las pesadillas amenazaban con consumirlo.

—Van a fletar un avión con los deportistas —continuó Harrelson—. Luego irán las autoridades en jets privados. Primera clase, todo pagado. Será una fiesta.

—Esa es otra, padre: la crisis. Este país está arruinado. Tratan de vender los Juegos Olímpicos como un motor económico, pero la realidad es que se han gastado fajos de billetes en construir estadios para nada cuando la gente se muere de hambre.

CJ asintió para sus adentros. Había visto los estragos de una economía en recesión donde las diferencias sociales eran cada vez más abruptas. Esto no era de derechas o de izquierdas: era entre los pocos de arriba y los millones de abajo. Y él trabajaba para la élite.

Harrelson Levy estalló en otro ataque de tos. El aire de la sala se enrareció. CJ sospechó que el Mormón se había cagado en los pañales. Duró medio minuto completo.

—Hijo, me vas a provocar una úlcera...

—No soy yo, padre. Es la realidad.

La única a la que nunca pudo sobornar.

Tres semanas.

No había ni rastro de Percy. Aldo se había esfumado. El abuelo no le cogía el teléfono. El muy *motherfucker* dijo que le ayudaría y ahora le daba esquinazo. Pensó en ir a buscarlo. Sabía que residía en Alcorcón, pero nada más. Le temblaba la mandíbula cuando pensaba en todo aquel horror. Afganistán, Percy, Aldo.

Evitaba a Cristina. Apenas dormía. Larry le requería para gilipolleces. Cliff y los demás cambiaron su pasotismo por un ataque directo. Le jodían, trataban de ningunearlo delante de los jefes, lo insultaban a sus espaldas. Eh, negro: eres demasiado bueno para querer nada con nosotros. Eh, mulato: crees que eres superior. *Ey, nigger: are you better than me?*

Buscó a Percy con el freno de mano. Ahora medía diez veces cada movimiento. Se sentía muy perdido. Revisó los papeles de Faura. La frustración se adueñó de él. ¿Dónde estás, Percy? El cabrón era un fantasma. Nadie lo había vuelto a ver.

Llamó a Robbie. A él también le habían metido a Blackriver hasta en el café. Tenía miedo de perder su poder en Macao. Sacó a relucir el 5 % que poseía CJ en la compañía. Le importaba poco.

El plan de Aldo solo dio publicidad al asunto de las cabezas cortadas. Los tertulianos veraniegos se hincharon a elucubrar teorías disparatadas con tal de salir en antena: «El comisario me ha confirmado que es una nueva droga caníbal», «¿Dónde estaba Paquirrín cuando sucedió todo?», «Testigos presenciales aseguran haber visto figuras misteriosas que descendían de una nave». CJ suspiró: la teoría de los alienígenas ancestrales hacía estragos.

Se obsesionó con Faura. Él tenía acceso a chivatos, archivos policiales y hasta forenses. Su último mensaje databa de hacía veinte días. CJ le escribió: «Ha sido el mexi. El objetivo era inocente». Faura le contestó: «Vale».

Desde entonces, nada.

Le escribió mensajes. Al principio, de manera esporádica; después, varios al día. Llamaba pero nadie descolgaba. Sabía que estaba al otro lado. El abuelo se escondía. Llegó a mirar las esquelas, pero no encontró que hubiera muerto. Llamó al hospital y le dijeron que ya le habían dado el alta. CJ se sintió traicionado.

Solo le quedaba un as en la manga. Uno que había decidido guardar hasta el momento apropiado.

Odiaba admitirlo, pero necesitaba al viejo para encontrar a Percy.

Aldo era libre, pero no sabía qué hacer con su libertad.

Aquella noche de hace tres semanas condujo hasta un descampado y aparcó la furgoneta junto a otros coches desvencijados. Trató de dormir. No lo consiguió.

Matar a Miguel había sido como quitarse una espina de los huevos. Sintió alivio inmediato. Era lo que debía hacerse. Fue el ejecutor de su carnal. Lo suyo fue justicia, no venganza.

Ya no necesitaba torturarse con el dolor. No te mates, güey. Deja las drogas a un lado. Aún tienes cosas que hacer.

Sin rumbo, sin hogar, sin identidad. Simplemente aguardó a ver qué ocurría.

Pero no pasó nada.

Escuchó la radio de la furgoneta y comió kebabs. La noticia de una célula islámica radical en España se intensificó. Las tertulias hablaron del incendio en la provincia de Toledo. Investigadores hallaron restos químicos con los que trataron de fabricar bombas. Un Corán carbonizado les dio la pista final. Pinche negro: al final borraste tu rastro.

La cabeza de Miguel dio más jugo. Aldo había agitado el avispero. Los periódicos llenaron sus tristes páginas veraniegas con una noticia de calado. La gente no le hizo ni puto caso: estamos de vacaciones, búscanos en la playa. ¿Un decapitado al lado de casa? Recuérdamelo cuando vuelva de Torre Vieja.

Aldo aguardó a ver qué ocurría.

Pero no pasó nada.

Comenzó a vagar por las calles. Cambió la furgoneta de sitio cada noche. Vio a peña atiborrando las terrazas de los bares. Comprobó cómo desaparecía la mitad del parque móvil madrileño. Las noticias: «La destrucción de empleo se

frena con los contratos basura estivales», «La gente sigue rebuscando en los contenedores», «Multitudinario apoyo a Madrid 2020, que parte como clara favorita para albergar los Juegos Olímpicos». El rastro de Miguel se fue diluyendo con el paso de los días.

Aldo aguardó a ver qué ocurría.

Decidió actuar.

Cambió de rostro. Compró una afeitadora eléctrica en una tienda de segunda mano. Se rapó la melena, se quitó la barba, incluso se arregló las cejas.

Buscó los bares que frecuentaba Miguel. No tardó en encontrarlos. Los parroquianos no hablaban del asunto. Se les notaba asustados y sorprendidos. Alguno rajó con el camarero: me debía veinte euros, su mujer ha regresado al pueblo con sus padres, pasaba el cepillo en la iglesia, la niña todavía no sabe nada, salió en Semana Santa descalzo y fustigándose con un látigo.

Aldo se cansaba de esperar.

Pensaba en Galya. Aún no sabía quién la había asesinado. Matar a Miguel fue sano y bueno para el riñón, pero le quedaban cosas por hacer. Ella se lo merecía. Te amaba, pendejo. A su manera, pero lo hacía.

Se empezaba a quedar sin dinero. Pensó en empeñar la furgoneta. Luego recordó que no se llamaba Aldo, sino Antonio Reina. Y eso le daba poder.

Se compró un traje en un rastrillo. Fue a un concesionario y pidió presupuesto para un Jaguar. Mostró su DNI robado. Le concedieron financiación al momento. A los pocos días le dieron las llaves. Aldo condujo hasta un desguace en Guadalajara. Tenía todos los papeles del vehículo en regla. Lo vendió por 3.000 euros y regresó a su furgoneta en bus.

Dejó pasar los días. Volvió a los bares. Cambió la furgoneta de un descampado a otro. Se aficionó al alcohol. Escuchó chanzas sobre Miguel. Nadie más preguntó por él en todo ese tiempo.

Aldo era libre y aguardaba, pero no sabía qué.

Cumpleaños de Raquel. Una manada de criaturas abarrotaba la hamburguesería. La crisis hacía que la gente comprimese sus vacaciones de verano. Se acabó la sierra o la playa, niños: este año veraneamos con la Wii. Cánticos, vítores.

Había globos y sombreritos de papel. El menú: carne picada con aspecto y sabor a plástico, patatas fritas con aceite de los tiempos de la Revolución industrial. A Faura le iba a dar un infarto con solo olerlo.

Un desgraciado vestido de payaso trataba de poner orden y alegrar la fiesta. Los chiquillos lo cosían a patadas. Tenía un contrato estándar español: cuatro euros la hora y podía llevarse las sobras a casa. Sonreía a cada puntapié que le daban los niños asilvestrados.

Al otro lado estaban las madres, hablando de los últimos cotilleos de la prensa rosa: unos cuernos así de grandes tiene la pobre, esos labios son operados, la veo tan flaca que me da penita.

Faura le dio dos besos a su nieta.

—Felicidades, cariño.

—Abuelo, pinchas.

—Ya sabes cómo va esto, hija. —Sacó un paquete envuelto y se lo mostró—. Si no hay besos al yayo, no hay regalo.

—¡Ah! ¿Qué es? ¿Puedo abrirlo?

—Es tuyo. Tú decides.

No había terminado de hablar y la niña ya había destrozado el papel charolado.

—¿Qué es esto?

—Es una peonza. Yo de pequeño jugaba con una igual.

Raquel observó el cono de madera sin entender nada.

—¿Dónde van las pilas?

—Eso es lo mejor: no lleva.

—¿Y conexión *bluetooth*?

—No sé ni lo que significa eso. Verás, tú le enganchas este cordel a la punta, luego lo vas enrollando así y...

Cuando Faura levantó la cabeza, Raquel estaba mandando un mensaje con el móvil.

—¿Me estás escuchando, cariño?

—Es que tenía que enviarle un wasap a Fran.

—¿No es ese niño de ahí? —Faura señaló dos sillas a la izquierda—. ¿Tu amigo Fran?

—Sí.

—Pero si lo tienes al lado.

Raquel miró a su costado. No pareció entender.

—Ya lo sé, abuelo.

—¿Y me estabas escuchando?

—Claro, abuelo. ¿Dónde tiene el botón de *reset*?

Faura suspiró.

—Está bien: mañana te compro la tablet.

—¡Gracias, abuelo!

La niña se le tiró a los brazos a darle besos. A Faura no le gustó reconocer que se le caía la baba por la pequeña.

—¿Ahora ya no pincho?

—Ahora me da igual.

Faura regresó a su asiento. Las mujeres seguían con su cháchara. Hablaban de fútbol. Una juraba que el Madrid no ganaría la Décima en los próximos quince años. La otra le contestó que más difícil sería que el Atlético ganara otra Liga.

Su nueva vida era aburrida. Ahora entendía todos aquellos casos de personas que se volvieron dementes al jubilarse. Su propio padre regresaba cada mañana

al lugar donde trabajó durante cuarenta años. Él lo recogía, desorientado y en pijama. No quería que eso le pasara a él. Había dejado el trabajo de campo, pero el papeleo lo llevaba al día. El coche que atropelló a Susana aparecería antes o después. Estaba convencido. El asesino que decapitaba a gente no era su problema. Nadie haría justicia por Maribel Botella.

Los niños se lanzaron en tromba hacia una piscina de bolas y desaparecieron en su interior. Uno llevaba la peluca del payaso. El tipo era tan calvo que hasta ese pelo rojo le quedaba bien.

Tenía vigilado a Aldo. CJ había desobedecido sus indicaciones. Faura lo quería fuera de juego. Le dijo que lo montara en un avión a tomar por culo. Estaba claro que no lo había hecho. Ahora Aldo malvivía en una furgoneta alquilada con el DNI que él le consiguió. Había comprado un coche de alta gama con la misma identidad falsa para luego saldarlo al peso. Del concesionario al desguace. Llamaba mucho la atención. A Faura le preocupaba que le relacionasen con él.

Era peligroso. Había matado a Miguel Herrera Saucedo. Según CJ, Aldo lo había decapitado con un hacha. Encontraron su cabeza en una rotonda. A la vista de todo quisque. Aldo era un temerario. Antes o después acabaría muerto o entre rejas.

—¿Estás bien, papá?

Eli le cogió de la mano. Faura sonrió con esfuerzo. Desde el amago de infarto, su hija estaba más pendiente de él que nunca.

—Todo va estupendamente —dijo—. Me lo estoy pasando genial.

La piscina de bolas engullía niños. Uno de ellos vomitó dentro. A otro le dio náuseas y también echó la pota. Todos los demás siguieron jugando con cuidado de no mancharse. Faura pensó que eran unos supervivientes.

El teléfono vibró. Un nuevo mensaje de CJ. Faura había decidido cortar las comunicaciones. Ahora era un abuelo con una vida tranquila que disfrutaba de sus nietos. El problema: cambiar de número sin que Eli sospechase. Ella era la única que tenía ese teléfono. Le parecería extraño. Podía lanzarlo a la basura y

decir que lo había perdido. Ya estoy mayor, hija mía. Mi cabeza no es lo que era. Olvido cosas, incluso el móvil en el autobús.

Había probado a borrar el número, pero él seguía llamando. Estaba seguro de que entre todos aquellos menús estaba la opción. Se lo diría a Ángel. Su empresa había hecho un ERE y ahora estaba en la calle. Cuando regresase de repartir currículums hablaría con él.

Borró el mensaje sin leerlo. Contempló el bendito caos que generaban aquellos niños salvajes. La felicidad era algo parecido a eso. Trató de hacer una imagen mental de la sonrisa de Raquel. Quería recordarla en los malos momentos.

Como al día siguiente, cuando irían a visitar a Susana al hospital.

Hacía dos años y medio que no la veía.

Ayer:

Ella no quería celebrar su cumpleaños. Decía que cada vez estaba más cerca de los ochenta que de los veinte. Odiaba todo lo que hacía la gente por inercia. Eli insistió en que se fuesen de crucero. Les compró un pasaje por el Mediterráneo. Durante diez días se olvidaron de todo, se besaron con prisas, se olvidaron de que el mundo giraba. Un limbo donde no pasaba el tiempo ni existía el dolor.

Hoy:

El mundo al revés. Un tubo por la nariz para comer y otro por la boca para respirar. Pañales de adulto en una regresión a la infancia. Las muñecas dobladas hacia dentro, los dedos crispados sobre sí mismos, úlceras en los talones. Los músculos colgaban junto al pellejo de sus huesos. Marcado el costillar, los pómulos, las articulaciones. Su pelo blanquecino y aceitoso sobre la almohada. Día tras día. Año tras año. Un limbo donde no pasaba el tiempo ni existía el dolor.

—Hola, Susana.

No estaba allí. Eso era lo que más le fastidiaba. Aquella no era su mujer, sino su cadáver. Muerte cerebral. Irreversible. Un cuerpo sin mente. Si existía el alma, hacía ya tiempo que se había marchado de aquel embalaje descosido.

Faura sí estaba allí, en la habitación 404 de aquel carísimo hospital privado, sin comprender lo que tenía ante sus ojos. Su mujer. Su vida. Su razón para vivir.

Dos personas en el mismo espacio físico, pero una no existe.

Eli y las niñas lo habían acompañado. Las pequeñas besaron la mejilla de su abuela y le dejaron flores. Luego le contaron mil historias del colegio. Faura pensó que habrían actuado igual delante de una lápida de mármol. Después se despidieron con un beso. Eli dijo que los dejaba a solas, que se tomase su tiempo, que ella esperaría en el aparcamiento.

De modo que Faura se quedó cara a cara con el pasado.

—No sé qué hacer sin ti.

La solución fácil era desenchufarla. Los médicos decían que debía dejarla marchar. Él detestaba los eufemismos. No iba a matar a su esposa. No podría vivir con ello.

—Solo hay una cosa que me aterra más que mueras del todo, y es que te recuperes y veas en qué me he convertido. Te asquearía saber las cosas que hago, la gente para la que trabajo, lo que son capaces de hacer para tener un cero más en sus cuentas del banco. Me da vergüenza y tristeza y siento que mancho tu recuerdo. Pero ese dinero sucio es lo que te mantiene aquí, en esta... esta burbuja de dolor. Y lo siento. Siento tanto no tener el valor para desconectarte, o para visitarte cada día. Siento no ser el hombre que creíste que era.

Faura salió al exterior. Hacía sol. Parecía increíble que pudiera sentirse tan triste en un día tan alegre, pero así era.

Caminó hacia el aparcamiento. Eli le esperaba en el coche. Faura levantó la cabeza y vio algo que no esperaba, que no era posible. Pestañeó un par de veces más y centró la vista. Entonces supo que sí, que lo que veía era real. Muy real.

Sintió cómo le subía la tensión. Tragó saliva, apretó los dientes. La pesadilla de una nueva angina de pecho se hizo presente.

Aquella era la segunda vez que el abismo le devolvía la mirada.

CJ observó cómo el viejo se ponía rojo.

Había investigado por los hospitales de la zona hasta dar con su esposa y montó guardia. Si no aparecía, subiría a la habitación de su mujer y le mandaría un *selfie* junto a ella.

Pero tuvo suerte. Algo inaudito. Faura apareció a la media hora. Increíble, pura potra. Y allí estaban, mirándose desde la distancia, igual que semanas atrás.

CJ pulsó una tecla de su teléfono. El móvil de Faura sonó. Así que es cierto: no quieres hablar conmigo. No estás muerto, ni impedido: solo eres el cabrón de siempre.

Un coche paró junto a Faura. CJ vio a una mujer de unos treinta y cinco años con dos niñas en el asiento de atrás. El abuelo descolgó.

Dijo una dirección y una hora. CJ asintió con la cabeza.

Mejorada del Campo, Madrid.

Justo Gallego llevaba construyendo una catedral desde 1961. Sin ayuda. Con sus dos manos. Sin plano ni conocimientos de arquitectura. Una gigantesca mole fabricada con desechos.

CJ no se creía lo que tenía delante.

Pasó al interior. La construcción tenía claustro, patio, cripta y una enorme cúpula. Hizo varias fotos con el móvil. Aquel lugar no debería existir. Y allí estaba.

En lo alto de un andamio estaba Justo. Flaco, nervudo, cano. Lo ayudaban varios parados del pueblo. La crisis hacía que la catedral se construyera a mayor velocidad.

Había llegado con veinte minutos de antelación, pero Faura ya estaba allí. Lo encontró de pie en la nave central. CJ caminó hacia él. De cerca lo notó más desmejorado. Parecía que le crecían arrugas a cada instante. Si le decía que había envejecido quince años, se lo habría creído.

—Estás hecho mierda, abuelo.

—Como me dijiste aquella vez, te doy diez minutos para que me convenzas —amenazó Faura.

CJ se encogió de hombros. La bravata del viejo no le impresionó.

—Vaya sitio tan raro. —CJ levantó la mirada hacia los murales—. Y lo ha levantado un hombre solo durante cincuenta años. Cuando muera, quedará como un monumento a la tozudez.

—Te quedan nueve minutos.

—Ahora están de moda las novelas de catedrales. —CJ disfrutaba viendo

cómo se impacientaba Faura—. ¿Has leído alguna? Quizá algún día alguien escriba la historia de este tipo.

Faura suspiró. CJ sintió cómo capitulaba.

—Salió en un anuncio de refrescos —dijo Faura.

—Nunca lo habría adivinado.

—El Museo de Arte Moderno de Nueva York le dedicó una exposición. Yo creo que solo quiere acabar su obra y morirse tranquilo.

—Te veo informado, *man*.

—Lo pone en aquel cartel. —Faura señaló un folio plastificado pegado con una chincheta a la pared—. También puedes comprar DVD y calendarios. ¿Qué coño hacías en el hospital de mi mujer?

A Justo se le cayó una paleta desde su andamio en las alturas. La herramienta tardó cuatro segundos en llegar al suelo.

—¿Ahora te entran las prisas? —preguntó CJ—. ¿Por qué no has vuelto a contactar conmigo?

—Porque ya estoy fuera de todo esto.

—*Cut the crap!* Teníamos un trato.

—Seguro que no.

—Dijiste que me ayudarías a encontrar a Percy. Yo seguí tus instrucciones. Monté a ese demente en un avión y le di pasta para que se largara más lejos todavía. Con lo que no contabas era con que Aldo regresaría.

Faura miró alrededor. Había algunos turistas más. Justo continuaba amasando desde el andamio. El parado que lo ayudaba enyesaba la pared.

—Yo no te dije que mataras a nadie.

—No fui yo.

—Cállate, joder. Mis instrucciones fueron claras. Te dije que lo sacaras de allí, que confirmara la identidad de Miguel y que lo mandaras a China sin billete de vuelta.

—Él no pensaba lo mismo.

—Solo necesitábamos confirmación visual. Si era él, ya no hacía falta que

pidieras ningún informe a tu jefe.

—Lo pedí de todas maneras. Aún lo estoy esperando.

—Muy tarde para eso, ¿no crees?

—Intervine justo a tiempo. Tu amiguito mexicano le reventó la cabeza con un hacha y lo metió en una furgoneta. Yo quería hacerlo de otra manera, pero tuve que tragar.

—No había que intervenir, hostias. Solo seguirlo hasta que... —Pausa—. En fin, ahora da igual. ¿Qué coño quieres de mí?

—¿Por qué lo has dejado? —CJ no esperaba una disculpa, solo una explicación.

—Porque soy un viejo y me muero. No puedo seguir persiguiendo fantasmas toda mi vida.

A CJ le sorprendió esa respuesta.

—Se lo debes.

—¿Qué?

—Dijiste que se lo debías a esa chica que mataron hacía treinta años. Y ni siquiera has movido un dedo. ¿Un asesino de los ochenta? Apenas lo has buscado.

Faura se puso rojo. Luego apretó los dientes. Miró en otra dirección. Justo le daba indicaciones al albañil. El hombre no parecía enterarse.

—Eso forma parte del pasado —dijo—. Solo quiero disfrutar del poco futuro que me queda.

—Pero se lo debes. Estás en deuda con ella. Y también conmigo.

Faura le puso una mano en el pecho a CJ.

—¿Qué quieres de mí?

—Ayuda para encontrar a Percy. Estoy atascado.

Un duelo momentáneo. Dos perros que se huelen las pelotas. Ninguno se movió.

—Haremos una cosa —dijo Faura—. Seguiré mi primera pista. Investigaré lo

que pasó hace treinta años. Tú te ocuparás de tu amigo Percy. El primero que tenga algo sólido, que avise al otro.

—*Hold your horses, man.* Este no era el trato.

—Sé lo que dije.

—Pues parece senil.

Faura bufó. Un autobús lleno de suecos aparcó en la puerta. Los guiris iban sudados. El calor amenazaba con hacerse insoportable.

—¿Qué sabemos de Percy? —preguntó.

—Que puede ser el asesino. Que estuvo en Afganistán y acabó loco. Y que no sabemos dónde está.

—Esa es la clave, Carl. —Faura miró la cúpula inacabada—. Encontraste a Percy mendigando cerca de la asociación de veteranos. Te has recorrido todo Madrid buscando a alguien que lo conociera siquiera de vista. Nadie te ha sabido decir nada. Percy iba de aquí para allá, malvivía como podía y no tenía amigos. ¿Me sigues?

—Eso creo —mintió.

—Piensa en esto. Es un tipo sin recursos, medio ido por la droga y por la guerra, que saca la comida de contenedores. No tiene casa, ni nadie que le oculte. Así que la única posibilidad que tenemos es que no esté en la ciudad.

—Es una ciudad muy grande, abuelo.

—No está en la ciudad, no puede estarlo. Ya habría dejado huellas. Si se ocultase en un búnker, debería salir a comer y a por caballo. Habríamos seguido su rastro y ya sería nuestro. Descartada esa opción, nos queda la segunda: que esté en otra ciudad y venga a Madrid a matar.

—No tiene sentido. Mataría allí donde estuviera. Se le cruzaría el cable y machetazo. *Fuck*, ¿y dónde está la cabeza de la rusa? Sigue sin aparecer.

—La tiraría a alguna parte. Dudo de que la tenga en la nevera. Percy no tiene casa, ni recursos. Hazme caso: no está en Madrid.

—¿Y dónde se esconde?

—Eso es lo que averiguaremos. Quizá se haya asustado con el asesinato de

Miguel y haya huido a otro país. Puede que esté a la espera de que todo se calme, o a que le dé otro brote de locura. No importa. De momento, vamos a esperar.

—No quiero seguir esperando. Necesito acción.

—Pues ve a buscarla —dijo Faura—. Vamos a dejar pasar unos días a ver qué sucede. Yo investigaré el asunto de Maribel Botella.

—¿Eso es todo?

—No, hay otra cosa: si te vuelves a acercar a mi mujer, te mato.

CJ se reflejó en la mirada de Faura. Ya había visto esos ojos antes. Supo que hablaba en serio. No podía tensar la cuerda mucho más. Se resignó: al menos se iba con la colaboración del abuelo. Más adelante le tantearía de nuevo.

—Ese *motherfucker* mexicano le arrancó la cabeza a Miguel para retar al asesino, pero sigue sin mover ficha. Así que tenemos tiempo.

Faura se dio la vuelta sin despedirse. CJ lo vio alejarse. Definitivamente, había envejecido desde la última vez.

—¿Sabes algo del mongolo? —preguntó CJ.

Faura miró por encima del hombro.

—Está en San Sebastián de los Reyes. Tranquilo, lo tengo controlado.

Aldo agonizaba en aquel bar de mierda. Empezaba a reconocer caras y estas lo reconocían a él. No le gustaba. Prefería no tener rostro. Su implicación debía parecer casual.

En la televisión: ciclistas subiendo un puerto de montaña. Se les iba a escapar el hígado en cada jadeo. Los tertulianos de la tele: qué gran escalador, qué magnífica temporada. Los tertulianos de la barra: a ese le he visto yo fumando en el Mogambo, fijo que tiene la sangre marrón de tanta mierda que se mete, Miguelón conspiró en el suicidio del Pirata.

Aldo saltó al escuchar «Miguelón». Trataba de no entrar en discusiones con nadie. Prefería que pensaran que era un rarito. O un mudo con gafas de sol.

A veces se traicionaba a sí mismo y hablaba con los más beodos. Los invitaba a una cerveza y les preguntaba por aquel güey al que mataron. Sí, al que cortaron la cabeza. Era un buen tipo. Trabajador como el que más. El mismo día que murió había una cola de cuarenta personas dispuestas a ocupar el puesto libre que dejó de encofrador. Al final contrataron a mi primo, el Poti. Tiene la polla negra, pero es blanco. Cosas de la genética, aunque a mí no me pasa. ¿Cómo dice? Ah, sí, se llamaba Julio, pero yo le decía Julito. Buena gente. Trabajador como el que más.

Aldo se aficionó al whisky con hielo. Cambiaba una adicción por otra.

El camarero del bar, obeso y medio bizco, le tomó cariño por alguna razón desconocida. A Aldo le recordaba a la versión gay de Dmitri.

—Antoñico, Antoñico. —Cachete en la cara—. Mira, ven, te voy a contar una cosa. —Manotazo en la espalda—. ¿Tú sabes... sabes lo que me pasó el otro día? Estaba cenando con mi señora en un garito. La muy zorra me decía que follaba

como un paralítico, que se había tirado a mi hermano. En fin, las cosas del día a día. —Mostró una hilera de dientes torcidos mientras se reía—. Total, que ahí estábamos, sentados a una mesa con un mantel de tela, cuando entra un ¡gitano de mierda!

Esto último lo gritó. A unas mesas de distancia había dos gitanos que nunca había visto. Miraron al dueño de reajo. Pasaron de su cara.

—Los gitanos son unos hijos de puta. —Remarcaba la palabra «gitano» y el insulto—. Y este va, pillá un palillo y pincha un trozo de jibia que teníamos en el centro. Luego, el cabronazo se queda mirando. Y esto te lo digo en serio, ¿eh, Antoñico? Te juro que me levanté y lo saqué a patadas del local. Y en la calle le metí los dedos hasta que vomitara la sepia que se había tragado. Te lo juro por estas.

Se besó el pulgar, o algo parecido. Lo cierto era que Aldo/ Antonio había dejado de escucharle. Sus comentarios racistas no le interesaban lo más mínimo.

Uno de los gitanos se acercó a la barra.

—¿Nos pones otra cerveza, primo?

—Yo no soy tu primo.

—Las de antes estaban calientes.

—¿Qué coño dices, capullo? —El gordo se le encaró—. Si no te gustan mis brebajes, te largas de aquí.

—Que traemos dinero, socio.

—Tampoco soy tu socio. Y no me vengas con hostias, que llamo a la Guardia Civil.

El gitano miró a Aldo. Aldo le observó con desidia.

—Pagadme y largaos de aquí —dijo el camarero—. Que solo sabéis armar lío, coño.

Los tipos dejaron un par de monedas encima de la barra y se marcharon por la puerta.

—Hay que mantener el país limpio, Antoñico. En mi bar no entran gitanos de mierda ni moros. Los argentinos como tú sois bienvenidos, pero no esa gentuza.

—¿Por qué? —preguntó.

Se arrepintió casi al instante. El barman inició una larga diatriba racista y xenófoba cargada de tópicos que se podría resumir en: soy un puto ignorante, no he evolucionado desde los tiempos de las cavernas, me siento orgulloso de mi estupidez. Luego prosiguió explicando que a sus hijos los educaba en la fe católica, que su mujer era una guarra y que un par de hostias a tiempo calman a la fiera. Aldo pensó que sería un excelente proxeneta.

Aquel día no había aparecido nadie preguntando por Miguel/Julio. Como el anterior. Y el anterior. Y el anterior. El pasado cercano era una fotocopia. Mismas caras, mismo lugar, mismo resultado. Quizá el asesino se había acojonado al encontrar una cabeza decapitada por otra persona. Era un mensaje claro: voy por ti. Desde entonces, nada.

Se despidió del gordo. Pagó su larga lista de cubatas y salió a la calle. Le costaba mantener la verticalidad. Le entró melancolía de México. En concreto, de su infancia. Aldo y él jugando a los narcos. Pam, pam: muere. Nadie vence al Chapo. Los malos eran los héroes, la policía era el enemigo. Bendita puta inocencia.

Aldo iba muy borracho. Por eso no vio las dos figuras que se abalanzaron sobre él desde la oscuridad.

Cuando quiso saber qué ocurría ya estaba en el suelo. Cuando trató de parar los golpes ya lo habían inmovilizado. Cuando intentó salir huyendo ya le habían atado las manos a la espalda con un cable.

—Vamos con él al coche, primo —dijo una voz.

Levantó la cabeza. Reconoció al gitano que habían echado del bar. No lo conocía. Quizá se quería vengar con él.

Vomitó alcohol. Lo habían seguido sin dificultad. Aguardaron hasta que estuvo en el punto perfecto para emboscarlo. Le habían dado de hostias. Aldo vomitó más.

Lo llevaron en volandas. El mundo le daba vueltas. Goteaba sangre de la nariz. Ante sí vio pasar las baldosas de la acera. Lo subieron en la parte trasera de un Dacia hecho mierda. Le colocaron los cinturones. A su izquierda montó uno de ellos. Sostenía un destornillador. El otro arrancó el coche y condujo por carreteras secundarias.

A Aldo se le iba la cabeza. Las hostias le habían disparado la adrenalina, pero también estaba noqueado. Sentía palpitar la cabeza. Una cortina de sangre le tapaba el rostro.

—Yo... yo no... —balbuceó.

—Dale más brío, primo. Que no llegamos.

—Voy, joder. No quiero correr por si aparecen los picoletos —contestó el conductor.

—Yo no os he echado del bar. —Espató sangre y saliva—. Dejadme en paz, putos.

—Mira, primo, se cree que es por la discusión de antes.

—No le tenías que haber dado tan fuerte. Ha partido un bloque de cemento con la testa.

—Que se joda, primo. —Levantó la cabeza de Aldo y le obligó a mirarlo—. ¿De verdad no sabes por qué te hemos traído, panchito?

Aldo tuvo una revelación. Miró hacia el pasado. Días fotocopiados, días drogado en el piso franco, días buscando venganza por Galya. Él no había visto nunca a ese gitano, pero ellos lo conocían. Recordó apuñalar un bazo. Recordó disparar a Juan en la chabola. Mierda: iba a morir.

—¿Por la Paca?

—Mira qué listo, la criatura. La Paca ya se ha ido a criar gusanos, y el Juan te quiere matar. Pero mi primo y yo no somos unos santos. Esto es por pasta, colega, no por buena voluntad.

—Hacer el bien no sirve de nada si no hay recompensa.

—Papeles. —Frotó el índice y el pulgar—. Papeles, panchito.

Aldo tuvo una visión. Miró hacia el pasado. Su cabeza tenía un precio. Dmitri

se lo puso. Ya le quisieron atacar en el poblado chabolista. Ahora iba con las muñecas desgarradas por un cable y la cabeza abierta. Ahí lo tienes: le reventaste las piernas al pendejo. Joder, claro que sí: iba a morir.

—Casi no se te reconoce, payoponi. Te has afeitado y rapado el pelo. Menos mal que te vi huir de la Cañada Real y pude verte de cerca. De todas formas, esas gafas de sol te delatan, compadre. Nadie sale de noche con lentes oscuras.

Aldo sumó dos y dos: lo iban a entregar a Dmitri. Nunca había dejado de buscarlo. Y él se había expuesto demasiado. Eres un pinche pendejo, Aldo. Tendrías que haber esparcido los sesos de Dmitri por el Arca. Te compadeciste de un tipo sin compasión y ahora te van a clavar en una cruz ortodoxa.

—Hay un ruso que te quiere para él solo —continuó el del destornillador—. Paga bien por tu cabeza.

Aldo sintió ira. Se agitó, pero el cinturón lo amarraba al asiento. Recibió una hostia en la boca. Escupió más plasma. Las últimas palabras resonaron en su cerebro: Dmitri paga por su cabeza.

Su puta cabeza.

A Galya le arrancaron la cabeza. Él decapitó a Miguel. Dmitri quería matarlo.

Aldo se deslizó hacia abajo hasta casi acostarse. Sus rodillas tocaron el asiento de delante. El gitano le golpeó de nuevo en la cara.

—Vamos, panchito. No te duermas.

—No lo hago —contestó Aldo.

Las alimañas atrapadas escapan hacia delante. Desgarran, matan y no consideran que puedan morir. Aldo, en caso de morir, sería peleando.

Lanzó una patada hacia delante que impactó en la cabeza del conductor. El coche se tambaleó. El otro le puso el destornillador debajo del cuello. Gritó algo que Aldo no entendió. Le mordió la mano. Apretó la mandíbula. Se escucharon más gritos. Pataleó una vez más. Y otra. Y otra. El coche dio bandazos. Recibió un puñetazo en la cara. Y otro. Y otro. Aldo se deslizó aún más hacia abajo. Gritos, gritos, gritos. Lanzó otra patada. Impactó en la sien del conductor. El

coche dio un último bandazo, chocó contra el guardarraíl y dio varias vueltas de campana.

Amasijo de hierros. Polvo del airbag. Cristales rotos. La radio estaba puesta. Aldo revivió una vez más. Le pitaban los oídos. Seguía enganchado al cinturón de seguridad. El mundo estaba de lado. Había perdido las gafas.

Le dolía todo. Apenas podía girar el cuello. La pechera llena de sangre. Ignoraba si era del accidente o de la paliza. Agitó los pies, luego las manos. Podía moverse.

Tenía algo en la boca. Escupió. Era un trozo de carne. Recordaba haber mordido al güey del destornillador. ¿Dónde se había metido?

El pitido de los oídos era continuo. Miró al conductor. Tenía la cabeza hundida contra el volante. Aldo tardó casi tres minutos en desatarse las manos. Luego se desenganchó del cinturón. Cayó hacia el lado izquierdo. Sus huesos crujieron. Se puso en pie y cayó de nuevo. Consiguió incorporarse apoyándose en los laterales. Levantó la cabeza del conductor. Tenía toda la frente hundida. Sangraba por orejas, nariz y ojos. El pitido cesó.

Le dolía al respirar. Se palpó el pecho. Se movían dos costillas. Parecían teclas de piano. Cruzó a la parte delantera. No había rastro del otro tipo. Apagó las luces y el motor. Atravesó el parabrisas reventado y salió al exterior.

El Dacia estaba al fondo de un terraplén. Se había llevado por delante el quitamiedos. Era una zona arbolada.

Aldo escuchó un lamento cercano.

—Primo... —decía—. Primo...

Volvió el cuello con dolor. Vio al otro gitano con las piernas atrapadas debajo del coche. Tenía la cara hinchada. Aún vivía.

—Avisa... Llama a una ambulancia...

Aldo apoyó la espalda en el coche y se sentó a su lado. Un hueso afilado le sobresalía del brazo al gitano. Sus heridas eran graves, pero viviría.

Y eso era algo que no le interesaba a Aldo.

Le sujetó la boca para que no pudiera abrirla. Con la otra mano le taponó la nariz. El desgraciado tardó en saber qué le ocurría. Luego cabeceó y trató de quitárselo de encima. Empujó a Aldo con el brazo que tenía ileso. Apenas le quedaban fuerzas. Aldo tampoco estaba en su mejor momento. Trató de estrangularlo, con el mismo resultado. Desistió.

—Socorro —gruñía el primo—. Auxilio.

Aldo regresó al coche. Agarró el cable con el que le habían atado las manos y se lo pasó por el cuello. El tipo trató de resistirse. Aldo se tumbó, apoyó los pies en los hombros del gitano y dejó caer el peso de su cuerpo. El cable se tensó. El cuello del tipo cedió. Sus chillidos pasaron a ser jadeos entrecortados. Luego se agitó y dejó de hacer ruido. Un rato después dejó de moverse.

Aldo permaneció unos minutos en esa posición. Estaba boca arriba. Veía millones de estrellas en el firmamento. La noche está preciosa, güey.

Expedientes de Maribel Botella. Rebuscó entre los nombres: sin familiares en Madrid. Escarbó un poco más: un compañero de trabajo seguía por la zona. Era su única pista fiable.

Siguió su rastro hasta una nave en Loeches, cerca de Arganda del Rey. Pueblo pequeño, calles limpias, casitas encaladas. Faura temía enfermar por respirar aire sano.

El interior estaba lleno de automóviles. Faura supuso que se trataba del almacén donde la Policía Local requisaba los vehículos infractores. Paseó entre coches viejos y chatarras varias hasta llegar a la oficina. Preguntó por Ricardo Pastor. No tardó en aparecer. Sesentón, mono grasiento de mecánico, peluquín de saldo, palillo entre los dientes. A Faura le causó una buena impresión.

—Claro que me acuerdo de Maribel. Me dio mucha pena, ¿sabe usted? Hacía crujir los nudillos que daba gusto oírlos.

Faura tomó nota en su cuaderno. Se preguntaba por qué estaba allí. Le había prometido a Eli que dejaría esa vida. Se resignó: en unas horas volvería a casa con la sensación de que al menos había intentado esclarecer el caso. Autoengaño de conciencia tranquila. Aunque, en el fondo, se sentía en su salsa.

—¿Recuerda algo relevante de su desaparición?

—Al día siguiente no fue a trabajar. Entonces estaba yo en un videoclub. Qué pena que ya no existan, ¿no le parece? No es que fuera un gran trabajo, pero al menos era tranquilo. Luego me saqué la plaza de gruista aquí, en Loeches.

—Sí, pero sobre la desaparición...

—Dijeron que se había largado a su pueblo porque se había quedado preñada de Julio Iglesias. En aquellos tiempos le dieron mucha importancia al asunto.

—¿Nada más?

—Contrataron a otra muchacha, una tal Angustias, pero no valía ni para tomar por culo, ¿sabe usted? Para trabajar hay que valer, y ella era estudiante.

Orgullo de currela: hombres así eran capaces de mantener un país cobrando un sueldo de mierda y dejándose la piel por el patrón. Faura quiso abrazarlo.

—Respecto a la desaparición...

—Eso fue al tiempo, que vinieron un par de policías a preguntar. Nos dijeron que su familia no sabía nada de ella. Ese día nos llegó la última cinta de Chuck Norris. ¿Sabe de cuál le hablo?

—¿Maribel nunca le habló de nadie? ¿Le dijo si tenía miedo, si alguien la seguía?

Las puertas de la nave se abrieron y entraron un montón de personas. Ricardo se limpió la cara con un pañuelo igual de sucio que su mono.

—Tendremos que dejarlo ahora, amigo. La subasta va a empezar.

—¿Subasta? —Faura miró los vehículos aparcados a su alrededor—. Creía que esto era un depósito municipal.

—Sí, pero ya sabe cómo va esto. Algunos dejan los coches abandonados en la calle y nunca vienen a recogerlos. Otras veces la culpa es nuestra, que no sabemos dónde mandar la notificación al interesado. Así que cuando pasa el tiempo y nadie reclama un vehículo, lo subastan.

Algo saltó en la cabeza de Faura. Sus engranajes comenzaron a chirriar. Una idea fue tomando forma.

—¿Cómo que los subastan? Creía que los tenían que dar de baja.

—Antes sí. Los mandábamos a la chatarrería y allí los prensaban en bloques. Pero con esto de la crisis, el señor alcalde firmó un acta para que se pusieran a la venta y así sacar algunos cuartos. Aunque, si le digo la verdad, el tema es que nos quedamos sin espacio en la nave, más que nada porque no hay dinero para pagar al desguace. Así los guardamos. Tenemos una furgoneta que lleva aparcada casi seis años.

Faura contempló el horizonte. Allí cabían cerca de trescientos vehículos de

todo tipo. Varias piezas encajaron dentro de su cráneo. Floro le pasaba cada mes un listado con coches similares al que atropelló a Susana. La información venía de Tráfico. Faura discriminaba entre altas, bajas y cambios de titular. Pero aquello era distinto. Era un limbo. Un coche podía entrar por la puerta y quedar olvidado en un rincón.

—¿Llevan algún registro de esto?

—Yo mismo hago unas fichas a mano.

—¿Sabe si hay más depósitos que hagan subastas similares?

Ricardo se sacó el palillo de la boca. Arrugó el ceño como si mirara al sol.

—Ya le digo que es la práctica más habitual.

Trabajo febril. Retomar el tiempo perdido. Seguir una pista realista sobre el caso de su esposa.

Había indagado en el cielo y el infierno, pero no en el purgatorio. Durante la primera semana tras el accidente llamó a todos los desguaces y depósitos municipales sin obtener ningún resultado. Luego se centró en sus listados. Fue ingenuo al pensar que, si el coche no aparecía al poco tiempo, era porque alguien lo tenía escondido.

Su tesis había variado. ¿Y si habían ocultado el vehículo varios meses? ¿Y si, pasado el tiempo, lo hubieran abandonado? ¿Y si acabó en una nave como la de Ricardo?

Coches fantasma. Se dedicó a perseguirlos.

Llamó a todos los ayuntamientos de los alrededores. Se hizo pasar por una compañía de seguros. Muchos depósitos llevaban el registro a mano. Dio los parámetros: coche verde o azul, Opel Agila o Suzuki Splash, posibles marcas de accidente en el morro.

Treinta y ocho negativas. La llamada número 39 fue distinta: había un posible candidato en las dependencias de Quijona, apenas a unos kilómetros de su casa.

Supo que era el vehículo en cuanto lo vio.

Pasó su mano por encima y acarició la carrocería. Fíjate en el frontal abollado. Observa que carece de luna delantera. Ahí se golpeó Susana la cabeza, justo ahí. ¿Lo ves? Faura estaba al borde de las lágrimas.

—Lo encontró la Guardia Civil en un cañaveral —dijo la administrativa que le acompañó al depósito—. Creemos que llevaba abandonado varios meses, porque bueno... está en un estado lamentable. Tratamos de encontrar al dueño, pero al ser un vehículo extranjero no tuvimos suerte.

Opel Agila. Color azul verdoso. Matrícula portuguesa. Siniestrado. No podía ser otro.

—Somos un ayuntamiento pequeño —continuó la chica—, y de esto se ocupa solo una persona, que además tiene otros quehaceres. Mandamos varias cartas a Tráfico, pero no contestaron. Así que aquí está, a la espera de que haya fondos para desguazarlo.

Lo tenía. Por fin. Delante de sus narices. Solo había tenido que levantar el teléfono y preguntar. Era de locos.

—Encontramos la documentación del vehículo en la guantera. ¿La quiere?

Le pasó una carpeta a Faura. Dentro: seguro del vehículo, permiso de circulación, garantía de compra. Todo al mismo nombre: João Mário Souza Aveiro, de Penacova, Portugal.

—Aquí viene el titular. ¿Por qué no lo investigaron?

La chica se encogió de hombros.

—Somos un ayuntamiento pequeño. Apenas damos abasto.

Faura tuvo un impulso asesino contra los funcionarios y su desidia.

Se movió rápido. Pidió favores, tiró de hilos, sobornó a mucha gente. Les pasó los datos. Una concordancia: João Souza, veinticuatro años. Obtuvo la ficha de detención. Faura se obsesionó con la foto.

Ahí: mirando al frente, de perfil, de lado. Ojos cristalinos que le retaban.

Vamos, viejo: ven por mí. Atropellé a tu zorra. No te tengo miedo.

Memorizó su rostro. Quería reconocerlo aunque se hubiera cambiado de sexo.

Comprobó los antecedentes, las medidas, los datos personales. Detenido cuatro veces por violencia de género. Tuvo una novia en Alcorcón a la que trataba a hostias con regularidad. Ella quitó la denuncia y nunca llegó a juicio. Buscó el domicilio de la chica: se había trasladado a vivir a Lanzarote con otra pareja distinta.

Mató a Susana con un coche portugués. Visitaba a una novieta en Alcorcón, puede que al lado de su propia casa. No se sabía nada más de él. Ni facturas a su nombre, ni propiedades, ni nuevas detenciones.

Faura tuvo un flash: o estás muerto o has vuelto a tu madriguera.

Revisó expedientes, formularios, informes: nada. El cabrón de João solo daba como dirección la Pensión Guadix, en Majadahonda. Faura hizo una búsqueda rápida y descubrió que llevaba cerrada desde el 2011. Continuó desgranando datos, dossiers, fichas: nada. Hizo que Floro llamara a Portugal. La Polícia de Segurança Pública también le había perdido el rastro. João Mário Souza Aveiro era un fantasma.

Solo tenía una pista, una palabra medio borrada entre papeles acartonados y sucios.

Penacova.

Madrid 2020 se celebraría en Tokio.

Harrelson Levy bufaba como un toro. La sala de reuniones del hotel estaba hasta arriba de asesores, delegados, políticos, sindicalistas y abogados. Ruano también andaba por allí. No se atrevía a levantar la mirada. CJ lo observaba todo con sorna.

—¡Hijos de puta!

—Padre, por favor.

Larry trataba de calmarlo. El Mormón estaba desatado. Nadie podría pararlo. Era un tren de mercancías descarrilando. Para CJ, un viejo con demasiado poder atragantado.

—¿Cómo una ciudad puede quedar por detrás de Estambul?

—Padre, te advertí que...

—Unté a cada uno de esos cabrones. Joder, te ocupaste tú mismo en persona, Larry. Agarraron mi dinero y luego me traicionaron.

—Hay que ver el resto de los factores. La candidatura española daba asco. Te advertí sobre el dopaje, y la primera pregunta en la rueda de prensa fue sobre eso. Además, al COI le gusta que inviertan, pero Madrid no paraba de decir que era austera para justificar el dispendio de dinero público en algo superfluo para el interés general.

CJ había leído algo sobre el tema. Aquella era la tercera vez que se presentaba Madrid para sede olímpica. Solo la candidatura costaba 40 millones. Casi duplicaba el presupuesto inicial. La pasta se iba en sueldos, consultores externos, elaboración de informes, traducciones, promoción, publicidad, página web, vídeos, dietas y desplazamientos. Todo ello era una minucia respecto a las

inversiones en infraestructuras olímpicas: 9.800 millones quemados para nada. CJ alucinaba con la contabilidad creativa del ayuntamiento. La Caja Mágica tuvo un presupuesto inicial de 120 millones, pero superó los 290. Infrutilizada, solo albergó tres competiciones de tenis y una macrofiesta en un año. Y aún quedaba un buen puñado de obras a medio construir cuyo futuro era incierto.

—¿Desde cuándo gobierna alguien en este país por el interés general? Todo se hace por el bien propio y de su bolsillo. —Harrelson Levy extrajo un montón de carpetas del cajón y se las lanzó a sus abogados—. ¡Aquí está todo! Pagos en negro, sobresueldos, financiación ilegal, jueces elegidos por el propio imputado, indultos escandalosos, la hija de puta de la canciller metiendo las narices donde no debe. ¿Sabéis que la CIA le ha pinchado el teléfono? Tratan de demostrar si es un travesti.

Harrelson Levy continuó con su rabieta. Gritaba y pateaba al azar. Larry disculpó a su padre y pidió a los presentes que los excusaran. Todos se marcharon cabizbajos. Solo quedaron Harrelson, Larry, Cristina y CJ.

—Padre, tómate tu calmante —insistió Larry—. No es bueno que leas esas cosas. Te vuelve conspiranoico.

—¿Conspiranoico? Joder, Larry. ¿Tú has visto lo que yo? ¿Qué era eso del *relaxing cup*? ¡Hostias! Si esa tía no era un topo que quería hundir el sueño olímpico, tú me dirás.

—Era la alcaldesa de Madrid, padre. La conoces. Te has reunido con ella varias veces.

—¿Me estás diciendo que hay gente lo bastante imbécil como para votar a esa individuo?

—En realidad, creo que la pusieron a dedo, sin pasar por las urnas ni nada. Es la esposa de...

—Me importa una mierda a quién se la chupó para estar ahí —le interrumpió Harrelson—. Solo sé que nos ha jodido. Su inglés era malo, pero el contenido de su discurso era de retrasada mental.

Harrelson Levy se derrumbó en su butaca. Cristina le sirvió un whisky con

hielo del minibar. Le dejó al lado sus pastillas.

—Nadie en su sano juicio habría apostado por la candidatura de Madrid, padre.

—Ha ganado Tokio... Joder, si tienen la central de Fukushima perdiendo plutonio por todas partes.

Harrelson Levy tenía un vídeo congelado en la pantalla del ordenador. Le dio al «Play». Era de la candidatura de Madrid 2020. Aparecían bailaoras flamencas, una plaza de toros, un tipo tocando el cajón de percusión, palmeros, un imbécil abrazando a un árbol, un montón de gente sonriendo a un árabe.

—¿Qué ha podido fallar?

Larry puso otro vídeo de YouTube: radicales rodeando el Congreso, antidisturbios abriendo cabezas de viajeros en Atocha, enmascarados levantando adoquines de las aceras, policías reventando cámaras de periodistas, uniformados sin número identificativo multando a manifestantes pacíficos.

—Aquí tienes tu respuesta, padre. Y no ha dimitido nadie por todo esto. Ni lo harán. Mira el cuadro completo. Su ayuntamiento tiene una deuda de casi siete mil quinientos millones de euros. Dios, si pretendían gastar trescientos millones en un estadio ya construido. ¿Acaso crees que el COI no iba a tenerlo en cuenta? España ha dado una imagen de país desligado de la realidad. Era una batalla perdida antes de empezar.

Un silencio espesó el ambiente. Cristina miró a CJ: tenemos que hablar.

—Todo son problemas —prosiguió el Mormón—. Primero, los de la aldea esa que se quiere separar de Europa.

—Es Cataluña, padre. Y tienen identidad histórica propia.

—Me importa una mierda. Ahora encima quieren crear un macrocomplejo de casinos clónico. Solo porque no quise instalarme allí. ¿Sabías que el *Molt Honorable* me pedía un millón de euros por facilitarme la entrada?

—Vamos, padre...

—Y luego está ese tema de las cabezas cortadas. Cada vez nos da peor prensa. Ahora se rumorea que habrá una huelga de basureros. Me han llamado

inversores de París, Berlín, Roma y Moscú preguntando qué ocurre. Los del Club Bilderberg me retirarán la palabra. Como esto siga así...

—¿Padre?

—Debo meditar los siguientes pasos a dar. Me reuniré con mis consejeros y pensaremos qué hacer. Cada día en esta ciudad me cuesta noventa mil dólares.

—¿Estás sugiriendo...?

—Quizá Eurovegas sea un proyecto que no deba realizarse.

Dejaron al Mormón solo en la sala de juntas. CJ sospechaba que la botella de Macallan se vaciaría hasta la mitad antes de que el viejo perdiera el conocimiento.

—Ven a mi despacho, CJ —dijo Larry—. Usted también, miss Olsen.

CJ gruñó. ¿Qué me pedirá ahora? Estaba harto de acompañarlo a orgías de empresarios con *escorts*, de partidos de fútbol en palco privado, de arrastrarlo borracho y subirle los pantalones. No soy tu puto esclavo. Llama a Cliff y a sus mamones de Blackriver. *I'm fed up.*

Despacho de Larry: limpio y ordenado. Nunca lo utilizaba. Era más de reuniones clandestinas en restaurantes de lujo. Larry se sentó en su butaca. Cristina tomó asiento frente a él. Tenía la mirada clavada en la alfombra, le temblaban las rodillas. Sabía qué tema iban a tratar. CJ permaneció en pie.

—¿Qué haces en tu tiempo libre, CJ? —dijo Larry.

No le gustaban las preguntas personales. No quería intimar con ese degenerado. ¿A qué coño venía aquello? Jódete, Larry.

—Deporte.

—¿Qué clase de deporte?

—Ya lo sabes.

—Quiero que me lo digas tú.

—Salgo a correr, practico lucha.

Larry rebuscaba en su cajón. Desde su posición, CJ podía ver que solo había

una carpeta. El paripé de Larry le irritó aún más.

—¿Algo más?

—Nada interesante.

—Ya veo.

Larry sacó el archivo. Cristina miró al suelo de nuevo. CJ nunca la había visto tan asustada.

—¿Ocurre algo?

—Oh, nada, CJ. Pero yo hago las preguntas, si no te importa.

—Entonces, dispara.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Tienes que salir a buscar a algún amiguito?

Larry le puso delante los papeles de la carpeta. Eran referentes a Miguel Herrera Saucedo. El membrete de la CIA destacaba en la parte superior.

Eran los informes que le había pedido a Cristina. Los que el viejo le sugirió que buscase. Los que iban a tardar un tiempo en llegar. Y ahora los tenía Larry.

Fuck in hell...

—Dame una razón para que no os despida.

Cristina tembló. CJ sintió ira.

—¿Quién es ese tal Miguel? —preguntó Larry.

—Ya lo sabes —dijo CJ.

—No, no tengo ni idea. ¿Quién es?

Wait a moment...

CJ pensó a todo trapo. Por su mente pasaron decenas de hipótesis. Aldo decapitó a Miguel. Seguía las noticias en la radio. Los locutores hablaban de Julio Serrano Ortega. Miguel era Julio. Lo descubrió Faura. Los medios no mencionaron a Miguel.

Holy shit: Larry no tiene ni puta idea.

—Quise hacerle un favor a una amiga —mintió.

Larry lo miró asombrado. Cristina lo miró asombrada.

—Entenderás que quiero la versión larga, ¿verdad? —dijo Larry.

CJ improvisó:

—Se llama María. Está asustada porque no sabe nada de su hermano en México. Me pidió si podía echarle una mano, nada más. Fue una temeridad pedirle a tu *personal assistant* que me hiciera el favor.

Cristina volvió la cabeza. Su mirada mostraba dolor. Larry también se dio cuenta. Parecía que aquello le divertía. CJ apretó los dientes. Luego te lo explicaré todo, cariño. No he estado con otra. No te he utilizado. Faura es María.

—Un favor —repitió Larry.

—Un favor —repitió CJ.

La mirada de Larry estaba más allá de esa habitación. CJ lo estudió. Parecía medir mucho las palabras que iba a pronunciar. Su juicio estaba próximo.

—¿Sabes que ese favor le ha costado a la compañía casi treinta mil dólares?

—Los devolveré, señor Levy.

—Joder, ya lo creo. —Agitó el informe ante su cara—. Esto te lo descontaré de tu sueldo, ¿me oyes?

—Sí, señor Levy.

—Hasta nueva orden, estás suspendido. No quiero verte por aquí en una temporada. ¿Lo entiendes, CJ? Ya decidiré qué hacer contigo. Largo de mi vista.

Larry rompió el dossier y lo arrojó a una papelera con desprecio. CJ se retiró de la habitación. Aquella noticia era casi la mejor que podían haberle dado. *Dawn*: no he podido tener más suerte. Al salir, escuchó:

—Y usted, miss Olsen, tiene suerte de que mi padre la tenga en tan alta estima. De lo contrario...

CJ pensó que estaba obligado a invitarla a una cena muy muy romántica.

Aldo caminaba con una muleta. Se la había robado a una vieja en el autobús que lo llevó de nuevo a Madrid. La anciana hasta le plantó cara. De eso hacía casi dos días.

Tuvo que andar casi siete kilómetros hasta alejarse del accidente. A oscuras, temblando, herido y con un dolor de rodilla que se iba agudizando. Allí encontró un pueblo de montaña. Tenía servicio de urgencias nocturno. El gobierno central amenazaba con quitárselo. Le contaron que los políticos alegaban falta de uso. Lo llamaban «recortes». Aquí solo viven viejos. Ya eliminaron la ambulancia. Si ahora nos cierran, mucha gente morirá. Tendremos que usar vehículos particulares para trasladar enfermos. Somos un núcleo de población aislado. Tardamos casi cincuenta minutos en llegar a un hospital.

Aceptaron tratar a Aldo encantados. Una estadística que añadir a las cifras de actividad nocturna del centro. Le preguntaron quién era. Había perdido su DNI en el accidente. Ya no podría usarlo más. Se lo recitó de memoria. Le preguntaron qué le había pasado. Dijo que se cayó por las escaleras. Los médicos le señalaron las marcas del cinturón de seguridad en su pecho. Contestó que eso fue antes de lo de las escaleras.

Le trataron sin hacer preguntas. El premio: fractura costal en cuarta y quinta costillas izquierdas, equimosis lineal en tórax sugerente de retención por cinturón de seguridad, gonalgia derecha postraumática, policontusiones, latigazo cervical. Traducción: dos costillas jodidas, moratones por el puto cinto, la rodilla hecha mierda, hostias por todas partes, dolor de cuello. Tratamiento: antiinflamatorios, analgésicos y reposo.

Aldo escuchó una conversación cuando se marcharon. Hablaban de enviar el

parte de lesiones al juzgado. No le gustó. Husmeó en los vestuarios de los médicos y robó una camisa sin sangre. Se marchó de allí cuando amanecía. En la fachada del edificio, una pancarta rezaba: SIN COCHE, NO ENFERMES DE NOCHE.

Dos días habían pasado desde aquello. No escuchó nada en la radio de la furgoneta. Las llaves también habían desaparecido desde el siniestro. Tuvo que romper una ventanilla y forzar un puente. La movió de allí. No sabía si los gitanos habían avisado a Dmitri de su posición. Ya no iba a arriesgarse más. No supo cuánto le dolía la rodilla hasta que tuvo que pisar el acelerador.

A Aldo le jodía haber perdido el DNI. Le gustaba ser Antonio Reina. Se puso a vagar cerca de un apeadero de Renfe. Poca gente usaba aquellos aseos insalubres. Vio a un panoli con barba y pelo rizado. Aldo pensó que podría pasar por él ahora que iba afeitado y rapado. Esperó a que entrase en el aseo y lo emboscó. Le abrió la cabeza con la muleta. El tipo casi se mea encima. Sujetaba una carpeta enorme. Aldo le exigió la cartera. Se la dio entre temblores. Luego lo encerró en un cagadero y se marchó cuando llegó el cercanías.

Miró su nueva identidad. Ahora te llamas Daniel González. Apenas llevaba dinero. Encontró tarjetas de visita. «Dani Gove, dibujante.» Eso explicaba la falta de efectivo.

Decidió solucionarlo. Fue a un concesionario Suzuki. Dijo que había estrellado su vieja burra y necesitaba una nueva. Consiguió financiación para una Hayabusa de segunda mano: 10.000 euros de moto con solo enseñar el DNI. Incluso le regalaron el casco.

Esta vez no la vendió. Condujo hasta el centro cuando cayó el sol. Aparcó ante la tienda de kebabs de Habib. Estaba vacía. Nadie soportaba el calor de esos sitios. Hacían algunos pedidos a domicilio y poco más.

Habib no reconoció a Aldo.

—¿Qué le pongo? —preguntó.

—Nomás una bomba para matar a infieles.

Aldo ignoraba por qué había disfrutado partiéndole la cara a Habib. Había tenido que atar al cabrón a una silla: le fracturó los dedos uno a uno, le arrancó uñas, le sacó tiras de piel, echó sal en las heridas y apagó brasas en sus ojos. Dejó la trastienda del kebab sucia de sangre. El cabrón no abrió la boca más que para gritar. Aldo se lo había pasado en grande, pero ya no le quedaban más ideas.

—Habib, soy uno de los vuestros. Quiero inmolarme por la causa. Llevarme a un puñado de infieles conmigo.

—Tú eres infiel —escupió.

—Pensad en mí como un mártir sagrado.

—Yo no tengo bombas. Solo hago comida.

Aldo era feliz dándole de hostias. Habib, no tanto recibíendolas. Aldo pensó en las noticias que sabía sobre los terroristas. Los torturaban y confesaban. Eso es todo lo que sabía. Pero Habib permanecía callado. Lo negaba todo. Quizá le llevara un tiempo.

—Una bomba, Habib. Una grande.

Habib susurró algo en árabe.

—Mataré a los infieles. Haré volar muchos edificios.

Habib continuó rezando.

—Esto es la yihad. Mucha gente morirá mañana.

Habib detuvo su murmullo al oír la persiana abrirse. Aldo se puso en guardia. Él mismo había cerrado el negocio. La llave del cerrojo le pesaba en el bolsillo. Se encendieron las luces. Unos pasos reverberaron por el linóleo. Aldo apretó los dientes. Se escondió tras la puerta. Habib gritó algo. Un chaval de unos doce años entró en la trastienda. Aldo lo recibió con un puñetazo en el estómago. El crío se quedó sin aire. Habib lloró.

—¿Quién eres?

—¡Suelta a mi hijo!

—Papá...

—¿Tienes familia?

—¡Digo que lo sueltes!

—Papá... ¿Qué te ha hecho?

—¡Vete de aquí, Samir!

—La bomba. ¿Dónde está la bomba?

—Oh, papá...

Habib soltó un discurso en árabe. Aldo lo cortó de un puñetazo. Ató al chaval a una estantería. Acaban de subir las apuestas, güeyes.

—Dámela, Habib. Prometo usarla solo para matar infieles.

—¡Papá!

—O si no, ya sabes lo que le haré a tu hijo.

Habib lanzó una dura mirada a Aldo. Le había reventado durante horas y aun así tenía ganas de pelea. Era un pendejo muy duro.

—No quiero haceros daño, Habib. Pero me obligas.

Aldo se acercó a Samir. Llevaba una camiseta de las Tortugas Ninja. El chico no era tan duro como su padre.

—¡No me hagas nada! —chilló—. ¡Te daré todo lo que quieras!

—¡Samir, no!

Aldo se lo estaba pasando genial.

Samir lo llevó a un almacén en Perales de Tajuña. El crío le contó que nadie en su casa entendía por qué su padre colaboraba con Al Qaeda. Ellos solo querían vivir tranquilos. Su madre ni siquiera llevaba velo. El problema era su tío Muhtadi. Él le había comido el tarro a Habib. Preparaban un atentado para la marcha a favor del aborto libre. A Muhtadi le gustaba el ministro de Justicia y su política restrictiva con las mujeres. Lo estaban tanteando para ingresarlo en las filas. Aunque cristiano, era más talibán que nadie.

Dentro del almacén: material de laboratorio, teléfonos móviles de tarjeta, una caja de herramientas, un saco de dormir, una garrafa de agua mineral junto a una

palangana, una alfombra para rezos enrollada en un rincón, un coche teledirigido, tres pistolas, una mochila de Peppa Pig.

—¿Es eso? —señaló.

—Pensaron que sería un mensaje claro para los comecerdos.

Aldo se descojonó de la risa.

Faura había prometido a Eli que dejaría todo aquello. Tendrá que esperar unos días, cariño. Aún tengo un asunto que terminar.

Penacova. Distrito de Coímbra. Carretera de montaña bordeando el río Mondego. El GPS lo llevó por la ruta turística. No sabía cambiar esa opción.

La ciudad era diminuta. Mira las calles adoquinadas. Por ahí no cabe mi Fiat Marea. Atento a las casonas antediluvianas. Deben de ser más viejas que tú, Faura. Ojo con dónde aparcas: no quieres que te llegue una multa a casa.

Porque nadie sabe dónde estás. Y eso es bueno para tu venganza.

Dio una segunda vuelta de reconocimiento. Salió a una plaza y estacionó. Enseguida se dio cuenta de que su falso atuendo de turista iba a llamar la atención. Aquel poblacho no aparecía en las guías. Decidió seguir con el engaño. Llevaba la cámara colgada del cuello y un gorro de pescador.

Vamos, viejo, es la hora.

Fotografió la iglesia. Hizo una panorámica de las vistas. Inmortalizó la fachada del ayuntamiento. Un curioso se paró a mirar.

—*Boa câmera.* —El tipo señaló la Réflex.

—*Obrigado* —contestó Faura—. ¿Es vecino del pueblo?

—*Sim.*

—¿No conocerá por casualidad a João Mário Souza Aveiro?

El tipo se quedó perplejo. A Faura le parecía un obrero en paro, o quizá un agricultor sin tierra.

—*João não mora mais aqui.*

Primer contratiempo. Nadie dijo que fuera fácil, viejo. Prueba con el plan B.

—¿Y su madre? Traigo una carta para João. —Extrajo un sobre de la funda de

la cámara—. Es de mi hija, ¿sabe? Tuvieron una relación y le ha escrito unas notas. Me gustaría dárselas.

El vecino de Penacova se rascó los huevos. Faura pensó que no había colado. Quizá es que no me ha entendido. Era raro ver a un turista preguntando por el delincuente más conocido del pueblo.

—*Vem comigo* —contestó.

Faura lo siguió. Pasaron por un bar, hicieron un par de recados en el colmado y llegaron a un amasijo de calles empinadas y torcidas. El hombre señaló una vivienda del fondo.

—*Os quatro* —dijo—. *Chama-se Teresinha*.

Hacía esquina con una calle que bajaba. Faura no sabía si era una casa cuadrada o triangular. La pintura de la pared se desconchaba y los marcos de las ventanas se pudrían. Faura pensó que estaba abandonada.

Ascendió la cuesta con tranquilidad. Durante el trayecto en coche había tenido tiempo de pensar. Su mente bullía de actividad, pero no sacaba nada en claro. João, Susana: la venganza como plato principal. Los engranajes de su cerebro a toda máquina. Nunca has matado a nadie, viejo. Vas a cruzar la línea en la tercera edad. ¿Cómo lo vas a hacer? En su bolsillo llevaba el mechero-navaja. Me lo regaló mi esposa. El universo le mandaba señales. Causa-efecto.

Pero primero quería mirarlo a los ojos. Necesitaba saber. Estar seguro de que João había atropellado a Susana. Ver hasta qué punto tenía delante a un monstruo.

Llamó dos veces. Oyó ruidos del interior. Una anciana le abrió la puerta. Estaba chepada. Una mirada cansada aparecía escondida bajo unas cejas espesas. Se preguntó si sería la madre o la abuela de João.

—Hola, señora. ¿Teresinha? —Ella asintió con la cabeza—. Quería hablarle de João. Es su hijo, ¿verdad?

Faura: maneras de galán de telenovela barata, sonrisa postiza, cruz gamada en el corazón. La anciana le mantuvo la mirada. Dos ojillos de hurón disecado. Ahí, al fondo de sus pupilas, está la oscuridad.

—*Espanhol?* —preguntó.

—Así es.

—Trabajé durante años en Badajoz. *O que você sabe sobre João?*

—Necesito entregarle esta carta. —Mostró el sobre de nuevo—. Es de mi hija. Tuvieron una relación en Madrid. Me pidió que lo encontrara y se la diera.

La mujer suspiró. Entró en la casa y dejó la puerta abierta. Faura tardó casi medio minuto en comprender que era una invitación. Pasó al descansillo y cerró.

El interior era la definición de la pulcritud. Ni una mota de polvo en las superficies, suelo que olía a lejía, muebles con tapetes por encima. Avanzó por el pasillo abarrotado de fotos. Vio a João de pequeño, de adolescente, de adulto. Conservaba la misma mirada. Faura se preguntó si la maldad se lleva desde el nacimiento. Has sido policía durante años y sabes que sí. Ahora no te ablandes: si tienes que matarlo delante de su madre, así será.

Teresinha lo esperaba en la sala de estar. En la televisión echaban un programa de sobremesa. Faura vio más muebles cargados de fotos: João en la escuela, João en la comunión, João en su décimo primer cumpleaños. La anciana se sentó en una mecedora de madera. Crujió bajo su peso. Faura hizo lo propio en el sofá. Tenía una cubierta de ganchillo en la parte superior.

—¿Su *filha* está bien? —preguntó Teresinha.

Por un instante, Faura se encontró en fuera de juego. Entonces recordó su coartada: la carta.

—Sí, no se preocupe. Era solo que sabía que vendría de vacaciones a Portugal y me pidió que entregara la carta en mano. Nada más.

—Tengo nietos, ¿sabe? Pero no conozco a ninguno. João vivió con muchas *mulheres*, pero aunque no amó a ninguna, sí les regaló una parte de él mismo. Esos *meninos e meninas* están por ahí fuera. Solo espero que crezcan y pregunten por su abuela alguna vez. Quizá para entonces ya sea demasiado tarde y esté *morta*.

—No diga eso, mujer.

—¿João dejó embarazada a su *filha*?

Faura se quedó perplejo. Teresinha se lo tomó como una afirmación.

—*Tem uma foto?*

—¿Cómo dice?

—De mis nietos. Y de los suyos. Una foto de los *filhos* de mi João.

Los ojillos de rata brillaron. Faura decidió que no quería ver llorar a esa mujer. No se le ocurrió ninguna mentira aceptable que decir. Si había entrado en aquella casa era porque Teresinha quería ver esas fotos. Extrajo la cartera y separó la foto de Raquel. Se la tendió. Faura tuvo mala suerte: el rostro de la anciana se llenó de lágrimas.

—Se llama Raquel —dijo.

Teresinha moqueó. Su respiración se transformó en un berrinche.

—Tiene seis años.

Teresinha se sonó la nariz con un pañuelo tamaño sábana. Comenzó a emitir un lamento lastimero. Faura decidió guardar silencio.

Tardó en calmarse ocho minutos de reloj. Faura los cronometró. Pensó que llevaba allí siglos. Por favor, cállate de una vez. Yo también soy un viejo sentimental, pero esto es demasiado. Dios, mataría por fumarme un Montecristo.

—Tiene su nariz —dijo ella—. Y sus *orelhas*.

—Sí, se parecen mucho —contestó para seguirle la corriente—. Oiga, respecto a la carta...

—¿Puedo llamarla?

Se te va de las manos, Faura. Se supone que debo dirigir el interrogatorio.

—Deme sus datos y la llamaré ella. Yo no tengo teléfono móvil y mi memoria no es lo que era para los números de teléfonos modernos. ¿Se acuerda de los prefijos? Entonces sí era sencillo llamar por teléfono.

—*Você está certo.*

—Oiga, siento meterle prisa, pero no tardaré en marcharme. Mi autobús sale en unos minutos.

—Oh, sí, mi pobre João.

—Exacto.

—*Mora em Coimbra. Há muito tempo que no voy a verlo, pero, si usted quiere, le daré la dirección.*

Faura rozaba la venganza con la punta de los dedos.

Club de veteranos. Los de Blackriver lo habían tomado. Practicaban puntería sin descanso en la zona de tiro. CJ aguardó en la barra. En la televisión, un tipo cabreado por la eliminación de Madrid 2020.

«Indignante —repetía sin parar—. Esto es indignante.»

—Indignante es que nos privaticen la sanidad y la educación, gilipollas — contestó Ray.

El dueño del club tenía la costumbre de discutir con el plasma. A veces mantenía conversaciones muy agitadas con tertulianos televisivos. Eso que dices es falso. A ver si te arreglas los piños, cabrón. Qué ganas tengo de meterte una hostia.

Las noticias continuaron. El periodista estaba ante una pantalla gigante en la Puerta del Sol. Alrededor, más gente decepcionada. A CJ le extrañó que los antidisturbios no arremetieran contra ellos. Tampoco vio cargas en la manifestación a favor de la Ley Antiaborto. *All animals are equal, but some animals are more equal than others.*

CJ miró a su alrededor. Hacía tiempo que no se cruzaba con el ex-SEAL o el ruso. Casi tanto como con Percy. *Fuck in hell*: lo encontró cuando no lo buscaba. Percy y su aparición espectral. Ahora no había ni rastro de él. La teoría de Faura: se esconde. La pregunta de CJ: ¿dónde? La incógnita: no dónde, sino cómo lo hace.

Percy de la Cruz: vagabundo, drogadicto, desquiciado. Veterano de guerra con secuelas y sin amigos. Dormía en un cajero del centro que nunca localizó. Percy: o estaba muerto o enterrado. Debía encontrar el modo de sacarlo de su madriguera.

Cliff Saunders entró en el local. Estudió a CJ. Se aguantaron la mirada. Ya era casi una costumbre. Cliff quería que CJ cambiara de bando. Todo para Blackriver, hazte de los nuestros, forma parte de nuestra banda, dame ese 5 % de tu sociedad con Robbie. Las prioridades de CJ: déjame en paz.

Los Blackriver montaron una timba. Cliff le hizo señas a CJ. Se aguantaron la mirada. *Ok, bastard: let's dance.* CJ se acercó a la mesa y tomó asiento.

—Me alegra que te reúnas con nosotros, CJ —dijo Cliff.

—España es un puto agujero de mierda —contestó CJ—, pero saben diferenciar la amistad de las relaciones laborales.

—Yo no juego al póquer con mi jefe, pero sí con mis amigos.

Los Blackriver sonrieron. CJ sonrió.

—Hoy no, *dude*: los Levy me han suspendido. Así que no somos ni compañeros ni amigos.

Cliff estudió a CJ. Se mantuvieron la mirada. Dentro de poco sería una tradición. Conversación telepática: no te caigo bien, CJ, pero antes o después te doblegarás. Siempre me salgo con la mía, quiero el pastel de Harrelson Levy solo para mi empresa, así que deja de ponerme trabas. La respuesta silenciosa de CJ: *fuck you.*

—¿Jugamos? —preguntó.

—*Hold'em.*

Era una variante del póquer. Cada apostante comenzaba con dos cartas boca abajo. En el centro, tres naipes descubiertos a los que se les sumaban otros dos en los siguientes turnos. Ganaba quien pudiera hacer la mejor jugada combinando mano y mesa. Iban a ciega grande y pequeña. Quemaban una cada turno. Seis participantes en modalidad *Short Handed*. ¿Difícil? Harrelson Levy montó su imperio sobre esta premisa.

—¿Dónde están tus medallas, héroe de guerra? —preguntó uno.

—Es un farsante —dijo otro—. Se dejó capturar por los cabeza turbante.

—El Tío Sam gastó más de un millón de dólares en su operación de rescate —continuó un tercero.

CJ permanecía en silencio.

—No os metáis con él. —Cliff repartió—. Es uno de los nuestros. ¿A que sí, muchacho?

CJ miró sus cartas y las dejó boca abajo. Subió antes de que salieran las tres del centro.

—No soy tu muchacho. No trabajo para ti. Abandoné mi carrera militar con honores. Y mis únicas medallas son estas.

Hizo tintinear las chapas de soldado que colgaban de su cuello. Los Blackriver resoplaron y miraron a Cliff. CJ tradujo: podéis presionarme todo lo que queráis, no os gusta que contradigan a vuestro jefe.

—El único motivo por el que no te han despedido todavía es que hablas español —dijo Cliff—. Lo sabes, ¿verdad? Y por eso mismo eres un valioso aliado.

CJ tradujo: hablas el idioma de esta basura europea, los Levy te dejan estar en sus reuniones. Sabes cosas y yo las quiero saber. El dinero es lo único que importa. Podemos vender esa información privilegiada a competidores interesados. Hazte socio de Blackriver y dejaremos de joderte. Tendrás carnet de socio y seguro dental.

Cliff tradujo la mirada de CJ: *Fuck you all the time.*

Nadie se retiró. Fase *Flop*. Cliff repartió las tres cartas boca arriba. Salió el 7 de diamantes, la reina de picas y el rey de tréboles. CJ volvió a subir. Le igualaron. Fase *Turn*. Cliff quemó carta y descubrió otra. Salió un 2 de corazones. CJ volvió a subir. Le igualaron a regañadientes. Fase *River*. Cliff quemó carta y descubrió otra. Salió el as de picas. CJ hizo *All in* y subió todo su dinero de una vez. Los demás se quejaron con vehemencia.

Cliff estudió a CJ. Se mantuvieron la mirada.

—Acepto el reto —dijo Cliff.

All in: en la mesa había 15.000 euros.

—Muestra tus cartas.

—Espera. —CJ sacó del bolsillo la medalla que le habían dado en la guerra y

la sumó al montón—. ¿Esto es lo que queríais?

CJ pudo oír el rechinar de dientes de los Blackriver.

—¿Qué quieres que suba para igualar eso? —preguntó Cliff.

—Nada.

Los dientes rechinaron más fuerte.

—¿Nada?

—Hacía tiempo que quería deshacerme de ese pedazo de hojalata —dijo CJ.

Descubrió sus cartas: el 3 de rombos y el 6 de picas.

No tenía una mierda.

Se levantó y regresó a su lado de la barra. Los Blackriver observaban ahora la medalla como algo sin valor.

Medianoche. Solo quedaban Ray y CJ en el bar. Los Blackriver se habían marchado hacía tiempo. CJ esperaba sin saber bien qué. Quizá aparezca Percy. Quizá no quiero volver a esa sucia habitación de hotel. *Man*, cómo odio este país.

En la tele: la Comunidad de Madrid acusaba a Moncloa de no hacer la ley a medida para Eurovegas. El presidente lo negaba. Sus palabras: «Hemos hecho los deberes». A CJ le sonaba a niño de parvulario. Profe, he terminado mis tareas. Muy bien, bonito: hoy podrás elegir el juguete que sacarás al recreo.

—¿Dejarán fumar en los bares otra vez, CJ? —preguntó Ray mientras fregaba el suelo del local.

—A este paso privatizarán hasta el aire. ¿Cuánto te debo?

—Lo tuyo lo pagó Cliff.

CJ sonrió. Cliff pagando sus consumiciones con el dinero que le había lanzado a la cara. Le había enviado un mensaje claro: no quiero vuestro dinero. No trabajaré para vosotros. *Dawn*: estoy pensando hasta en retirarme.

Se despidió. La noche era fresca. Rodeó el club hasta el aparcamiento. Olía a asfalto recalentado. En el aparcamiento vio algo que no le gustó: había tres

coches, además del suyo. Se dio la vuelta: varias figuras se acercaban hacia su posición. Llevaban la cara tapada.

Los reconoció por la forma de andar. CJ los señaló uno por uno.

—Cameron. Jared. Allan. Douglas. Ryan. Al que no veo es a Cliff.

Los tipos caminaron más despacio. Lo rodearon. CJ se quitó la chaqueta.

—¿Así es como queréis que termine esto?

CJ tiró la chaqueta contra el que tenía más cerca. Lanzó una patada que le quebró una pierna a Douglas. Ryan no pudo reaccionar a tiempo y recibió un codazo en el cuello.

Quedaban tres.

Jared se quitó la chaqueta de encima. Los otros dos atacaron a la vez. CJ paró un puñetazo y recibió una patada en el muslo. Esquivó el segundo puño y realizó una finta. Dobló el codo de Allan contra natura. Sus gritos se mezclaron con los de Douglas y su tibia fracturada.

CJ retrocedió un par de pasos más. Tres en el suelo, dos en pie. Era una buena puntuación.

—¿Dónde está Cliff?

Dudaron qué hacer. No atacaron. Se colocaron cada uno en un flanco. CJ sonreía. Sois una mierda de soldados. Solo vivís por el dinero fácil. Habéis olvidado vuestro entrenamiento. En Macao no habrías durado ni diez días. Os gusta beber y tomar droga. Esto es lo que ocurre cuando te enfrentas a un marine que controla el hapkido.

—Vamos, putitas, ¿dónde está Cliff?

—Aquí.

Su voz sonó tras los coches. CJ lo miró con el rabillo del ojo. Le apuntaba con una Glock.

—Creo que ha sido una mala idea atacarte estando borrachos —dijo—. Está claro que sabes lo que haces.

—La palabra que buscas es que os supero.

—Eso importa poco. Porque ahora el que empuña la pistola soy yo.

Hizo un gesto con la barbilla. Jared y Cameron se acercaron a CJ. En ambos regresó el aire de superioridad. Ahora nos cubre nuestro jefe con una pistola. ¿Qué vas a hacer, negrata?

CJ lanzó un puñetazo brutal contra Cameron. Su ojo izquierdo se salió de la cuenca. Cliff no disparó. Jared dudó un segundo y ese fue su fin. CJ lo inmovilizó por detrás y se cubrió con su cuerpo.

Los gritos de los heridos agujereaban la noche.

—¿Crees que no lo haré? —preguntó Cliff.

—*Sir, please...* —suplicó Jared.

—Me importa una mierda —dijo CJ.

—*Oh, my God, please...*

Cliff amartilló el arma. CJ trató de ocultarse tras Jared, pero era demasiado alto. Cliff apuntó. CJ sintió cómo Jared se meaba encima.

Se escuchó un disparo.

Ray sostenía un fusil de asalto AR-15.

—Lo siguiente será una ráfaga. Hay treinta balas en el cargador.

Cliff levantó la pistola y le colocó el seguro. Luego la guardó muy despacio de nuevo en la pistolera. CJ empujó a Jared a un lado. El tipo se quitó el pasamontañas y le lanzó una mirada de desafío. CJ le señaló su entrepierna mojada. Los otros seguían gritando de dolor.

—¡Largo de aquí! —bramó Ray—. ¡Todos! Y no volváis en la puta vida.

CJ montó en el Mercedes y se marchó de allí. Por el retrovisor pudo ver cómo Cliff y Jared trataban de subir a sus heridos en uno de los coches.

El Arca ya no existía. Lo habían convertido en un almacén de productos chinos. Aldo se coló por la noche. No había rastro ni de la puerta enrejada. Las jaulas de las putas se habían esfumado. El reino de Dmitri era historia.

Condujo la Hayabusa por las arterias de Madrid. Luego se paseó por la Casa de Campo y la zona norte. Nada. Oeste y este fueron una pérdida de tiempo. Tuvo suerte en la zona sur. Polígono de Parla. Allí está Zina. El del BMW es Boris. Antes yo manejaba ese carro. Esto será divertido, güey.

Llevaba el casco. La visera ahumada le servía de filtro contra la luz. Rodeó el coche. Boris no lo reconoció. Completaba un sudoku infantil. Aldo se sacó la polla y le meó en el capó. Boris tardó tres segundos en comprender qué pasaba. Se bajó de un salto. Fue hacia Aldo con una navaja. Aldo le propinó un cabezazo. La frente de Boris hizo crac. Putas, clientes y agentes de la secreta se dieron la vuelta al instante. Boris bizqueó y se tambaleó. Aldo le pasó el brazo por la axila y lo sentó en el asiento del conductor. Le dolían las costillas. Le colocó el cinturón y se subió a la parte trasera. El BMW olía a gato. Ni con Anastasia muerta se iba esa peste.

—Boris —lo llamó—. Boris, pendejo.

Boris estaba *out*. Aldo le clavó la navaja en la pierna. El ruso aulló. Pareció regresar a la realidad. Aldo mantuvo la mano en la empuñadura. Giró el acero poco a poco. Boris sufrió espasmos. Aldo le arrancó el filo. Boris se taponó la herida con las manos. Temblaba.

—Boris, soy Aldo.

—Govno...

—Quiero ver a Dmitri.

—*Yob tvoyu mat'...*

—Arranca.

—*Sukin syn!*

Aldo suspiró. Le colocó la navaja a Boris en la oreja y le segó el lóbulo. El ruso bramó. Trató de quitarse el cinturón, pero Aldo le puso el acero de corbata.

—Lo haré, Boris. Sabes que lo haré. Llévame con Dmitri y todo acabará. Ahora, arranca.

El ruso se ablandó. Encendió el motor y salieron dirección Valdemoro.

—Gira en la siguiente a la izquierda —ordenó Aldo—. Primero tengo que recoger una mochila.

Fuencarral. Zona de chalets. Calle Caballero de los Leones. Apeataba a dinero. Casas construidas con la pasta de la crisis. La burbuja inmobiliaria era solo para los pringaos. La gente de pasta tenemos estas mansiones pagadas con vuestro sudor. Dentro de nada llegará el gulag y tendréis preciosos barracones familiares. Sois la nueva mano de obra barata. Vuestros hijos servirán a los míos. Aceptad vuestros hogares, pero aspirad al mío. Solo así perpetuaremos este espejismo de libertad.

Boris detuvo el BMW. Estaba pálido. Sangraba como un pendejo. Señaló una casa al final de la calle. Sistema de alarma, parcela rodeada de árboles, muros de ladrillo visto coronados con paneles de acero forjado que impedían las miradas indiscretas. Apenas se apreciaban las dos plantas del edificio central. Dmitri era un tipo discreto en una zona ostentosa.

—¿Y las chicas? —preguntó Aldo.

—Trabajando.

—¿En las habitaciones?

—En la calle. Dmitri quiere habilitar el chalet para puteros de lujo. Está en ello, pero de momento no ha...

—¿Quién hay en la casa? —le cortó Aldo.

—Dmitri y algunos chicos.

—¿Van armados?

—¿Tú qué crees?

—Vamos.

Boris pulsó un mando a distancia. La puerta del garaje se abrió. El BMW se introdujo en la parcela. Dmitri se lo montaba a lo grande: piscina redonda, sauna finlandesa, cortador de césped automático.

—Detén el carro —dijo Aldo—. No pares el motor.

Boris obedecía. Cada vez estaba más pálido. Aldo temía que no pudiera caminar. Le pasó la mochila de Peppa Pig.

—Dentro hay ochocientos mil euros —mintió—. ¿Oíste lo del atraco del banco de Marsella? Fui yo. Aquí está la lana. Dile a Dmitri que es suya, pero que me deje en paz.

—Joder, ¿para eso me apuñalas?

—Y porque me apetecía. Dile que está todo olvidado. Ahí va mi libertad. Si quiere hablar, me quedará en el coche. Nomás quiero arreglar las cosas.

Salieron del BMW. Aldo le colocó la mochila. Llevaba varias correas. Boris se tambaleaba. Aldo lo miró: un gigantesco hematoma en la frente, la oreja destrozada, la pernera del pantalón supurando sangre. Vamos, mi mártir. Tú puedes.

Vio a Boris arrastrarse hacia la casa. Te debería haber traído mi muleta, güey. Desapareció en el interior. Aldo comprobó la cobertura de su nuevo móvil. Se puso a cubierto tras el BMW y se ajustó el casco de motorista. Marcó el número de mister C4.

No pasó nada.

Tres tonos después, la onda expansiva reventó todos los cristales de la manzana.

Humo. Escombros. Fuego en el interior. A Aldo aún le castañeteaban los dientes.

Joder, Habib, con eso podrías haber volado la Maestranza.

Se incorporó. No oía nada. Aún sostenía el teléfono en la mano. Su cabeza latía dentro del casco. La casa seguía en pie, aunque le faltaban varios tabiques. Se aguantaba por los pilares maestros. El BMW relinchaba. En las casas colindantes se encendieron varias luces.

La paranoia respiraba en Aldo. Tenía que comprobar que Dmitri estaba muerto. Ya no era el pinche sumiso que no se atrevía a matar. Con Miguel algo había cambiado en su interior. Ahora era un asesino. Había cruzado la línea. Quería ver a Dmitri destripado.

Navaja en mano, entró por un hueco. Se tapó la cara con la camiseta. Olía a gato. En el interior: más humo, más polvareda, más escombros. Vio muebles hechos astillas, un televisor gigante partido en dos, restos de Boris y de los chicos esparcidos por las paredes. Bienvenidos a la casa de los horrores. A su derecha tienen una visión panorámica de tripas y sesos. A su izquierda, un irreconocible cadáver sin rostro.

Y, de frente, a Dmitri observando tras el humo.

El oso Dmitri. El criminal de guerra checheno. Intacto en una silla de ruedas.

Aldo se quedó paralizado. Dmitri se quedó paralizado. Aldo reaccionó: fue hacia él. Dmitri reaccionó: le apuntó con una Makarov 9 mm.

Aldo se lanzó al suelo. Aterrizó en un montón de cascotes. Dmitri disparó a través de la cortina de humo. El sonido de los disparos sonaba amortiguado tras la explosión. Aldo rodó hacia un lado. Sus costillas se resintieron. Vamos, güey, solo te duele al respirar. Levantó la cabeza. Dmitri recargaba. Se abalanzó contra él. Disparó cuando llegaba. La bala atravesó el hombro de Aldo. La adrenalina hizo que apenas lo sintiera. Golpeó la diestra de Dmitri. El siguiente tiro salió desviado. Estaba tan cerca que le podía oler el aliento. Le clavó la navaja en el corazón.

Dmitri disparó dos veces más. Trató de quitarse a Aldo con la zurda, pero el mexicano aguantó la presión. Giró la empuñadura. Dmitri exhaló aire y no lo

volvió a inspirar. Se levantó la visera del casco y le miró a los ojos al morir. La Makarov cayó a tierra.

No dijeron nada. No tenían nada que decirse.

Dmitri *kaput*. Aldo le arrancó el filo y lo limpió en su pierna. Vio una luz tras el polvo. Había una estancia aparte en el salón destrozado. Se asomó. Tenía la puerta de acero y las paredes reforzadas. Era una habitación del pánico. Por eso había sobrevivido Dmitri. Dentro encontró varios fajos de billetes. Se los metió en la cazadora de motorista y subió la cremallera.

Salió al exterior. Muchos vecinos se asomaban por la puerta, grabando con el móvil. Retrocedieron al ver salir una figura de la humareda. Le dispararon varias fotos. Los destellos lo cegaron. Se bajó la visera ahumada del casco. No le importaba la fama: era Aldo, el libertador de putas. Había hecho una gran contribución a la humanidad. Matar era bueno. Viva la muerte.

Montó en el BMW. Dio marcha atrás y salió de allí. Al fondo se veían sirenas rojas y azules. Sangraba por el hombro. Apenas podía mover el brazo.

La mejor cualidad de Faura siempre fue la paciencia. Para esperar en un coche durante horas, para seguir a algún objetivo por media España, para recopilar esos dos segundos importantes entre varios días de escuchas. La paciencia: eso que estaba a punto de perder en Portugal.

La dirección de Teresinha. Un edificio discreto pero imponente a las afueras de Coímbra. Faura le echó más de cien años. Ventanales inmensos, más de cinco plantas, zona ajardinada rodeando el recinto. Un cartel: FUNDAÇÃO GUIMARÃES. Folletos explicativos en el interior. Se trataba de una clínica donde ingresaban personas con trastornos mentales. Un buen sitio para cuando me jubile, pensó. Visualizó a João bebiendo batidos, paseando en bata blanca, bañándose en la piscina. Fingiendo. Tomando pastillas. Mi mamá me pegaba de pequeño, nunca conocí a mi padre, enciérrenme en un hotel de cinco estrellas. Qué bien te ha salido el truco, chaval. Pero a mí no me engañas.

La recepcionista le atendió en español. Quería ver a João Mário Souza. El señor Souza no tiene visitas programadas. Soy su tío abuelo por parte de madre. Lo siento, pero no me aparece en los registros. ¿Cómo podría ver a mi sobrino? Necesita una autorización firmada por la tutora legal.

Faura se marchó de allí. Paró en una gasolinera y se pidió un descafeinado de máquina. No quería ver de nuevo a Teresinha. Lo único que lamentaría de sacarle las tripas a João era la tristeza de su anciana madre.

Extrajo un DNI robado. En la foto: un tipo de barba cana, casi a contraluz y medio borroso. No se parecía una mierda a Faura, pero colaría. Pidió un folio del fax al único empleado de la estación de servicio. Se dio más prisa cuando vio el billete de cincuenta euros. Le explicó lo que necesitaba. El tipo agarró un boli y

escribió sobre un folio. Faura apenas sabía portugués, pero reconoció varias faltas de ortografía. Tendría que valer.

Regresó a la Fundação Guimarães. Faura esperaba tener un encuentro más privado con João. Había fantaseado con un seguimiento en un bar, forzar la cerradura de su piso, meterle burundanga en el cubata, fingir un accidente con una radio en la bañera. La realidad: enfermeros por todas partes, conserjes, cámaras de seguridad en la entrada y en la salida. Debería haber alquilado un coche, tendría que haberme teñido el pelo. La resignación: tocaría matarlo de frente y huir a toda prisa.

No iba a dejar pasar más tiempo. Cada segundo que João seguía respirando era un insulto a Susana.

La recepcionista le sonrió al verlo de nuevo. Faura se obligó a enseñar los dientes. Le mostró la hoja manuscrita por el gasolinero. Faura la había firmado con su huella digital impresa en tinta. Sospechaba que Teresinha era analfabeta. No encontró libros en los estantes de su casa, ni siquiera revistas. Faura le explicó que la había escrito él, pero que la firma era de la madre. El resumen: dejad que visite a João.

Coló. Introdujeron los datos de su DNI falso y le acompañaron al interior. La residencia tenía puertas que se abrían con chasquidos eléctricos, puertas enrejadas, garita para el vigilante, más cámaras en las esquinas. Paseó por un largo pasillo. Memorizó el camino de regreso. Dieron más vueltas. A Faura le costaba recordar los últimos giros: estaba demasiado centrado en su venganza. El corazón le palpitaba de forma extraña. Ahora no te puede dar otro infarto, viejo. Vamos, llevas años deseando esto.

Lo hicieron esperar en una sala común. Vio a gente en pijama embobada con la televisión. Fíjate en el hilo de saliva del mulato. Atento a la gorda de las pecas y su mirada ida. No te pierdas los tics nerviosos del tipo con camisa de fuerza.

Un celador empujó una silla de ruedas ante él. Faura miró al vegetal que tenía delante. Trató de engañarse, pero había memorizado su cara. Bajo todos esos cables que se introducían por la nariz y la boca estaba João.

El enfermero colocó los frenos. Antes de marcharse, Faura lo detuvo.

—¿Qué le ha pasado?

El hombre miró a João, luego a Faura.

—*Um acidente de trânsito* —dijo—. *Tem danos cerebrais.*

João babeó. El celador no le hizo ni caso y se marchó de allí.

Faura estaba asustado. Sentía ira. De nuevo, trató de engañarse a sí mismo. No es João Mário Souza. Y si lo es, finge.

Se acercó a él. Lo tuvo casi a un palmo. João no reaccionó. Faura le retorció un dedo con discreción. No encontró respuesta al estímulo. Faura le colocó ambas manos en la cara. João estaba ido. Faura observó los brazos esqueléticos del muchacho, sus piernas eran dos palillos, apenas hueso y pellejo. Se fijó en su cabeza. La puso de perfil. A João le faltaba casi la mitad de la sesera. Su occipital había desaparecido por completo. Tenía cicatrices quirúrgicas bajo el pelo.

Ya no pudo engañarse más. Aquel era João. Y era un muerto en vida.

Como Susana.

Como él.

Lloró.

Miró a los ojos de João y no pudo aguantar las lágrimas. Ese era el final de su búsqueda obsesiva. Ni siquiera la venganza tenía sentido. Matarle sería un acto piadoso. João se había buscado su propia ruina. No habría encuentro en el bar, ni burundanga en el cubata, ni cerradura forzada o electrocución en la bañera. El universo le mandaba señales: acabó igual que su esposa probablemente por un accidente similar con un coche.

Aquel era el final del camino.

El celador regresó al ver el llanto de Faura.

—*Acalme-se.* —Le pasó un pañuelo de papel—. *Aqui cuide bem de seu sobrinho.*

Faura le agradeció el gesto. Tenía que marcharse de allí. Sentía ansiedad. El celador le indicó el camino. Echó una última mirada a João antes de salir.

—Espero que tengas una larga vida —dijo agarrándole la mano.

Siguió los pasos del cuidador hasta la salida. João quedó allí, con la mente en otra dimensión y el puño cerrado sobre una carta que no estaba escrita.

Paseo de la Castellana. El restaurante más selecto de Madrid tenía nombre catalán. Cuanto mayor era el nombre del plato, menor la ración. Mousse de raya con queso quark y arroz negro de algas. Seitán de carabineros con emulsión de coral y consomé de azafrán anisado. Usaban máquinas de la NASA para fabricar salchichas Frankfurt. Los esnobs disfrutaban con estas virguerías. Precios disparatados y camarero personal. CJ miraba alrededor y no veía la crisis. Los comensales miraban a CJ y solo veían a un negro.

—Siento lo de Larry —dijo.

Cristina Olsen no contestó. CJ la veía apesadumbrada. Había conseguido rasgar la fachada de mujer de hierro hecha a sí misma. Era su amante, su amiga, su diosa. Pero ella quería más. Se lo había pedido varias veces a CJ. Por favor, cuéntame qué te ocurre, qué pasa por tu cabeza, qué puedo hacer para ayudarte. CJ le contestaba con silencio. No podía meterla en su infierno porque ella debía formar parte de su cielo.

—Un poco tarde, ¿no crees? —contestó ella.

—Tu agenda es muy compleja.

—No como la tuya, ahora que tienes todo el tiempo libre del mundo.

CJ tenía una sospecha: Cristina le estaba dando largas. En realidad, CJ también la evitaba. Todo el asunto de las decapitaciones le hacía revivir la guerra, el cautiverio, las torturas. No quería que ella lo viera llorar por las noches. Despertaba de las pesadillas gritando durante minutos. Se dejaba la piel de los nudillos en el saco del gimnasio. CJ estaba fuera de sí. Violencia. Terror. Ella no debía verlo así.

—Te lo dije una de las primeras veces que hablamos. No estoy aquí por mi

cara bonita. Cualquiera no trabaja para los Levy, no de forma tan cercana. Si me contrataron era porque lo valía. Puede que solo veas a la secretaria, pero trabajo quince horas diarias. Me lo he ganado, CJ. Fueron muchos años de sacrificios, míos y de mi familia, de estudio, de preparación. Y ahora... ahora no voy a dejar que eso se me escape de las manos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

CJ lo entendía. Incluso le parecía bien.

—Estás cortando conmigo.

Ella no contestó. Se quedó allí, mirándolo con iris temblorosos. CJ conocía lo que significaba. Haz algo, por favor. Quédate a mi lado. Arreglemos esto. Reconoce que te importo. En su lugar, CJ bebió un trago de Rioja y dijo:

—Tranquila, Cristina. Para cortar, primero deberíamos haber tenido algo.

Allí estaba el jarro de agua fría. Ahora le temblaban los ojos a CJ. Es mejor que nos hagamos daño aunque nos amemos. Apártate de mi lado. Al menos hasta que resuelva mi vida. Por favor, no me odies. Cristina arrugó la servilleta entre sus manos. CJ no sabía qué pasaba por su mente.

—¿Te pongo más vino? —preguntó.

Entonces ocurrió. Cristina Olsen se incorporó de la silla. Sin estridencias, con la elegancia de movimientos que tanto gustaba a CJ. Agarró su bolso y se lo colgó del hombro. CJ permaneció sentado. Se percató de lo bien que le quedaba el vestido, le llegó el olor de su perfume, observó el vaivén de su peinado, deseó la piel que asomaba en su cuello. Aún no se había marchado y ya la echaba de menos.

—Adiós, soldado —se despidió.

—Hasta siempre, secretaria.

No hubo beso de despedida. CJ sabía que jamás le daría otra oportunidad. La reconciliación en la cama quedaba para las películas. La realidad era distinta. Aquello era la cúspide de un castillo de naipes que ya se había derrumbado. Ellos permanecían sobre los escombros, recordando lo que fue, viviendo del espejismo de lo que tuvieron. Mientras, solo quedaban ruinas.

Oyó sus tacones alejarse. No se dio la vuelta. No se atrevía a asomarse al

abismo.

CJ no era un bebedor social, pero a veces le apetecía emborracharse. Practicaba deporte de forma habitual y se encebollaba de forma excepcional. Le habría gustado ir al local de veteranos, pero Ray tenía una ametralladora. Quizá había grabado una bala con su nombre. Ray era un filósofo de la vida.

Regresó al Grand Biedma Hotel. Esperaba encontrarse con Larry y partirle la cara. Iba a largarse de esa puta ciudad en cuanto encontrara a Percy. Pidió un Macallan en recepción y lo apuntaron a nombre de Harrelson Levy. Se subió la botella a su habitación. Se cruzó con un par de mercenarios del ejército privado del Mormón. Lo evitaron. Había mandado a varios de los suyos a Urgencias. Fracturas diversas y pérdida de un ojo. No se atreverían a hacerle nada.

La habitación era un puto desastre. Escuchó pasos tras la puerta. No esperaba que los Blackriver montaran gresca en el hotel que tenían que proteger. Comprobó que la pistola seguía en la rejilla del aire acondicionado. Se había quedado con ganas de usarla más. Quizá practicara el tiro al blanco con Cliff: le había apuntado con una Glock.

Se tomó un lingotazo de Macallan. No le gustó. Apenas notó el sabor de los billetes. Se preparó otro. Oyó un pitido. Era su busca. Larry Levy le pedía que lo esperara en el parking subterráneo del Grand Biedma.

Larry Levy: *fucking bastard*. Se supone que estoy suspendido. ¿Ya me has perdonado? Si necesitas un chófer, llama a otro. Sonó el teléfono de la suite. Era de recepción: el señor Levy bajará en diez minutos al parking. Añadió algo de sus acompañantes femeninas.

Colgó. Deseaba matar a Larry. De nuevo le tocaba llevar a sus busconas al aeropuerto. Al ricachón le importaba una mierda que hubiera pedido el informe de Miguel a Cristina. Todo era una forma de demostrar su poder. Aquí mando yo. Soy el puto amo. El heredero legítimo.

Aunque no sabía mantener la chorra dentro de los pantalones.

El recepcionista llamó de nuevo. CJ lo dejó sonar. Se ajustó la chaqueta y salió al pasillo. Si ese era su puto trabajo, lo haría. Y si Larry le tocaba los huevos, le haría una cara nueva a golpes.

El ascensor lo dejó en la planta -2. Estaba habilitada como aparcamiento para los clientes del hotel. Apenas había coches. Se dirigió al Mercedes.

Una voz lo llamó a su espalda.

—Carl.

Se volvió. Allí estaba Percy.

CJ dudó dos segundos.

SEXTA PARTE

EUROVEGAS

Cuando corre el dinero sin control, enseguida se activa la prostitución, el blanqueo de dinero, los espectáculos porno, etc., y todo eso daña el bien social y familiar. Todo eso promueve el individualismo, el egoísmo y el descontrol. Y, además, ¿será rentable económicamente?

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR,
obispo de Getafe, sobre Eurovegas,
6 de junio del 2012

Las calles apestaban. Los basureros habían declarado la guerra al ayuntamiento. Del Madrid olímpico se pasó al Madrid de mierda.

Faura pensó que aquel era su verdadero rostro.

Volvía a casa desde Portugal. El viaje apenas duró unos días, pero era la culminación de años persiguiendo sombras. A Susana la atropelló un fantasma. Lo encontró. No había nadie bajo la cáscara de carne.

Sabía que aquello no acabaría con las pesadillas. Los recuerdos. Ya no tenía nada por lo que luchar. Es el momento de retirarte, viejo. Disfruta de tus nietas, pasa más tiempo con la familia, llévale flores a tu esposa. Vas al aseo cada media hora: en unos años no podrás ni caminar. Aprovecha la vida ahora que aún puedes.

Y luego estaba Maribel Botella.

CJ quería encontrar a Percy de la Cruz. Aldo andaba removiendo mierda y acabaría muerto o en chirona. Un asesino rondaba la ciudad. Dos teorías: o es un viejo o es el exsoldado. Faura estaba fuera de juego.

Las calles supuraban mugre. Los desperdicios se acumulaban en algunas zonas y solo hacía una noche desde la huelga. Los piquetes volcaban contenedores. Algunos les prendían fuego. Los servicios mínimos se cruzaban de brazos. El mensaje de la alcaldesa: que os jodan. La respuesta de los basureros: a las armas.

Atravesó varias arterias principales. Vio mierda frente a restaurantes, en plazas emblemáticas, en las esquinas de las iglesias. Giró hacia la Gran Vía. El musical de *El Rey León* convertido en una pocilga, Callao era el vivo retrato de

una letrina, las putas de Montera pisoteando excrementos con tacones. Mira las ratas dándose un festín, atento a la nube de moscas que ensombrecen el día.

Madrid: espejo de la sociedad.

Llegó a la comisaría. Preguntó por Floro y Jonás. Salieron al rato.

—Hombre, Faura. Dichosos los ojos. —Floro le palmeó la espalda—. Ya me parecía raro que no vinieras más por aquí.

—¿Va todo bien? —preguntó Jonás.

—Sí. Solo necesitaba una charla de amigos.

Floro suspiró. Jonás miró al techo.

—Te haces viejo, Faura —dijo colocándose la chaqueta—. Anda, vamos al bar.

Condujo hasta casa. La radio hablaba de riesgo sanitario. Los turistas flipaban de ver tanta inmundicia. Veníamos a una capital europea y nos encontramos con esto. Marruecos está más limpio.

Le contó a Floro su viaje a Portugal. Omitió datos, se centró en el dolor. João encarcelado en su propio cuerpo, cagándose encima, alimentándose por la nariz. Floro le escuchó y le dijo que pasara página. Incluso pagó el café.

Regresó a casa. Alcorcón lucía bien. Allí los barrenderos estaban demasiado acojonados. Conocía casos de mujeres embarazadas que no se daban de baja, o de tipos con el brazo roto que seguían trabajando. Todo para no perder su puesto. Los empresarios se amparaban en la nueva reforma laboral. El argumentario de la patronal era claro: hemos vivido por encima de nuestras posibilidades.

La gente ya se creía cualquier cosa.

Aparcó el Fiat Marea ante el portal. Sacó la pequeña bolsa de viaje del maletero. Encontró un sobre acolchado en las escaleras. Iba dirigido a él. Lo guardó en un bolsillo lateral de su equipaje. Subió a pie. Tenía la cabeza en Coímbra.

Alto. Algo llamó su atención. La cerradura de su puerta tenía marcas. Empujó

con el dedo. La puerta estaba abierta. Pulsó la luz de la escalera. Vio manchas de sangre.

Echó mano al mechero. Pensó qué hacer. El corazón le iba a toda máquina. Lo más normal es que me hayan robado aprovechando mi ausencia. Sería raro que el ladrón siguiera dentro. Pero la sangre le desconcertaba.

Tragó saliva. Entró en la vivienda y miró alrededor. No parecía que hubieran tocado nada. Allí estaban sus montañas de papeles, los diagramas de sus investigaciones, el Montecristo que enmarcó cuando le prohibieron fumar. Avanzó sin hacer ruido. En la cocina encontró armarios abiertos. Agarró un cuchillo. En el aseo había más sangre.

Algo se movió en el dormitorio.

Faura se asomó de refilón. Las persianas estaban bajadas. La tenue luz que se filtraba por la puerta le dio las respuestas.

Aldo dormitaba sobre la cama. Las sábanas lucían rojas.

—¿Qué hostias haces en mi casa?

Aldo despertó de una ensoñación. ¿Cómo había llegado allí? Las últimas horas, quizá días, eran imágenes turbias.

Recordó.

Habib. La bomba. Boris como cebo. La explosión. La lluvia de cristales. Dmitri emergiendo de la habitación blindada. Un disparo atravesándole el hombro. La navaja atravesando el corazón del ruso. La policía llegando al vecindario.

Recordó más.

Huyó de la pasma. Condujo por calles oscuras. Sangraba mucho por el hombro. Improvisó un torniquete con el cinturón. El brazo dejó de responderle. Tuvo que conducir con una mano. Encontró una clínica veterinaria abierta veinticuatro horas. Corte de pelo, vacunación, desparasitación: cirugía. Aldo tocó el timbre.

Recordó a flashes.

Dos chicas en la consulta. Le dijeron que fuera a un hospital. Aldo se abrió la chaqueta. Llevaba dinero de Dmitri. Los fajos cayeron al suelo. Las dos mujeres gritaron. Aldo enseñó la Makarov. Hubo silencio. Se tumbó en una camilla. El plomo ha salido. Solo desinfecta y cóseme. Anestesia local. Nada que lo durmiera. Las amenazó con pegarles un tiro en el coño. La veterinaria temblaba mientras le hacía la puesta a punto. La asistente amenazaba con desmayarse.

A su mente llegaron nuevas imágenes y recordó más:

Las ató como pudo. Se vistió como pudo. Los puntos se le abrieron. Les confiscó los móviles y arrancó las líneas de teléfono. Llenó sus bolsillos con

Ketamina. Dejó un par de fajos y se llevó el resto. Se asustó por no saber dónde esconderse. Había perdido su último DNI robado. Tuvo una idea: buscar al viejo.

Aldo no contó nada de eso a Faura. En su lugar, señaló un papel acartonado que descansaba en la mesita. El viejo lo agarró. Era la noticia del atropello de Susana.

—Busqué el cruce de Cáceres con Comusa. Luego encontré el nombre de Susana en el timbre de la puerta de enfrente. Llamé varias veces, pero tuve que entrar, güey. No pude hacer otra cosa.

Faura se quedó inmóvil.

—Me sorprendes —dijo al rato—. Has localizado mi casa con apenas dos datos aparecidos en la prensa. Si no estuviera tan cabreado, te felicitaría.

—No soy un buen espía, pero lo intento.

—¿Alguien te vio entrar?

—No creo.

—¿No crees o no lo sabes?

—Era de madrugada. No había nadie en la calle. Tampoco ha venido nadie preguntando por aquí y llevo un par de noches.

Faura encendió la luz. Aldo se tapó los ojos pese a llevar las gafas de sol. Faura rodeó la cama y se colocó a su lado. Encontró la pistola sobre la mesita. La empuñó. Aldo iba descamisado, pero lo cacheó igualmente.

—¿Qué haces, güey? Apaga esa luz.

—Tienes que marcharte de aquí.

Aldo veía destellos. Fogonazos ante sus pupilas que no taparon a Faura empuñando la Makarov.

—Ni hablar, pendejo.

—He dicho que te vayas.

—Estoy herido.

—Me importa una mierda.

—Vamos, güey...

—Largo de aquí.

—¿Vas a disparar?

—Estoy en mi derecho.

—¿Sabes si esa pistola está limpia?

—Me da igual. Tú la trajiste. Yo te la quité y disparé en defensa propia.

—No lo harás.

—Ya lo creo que sí.

Aldo se incorporó un poco. Faura retrocedió un paso.

—No, no lo harás. No eres un asesino. No matarías a nadie sin un motivo.

—No me conoces tanto como crees. Y tengo muchos motivos, además de una coartada.

—No —repitió Aldo—. No lo harás.

Lentamente, se levantó de la cama. Se acercó a Faura y pasó ante él. El viejo no hizo nada. Aldo se perdió hacia el comedor.

—Joder...

—Abuelo —lo llamó—. Has dejado abierto.

Faura regresó sobre sus pasos. Encontró a Aldo rebuscando en su equipaje.

—Deja eso. —Lo apartó a un lado, cerró la puerta y colocó una silla de tope—. No es tuyo.

De la bolsa cayó el sobre acolchado que había encontrado en los escalones. Casi lo había olvidado. Lo recogió. Parecía vacío. Hacía tiempo que no recibía correo. Observó que no tenía remitente. Lo abrió. En su interior había una tarjeta de memoria SD y una chapa metálica. Tenía unas letras troqueladas.

—Mierda —dijo Faura.

Aldo se la quitó. Varias categorías: grupo sanguíneo, número de la seguridad social, preferencia religiosa. Se detuvo en el nombre. Lo leyó mil veces: Jimenes, Carl.

Jimenes, Carl.

Jimenes, Carl.

—Es una de esas chapas identificativas que ese negro llevaba al cuello — confirmó Aldo—. Solo las dan en el ejército. Se las vi varias veces.

Faura no lo escuchaba. Su mente iba a muchas más revoluciones. Estaba muy lejos de allí. Su cerebro encajó piezas de puzle. En sus manos, una tarjeta SD.

—Mierda —murmuró.

Regresó atrás. Repasó la información una vez más. Su intelecto no quería mirar en la dirección que le indicaba su instinto. Sabes lo que ha pasado, viejo. Lo intuyes. Sonaron todas las alarmas. Su corazón latía a intervalos irregulares. Arritmia. ¿Dónde están mis pastillas?

—Mierda —repitió mientras las sacaba de su bolsa de viaje.

Tragó una. Lo hizo sin agua. Salivaba mucho. Se repetía: esto no es posible, no puede estar pasando, es una locura.

Regresó atrás. Repasó la información una vez más. Un sobre, una SD, una de las chapas de CJ.

—Mierda.

—¿Qué es lo otro, abuelo?

Faura pestañeó. Aldo seguía en su casa. Aldo se desangraba en su salón. Aldo tenía un aspecto enfermizo.

Y era el menor de sus problemas.

Echó mano de su equipaje. Encontró la cámara Réflex. Se sentó en el sillón y respiró hondo. Vamos, troglodita tecnológico. Esto ya lo has hecho antes. Has visto a Ángel cambiar tu tarjeta de memoria mil veces. Levantó la tapa y sustituyó la SD por la que acababa de recibir.

Encendió el dispositivo.

—Mierda, mierda, mierda...

Aldo se puso a su lado. Apestaba a algo que no supo reconocer. La cámara se encendió. Pantalla de inicio, menú, visualizar imágenes. Un icono parpadeante le indicó que apenas le quedaba batería. Llegó a la memoria interna. Un solo archivo.

No era una foto, sino un vídeo.

CJ apareció en la pequeña pantallita de la cámara. Tenía la cara amoratada. Le habían pegado una paliza brutal.

Aldo dejó de respirar. Faura trasteó con el volumen. Primero lo silenció, luego consiguió ponerlo al máximo.

Zoom hacia atrás. Plano general del asunto. Estaba sentado ante un escritorio. CJ llevaba el torso descubierto. Faura y Aldo vieron más heridas, más quemaduras. Las dos palmas de las manos estiradas. Las apoyaba en la mesa. Faura se fijó mejor.

—Lo han clavado. Como a Cristo.

Señaló con el dedo tembloroso. Del dorso de ambas manos se intuía un reborde alargado que sobresalía. Faura visualizó el tamaño del clavo. Atravesaba la carne y la madera. Lo mantenía inmovilizado.

—¿Dónde está? —preguntó Aldo.

Faura pestañeó. Estudió la imagen en conjunto. Luz artificial, unas cortinas de fondo, paredes blancas, decoración sencilla: podía ser cualquier sitio.

Una segunda figura entró en escena. Llevaba el rostro cubierto con un turbante. En la mano sujetaba un machete enorme. Lo clavó en la mesa. Permaneció en pie tras CJ.

—Habla —ordenó la figura.

El cerebro de Faura bullía. Ese acento no era español. No reconocía su procedencia. ¿Era Percy?

La película dio un salto. Un corte brusco del metraje. La figura ahora estaba al otro lado. Tenía el machete en la mano. El brazo de CJ era carne viva. Lo había desollado. Sus gritos eran terribles.

Un nuevo salto. CJ seguía con las manos clavadas a la mesa. Faura agradeció no poder contemplar aquella pesadilla a pantalla completa.

—Vais a morir —murmuró CJ.

—Más alto —dijo el del turbante.

—Os va a matar. A los dos. —CJ se derrumbó—. Sabe quiénes sois. Yo... lo siento, compañeros. Dios, perdonadme. No he... no he podido...

No terminó la frase.

El verdugo se colocó a su espalda y le clavó un gancho de matarife en la mandíbula. El pico le salía por la boca. Con la mano libre le rebanó la garganta.

Faura cerró los ojos. Le pasó la cámara a Aldo. Se incorporó y se fue a la cocina. No necesitaba ver el vídeo completo para saber cómo terminaba.

Aldo vio la decapitación de CJ tres veces. No era su hermano. Pulsó una vez más el «Play». Ahí empieza la grabación. Mira a CJ, clavado a la mesa. Ahora aparece el asesino. «Pause.» No es Miguel. Miguel está muerto. No es el vídeo, pero se parece mucho.

Faura regresó de la cocina. Seguía pálido. Recogió su equipaje del suelo.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo.

—¿Cómo lo han podido matar? —preguntó Aldo.

—No lo sé.

—Era un pinche ninja. Ese pendejo me esperó subido en el marco de la puerta. Daba patadas voladoras. Tenía preparación militar. Era Terminator.

Faura lo abofeteó. Le quitó la cámara. Aldo se ajustó las gafas.

—Escúchame, hijo, y hazlo con atención: tienes que marcharte de aquí. Ahora.

—¿Adónde vamos?

—Concéntrate, por Dios. Digo que te tienes que ir. Tú solo. Yo no voy.

—¿Qué?

—Ese vídeo es una amenaza directa a mi persona. Tú mataste a Miguel y le

dejaste un mensaje al asesino. Y ahora CJ está muerto.

—Sí, pero ¿cómo sabía que fuimos nosotros?

Faura se llevó las manos a la cara. Se derrumbó en el sofá. Aldo no sabía si estaba llorando.

—No lo sé. Aún no he podido pensar en eso. La única pista sólida que tenemos es que CJ perseguía a Percy de la Cruz. Puede que se lo encontrase y lo secuestrase.

—Y ese pinche güey le cantó nuestros nombres.

—Es lo que insinuaba en la grabación.

—Entonces tenemos que marcharnos los dos. Bien lejos.

Faura sonrió. Tenía los ojos vidriosos.

—No puedo irme a ninguna parte, muchacho. Tengo familia, ¿sabes? Una hija, su marido y mis dos nietas. ¿No lo ves? Han dejado este sobre en la misma puerta de mi casa. Va a por mí y a por los míos.

La batería de la cámara se acabó y Faura la guardó en su estuche. Aldo observó las manos temblorosas del anciano. Por primera vez veía en él a un viejo decrepito. Ya no era un superespía, ni un detective, ni un salvador. Era un abuelo. Y parecía muy cansado.

—Por otro lado, no sabe quién eres tú, ni tampoco si tienes familiares. Puedes huir, esconderte. Abandona la identidad de tu hermano muerto y vuelve a ser tú mismo. Recupera tu vida, hijo. Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Y tú?

—Solucionaré esto.

—¿Cómo?

—Iré a por él.

—No mames, güey. Ejecutó al pinche gringo. Lo clavó a un tablón. Ya lo viste.

Faura se encogió de hombros.

—Entonces, dejaré que me mate.

El abuelo cansado tenía ganas de pelea.

—Yo también me quedo —dijo Aldo.

—Tú te marchas. Ya me has oído.

—No puedes obligarme. Y aquí el único que tiene un tema personal con ese pendejo soy yo. Mató a Galya. Joder, lleva demasiado tiempo muerta y ese puto aún respira. Ya casi no me acuerdo de su cara, güey.

Una vena palpitó en la sien de Faura.

—Aquí solo estorbas, chaval.

—Te ayudaré a buscarlo. —Señaló los fajos de billetes ensangrentados que había por el suelo—. Tengo lana. Podemos contratar guardaespaldas. O comprar armas grandes.

Faura exhaló largo rato. Cerró los ojos y se llevó las yemas del índice y el pulgar a los párpados.

—Ni siquiera puedes caminar —le dijo—. Estás hecho una calamidad, hijo. Lo mejor es que te marches de aquí. No mires atrás. Olvida a Galya, a Carl y a mí. Empieza en otro lado y trata de que no te maten.

Aldo bostezó.

—Oblígame.

Faura se levantó como un resorte. Caminó por la habitación. Pateó el dinero. Tiró una silla al suelo. Aldo lo observaba con curiosidad. Cuando se calmó, apoyó ambas manos en una mesa.

—Deja que me quede, güey. Cuando haya descansado un par de días estaré bien.

El viejo se volvió. Su mirada atravesó a Aldo.

—¿Qué has dicho?

—Que no me voy a ir.

—No. Lo otro. Lo del reposo.

—Ah... Es cierto que no estoy fuerte, pero si paro un par de noches, yo...

—¿Te valen tres días?

Mierda, Aldo, la has cagado. Ahí está el desafío. Tres días fuera de juego y

vuelves como un campeón. Era el equivalente a marcharse lejos. Al final el viejo se saldría con la suya: iba a quitar a Aldo del medio.

—Bueno, sí, en tres días...

—¿Hoy es sábado?

—No lo sé, güey.

—Es sábado —ratificó Faura mirando el calendario de la cocina—. Tendrás tus tres días, muchacho.

Faura descolgó el teléfono fijo de su casa. Marcó el número que tenía memorizado.

—¿Qué haces, güey?

—Llamo a tu balneario.

—¿No me puedo quedar aquí?

—Imposible. Pero tengo el lugar perfecto, donde el asesino no podrá encontrarte. Y, si lo hace, no podrá hacerte nada.

Aldo ignoraba lo que sucedía. Regresó a la habitación y se metió un chute de Ketamina. Consiguió oír una frase:

—Allí nos vemos, Floro.

Faura conducía mientras hablaba por el móvil.

—Hola, Eli. Llamaba para saber qué tal estabais.

—¿Va todo bien, papá?

—Claro.

—No es habitual que llames solo para hablar. ¿Vas a venir a comer?

—Hoy os invito yo a un restaurante, ¿qué te parece?

—¿De verdad que estás bien?

—Esperadme en casa. Llegaré en una hora más o menos.

Se despidieron y colgó. Tenía que poner a su familia a salvo. Pero antes debía resolver otro problema: Aldo.

El mexicano era un paquete. Un horrible dolor de próstata. Había sido un error apiadarse de él. Aldo era su particular cólico nefrítico: una piedra en el riñón del tamaño de Gibraltar.

—¿Adónde vamos, güey? —dijo en el asiento de al lado.

Faura mantuvo la calma, pero deseaba gritarle. Vamos a la policía. Voy a sacarte del tablero. Me importa una mierda tu venganza: te quiero fuera de juego. Esto era un asunto para profesionales y Aldo se comportaba como un novato. Uno muy peligroso.

—Ahora lo verás —contestó Faura.

Trataba de desechar un pensamiento de su cabeza: todo es por su culpa. Fue su rusa la que murió bajo su tutela. Fue él quien mató a Miguel. Fue idea suya abandonar la cabeza en una de las rotondas principales de Getafe. Consecuencias: CJ ejecutado, Faura amenazado y su familia en peligro. Por culpa de Aldo, un asesino iba tras sus queridas nietas.

No.

Te engañas, abuelo; la culpa es tuya. Tú pudiste haber detenido a Aldo y no lo hiciste. Ahora ya es tarde. Apechuga, pero aprende de tus errores. Encierra a este puto loco durante tres días y resuelve este lío.

Porque cuando salga, volverá el perro rabioso. No podrás contenerlo. Tendrás que decidir si matarlo o meterlo entre rejas para siempre. De lo contrario, te buscará la ruina.

Faura trataba de desechar esos pensamientos de su cabeza.

Tomaron una carretera secundaria y se alejaron de Alcorcón. Llegaron a un cruce con la autovía. Pararon bajo el puente. Hacía un sol infernal. A ambos lados solo había descampados con matorrales secos. Una época propicia para un incendio.

Descendieron del vehículo. Faura trasteó su móvil. Apenas tenía cobertura. Buscó en los contactos su número de teléfono. Consiguió que apareciera en pantalla.

—Quiero que lo memorices. Llámame dentro de tres días.

Aldo observó con desidia el número. Faura pensó que tenía la memoria de los peces.

—De acuerdo —dijo el mexicano—. En tres días.

En tres días habría acabado todo. O ese era su plan. Luego decidiría qué hacer con Aldo. Aún tenía esas setenta y dos horas para recapacitar.

Floro apareció con un coche sin distintivos. Aparcó delante de ellos. Se bajó con aire preocupado. Miró en todas direcciones y se acercó al Fiat Marea.

—¿Estás loco, Paco? —dijo al llegar a su lado—. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Faura no tenía tiempo para las gilipolleces de Floro. Siempre montaba el mismo numerito antes de aceptar sus billetes. Esto es muy difícil, Paco. No sé si podré sacarte esos papeles, amigo. Tendré que untar a un montón de gente.

—Tendré que untar a un montón de gente —dijo.

Faura le dio un fajo de billetes de los que trajo Aldo. Llevaban manchas de

sangre. Faura colocó unos limpios en las partes superior e inferior. Floro no pareció percatarse de eso. Miraba la pasta con ojos desorbitados.

—Guarda eso, coño —ordenó Faura.

—Joder... ¿Cuánto hay?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Diez, quince mil?

Floro lo guardó en los pantalones. Sus ojos se posaron en Aldo por primera vez.

—Hostias, Paco; sí está hecho una mierda.

—Eso da igual. ¿Has traído lo que te pedí?

Floro le entregó varios DNI. Faura los fue pasando uno a uno.

—¿Solo estos?

—¿Qué esperabas?

Faura refunfuñó. A las comisarías solía llegar documentación extraviada. Gente que se encuentra una cartera sin dinero y la entrega a la policía. Allí se quedaba hasta que alguien fuera a buscarla, algo bastante inusual. Los maderos tampoco se preocupaban de perseguir a los titulares. Bastante mierda tenemos ya encima como para encontrar a esa peña. Muchos han cambiado de domicilio. Hay cosas más urgentes en las que perder el tiempo. Al final lo entregaban todo a los locales y que se ocuparan ellos.

Eran documentos oficiales, pero fantasma. Nadie los reclamaría jamás. Encontró uno perfecto: expedido a un chaval de dieciocho años, a punto de caducar. En esa franja de edad se renovaban cada cinco años. Aldo tenía veintialgo. Con la cara hinchada a hostias podría colar.

—Ahora te llamas Alejandro Paredero Pérez —le dijo.

—Vaya nombre de pendejo.

—Te jodes, chaval. Es lo que toca.

—¿Adónde vamos?

Faura le hizo una señal a Floro: que parezca realista. El poli se acercó a Aldo con tranquilidad y lo inmovilizó contra el coche.

—¿Qué haces, puto?

—Cuidado conmigo, capullo. —Floro le colocó las esposas a la espalda—. Y a partir de ahora, la boquita cerrada, ¿estamos?

—Joder, mi brazo, cabrón.

—Siempre dicen lo mismo.

—Este tonto del culo está medio ciego —aclaró Faura—. Necesita esas gafas oscuras.

—Y yo que me la chupen a diario. La vida es injusta.

—También tiene antecedentes. Estuvo en prisión.

—Entonces saltarán las alarmas al tomarle las huellas.

Faura lanzó una mirada de cabreo a Floro. Si exigía más pasta, quizá se ganase una patada en los huevos.

—Da igual, yo me ocupo —dijo Floro.

—Así me gusta. —Faura se dirigió a Aldo—: Vas a pasar tres días en el calabozo de la comisaría, hijo. Es el tiempo máximo que permite la ley antes de enviarte al juzgado. Así que no patalees, no jodas a Floro y no abras la puta boca. ¿Lo entiendes?

—Hijo de la chingada. Me la jugaste. Eres un traidor.

Faura hizo otra señal a Floro. Este le propinó un codazo en la nuca al mexicano.

—No me jodas, chaval —prosiguió el viejo—. Me has visto pagarle. Te acabo de dar una identidad falsa. Floro se va a jugar el puesto para tenerte lejos de toda la mierda. Te di mi palabra y la he cumplido. Ahora el balón está en tu tejado. Me pediste tres días y los tendrás. Confía en mí y en setenta y dos horas estarás en la calle.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Tengo que ocuparme de mi familia.

Se quedaron en silencio. Aldo miró al cielo. Resopló. Luego volvió la cabeza hacia Faura.

—No puedo hacer otra cosa, ¿no?

Floro se lo llevó hacia su vehículo. La mano izquierda de Aldo estaba morada.

Faura le palmeó la espalda cuando pasó a su lado.

—A veces hay que tragar mierda para hacer la digestión.

Aldo no se fiaba de aquel pinche güey. Floro lo había esposado. Aquello activaba su paranoia sin necesidad de anfet. No quiero ir al calabozo, pendejo. No me gusta esto.

No me gusta nada.

Floro pasó todo el viaje lanzando instrucciones a Aldo. No digas nada, ten la puta boca cerrada, si me la juegas te mato a tiros.

Aldo apretaba los dientes: el viejo me la ha metido doblada.

Aparcaron en el garaje de la comisaría. Floro sacó a Aldo de la parte trasera del coche. Lo llevó del brazo, muy cerca de él. Continuó con su retahíla de consignas: no montes ningún pollo, no mires a nadie a los ojos, deja que hable yo.

Había poca gente. Aldo supuso que era por el verano. Quizá por ser sábado. El pinche abuelo lo había remarcado varias veces. También tenía eso previsto.

Le hicieron firmar una hoja con sus derechos. Se la leyeron en voz alta. Le tomaron huellas de los índices en una cartulina. Un segundo tipo anotó cosas en otra hoja. Floro rellenó el atestado. Lo graparon todo.

Subieron una planta. Oficina Central de Detenidos. Pararon ante una mesa. Un uniformado dejó de rascarse los huevos. Floro lo saludó. Le mostró el nuevo DNI falso de Aldo. Lo miró perplejo.

—Joder, qué mal te ha tratado la vida, chaval.

—Estos putos yonquis. Ya sabes cómo son, Berdejo.

Toma de huellas. Aldo había oído que saltarían alarmas. En cuanto pusiera los dedos sobre la máquina digitalizadora enlazaría con el ordenador. Sabrían que

Aldo no era Alejandro, ni Daniel, ni Antonio, ni ninguna de las identidades falsas de las últimas semanas.

El tipo agarró su mano y la colocó sobre el aparato. No pasó nada.

—Joder, esto no va.

Aldo miró hacia el suelo. Floro había desenchufado un cable con el pie. El otro poli volvió a intentarlo. Reinició el ordenador. Lanzó maldiciones.

—No, si al final me tocará escanearlo aparte.

—Pero ¿qué dices, Berdejo? No me jodas que te vas a poner a tomarle las huellas una a una y luego meterlas a mano en el ordenador.

—¿Y qué hago?

—Hostias, es sábado. Déjalo ya para el lunes, no te compliques. Bastantes movidas tenemos como para ponerte a escanear las huellas. Ya lo harás cuando pase el fin de semana y venga todo el grupo.

—Tienes razón, Floro. Estoy aquí comiéndome los marrones de los demás compañeros para nada. Que vengan los informáticos y se ocupen ellos.

Pasaron a tomarle las huellas a la vieja usanza. Cartulina blanca. A rellenar: los cinco dedos, la palma completa y el verso. Ahora la izquierda. Le dieron un pañuelo de papel para que se limpiara.

Sesión de fotos. Le quitaron las gafas de sol. Aldo era incapaz de tenerlos abiertos. Floro explicó que tenía un problema en las retinas. Como Davis. ¿Te acuerdas de aquel jugador? Estuvo en el Barça de Rijkaard. Floro y Bermejo aplicaron la regla de «a tomar por culo» y dieron por buenas las fotos: frente, perfil. Le devolvieron las gafas para la de semiperfil. A la jaula con él.

Berdejo rellenó otra ficha. Tatuajes y cicatrices. Aldo tenía la cara como un mapa. Fotografió cada corte. Se pasó un rato para describirlo todo. Al final, una redacción digna de un colegial. Aldo la leyó: le acusaban de forzar un trastero para robar una bici valorada en 1.000 euros.

—Los dueños están todo el fin de semana fuera —dijo Floro—. Tendremos a este pieza en el sótano hasta que podamos tomarles declaración.

Floro agarró la documentación y pasaron a otra sala.

El poli le susurró al oído:

—Ahora te quedas solo, chaval.

—¿Qué?

—El jefe de Calabozos y Custodias te tomará los datos y te meterá en el hoyo.

No abras la puta boca y disfruta de las vacaciones.

El nuevo madero estaba fondón. Pasaría de los cincuenta y apenas cabía en el uniforme. Aldo pensó que no aprobaría las pruebas físicas ni para entrar en un asilo. El caimán comprobó su ficha. Tenía dos ayudantes con pinta de novatos. Le quitaron a Aldo el sello de calavera, los cordones de los zapatos y las gafas de sol.

Todo se convirtió en una horrible luz blanca.

—Oiga, jefe.

—No soy tu jefe —contestó el poli.

—Necesito esas lentes oscuras.

—Aquí no hace sol, así que ni hablar.

—Si no las llevo, estoy ciego.

—Los ciegos también pueden entrar en la cárcel, ¿no lo sabías?

—Pero...

—Mira, chaval. Me importa una mierda lo que te pase. No te voy a dejar las gafas, ¿lo entiendes? Puede que tú no vayas a montar ningún cristo, pero no estarás solo ahí dentro. ¿Cómo sé yo que otro tío no te va a quitar las gafas y a degollarte con los cristales? Así que no me jodas y firma aquí.

Llevaron su mano al papel. Aldo hizo un garabato en mitad del folio. El gordo gruñó. Aldo sintió cómo lo llevaban casi a rastras. Oyó cómo se abría una puerta. Le quitaron las esposas. Vio sombras, olió a orín, escuchó unas voces:

—Eh, a ese lo conozco yo. Es el payoponi que atacó a la Paca.

La estancia en el balneario se iba a hacer muuuy larga.

Faura se detuvo en una agencia de viajes. Aparcó en doble fila y entró. Una cuarentona le sonrió con aburrimento. Mírame: iba para modelo y terminé de administrativa. Fui Miss Moratalaz en el 93.

—Hola —dijo Faura—, quiero unas vacaciones de una semana para cinco personas en Eurodisney.

—Claro. Tome asiento. —La mujer tecleó en el ordenador como pudo, tratando de no romper ninguna de sus kilométricas uñas escarlata—. ¿Para cuándo lo quiere?

—Para hoy.

Dejó de escribir. Miró a Faura con asombro. Empezó a dar excusas: será complicado encontrar un vuelo barato, los hoteles en esta época ya están llenos. Faura extrajo un segundo fajo de billetes y lo colocó sobre la mesa. La mujer abrió los ojos tanto como le permitía el bótox.

—Avión en primera clase —dijo Faura—. Hoteles del propio recinto en suites de cinco estrellas. Tres adultos y dos niños. Y, de verdad, tengo mucha prisa.

Faura condujo de nuevo hacia Alcorcón. Zigzagueó tratando de comprobar si le seguían. Se paró en un semáforo en verde y esperó a que estuviera en rojo. Luego se lo saltó. Oyó algunos pitidos, pero nadie salió tras él.

Llegó a casa de su hija. Aguardó casi cinco minutos en el Fiat Marea a que se le pasara el sofoco. Debía actuar con normalidad. Vamos, viejo, tú enseñaste a Marlon Brando a sonreír. Esto está chupado.

Bajó del vehículo. Subió en ascensor. Tocó el timbre. Estudiaba cada sombra.

Le abrió Ángel.

—Hombre, Paco, pasa. Estamos terminando de vestir a las niñas.

—¿Qué tal te va, yerno?

—No muy bien. Lo del ERE sigue adelante. Me van a despedir con unas condiciones de mierda. Y mi jefe sigue conduciendo su Lamborghini. ¿Acaso esto es justo?

—Deja de quejarte, anda. —Eli salió con los zapatos de las niñas en la mano —. No puedes hacer nada.

—¿Que no me queje? Pero si hasta los sindicatos nos dan la espalda. Están comprados, los muy...

—Esa boca.

—Perdón.

—Ya lo hemos hablado. Ahora toca buscar trabajo desde cero. A ver qué nos sale.

Faura echó un vistazo rápido al interior de la casa. No parecía haber nada fuera de lugar. Las niñas lo saludaron desde su habitación al final del pasillo. Raquel fue a su encuentro corriendo. Abuelo, abuelo, mira lo que me ha comprado mamá. Es un puzle, pero tiene seis caras, ¿ves? Si colocas los cubos así, sale una imagen.

—Muy bien, cariño. Yo también tengo una sorpresa para vosotras.

Extrajo las reservas y las mostró. Juana apareció por el pasillo. Reconocieron al momento a Mickey Mouse.

—Nos vamos a Eurodisney.

—Pero ¿qué estás diciendo, papá?

—¡Qué guay, abuelo!

—A mí me parece bien, Paco —dijo Ángel.

—¿Y cuándo vamos a irnos? —preguntó Eli—. Las niñas empiezan el colegio en dos semanas.

—Esta tarde. —Faura sonrió a lo Vito Corleone—. ¡Nos vamos a Eurodisney! Raquel saltó de alegría. Juana se llevó las manos a la cabeza. Ángel hizo

palmas. Eli pidió calma.

—¿No has pensado en consultármelo primero?

—Así no funcionan las sorpresas, hija.

—Pero... ¿y los preparativos? ¿Cómo sabes que no tengo cita con el médico o...?

—No, mamá, por favor —suplicó Raquel.

—Voy haciendo mi maleta. —Juana desapareció de nuevo.

—¿Qué puede haber que no puedas atrasar una semana? —preguntó Ángel.

Faura se acercó a Eli. Le tendió los billetes.

—¿Cuánto hace que no salimos los cinco de vacaciones?

Mirada de coronel Kurtz. Dios, al final la espantarás, Faura.

—Vamos, cariño —la animó Ángel—. Voy a regar bien las plantas para que aguanten toda la semana y nos vamos. ¿Has visto a las niñas? Están como locas.

—Y tú también —contestó Eli—. Oh, al diablo. Nos vamos a París.

—¡Bieeen! —Raquel estaba eufórica.

—Pero no me gusta que en esta casa se tomen las decisiones de manera democrática.

Restaurante de primera cerca de Barajas. Chuletones de buey a la brasa: un menú que siempre funcionaba. Faura evitó la carne roja. Se pusieron hasta arriba. Llegaron al aeropuerto con el tiempo justo. Así lo había calculado Faura. Tenían equipajes de mano nada más. Fueron a pasar los controles de seguridad. La puerta de embarque ya estaba abierta. Dejó que pasara su familia primero. Se quedó en último lugar representando la parte final de la función.

—Venga, abuelo —dijo Juana—. Que vamos a perder el avión.

—No encuentro mi cartera.

—¿Qué estás diciendo, Paco?

—La tenías cuando pagaste la comida, papá.

—Me la he debido de dejar en el restaurante. Ya sabes cómo tengo la cabeza.

—¿Qué me dices? —Eli se llevó las manos a la cabeza—. Vamos, papá. Mira bien.

—No tengo tantos bolsillos, hija. Te juro que no la llevo.

—¿Y ahora qué hacemos?

Faura negó con la cabeza. Trató de negociar con los de seguridad privada del control. En sus tiempos lo llevaba la Guardia Civil, pero hasta eso se había privatizado. Los seguratas recibían un cursillo de diez horas y ya estaban preparados para detectar terroristas y confiscar líquidos. Faura les insistió para pasar el control. Sabía la respuesta de antemano: sin DNI no vuela.

—Escuchadme. Voy a volver al restaurante. Con suerte, puedo regresar a tiempo y volar con vosotros.

—No te dará tiempo, Paco. Vamos con la hora pegada al culo.

—Subid vosotros al avión. Ya cogeré yo otro más tarde. Nos vemos en Francia.

—Pero, abuelo... —Raquel parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Iré enseguida. Resuelvo esto y me monto en el siguiente vuelo.

Por megafonía avisaron del próximo embarque a París. Faura se despidió de ellos con la mano. Desaparecieron hacia la zona del Duty Free.

Sintió un pinchazo en el pecho. Pensó que quizá esa sería la última vez que los vería con vida.

No había olvidado la cartera. No subiría a ningún avión. No disfrutaría de unas vacaciones con sus nietas en Eurodisney. Su plan era otro.

Ahora estaba solo con el asesino.

Faura pasó toda la tarde limpiando su casa. Había billetes ensangrentados. No era tan raro. Las guerras reactivaban las economías. Lo de Siria iba para rato. Hasta los rusos asomaban la nariz en las protestas ucranianas. Dinero y sangre: el origen del capitalismo.

Encontró la Makarov de Aldo sobre la mesa. Abrió el cargador. Le quedaban

siete cartuchos. Suficientes. Decidió dejarla a mano. Oculta pero accesible. La pregunta era: ¿dónde? No podía llevarla por la calle. Abultaba mucho y si lo pillaban, estaría jodido. Le entró miedo. La pegó con precinto bajo la mesa del salón.

Ignoraba si sería capaz de usarla. Nunca había disparado contra nadie. Ni siquiera a un perro rabioso.

Sus pensamientos se atascaban. Lo matas. Te deshaces del cadáver. Sales impune.

O quizá te mate a ti primero y tu cabeza acabe rodando por el suelo.

Guardó el dinero en una caja de zapatos. Salió a la escalera. Vio sombras burlescas con el rabillo del ojo. Aldo le había desgraciado la cerradura. La puerta se atrancaba, pero quedaba abierta. Una patada y estabas dentro. Colocó una tira de precinto transparente entre el marco y la hoja.

Bajó de nuevo a la calle. Llevaba el mechero en la mano. Anochece. Toda sombra era sospechosa. Tragó varias pastillas para el corazón. Se había pasado de la hora. Le daba igual. Comprobó que no había nadie dentro del coche antes de subir.

Demasiado estrés. Estaba entrando en el juego del asesino. Vamos, Faura, mantén la calma.

Condujo el Fiat Marea. Realizó maniobras de conducción evasiva para evitar seguimientos. Paró ante una casa de caridad. Limpió las huellas de la caja y la dejó en la puerta.

Calculó que había casi doscientos mil euros en metálico.

Llamó a Eli. Le dijo que no había encontrado la cartera. Quizá me la han robado. Tal vez alguien la cogió del bar. Mañana iré a comisaría a hacerme un nuevo

DNI. De fondo: sus nietas como locas. Mañana verían al Pato Donald. Abuelo, ven pronto.

Le dolía tanto mentirles.

Atraigamos a ese cabronazo. Finjamos falsa normalidad. Que venga a mí.

De nuevo en Alcorcón. Condujo despacio. Dio varias vueltas a la manzana antes de decidirse a aparcar. Paseó hasta el bar del Chimpancé. Allí se sintió seguro: el característico aroma a fritanga, la misma mierda decimonónica en el suelo, las típicas caras de estreñimiento de los clientes habituales. Un vistazo rápido: no hay nadie nuevo.

El Chimpancé lo saludó con la cabeza. Fue a por un zumo. Faura lo detuvo.

—Hoy me pones un Chivas.

El camarero se sintió espantado. Eran demasiados años tomando la misma mierda para que ahora los clientes cambiaran sus hábitos.

—A ver si te va a sentar mal —le dijo cuando le trajo la botella.

—De algo hay que morir.

—Entonces, paga antes.

Caminó hasta casa. No vio movimiento en la calle. Pensó que la paranoia era inútil. El asesino sorprendió a CJ. Yo no lo veré venir. Si se trata de Percy de la Cruz, tiene entrenamiento militar. Date por jodido, viejo.

Según su instinto, había dos opciones. La primera: que lo secuestrara y lo llevara a la habitación donde mató a CJ. La segunda: que lo matara en un sitio tranquilo. Debía evitar los descampados, las zonas con pocos transeúntes, pasear siempre bajo las farolas. Una corazonada: tu casa es un sitio de puta madre para una decapitación.

Nada en la puerta de entrada. Subió por las escaleras. Cámara lenta. La espalda contra la pared. Tenía el puño cerrado sobre el encendedor de Susana. El precinto continuaba donde lo había dejado. Abrió y se despegó. Colocó una silla para evitar que nadie entrara. Revisó la casa de nuevo. No había nadie.

Esa noche no durmió. Se dedicó a poner a punto los micros. Tuvo una idea.

Su mente iba en una dirección: mata, esconde el cuerpo, trata de salir de esta sin cargos. Ahora pensaba en una variante: ten una coartada.

Una cojonuda.

Día dos. Llamó Eli. No, todavía nada. Hay problemas con el sistema de emisión de DNI. No, sin él no me dejan viajar. Estoy mirando autobuses y trenes. En cuanto pueda, iré para allá. Pasadlo bien sin mí.

Sus palabras cada vez sonaban más cansadas y menos creíbles.

Desayunó en el bar de siempre. La recomendación del chef: bocadillo de altramuces con panceta. Fortalece los pelos del sobaco y endurece las almorranas. Clínicamente testado. Faura declinó y se tomó un carajillo.

Perdió el tiempo con algunos parroquianos. Jugueteeó con el zippo. Sintió los latidos en la garganta.

Paseó hasta la panadería. Pilló un par de barras de medio kilo. Fue hasta un parque cercano. Había más viejos, madres con sus hijos, un tipo cortando el seto. Faura se sentó en un banco céntrico. A la vista de todos. Ningún coche podría llegar hasta allí. Se dedicó a desmigalar el pan y a alimentar a las palomas.

Se aburrió como nunca.

Hora de comer. La gente fue desapareciendo del jardín. Hacía tiempo que había gastado el pan. Había cebado a las palomas, pero los gorriones aún tenían gula.

Arrastró los pies por una avenida de doble carril. Muchos coches pasaron ante él. Los miraba con recelo. Esperaba que en algún momento saliera un tipo con un machete y lo decapitase.

Llegó a casa.

Nada en la puerta de entrada. Subió por las escaleras. Cámara lenta. La espalda contra la pared. El puño cerrado sobre el encendedor. Un momento: el precinto estaba despegado. La hoja de la puerta se había movido.

Alguien había entrado. Puede que siguiera allí.

Faura tomó aire. El corazón le iba a mil. Abrió con tranquilidad. No vio a nadie en el pasillo.

Pasó al interior.

—De algo hay que morir —dijo.

Caminó despacio. Echó miradas a ambos lados. No vio nada. Continuó hasta el salón.

Percy de la Cruz estaba sentado tras la mesa, rodeado de penumbra, aguardando a Faura.

Aldo conocía los calabozos. Los había pisado varias veces. De momento no había mucha gente. Pusieron a la peña por separado. Un gitano lo amenazaba desde la otra punta. Daba golpes. Trataba de atraer la atención de los carceleros. Ese cabrón mató a mi tía abuela segunda por parte de primo. Cállate, coño. Vamos, ¿es que no me vais a hacer caso? Que te calles. Dejadme un minuto a solas con él. Te callas o te meto.

Pasó de todo. Se puso la camiseta sobre la cabeza y dejó transcurrir el tiempo.

En la jaula, lo de siempre. Hizo un repaso mental.

Desayuno. Un par de galletas y un zumo de brik. La tribu quería mear en todo momento. Guardia, que me meo. Te jodes. Los juzgados estaban cerrados los fines de semana y la basura se acumuló. Trajeron a un yonqui. Llevaba un mono encima del tamaño reina de Inglaterra. Un pavo sacó la chorra entre las rejas y meó en el pasillo. Los maderos le obligaron a limpiarlo.

Comida. Garbanzos servidos en bandejas de corcho. Un par de moros montaron escándalo. Decían que llevaba carne de cerdo. Insultáis mis creencias, *uld qahba*. Los del turno de calabozo estaban hasta los huevos. ¡Metadona, agentes, dadme algo!, gritó el yonqui. Los gitanos se descojonaban. Los moros lanzaron la comida al suelo y defecaron en las bandejas. Hubo jaleo para que devolvieran las cucharitas de plástico.

Cena: cacahuetes y algo de compota. El yonqui se vomitó encima. Tuvieron que sacarlo a las duchas. Aldo escuchó al guardia pidiendo ropa limpia a Cáritas. Lo trajeron al rato. Los polis tuvieron que esquivar escupitajos. Abrieron las celdas una a una. Los acompañaron a un cuartucho. Cada cual pilló una

colchoneta y una manta que nunca lavaban. Se metieron de nuevo en las jaulas y trataron de dormir.

Aldo abrió los ojos. La oscuridad le dio una nueva perspectiva de las cosas. Se palpó el hombro derecho. La herida de bala le dolía de la hostia. Apenas podía mover el brazo. Los dedos de esa mano lucían negros.

Estaba cansado de comerse los marrones. Pensó en el cabrón de Faura. Seguro que ese pinche viejo estaba a salvo en su casa.

—Percy de la Cruz —dijo Faura en voz alta.

Estaba tras la mesa del salón. Justo debajo había ocultado la Makarov. Quizá no la hubiera visto. Apuntaba hacia la puerta. Faura permanecía en el dintel. Para que su plan funcionase deberían estar del revés: Percy en la entrada y Faura en la silla.

—Tu mechero de James Bond no parece tan útil ahora. Estás jodido, viejo.

Percy señaló a Faura con un machete enorme. Aún quedaban restos de sangre. Supuso que de Carl. Puede que de Galya, o del vagabundo aquel, Pablo No sé qué. Llevaba algo en la mano derecha. Le apuntó con eso. Era un Taser. Lanzaba un par de agujas atadas a un cable que soltaba descargas eléctricas.

—Eso no será necesario, hijo —dijo Faura—. Padezco del corazón. Si me das un chispazo es muy probable que muera.

Percy inclinó el cuerpo. Faura pudo verlo mejor. Vestía un mono de fontanero. El rostro chupado, los ojos idos, la boca torcida. Babeaba. Faura pensó que se metía de todo.

Le recordó a Aldo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó.

—Me lo dijo CJ, ¿lo recuerdas? Carl Jimenes. Tú lo mataste.

Percy apartó el Taser. Faura siguió tenso: o muerte por electroshock o por decapitación.

—Eres un soldado, Percy. Y los soldados son hombres de honor. Por eso te pido que me concedas mi última voluntad.

Percy no le quitó ojo de encima. Estaban apenas a unos metros. Faura no podría escapar. Ni refugiarse. Ambos lo sabían.

—Escucha, hijo. Hace unos años me dio un infarto y desde entonces no he vuelto a fumar. —Señaló el Montecristo que había enmarcado—. Deja que le meta unas cuantas caladas al puro. Es todo lo que te pido. —Extendió los brazos—. Solo soy un viejo. Lento, con artrosis, sin familia ni amigos. Nadie va a venir a mi rescate. Ni lo quiero. Entendí tu mensaje, de verdad que sí. Por eso no me he escondido. Por eso he esperado a que vinieras. Mátame, pero, joder, deja que fume antes.

Faura no estaba seguro de en qué momento Percy había dejado de escucharle. El encendedor de Susana palpitaba en su puño. Se lo mostró. Miró al cuadro. El tío no soltaba el machete ni el Taser. Faura fue hacia el Montecristo. Desmontó el marco y lo sacó de su tumba. Le dio la espalda a Percy. Esperaba sentir el tajo en cualquier momento. La cabeza despegándose del cuello. Con suerte, sería rápido.

Se volvió de nuevo. Percy no se había movido. La pistola de electroshock seguía apuntando a su pecho.

El puro estaba destrozado. Con solo tocarlo cayeron fibras. No se había conservado bien en el metacrilato. Encendió una cerilla y aspiró el humo. El Montecristo sabía añejo, el tabaco demasiado seco, el papel tirando a húmedo. Sigue tu plan suicida, viejo. Trata de salir con vida.

Arrastró los pies hasta la silla vacía frente a Percy. Muy despacio. Había conocido a paralíticos más veloces. Tomó asiento. Dejó el mechero sobre la mesa. Percy no se había enterado que no funcionaba.

Ahora: más cerca de la Makarov. El problema: no podía apretar el gatillo y ya está. Tendría que estirar la mano bajo la mesa hasta casi las rodillas de Percy, despegarla del precinto, girarla y disparar. Antes de que lo pudiera hacer su cabeza estaría rodando por el suelo.

—¿Por qué dejas que te mate?

Faura improvisó:

—Soy viejo y me he cansado de luchar.

—Eso te honra. —Dijo algo en árabe. A Faura le pareció un rezo—. En

Afganistán se consideraba un ritual sagrado. Acababas con una vida, pero alcanzabas el jardín de Dios.

—Leí sobre ti —prosiguió Faura—. Percy de la Cruz. Gran héroe de guerra. No es difícil encontrar tu nombre en los diarios.

—No soy un héroe —contestó—. No me llames así.

Faura estudió su rostro. Pelo cortado a máquina, uñas brillantes, afeitado apurado, un reloj con GPS en la muñeca. Una intuición: los zapatos eran de Gucci. No cuadraba con la descripción de CJ. No aparentaba ser un mendigo. Quizá nunca lo fue.

—Si no eres un héroe, ¿qué eres?

—Un soldado.

—O un asesino.

—Es lo mismo.

—Hay una diferencia. —Faura dio un par de toques a su Montecristo y la ceniza cayó al suelo—. Los soldados siguen órdenes.

Percy asintió con la cabeza. Faura no comprendía el significado.

—Por eso soy un soldado. Siempre lo fui.

—¿Obedeces órdenes, Percy?

Percy se llevó las manos a la cabeza. Dejó de mirar a Faura. Tembló. Murmuró más palabras árabes. Sus dedos se crisparon. Faura pensó formas de suicidarse: echar mano del machete, tratar de dispararle con el Taser. Olvídalo. No eres tan rápido.

Sigue el plan.

—¿A quién obedeces, Percy?

—Él... me ordena que haga esto.

—¿Quién es?

El exmilitar se movió. Faura no esperaba esa velocidad. Golpeó la mesa con los puños. Sus ojos estaban en otra parte.

—Dios.

Faura acarició el zippo. Percy estaba zumbado.

—Dios te obliga a matar.

—Me habla. Su voz... no me lo pide. Me sugiere. Me convence. Sabe qué es lo mejor para Percy.

—¿Lo escuchas ahora?

Percy no pareció comprender la pregunta.

—En tu cabeza. Oyes voces, ¿verdad, hijo? ¿Te está hablando ahora mismo? Desconcierto. Sospecha. Su mirada se endureció.

—Claro que no.

—Pero...

—No está aquí. Aquí solo está Percy.

Dios había abandonado la sala. Faura pronto lo haría. Después solo quedaría Aldo. Plan de mierda.

—Esas voces... ¿te pidieron asesinar a Carl?

—No digas su nombre.

—Está bien.

Se echó hacia atrás en la silla. Faura vio cómo la oscuridad lo engullía. Los nudillos blancos en la empuñadura del machete.

—¿Has terminado de fumar? —Su tono de voz era sombrío, ronco.

El Montecristo llevaba tiempo apagado.

—¿Me puedes hacer un último favor antes de que todo acabe?

Le colocó el machete bajo la oreja. Faura no sintió su tacto ni la presión, solo el olor. Apestaba a descomposición.

—No juegues con Percy, viejo.

—Solo quiero... quiero... que mires sobre ese estante.

—¿Qué?

—El osito de peluche...

—¿Quieres morir con un juguete?

Faura asintió. Percy relajó el filo. Miró al estante. Allí, tras unos cuadros, estaba el oso. Percy se incorporó. Fue hasta la estantería sin perder de vista a Faura.

—Pensé que serías digno —dijo.

—Lo siento, Percy de la Cruz.

Faura lo observó con detenimiento. La tensión iba a matarlo. El corazón se le salía de la boca. Tuvo que concentrarse para que no le temblaran las manos.

Entonces ocurrió.

Percy tiró del peluche y vio que estaba sujeto a un cable.

—Míralo a los ojos, hijo.

Eran distintos. Una cámara de vídeo oculta en un juguete infantil. Lo usaban algunos padres que sospechaban que las cuidadoras maltrataban a sus retoños.

—Las imágenes se guardan en un disco duro externo al otro lado de la ciudad. La policía las tendrá en unas horas. También hay micros ocultos. Tú y tu dios estáis jodidos.

No esperó a su respuesta. Faura se levantó de golpe y tiró la mesa al suelo. Se refugió tras ella justo cuando Percy disparaba el Taser. Las agujas impactaron en el tablón de madera. Faura iba a lo suyo. Despegó la Makarov. Apuntó con ella. Vio a Percy saltando sobre él. El machete en la mano.

Disparó.

Apretó tantas veces el gatillo como pudo. Las balas atravesaron al asesino. El machete salió disparado. Percy aterrizó sobre su cuerpo. Faura siguió disparando. Tenía el brazo inmovilizado con el peso de Percy. Las balas salieron desviadas. Percy gritaba. A Faura le temblaba todo. Percy lo agarró del cuello. Apretó con ambas manos. Tenía agujeros en el pecho. Debería estar muerto, joder. Lo había acribillado.

Un destello por el rabillo del ojo. El mechero de Susana. Llévalo siempre encima, Paco. Te protegeré. Gracias, cariño.

Faura agarró el encendedor. Pulsó el mecanismo oculto. El filo de una navaja apareció de la nada.

Despertó. Tomó aire por la boca. Percy estaba sobre su cuerpo. No sabía cuánto

tiempo llevaba desmayado. Aún temblaba por la adrenalina. Se lo quitó de encima como pudo. Tenía el filo oculto de su zippo clavado en la sien.

Estaba en shock. Le costaba pensar. Trató de mantener la calma. Su cerebro iba en todas direcciones. Necesitaba aire. Abrió las ventanas. No, tenía que salir de allí. Fue hacia la entrada. Sintió un pinchazo en el pecho. No se detuvo. Se dio la vuelta un par de veces. Percy continuaba inmóvil. Escuchó voces en el descansillo. ¿Eso eran disparos? A mí me han parecido petardos. A ver si ponemos las pelis de acción con menos volumen.

Casi se cagan encima cuando vieron a Faura. La mirada de un demente. Le cerraron las puertas en la cara.

—Ayuda... —murmuró.

Un segundo pinchazo le hizo clavar la rodilla en el suelo. El brazo izquierdo se convirtió en puro dolor.

Algo dentro de él latió con fuerza y rabia y después se detuvo.

¿Cuánto tiempo llevaba en aquel puto agujero? Trató de recordar las comidas. Todas iguales, todas un asco. Al menos habían soltado a los gitanos. O se los habían llevado al juez. Estaba harto del primo sobrino lejano de la Paca.

Un poli llamó a Alejandro Paredero. Aldo se puso en pie. Lo sacaron. Le devolvieron sus cosas. Le hicieron firmar otra hoja. Se puso las gafas de sol. Oh, qué de madre. Os he echado de menos, nenas.

Lo acompañaron por un pasillo. Vio a Floro al fondo. Tenía aspecto de no haber dormido. ¿Qué pasa, güey?

—Esta vez te libras —dijo Floro—. Vamos, arreando que es gerundio.

Hizo el cambio de cromos con el otro poli. Caminaron por una zona que no recordaba. Llegaron al garaje. Vio coches rotulados con las puertas rayadas. Ya no se respeta a la ley en este pinche país. Floro abrió una puerta. Salieron al exterior. Aldo quedó medio ciego con el cambio de los alógenos a la luz solar. Floro lo agarró y lo estampó contra la pared.

—¡¿De qué coño va todo esto?! —gritó.

Aldo aulló. Se le abrieron los puntos. Dolor. De nuevo el dolor.

—¡Mi brazo, güey!

—Los cojones. ¿De qué conoces a Paco?

—Somos amigos.

Floro le propinó un puñetazo en el costado. Las costillas rotas se resintieron. Aldo no tenía fuerzas. Se derrumbó.

—Segunda oportunidad, gilipollas.

—Vino a mí.

Le aplastó la cabeza contra el muro. Hizo presión con el antebrazo. Aldo

apretó los dientes.

—Mira, desgraciado. Si no fuera porque has estado en el pozo estos días, te cortaba los huevos y te los metía en la boca, ¿me captas? Así que te lo preguntaré por última vez, y me vas a contar lo que quiero escuchar. ¿Qué hostias tramas con Paco Faura?

Clic. Las fichas encajaron en su cabeza: Faura, el asesino, el cabreo de Floro.

—¿Lo hizo? —preguntó.

—¿De qué hablas, mamón?

—¿Ha matado a ese pinche pendejo?

La presión se aflojó. Floro le obligó a girarse. Le miró tan de cerca que se veía doble. El aliento le apestaba a perro mojado. Lo empujó con rabia. Aldo chocó contra el tabique. Floro se alejó un par de pasos.

—Olvídate de mí, ¿lo entiendes? Si te vuelvo a ver, tiro de fusca y te crujo. No quiero saber qué coño os traéis entre manos, ni por qué Faura montó una puta carnicería en su casa. Pasa de mi cara, ¿lo entiendes?

Un momento...

—¿Qué carnicería?

Floro abrió la puerta del garaje. Aldo lo detuvo antes de que cerrara.

—¿Qué carnicería?

La mirada de la Gorgona: Floro destilaba ira.

—Paco se lio a tiros en su sala de estar —murmuró—. Se ha cargado a un tío y ahora está en la UCI.

—¿Qué?

—No ha palmado de puto milagro. Si sale del coma, dile que no me vuelva a llamar.

Madrid rezumaba. Los contenedores estaban sepultados bajo toneladas de basura. La mierda se acumulaba en montañas. Las ratas se daban un festín. Las moscas encontraron un ecosistema perfecto para la anidación. Había larvas

blancuzcas por las aceras. Los niños las coleccionaban en tarros de cristal. Los adultos caminaban con mascarillas y guantes de plástico. Los viejos parecían extintos.

Aldo se arrastró sin rumbo. No tenía dinero. Sin identidad ficticia. Las palabras de Floro: el abuelo estaba agonizando en algún hospital. Ni idea de cuál.

Su presupuesto: 14,35 euros en monedas pequeñas. Se dirigió al metro. Una chavala repartía un diario gratuito en la entrada. Apartó la vista cuando Aldo pasó por su lado. No le dio un ejemplar. Aldo estiró la mano. La chica le pasó uno sin mirar. La pinta de Aldo era demencial.

Bajó las escaleras. Compró un billete normal. Pasó el control. Evitó mirar a las cámaras de seguridad. Se subió a un vagón al azar. Hojeó el periódico. La huelga de limpieza abarcaba casi todas las páginas. Además: armas químicas en la guerra de Siria, un tiroteo en Estados Unidos, 150 muertos en el Caribe por dos ciclones. Sin noticias de Faura. Vaya asco de publicación.

Se paseó por el resto de los vagones. La gente lo evitaba. Un par de góticos le miraron con asco. El convoy se detuvo en una estación. Aldo casi cayó al suelo. Subió un mendigo. Aldo encontró un periódico distinto. Alguien lo había abandonado o perdido. Tuvo suerte y se pudo sentar. La cincuentona a su lado se tapó la nariz.

El diario era más abultado que el gratuito. Esto es prensa seria. Aldo pasó las páginas. Críticas racistas en el editorial, columnas de opinión con tópicos xenófobos, ataques frontales a partidos de izquierda y alabanzas al gobierno. Aldo flipaba. Criminalizaba a grupos ciudadanos en contra de desahucios, se reían de los ancianos que perdieron todo su dinero engañados por el banco, pedían mano dura contra las manifestaciones frente a las casas de políticos. No era una publicación de humor. Toda aquella mierda se decía en serio.

Pinche país.

El mendigo le dejó un papel. Pedía por la Virgen que le dieran dinero. Repartió uno por pasajero y luego los recogió. Aldo a lo suyo. Leyó titulares: la

crisis ya ha pasado, los recortes son necesarios, la culpa es de la herencia recibida del anterior ejecutivo, nuevas pruebas de la implicación de ETA en el 11M. La viñeta: unos perroflautas apalizados por antidisturbios. Página de sucesos: un incendio, una redada, continúa la búsqueda del misterioso tipo que había puesto una bomba en la calle Caballero de los Leones de Fuencarral. Aldo la leyó por encima. El asaltante llevaba un casco y se ignoraba quién podía ser. La poli se decantaba por un ajuste de cuentas entre bandas rivales.

Ahí: una foto del edificio del viejo. Poca explicación. Secreto sumarial. Un muerto y otro herido. Las apuestas: ajustes de cuentas, robo frustrado, temas de maricas. Releyó las diez líneas varias veces. Pura basura sin sustento.

Se bajó el vagabundo y subió un dueto de cuerda. Llevaban un amplificador. Tocaron canciones desafinadas que nadie quería escuchar. No sacaron un chavo. Aldo aguantó el recital. Se bajó en la última parada. Una estación pequeña. Más basura en las calles.

Buscó una cabina telefónica; tarea imposible. Encontró un locutorio. Bandera colombiana, cartel de compro oro pegado a un tablón con una chincheta, dos chinos tras el mostrador. Aldo entró en un cubículo. Se sentó. Trató de razonar. El viejo vivo, un pendejo muerto. ¿El asesino? Tenía que saber.

Había memorizado el número de teléfono de Faura. Lo marcó. Alguien descolgó al otro lado. Aldo no reconoció la voz.

—Paco. —Faura oía una voz—. Paco.

Alguien lo llamaba por su nombre. Sonaba a tomar por culo de lejos. Sus últimos recuerdos: la oscuridad. Flashazos repetitivos, fotogramas fijos. Un cráneo. Susana. CJ torturado. Abrió los ojos. Imposible enfocar la vista. Había luz. Intuyó tubos, cables, máquinas que emitían pitidos. Le colocaron una linterna en las pupilas.

—¿Me oyes, Paco? ¿Paco?

Faura gruñó. La boca seca e irritada. Intentó mover un brazo. Ignoraba si lo había logrado. Afinó el oído:

—Le hemos rebajado la sedación para sacarlo del coma. Vamos a comprobar su evolución de las siguientes horas. Tu padre estuvo quince minutos con parada cardíaca.

El llanto que oía era de Eli.

Segundo intento.

Abrió los ojos de nuevo. El mareo había remitido. Eli dormitaba en un sillón. Estaban solos en la habitación de hospital. Faura recibía oxígeno por un tubo conectado a su nariz. Un gotero enganchado al brazo, un picor en la entrepierna le indicaba que lo habían sondado. Monitorizaban su pulso.

—Hola —susurró.

Eli se despertó. Se puso en pie de un salto. Agarró a Faura de la mano.

—¡Papá! ¿Cómo estás?

—¿Y las... y las niñas?

—Vaya vacaciones nos regalaste, papá. Juana y Raquel se han quedado con Ángel en París. Yo vine cuando me avisaron, pero prefiero evitarles esto a mis pequeñas. —Las lágrimas regresaron a sus ojos—. ¡Santo Dios! Pero ¿se puede saber qué ocurrió en tu piso?

Faura recordó. Percy. La charla, los micros, la cámara, los disparos. La sangre. —No lo sé —mintió.

—Casi te mueres. Los vecinos avisaron a Emergencias y vino una ambulancia. Tardaron un siglo en reanimarte. Dicen que tendrás secuelas, que...

El llanto interrumpió su discurso. Faura lo entendió: me has destrozado, has matado a un hombre, casi te perdemos, ¿quién coño eres, papá?

Noche.

De vez en cuando sonaba su móvil. Eli descolgaba. No había nadie al otro lado.

—¿Quién era? —preguntó Faura.

—Nadie.

—¿Ha llamado alguien más?

—Solo ese número que siempre cuelga. ¿No tienes amigos, papá?

—Sí, pero están todos muertos.

Era cierto.

No quería dormir más. La medicina lo atontaba. Llevaba fuera de juego casi dos días. Necesitaba concentrarse. Recordar los últimos días.

Había matado a Percy. Eso se consideraba homicidio. La poli aparecería pronto para tomarle declaración. Los atenuantes: la conversación grabada con los micros, las imágenes de la cámara oculta. Posibles incoherencias. ¿De dónde sacó la Makarov? ¿De qué lo conocía? ¿Qué hacía esa película *snuff* en su tarjeta SD?

La guinda: ¿por qué no avisó a las autoridades?

Misma respuesta para todos: soy anciano, tengo alzhéimer, estoy senil, no

recuerdo nada, todo fue muy rápido, aún continuó conmocionado.

Los micros en reserva. Los de la científica no los habrían pasado por alto ni borrachos. La cámara oculta a la vista. Querrán ver las imágenes. Faura las revisaría primero. Sería un juicio extraño y largo. Amenaza de cárcel en el horizonte. Hablaría con Ruano para pagar a algún abogado mafioso.

Su mente abotagada por las drogas. Le costaba ver el puzle en su conjunto. Recordó: Percy con el machete, Percy con el Taser, Percy con el afeitado más apurado que había visto nunca, Percy con un mono azul de fontanero. Algo no cuadraba.

Según CJ, Percy era un mendigo. A Faura no se lo pareció. CJ no pudo encontrarlo por ninguna parte. Las pesquisas de Faura tampoco dieron resultado. La hipótesis más plausible: no está en Madrid.

Sonó el teléfono. Eli descolgó. Nadie al otro lado.

El cerebro de Faura tomaba velocidad. No empieces la casa por el tejado. Vuelve al principio. A cómo empezó todo. Encuentra lo que chirría en todo este asunto.

Punto uno: el cráneo. Maribel Botella. Perdido en Alcorcón. Lo encontró el mismísimo Harrelson Levy. Percy no podía ser el asesino.

Unos meses después muere Galya. Nadie ve nada. Fiesta de ricachones para celebrar la Marca España. La poli pasa del asunto. Ensuciaría su renombre. Percy como principal sospechoso.

Pablo No sé qué, el mendigo a medio decapitar. El tío estaba trastornado. Se creía Aragorn y le plantó cara al asesino. Acabó muerto igual. Percy, principal sospechoso. Quizá por eso llevaba el Taser. Lo compró para inmovilizar a sus víctimas tras el fracaso con el vagabundo. Puede que así redujese a CJ. Ataque por la espalda, electroshock, CJ clavado a una mesa.

Preguntas sin respuesta: ¿dónde se escondió durante todo este tiempo?, ¿por qué esa imagen tan distinta del desgraciado que describió CJ?

Sonó el teléfono. Eli descolgó. Más silencio al otro lado de la línea.

Explicación para tontos: casualidad. Fue culpa del azar que eligiera a Galya

como primera víctima. A Percy se le peló el cable tras hablar con CJ. La mala suerte hizo que leyera en los periódicos que habían encontrado un cráneo en los terrenos de Eurovegas y le sirvió de inspiración.

Eso no fue así. Esa información no trascendió. A la gente se le dijo que fue un yacimiento arqueológico. Nadie sabía que esa calavera era fruto de un asesinato treinta años atrás. Era casi secreto de Estado. Lo sabían pocas personas, aparte de él mismo. Ruano, Dólera, Floro y...

Los engranajes giraron a toda velocidad. La máquina que vigilaba sus latidos pitó descontrolada. Eli fue a buscar a una enfermera.

Todo cobraba sentido. Las casualidades se volvían hechos premeditados. La aparición del cráneo, la muerte de Galya en la zona de ricachones, la relación CJ-Percy.

Recordó su encuentro en casa. Percy habló de Dios. No soy un héroe, sino un soldado. Los soldados siguen órdenes. ¿A quién obedeces, Percy?

Él me ordena que haga esto. Su voz es Dios. Sabe qué es lo mejor en cada momento. ¿Escuchas voces, Percy? Claro que no.

Percy escondido mejor que Bin Laden. Percy con un afeitado perfecto. Percy el mendigo con un Taser que cuesta una millonada. Percy: el soldado que seguía órdenes.

Percy era el cuchillo. Pero la mano que lo sujetaba pertenecía a otra persona.

Alguien le susurraba al oído a quién matar. Alguien lo ocultó a plena luz todos estos meses.

Faura recordó el vídeo de la ejecución de CJ. Ahí estaba la clave. En sus ojos. Tristeza, desolación, sorpresa. El vídeo cortado: CJ decía un nombre. Y no era el de Percy.

La persona tras la cámara. La que puso el Taser en la mano de Percy. La que se confió al poner las cortinas de fondo en el vídeo. La que conocía que el cráneo de Maribel existía y no eran restos íberos.

Esa persona era el verdadero enemigo.

Y Faura había averiguado su identidad.

Eli regresó con una enfermera. Sonó el teléfono. Faura estiró el brazo y lo agarró. Se le salió la vía, tiró el gotero. Descolgó y se lo puso en la oreja. Eli lloraba. La enfermera llamó a gritos a un celador.

—El que mató a Galya sigue libre —le habló al móvil—. Se cree seguro en su anonimato.

Dijo un nombre. Dijo un lugar. Nadie contestó al otro lado.

CJ se había marchado. Cristina Olsen pasó por su habitación. No se había llevado equipaje. Ella había pasado un par de noches allí, en la oscuridad, esperando que regresara. La discusión del restaurante fue en caliente. Lo que dijo lo pensaba de verdad, pero ahora lo veía con otro prisma. Podían seguir juntos. Debían separar la relación personal de la profesional. Encontrarían la manera.

Pero CJ se había ido.

Revisó lo que había olvidado. Un par de pantalones, un traje, la ropa de deporte, tres pares de zapatillas distintos, calzoncillos, calcetines, un pasamontañas. Lo que echaba en falta: documentación, la tarjeta de acceso a la suite, las llaves del Mercedes, el busca, el móvil.

Se tumbó en la cama. El servicio de habitaciones cambiaba las sábanas a diario, aunque no se hubieran usado. Sintió que le robaban sus recuerdos. Cristina se acurrucó junto a una camiseta. Estaba suave. CJ era pura roca.

Hizo preguntas indirectas a los Levy. Harrelson lo echaba a faltar en sus reuniones. Le gustaba tenerlo presente para acojonar a los politicuchos. Larry estaba decepcionado. Al parecer, levantó la sanción a CJ esa misma noche. Le pidió que le esperase en el garaje. CJ lo dejó tirado. Lo despidió al día siguiente. Cristina tuvo que tramitar la baja laboral. Larry dijo que le enviara sus cosas por correo a North Las Vegas. Cristina desobedeció. Aún esperaba su regreso. Se tumbaba junto a su ropa y lo llamaba por teléfono. Nunca estaba encendido.

No había pasado ni una semana y ya no podía vivir sin él.

Su vida era trabajar. De la sala de juntas a preparar un viaje mientras concretaba tres reuniones con el manos libres. Tecleó un discurso, pasó a limpio organigramas, comprobó listados, realizó balances, tradujo varios documentos, gestionó la agenda de los próximos seis meses, reservó vuelos, cenas y cócteles.

No paraba.

Una noche libre a la semana. Cristina la utilizaba para estar con CJ. Sobre el papel: sin prisas, llamadas o urgencias. La realidad era otra. Llevaba siglos sin vacaciones. Incluso en sus horas de asueto avanzaba trabajo atrasado. Los Levy la requerían a cualquier hora para cualquier gilipollez. La noche libre era pura utopía.

Decidió quedarse en el hotel. Horas extra no remuneradas. Harrelson Levy estaba hasta los huevos de los españoles. Le habían adelantado la noticia en privado: no dejarían fumar en los casinos. El Mormón amenazaba con dinamitar todo el proyecto. Se llevaría los casinos a Asia. Allí sí tenía poder absoluto. En España solo buscaban desangrarle: sonrisas sobre plano, sobrecostes en obra terminada. Los diputados solo querían la foto. Inventaban cifras sobre los puestos de trabajo que generaría. Al final, solo humo.

La posibilidad de mandarlo todo a la mierda, muy real.

Cristina no podía concentrarse. Pensaba en CJ. Bocazas, insensible, cínica. Ahora se ha ido. ¿Qué vas a hacer? No hay manera de localizarlo. Esto se ha roto para siempre. Las paredes del Grand Biedma la aprisionaban. Estaba nerviosa. La ansiedad golpeaba su pecho. Abrió una ventana. Madrid apestaba. La huelga de basura había sido todo un éxito. La capital era un estercolero urbano.

No le importó. Tenía que escapar de allí o se volvería loca. Salió de su cuarto y bajó en ascensor. La noche caía. Sin estrellas, solo bandadas de moscas. Se tapó el rostro con un fular. Necesitaba pasear. Caminar. Pensar en movimiento.

Tomó una calle al azar. Céntrica, con un montón de gente. Debía llamar a sus padres. ¿Cuánto hacía que no los visitaba? Los días eran clónicos. Las necesidades de los Levy, constantes. A Cristina le daban ganas de gritar. Tenéis

todo el dinero que se puede imaginar y aun así necesitáis una niñera. Chicos, esto no es serio.

Un helicóptero la sobrevoló. Sacó su *smartphone*. Buscó noticias de Madrid. Ahí: manifestación en contra de los recortes. Todas las mareas confluyendo. Camisetas verdes para los profesores, blancas para los médicos, rojas para los científicos. Lanzaron consignas, corearon himnos, agitaron pancartas. Mucho lío. Cristina se alejó del trayecto y tomó vías secundarias.

Las calles del casco viejo estaban inundadas de mierda. Ahí se notaba más la dejadez. Los esquirolles retiraban la basura de las calles más conocidas y pasaban del resto. Órdenes de arriba: tenemos que preservar el turismo.

Y, de pronto, esa sensación. Alguien la seguía.

Se giró. Había bastante gente por la calle. Tipos con banderas, con carteles, niños borrachos, domingueros comunes. Caminó más rápido. Había oído historias. Violadores, carteristas, e incluso lo de la cabeza cortada de Getafe. Madrid estaba esquizofrénico.

Decidió tomar una copa. Miró una aplicación de su móvil. Le indicaba las mejores barras respecto a su posición en el mapa. Localización GPS, opiniones de otros clientes, precios, calidad, higiene, variedad. Se decidió por uno ubicado a cinco manzanas. Barrio de Malasaña. Tenía buena pinta.

Escuchó pisadas tras ella. De nuevo esa sensación. Volvió la cabeza con disimulo. Gente por todas partes. A los madrileños no les importaba la peste. Cristina marcó la ubicación en el navegador. Torció por una calle y siguió las instrucciones. No quedaba lejos. Se cruzó con gente sin nada que hacer. Mira a ese tipo que va fumando un puro mientras pasea a su chuchito: los dos tenían aire de cultoretas. Fíjate en los chinos vendiendo latas de cerveza tibia. Cuidado con los charcos de meados de esa bocacalle.

Una mano la retuvo. La empujó contra la entrada de un portal. Quiso gritar, pero una segunda mano le tapó la boca. Estaba oscuro. Su agresor se colocó cara a cara. Olía a suciedad, tenía las uñas negras, la barba descuidada. Pensó que la

iba a matar. Trató de resistirse, pero el miedo la atenazaba. Vamos, largo de aquí, coge la pasta y déjame.

Pero el asaltante no buscaba dinero. Le colocó un cuello de botella roto en la garganta. Cristina lloró. Observó las cicatrices en el rostro de su atacante, le llegó un vahído de su asqueroso aliento, buscó sus ojos tras las gafas de sol y solo encontró locura.

—Deme su bolso, princesa —dijo Aldo.

Hora de matar a ese pendejo.

Aldo estuvo vigilando el Grand Biedma Hotel durante horas. Salieron grupos de tipos musculosos con pinganillos en las orejas. De vez en cuando algún cochazo del garaje. Era un edificio fantasma. Aldo disimuló. Circuló por los alrededores. Deambuló. Los ojos en las cámaras de seguridad, en los accesos restringidos.

Entonces salió Cristina.

Ninfa rubia, piernas largas, más pendiente de su teléfono que de la calle. La siguió con sigilo. Esperó el momento propicio. La emboscó en un portal de mierda. Un cristal a modo de faca. Nena, dame lo que tienes.

Le robó el bolso y huyó. Una mirada antes del acto final: Cristina Olsen de rodillas en el suelo, agarrándose el pecho, respirando con dificultad. Pide ayuda, cariño. Di que te asaltó un sudaca, que te dio un tirón, que el Gucci vale más que todo lo que contiene.

Aldo caminó en zigzag, esquivó contenedores, pateó una rata. Las farolas se encendieron. Tiró el móvil al suelo. Se mezcló con la basura desparramada. Su botín: maquillaje, pañuelos de papel, un cargador, monedas sueltas, resguardos de compra, una agenda electrónica, otras dos de papel, un busca, un bolígrafo de oro. Ni una llave. La cartera: documentación, una foto de dos viejales, una SIM envuelta en papel, tarjetas de crédito, tarjetas de visita, tarjetas de acceso.

A toda madre.

Arrojó el bolso a un montón de desperdicios. Se quedó los billetes, las agendas de papel y las tarjetas de acceso. Caminó con tranquilidad. Paró ante un kebab. Necesitaba reponer fuerzas antes de lanzarse a la muerte.

Pensó en su hermano. El fallecido Aldo. El decapitado Aldo. Recordó las meriendas en Culiacán, el calor de cojones, las tardes con su abuela. Pensó en su pobre madre abandonada, un hijo muerto y el otro huido. Pensó en su infancia, en su adolescencia, en la guitarra que dejó de tocar cuando desobedeció al Chapo. Joder, tenía nostalgia de México. ¿Por qué sentía melancolía justo ahora? Déjate de pendejadas, puto.

Fue a una tienda de chinos. No cerraban ni por la noche. Ahí: quiero ese traje roñoso. El negro, no el azul. Se lo probó. Le venía grande. ¿Cuántos kilos había perdido desde que empezó aquello? Poco importaba. Se encaprichó de un cuchillo de carnicero. Pagó todo con el dinero de Cristina. Abandonó su ropa vieja en una esquina.

Vamos allá.

Regresó al hotel. Tenía las tarjetas de acceso. Vigiló que no hubiera nadie en la entrada del parking. Las gafas de sol levantadas: era casi como tener rayos X. Caminó tranquilo. No se cruzó con nadie por la acera. Por la carretera pasaban coches esquivando bolsas de basura. Atropellaban ratas sin parar. Crujían. Aldo: la cabeza gacha, disimulando como si trastease con un móvil, el filo escondido bajo la manga.

Entró por el garaje. Bajó la rampa. Una puerta cerrada. Pasó una tarjeta: nada. Pasó otra: mismo resultado. La última: ábrete, sésamo.

El interior: apenas cinco vehículos. Sin vigilancia. Aldo no encendió las luces. Se levantó las gafas dos segundos y tuvo una visión panorámica de todo. Allí: salida hacia el hotel. Ascensores, escaleras, zona de servicio. Los elevadores bloqueados. Tarjeta uno: nada. Tarjeta dos: tachán.

Entró en la zona de servicio. Sin cerradura electrónica: fácil. Abrió la agenda de Cristina. Estaba la hostia de estructurada. La chica era una talibán del orden. Buscó números. Vio cifras de transacciones, horas, fechas, citas atrasadas, números de vuelo, habitaciones de hotel.

Qué fácil iba a ser.

Lo memorizó. Joder, aparece incluso la habitación de CJ. Quizá aún tenga la

pipa de plástico escondida bajo el colchón. Plantas del Grand Biedma: trece. Usadas: apenas la mitad. Cuidado, Aldo: en la primera dormitan los Blackriver.

Montó en el ascensor. Pulsó el piso 7. Ahí vamos.

Mirada al suelo para evitar las cámaras. Vaya pinche hilo musical. Aldo sentía el cuchillo bajo la manga. Escuchó una campanita. El elevador se detuvo en el cuarto piso. Las puertas de doble hoja se abrieron.

Levantó la cara. Cliff Saunders estaba ante él.

Aldo reaccionó primero. Patada en los huevos. El tío gritó. Aldo desenfundó el cuchillo. Había venido a matar y mataría.

Por Galya. Por el puto de CJ. Por placer.

Cliff se movió. Dio un par de pasos atrás. Aldo lanzó estocadas. El tío se agarraba los huevos. Gritó algo más. Las puertas del ascensor se cerraron. El pasillo era tan amplio que se podía patinar. Cliff detuvo la mano de Aldo. El mexicano, casi sin fuerzas. Cinco Blackriver llegaron al socorro. Patearon a Aldo. Lo redujeron contra el suelo. Lo inmovilizaron con una llave. Esperaban órdenes de Cliff.

Hablaron en inglés. Aldo entendió algunas palabras: yonqui, intruso, atacar, tiro en la nuca. Apretaron la presa. Aldo aulló. Oyó una voz desde lejos. No sabía quién era. Los Blackriver callaron. Lo arrastraron por el pasillo. Lo metieron en la habitación 421. Le colocaron unas bridas en la mano. Lo ataron a una silla. Cerraron la puerta.

Aldo miró alrededor. Moqueta, un minibar enorme, aseo con hidromasaje, televisor de pantalla plana pegado a la pared, cama de matrimonio, una mesa de escritorio, las cortinas de las ventanas echadas.

Espera.

Aldo tenía las gafas de sol torcidas. Hizo gestos con la cara. Se las fue ajustando poco a poco con los carrillos. Reconocía esas cortinas. Eran las que aparecían detrás de CJ en el vídeo de su ejecución. Faura lo había deducido. Miró la mesa de escritorio. Tenía dos marcas equidistantes. Como si hubieran clavado algo y luego lo hubieran retirado.

Las voces seguían hablando en el pasillo. La puerta se abrió. Alguien encendió la luz. El cambio luminoso le desconcertó un instante. Una figura agarró una segunda silla y se sentó ante él.

—Así que tú eres el yonqui del que me habló CJ.

—Y tú el pinche asesino.

Larry Levy sonrió.

—Bueno, comprenderás que no tengo por qué darte ninguna explicación.

Así murió CJ.

Vio a Percy. Un segundo de duda. Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Trató de lanzarse al suelo y ponerse a cubierto. No pudo. Un terrible dolor en el pecho. Convulsiones. Cayó hacia delante. Se golpeó la cabeza. Los temblores siguieron. Electroshock: Percy le había disparado con un Taser.

Le puso las manos a la espalda. Lo inmovilizó con unas bridas. Percy pasó a las piernas. CJ se activó. Una patada en el estómago. Se puso en pie como pudo. Salió corriendo. El dolor regresó. De nuevo al suelo. Segunda descarga de la noche. Esta vez a traición.

Bridas en tobillos y muñecas. Percy trató de echárselo al hombro. No pudo. Lo arrastró hasta el ascensor. Un último intento desesperado de CJ. Nueva descarga. Le temblaba todo. Vomitó. Percy lo subió al elevador. Planta 4: allí no había nada. Lo sacó a rastras. Con el rabillo del ojo: habitación 421. Se suponía que estaba vacía. *Fuck*: CJ era el jefe de seguridad. Recordó ver a Larry salir de allí. Dijo que se follaba en ese cuarto a sus zorras. ¿Qué coño pasaba?

Temblores, miedo, oscuridad. CJ sin uso consciente de su cuerpo. Las dos agujas aún incrustadas en el pecho. Vio cómo Percy lo sentaba a una mesa. Las dos manos hacia delante. Extendió la derecha. Llevaba un enorme clavo y un martillo. CJ no sintió dolor hasta varios segundos después. Lo atravesó de un golpe.

CJ apretó los dientes. Luego gritó. Percy le electrocutó una cuarta vez. CJ casi pierde el conocimiento.

Percy le arrancó la brida. Aquella fue la primera vez que CJ vio el machete.

Percy le agarró la izquierda. Trazó un arco con ella. La colocó paralela de la otra. Palma contra el tablero. Clavo en el dorso. Martillazo. Estás jodido, CJ.

—Percy... —balbuceó.

—Hola, Carl. Me alegro de verte.

—¿Qué... qué estás haciendo?

Pareció sorprenderle la pregunta. Una voz contestó por él:

—Lo que deberías haber hecho tú.

Era Larry Levy. Entró en la habitación y cerró la puerta. Acercó una segunda silla al escritorio donde estaba colocado CJ. Llevaba una carpeta en la mano. La abrió ante CJ.

—¿Pensabas que no investigaría a Julio Serrano? —preguntó Larry—. ¿Que no descubriría que se trataba de Miguel Herrera? ¿Tan tonto crees que soy?

La carpeta contenía un dossier sobre Miguel/Julio. CJ encajó las piezas. Aldo mata a Miguel y abandona su cabeza en Getafe. Todo el mundo habla de Julio. Larry reunió a Cristina y a él en su despacho. Bronca por pedir información sobre Miguel. La pregunta de Larry: ¿quién es? CJ calla. Larry lo cesa.

—Te di una oportunidad, CJ —prosiguió—. Traté de entender por qué lo habías hecho. Y tú me mentiste. A la cara. Y eso sí que no, amigo. Eso sí que no.

Larry conspiraba junto a Percy. No había un asesino, sino dos. CJ los tuvo delante de sus narices todo ese tiempo y no lo vio. Las palabras del viejo: Percy no está en la ciudad. O está muy bien escondido. Larry lo mantenía oculto en un ala desierta del Grand Biedma Hotel.

—Todo este tiempo... —CJ trató de mover las manos: imposible—. ¿Por qué?

—Sí, supongo que te debo una explicación. Al fin y al cabo, somos casi amigos.

Percy se arrodilló en el suelo sobre una alfombrilla persa. A su lado tenía una palangana de agua limpia, un vaso y una toalla.

—Estoy harto de mi padre —dijo Larry—. ¿Sabes cuánto dinero tiene? Joder, no existe nada que no pueda comprar. Las auditorías tasan su fortuna en veinticinco mil millones de dólares. Si a eso le sumas la pasta evadida a las islas

Caimán, te encuentras que mi padre, él solo, tiene más dinero que Islandia y Jamaica juntas. Así que, dime: ¿para qué quiere más?

Percy comenzó a rezar. CJ evaluó su situación. Tenía que salir de allí. No había sobrevivido a campos de batalla y a un secuestro de talibanes para palmar en una puta habitación de hotel.

—Mi padre tiene más años que la momia de Tutankamon y sigue trabajando. ¿Sabes cuándo voy a ver yo ese dinero? Nunca. El muy cabrón continúa montando casinos, invirtiendo pasta y trabajando sin descanso. Y, la verdad, no hace falta. Tengo más de cincuenta años y aún vivo bajo su sombra. Pero lo peor de todo es que sigo trabajando para él cuando podría estar viviendo la vida. Es tan fácil como poner a responsables cualificados al frente de las empresas. Pero mi padre es de la vieja escuela. Quiere estar al frente de todo, tener el control absoluto. Y encima no escucha. No me estoy quejando de dinero, en serio, sino del tiempo para disfrutarlo. Tengo todo cuanto deseo.

—¿Incluido un asesino a sueldo?

—Oh, Percy no está a sueldo. El pobre estaba perdido. Al parecer, se encontró contigo y le diste esta dirección. Vino a buscarte. Quería hablar con su viejo amigo Carl, recordar los viejos tiempos. —Larry se acercó un poco más y murmuró—: Aunque yo creo que solo quería pedirte un préstamo para meterse otro chute. Yo le he dado una misión. Y él la ha aceptado de buen grado. Ahora actuamos en nombre de Dios, sea quien sea. Lo mantengo calmado con caballo, pero he de reconocer que es muy obsesivo. Cree su papel a pies juntillas. Casi te podría decir que fue él quien me convenció a mí.

—¿Y para qué lo necesitas? ¿Es algún tipo de juego macabro de ricachones?

—Bueno, contestando a tu primera pregunta, lo necesito para que mate. Pudiste haber ocupado su lugar, CJ, pero me dejaste bien claro que no eras esa clase de soldado.

Recuerdos difusos de CJ. En el coche con Larry. Lo acababa de sacar de una discoteca. Le pidió que matara a un imbécil en una parada de bus. Estás bajo

nómina. Si te digo que mates a alguien, lo haces. La respuesta de CJ: no estoy en venta.

—Y pasando a tu segunda pregunta —continuó Larry—, no lo hago por sadismo. Ya te he explicado mis motivos.

—No has dicho una mierda. Tratas de justificarte, pero nada de esto tiene sentido.

—Oh, yo creo que sí. ¿Recuerdas el cráneo que apareció en el paraje donde mi padre quiere construir los casinos? Aquello fue el germen de la idea, mi inspiración. Me interesé por el caso. Pertenecía a una mujer y la habían decapitado. No hará más de treinta años. Así que, cuando hablé con tu amigo Percy, aquí presente, y me contó lo que había tenido que hacer en Afganistán, se encendió la bombillita.

—¿De qué coño hablas?

—Pensé en resucitar al asesino. Que regresara el Decapitador a las calles. ¿Te gusta el nombre? El Decapitador. Volvería a matar por medio Madrid. Convertiría la apacible ciudad de mi padre en un nido de violencia y conspiración. Joder, ¿quién va a querer ir a un hotel donde hay un *serial killer*? O peor: con ajustes de cuentas entre mafiosos. ¿Ves mi línea de pensamiento? Todo se trata de boicotear el proyecto. Sea al coste que sea.

A CJ le costaba pensar. Las descargas le hacían ver las estrellas. Quizá tuviera quemaduras internas. Daba igual, no entendía nada de la cháchara de Larry.

—¿Y qué esperabas conseguir con eso?

—Joder a mi padre. Hundirle la moral. Quiero que nos larguemos de este puto país. ¿Sabes cuántos recursos le ha costado ocultar los asesinatos a la opinión pública? Millones. Cada vez tiene menos paciencia. Y desde que le jodí sus queridos Juegos Olímpicos, más todavía.

—¿Fuiste tú?

—Soborné a los miembros del COI para que ganara Madrid. Luego, a través de otra persona, les pagué el doble para que eligieran a Estambul. Y al final ganó Tokio. La vida es una guasa.

La sangre se coagulaba sobre las heridas de CJ. Le dolía todo el cuerpo. Tenía que encontrar una salida a todo aquello. Y rápido. Sigue hablando. Distrae al enemigo. Piensa una estrategia.

—Entonces... ¿todo esto no es más que una pataleta?

Larry arrugó el entrecejo.

—¿Qué dices, CJ?

—Al final, tantas vueltas e hipótesis y solo quieres joder a Harrelson.

—¡¿No me has escuchado?! —gritó—. ¿No has entendido nada de lo que te he dicho? Ese cabrón me ha hecho la vida imposible desde pequeño. Se niega a retirarse. Ahora me obliga a trabajar para él, joder. Yo solo... Mierda, CJ: yo solo quiero irme de fiesta. Paso de sus aburridas reuniones de junta. O de sus planes para ampliar el mercado. Tiene ochenta años, por el amor de Dios. Ni siquiera verá la obra terminada.

Larry era el millonario que no quería trabajar. CJ quiso salvar a Percy de la locura y al final acabaría asesinado por su mano. CJ sonrió: iba a morir por un berrinche de niño malcriado.

—¿Y ese era tu plan? —preguntó—. ¿Joder a tu padre hasta que decidiera abandonar el proyecto Eurovegas?

—Solo deseo ver caer a ese perro.

—¿Con un asesino en serie?

—No hay nada más americano. Además, esto solo es el principio. Estamos tanteando. Nuestro primer intento fue todo un éxito. Estaba invitado a esa fiesta de la Marca España y me llevé a Percy. Se cargó a aquella prostituta de un tajo. Lo del Taser, por ejemplo, es una novedad. Lo añadimos cuando la segunda víctima...

—Elegido —interrumpió Percy, colocándose un turbante.

—Perdón. No son víctimas, sino elegidos por Dios. Hay que respetar los nombres. Hablando de lo cual, antes de que llegue lo inevitable, quiero que me cuentes todo acerca de tus socios.

CJ se sorprendió. ¿Cuánto sabía Larry?

—¿Cómo sabes eso?

Larry sonrió.

—Lo sospechaba. Ahora me lo has confirmado.

Corrieron las cortinas de las ventanas. CJ trató de zafarse de los clavos una vez más. No hubo forma. Iba a morir. Jamás pensó que estaría tan poco preparado.

—No te diré nada —contestó para darse valor.

Larry sacó un maletín de debajo de la cama. CJ vio un pequeño trípode de viaje, una cámara de fotos digital, un puñado de hipodérmicas y varios frascos sin nombre. Larry agitó uno. El líquido se mezcló en su interior. Clavó la aguja y rellenoó el tambor.

—Me contarás lo que quiero saber —dijo Larry—. Ya lo creo.

—Así que tú eres el yonqui del que me habló CJ.

—Y tú el pinche asesino.

Larry Levy sonrió.

—Bueno, comprenderás que no tengo por qué darte ninguna explicación.

—Mama verga, puto.

—Sin embargo, tengo una proposición.

Larry sacó un maletín de debajo de la cama. Aldo vio un pequeño trípode de viaje, una cámara de fotos digital, un puñado de hipodérmicas y varios frascos sin nombre. Larry agitó uno. El líquido se mezcló en su interior. Clavó la aguja y rellenó el tambor.

—Según me dijo CJ, eres un drogadicto y un asesino.

Rodeó a Aldo y le buscó una vena en el cuello. Aldo se agitó. Tenía las manos atadas a la espalda y ambos tobillos inmovilizados con bridas y pegados a la silla. No podía moverse. Larry no tuvo problemas en encontrar una vena. Le clavó la sustancia en la carótida. Aldo vio la constelación de Casiopea. Su cuerpo se relajó. La cabeza cayó a un lado. Le costaba mantener la concentración. Babeó. Sus ojos bizquearon.

—¿Caaa... ballo? —masculló Aldo, casi ininteligible.

—Morfina. Más pura y potente. Es una medida de seguridad para mí y una golosina para ti.

—Pinch... pinch...

—Si algo he aprendido en mi vida como empresario es a calcular bien los perfiles profesionales. Uno no puede fiarse solo de un currículum. Necesita

conocer a las personas. De ahí el valor de las entrevistas de trabajo. Y, en serio, amigo mío, soy muy bueno en eso.

—Pen... pende...

—Verás. Yo antes trabajaba con un tipo de tu perfil. Yonqui, poco inteligente, pero una mala bestia matando. Ya sabes de quién te hablo. El problema es que tu amigo, Paco Faura, lo ha matado justo en el momento cumbre de mi plan. Íbamos a enterrar las cabezas en la parcela donde se va a construir Eurovegas. No, no me mires así, te prometo que tengo mis motivos. Quería que se descubriese en un día clave, que fuera algo escandaloso que llegase justo en el peor momento. Imagina los periódicos amarillistas hablando de la mafia de Las Vegas y de asesinos en serie. Sería fantástico.

Larry asintió con satisfacción. Aldo intentó mantener el cuerpo recto. Apenas lo conseguía. Quería desmayarse.

—CJ me contó algo... curioso acerca de ti. Según sus palabras, le cortaste la cabeza a tu amigo Miguel. ¿Es cierto?

—Pu... puto...

—Tienes toda la pinta de eso y de más. Y juraría que no te van muy bien las cosas. Así que, ¿por qué no trabajas para mí?

Aldo: peleando contra el sueño. Entrevista de trabajo, perfil profesional: este gringo está como un cencerro.

—Te ofrezco la seguridad de mi hotel y todas las drogas que seas capaz de resistir. Además, de vez en cuando saldremos juntos de caza. Mataremos a una puta por aquí, a un mendigo por allá. ¿Qué te parece, Aldo? No me digas que no es lo mejor que te ha pasado en la vida...

Aldo: luchando contra el colocón. Vamos, güey, te has metido chutes más grandes en el pasado. Debes tener el cuerpo acostumbrado. Esto no es nada. Aguanta. Piensa. Calcula.

—Cabezas...

—Sí. A partir de ahora serás el Decapitador. Aterrorizarás Madrid. Serás famoso.

—Cabezas...

—Ya lo has dicho.

—¿Dónde... dónde están las cabezas?

Larry se carcajeó.

—En una entrevista de trabajo, el encuestado no hace preguntas. Pero, bueno, ya que tienes curiosidad, te lo mostraré.

Larry se levantó. Aldo lo siguió con la mirada. Trataba de controlar su respiración. Mueve los dedos de las manos, mantén la posición, no te cagues encima.

Larry se acercó al minibar. En realidad eran dos neveras de un tamaño considerable. Abrió una de las puertas y extrajo un frasco enorme. Tenía una tapa hermética. Era transparente. En su interior había un líquido marrón. Ahí dentro, si te fijas, abre bien los ojos: la cabeza amputada de CJ.

La adrenalina golpeó a Aldo. A la mierda controlar la respiración. Apretó los puños. Se agitó. Pestañeó. Trató de moverse.

—Tranquilo, amigo —dijo Larry—. ¿Quieres ver la otra?

Segunda nevera. Otro frasco enorme, tapa hermética, líquido marrón. Ahí dentro, no te fijas, cierra tus pinches ojos: la cabeza decapitada de Galya.

Aldo lanzó un lamento sordo. Lloraba hacia dentro. La boca abierta, el sentimiento de derrota. Imposible pelear. Dame una raya. Quiero una anfeta. Fumemos un porro. Lo-que-sea. Quiero olvidar esto. Nomás olvidarlo.

—*Come on, man*, tranquilo. —Larry le palmeó los hombros—. Quizá me he equivocado contigo. Pensé que...

—Lo haré —murmuró Aldo.

—¿Cómo dices?

—Seré... seré tu asesino. —La voz de Aldo, como un hilo de araña—. Mataré para ti. Nomás... nomás dame algo para colocarme.

Larry ante él. Los brazos en jarras.

—Vaya, al otro tardé más tiempo en convencerle. Creo que eres una persona muy jodida, Aldo. Pero eso se acabó. Ahora estamos juntos.

—Sí...

—Puedes llamarme Dios.

—Sí, Dios.

—Vale, pues si estamos de acuerdo, nos podremos manos a la obra enseguida. Ah, y no te preocupes por mis guardaespaldas. Yo me ocuparé de que olviden el incidente de antes. ¿Qué me dices? ¿Empezamos a matar?

—Matar...

—Tenemos que empezar por tu amigo Faura. Sí, sé que quizá sea difícil, pero así me demostrarás tu lealtad. Piensa que los que vengan después serán pan comido. Ese viejo sabe demasiado y está mejor en un ataúd.

Matar a Faura. El pinche viejo lo había dejado tirado en aquella mugrienta comisaría cuando estaba herido. Antes lo mantuvo sedado durante días. Puso micros por su casa. Sí, no le importaría cargárselo. Vale, hagámoslo.

—...

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Larry.

—...

—Habla más alto. Y no te duermas. ¿Me oyes?

Aldo: la barbilla contra el pecho, los hombros relajados.

—...

Larry aproximó la cara a los labios de Aldo.

—¿Qué dices, compañero?

—Puedo matar a Faura.

—Perfecto.

—Pero...

—¿Hay algún problema?

—Sí.

—¿Cuál?

—Tú me quitaste a Galya.

Adrenalina. Mordisco. Aldo se enganchó al pómulo de Larry. El gringo gritó. Retrocedió. Aldo no aflojó. Larry tropezó. Cayeron al suelo. Aldo arrastró la

silla. Agitó el cuello. Le arrancó un trozo de carrillo. Tragó. Hincó los colmillos en la herida. Larry bramaba de dolor. Lanzó un par de puñetazos a Aldo. Sangraba mucho. Aldo tiró hacia atrás. Le desgarró media cara. Vio tendones, músculo, grasa subcutánea. Larry le golpeó con el codo. Aldo aguantó. El segundo impacto le partió varios dientes. Larry se puso en pie. Huyó de la habitación. Llevaba los incisivos de Aldo clavados en la mejilla.

Aldo se incorporó como pudo. Saltó hacia atrás. La silla aguantó. Volvió a intentarlo. Partió las patas. Ya podía moverse mejor. Tomó carrerilla y chocó contra la pared. La silla se rompió. Se tumbó en el suelo. Pasó las manos de la espalda al pecho. Seguían atadas por la brida. Se destrozó las muñecas.

Se incorporó. Aún estaba mareado. Abrió el frasco de Galya. Agarró su cabeza. Lloró. La besó. Gritó.

Salió de allí. Bajó por las escaleras. Llegó a la planta baja. Salió por la puerta grande. Un mercenario de Blackriver lo vio. No se atrevió a cortarle el paso.

Aldo llegó a la calle. Besó de nuevo a Galya. Sabía a formol. Le acarició el pelo. Le susurró al oído. Prometió dolor.

Caminó en línea recta. Desgarró el asfalto de Madrid. Nadie podía detenerle.

EPÍLOGO

HUMO

La derrota tiene una dignidad que la ruidosa victoria no merece.

JORGE LUIS BORGES,
Nota para un cuento fantástico

Una tumba de hormigón y alambre de espino. Faura atravesó los muros como un fantasma. En cada control se detenía, esperaba y continuaba su arrastrar de pies.

Centro Penitenciario de Soto del Real: parcela de seiscientos mil metros cuadrados, setenta y seis mil construidos, mil celdas, casi el doble de internos. Contaba con la torre de vigilancia más alta de España, vistas al embalse del Manzanares, jardines interiores cuidados por los presos. Dentro cumplían condena toda clase de chusma: banqueros, violadores, terroristas, ladrones, maltratadores y asesinos.

Faura iba a visitar a uno de ellos. Al tipo que mató a Galya. Quería hablar cara a cara con él. Se lo debes, viejo. Tienes que mirarle a los ojos.

Asesino confeso. Admitió las muertes de Galya y Miguel. Se libró del mendigo y de CJ. Jamás encontraron rastro del paramilitar. Tuviste suerte, hijo.

Cerros eléctricos, puertas de hierro, barrotes de acero forjado, cristales blindados, cancelas de seguridad, cámaras en los pasillos, muros de siete metros coronados por alambradas. Más barrotes. Más puertas. Más chasquidos eléctricos.

Por fin, la sala de comunicaciones. Habitáculos de mierda para hablar con los internos a través de un cristal. Contaban con un telefonillo que apestaba a tabaco. Faura se preguntó si alguna vez limpiaban esos chismes. Le sacó brillo con su pañuelo.

Se abrió una puerta. El asesino apareció tras el vidrio. Faura descolgó. El tipo se sentó. Estaba incluso más demacrado de lo que lo recordaba.

—Al final hemos ganado —dijo Faura.

—Es una forma de verlo —contestó Aldo.

Aldo Vargas. Faura supo su historia por las noticias. Estaba convaleciente. Encontró rastros en las páginas de sucesos. Un tipo con una cabeza en la mano paseando por pleno centro de Madrid: nada nuevo bajo el sol. La gente estaba demasiado insensibilizada por el cine y la televisión. Pensaron que era una *performance*, una campaña publicitaria, un mimo pirado. Al final se desmayó en la plaza del Sol. Dos japos le echaron fotos. Alguien aplaudió. Le llovieron un par de monedas. Dos polis locales que merodeaban para espantar a carteristas lo vieron. Eh, sudaca, levanta de ahí. Ya no se puede acampar aquí. El 15M está erradicado. Espantas a los clientes de Doña Manolita.

Entonces descubrieron lo que pasaba. Pidieron refuerzos. Comprobaron su pulso. Se lo llevaron a una lechera. No pudieron quitarle la cabeza de Galya de las manos. El cabrón la agarraba como si le fuera la vida.

Juicio sumario. Se declaró culpable de todo. Sí, yo maté a Galya. Sí, decapité al pendejo aquel de Getafe. Sois una pinche banda de anormales. Iros a mamar vergas. Me va de madre. No dijo palabra de Larry Levy. Nunca pronunció el nombre de Dmitri. Omitió cualquier referencia a CJ o a Faura.

Lo mandaron a Soto del Real de cabeza. Hay quien dice que tiraron la llave. Faura se lo creía.

—No eres mi abogado —dijo Aldo.

Faura le mostró una tarjeta de visita. Santiago García, jurista. Aldo asintió.

—¿Qué tal estás aquí, hijo?

—No me quejo. Al menos me han dejado las gafas de sol.

Faura lo estudió en silencio: moratones en la cara, cicatrices nuevas, vendajes. Aldo era la viva imagen de la muerte.

—Parece que te hayan dado una paliza.

—Bueno, hay algunos pendejos que prefieren verme en un ataúd.

—¿Quiénes? Tal vez pueda hacer algo.

Aldo sonrió. Le faltaban la mitad de las piezas dentales.

—Oh, no te preocupes. Son un par de clanes gitanos, algunos rusos leales a Dmitri. Ah, y Al Qaeda. Ellos también quieren matarme.

Faura ignoraba cómo podía haber cabreado a tanta gente en tan poco tiempo. Aldo estaba mejor a la sombra que desatado en plena calle.

—Pero ya te digo que estoy bien, güey. Solo tengo que dormir con un ojo abierto. Esto es un sitio tranquilo. Las prisiones españolas son como pasar un día en el museo. Casi podría decir que lo echaba de menos.

—Me alegra de que te lo tomes así.

—Sí, este es mi sitio. Cuando vuelva a salir, quemaré un par de casinos de Eurovegas, para que me vuelvan a entrullar.

—Se han ido —dijo Faura.

Aldo agachó la cabeza.

—Sí, algo he oído.

La versión oficial: Harrelson Levy rehusaba a su gran sueño de conquista y se largaba a Indonesia. Según un escueto comunicado, no tenía las garantías suficientes del gobierno para llevar a buen puerto su megaproyecto. Traducción: le vetaban fumar en los casinos. A Faura le parecía demencial. Su instinto le decía otra cosa: el Mormón había descubierto los planes de Larry y habían salido en espantada. No era fácil encubrir que tu propio hijo manipulaba a yonquis para matar por las calles, o que tuviera la cabeza de CJ en una urna, o que alguien le hubiera desgarrado la mitad de la cara a mordiscos. Demasiados escándalos que solo se podían tapar con algo más escandaloso todavía: Eurovegas echa el cierre. *Kaput*, adiós: he tenido herpes menos dolorosos.

—¿Por qué no contaste la verdad? —preguntó Faura—. ¿Por qué comerte el marrón tú solo?

Era demasiado obvio. Faura ya conocía la respuesta. No tenían pruebas contra Larry. Ningún juez aprobaría un registro del hotel por las paranoias de un toxicómano. Los hechos comprobados: Aldo llevaba la cabeza de Galya entre sus brazos. Era su chulo. Miguel era mexicano. Un tema de celos desquiciado. Fin de la investigación. Todo lo demás era palabrería de un drogata. Larry Levy saldría impune. Siempre lo supo.

La reacción de Aldo: encogerse de hombros.

—El final habría sido el mismo —dijo.

Efecto invernadero. Una nube de contaminación perenne sobre los cielos de Madrid. La lluvia era tóxica, el aire insano, los días color asfalto.

Faura contemplaba la puesta de sol. En la lejanía se intuía la capa de humo que circuncidaba el firmamento. Alcorcón se libraba del ladrillazo y de sus patógenos. Al menos de momento.

Respiró hondo: aspiró polvo. Así debía ser. Se encontraba en el centro exacto del gran sueño de Harrelson Levy. Allí iba a construir su versión europea de Las Vegas. Justo ahí se levantaría un enorme casino-resort. Calificación AAA con cinco diamantes, tres mil suites, veintidós ascensores, cinco salas de convenciones, centro comercial con copias de auténticas góndolas venecianas, dieciocho restaurantes, anfiteatro para espectáculos, ocho gimnasios, tres piscinas olímpicas, discoteca de cuatro plantas, tres mil doscientas tragaperras y setecientas mesas de juegos.

Para Faura, un puto disparate. Se alegraba de que todo hubiera quedado en nada. Un castillo de naipes que se cayó por su propio peso. Harrelson Levy se escudó tras la ley contra el tabaco. La verdad no estaba tan alejada: había vendido humo.

Y el humo se lo había tragado.

Sentado en una mecedora ruinosa. En un porche desvencijado. Tras él, una caseta de labradores que nunca debió usarse como vivienda. Sintió paz.

Escuchó voces. Por su flanco derecho se acercaba alguien. Gritaba y lanzaba piedras. Faura ni se inmutó.

—Hola, amigo —saludó—. Soy yo. ¿Se acuerda de mí? Hablamos hace un tiempo.

Agustín Cobos Solaz: igual de demacrado, enjuto y sucio que la vez anterior. Sus ojillos de rata encogieron bajo la espesura de sus cejas. Vio a Faura. Se aproximó con recelo.

—Esta es mi casa. ¡Largo de aquí!

—No estaré mucho tiempo. Solo quería ver la puesta de sol.

—¡Nadie me quitará mis tierras!

—De eso puede estar seguro. Vamos, tome asiento.

Faura le señaló una silla de tres patas que parecía sacada de un estercolero. Agustín enarboló una hoz oxidada.

—¡Márchate! ¡Fuera!

—No me impresiona, Agustín. Ayer enterré a mi mujer. Y yo no tardaré mucho en seguirla. Mi corazón apenas puede latir por sí solo, ¿sabe? Después de mi último infarto lo tengo... ¿Cómo dijeron los médicos? Ah, sí: necrosado. Es algo así como muerto. No he querido preguntar mucho. Solo sé que apenas puedo andar sin fatigarme.

Agustín Cobos: entrecejo apretado, hoz en ristre.

—Me ha traído mi yerno en coche. Quería disfrutar del ocaso. Quizá no pueda ver muchos más. Vamos, vendrán a recogerme en veinte minutos. Siéntese a mi lado y contemple el horizonte. Dígame, ¿qué ve?

Agustín Cobos: entrecejo relajado, hoz baja. Hizo visera con la mano. Oteó el mundo.

—Nada.

—Exacto. No hay nada. Y hoy era el día en que empezaban las obras de la Fase Uno. Esto debería estar lleno de albañiles y máquinas. Pero solo hay polvo. ¿No es maravilloso?

Agustín mantuvo la mirada en el horizonte un rato. Luego se sentó junto a Faura. Dejó la hoz a un lado. Faura le pasó un Montecristo. Este lo rehusó y prendió un Bisonte sin filtro. Faura encendió su puro con una cerilla.

Dos viejos fumando ante la puesta de sol. Los ojos fijos en un espejismo de construcciones, zanjas, retroexcavadoras y cimientos. La nada de aquel terreno

sin vida. El humo escapando de sus bocas. El gobierno prohibió fumar allí. Ellos lo hacían. Eran los últimos mohicanos.

—¿Por qué mató a Maribel Botella? —preguntó Faura.

Agustín no se movió. Sus ojillos de hurón continuaron centrados en sus tierras. Exhaló una bocanada de humo azul que se perdió en el cielo.

—Porque usted la mató, ¿verdad? —continuó Faura—. El cráneo aquel que encontraron. Era de una mujer que murió hará treinta años. Por su mano, Agustín. Usted la decapitó y la enterró. ¿Por eso permanece aquí? ¿Para autocastigarse?

Agustín se contrajo. Un lamento sordo, los labios temblando, los ojos muy cerrados. La ceniza cayó sobre su camisa. Apretó los puños. Las lágrimas resbalaron por las arrugas de su rostro y murieron en la sombra blanquecina de su barba.

—Yo la amaba... —dijo.

—¿Por eso la mató?

—Yo... fue un accidente. No quería, nunca quise. Oh, Dios... La recuerdo cada día, pero no... yo no... no soy capaz de ir con ella. Llevo... llevo treinta años deseando morir. Solo quiero olvidar. Solo eso...

Faura contempló a aquel hombre roto. Le palmeó la espalda. Dejó su mano apoyada sobre su hombro.

—Ya pasó —dijo—. Ya pasó.

Agustín levantó la cabeza. Las lágrimas en los párpados. Su visión del mundo ahora era distinta.

—Pero... no se llamaba Maribel.

Faura lo miró fijamente. Esperaba algún tipo de explicación que jamás llegaría. Le apretó el hombro. Luego siguió fumando. Recordó que había otras dos sospechosas más de ser las dueñas del cráneo. Una prostituta y una yonqui, creía. Poco importaba ya.

Aspiró una larga calada del puro y exhaló. Intentó mirar a través de la cortina de humo y la nada le devolvió la mirada.

Esta novela negra llega a las librerías avalada por el aplauso de los mayores expertos, críticos y escritores.



Claudio Cerdán nos conduce a través de una historia turbia, oscura y fascinante, en la que todo empieza a cobrar un significado distinto cuando, tras el impacto de las primeras páginas, un asesino en serie empieza a decapitar a sus víctimas por las calles de Madrid.

En una ciudad corrupta e inmisericorde, tres vidas perdidas chocan en su caza al asesino. Paco Faura, policía retirado que trabaja como detective sin licencia, sospecha que todo podría estar relacionado con un caso que no pudo esclarecer treinta años atrás. Mientras tanto, CJ -un antiguo mercenario- piensa que el culpable es un viejo compañero de armas. Y Aldo, un proxeneta que tuvo que huir de México cuando los narcos pusieron precio a su cabeza, perderá la cordura al creer que el pasado vuelve para vengarse.

Claudio Cerdán (Yecla, 1981) es escritor de novela negra. En su palmarés destacan el Premio Novelpol a la Mejor Novela Negra de 2012 y el I Premio de Novela Ciudad de Santa Cruz. Además, ha sido finalista, entre otros, del Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón, el Valencia Negra y el Pata Negra otorgado por la USAL.

Su última novela lleva por título *El club de los mejores* (Ediciones B, 2016), firmada con el seudónimo Arthur Gunn. Sus libros se han publicado con éxito en España, Argentina, México y Francia. En la actualidad reside en Suecia.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Claudio Cerdán

Autor representado por Editabundo, Agencia Literaria, S. L.

www.editabundo.com

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez / Mario Arturo

Imagen de portada: Archangel Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6603-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Los señores de humo

Prólogo. El reino, el poder y la gloria

Primera parte. Soldados en reserva

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte. Marca España

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Tercera parte. Perder la cabeza

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Cuarta parte. Inestable

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Quinta Parte. Madrid 2020

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Sexta parte. Eurovegas

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Epílogo. Humo

Capítulo 93

Capítulo 94

Sobre este libro

Sobre Claudio Cerdán

Créditos